

# *El* BANQUETE *de los* PLACERES

Una novela de la antigua Roma



CRYSTAL KING



# EL BANQUETE DE LOS PLACERES

Crystal King

Traducción de  
**Irene Saslavsky**



SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Joe, que siempre me salva*

# PRIMERA PARTE

1 a.C. a 1 d.C.

## HIDROMIEL PARA VIAJEROS

Hidromiel duradero, para servir a viajeros en el camino: en vez de vino especiado, pon pimienta molida y miel espumada en una pequeña barrica y, en la medida necesaria, vierte la cantidad de miel destinada a ser bebida y la cantidad de vino a ser bebido. Si utilizas un recipiente de cuello delgado, mezcla un poco de vino con la miel y la pimienta. Añade la cantidad suficiente de vino para poder verter la miel con facilidad.

Libro 1.1.12, «*Mise en place*»

*Acerca de la cocina*, APICIO

El día que Marco Gavo Apicio me compró era lo bastante caluroso para freír una salchicha en los adoquines del mercado. Era el vigésimo sexto año del reinado de César Augusto, yo tenía diecinueve años y había sido puesto en venta en la subasta de esclavos de Bayas tras tres meses al servicio de Tito Atilio Bulbo, una bestia gorda de tez morena. No tener que volver a verlo jamás me causaba una gran alegría. Agradecí a los dioses el día en que Bulbo comprendió que el valor de un buen cocinero es diez veces mayor que su peso en denarios y, por consiguiente, consideró más provechoso venderme que acostarse conmigo.

A media mañana, el tratante de esclavos, un hombre gordo con cuerpo de barril y piernas delgaduchas, me empujó hasta un corral vacío en el extremo de la plataforma y me dio un taburete para que no tuviera que sentarme en el polvoriento suelo. Luego, dos ancianas me frotaron el cuerpo desnudo hasta que no quedó ni rastro de mugre en mi piel. Me cortaron el pelo y me rasuraron la barba, dejándome más limpio de lo que había estado en meses.

Desde mi taburete oí la voz de mi futuro amo antes de verlo.

—Ah, señor Apicio —dijo el tratante en un tono afectado, distinto del habitual con que solía ladrar órdenes a sus esclavos—. Me alegro de verte aquí. Hay otros dos que han preguntado por el cocinero, pero confié en que tú fueras el primero en llegar.

—¿Dónde está? —preguntó Apicio con una suave voz de barítono.

Las lonas de las tiendas se agitaron y oí pisadas de sandalias en los adoquines calientes. Me puse de pie cuando aparecieron por la esquina.

Apicio aparentaba diez años más que yo, tenía cabello oscuro y la típica nariz aguileña de un antiguo linaje romano. A sus espaldas rondaba un egipcio muy alto, de pelo negro azabache y bíceps del tamaño de jamones. Supuse que era su esclavo personal, el asistente que lo acompañaba a todas partes.

El tratante abrió la puerta del corral, me arrastró fuera y me detuvo ante Apicio, quien examinó mi cuerpo desnudo y notó que llevaba la cabeza descubierta.

—No lleva gorro —dijo, aprobando.

La ausencia de un gorro de esclavo significaba que el gordo tratante me garantizaba durante seis meses, y también que mi valor era mayor.

Apicio cogió la placa de bronce colgada de mi cuello, recién lustrada y grabada con mis datos y el historial de propiedad. Como esclavo, la llevaría todos los días de mi vida.

—No sufre enfermedades. No roba. Bien, bien. Tracio, ¿eh? Un nombre griego.

Asentí. No sabía si debía hablar.

—¿Eras el *coquus* de Flavio Máximo? —Apicio soltó la placa, que me golpeó el pecho—. Interesante. Cené con Máximo unos meses antes de su muerte. Tomamos salchichas de faisán, salsa dulce de melón y una *patina* de poca monta. ¿Tú preparaste esos platos?

Me armé de valor y confié en hablar sin titubeos. Recordaba esa *patina*: un flan de huevo que agradaba bastante a Máximo.

—Sí. La salsa dulce de melón era una nueva receta que estaba probando.

—¿Cuánto tiempo trabajaste para Máximo?

—Dirigí su cocina durante un año antes de que muriera. Le gustaba recibir visitas.

Las ideas se agolpaban en mi cabeza. Era evidente que Apicio sentía interés por mi cocina, pero ¿y si ese hombre era tan cruel como Bulbo?

Él arqueó una ceja.

—¿Sabes preparar pavo real asado?

—Sí. Tengo una receta de pavo real con pasas de ciruela en vino de mirto que también queda muy bien con perdiz o pato. Estoy seguro de que te agradará —añadí, secándome el sudor de la frente.

—¿Cuál consideras que es tu especialidad?

—Tengo tres —respondí, alzando la voz para hacerme oír en medio del alboroto del mercado—. A menudo he recibido elogios por mi pastel de jamón con higos y miel, pero me han dicho que mis trufas con pimienta, hierbabuena y ruda lo igualan. También puedo preparar un plato de vientre de cerdo asado acompañado de una mezcla especial de garo, comino y levístico.

Apicio sonrió y se dispuso a hacer otra pregunta, pero el tratante se estaba impacientando.

—Este muchacho te hará famoso —le susurró a Apicio—. ¡Mientras él se encargue de la cocina tendrás clientes y amigos haciendo cola por las mañanas, suplicando un asiento en tus *cenae*! —Apicio pareció entusiasmarse—. Sus talentos van más allá de la cocina —prosiguió el gordo—. Sabe leer y escribir, los números se le dan muy bien y habla diversas lenguas. ¡Este es el *coquus* para ti!

—¿Famoso?

El tratante ladeó la cabeza y sonrió.

—Con toda seguridad.

Supuse que Apicio haría caso omiso de esas vanas palabras. Sin embargo, preguntó por mi precio y la respuesta me conmocionó. ¡Veinte mil denarios! Solo rara vez vendían a un esclavo por más de unos cientos de denarios.

—¡Sotas! —Apicio llamó a su esclavo personal y, cuando este se acercó con un saquito en la mano, una fugaz expresión de desaprobación cruzó su rostro.



Apicio abrió el saquito, revelando diversos *aurei* de oro, y lo depositó en la mano oscura y callosa del traficante.

—Los *argentarii* me conocen bien —dijo, gesticulando en dirección a dos hombres bajo un pequeño toldo en un rincón del mercado de esclavos. Como representantes del banco romano, los *argentarii* eran los responsables de controlar las ventas importantes, comprobar el crédito y asegurar que las transacciones se desarrollaran con fluidez—. Ellos firmarán mi carta de crédito por el resto.

El tratante sonrió; acababa de obtener pingües ganancias.

Más adelante, yo descubriría que mi precio superaba la suma del precio pagado por todos los esclavos vendidos aquella mañana.

Una vez que el tratante me quitó los grilletes y me arrojó una andrajosa túnica, Apicio me indicó que lo siguiera; Sotas nos seguía por detrás. Mientras nos abríamos paso por las calles de Bayas percibía la inquietud de mi nuevo amo: tal vez consideraba que había pagado un precio demasiado elevado por mí.

Cuando habló, lo hizo en tono impaciente.

—Esta noche celebro un pequeño banquete para unos cuantos amigos íntimos. Dime qué platos prepararás.

Sus palabras me hicieron vacilar. Contemplé la ropa colgada entre las *insulae* junto a las que pasábamos: vistosas estolas secándose. El sol ya no estaba en su cénit.

—Ignoro qué productos básicos alberga tu cocina —contesté sin alzar la vista; se me revolvía el estómago, como si hubiera comido una manzana podrida.

Apicio esquivó un grupo de niños que jugaban a las matatenas.

—Eso no tiene importancia. Si tuvieras cualquier ingrediente a tu disposición, ¿qué prepararías?

—¿Has dicho que será una cena reducida?

—Sí.

—En ese caso, comenzaría con un *gustatio* de ensalada de pimientos y pepinos, melón con hierbabuena, pan integral, queso fresco y tarta de miel.

—Traté de recordar una de las últimas comidas que había preparado para Máximo.

Apicio se relamió.

—Sí, sí, continúa.

—Después helado de granada para limpiar el paladar, seguido de una *cenae prima* de garbanzos al azafrán, pollo de Partia, colmenillas con pimienta y vino, mejillones y ostras. Si dispusiera de más tiempo, también serviría un lechón relleno y de postre una *patina* de pera acompañada de buñuelos de miel, caracoles, olivas y, si lo tienes a mano, un poco de vino de Chios o Apulia.

—Perfecto. Sencillo, y los sabores combinarán agradablemente al principio de la comida. Muy bien.

Apicio nos condujo a través de la plaza hasta el altar de Fortuna Privata, la diosa de la suerte y la riqueza. No me equivoqué al pensar que mi nuevo amo estaba preocupado por su adquisición: era el único motivo por el cual quiso solicitarle una adivinación a la diosa. De camino al altar, nos detuvimos en el tenderete de comestibles para comprar ofrendas: una oca viva, frutas y tartas de miel.

El altar se encuentra entre dos edificios, sobre una alta plataforma de piedra que alberga la ricamente ornamentada estatua de la diosa. Sotas le

tendió la oca a Apicio, que se la entregó al sacerdote que aguardaba junto al altar. El corazón me latía con fuerza. La adivinación era sobre mí, sobre cómo afectaría al hogar de Apicio; una lectura desafortunada haría que la duda se apoderara de mi amo, y lo último que yo quería era que me devolviera a ese miserable tratante de esclavos, pues me molería a palos por haberle hecho perder una fortuna. Y entonces solo los dioses sabían en manos de quién acabaría yo: puede que el tratante decidiera enviarme a las minas de sal, lo que significaba una sentencia de muerte. Escasos esclavos sobrevivían más de uno o dos años picando sal.

El sacerdote, un calvo de párpados pesados, llevaba ropas rojas que, pese a su color, no lograban ocultar las oscuras manchas de sangre causadas por su tarea como arúspice: el que proporciona adivinaciones examinando las tripas de los sacrificios. Apicio le entregó la oca —que no dejaba de graznar— y el sacerdote la roció de harina salada, vertió unas gotas de vino en la cabeza del ave y pronunció una bendición. Depositó la oca en un cuenco de cobre apoyado en una mesa baja y, sin más, puso abruptamente fin a sus graznidos cortándole el cuello y abriéndole la panza con un cuchillo. Sangre escarlata inundó las plumas y se derramó en el cuenco.

La oca no opuso resistencia, un buen presagio para la adivinación. El arúspice la colocó boca abajo y la presionó hasta que las tripas cayeron en el cuenco, formando una masa viscosa. Observé a mi nuevo amo, ojalá supiera qué estaba pensando. Un olor parecido al hierro surgió del cuenco.

Unos cuantos cortes más y el arúspice depositó el cadáver en un segundo cuenco situado a un lado. La carne de la oca era el pago por sus servicios. Introdujo la mano entre las tripas separando los intestinos y los órganos y, finalmente, escogió el hígado, el corazón, la molleja y la vesícula biliar. Examinó cada órgano en busca de manchas y anomalías mediante las cuales pudiera discernir los deseos de la diosa. Como cocinero, había visto las

entrañas de muchasocas, pero todavía ignoraba qué veía un arúspice cuando examinaba la sangre y las tripas.

Transcurrieron varios minutos, hasta que Apicio ya no pudo soportar el silencio del sacerdote.

—¿Y bien? —preguntó, al tiempo que hacía girar su gruesa alianza de oro en el dedo.

Yo también estaba impaciente. ¿Y si la adivinación decía que era un cocinero desastroso? ¿Volvería a encontrarme en el mercado de esclavos cuando la tarde tocara a su fin?

El arúspice ladeó la cabeza y contempló a Apicio arqueando una ceja. Supuse que no era la primera vez que veía esa misma mirada en los ojos de los ricos. Carraspeó.

—En ciertos aspectos la diosa Fortuna te sonrío, pero en otros me temo que no.

Apicio se secó las manos en los pliegues de su toga. Yo contuve el aliento.

El sacerdote hurgó entre las entrañas y cogió el hígado. Era más grande de lo normal, pero muy liso.

—En esto veo una vida de lujos y prosperidad. Conquistarás muchos corazones y brindarás placer a numerosas personas. Habrá mucho amor en tu vida.

Examinó la vesícula biliar; estaba hinchada y ya no era verde, como debiera haber sido, sino de un rojo brillante. Un zumbido nos envolvió y de repente una bandada de palomas revoloteó por encima de nuestras cabezas. Apicio soltó una maldición.

—Condenadas palomas. —Alzó la vista—. A lo mejor debería haber recurrido a un augur para que interpretara el vuelo de las aves, en vez de a un arúspice.

Yo también me lo pregunté, pues en ese momento la aparición de tantas

aves debía de tener un significado importante.

El sacerdote no alzó la vista; al parecer, las aves no guardaban ningún significado para él, a menos que estuvieran abiertas en canal. Abrió la vesícula biliar de un tajo y la dividió con la punta del cuchillo. Estaba llena de trocitos de gravilla amarillenta; hizo una mueca y sentí náuseas. ¿Qué veía el sacerdote?

—Esto es muy desafortunado. Un hígado sano y una vesícula biliar putrefacta: sentirás la sangre de la vida mezclada con la punzada de la muerte, tu buena suerte será como una enfermedad a lo largo de toda tu vida, y cuanto más te esfuerces por alcanzar el éxito, tanto más oscuro se volverá tu firmamento. —Señaló una piedrecilla especialmente grande recubierta de bilis reluciente, a la que estaban adheridos dos guijarros más grandes—. ¿Lo ves? ¡Ten cuidado! Por cada éxito obtenido habrá dos fracasos mayores adheridos al costado.

El sacerdote ignoró la respiración entrecortada de Apicio, dejó la vesícula biliar a un lado y se volvió hacia el resto de entrañas. Recogió la molleja, un órgano formado por dos bulbos, y lo abrió con cuidado, revelando una cavidad repleta de hierba, piedrecillas y otros restos.

—Mira esto —dijo, indicando un redondeado fragmento de vidrio azul pálido entre los pringosos restos—. Esto significa un juicio inusual.

—¿Qué quieres decir? —La frente de Apicio se perló de sudor.

—Significa que al final serás juzgado en el Inframundo por la manera en que te percibe nuestro mundo y el mundo del futuro.

El arúspice recogió el cuenco y se volvió.

Sentí náuseas: a mi nuevo amo le aguardaba un futuro lamentable y seguramente me devolvería al tratante de inmediato.

—Comprendo —dijo Apicio con expresión perpleja.

La estatua de Fortuna resplandecía al sol de la tarde y la mirada de sus ojos

pintados de azul se clavó en mí.

Mientras se ponía de pie, Apicio no dejó de susurrar las palabras del sacerdote una y otra vez: «Juzgado en el Inframundo por la manera en que el mundo me ve ahora y en el futuro.»

Eché un vistazo a Sotas, pero el esclavo personal solo inclinó la cabeza. Ojalá pudiera preguntarle a Apicio qué pensaba hacer. ¿Me devolvería? Dirigí la vista a Fortuna y osé clavarla en su mirada aguamarina. Recordé la época pasada junto a Bulbo y cómo abusó de mí de un modo que nadie debería verse obligado a soportar. «Te lo suplico, señora, concédeme tu favor. No vuelvas a enviarme con una bestia como Bulbo. Por favor...»

Tras la adivinación, Apicio estaba nervioso. No hubo más conversaciones amistosas de camino a su *domus*, situado a escasa distancia en las afueras de la ciudad. Disfruté del silencio, me brindaba tiempo para reflexionar sobre el zumbido de las aves que aún se arremolinaba en mi cabeza. La última vez que había visto aves volando de un modo semejante fue la mañana en que Máximo, mi amo anterior, cayó muerto mientras sus esclavos le ayudaban a ponerse la toga. Si las aves habían predicho la muerte de Máximo, ¿qué significaba la bandada de palomas para Apicio? ¿Y para mí? El terror me atenazaba el corazón.

Y el terror cobró nueva forma cuando vi cuán inmensa era la finca donde trabajaría. Apicio vivía en un magnífico *domus* edificado en una elevada cumbre con amplias vistas al mar Tirreno. Era un hogar más grande y elaborado que todas las mansiones que había conocido, pese a que yo había pertenecido a tres patricios muy acaudalados. No estaba preparado para la opulencia de la casa que se elevaba ante mí. Apicio nos condujo a través de un laberinto de pasillos que a veces daban al mar y a la playa, situada más

abajo. Recorrimos el peristilo y casi solté un grito: el patio era extenso, atestado de fuentes y arroyuelos. Por todas partes había flores y el intenso aroma del tomillo impregnaba el aire a medida que avanzábamos por la hierba. En un diseño poco habitual para un *domus*, un lado del peristilo estaba abierto al mar y unas verjas especialmente montadas podían cerrarse para crear una pared protectora contra los elementos en caso necesario. El tamaño de la casa era enorme; traté de imaginar cuántos esclavos trabajaban allí, seguro que docenas.

—Lleva al muchacho a la cocina, Sotas, y ponlo a trabajar —ordenó Apicio.

Un sabor amargo me inundó la boca.

—Pero *dominus*, necesito tiempo para... —En cuanto las palabras escaparon de mi boca supe que no debía haberlas pronunciado. Apicio se volvió bruscamente.

—No cuestiones mis órdenes. Sotas te acompañará a la cocina, donde prepararás los platos de la cena que describiste, con dos excepciones: no quiero pollo de Partia, a cambio prepararás tu especialidad, el pastel de jamón, y quiero langosta en vez de mejillones. —Entonces cambió de tono—. Esta noche no probarás ningún alimento que no hayas preparado con tus propias manos. Si debes tomar comida preparada por otros esclavos, oblígales a probarla primero. Además, no debes tocar ningún alimento que alguno de mis invitados te solicite que pruebes, ¿lo has entendido? Busca otro esclavo que lo pruebe, pero tú has de cuidar al máximo de tu propio bienestar.

¿Qué le había sucedido al último cocinero? El pánico me atenazó la garganta.

Apicio apoyó una mano en mi pecho y me empujó hacia Sotas.

—¿Por qué he causado su enfado? —le pregunté a este cuando Apicio ya

no podía oírme. Tuve que alzar la vista para mirarlo a los ojos: mi cabeza apenas llegaba hasta su pecho.

—No fuiste tú, fue el arúspice.

—¿Por qué estaba tan empeinado en comprarme?

Sotas me lanzó una sonrisa torcida.

—Porque eres un buen cocinero, o al menos lo fuiste aquella noche en que Apicio cenó en casa de Máximo. Aún habla de esa comida, la quiere para su propia mesa, quiere disponer de alguien que le ayude a convertirse en el consejero gastronómico del César. Espera que tú seas esa persona. En cuanto al dinero, comprobarás que posee mucho y que lo gasta alegremente.

—No comprendo. Los vaticinios del arúspice fueron espantosos.

Sotas rio con amargura.

—¿Acaso no notaste lo que murmuraba para sus adentros durante todo el camino de regreso?

Solo recordaba que Apicio había mencionado el juicio en el Inframundo y eso respondí.

—Exacto. Apicio oyó lo que quería oír. La parte acerca del éxito, ¿qué era...?

—Que cuanto más se esfuerce por alcanzarlo, tanto más se oscurecerá su firmamento. A mí me suena a fracaso.

—Sí, eso. Bueno, ahora está enfadado e inquieto, pero mañana por la mañana se habrá convencido de que eso del fracaso jamás fue mencionado.

Al igual que el propio *domus*, la cocina era la más grande que jamás había visto, repleta de ajetrechos esclavos preparando conservas, limpiando ollas y cocinando en tres grandes fogones. El aroma fresco y dulce de las tartas de miel flotaba en el aire, mezclado con el olor acre del vinagre y las deliciosas fragancias de las carnes asadas. A pesar de la brisa marina que penetraba por las ventanas abiertas, la cocina era calurosa y ruidosa. En un rincón dormía



un perro de cola larga y pelaje rojizo, con la lengua colgando fuera. A través de la ventana se veía un gran reloj de sol en el jardín. Solo disponía de unas pocas horas para preparar una elaborada comida.

Conté quince esclavos de cocina; todos parecían estar cocinando, no sirviendo, y supuse que debía de haber al menos una docena más que servirían los platos de la cena. Algunos jóvenes casi púberes entraban y salían de la cocina, tal vez eran recaderos. Apenas podía respirar: ¿cómo me las arreglaría para dirigir a todas esas personas, por todos los dioses? Sabía dirigir una cocina pequeña, formada por tres cocineros y tres sirvientes, nada comparable con lo que al parecer se esperaba de mí en el hogar de Apicio. No obstante, la preocupación pronto quedó atrás, pues Sotas hizo sonar una campana colocada cerca de la puerta. Todos los esclavos interrumpieron sus tareas, el calor hacía brillar sus caras. Me empujó hacia delante y me presentó.

—¿Ese es el nuevo *coquus*? —preguntó una vieja casi desdentada desde una encimera baja, donde encurtía nabos. Su largo cabello entrecano le cubría la espalda. Me pregunté cuántos pelos irían a parar a la comida.

—Es tu nuevo jefe. No lo enfades —la advirtió Sotas antes de regresar a la parte principal de la casa.

Lo seguí con la mirada, dudando qué hacer. El personal aguardaba que dijera unas palabras, pero no se me ocurría nada. Unas mujeres dedicadas a desplumar pollos y perdices reanudaron su tarea, su mirada oscilaba entre los pollos y yo. El perro levantó la cabeza y, tras un silencio incómodo, la mujer desdentada tomó la palabra.

—¿Eres mudo, muchacho?

Recordé las palabras de Máximo, mi amo anterior: solía decir que habría ciertos momentos en los que, pese a mi estatus de esclavo, necesitaría ser audaz y descaradamente resuelto, y que entonces debía dar a entender a

cuantos me rodearan que yo estaba al mando. Era la primera vez que comprendía la verdad que albergaban esas palabras: si no hablaba y reaccionaba con autoridad, nunca obtendría el respeto del personal. Además, dado el dinero que Apicio había gastado en mí, sería mejor que obtuviera ese respeto con rapidez.

—¿Mudo? No, no lo soy, para vuestra desgracia —dije y me dirigí al centro de la cocina, mirando a cada uno al hablar—. Me llamo Tracio, pero vosotros me llamaréis Coquus. Dirijo una cocina ordenada y espero lo mejor de mi personal. Tú —añadí, señalando a la anciana—. ¿Cómo te llamas?

Ella arqueó las cejas al tiempo que titubeaba. Me mantuve firme, mirándola, hasta que ella parpadeó y sus ojos negros desaparecieron tras sus arrugados párpados.

—Balsamea.

—Balsamea, ¿quién es el segundo *coquus* de esta cocina? —Recorrí la estancia con la mirada, intentando mostrarme severo ante los demás esclavos. La mayoría era mayor que yo y eso suponía que ganarme su confianza sería todavía más difícil.

—Ese sería yo, Coquus —dijo un joven de pie en un rincón junto a un gran tarro de garo.

Miré el sello en el tarro: era de Lusitania, una de las mejores fábricas de garo del imperio. El garo de buena calidad, elaborado con las tripas de anchoas pequeñas, era uno de los sabores más importantes de un plato y me alegré al ver que dispondría del mejor.

—Me llamo Rúan.

El joven avanzó un paso restregándose las manos cubiertas de harina en su gruesa túnica de cocinero. Aún estaba en la adolescencia, tenía un cabello rojizo poco común y llamativos ojos verdes. Tal vez era oriundo de Hibernia, la gran isla cerca de la costa occidental de Britania.

—Tengo un menú que *dominus* me ha ordenado preparar para la cena de esta noche, Rúan. ¿Has sacrificado cerdos últimamente?

—Hay jamón fresco de esta mañana en la bodega —dijo Balsamea.

Rúan le lanzó una mirada furibunda por haber contestado en vez de él, pero ella no apartó la mirada de las verduras que estaba picando.

—Bien —dije, y eché una mirada a los demás—. ¿Quién prepara los mejores pasteles en esta cocina?

—Vatia se ha ganado el elogio de *dominus* Apicio —respondió Rúan, señalando a una joven detrás de una mesa baja.

Sí, era de Hibernia, su deje era tan pronunciado que tuve que concentrarme para entenderlo. Vatia dejó de amasar pan y me saludó inclinando la cabeza. Me agradó ver que llevaba su largo y lustroso cabello recogido en un moño. Esa misma noche pensaba decirle a Balsamea que imitar a Vatia sería lo mejor y que en mi cocina ya no podría llevar sueltos sus grasientos pelos.

—¿Eres tú quien preparó las tartas de miel? —le pregunté. Vatia señaló una fuente llena de pequeñas tartas dispuestas para ser horneadas. Bien, una preocupación menos—. Esta noche has de realizar dos tareas más. Prepararás quince porciones de masa que utilizaré para envolver los jamones. Y también los buñuelos de miel para la *cena secunda*. Por lo que veo, ya estás preparando el pan.

Supuse que Apicio había invitado a sus huéspedes según la tradición, lo cual significaba que serían nueve, simbolizando las nueve musas. Pero podía equivocarme; estar preparado para cualquier percance es de sabios. Además, a menudo había huéspedes no invitados, «sombras» o «parásitos», que se sentaban en los extremos de los divanes y a quienes también había que alimentar.

—Si no disponemos de melones, azafrán, colmenillas, garbanzos,

granadas, langosta, ostras, peras y caracoles, será mejor que envíes a tu recadero más veloz al mercado para comprarlos —le dije a Rúan.

Una voz surgió del fondo de la cocina.

—¡Yo voy! ¡Yo!

Un muchacho de ojos azules envuelto en una túnica harapienta agitaba los brazos como un loco y avanzó hacia mí. Rúan abrió la boca como dispuesto a decir algo, pero el muchacho tropezó y chocó contra una mesa. Cuando la mesa cayó y con ella varias copas de cristal de colores vivos, los esclavos gritaron y varios se abalanzaron intentando cogerlas, pero no lo lograron y las copas se hicieron añicos contra el suelo, formando un arcoíris cristalino. Cerré los ojos y suspiré, procurando no perder la calma. Seguro que esas copas eran muy valiosas.

—¡Pallas, pedazo de tonto! ¡Fuera! ¡Lárgate! —gritó Rúan.

Balsamea le rodeó los hombros al muchacho y se lo llevó.

Las copas rotas eran el menor de mis problemas. Pese a la gravedad de la situación, no podía dejar de pensar en las últimas palabras que Apicio me dirigió: que no comiera nada que no hubiese preparado yo mismo. Observé como los esclavos se apresuraban a recoger los restos del estropicio. Rúan, el rubicundo hispano con la escoba, la muchacha de inusuales cabellos rubios recogiendo las astillas y los demás arremolinándose. Contemplé a cada uno de los quince esclavos y me pregunté cuál de ellos podría querer envenenarme.

Era una tarea considerable. El reloj de agua en un rincón de la cocina indicaba que disponía de menos de cuatro horas para preparar la cena. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la bandada de aves que habíamos visto ni en la mirada inescrutable de Fortuna. A pesar de la escasez de tiempo, sabía que necesitaba más consejos espirituales, así que le pregunté a Balsamea por el santuario de los lares familiares, pues supuse que ella era quien seguía la tradición. Una mirada de aprobación asomó a sus ojos, pero Rúan resopló y meneó la cabeza. Su desdén por nuestros dioses romanos era muy evidente.

No obstante, le dijo a Balsamea que se quedara en la cocina y él mismo me condujo hasta el atrio, indicó el nicho azulejado practicado en la pared que albergaba varias diminutas estatuas de los lares y los penates: los dioses del hogar y de los ancestros de la familia. El sol penetraba en la zona abierta del atrio y su brillo se reflejaba en el bronce y el oro de las estatuas. Cogí un palito de la caja de madera junto al santuario, lo encendí en la llama de la antorcha que brillaba a un lado y encendí el trozo de incienso contenido en un cuenco dorado ante las estatuas. El olor a mirra penetró en mi nariz y me arrodillé.

—Seas un dios o una diosa, tú, para quien esta casa es sagrada, elevo mi plegaria a ti de todo corazón, oh sagrado lar. Por favor, concédeme éxito hoy y en los días sucesivos y te ofreceré una tarta de miel todos los días que pase en la casa de Marco Gavo Apicio.

No permanecí allí mucho tiempo. Rúan me esperaba al borde del atrio y

ambos recorrimos los laberínticos pasillos a paso ligero. Como medida suplementaria, elevé unas plegarias más para mis adentros a medida que caminaba: a Sors, dios de la suerte; a Fornax, diosa de los hornos; a Cardea, diosa de los umbrales, y una vez más a Fortuna.

Una voz sonora y chillona me detuvo.

—¡Eh, tú!

Nos volvimos, sin saber a quién se dirigía la orden. Una anciana ataviada con opulentas sedas amarillas se acercó a nosotros con mirada furibunda. Parecía alguien que solía bañarse en la desdicha, su rostro era como el de una Gorgona, con una nariz ganchuda como el pico de un buitre y ojos oscuros y bizcos. En la cabeza llevaba una peluca negra un tanto torcida y varias mechas plateadas asomaban por los bordes como pequeñas serpientes.

—¿Quién eres? —me preguntó.

Rúan había apoyado una rodilla en el suelo; yo también incliné la cabeza en ademán respetuoso.

—Tracio —contesté—, el nuevo *coquus*.

—Eso es lo que supuse. Ponte de pie.

En cuanto obedecí, me abofeteó con el dorso de la mano y su anillo me rasguñó dolorosamente. Después se alejó.

Me quedé inmóvil, estupefacto, y me pregunté qué había ocurrido. Me restañé la sangre con la mano, agradecido de que solo fuera un rasguño. Entonces noté la mano de Rúan apoyada en mi hombro.

—Es Popilla, la madre de Apicio.

—No comprendo.

—Aquí no —murmuró, negando con la cabeza—. Ven.

Una vez que regresamos a la cocina, Rúan cogió una cesta y me dijo que

quería mostrarme dónde se encontraba todo. Pasamos junto a los demás esclavos y me condujo hasta una despensa contigua a la cocina. Me quedé atónito al ver los estantes repletos y por un momento olvidé el moratón en mi mejilla. Boquiabierto, contemplé bellas copas de cristal de todos los colores y tamaños, pilas de platos importados de muchas partes del mundo, fuentes llenas de cucharas de mangos puntiagudos y juegos de servilletas tejidas. Nunca había visto tanta riqueza reunida en un único lugar.

—¿Servilletas y cucharas? —En la mayoría de casas, los invitados traían las suyas propias.

—Apicio no repara en gastos.

—Comprendo. —El dolor palpitante se reanudó—. ¿Por qué me golpeó la madre de Apicio?

Rúan hizo una mueca de disgusto.

—Porque puede. Has de estar preparado, pues te maltratará con regularidad. *Dominus* te presta atención y ella te detestará por ello. También odiaba al cocinero anterior, estoy seguro de que provocó su muerte.

Reprimí una maldición. Lo único que me faltaba, preocuparme precisamente por la madre de mi amo... Eso hizo que volviera a preguntarme por su advertencia antes de dejarme en la cocina.

—*Dominus* me dijo que no comiera nada que no hubiese preparado yo mismo. ¿Sabes por qué?

Rúan hizo una mueca y dirigió la mirada a un ventanuco con barrotes en la parte trasera de la habitación por donde penetraba la brisa marina.

—Quizá porque *dominus* no quiere que mueras.

Se me puso la piel de gallina.

—Vaya. ¿Qué le pasó al cocinero anterior?

—La mayoría creemos que Popilla lo mandó matar. Odiaba a Paetas. No te acerques a ella.

—No comprendo.

—Hace dos meses *dominus* Apicio visitaba su mansión en Minturno y *domina* Aelia se encontraba en el otro extremo de Bayas, cuidando de una amiga enferma. Como ambos estaban ausentes, Popilla cenó a solas en su aposento. Se quejó de la sopa y exigió que Paetas la probara y le diera su opinión. Él la probó y dijo que el sabor no era el correcto. —Su mirada se ensombreció al recordarlo—. Paetas volvió a la cocina, arrojó la sopa a la basura y envió otro cuenco a Popilla, que ella tomó sin protestar. Para cuando ella se acostó, Paetas dijo que estaba mareado y que el corazón le latía demasiado aprisa. Su rostro enrojeció y empezó a vomitar; pronto tuvo dificultad para respirar y murió antes del amanecer. —Se estremeció.

Me pregunté si alguno de los esclavos sentía lealtad por Popilla e intenté permanecer inexpresivo ante mi nuevo asistente.

—¿Por qué querría hacerle daño a Paetas, o a mí, dado el caso?

—Nada de lo que ella hace tiene sentido.

—¿Alguien la acusó de la muerte de Paetas?

Rúan negó con la cabeza.

—No podíamos. Por suerte, *domina* Aelia había regresado y permaneció con nosotros toda la noche; nos quedamos junto a Paetas hasta que murió y le prometimos que esparciríamos sus cenizas en el mar. Balsamea cree que la sopa contenía polvo de tejo, porque tarda un tiempo en surtir efecto. Paetas no se encontró mal hasta mucho después de que Popilla se hubiese retirado y la sopa fuera arrojada a la basura, así que no pudimos comprobarlo administrándosela a un pollo.

»*Domina* nos creyó, pero ¿qué podía hacer? Popilla es la madre de su esposo; lo único que podía hacer para castigarla era decirle que, en ausencia de un cocinero, el personal solo podía preparar sopa de cebada. Servimos sopa y manzanas hasta que Apicio regresó un mes después. —Bajó la voz y



dirigió la mirada a la puerta para asegurarse de que nadie podía oírlo—. Popilla es tan estúpida que nunca se dio cuenta de que *domina* nos dejaba comer comida normal cuando Popilla tomaba un baño o abandonaba la mansión para comer con amigos, lo cual hacía casi todos los días. Detesta la sopa de cebada.

—¿Y Apicio qué opina de su madre?

—Apenas la soporta. Cuando ambos están en casa la evita; en cierta ocasión le pregunté a Sotas por qué *dominus* no la envía a otro lugar y me dijo que Apicio había prometido a su padre que cuidaría de ella. Cuando Gavo Rutilo murió, le dejó todo a Apicio y nada a Popilla. ¡He oído que fue bastante más de cien millones de sestercios! Creo que eso deja claro lo que pensaba de la loca de su esposa. Apicio estaría encantado de encontrar un esposo para ella. Me han dicho que su dote es inmensa, así que tal vez pronto alguien se hará cargo de esa vieja cerda.

La conversación comenzaba a prolongarse y yo empecé a inquietarme por la comida. Examiné las copas y los cubiertos, cogí la cesta de manos de Rúan y señalé los estantes.

—Esas copas que Pallas rompió, ¿Apicio las escogió especialmente para esta noche?

Rúan se encogió de hombros.

—No lo sé. Las entregaron esta mañana. Pueden haber sido un obsequio de un cliente, o puede que *dominus* las encargara. Cuando llega algo nuevo solemos usarlo ese mismo día.

—Confiemos en que eran un obsequio casual.

Las reemplazamos por un juego de copas de cristal decoradas con vívidas imágenes de animales: toros, leopardos y caballos. Si Apicio hacía preguntas, le explicaría la rotura de las copas, pero al contemplar las nuevas consideré que no echaría de menos las otras.

Terminamos de llenar la cesta. Cuando abandonamos la despensa, empecé a toser por culpa del humo de la cocina. Nunca había estado en una cocina provista de tantos hornos, tres a lo largo de una pared. Docenas de ánforas de aceite y vino estaban apoyadas contra otra pared, mientras que estantes repletos de ollas de bronce y cestas de verduras ocupaban la pared más próxima a la puerta.

Apenas tuve tiempo de dejar la cesta antes de que Apicio entrara abruptamente, seguido de Sotas. El amo ya estaba vestido para la cena, llevaba una toga color marfil. Su calzado de cuero estaba teñido de rojo, otro símbolo de su estatus patricio. Lo diferenciaba de otros ciudadanos nobles y ricos, équités que no poseían el linaje familiar que los convertía en miembros de la elite.

Apicio no me vio.

—¡Tracio! —vociferó.

—¿Sí, *dominus*?

Rodeé la mesa y pasé junto a Balsamea. El amo me miró fijamente.

—Me han informado que esta noche Publio Octavio se reunirá con nosotros. Se mostrará muy crítico con todos los aspectos de la cena. Octavio es un hombre que cree que su cocinero es el mejor del imperio. Tú demostrarás que se equivoca, ¿has entendido?

—Sí, *dominus* —contesté, tratando de que no notara mi terror.

Me dispuse a preguntarle algo más sobre Octavio pero, meneando la cabeza, Sotas me indicó que no lo hiciera. Le hice caso: mis palabras solo harían aumentar el malhumor de Apicio.

—Si lo logras, este mes le concederé un día festivo adicional a todo el personal de tu cocina.

Un murmullo animado surgió entre los esclavos, que habían callado para escuchar la conversación. Muchos amos no concedían vacaciones a sus

esclavos. Afortunadamente, los grandes filósofos como Catón el Viejo insistían en la necesidad de concederles días festivos a los esclavos que trabajaban duro, convenciendo a numerosos propietarios que querían domeñar a sus esclavos díscolos.

—Gracias, *dominus*, es muy generoso de tu parte.

Apicio me lanzó una mirada furibunda.

—Aún no me agradezcas nada. Si fracasas, cada uno de vosotros perderá dos días festivos este mes.

Tomé la palabra, arriesgándome a sufrir la ira del amo.

—Esta mañana, cuando le rezaste a Fortuna, yo también vi el vuelo de las aves. Creo que era una señal de...

—Será mejor que fuera una señal propicia —me interrumpió—. Y recuerda: no cometas ningún error esta noche. Debes engrandecer mi reputación como anfitrión.

Sotas me saludó inclinando la cabeza y siguió a nuestro *dominus*.

—¿Coquus?

Vatia me indicó que me acercara a su mesa. Rúan estaba a su lado y le rozó el brazo con la mano antes de regresar a su propio puesto, un gesto casual pero íntimo. Tomé nota: a veces un romance en la cocina era afortunado, pero otras solo entorpecía las tareas.

—¿Qué pasa? —le espeté irritado, suponiendo que se había distraído—. ¿Solo ahora te dedicas a amasar la masa? —Me mordí la lengua para que pudiera explicarse, pues, dadas las circunstancias, mi enfado solo entorpecería las tareas de esa noche especial.

—Te ruego me disculpes, Coquus, pero la masa conserva mejor la forma si la dejas enfriar —dijo con voz trémula y me miró con sus grandes ojos castaños. No podía ser mucho mayor que Rúan.

—¿Enfriar? —exclamé, preguntándome cómo algo podía enfriarse al calor

abrasador del verano y aún menos al calor generado por los hornos.

—Bajo el *domus* hay una cámara de nieve —dijo ella—. En esta cocina nunca echarás en falta el frío. Esta mañana han traído un cargamento de nieve.

Cuando trabajaba para Máximo apenas si encargaba puñados de nieve, y no podía evitar asombrarme cada vez que veía verdaderos trozos de hielo, generalmente entregados en grandes barriles rellenos de paja y cubiertos por montones de heno. Cada barril de hielo, cosechado en las colinas del monte Gauro al oeste de Roma, costaba una pequeña fortuna.

Vatia ya no me miraba, estaba enrollando la masa alrededor de uno de los jamones ya raspado, untado de miel y relleno de higos. Su pericia era notable y la masa se adhería a la carne de un modo que yo jamás había logrado.

—Comprendo a qué te refieres respecto a enfriar la masa —dije, asombrado.

—Esto es lo que quería mostrarte —repuso ella, indicando unos trozos de masa de formas curiosas apoyados en la mesa.

—No comprendo.

—Observa.

Vatia cogió los trozos y los humedeció. Luego los pegó al jamón envuelto en masa y sus dedos delgados los moldearon. Tras unos momentos dio un paso atrás.

—¡Es un cerdo! —sonreí al ver el morro y las orejas que Vatia había añadido al jamón.

—Supuse que te gustaría —dijo en tono orgulloso—. La idea se me ocurrió cuando me dijiste lo que estabas preparando. Tenía la imagen de un cerdo en la cabeza y pensé que, si lograba reproducirla, eso agradaría a los invitados.

—¿Crees que podremos hornearlo sin problemas?

—Sí. También pensé pintarlo con huevo para que brille cuando salga del horno.

—Hazlo, por favor. —No podía despegar la vista del cerdito. Era maravilloso y deseé que se me hubiera ocurrido a mí. Le palmeé el hombro —. ¡Los dioses te sonríen! Enséñame el secreto y te ayudaré a acabarlo.

Ella me mostró cómo cortar las formas de masa correctas y yo di gracias a Fortuna por enviarme a alguien como Vatia para que mi primera comida resultara extraordinaria. Esa atención al detalle era lo que me alegraba el corazón, y encontrar a alguien que también apreciaba los detalles suponía un alivio en medio del caos.

Cuando supervisé el trabajo de Rúan durante las preparaciones finales de la cena, le pregunté por qué Apicio no lo había dejado al mando de la cocina. Parecía tan capaz como dispuesto a aprender.

—Solo tengo dieciséis años. Además, no supondría buena suerte para *dominus*.

Me lanzó una sonrisa pícaro, meneando la cabeza y agitando su pelirrojo y alborotado cabello. Debería haberme dado cuenta de que Apicio nunca dejaría que un bárbaro dirigiera su cocina.

—Sotas me dijo que nuestro *dominus* quiere ser el consejero gastronómico del César. ¿Sabes por qué? —le pregunté.

—Sí. Aspira a la fama. Quiere que el mundo sepa quién es. Pero resulta que no tiene ningún talento. Sería un pésimo senador, orador o abogado. Se considera demasiado importante para dedicarse al comercio, así que sus esperanzas están cifradas en el César. Lo único que se le da bien es comer y, hasta cierto punto, combinar sabores. Es ahí donde entras en juego tú: tu tarea consiste en hacerlo famoso.

Recordé las circunstancias de mi adquisición; el tratante parecía conocer el deseo de mi nuevo amo: «Este muchacho te hará famoso», había dicho. También dijo otras cosas, pero fue esa palabra, «famoso», lo que hizo que Apicio gastara tanto dinero en mi compra.

Poco antes del atardecer, una hora antes de que comenzara la cena, alguien pronunció mi nombre. Alcé la mirada de la preparación final de los jamones y me encontré con los ojos verdes de una joven de rasgos sencillos, de pie al otro lado de la mesa de trabajo. Llevaba una túnica de seda roja y una estola de motivos rojos y amarillos. Su cabello castaño formaba un elaborado moño y docenas de ricitos enmarcaban su rostro. Un brillante collar de oro incrustado de granates y perlas le rodeaba el cuello. Era la matrona de la casa.

Yo estaba perdido de harina, y mi túnica, manchada de vino y miel. Abochornado, incliné la cabeza para saludarla con la vista baja.

—No, mírame, por favor. Soy Aelia —dijo. Alcé los ojos, sorprendido por su tono jovial—. Quería saludarte personalmente. Hoy Marco estaba de mal humor y temo que haya sido excesivamente duro contigo respecto a sus expectativas sobre la cena de esta noche. En general, suele involucrarse en la preparación de la cena, pero consideraré mejor evitar que te molestase en el primer día que pasas con nosotros.

—Agradezco tu amabilidad —respondí, ignorando qué esperaba de mí.

En otros hogares donde había servido, la señora de la casa rara vez me prestaba atención, a menos que algo hubiese salido mal en alguna comida. En cambio, aquí ella me estaba diciendo que me protegía de los caprichos del amo.

Aelia recorrió la cocina, escudriñando cuencos y probando platos con la punta de un dedo. Los esclavos interrumpían sus labores cuando ella se

acercaba y sus rostros ceñudos daban paso a sonrisas de orgullo cuando comentaba sus obras. Cuando una muchacha rubia de Germania dejó caer una cesta de manzanas que rodaron por el suelo, Aelia se agachó y la ayudó a recogerlas. Apartó a los esclavos que se acercaron y no dejó de hablar en tono alegre mientras ella y la muchacha devolvían las manzanas a la cesta.

—Dales las machucadas a los demás esclavos —dijo, guiñándole un ojo a la germana, que, agradecida, inclinó la cabeza varias veces.

Luego cogió una manzana de la cesta y se la tendió a Balsamea, que le dio las gracias y se la guardó en el bolsillo. Entonces Aelia cerró los ojos e inspiró el aroma de la cocina.

—Si esta noche el sabor de tu comida es tan agradable como su aroma, Tracio, no tardarás en cosechar un gran respeto en este hogar.

—Espero que todo sea de tu agrado, *domina* —respondí—. Acepta mis disculpas si parece sencilla o apresurada.

Ella me sonrió.

—Estoy convencida de que todo saldrá bien. Esta tarde Marco no ha dejado de jactarse de lo afortunado que fue al descubrir que estabas en venta —dijo—. ¿Podrías hacerme un favor? —preguntó, ladeando ligeramente la cabeza.

Esa joven me impresionaba. Pese a mi vínculo con mi amo anterior, él no dejaba de darme órdenes al igual que cualquier amo a un esclavo, y también su esposa, que solía soltarme instrucciones a través de sus finos labios fruncidos y su amarillenta dentadura. Nunca había «favores» que hacer, solo servicios exigidos.

—Por supuesto, encantado de servirla —contesté, y le indiqué a Vatia que se encargara de pintar la masa con yema de huevo antes de que los jamones fueran introducidos en el horno para la última cocción.

—A Marco le encantarán esos cerdos. —Aelia sonrió, señalando la fuente

con la mano—. Y también a Apicata, pero seguro que preferirá jugar con ellos en vez de comerlos.

—¿Apicata es vuestra hija?

—Sí. Por eso he acudido. Para conocerte, pero también para pedirte que prepares la cena de ella. Ahora está dormida, pero pronto despertará. ¿Tal vez un poco de queso y frutas? —Y se enrolló un rizo en el dedo al hablar—. Hace unos momentos Rúan le llevó la cena, pero ella se había quedado dormida entre sus muñecas. Hemos jugado todo el día a orillas del mar y estaba cansada.

—Sí, *domina*. El sol y el mar suelen dejarte exhausto.

A mí también me complacía estar cerca del mar y ya esperaba mi primer día libre con impaciencia, para ir a la playa situada a los pies de la casa. El aroma marino me había vigorizado todo el día, cada vez que la brisa penetraba a través de las ventanas de la cocina.

—Bien, enviaré a Passia para que recoja una bandeja. Que Fortuna y los lares de esta casa te iluminen esta noche.

Aelia se arrebujó en su estola, abandonó la cocina y el tintineo de los eslabones de oro de sus collares y pendientes se apagaron a medida que recorría el pasillo.

Ordené a uno de los esclavos más jóvenes que preparara una fuente para Apicata y reanudé la tarea de organizar a los que se ocupaban de los platos de la cena.

—¡No olvidéis ningún detalle! —les dije a los seis esclavos que servían la comida.

Salían de la cocina y atravesaban el umbral que daba al triclinio al aire libre, donde los invitados descansaban en divanes recibiendo los últimos rayos del sol poniente. Pese al frenesí reinante en la cocina, esa tarde de finales de verano logré dedicar media hora a ayudar a los esclavos a practicar



el modo en que quería que sirvieran la comida. Me mostraba obsesivo, pero no podía evitarlo: cuando la visión de la comida se presenta de manera fantástica, el placer de comerla es mucho mayor.

Observé mientras los esclavos se aproximaban a los comensales con movimientos acompasados y, con elegancia, depositaban las bandejas de comida en las mesas delante de cada invitado. Luego les presentaban las cucharas lustradas y las servilletas recién blanqueadas. Solté un suspiro de alivio al comprobar que los esclavos seguían mis instrucciones y mantenían el mismo ritmo.

Las flores de queso que acompañaban el pan provocaron chillidos de deleite entre las damas, pero lo que más me complació fue la expresión de Apicio. Una amplia sonrisa no desapareció de su cara durante toda la cena y, más que la luz del ocaso, lo que iluminaba su rostro era el orgullo.

Cuando regresé del triclinio, donde los invitados estaban terminando sus tartas de miel y bebían zumo de peras en copas enojadas, una mujer entró en la cocina por una puerta lateral.

Entre todas las sorpresas de aquel día, ella fue la más sorprendente. Sus ojos oscuros, sus rizos castaño rojizos y la curva de sílfide de sus caderas me perseguirían durante muchos días.

—He venido por la cena de Apicata —dijo.

Su voz flotó a través de la cocina, ondulaciones sonoras que me acariciaron la piel. Era la mujer que Aelia dijo que vendría por la bandeja: Passia. Cuando lo comprendí, su nombre resplandeció en mi cabeza.

—¿Es esa? —La señaló con un largo dedo de uña curva y sonrosada.

Yo permanecía inmóvil como una estatua, abrumado por la proximidad de lo que consideré la manifestación física de la mismísima Venus.

—Sí, esa es la fuente, la de allí. Esa.

De pronto quise que se marchara, de lo contrario todo estaría perdido. No

podría completar la cena, sería incapaz de dirigir a los servidores y acabaría bajo el látigo por no estar a la altura de las expectativas de Apicio. Rogué mentalmente a Venus que Passia se marchara, pero al mismo tiempo que ella me recordara, tal como yo recordaría cada delicioso detalle de los momentos en que permanecía ante mí.

Por suerte, la diosa estaba prestando atención. Passia no volvió a mirarme, se deslizó a través de la habitación y su brazo me rozó la mano cuando se inclinó por encima de la mesa para recoger la bandeja y, en menos de lo que canta un gallo, desapareció.

Balsamea notó mi turbación y me lanzó unas gotas de agua con la cuchara que estaba usando.

—Parece que en esta cocina se levanta algo más que la masa, ¿eh?

Si antes me había ruborizado, esas palabras multiplicaron mi sonrojo. Le lancé una mirada furibunda, deseando poder fulminarla con un rayo, aunque opté por guardar silencio y me ocupé de abrir las últimas ostras.

Rúan y yo estábamos en el portal entre la cocina y el triclinio al aire libre, contemplando a los invitados y el mar a sus espaldas. Procuré pasar por alto el crujido de mis tripas; me había tomado en serio la advertencia de Apicio acerca del peligro de que me envenenaran y ese día solo había comido unos rábanos que arranqué del jardín y pequeños bocados de diversos platos preparados por mí mismo.

Apicio y sus invitados charlaban alegremente, disfrutando de las refrescantes brisas marinas y maravillándose ante el resplandor granate del sol poniéndose en el mar. Un diván de tres lados, o triclinio, albergaba a nueve huéspedes en representación de las nueve musas, tal como manda la tradición. Todos los comensales estaban tendidos de lado, apoyados en el codo, y en el centro había una mesa cuadrada repleta de huevos duros de codorniz, uvas, olivas y pequeñas exquisiteces destinadas a despertar el apetito. De manera inusual, esa noche el invitado de honor era una mujer; reía y estaba tendida en el muy solicitado extremo izquierdo del diván central, junto a Apicio.

—¿Quién es? —le susurré a Rúan. Le estaba agradecido por ayudarme a entender las costumbres del hogar de Apicio.

—Fannia, una vieja amiga de la familia Gavo. Ha vuelto a contraer matrimonio hace poco, pero tardarás en conocer a su esposo.

Quise preguntarle por qué, pero Rúan prosiguió, señalando al hombre sentado entre Fannia y la madre de Apicio.

—Ignoro el nombre del hombre sentado en el extremo del diván, pero creo

que es otro abogado codicioso interesado en la dote de Popilla.

Me volví hacia la cocina y ordené que los próximos servidores llevaran las langostas y las ostras a la mesa. Contuve el aliento hasta que los esclavos depositaron las fuentes de nieve y crustáceos en la mesa y regresaron a la cocina tras realizar una exagerada reverencia.

Cuando Popilla tendió la mano hacia la fuente para coger el trozo más grande de langosta, Rúan soltó una risita y observó cómo los comensales extraían las ostras de sus conchas con los mangos puntiagudos de sus cucharas.

—Esos son Trio y Celera.

Rúan señaló a una joven pareja reclinada al otro lado de Fannia. Trio era un hombre apuesto de cabello ralo y una mandíbula característica del antiguo linaje Celio de patricios romanos. Celera aparentaba catorce o quince años y parecía embarazada.

—Apicio dijo que Publio Octavio estaría presente. ¿Es él, el que está tendido al otro lado de Fannia?

Rúan retrocedió para dejar paso a uno de los esclavos.

—Sí. Su padre era un senador, pero Octavio no parece seguir sus pasos. Gasta su dinero en fiestas y su tiempo en adular a las personas próximas al César. Su esposa es la pelirroja.

—¿Es oriundo de Bayas?

—No; de Roma. Aquí posee una villa veraniega. Nunca he estado en Roma, pero me han dicho que allí los veranos son insoportables.

Rúan tenía razón, se decía que los veranos en Roma eran horribles. De resultas, Bayas se había convertido en el lugar de moda de los ricos para disfrutar de las brisas marinas y pasar el verano en la playa.

—Apicio no aprecia a Octavio —prosiguió Rúan—, pero siempre dice que hay que mantener próximos a los enemigos. Creo que eran buenos amigos,

pero ahora se limitan a competir entre ellos —añadió, restregándose las manos—. ¿Debería preparar los jamones para servirlos?

—Sí. Quiero que aún estén calientes cuando lleguen a la mesa.

Cuando presentaron los jamones, Aelia rio al ver sus cuerpos dorados y los morros y las orejas de masa.

—¡No estoy segura de poder comerlos! ¡Qué maravilla, Tracio! — exclamó, y tendió la mano para desprender una de las orejas de cerdo y llevársela a la boca. Cerró los ojos, saboreando la sabrosa masa—. ¡Uau, tal vez pueda!

Sonreí y le indiqué al esclavo encargado de trincar que cortara el cerdo en pequeños trozos.

Cuando acabó de hacerlo y los comensales se deleitaban con el plato, Apicio me indicó que me acercara con un brazo bronceado por el sol y, volviéndose hacia sus invitados, exclamó en tono entusiasta:

—¡Debo presentaros a mi nuevo *coquus*! Ven aquí, Tracio.

Su sonrisa desmentía su anterior malhumor; señaló un taburete y me indicó que lo llevara hasta la mesa central, cerrando el triclinio en forma de U de manera poco habitual, un pedido que me sorprendió. El delicioso aroma que flotaba en el aire hizo que recordara cuán hambriento estaba y mis tripas volvieron a sonar.

—Así que esta es tu nueva adquisición —dijo Octavio, echándome un vistazo. Un escalofrío me recorrió la espalda—. No supuse que sería tan joven. ¿Cuántos trucos puede guardar en la manga un muchacho de esta edad? —añadió, soltando una risita irónica.

Guardé silencio, sin despegar la mirada de una pata del diván en forma de garra de león.

—Sí, dínoslo —terció Popilla en tono mordaz—. No puedes tener más de

quince años. ¿Cómo sabremos que estos no son los únicos platos que sabes preparar?

Apicio le lanzó una mirada a su madre que hubiese convertido en piedra a un basilisco. La tensión aumentó debido al insinuado insulto a su hijo y, tras ese intercambio de palabras, el supuesto pretendiente sentado a su lado se quedó boquiabierto.

—Tiene casi veinte años, madre. Dile dónde aprendiste tus destrezas, Tracio. —Apicio me sonrió, pero el tono de advertencia era evidente.

Tomé aire.

—Las aprendí de Metón, el *coquus* de Flavio Máximo anterior a mí. Trabajé en su cocina siete años. Él me protegió cuando notó que yo tenía talento para comprender el uso de las especias. Me enseñó todo lo que sé, pero yo siempre quise experimentar. Era muy viejo y a medida que pasaban los años me encargué cada vez más de la cocina de Máximo. Tras la muerte de Metón, Máximo me convirtió en *coquus* y durante dieciocho meses me llamaron *coquus* en su cocina.

No añadí que tanto Metón como Máximo habían sido como padres para mí y que aún lloraba sus muertes.

—¿He oído hablar de Metón! —exclamó Trio—. ¿Recuerdas cuando tu hermana se alojó con nosotros, Celera? No dejaba de elogiarlo, dijo que era el mejor cocinero que jamás había encontrado. Su esposo estaba muy celoso.

—Su esposo era un *gourmand* considerable, ¿verdad? —preguntó Aelia.

La irritación de Apicio había dado paso al deleite.

—Uno de los mejores paladares de Roma, si mal no recuerdo, ¿verdad, Celera?

—Sí, que su genialidad siga viva... Echamos mucho de menos a mi cuñado.

Para mi alivio, Fannia cambió de tema.

—¡Este jamón está delicioso! La masa es perfecta, tan crujiente y ligera...  
—Su sonrisa destacó las arrugas de su rostro; era más gorda que las otras mujeres y llevaba su peluca castaña rojiza en lo alto de la cabeza, cubierta de grandes rizos: su cabeza parecía tan grande como un abultado cojín—. Tienes que darme la receta para mi nuevo cocinero. Si te envió una tablilla de cera, ¿puedes hacerla transcribir para mí?

—Dispongo de tablillas, Fannia. Y este muchacho podrá escribirte la receta él mismo, ¿verdad, Tracio?

—Sí, *dominus*. Escribiré la receta con mucho gusto.

—¿Quién te enseñó a escribir? —me preguntó Popilla con la boca llena de jamón y en tono receloso.

Ya me había encontrado con mujeres como ella, ninguna respuesta le resultaría satisfactoria.

—¿Y bien? —Popilla me miró, esperando una respuesta.

Me esforcé por ocultar mi repugnancia y me resultó más fácil contemplar a Aelia al contestar. Su expresión serena disminuyó el horror que sentí al saber que quizá Popilla había encargado la muerte de mi predecesor.

—Máximo se encargó de que aprendiera a leer y escribir en latín, griego, egipcio y español. También entiendo un poco de la lengua persa. Consideraba que todos los miembros de su hogar debían recibir una educación. —Bajé la vista con el fin de evitar la mirada crítica de Popilla.

—Sé que algunas personas se oponen a que los esclavos reciban educación... —Aelia se inclinó hacia delante en el diván y su mirada se posó en el borde de mi túnica, que yo retorció con manos nerviosas. Dejé de hacerlo y me enderecé, decidido a disimular mi nerviosismo. Ella prosiguió —. Pero estoy de acuerdo con Máximo: instruir a todos los miembros del hogar tiene muchas ventajas. Supongo que Rúan podrá enseñarte un poco de la lengua celta. Es oriundo de esa isla cerca de las costas de Britania.

Octavio arrancó la cola de su cerdo y la agitó.

—¿Así que es de Hibernia? ¡Ja! ¡Pues entonces, Tracio, supongo que también puede enseñarte a ser bastante feroz! —Como mínimo, Octavio doblaba a su esposa en edad, tenía el pelo gris y un vientre abultado que los pliegues de su toga no lograban disimular—. ¡Hubiese sido maravilloso ver a semejante criatura pintada de azul y esa cabellera roja lanzándose sobre ti lanza en mano!

Su mujer soltó una risita suave y femenina. Ella misma llevaba una peluca roja, pero el rojo era un color corriente de las pelucas. Ver a una persona de cabellos rojos naturales era bastante poco frecuente y supuse que en las fiestas de Apicio a menudo era un tema polémico.

—Creo que nunca se ha pintado de azul ni portado una lanza —dijo Aelia, reconviniéndolo con una sonrisa—. Llegó al hogar de mi familia cuando era un niño. Puede que su padre llevara las marcas azules guerreras, pero Rúan era demasiado joven.

—Por lo visto, un puñado de jóvenes dirigen tu cocina, Apicio. ¿Cuán agudo puede ser el sentido del gusto de este muchacho?

La pregunta de Octavio interrumpió las risas.

Alcé la vista y luego volví a dirigirla a la pata de león tallada.

—Puede que sea joven, pero cocinar siempre me ha resultado fácil —dije, confiando en hablar en tono firme. Volví a alzar la mirada pero no la cabeza—. Siempre he tenido buen paladar, cuando los sabores se combinan bien es como una armonía en la boca. Reflexiono sobre el modo en que los ingredientes pueden combinarse para que cada plato cante.

Fannia soltó un murmullo de aprobación, pero Octavio no se dejó impresionar.

—¿Creíste que la abundancia de arena en mi ostra haría cantar mi plato? —preguntó, y se dirigió a Apicio—: Si quieres, puedo enviarte a mi cocinero



Heracles para que le enseñe a tu esclavo cómo limpiarlas correctamente. Incluso el César comentó la destreza de mi *coquus*. Creo que el mismísimo Corvino envidia el talento de Heracles.

Ignoraba quién era Corvino y además me daba igual. Pero mentía acerca de la arena. Yo mismo había examinado cada ostra.

—Te pido mil perdones —dije con voz trémula e hirviendo de ira.

Apicio se dispuso a hablar, pero su esposa lo interrumpió.

—Ay, Octavio, solo fue un error. De hecho, fue mío —dijo. ¿Qué estaba haciendo, por Júpiter?—. Apicio, amado esposo, esta noche estaba en la cocina y temo que fui yo quien distrajo al pobre muchacho mientras preparaba las ostras. Debe de haber pasado una por alto mientras yo le hablaba.

Octavio me miró, entornando los ojos.

—¿No deberías haber examinado cada ostra antes de servir las, esclavo?

Fui a responder, pero Aelia volvió a rescatarme.

—Esa era su intención, pero en bien de la rapidez le dije a Tracio que yo las había examinado y que las guardara en la cámara de nieve. Hace poco que está aquí, pero pienso que no osaría desobedecerme, ¿verdad, Tracio?

—No, *domina*.

—Bien. Por favor, encárgate de que le sirvan otras ostras al estimado Octavio, no debemos permitir que se marche disgustado.

—No, no te preocupes —dijo Octavio, y sus mofletes se agitaron—. Estaré perfectamente.

Aelia me guiñó un ojo y Apicio me despidió con un leve gesto de la mano.

Estaba desconcertado y solo tras alejarme unos pasos caí en que había partido en la dirección equivocada. Sotas me reprendió en voz baja cuando mi error hizo que me encontrara cerca de su puesto junto a la puerta y me indicó que me acercara.

—¡Gracias a los dioses por la presencia de Aelia! —me dijo al oído.

—¿Ese hombre siempre es tan insoportable? —Observé como Octavio se lamía los gordos dedos cubiertos de salsa.

—Siempre. Y sabe qué decir para incordiar a todo el mundo. Esa mención de Corvino, por ejemplo, que ocupa el puesto deseado por Apicio: consejero cultural y gastronómico del César.

—Comprendo.

—Es obvio que has puesto nervioso a Octavio, de lo contrario no hubiera lanzado esa puya. Mira a Apicio, aún se percibe su irritación.

Me volví hacia mi amo: era verdad, aún parecía rumiar mientras sus invitados charlaban en torno a él.

—Me han contado todas las maneras en que a *dominus* le gustaría deshacerse de Octavio: sumergirlo en agua hirviendo, cercenarle la garganta en una oscura callejuela, introduciendo decocción de adelfas en su vino... La lista es larga, seguro que pronto te darás cuenta de ello.

La esclava personal de Aelia estaba en el borde de un gran tiesto de flores entre nosotros y los comensales. Se detuvo para beber un sorbo de agua y luego volvió a recoger su lira. Sotas le sonrió.

—Esa es Helena —se limitó a decir, pero su voz revelaba su anhelo. Cambié de tema.

—Nunca he conocido un esclavo personal tan bien hablado como tú. ¿De dónde eres?

Él hizo una pausa, como si considerara si me merecía una respuesta.

—Soy egipcio —dijo por fin, confirmando mi sospecha—. Mi padre murió antes de que yo naciera y mi madre se vio obligada a venderme como esclavo cuando ya no pudo alimentarme. El padre de Apicio me compró, me trajo a Roma y durante varios años hizo que me formaran para ser el esclavo personal de Apicio. Me educaron más o menos como a ti.

—¿Lo aconsejas?

—A veces. Pero no soy su consejero.

Algo en su actitud denotaba que no tenía interés en proseguir con esa conversación. Una vez más, dirigí la mirada a los comensales.

—¿Por qué Octavio le desagrada a *dominus* Apicio?

Sotas resopló y respiró hondo.

—*Dominus* lo conoció hace seis años, cuando Octavio veraneaba en Minturno. Octavio lo convirtió en su protegido y lo instruyó sobre la política, las fiestas y Roma. Fue él quien convenció a Apicio de que comprara esta villa aquí, en Bayas, donde podía relacionarse con romanos influyentes que venían de vacaciones. Al principio Octavio fue un mentor, pero con el tiempo se volvió ambicioso y envidioso y, más que como un amigo, se comportó como un competidor. Es un necio, arrogante y fanfarrón. Fannia no deja de decirle a Apicio que deje de invitarlo, pero sé que lo seguirá haciendo, no quiere perderlo de vista.

Eso me sorprendió.

—¿Es que Fannia le dice lo que debe hacer?

—Sí. Fannia Drusilla ha sido una suerte de madre sustituta para Apicio desde que él cumplió los diez años. Era vecina de los Gavo en Minturno. El padre de *dominus* rara vez estaba en casa y, vaya, una vez que conozcas a Popilla comprenderás por qué ambos no guardan una relación estrecha.

—¿Y Popilla y Fannia se llevan bien?

—¡Ja! —exclamó Sotas en tono desdeñoso—. No, Fannia y Popilla siempre se están peleando. Apicio nunca presta oídos a Popilla y ese es uno de los motivos por los que ella se ha convertido en una vieja arpía: siempre intenta que su hijo le preste atención —añadió, inclinando la cabeza hacia ellos.

A medida que se animaba, Apicio levantaba la voz.

—¿Recuerdas la ocasión en que su madre celebró aquella gran cena para el cónsul Calpurnio Piso, Fannia? —preguntó y le dio unas palmaditas en la espalda a Popilla, un gesto alegre pero obviamente compasivo.

Popilla se desprendió de la mano, su mirada era sombría y dura.

—Sí. Esa cena fue un desastre —dijo Fannia, tomándole el pelo a Popilla—. Pobrecita, no tenías ni idea de cómo celebrar una cena. ¡El vino de Sorrento era peleón, los langostinos estaban duros y ni siquiera les serviste un *gustatio* a tus huéspedes como primer plato! —Fannia agitaba la cuchara al hablar—. ¡Yo misma tuve que encargarme de la cena siguiente! ¡Gracias a los dioses Apicio no tardó en aprender!

Popilla hervía de rabia y se concentró en su plato, cogiendo trozos de jamón y masa con los dedos. Durante el transcurso de la conversación su supuesto pretendiente se había apartado un poco de más de ella.

Cuando Popilla habló, fue para hacerle una pregunta mordaz a Fannia.

—¿Dónde está Pulcro esta noche?

La pregunta de Popilla causó una tensión tan espesa como la cortina de un templo. La respiración de Celera se volvió entrecortada y Apicio pareció erizarse. La única que permaneció imperturbable fue Fannia.

—Pulcro está en Macedonia negociando una nueva compra de vino —respondió y se volvió hacia Apicio—. ¿Te gustaría que haga un pedido de varias ánforas de la última cosecha? Supongo que tendrás sitio en una de tus bodegas.

Popilla le lanzó una sonrisa amarga como la cicuta.

—Tú y Pulcro formáis una pareja tan dulce... Imagino que lo echas mucho de menos. ¿Habrá regresado a casa para las festividades saturnales?

Una bandada de gaviotas voló por encima de nuestras cabezas soltando ásperos chillidos y distrayendo la atención de los comensales de las palabras de Popilla. Los huéspedes trataron de interpretar el significado de la señal y

entablaron una animada conversación. Popilla parecía tan enfadada por la distracción que creí que estallaría.

Sotas rio con suavidad.

—Esa vieja bruja se lo tiene merecido.

—¿Quién es Pulcro?

—El nuevo esposo de Fannia, Quinto Claudio Pulcro. El primero murió hace unos años y hace poco Livia, la prima de Fannia, la obligó a casarse con Pulcro. Ya sabes, Livia, la esposa del César.

Tosí, sorprendido.

—Sí, esa Livia —prosiguió Sotas—. Cuando obligaron a Livia a divorciarse de Tiberio Claudio Nerón para casarse con César Augusto estaba más desolada de lo que nadie imaginó. Sobre todo cuando Fannia empezó a acostarse con su ex esposo.

—Supongo que eso enfadó bastante a Livia, ¿verdad?

—Sí, bastante. Ella y Fannia solían ser íntimas hasta que ocurrió aquello, de modo que la traición fue una afrenta aún mayor. No había pruebas, solo rumores difundidos por sus esclavos, así que Livia tuvo que idear una venganza imaginativa. ¿Conoces esa regla impuesta por el César, la de que hombres y mujeres deben estar casados?

—Sí, la conozco. Una regla tonta, según mi opinión.

—La mayoría estaría de acuerdo contigo. En todo caso, Livia le sugirió al César que Fannia se casara con Pulcro y aquel la obligó.

En ese momento Rúan apareció en el portal al otro lado del triclinio. Él me vio y agitó los brazos.

—¿Qué tiene de malo Pulcro? —pregunté; sabía que debía marcharme pero quería oír el resto de esa extraña historia.

—Antaño, cuando Fannia era joven, la familia de Pulcro y la de ella eran íntimas y a menudo veraneaban juntas. Se rumorea que durante uno de esos

veraneos compartidos alguien violó y estranguló a la hermana mayor de Fannia y arrojó su cuerpo a una fuente. No había pruebas, pero Fannia siempre insistió en que fue Pulcro.

»Quince años después Fannia, recientemente enviudada, cometió el error de acostarse con el ex esposo de Livia. Esta se puso furiosa. Aguardó que llegara el momento propicio y, cuando murió la esposa de Pulcro, se tomó su venganza y se aseguró de que Fannia fuera la nueva esposa de Pulcro. Lo único con que Livia no contó fue que Pulcro siempre está de viaje y eso significa que Fannia solo ve a su esposo rara vez. Ambos se detestan y él siempre está lejos.

El sol se había puesto y las últimas franjas rojas y anaranjadas comenzaron a difuminarse por encima del mar. Apicio chasqueó los dedos indicando a uno de los niños esclavos que encendieran las lámparas.

—Regresa a través de la casa —dijo Sotas, señalando el vestíbulo a sus espaldas—. Así no tendrás que cruzar el patio a la vista de todos.

Asentí y me dirigí hacia el pasillo. Un grupo de niños jugaba a los dados en el vestíbulo.

—¡Tú, Tycho! ¡Ve a encender las lámparas ahora mismo!

Detrás de mí, la voz de Sotas era baja pero cortante. Un niño de unos siete años, de cabello oscuro y ensortijado, echó a correr seguido de los otros niños para iluminar a los comensales.

Detuve a uno de ellos antes de que se alejara y le dije que me guiara a través de las salas hasta la cocina, donde Rúan se desesperaba y se preguntaba si debía servir el siguiente plato. Menos mal que no me perdí en el laberinto de pasillos del *domus*.

El resto de la velada transcurrió casi sin incidentes. Apicio no notó la

ausencia de las copas rotas y, aunque de mala gana, Octavio reconoció que la comida estaba deliciosa. Popilla se retiró temprano, aduciendo que estaba cansada.

Cuando sirvieron los últimos platos y abrieron el vino me apoyé contra la puerta y observé cómo se distribuían los platos de olivas, uvas, quesos y almendras bañadas en miel.

Apicio hablaba con Trio y Celera, su esposa. Esta tendió la mano hacia las recién servidas colmenillas en vino.

—¿Cuándo vendrás a Roma? —le preguntó a Apicio.

—No de inmediato —contestó mi nuevo *dominus*—. Creo que esperaremos un par de años, cuando Apicata sea mayor.

Octavio esbozó una leve sonrisa; me pareció interesante que le complaciera que Apicio no pensaba trasladarse a Roma en el futuro inmediato.

—Además, ¡qué te parece este panorama! —Aelia indicó el resplandor oscuro del mar—. ¿Por qué querríamos renunciar a esto? ¡Aunque tuviera una casa en Roma siempre querría estar aquí!

—Desde luego, desde luego —admitió Trio—. Sin embargo, Roma tiene mucho a su favor: las personas, las fiestas y, ay, ¡los juegos! ¡Debes visitarnos pronto y te llevaremos a las carreras o a ver los gladiadores! ¡No hay nada más entretenido que observar a los gladiadores!

—Me disgustan los gladiadores —dijo Aelia frunciendo la nariz—. ¡Tan bárbaros!

—¡Ah, pero apuesto a que te agradaría la carne!

Espantada, la señora abrió la boca.

—¿Carne de gladiadores?

Todos se echaron a reír.

—¡No, no, de los animales!

Eso despertó mi curiosidad. ¡Qué no daría por un poco de las raras carnes

distribuidas después de un combate! La carne de oso, de tigre, de rinoceronte y otros animales exóticos abatidos en el fragor de la lucha era muy apreciada debido a la sangre caliente que le fluía por las venas al morir. Ansiaba tener la oportunidad de servir semejantes manjares.

—Tengo buenos contactos con las personas idóneas en los juegos —se jactó Octavio.

—Claro, claro —dijo Apicio en tono desdeñoso—. ¿Asistes a los juegos con frecuencia, Trio?

—Sí. Si vienes a Roma, puedo prometerte excelentes asientos, cerca de Livia y Augusto.

Apicio le lanzó una amplia sonrisa a su amigo romano, haciendo caso omiso del pequeño gemido de desprecio de Fannia al oír el nombre de su prima.

—Me gustaría ir a los juegos contigo, Trio, me encantaría de verdad.

—Esta comida tan pesada me ha fatigado —dijo Octavio, interrumpiendo la conversación.

Pero a mí no me parecía fatigado, solo aburrido.

Su esclavo personal se apresuró a ayudarlo a abandonar el diván. Se despidió y Sotas se dispuso a acompañarlo al exterior. Antes de marcharse, Octavio se volvió hacia mí, que estaba de pie en la puerta de la cocina. De manera sutil, para que Apicio y los demás invitados no lo vieran, alzó la mano y me hizo un gesto despectivo. Me retiré instintivamente a la cocina y me apresuré a elevar una plegaria a Júpiter para que me protegiera de eso tan terrible: la envidia.

Cuando volví a mirar, Octavio había desaparecido. El corazón me latía con fuerza; acababa de conocer a ese hombre pero ya lo había enfadado y, encima, se sentía amenazado por mí. Al parecer, la rivalidad entre Apicio y Octavio era más profunda de lo que creía Sotas.



## SEGUNDA PARTE

1 d.C. a 2 d.C.

### ALBÓNDIGAS DE PAVO REAL

Las albóndigas de pavo real ocupan el primer puesto, a condición de que se frían hasta que reviente la piel. El segundo lugar lo ocupan las albóndigas de faisán, las de conejo el tercero, las de pollo el cuarto y las de lechón joven y tierno el quinto.

Libro 2.3.6, «Platos de carne»

*Acerca de la cocina*, APICIO

Durante los años siguientes no vimos a Octavio con mucha frecuencia; se trasladó a Roma, donde no tardó en alcanzar los rangos patricios superiores, algo que supuso un enorme fastidio para mi amo. Pero había un asunto que me inquietaba más: Popilla aprovechaba todas las oportunidades para fastidiarme la vida.

Sus arrebatos aumentaban cuando Apicio estaba ausente; disfrutaba ordenando a su lacayo, un guardia fornido cuyo nombre jamás descubrí, que hiciera uso del látigo.

Siete meses después de mi adquisición Apicio se trasladó a su villa de Minturno por unos días. En el quinto día de su ausencia Popilla decidió que yo no había añadido suficiente garo a un plato de cordero.

—¡Este es el plato de carne más lamentable que jamás he probado! — chilló, y cogió los trozos de cordero del plato y los arrojó al otro lado del triclinio.

El esclavo que había trinchado la carne retrocedió y se acurrucó en un rincón.

Permanecí en el pasillo, dispuesto a enviar a Tycho, mi servidor, con el próximo plato. Al oír el chillido de Popilla, el pequeño Tycho inclinó la fuente de alubias con mostaza que sostenía y estas cayeron al suelo dejando un rastro pringoso. Tycho se echó a llorar, aterrado ante la paliza que tal vez recibiría. Cogí la fuente.

—Aprisa, regresa a la cocina —le dije en voz baja. No quería que él fuese el azotado.

Lo dejé pasar y entré en el triclinio, preguntándome si esa sería la última noche de mi vida. Desde la ausencia de su hijo Popilla se había vuelto cada vez más osada.

—¡Tú! No solo eres un pésimo *coquus*, sino también un zoquete y un torpe. Ni siquiera eres capaz de sostener una fuente. ¿Acaso te has dañado las manos? ¿No? ¡Si así fuera tendrías una excusa para tu mediocridad!

Vi que le hacía un gesto a su guardia y un instante después sentí un latigazo en la espalda. La fuente se hizo añicos en el suelo y caí sobre los trozos de terracota, que se me clavaron en el mentón y el pecho. El guardia me propinó una patada y volví a sentir otro latigazo en la espalda. Durante un instante el mundo se volvió borroso y después oscuro.

No vi ni oí lo que sucedió después, aunque, por suerte para mí y para mis manos, Apicio había regresado temprano a casa. Todo derivó en un griterío y Popilla recibió unas brutales bofetadas en su rostro de arpía. Al día siguiente Rúan me contó lo sucedido cuando vino a verme mientras yo permanecía acurrucado en mi jergón, cubierto de moratones y cortes que dejarían cicatrices. Tardé una semana en regresar a la cocina; detestaba a Popilla más que nunca y todos los días deseaba que desapareciera de la faz de la tierra.

Aparte de los problemas con Popilla, el tiempo transcurrido en la cocina de Apicio pasó con la rapidez del viento oriental barriendo el mar. El trabajo era duro, pero en aquel entonces me sentía muy vivo, más de lo que nunca me había sentido. Rúan y yo nos hicimos muy amigos y su presencia a mi lado en cada comida formaba parte de mi éxito. Era como si ambos nos comprendiéramos de manera inherente y su amor por la cocina solo era superado por el mío. Algunos de mis platos más conocidos fueron creados con su colaboración.

Rúan añoraba Hibernia, su país situado al norte, al que él denominaba Ériu. Mientras que yo solo conocía la vida como esclavo, él había sido capturado de niño y su deseo de recuperar la libertad aún era muy intenso. A veces soñaba con ser el amo, no el esclavo.

—Pero ¿quién cocinaría entonces? —le pregunté en cierta ocasión—. Dudo que pudiese confiar en otro esclavo.

Rúan rio y sus profundas carcajadas resonaron en la cocina.

—Sí, tienes razón. Nuestros estándares son elevados, amigo mío. ¿Quién en esta tierra de los dioses podría preparar una comida tan excelente como la nuestra?

Que nuestras comidas eran excelentes resultaba indudable. A veces me dedicaba a un tema específico, ya sea platos únicamente elaborados con mariscos, alimentos que empezaban con cierta letra o que procedían de cierta región. Insistía en que los esclavos que servían la comida fueran tanto agradables a la vista como capaces de servirla con precisión y garbo sin par. La música que acompañaba la comida debía crear un ambiente específico, los actores y acróbatas que contrataba eran elegantes, incluso cuando interpretaban comedias. Pero, tanto para mí como para Apicio, la pieza central de todo era la comida. Aunque mi amo adoraba los platos que yo preparaba y consideraba que trabajaba duro por lealtad y dedicación, la verdad es que lo que me impulsaba era mi propio orgullo. Solo era un esclavo, pero sabía que poseía un gran poder. Experimentaba sin desmayo, modificando las recetas para destacar y realzar sus mejores sabores. Quería que todo fuese perfecto, tal vez con demasiada intensidad.

Las fiestas de Apicio pronto se convirtieron en el comentario principal de Bayas. Sus divanes siempre estaban ocupados. Yo experimentaba un gran placer cuando iba al mercado a hacer una compra y escuchaba el comentario de algún transeúnte acerca de lo mucho que le gustaría recibir una invitación

para cenar con Apicio. Mi *dominus* empezó a vanagloriarse de mi destreza en la cocina ante todos sus conocidos.

Había rezado por tener éxito el primer día y por eso cumplí con mi promesa a los lares. Todos los días ofrendaba una tarta de miel para suplicarles su favor, una promesa que cumplí durante muchos meses, hasta el día en que supe, más allá de cualquier duda, que las palabras del arúspice no habían sido falsas.

Sin embargo, había alguien que sentía aún mayor devoción por mí que Apicio, y esa era Apicata, su pequeña hija de cinco años. Era burbujeante y vivaz, de tupidos rizos castaños que siempre parecían despeinados; la niña adoraba los animalitos que yo le tallaba usando rábanos y zanahorias. Cada vez que la veía me pedía que le tallara un nuevo animal cuando preparara su próxima comida y yo estaba encantado de complacerla. La veía casi todos los días, lo cual significaba que también veía a Passia todos los días. Cada vez que veía brillar su estola en el umbral, mi corazón palpitaba como un tambor del templo.

¡Passia! Su nombre era como una canción en mi cabeza. Siempre que ella entraba en la cocina, creía desmayarme de deseo. Todo en ella era perfecto: el contraste entre su largo cabello castaño rojizo y su tez bronceada, sus ojos de un castaño oscuro, sus muñecas delicadas, y su voz era una melodía que deseaba oír toda la vida.

Ella no me hacía ni caso.

Pasaron meses y, por más a menudo que intenté entablar una conversación con ella cuando acudía a la cocina para comer o recoger una bandeja para Apicata, nada de lo que yo hacía o decía lograba convencerla de intercambiar algo más que un par de palabras. Si me la encontraba en otras partes del

*domus*, ella pasaba por mi lado sin levantar la vista del suelo. Una vez la detuve cuando regresaba del santuario de los lares, pero ella se limitó a lanzarme una mirada furibunda y volverse en la dirección opuesta.

Intenté hacerle preguntas casuales a Sotas sobre ella, pero él se dio cuenta de mis intenciones.

—Has de abandonar ahora mismo, Coquus. Ella es el sueño de todos los esclavos de este hogar. Para ella, tú no eres diferente. No quiere saber nada con ninguno de vosotros.

Finalmente dejé de hacerle preguntas y solo le hablaba cuando ella me dirigía la palabra o debía decirle algo acerca de la comida que le llevaba a Apicata. Todos los días tallaba rosas de rabanitos y las depositaba en los platos que Passia recogía. Ella no decía nada: creía que las tallaba para la pequeña Apicata.

Apicio consideraba que las rosas eran un complemento de los platos que yo preparaba y no tardó en pedirme que tallara figuras más elaboradas a partir de calabazas y otras verduras, y a menudo comentaba mi talento con el trinchante. No obstante y pese al éxito de nuestros banquetes, trabajar para Apicio no era sencillo. Al principio cometí algunos errores, tales como dejar caer una fuente de buñuelos que se desparramaron por el suelo de la cocina cuando él se presentó por sorpresa, u olvidarme de añadir sal a un plato. Al principio mi *dominus* me trataba con mucha dureza y descubrí que tendía a cambiar de humor con rapidez: podía mostrarse bondadoso y generoso con quienes lo rodeaban y un instante después ordenaba a Sotas que nos azotara. Empecé por hablar muy poco, prefería actuar con cautela, pero a medida que conocía mejor a mi amo aprendí a discernir sus intenciones y evitar las cicatrices en mi espalda. Con el tiempo se volvió más comprensivo, incluso

cuando yo cometía errores, a condición de que no lo avergonzaran ante otras personas.

La primera vez que Apicio se reunió conmigo en la cocina me desconcerté. Era al final de la tarde, unas horas antes de la cena. Yo estaba preparando salsa de dátiles para acompañar una pata de cordero al horno. Acababa de comenzar a picar cebollas, zanahorias y nabos, cuando mi amo entró y se acercó a mi mesa con una amplia sonrisa.

—Pásame el cuchillo, muchacho.

Di un paso atrás.

—No, no —dijo, riendo—. No quiero matarte, quiero picar estas zanahorias. —No daba crédito a mis oídos. ¿Mi amo quería ayudarme a picar zanahorias? Apicio volvió a reír—. Dámelo, Tracio.

Empujé el cuchillo que sostenía en la mano al otro lado de la mesa, él lo recogió y comenzó a picar las gruesas y anaranjadas verduras como si hubiera pasado la vida trabajando en una cocina.

—No te quedes ahí parado. —Gesticuló con el cuchillo—. Esa cebolla no se picará sola.

Solté una risita nerviosa, cogí otro cuchillo y empecé a picar.

—Te preguntas por qué estoy picando verduras contigo, ¿eh?

—Sí, *dominus*, la idea me ha cruzado por la cabeza.

Él dejó las zanahorias picadas a un lado y empezó a picar los nabos.

—Cuando estoy en la cocina preparando comida es como si los dioses me acompañaran.

—¿Qué quieres decir, *dominus*? —No acostumbraba hacerle preguntas, pero Apicio parecía tener ganas de conversar.

—Una sensación de serenidad, de auténtica capacidad y la misma energía me invade cuando estoy picando y revolviendo, o cuando descubro una nueva añada de vino. Dichas experiencias culinarias me producen un gran placer.

—Creo que te comprendo. —No mentía, yo también conocía esa sensación: se adueñaba de mí cuando cocinaba.

—A menudo solía cocinar con el pobre Paetas.

—Me honra que cocines conmigo —me atreví a decir, sin saber si mis palabras le agradarían. ¿Acaso estaba siendo presuntuoso?

—¿Y ahora qué hemos de hacer?

—Moler un poco de pimienta —dije, le acerqué el mortero y vertí un buen puñado de granos de pimienta en el cuenco de piedra.

—¿Y el silfio?

Entonces le brindé una sonrisa auténtica. El silfio era una hierba preciosa que utilizaba en muchos de mis platos, pero en años recientes se había vuelto bastante escasa y cara. Su sabor se asemejaba al del puerro, el ajo y el hinojo, pero más suave y aromático. Era uno de los sabores predilectos de Apicio.

—Sí, debemos añadir silfio.

A partir de entonces, Apicio acudía a la cocina con frecuencia para trabajar junto a mí, generalmente cuando no había invitados a cenar. Adoraba cocinar tanto como yo y la opinión de los demás le resultaba indiferente; de vez en cuando incluso se jactaba de su destreza con el cuchillo ante sus huéspedes o les contaba que estaba buscando el modo perfecto de combinar los sabores de una nueva salsa. Parecía más feliz cuando estaba cocinando y se mostraba bondadoso y amable, una bondad y amabilidad que no resultaba tan evidente cuando yo lo servía fuera de la cocina.

—¡Ambrosía! —me dijo una tarde que picábamos remolachas para la cena.

El cuchillo revelaba anillos oscuros con cada corte. La comida negra tenía algo precioso para mí: era siniestra pero seductora. ¡Ay, el aspecto que tendría el zumo de remolacha en las copas de cristal, con la luz de las antorchas reflejadas en la superficie! Apicio adoraba el zumo de remolacha y



los rumores acerca de sus poderes como afrodisíaco siempre suponían un maravilloso tema de conversación con sus invitados.

La voz de Apicio interrumpió mis pensamientos.

—¿Popilla te ha dejado en paz?

Vacilé, procurando encontrar palabras juiciosas. Aunque sabía que su madre tampoco le gustaba a él, yo era un esclavo y criticar a la matrona no era de sabios. No osé mencionar que cuando me cruzaba en su camino ella me insultaba y me enumeraba las maldiciones que me había echado.

—Intento mantenerme alejado de ella —dije, sin mentir—. Ella se queja de casi toda la comida enviada a su habitación, aunque come la mitad antes de devolverla a la cocina.

—No comprendo por qué nadie quiere hacerse con la dote que ofrezco. ¿Acaso todo el mundo sabe cuán insoportable es? —masculló, picando las remolachas con gesto brusco.

—¡Cuidado con los dedos, *dominus*!

Él aminoró el ritmo del picado.

—No puedes fiarte de ella. Ten cuidado —dijo y dejó el cuchillo en la mesa—. He de hablarte de otro asunto. Gracias a ti, ahora debo resolver otro problema.

La inquietud se apoderó de mí. Me enorgullecía de no provocar la ira de mi amo más allá de un pescozón. En general, Apicio era justo, pero no tardé en aprender que enfadarlo no era buena idea; en ese aspecto era parecido a su madre. Hacía solo una semana uno de los esclavos que cargaba con su litera había tropezado con una piedra y él ordenó a Sotas que lo azotara en público en el centro de Bayas. Repasé mentalmente los menús de la semana anterior, intentando recordar si algo había salido mal.

—Me esfuerzo por cumplir con tus órdenes, *dominus* —dije,

restregándome las manos en una toalla—. Nunca quise ser un problema para ti, dime qué puedo hacer para servirte mejor, por favor.

Él sonrió.

—Te equivocas. Mi problema no supone ninguna desdicha. Verás, debo organizar un registro de la larga lista de personas que quieren que las invite a cenar. ¡No puedo ir a ninguna parte sin que alguien me pregunte qué nuevos y suculentos platos ha ideado mi *coquus*!

Mi inquietud se desvaneció.

—Quiero que me ayudes a administrar mis invitados. Hasta ahora no he tenido que preocuparme; sé que mi secretario podría ayudarme a mantener un registro, pero creo que tú, que eres quien dirige mi cocina y eres la fuente del deleite de mis invitados, deberías opinar y ayudarme a tomar las decisiones correctas. Pienso que coordinar a mis invitados es tan importante como coordinar la comida. Sé cómo trabajas, eres inteligente y nada se te escapa. Los números se le dan bien a mi secretario, pero no los matices que suponen comprender a las personas, la comida y el banquete. Comenzaremos por la *salutatio*. Informaré a mi secretario que él debe instruirte.

Apicio me estaba pidiendo que me encargara de una de las tareas más importantes del hogar: aconsejarlo sobre sus invitados durante sus audiencias matutinas.

—¿Estás seguro, *dominus*? Nunca he realizado semejante tarea. Solo soy un cocinero.

Arqueó una ceja.

—Eres más que un cocinero. Eres la clave de mi éxito y es hora que demuestres hasta qué punto.

Me aferré al borde de la encimera para serenarme. Que un amo le diera tanto crédito a un esclavo era inaudito. Por una parte sentí una gran satisfacción, pero, por la otra, me aterraba la tarea que suponía.

—Rúan puede encargarse de la comida matutina. Los días que se celebre un banquete uno de mis secretarios puede aconsejarme para que tú puedas estar en la cocina, pero te quiero a mi lado casi todas las mañanas.

No sabía qué decir; que sus palabras me proporcionaran tanta dicha me sorprendió. Sabía que administrar los asuntos de sus invitados y también encargarme de la comida supondría mucho trabajo, pero me pareció que era la mayor recompensa que jamás había recibido.

Por primera vez en mi vida pensé que mi futuro podría depararme algo más importante que el trabajo duro como esclavo en la cocina, esforzándome por ganarme mi peculio mensual hasta cumplir los treinta y cinco, cuando tendría derecho a la manumisión si mi amo la consentía.

—Será un honor, *dominus*. —No osé decir nada más.

—Bien. Me parece que es una buena idea.

Una vez que picamos el resto de las verduras, le expliqué una de las recetas que había ideado: hojas de remolacha rellenas de puerros picados, cilantro, comino y pasas de uva, todo mezclado con un poco de harina y agua. Juntos, formamos pequeños bultos que serían hervidos poco antes de la cena. Durante el banquete se servirían en una salsa de garo, aceite y vinagre.

Cuando acabábamos de atar todos los bultos de remolacha, Passia entró en la cocina, seguida de Apicata. Mi pulso se aceleró.

—¡Tengo hambre! —declaró la niña.

Llevaba el oscuro cabello en una trenza sujeta con cintas de color azafrán y manchas de suciedad perlaban su túnica azul. Sonreí: hasta los hijos de los nobles disfrutaban jugando en el fango.

—¡Siempre tienes hambre! —repuso Apicio—. ¡Es como si hubiera engendrado un oso, no una hija!

—¡No soy un oso! —exclamó ella y apoyó las manos en las caderas.

No pude reprimir la risa.

—Sé cómo solucionarlo —dije, cogiendo un rabanito.

Empecé a tallarlo y darle la forma de una rosa de pétalos delicados. Aunque no era la primera vez que me veían hacerlo, Apicio, Passia y Apicata observaron con atención cómo convertía varios rabanitos en flores.

—Una bella dama debería tener bellas flores.

Depositó un pequeño ramillete de flores de rabanito en la mano de Apicata y, siguiendo un impulso, ofrecí una a Passia, que, para mi gran decepción, se la dio a Apicata. Esta preguntó encantada:

—¿Estás seguro que puedo comerlas? ¡Son tan bonitas!

—Come, hija mía. Y si se lo pides, estoy seguro de que Tracio preparará una *patina* de pera esta noche.

La voz de Apicio siempre sonaba especialmente cálida cuando se dirigía a su hija.

—¡Por favor, Tracio! ¡Adoro cuando vuelves bonitas las peras!

Tuve que reír ante su descripción de ese plato compuesto de fruta, miel y huevo; siempre cubría el flan con una capa extra de peras y tenía que admitir que, una vez cocidas y brillantes, presentaban un aspecto bonito gracias al aceite.

—Me complacerá prepararla para ti, pequeña *domina*.

Apicata corrió en torno a la mesa y me abrazó. Luego regresó junto a Passia y ambas abandonaron la cocina.

—Le gustas —comentó Apicio.

Se quitó el delantal que protegía su túnica y lo dejó en la encimera.

—Es encantadora —respondí, aunque deseé que mi amo se hubiera referido a Passia—. Me recuerda a mi hermana.

O al menos a lo que creía recordar de la niñita de la que me habían separado hacía muchos años. Yo era un mellizo, nacido de una esclava que murió en el parto y cuyo nombre nunca supe. Hasta los cuatro años, mi

hermana y yo fuimos criados por otra esclava en un *domus* respetado de Pompeya. Cuando el patricio murió, diversos parientes heredaron los esclavos y nos separaron. No sé qué fue de ella.

—Ya... A ti te gusta Passia, ¿verdad? —dijo Apicio, tocando uno de los rabanitos tallados que no habían cabido en la mano de Apicata.

Me quedé inmóvil, sin saber qué decir, pero lo que él añadió a continuación me causó más conmoción que si el mismo Júpiter hubiese aparecido en la cocina.

—Le haré saber que debe ponerse a tu disposición, tal como tú deseas.

Dejé caer el cuchillo y el ruido llamó la atención de unos esclavos próximos.

—Ten cuidado, no querrás clavarte el cuchillo en el pie o algo peor —dijo Apicio, ligeramente divertido.

—Tienes razón, *dominus* —dije y me incliné para recogerlo—. Tendré más cuidado —añadí mientras me sonrojaba.

No dormía con los demás esclavos en la última planta del *domus*, tenía mi propio cubículo en la planta baja, cerca de la cocina. Era una de las maneras con que mi amo me mimaba; siempre decía que quería que estuviera descansado y que los susurros y ronquidos de los demás esclavos no me impidieran conciliar el sueño. Por eso me sobresalté esa noche cuando mi puerta soltó un crujido. No estaba acostumbrado a que nadie viniera a mi habitación. Deslicé la mano bajo la almohada, cogí el cuchillo que guardaba allí y abrí los ojos. Solo la tenue luz de una lámpara de aceite perforaba la oscuridad.

Era Passia. Me incorporé con el corazón palpitante.

Ella cerró la puerta a sus espaldas y apoyó la lámpara en una mesita junto a

la cama. Todo mi cuerpo vibró de expectación al verla iluminada por la lámpara, con los cabellos rodeándole la cara como una cascada.

Sin decir palabra, se quitó su delgado vestido hasta quedar desnuda ante mí. Me sentí mareado. Era mucho más hermosa de lo que había imaginado todas esas noches en la oscuridad, solo y con la mano bajo las mantas. Su cuerpo era más bello que cualquier estatua de Venus, sus pechos eran firmes y tensos, de pezones erectos que se destacaban sobre una aureola ámbar oscuro. El corazón de vello púbico entre sus piernas me hechizó y cuando se acercó a la cama mi cuerpo reaccionó. Era como si todos mis miembros se tendieran hacia ella, deseando envolverla y converger en medio de una bruma más embriagadora que el opio o el hidromiel.

Ella retiró las mantas hasta los pies del catre y me contempló. Luego, lentamente y con rostro inexpresivo, se inclinó y me tocó el pecho con la mano. Un estremecimiento de placer me recorrió. Debía de estar soñando, ¿no?

Deslizó la mano por mi pecho y entre mis piernas; yo ya estaba duro y dispuesto, y cuando sus dedos rodearon mi pene solté un gemido. Tendí la mano para tocarla, pero ella retrocedió y su pecho quedó fuera de alcance.

—Acércate, por favor —murmuré, tendiéndole los brazos.

No lo hizo.

A pesar del intenso placer que me invadía también sentí tristeza: ella no quería que la tocara. Recordé las palabras de Apicio: «Haré saber a Passia que debe ponerse a tu disposición...»

Me incliné hacia delante y apoyé la mano en la suya, deteniendo sus movimientos. Tuve que recurrir a todas mis fuerzas para impedir que siguiera moviendo la mano. La incierta sombra de su pecho en la pared casi me volvió loco.

—Detente —dije con voz trémula.

Titubeando, ella se retiró y se sentó en el catre a mi lado. Me incorporé y envolví su cuerpo esbelto y seductor con las mantas.

—No comprendo —dijo, y su mirada era oscura e inescrutable.

—Te ha enviado Apicio, ¿verdad?

—Sí —contestó, y se apartó un mechón de pelo de los ojos.

Deseé que esos dedos volvieran a tocarme y me esforcé por imaginarla vestida, traté de pensar en trinchar cerdos o imaginar que estaba en un foso de serpientes... lo que fuera con tal de apagar mi deseo.

—¿Quieres estar aquí?

Ella frunció el ceño fugazmente, desconcertada por mi pregunta. Creí que me diría que sí, que mentiría, porque estaba allí por voluntad de Apicio y porque era su deber. Pero me equivoqué.

—No.

Se inclinó y recogió su vestido. No la detuve; ansiaba tocar la curva de su espalda, notar la piel bajo mis dedos... pero entre una respiración y la próxima, Passia había desaparecido.

«Ay, señora Venus —recé—, no permitas que se me haya escapado.»

A la mañana siguiente, durante la *salutatio*, Apicio me dio un codazo y me guiñó el ojo cuando ocupé mi lugar junto a su silla. Le devolví una sonrisa incómoda.

En ese momento, gracias a Fortuna, llegó la primera visita, un vecino de Apicio, un hombre calvo; recordé que era el propietario de extensos viñedos al este de Bayas. Me alegré de la interrupción, pues mi cólera era tan profunda que seguramente habría dicho algo merecedor de sanción o castigo.

Como patrono, Apicio era el benefactor de numerosos individuos, en realidad clientes, que recurrían a él en busca de consejo, protección,

préstamos o contactos políticos. A cambio, dichas personas, una mezcla de équitos y plebeyos, le proporcionaban importantes votos políticos y apoyo, información, materias primas o favores de toda clase. Todas las mañanas, a lo largo y ancho de todo el imperio, los patronos se encontraban con sus clientes durante la *salutatio* para comentar los asuntos cotidianos.

Mi primera *salutatio* fue la más fácil, ya que mi único deber consistía en observar y aprender. El secretario de Apicio se encargaba de todas las tareas, recordaba a Apicio el historial de este o aquel cliente, lo aconsejaba sobre las decisiones que podían afectar su relación con otros patricios y le ayudaba a decidir quién disfrutaría de un asiento en su diván durante la cena de esa noche. De vez en cuando aconsejaba a Apicio que les exigiera ciertos favores a algunos clientes, tales como realizar encargos, votar proyectos de ley en el Senado del lugar o negociar artículos necesarios para el hogar. En algunos casos, Apicio manejaba la reunión sin la ayuda del secretario. Cada cliente era recibido por turno, entre cinco y diez minutos.

Cuando la *salutatio* llegó a su fin, la enormidad de lo que me exigían me abrumó. Mientras Apicio tomaba un baño, Sotas se sentó a mi lado en tanto yo revisaba los libros con el secretario.

—Tal vez preferirías regresar a la cocina, ¿no? —dijo Sotas, tomándome el pelo.

—¿Cómo pretende que yo lleve el registro de todo esto? —pregunté, desplomándome en la silla de Apicio.

—No te preocupes —me dijo el anciano secretario, bizqueando al tiempo que acababa de apuntar notas en su tablilla de cera—. Básicamente, Apicio quiere que lo aconsejes. Dispondrás de secretarios como yo para tomar notas e informarte. Después nos reuniremos para revisarlo todo y tú decidirás las medidas a tomar.

Creí que al anciano le molestaría que su puesto fuera parcialmente



usurpado, pero en cambio estaba aliviado: resultó que su papel no le agradaba.

—Preferiría encontrarme entre bastidores —me confió y me pregunté si tal vez yo también.

—Se vuelve más sencillo con el tiempo —dijo Sotas para reconfortarme, una vez que el secretario se marchó—. Siempre son las mismas personas, unas cincuenta más o menos, y de vez en cuando un cliente de Apicio de otra ciudad se presentará con una solicitud. No tardarás en conocer a cada uno de ellos y sus caprichos.

—Espero que sí —dije con escasa convicción.

—Les he puesto nombre a todos —susurró, recogiendo la copa de vino dejada por Apicio para vaciarla de un único trago—. Si tu deber consiste en permanecer de pie detrás de Apicio todo el día, debes convertirlo en un juego.

Al tiempo que recordaba quién había asistido a la *salutatio* esa mañana, Sotas dirigió la mirada al otro lado del atrio.

—El primero, el individuo de los viñedos...

Consulté mi lista.

—¿Arvina?

—O sea, Morro de Cocodrilo.

Reí. Arvina tenía dientes demasiado puntiagudos para ser reales.

Seguimos bromeando sobre los nombres hasta que el esclavo que había bañado a Apicio vino y le dijo a Sotas que su amo requería su presencia.

—¿Le has puesto un apodo a *dominus*? —le pregunté cuando se disponía a marchar.

Nunca había visto a Sotas ofendido, pero en ese momento realmente lo estaba.

—No, que Fides me fulmine.

Lo seguí con la mirada, estupefacto ante la profundidad de su lealtad para

con Apicio. ¿Qué esclavo sentía tanto aprecio por su amo?

Tras la *salutatio*, regresé a la cocina para ayudar a Rúan con los preparativos para el resto del día. Estaba tallando flores y animalitos para el *prandium* de Apicata cuando Passia entró en la cocina. Al verla contuve el aliento, temeroso de la incomodidad resultante del encuentro de la noche anterior. Ella se acercó directamente a la mesa donde yo estaba trabajando, dispuesta a recoger la bandeja al igual que todos los días. La deposité ante ella, el corazón palpitándome.

—Gracias, Tracio. —Entonces clavó sus ojos oscuros en los míos. Era la primera vez que pronunciaba mi nombre. Luego se volvió sosteniendo la bandeja.

—¡Espera! Has olvidado esto —dije, depositando una flor de rabanito junto al plato.

Ella me sonrió, una sonrisa leve pero genuina, más con los labios que con la mirada. Me saludó con la cabeza y se marchó.

Esa tarde, antes de la cena, fui hasta el templo de Venus situado en el centro de la ciudad y dejé una tarta de miel a los pies de la diosa.

Unos días después, me despertaron unos lloros de mujer en una parte lejana de la casa. Me apresuré a abandonar el jergón y me vestí. Cuando alcancé el alboroto descubrí a Sotas y varios guardias en el pasillo ante la alcoba de Apicio, dedicados a indicarles a los esclavos curiosos que regresaran a sus tareas. Passia estaba en el pasillo, la inquietud le crispaba el rostro. Antes de decirme que me marchara, Sotas me indicó que anulara la *salutatio*. Estaba demasiado ocupado para darme más explicaciones.

Passia me acompañó hasta la cocina y, sorprendido pero complacido, le pregunté qué había sucedido.

Ella cruzó los brazos a medida que caminaba.

—*Domina* ha sufrido un aborto. Es el tercer hijo que pierde.

Entonces comprendí los gritos de pena, probablemente lanzados por sus esclavas y no por Aelia. Ni siquiera sabía que *domina* estaba embarazada, pero de pronto comprendí los extraños platos que me habían pedido en las últimas semanas.

Passia escupió en el cantero a un lado del atrio para ahuyentar el mal de ojo, un gesto vulgar que no me esperaba de ella.

—Ha sido Popilla. Ha maldecido a *domina*, sé que lo hizo. Intenta obligar a Apicio a apartar a nuestra *domina* por no darle un heredero. Cree que Aelia no es lo bastante buena para Apicio, nadie es bastante bueno, jamás. Apuesto que en la cripta familiar de Popilla hay un pergamino metido en una grieta, lleno de maldiciones y odio hacia las personas que forman parte de la vida de su hijo.

—¿Crees que ella haría eso? —Pensé en todas las maldiciones que me lanzaba cada vez que tenía la desgracia de toparme con ella.

—Pues claro que sí. Popilla solo conoce el odio.

—Ver semejantes celos de una madre por su hijo resulta extraño.

—Su esposo nunca la amó. —Passia se secó unas gotitas de sudor de la frente—. De niño, Apicio anhelaba complacer a su padre y lo emulaba en todo, incluso en lo de detestar a su propia madre.

—Así que ella se encuentra en un dilema —dije, pensativo—. Ansía desesperadamente la atención de Apicio y haría cualquier cosa por destruir aquello que él ama.

Passia asintió con la cabeza.

—Hizo que odiarla resultara fácil. Todos sus actos son oscuros, miserables

y mezquinos. Creo que le entregó su alma a Discordia; lo único que quiere es causar estragos en todos cuantos la rodean. Es una mujer egoísta y amargada.

La ponzoña teñía las palabras de Passia.

—La detestas aún más que yo —aventuré. Que me hablara me parecía maravilloso y lo único que deseaba era que siguiera prestándome atención.

—Ella mató a mi madre —dijo en voz baja y amarga.

Sus palabras me chocaron; me detuve y la hice pasar a una pequeña habitación donde a menudo tomaba el desayuno, para que ningún esclavo pudiera vernos ni oírnos.

—¿Qué quieres decir?

Passia desvió la mirada y deslizó la vista por los jardines pintados al fresco en las paredes; parecía estar considerando si proseguir o no.

—El padre de Apicio nos compró a mi madre y a mí cuando yo tenía tres años. Criarse en Minturno con la familia de los Gavo no resultaba fácil. Durante casi toda mi infancia, mi madre se esforzó por ocultarme. Yo pasaba casi todo el tiempo limpiando las habitaciones de los esclavos o ayudando en los viñedos.

Passia se volvió hacia mí una vez más, su mirada ya no albergaba la dureza anterior.

—Mi madre murió cuando yo tenía seis años, antes de que Apicio tomara el mando del *domus*. Popilla se enfadó porque mi madre no le sirvió el vino correcto y la hizo azotar con tanta violencia que le rompieron varias costillas que perforaron sus pulmones. Murió esa misma noche.

Percibí su tristeza. Tras un breve e incómodo silencio le cogí las manos para consolarla.

—Lo siento. Que Plutón y Proserpina la mantengan a salvo.

Ella dejó que sostuviera sus manos durante unos momentos.

—Recordar esos tiempos es duro. Hace muchos años que no le hablo a

nadie de mi infancia. Es mejor no pensar en esas cosas, me disgusta la oscuridad que me envuelve cuando lo hago.

Entonces Passia se marchó. La seguí con la mirada, su túnica amarilla le rozaba las piernas al caminar.

Mi propio odio por Popilla se había multiplicado por mil.

—¡No me dejes!

Aelia estaba recostada sobre varias almohadas de seda. Su voz era aguda pese a su debilidad, sus ojos estaban enrojecidos por la pena, y su cabello, grasiento y marchito. Habían pasado cinco días desde que perdiera el bebé y aún estaba abatida. Helena, su esclava personal, estaba impaciente por bañarla en cuanto sus fuerzas lo permitieran. Esa mañana le llevé un poco de caldo, pero cuando me disponía a abandonar la habitación Apicio me ordenó que lo esperara. Me aposté con Sotas junto a la puerta, donde ambos pasamos desapercibidos al tiempo que Apicio recorría la habitación y les daba instrucciones a sus nuevos esclavos galos sobre qué poner en el gran arcón junto a la puerta.

—Por favor, esposo, ahora te necesito aquí —rogó su esposa—. No te marches a Roma, todos los signos son negativos. Hace unos días un rayo partió un árbol en el patio, ¡y ayer un cuervo se posó en el alféizar!

Apicio miró a su despeinada esposa y suspiró.

—Debo ir. Me esperan para asistir a un banquete importante al que no puedo faltar. Fannia invitó al cónsul Mesala Corvino. Sabes que quiero que me recomiende a César Augusto. No puedo perder esta oportunidad.

La falta de empatía de mi amo me alarmó. Hacía días que Aelia estaba enferma y solo durante los dos últimos había recuperado ligeramente su estado habitual. Como ya no luchaba por seguir con vida, podía llorar la muerte de su hijo. Los esclavos ya hacían apuestas sobre cuánto tardaría

Apicio en divorciarse: necesitaba un heredero varón y ella parecía incapaz de proporcionárselo.

—He estado aquí para ti día y noche —continuó, sentándose a su lado—. Te estás recuperando, amor mío, y pronto volverás a estar bien. Tú misma dijiste que anoche soñaste con una gacela. ¿Lo ves? Me aguarda un viaje rápido y cuando regrese habrá mucho tiempo para intentar tener otro hijo.

Sollozando, Aelia apoyó la cabeza en el hombro de su esposo, mientras él la estrechaba entre sus brazos. Intercambié una mirada con Sotas, me alegraba observar la actitud tierna —si bien poco frecuente— de nuestro *dominus*.

Apicio le acarició el pelo; me esforcé por oír lo que susurraba.

—Te prometo, Aelia, que nunca te abandonaré ni te apartaré de mí. Te amo y volveré a estar en casa contigo dentro de quince días. Voy a Roma para brindar más fama y fortuna al nombre de los Gavo, todo en beneficio de nuestra familia.

Ella se secó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

—Venid —nos dijo Apicio a mí, a Sotas y los esclavos que le habían ayudado a preparar sus arcones—. Hemos de darnos prisa. Nos aguarda un largo viaje.

Cuando comprendí que el motivo por el que me había dicho que lo esperara era que quería que yo también lo acompañara, solté un gemido. Al parecer —y a mi pesar— desde que me encargaba de sus *salutatio* matutinas, quería tenerme a su lado cada vez más. Yo no quería abandonar Bayas ni, aún más importante, a Passia. Deseé que el sueño de Aelia de una gacela fuera profético, pero los viajes con Apicio rara vez eran veloces. Su carruaje techado, llamado *carpentum*, era especialmente pesado: una estatua dorada ornaba cada esquina y estaba cubierto de gruesas cortinas rojas. Debido al peso, en vez de mulas lo arrastraban bueyes. Un pequeño contingente de

esclavos vestidos de colores vivos agitaba banderas rojas y doradas para abrirnos paso entre los campesinos. Guardias armados flanqueaban el carruaje y protegían al grupo. Viajar con Apicio siempre suponía un suplicio espectacular y estaba convencido de que el viaje sería lento y arduo para todos excepto para mi amo, confortablemente instalado en el *carpentum*, haciendo apuestas o escuchando poesías recitadas por los clientes que siempre se las arreglaban para obtener algún beneficio cuando él viajaba a Roma.

El viaje resultó como me temía. Un trayecto que normalmente llevaba dos días llevó cuatro. La primera noche cayó una lluvia torrencial y por la mañana varios esclavos que dormían en el suelo estaban afiebrados. El segundo día fue todavía peor.

Esa tarde, cuando el sol estaba en su cénit, sufrimos una emboscada. Los bandidos parecieron surgir de la nada y bajaron de las colinas agitando sus espadas.

—¡Detened el *carpentum* y soltad vuestras armas! —gritó uno de ellos.

Un paño le cubría la cara, solo sus ojos se asomaban. Su deje indicaba que era uno de los campesinos de la ladera opuesta del gran Vesubio.

El carruaje se detuvo, pero ningún guardia soltó su arma. Aterrados, los esclavos que avanzaban caminando, e incluso yo, nos acurrucamos contra el *carpentum*. Los guardias de Apicio nos rodearon y sus largos escudos rectangulares formaron una pared protectora.

Apicio se había mostrado amable con Sotas y le había permitido viajar en el *carpentum* durante unas millas. Cuando se apeó del carruaje, el bandido más próximo resolló; la figura de Sotas siempre era imponente, pero cuando viajaba nunca se separaba de una *spatha* monstruosa. Esa espada era más



larga que una *gladius* típica y era utilizada por los gladiadores en la arena. Nunca había visto una *spatha* tan grande como la de Sotas y, al parecer, tampoco los bandidos. Los guardias separaron sus escudos para dejar paso a Sotas, que blandía su arma.

—¡Vuelve a pedirme que suelte mi arma! —bramó.

Los bandidos vacilaron y sus caballos piafaron, nerviosos. De repente, uno de los salteadores espolé su cabalgadura con la intención de asestarle un mandoble a Sotas. No era el movimiento de un bandido profesional.

Sin el menor esfuerzo, Sotas le cercenó la mano. La espada cayó y la mano se desprendió cuando el arma chocó contra el suelo.

—¿El siguiente? —Sotas apuntó a los bandidos con su espada.

Dos de ellos se volvieron y se alejaron al galope, y los demás no tardaron en imitarlos.

—¿Se han ido? —preguntó Apicio en tono aburrido, asomándose entre las cortinas.

—Sí, *dominus* —le aseguró Sotas.

—Bien. ¡Reanudemos la marcha, tenemos prisa!

Apicio obligó a recorrer gran parte del trayecto a la carrera, hasta que alcanzamos el siguiente apeadero, a cinco millas de distancia. Contrató más soldados para acompañarnos, pero la emboscada nos había dejado en vilo a todos.

Llegamos a Roma agotados salvo Apicio, que parecía curiosamente rejuvenecido.

Fannia nos recibió cordialmente en su villa de la Colina Celia. Los clientes de Apicio ya se habían marchado: habían logrado llegar a Roma y solo volverían a recurrir a él para el viaje de regreso. Apicio dejó a casi todos sus esclavos al cuidado del mayordomo de Fannia. Sotas y yo anhelábamos el respiro del que disfrutaban los demás esclavos mientras Apicio permanecía

en Roma, pero tuvimos que permanecer de pie a un lado del atrio mientras Fannia se ponía al día con su invitado.

—Un poco de hidromiel te refrescará —dijo, e indicó a una esclava nubia que fuera por la bebida.

Fannia llevaba una túnica blanca y una estola verde esmeralda que realzaba su cabello castaño rojizo; varios ricitos enmarcaban su rostro.

Apicio tomó asiento en el diván frente a su anfitriona. El sol de mediodía penetraba en el atrio.

—¡Has renovado los frescos! —exclamó, deleitado por las intrincadas imágenes que decoraban las paredes del atrio—. Pero ¿no te parece que rayan en lo escandaloso? —añadió, señalando la imagen de Baco y sus ninfas portando copas de vino.

Me hice la misma pregunta: el culto de Baco no gozaba de aceptación, al César le disgustaban las bacanales, que se habían vuelto muy escandalosas.

Las carcajadas de Fannia resonaron en el atrio.

—¡Lo que el mundo necesita es una buena bacanal!

—¡Qué pena que hayan decretado esa fastidiosa prohibición! —dijo Apicio, tomándole el pelo.

Ella resopló con actitud.

—Ya no es necesario llamarla «bacanal», ¿verdad?

Apicio rio.

—Háblame de Aelia —pidió ella—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, está muy excitada con los nuevos muebles que me encargó. La lista es larga: ¡divanes, mesas y alfombras! Has de venir a visitarnos pronto, sé que estará encantada de mostrarte los nuevos tesoros que llevaré al *domus* a mi regreso.

Me obligué a adoptar una expresión neutra. No era la primera vez que mi *dominus* mentía y seguro que no sería la última. Cerré los ojos y elevé un

ruego a los dioses: que ese viaje acabara y pronto estuviera de regreso en Bayas. Ansiaba ver a Passia; había empezado a hablarme un poco más todos los días y yo disfrutaba de cada momento: desde mi partida, todos los días me parecían interminables.

Cuando abrí los ojos, la esclava nubia estaba de pie ante mí sosteniendo una bandeja con copas de hidromiel. Me sorprendí: a menudo los esclavos eran pasados por alto y había supuesto que seguiría sediento hasta más tarde, cuando nos despidieran. Cogí una copa azul pálido en la que aparecía el rostro y el nombre de Cosmos, un gladiador adorado por el pueblo. El hidromiel era dulce y frío; la esclava notó mi cansancio, depositó la bandeja en una mesa y fue en busca de taburetes para nosotros. La bondad con que Fannia trataba a sus esclavos era célebre, aunque yo no le había dado mucho crédito.

—Ahora que estoy en Roma, Fannia, espero que puedas recomendarme algunos buenos confeccionistas de togas. Estoy considerando comprar varias para regalarlas durante el banquete de Saturnales de este año —dijo Apicio.

—¡Con mucho gusto! ¡Todos hablarían de tu generosidad!

La palabra «generosidad» era un eufemismo: las togas eran caras y obsequiarlas haría que los clientes de Apicio estuvieran aún más en deuda con él.

Mi amo se repantigó en el diván y bebió unos tragos de hidromiel.

—¿También dispones de una fuente de silfio de Cirene? Tracio ha ideado unas salsas nuevas cuyo sabor varía cuando incluye esa desdichada asafétida —dijo y me lanzó una fugaz mirada.

—Están comenzando a restringir las ventas, mi proveedor acaba de regresar de Cirenaica. Me habló de otro experimento para cultivarlo, pero no funcionó. Nuestra diosa Ceres está empecinada en no dejar que nadie lo

cultive, solo ella. Te sugiero que compres todo el silfio que puedas. ¡Ay, cuánto me gustaría que un poco cundiera mucho!

Apicio rio.

—Mi querida Fannia, deja que te cuente uno de los secretos de Tracio. Coge unos veinte piñones, ponlos en un bote de arcilla junto con una ramita de silfio, tápalo y déjalo así al menos una semana. Cuando necesites el sabor del silfio, muele los piñones y añádelos a tu plato. Durará tantas semanas como dure la frescura de los piñones, mucho más que lo que duraría la propia hierba.

—¡Genial! —exclamó ella—. Ay, los dioses te contemplaban el día que encontraste a tu cocinero. ¿Te cuida bien, Tracio?

Asentí y alcé la copa, brindando por ella.

—Me aseguro de que disponga de los utensilios de cocina más nuevos y le he concedido el uso de una esclava de la que se ha encaprichado. —Apicio hizo girar una de las borlas del cojín del diván, una costumbre nerviosa que yo había aprendido a identificar—. Incluso le he pedido que se encargue de la *salutatio* como mi asistente. Sé que es poco habitual, pero quiero que se familiarice con mis clientes. Mis fiestas mejorarán si satisfacemos los deseos de clientes específicos.

Fannia palmeó el brazo de Apicio.

—Me enorgulleces una vez más, mi pequeño encargado. ¡Cuánta astucia! —dijo ella y me sonrió.

Me obligué a devolverle la sonrisa; aún estaba furioso por el comentario casual de Apicio, afirmando que me había dado a Passia. Ansiaba protegerla y solo podía confiar que él no se la «diera» a otro.

Uno de los esclavos porteros entró en el atrio y le entregó un paquete a Fannia. El esclavo se retiró y ella lo abrió, extrayendo una tarjeta con un mensaje florido.

—Cabrón —dijo, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa, algo va mal? —preguntó Apicio. Se enderezó, alarmado.

—Es de Mesala Corvino. Esta noche lo acompañarán Livia y Publio Octavio. Sabe que cenas con nosotros pero ruega que no invite a nadie más. ¡Cuánta presunción! Ahora tendré que anular varias invitaciones.

Sentí un retortijón en el estómago al oír esos nombres. No tenía ganas de volver a ver a Octavio, pero quien me inquietaba era Livia. Nunca me había encontrado con la esposa del César; muchas la consideraban un modelo de matrona romana y a lo largo y ancho del imperio las mujeres intentaban emularla. La idea de encontrarme en la misma habitación que una mujer de tanto renombre despertaba mi curiosidad y también mi temor.

Apicio palideció.

—Me pregunto cómo descubrieron lo de la cena.

—Seguramente alguien le preguntó a Corvino dónde se encontraría esta noche —respondió la anfitriona—. Mentirle a Livia no le resultaría fácil. Estoy segura de que viene a causa de Octavio, quien, al parecer, se ha congraciado con ella. Hoy en los baños me contaron que se rumorea que Octavio figura en la lista de candidatos preseleccionados por el César para ocupar el puesto de consejero gastronómico, ahora que por fin (ocho años después) han decidido reemplazar a Mecenas. Livia siempre trata de contrariarme. Hará lo que sea para recordarme que jamás me perdonará por haberme acostado con su ex esposo. Pero ¿por qué vendría aquí Octavio? ¿Para hacerte quedar mal?

—Quizá.

Fannia se puso de pie y llamó a sus esclavos.

—Lo siento, querido amigo, pero debo encargarme de estos cambios, empezando por enviar notas a los otros invitados. Por favor, haz uso de mis baños o, si lo deseas, visita los baños públicos o el mercado. Uno de mis

criados puede guiarte a través de la ciudad y Nassia redactará una lista de mis mercaderes más fiables para ti —dijo, y le indicó a la nubia que se acercara.

—Gracias, Fannia. Estaré perfectamente. ¿Seguro que no necesitas mi ayuda? ¿O la de Tracio?

—No, no. Mi cocinero ya está cocinando a partir de las recetas que Tracio me dio la última vez que te visité. Ve a divertirte y descansa un poco.

Apicio se levantó del diván. Yo había esperado que nos diera la tarde libre, pero sabía que me querría a su lado para comentar la situación. Había oído hablar de la rivalidad entre Livia y Fannia, pero nunca había tenido la desgracia de presenciar una disputa. Y ¿cuáles eran los motivos de Octavio? Era la clase de hombre que no hace nada sin motivo y, con frecuencia, dicho motivo se oponía directamente a los intereses de mi amo.

—Acompañadme, Sotas y Tracio.

Cogimos una de las literas de Fannia, puesto que estaba prohibido que los bueyes, mulas y caballos circularan por las calles de la ciudad.

—Maldita sea —masculló Apicio en cuanto montamos en la litera—. Siempre confié en evitar un encuentro con Livia hasta que fuera provechoso para mí. ¡Esto podría ser un desastre! Nunca tendré oportunidad de convertirme en el consejero gastronómico si ella descubre que Fannia y yo somos íntimos.

Apicio retorció su toga entre las manos al tiempo que despotricaba. ¿Y si cayera enfermo? ¿Y si le pagara a unos hombres para que raptaran a Livia? No, eso sería inútil. Debía de haber enfadado a uno de los dioses, pero ¿a cuál? Yo no tenía respuestas para él.

—¡Esto es un maldito desastre! Debería haberme quedado en casa con Aelia.

Pensé que todo resultaba más claro a posteriori.

—Ay Apolo, dime la verdad, ¿qué se propone Livia al visitar a Fannia? ¿Y qué papel juego yo en esta farsa? —exclamó y dirigió la mirada al cielo.

Crucé los dedos, confiando en un buen augurio. Quería regresar a casa.

Después de visitar los baños, Apicio decidió que debíamos conocer a los mercaderes que Nassia había apuntado en una tablilla de cera, con el fin de pensar en otra cosa que no fuese la cena inminente. Al final de la tarde todos los esclavos cargaban con numerosos artículos: desde nuevas togas hasta juegos de matatenas de marfil, pasando por joyas, estatuas de plata de la diosa Fortuna e imágenes de bronce de Apolo.

Además de los regalos que adquirió para sus clientes y para futuras cenas, Apicio también encargó juegos completos de muebles y ropa de cama para la villa de Bayas y también para la de Minturno.

—Los esclavos recibirán las actuales —declaró Apicio—. Seguro que te vendrían bien mantas nuevas, ¿verdad, Tracio?

Estaba de acuerdo, pero el coste de los nuevos artículos y la escasa importancia que mi amo le daba al despilfarro de los viejos me dejaron estupefacto. ¿No hubiese sido mejor vender gran parte del mobiliario y obtener unas ganancias? Además, hubiera supuesto una ganancia considerable, suficiente como para hacerles un pequeño obsequio a sus esclavos y que encima sobrara una cifra que justificara parte del coste de reemplazar todos los muebles viejos por otros nuevos. Cuando empecé a trabajar como su *coquus* creí que un día me acostumbraría a las ingentes sumas gastadas por Apicio, pero con el tiempo comprobé que el increíble despilfarro solo me horrorizaba cada vez más.

De regreso a la casa de Fannia, Apicio quiso detenerse en el templo capitolino de Júpiter, Juno y Minerva. Sotas y yo lo seguimos hasta el amplio patio interior del templo. El esplendor del edificio me dejó boquiabierto:

había oro por todas partes, los suelos eran de mármol, con intrincados mosaicos multicolores, los techos eran tan elevados que no comprendía cómo alguien había logrado decorarlos con tantas estrellas.

Me hubiese gustado contemplar la gran estatua dorada del dios, pero solo los sacerdotes podían hacerlo. Aguardamos cerca de las puertas del templo mientras Apicio hablaba con un sacerdote y le entregaba una ofrenda que sería depositada ante el altar de Júpiter.

—La última vez que estuve aquí fue hace siete años —dijo Sotas en voz baja—. Sigue igual de bello. Ojalá tuviésemos tiempo de visitar también el templo de Fides.

Sotas era un enamorado de la diosa de la fidelidad, algo que tenía sentido para un esclavo, pero pocos creían en su capacidad de recompensar a quienes permanecían leales. Siempre quise preguntárselo pero, a juzgar por su tono, consideré que supondría inmiscuirme en algo privado.

Cuando Apicio volvió a reunirse con nosotros ya no llevaba su gran anillo de esmeraldas: había dejado una ofrenda generosa. Al salir del templo, Apicio nos dio un amuleto a ambos y nos dijo que esa noche lo lleváramos bajo la túnica. El que le tendió a Sotas era de oro, pesado y en forma de mano con un ojo en la palma, destinado a proteger contra el mal de ojo. Antes de darme el mío vaciló un instante; era un delgado disco de oro y en una cara aparecía una hoja: la preciosa hoja de silfio; la otra tenía un elaborado grabado de un ojo con una piedra de lapislázuli azul en el centro. Era bello; Apicio debía de haberlo encargado y llevado consigo para que lo bendijeran. El significado de semejante gesto no se me escapó. Nos colgamos los caros amuletos del cuello. Que mi *dominus* tuviera tantos deseos de protegerme hizo que me sintiera orgulloso y también un poco poderoso.

Cuando regresamos al *domus*, Apicio convenció a Fannia de que me



permitiera guiar a su cocinero en la preparación de una *patina* de espárragos para Livia.

—Esta es mi oportunidad, Fannia —dijo Apicio al tiempo que nos conducía a la cocina—. Livia se maravillará con cada bocado y si le agrada la *patina*...

—... confías en que apartará a Octavio, pero puede que eso no sea tan fácil, querido Apicio —dijo Fannia y le dio una palmadita en el brazo.

—Es un comienzo. No sabe nada de mí y ahora sabrá algo.

Pese a las órdenes de Fannia, a su cocinero no pareció gustarle que yo le enseñara a preparar la *patina*. Era un hombre mayor, numerosas arrugas le surcaban la frente, y solo de mala gana dejó que ocupara su lugar y me prestó sus cuchillos. Si Apicio y Fannia no hubieran estado cerca, cotilleando, creo que podría haber saboteado mis esfuerzos.

Corté la punta de los espárragos y le dije que los introdujera en un mortero con pimienta, levístico, cilantro, ajedrea y cebollas. Una vez completamente molidos, añadí vino de pasas, garo y aceite de oliva.

El cocinero le echó un vistazo escéptico a la mezcla y las arrugas de su frente se volvieron más profundas.

—Eso no funcionará —gruñó.

—No así, desde luego. Necesitas dos de estos —dije y añadí dos huevos a la mezcla—. Una vez batida la mezcla puedes meterla en el horno y asarla; cuando el flan esté firme lo retiras, lo cortas en porciones y esparces pimienta por encima.

El viejo *coquus* estaba a punto de replicar cuando Fannia se acercó.

—Asegúrate de seguir sus instrucciones al pie de la letra —le dijo a su cocinero—. Hemos de impresionar a la emperatriz Livia. Los platos que hoy salgan de tu cocina deben ser tu obra maestra.

—He observado su técnica —dije, esperando hacer las paces con el

hombre e impedir que escupiera en la comida—. Con razón lo contrataste para tu cocina, Fannia. Creo que podría enseñarme algunas cosas.

Apicio apoyó una mano en el hombro del *coquus*.

—¡El buen gusto de Fannia siempre ha sido impecable!

El hombre sonrió de oreja a oreja.

Antes de la llegada de los comensales, Fannia y Apicio se reunieron en un cubículo contiguo al atrio donde habían colocado varios divanes. Sotas, cuatro esclavos más y yo ocupábamos los rincones, dispuestos a asistir a nuestros amos si fuera menester. Fannia recorría la habitación con una copa de ajeno romano en la mano.

—¿Qué diablos se propone? —preguntó mi amo, y bebió un sorbo de la amarga bebida—. Ella pretende avergonzarme de algún modo.

Apicio tomó asiento pero no se reclinó; bebía con más lentitud que su anfitriona; me pregunté con cuánta rapidez desaparecerían esas copas cuando llegaran los invitados. No se acostumbraba a beber antes de la cena y se suponía que las mujeres nunca bebían.

—¿Cuándo fue la última vez que Livia cenó contigo?

—Nunca ha cenado conmigo —contestó Fannia con voz trémula—. Ella no se rebajaría hasta ese punto.

—Reflexiona. ¿Qué puede querer?

Fannia pensó un momento.

—Me quiere muerta. Debería habérmelo pensado dos veces antes de acostarme con ese viejo ex esposo suyo.

Apicio meneó la cabeza.

—Exageras. No creo que te quiera muerta. Y si lo quisiera, dudo que te hiciera matar ante mi vista o que lo hiciera ella misma.

—Es verdad. Disfruta demasiado atormentándome —repuso Fannia, y siguió caminando de un lado a otro—. Veamos... Bien, sé que quiere que abandone Roma.

El sol se acercaba al horizonte y el atrio comenzaba a oscurecerse. Fannia hizo un gesto y dos esclavos se apresuraron a encender las lámparas.

—¿Dispone de maneras de obligarte a marchar?

—No. Sabe que detesto a mi esposo... algo que estoy segura de que la complace muchísimo. No tengo hijos, así que no puede amenazar a mi familia. El chantaje no funcionaría: he vivido mi vida en público; y si antes no pudo adjudicarme un escándalo, ahora tampoco.

Ambos siguieron debatiendo argumentos que podrían explicar las intenciones de Livia, pero cuando un esclavo acudió para anunciar la llegada de los huéspedes (y hacer desaparecer el ajeno), no habían arribado a ninguna conclusión. Fannia y Apicio se apresuraron a masticar semillas de hierbabuena y anís para disimular el olor del alcohol y las escupieron en una maceta unos instantes antes de que Corvino y Octavio acompañaran a Livia Drusilla César al triclinio.

Cuando Livia entró en la habitación fue como si el tiempo se detuviera. Yo nunca había imaginado que un día me encontraría en presencia de la mujer más poderosa del mundo. Los rumores tenían razón: la esposa del César era una mujer radiante, de rasgos marcados, tez perfecta y ojos azul marino. Diminutas cuentas de cristal adornaban su cabellera grisácea, que formaba un moño en la coronilla, y dos rizos enmarcaban sus altos pómulos. Llevaba una estola amarilla, sostenida por dos sencillos broches de rubíes y ámbar en forma de leones. Cogía a Corvino del brazo, ambos seguidos por Octavio. En comparación con la emperatriz, él me pareció un cerdo de vientre abultado y matas velludas en sus orejas.

—¡Livia! ¡Corvino! ¡Octavio! ¡Que vengáis a cenar conmigo esta noche

supone un gran placer! —exclamó Fannia y se acercó para saludarlos; las joyas que adornaban su estola tintinearón.

—Estás tan encantadora como siempre, Fannia —dijo Corvino, y le besó las mejillas.

—Gracias por invitarme, prima —dijo Livia, y depositó un beso amable en la mejilla de Fannia; después le lanzó una mirada recelosa a Apicio, unos pasos por detrás de su anfitriona—. Y tú debes de ser Gavo Apicio, ¿verdad? He oído hablar mucho de ti.

Apicio se inclinó y besó el delicado anillo de oro de Livia.

—¡Espero que hayan sido cánticos de alabanza!

Octavio le tendió la mano a Apicio y la estrechó.

—Ten la plena seguridad, viejo amigo, que solo han seducido nuestros oídos con historias sobre tus banquetes provincianos.

—Me siento halagado. —Apicio pasó por alto el insulto—. Espero que un día, emperatriz, asistirás a uno y juzgarás por ti misma.

Empecé a comprender lo que se proponía Octavio: poner en su sitio a Apicio.

Fannia condujo al grupo al santuario de los lares y entregó un racimo de uvas a cada uno de los invitados como ofrenda a los dioses de la casa. Sotas, yo y los demás esclavos los seguimos, Fannia le dio un frasquito de vino a Livia para que ella vertiera las libaciones destinadas a Edesia y Bibesia, diosas de la comida y la bebida. Nos arrodillamos para orar y yo rogué que me protegieran. Fannia derramó un poco de vino en el suelo para los espíritus de los antepasados, los lémures, que tomaban su ofrenda del suelo del comedor: cuando la comida caía al suelo, los lémures esperaban que nadie la recogiera. La esclava encargada de limpiar el suelo en la villa de Apicio era una muchacha desafortunada, siempre se caía o rompía platos, por culpa de

frustrar a los lémures al impedirles que disfrutaran de sus ofrendas. Ningún esclavo quería ser el que limpiaba el suelo del triclinio.

Cuando los invitados se instalaron en sus divanes y se sirvió el primer plato, consistente en huevos, olivas, tartaletas de higo, pan integral y ostras fritas, la conversación se tornó más interesante.

—¿Dónde está tu esposo esta noche, Fannia? Hace mucho tiempo que no lo veo —dijo Livia antes de sorber una ostra entre sus labios pintados de rojo.

—Te agradezco la pregunta, prima. —Su tono jamás delataba cuánto aborrecía a su esposo—. Ahora mismo se encuentra en Galia, negociando el transporte de los esclavos de los ejércitos acantonados en esa región. Él se encarga de las transacciones y obtiene un porcentaje de las ganancias de los soldados que capturan a los esclavos. Soy afortunada de tener un esposo dedicado a un negocio tan lucrativo.

Livia pareció divertida: Fannia siempre se mostraba astuta a la hora de dar réplicas sutiles.

Corvino parecía ansioso por cambiar de tema.

—Creo que tu esposa está emparentada con el oficial Sejano, ¿verdad, Apicio?

Mi amo frunció el ceño y me pregunté por qué el nombre de Sejano parecía molestarlo. Cogió una oliva del plato y la contempló mientras respondía.

—Pues sí, Corvino, son primos. Supongo que conoces a algunos de los parientes de mi esposa. Su padre, Lucio Elio Lamia, es uno de los oficiales de caballería del César.

—Sí, conozco a Lamia. Es un buen hombre que llegará lejos. Se ha ganado la aceptación del César. Y Sejano también parece prometedor.

Fannia cambió de tema indicándole a los esclavos que sirvieran el *gustatio*.

Estos trajeron copas de zumo de granada mezclado con miel, así como platos de huevos duros, lentejas, cebollas y alubias con mostaza.

Era una cena tranquila, solo acompañada por las melodías de un flautista. A lo mejor Fannia quería mostrarse hospitalaria pero sin ofrecer ningún motivo para que la cena se prolongara más de lo necesario.

Me alarmé al comprobar que Octavio me recordaba, no dejaba de lanzarme miradas. ¿Por qué le importaba que yo estuviese allí? Sotas también lo notó y, tras otra mirada prolongada, me dio un codazo. Ojalá pudiera desaparecer: aquella mirada me inquietaba mucho.

¿Qué querían Livia y Corvino? Aún estábamos esperando averiguarlo.

Cuando sirvieron el plato principal, la conversación giró en torno a la comida y la bebida. Apicio, que una vez más se encontraba en su elemento, no dudó en hablar de sus gustos culinarios. Describió un viaje reciente a Sicilia, donde había descubierto una receta especial de salsa de olivas que prometió enviarle a Livia. Octavio, poniéndose a la altura de las circunstancias, disponía de historias que rivalizaban con las de Apicio y, como respuesta a la salsa, dijo que le enviaría miel de España. Cuando mi amo dijo que los mejores quesos eran los galos, Octavio mostró su desacuerdo afirmando que el queso curado de Bitinia era el mejor. Livia asintió con gesto amable, el tema no parecía interesarle demasiado.

—¿Cómo se encuentra tu hijo Tiberio? —le preguntó Fannia, esforzándose por diferenciar el hijo de Livia de su ex esposo, pues ambos compartían el mismo nombre. Al parecer, intentaba desviar la conversación de la rivalidad creciente entre Octavio y Apicio, aunque su pregunta no dejaba de ser otra puya, pues se rumoreaba que la retirada de la política de Tiberio suponía un bochorno, tanto para Livia como para el César.

La emperatriz no mordió el anzuelo.

—Se encuentra bien, prima. Lo visito con frecuencia. La isla de Rodas es

un lugar bello y su villa goza de magníficos panoramas del mar.

—Julia debe de echarlo de menos —observó Fannia, refiriéndose a la esposa de Tiberio (e hija del César de su primer matrimonio, a la que obligó a casarse con Tiberio). Toda Roma sabía cuánto detestaba Tiberio a Julia. Cada vez circulaban más cotilleos sobre la asistencia de Julia a orgías nocturnas y fiestas de borrachos, tantos que al César pronto le resultaría imposible ignorarlos.

—No tanto como tú a tu hijo perdido —repuso, estirando el brazo para palmear la mano de Fannia.

Esta la retiró abruptamente. Livia sabía cómo herir a su prima: Fannia aún convivía con el dolor de haber perdido a su único hijo, muerto de unas fiebres a los diez años de edad. En cierta ocasión, Sotas me dijo que creía que, en parte, ese era el motivo por el que se había dedicado a tutelar a Apicio, como consuelo por el hijo perdido.

—He oído que Druso, tu nieto, se está haciendo mayor con rapidez —le dijo mi amo a Livia para cambiar de tema.

—Pues sí, es verdad. —Druso era el único hijo que su primera esposa le había dado a Tiberio—. Tiene dieciséis años y ya está aprendiendo a blandir la espada. Sospecho que un día será un excelente comandante en el ejército del César.

Entonces llegó la *patina* de espárragos y el esclavo trinchador dividió el plato en porciones que sirvió a cada invitado.

—Esta es una receta de la cocina de Apicio —dijo Fannia en tono orgulloso.

Livia probó un bocado.

—Exquisito —valoró. Parecía dirigirse a Octavio, que sonrió e inclinó la cabeza.

—Sin duda —dijo, masticando.

Me sorprendí: creí que le llevaría la contraria.

Livia se limpió la boca con la servilleta.

—Todas las personas que conozco que viajan a Bayas dicen que una invitación a una de tus fiestas es muy deseable. Tras probar este plato entiendo por qué.

Sentí un súbito mareo. ¡A la emperatriz le gustaba mi comida! Apicio también estaba complacido.

—Gracias, señora. Tus palabras me honran.

—Veo que has traído a tu *coquus* contigo —comentó Octavio, señalándome con su cuchara.

Todos me miraron. Se me hizo un nudo en la garganta y traté de tragar saliva, pero no pude.

—Octavio dice que te ha convertido en una estrella en Bayas —dijo Livia a Apicio.

Que Octavio dijera algo agradable sobre su rival me pareció extraño. Como fuere, las palabras de la emperatriz no parecieron turbarlo: mi amo era incapaz de mostrarse humilde.

—Pues sí, no cabe duda de que Tracio me ha ayudado a subir el listón cuando se trata de recibir invitados.

—Octavio quisiera comprártelo —añadió Livia.

La sorpresa me dejó boquiabierto.

Al ver que Apicio vacilaba, Octavio le lanzó una sonrisa falsa.

—Comprendo que debe de ser bastante valioso. Te aseguro que estoy dispuesto a pagar el precio que le pongas.

Se produjo un silencio incómodo. Elevé una pequeña oración a Fides, la diosa de Sotas, prometiendo que le sería fiel a Apicio si ella impedía que me vendiera.

—¿Y bien? —apremió Octavio, ceñudo.



—Aunque aprecio tu ofrecimiento, amigo mío, no puedo desprenderme de Tracio, ni siquiera por una bolsa de denarios. Se ha convertido en parte de nuestra familia y perderlo resultaría desolador para todos nosotros.

—Comprendo —repuso Octavio en tono abrupto—. Te prometo, Apicio, que en algún momento querrás cambiar de parecer. —Y le echó un vistazo a Livia como si esperara que ella lo apoyara, pero esta se limitó a arquear una ceja y contemplar a Apicio. Luego sonrió, mirando a Fannia al hablar.

—La familia es importante y siempre debe ser respetada. Que protejas y respetes la tuya, Apicio, es admirable. —Le indicó a su esclavo personal que le trajera su capa—. Gracias por esta cena encantadora, Fannia, y me alegro de haberte conocido, Apicio. Confío en que consideres el ofrecimiento de Octavio seriamente. Que Mercurio te proteja en el viaje de regreso a tu hogar —añadió con voz monótona que no revelaba sus auténticos sentimientos.

En cuanto la puerta se cerró, Fannia ordenó a sus esclavos que volvieran a traer el ajenjo.

—Amigo mío —le dijo a Apicio—, acabas de ganarte un poderoso enemigo en la persona de Octavio, así que alégrate de que aún no se haya congraciado del todo con Livia. Si lo hubiera deseado, hoy podría haberte obligado a vender a Tracio. Puede que en el futuro no tengas tanta suerte...

Apicio no estaba ansioso por regresar a casa y decidió detenerse en la villa de Minturno, donde dedicó su tiempo a rumiar, beber y acostarse con las esclavas. Estaba de mal humor y durante la estancia ordenó a Sotas que administrara numerosos latigazos.

—Por favor, *dominus* Apicio, deberíamos regresar a Bayas. ¿No echas de menos a Apicata? —le dije un día en un intento de razonar con él. Mi anhelo de ver a Passia aumentaba cada día.

Su expresión me dijo todo lo que necesitaba saber. No osé moverme mientras se acercaba para abofetearme; su pesado anillo me golpeó la sien y vi estrellas. Caí al suelo y me sujeté la cabeza a causa del dolor.

—Regresaremos cuando yo lo diga, y la próxima vez reflexiona antes de cuestionarme —gruñó. Se volvió hacia la ventana y dejó que Sotas me recogiera y me acompañara fuera.

Sus palabras me consternaron y a partir de entonces no volví a acercarme a él y solo intercambié breves palabras durante las comidas. Pasó un mes antes de que cambiara de humor y regresáramos a Bayas.

Aelia nos recibió en la puerta, los brazos en jarras y la expresión de una mujer que se pregunta si debe darle una segunda oportunidad a su amante. Busqué a Passia con la mirada, pero ella no había salido a recibirnos.

Apicio corrió hacia su esposa y la abrazó como si temiera no volver a verla jamás.

—¡Ay, cuánto te he echado de menos!

Ella lo estrechó brevemente y se apartó.

—Te has ausentado mucho más tiempo de lo prometido. ¿Por qué no enviaste un mensajero?

Apicio bajó la cabeza.

—La verdad, palomita mía, es que estaba tan ocupado que lo olvidé.

Tuve ganas de pegarle un puntapié.

—Bien, esposo, ¿qué te mantuvo tan ocupado que no tuviste tiempo de pensar en tu esposa?

Aunque el tono de Aelia evidenciaba su desprecio, Apicio estaba impaciente por mostrarle todo lo adquirido durante el viaje y les gritó a los esclavos que empezaran a descargar los muebles.

—Todo esto, querida esposa.

Aelia se quedó boquiabierta; yo la conocía lo bastante bien para saber lo que sentía: desconcierto ante la incapacidad de su esposo para consolarla y asombro ante las compras que descargaban de los carros.

—¿Piensas reemplazar todos nuestros muebles? —preguntó, estupefacta.

Apicio le lanzó una sonrisa pícaro. Era como si fuese un niño de ocho años mostrándole su juguete predilecto a un amigo.

—Esperaba levantarte el ánimo. También he comprado muebles nuevos para la villa de Minturno —añadió, y volvió a abrazarla. Pero no vio lo que Sotas y yo veíamos: la expresión de tristeza y resignación en el rostro de Aelia.

Tras mi regreso de Roma, Passia empezó a tratarme de un modo muy distinto. Para mi deleite, a menudo solía aparecer en la cocina con Apicata antes de mediodía, cuando todo estaba tranquilo. Le contábamos historias a la niña y a veces paseábamos con ella por el jardín. Al principio Passia y yo hablábamos poco; gran parte de la conversación se centraba en Apicata.

A lo largo de los meses, los paseos comenzaron a incluir conversaciones más largas. Apicata, que ya había cumplido seis años, solía adelantarse y nosotros nos sentábamos en un banco y charlábamos. Anhelaba tocarla, tender la mano y apoyarla en la suya, pero no lo hice. En cambio, dejamos que se tocaran y entrelazaran nuestras palabras. Hablábamos de lo que nos gustaría ser si no fuéramos esclavos, compartíamos los cotilleos de la casa, nos dábamos consejos mutuos acerca de cómo tratar a Apicio y comentábamos la tristeza de Aelia.

—Procuro que Apicata no se acerque a ella cuando la oscuridad la consume —me dijo Passia un día, casi un año después de aquella noche en mi cubículo.

Yo estaba arrancando rabanitos del jardín y ella me ayudaba quitándoles la tierra y poniéndolos en una cesta. Apicata dibujaba figuras en el polvo con un palito y uno de los gatos de la casa jugueteaba a su alrededor.

—Ver a su madre tan deprimida no es bueno para ella —prosiguió Passia—. La entristece y ninguna niña debiera sentir eso. —Al parecer, recordaba su propia infancia.

—Debería tener más niños de su edad con quienes jugar —observé, tirando

de un rabanito—. Apicio no debiera ser tan estrecho de miras y dejarla jugar con los niños esclavos.

—Le pedí a Sotas que me ayudara a persuadir a Apicio de que autorice que una de las niñas le sirva como pequeña doncella, pero *dominus* se negó. Consideró que a su edad no necesitaba dos esclavas.

Rúan apareció en el extremo de la hilera de rabanitos.

—Popilla está buscando a Apicata —dijo, saludando a Passia con la mano—. Quiere que almuerce con ella.

—Que Plutón se lleve a esa vieja cabrona —masculló la joven.

Ambos la seguimos con la mirada mientras arrastraba a Apicata hacia la casa.

—Plutón no la ayudará —dijo Rúan.

—Siempre crees que nuestros dioses son inútiles —dije, tomándole el pelo con desgana; hacía tres años que lo conocía y él había manifestado su desdén por nuestros dioses a menudo. Nunca lo había comprendido—. ¿Cómo puedes estar tan seguro? Nosotros no nos burlamos de Tuatha Dé Danann, y hasta tenemos templos dedicados a Épona, tu propia diosa.

Rúan adoptó una expresión desdeñosa.

—Los romanos son estúpidos, prefieren creer en todo en vez de escoger.

—Pero ¿quiénes somos nosotros para decir qué dioses pueden decidir nuestro destino?

Él recogió la cesta.

—Los hombres deciden su propio destino.

—No estoy tan seguro. Creo que los dioses intervienen y cambian nuestro destino. Podemos pedirles ayuda.

—Cree lo que quieras, pero ningún dios me ha ayudado a obtener lo que quiero. Si lo hubieran hecho, no estaría aquí observando cómo arrancas rabanitos.

Cuando se marchó reflexioné sobre sus palabras. No le creía, no podía. Debía aferrarme a la esperanza de que Venus me brindara a Passia y que Fortuna brindara fama a Apicio y a mi comida y mi cocina. De lo contrario, yo carecía de propósito, sería como tantos esclavos sin nombre obligados a trabajar duro hasta morir, solo y sin una lápida que me conmemorara.

Esa noche Apicio pensaba celebrar una pequeña cena. Yo había planeado un menú marino: una variedad de bocados de peces frescos, pescados esa misma mañana.

Cuando apareció mi *dominus*, acababa de llenar una cesta de caracoles recogidos de las orquídeas, donde habían engordado; después los herviría y enfriaría. Por último, los caracoles, casi tan grandes como el puño de un bebé, debían freírse y luego servirse con sal, aceite, pimienta, comino y una pizca de silfio.

—¡Aquí estás!

La voz de Apicio resonó en medio del barullo de la cocina. Todavía no se había cambiado para cenar y llevaba una túnica roja que, a primera vista, parecía sencilla, pero cuando se acercó noté su intrincado borde, orlado con una delgada línea dorada, y no pude reprimir una sonrisa: el cognomen de Apicio debería haber sido «Opulencia». Sotas atravesó la cocina con su amo, pero luego se apoyó contra la pared, desde donde podía observar el recinto con facilidad, y me lanzó una sonrisa irónica.

—¡Veo que has preparado caracoles! —dijo Apicio en tono alegre y con entusiasmo contagioso.

Cuando estaba de buen humor, mi mundo siempre parecía menos oscuro.

—Es parte del *gustatio* —dije, complacido por su aprobación, y dejé la

cesta de caracoles en la mesa junto a Vatia—. Quítales el caparazón, por favor, puedes usar el pico que está en mi caja de los cuchillos.

Apicio cogió un caracol.

—¿Qué más hay en el menú?

—Estaba pensando en un tema marino: sardinetas al vino blanco, albóndigas saladas de pescado, anguilas guisadas, ostras, mejillones... tal vez un flan de medusas.

Él frunció el ceño.

—Estos caracoles no son marinos.

—Lo sé —dije, apartándome de Vatia para que pudiera coger el pico de mi caja personal de cuchillos, que guardaba en una zona de la cocina designada como mi espacio de trabajo—. Pero ¿a que parecen que podrían serlo?

—Supongo que sí —admitió Apicio, riendo—. Ahora dime...

El grito de Vatia lo interrumpió, un grito penetrante que paralizó a todos los ocupantes de la cocina. Me volví y vi que Vatia agitaba el brazo: una pequeña serpiente colgaba de su mano, y entonces resonó otro grito desde la mesa junto a la cual estábamos Apicio y yo.

—¡No!

Era Pallas, el esclavo que había roto las copas el primer día que llegué a la casa. Lo había trasladado y ahora trabajaba sobre todo en el lavadero, lavando las servilletas, los cojines y las ropas de los servidores. Su alarido se confundió con los gritos de temor y dolor de Vatia. Pallas permanecía de pie con expresión horrorizada.

Vatia golpeó la serpiente contra la mesa, cogió un cuchillo y trató de cortarle la cabeza, pero erró el golpe y se hizo un corte en la muñeca. La sangre brotó y cayó sobre la serpiente, que por fin abrió las fauces y cayó al suelo. Todo ocurrió con tanta rapidez que casi nadie pudo moverse: estaban

demasiado aturcidos. La serpiente permaneció tendida unos instantes antes de deslizarse hacia Apicio.

Manchado de sangre, el reptil tenía un color rojo apagado, dos franjas negras que empezaban en los ojos le recorrían el cuerpo y un motivo blanco atravesaba las escamas. Cuando se encontró a tres pasos de Apicio se detuvo y soltó un horrendo y áspero siseo. Todos conocían ese sonido: la serpiente era un mortífero áspid.

—¡Que Júpiter me proteja! —susurró Apicio.

—¡No te muevas! —grité, aunque él estaba demasiado aterrado para hacer otra cosa que permanecer inmóvil.

Sin apartar la mirada de la víbora, tanteé la mesa a mis espaldas en busca de la cesta de la que Vatia había extraído los caracoles y empecé a levantarla, procurando que mis movimientos fueran lentos y regulares. El áspero silbido se apagó y el áspid entró en movimiento, pero yo fui más rápido: arrastré la cesta de la mesa y la arrojé sobre la víbora un segundo antes de que clavara los colmillos en el tobillo de Apicio.

Apicio cayó hacia atrás y casi se golpeó la cabeza contra las gruesas patas de la mesa. Reculó alejándose de la cesta mientras el áspid siseaba debajo de esta.

—¡Cogedlo! —les grité a Sotas y a otro fornido esclavo de pie detrás de Pallas, señalando al niño pálido.

Ambos reaccionaron con rapidez y lo aferraron de las muñecas y los hombros, evitando que escapara. Pallas se resistió, pero cejó cuando Sotas le pegó un bofetón.

Vatia estaba tendida en el suelo, el primero en alcanzarla fue Rúan.

—Vatia, ay Vatia... —murmuró, al tiempo que la rodeaba con los brazos.

Él tenía los ojos llenos de lágrimas, ella estaba tan blanca como una toga recién blanqueada, respiraba entrecortadamente y tenía la mirada perdida.



Con una rapidez que desmentía su edad, Balsamea corrió hacia ambos con toallas en las manos, se arrodilló y envolvió el brazo de Vatia. Horrorizado, observé que la toalla se empapaba de sangre. Balsamea se apresuró a coger otra toalla y volvió a tratar de detener la hemorragia.

No podía ayudarles. Apicio aún estaba tendido en el suelo y le ofrecí una mano para ayudarle a levantarse. Él la cogió y, temblando, se puso en pie. Después me dirigí al grupo de esclavos.

—¡Sacad esa víbora de aquí ahora mismo! Matadla fuera de la casa, ¡daos prisa!

—¿Quién es él? —preguntó Apicio, contemplando a Pallas.

El niño mantenía la cabeza gacha y sus cabellos oscuros le cubrían la cara.

—Es del lavadero —contesté—, y creo que sabe qué ha ocurrido.

—¿Es verdad? —dijo Apicio, acercándose al niño.

Pallas alzó la cabeza, pero no logró pronunciar palabra. Sotas lo aferró con más fuerza.

—¡Dile a tu *dominus* lo que sabes!

Pallas clavó la vista en el suelo.

—Popilla... —balbuceó.

Apicio soltó un grito entrecortado.

—¿Popilla, qué? —pregunté y lo agarré de la túnica.

—Ella, ella...

—¿Fuiste tú quien puso la víbora en la cesta? —preguntó Apicio.

—Sí —dijo el niño, y empezó a sollozar, los mocos goteaban de su nariz y se escurrían por sus labios delgados.

—¿Qué te ofreció ella?

—Cien denarios y... —balbuceó.

—¿Y qué más? —lo apremió Apicio, alzando la voz.

Los ojos llorosos del niño estaban enrojecidos y su mirada era desesperada.

—Un... un salvoconducto a Chipre.

Hice una mueca. ¡Qué necio! Era muy probable que «un salvoconducto» significara que sería entregado a un traficante de esclavos de camino a Egipto, donde el niño serviría al gobernador romano. Y los cien denarios irían a parar a manos del traficante en pago por su silencio.

—Obtendrás tu salvoconducto —dijo Apicio y le hizo un gesto a Sotas.

Este reaccionó antes de que el niño entendiera nada, sacó su puñal del cinto, le cercenó la garganta y lo dejó caer con un único movimiento, dirigiendo el borbotón de sangre al suelo. Observé como se formaba un charco en las baldosas alrededor del cuerpo inerte de Pallas. Quien merecía morir no era el niño, que también habría muerto si se hubiese negado a realizar la tarea. Quien merecía morir era la causante de sus actos.

Apicio parecía opinar lo mismo.

—Ven, Sotas, y también tú, Tracio. Hemos de ocuparnos de otro asunto.

Nos condujo fuera de la cocina, pasando junto a Vatia, inconsciente en los brazos de Rúan, mientras Balsamea y los demás esclavos procuraban cortar la hemorragia.

—No vivirá —dijo Apicio mientras recorríamos el pasillo, alejándonos de la cocina—. En cierta ocasión vi como César Augusto ordenaba que un hombre muriera por la picadura de un áspid. Lo sujetaron a una tabla y dejaron que unas víboras reptaran por su cuerpo. Tras ser picado varias veces, retiraron los áspides y después hicieron cortes superficiales en el cuerpo del desdichado. La picadura de áspid produce hemorragias imparables, la muerte es lenta y dolorosa.

Sotas y yo guardamos silencio; sabía que Sotas apreciaba mucho a Vatia, era una amiga querida que siempre tuvo palabras bondadosas para con él. Y en cuanto a mí, no podía imaginar la ausencia de Vatia en la cocina. ¡Por la sangre de Apolo! Justo el día anterior había logrado convencer a Apicio de

que le aumentara su peculio; era un aumento mínimo, pero para Vatia significaba que habría estado más cerca de ganarse su libertad.

Nos detuvimos ante los aposentos de Popilla. Apicio no llamó a la puerta, se limitó a empujarla, pero estaba cerrada con llave. No hizo falta que le diera instrucciones a Sotas: este se armó de valor y cargó con el hombro. La puerta cedió de inmediato.

Apicio irrumpió en la habitación. Su madre, que estaba sentada en un diván leyendo un pergamino, alzó la vista y lo miró. Sus esclavos le echaron una breve mirada al amo y salieron corriendo de la habitación.

—Ponte de pie o haré que Sotas te levante.

Popilla dejó el pergamino a un lado con mirada inquieta.

—¿Qué pasa, hijo mío? —preguntó en tono quejica—. ¿Era realmente necesario que derribaras mi puerta?

—¡Ponte de pie! —rugió Apicio y las venas de su cuello y su frente se hincharon.

Popilla se apresuró a obedecer y me pregunté si alguna vez habría visto a su hijo tan furioso. Yo no. Ignoraba que fuese capaz de sentir semejante cólera.

—¿Qué sucede? —preguntó ella con voz trémula. Sin embargo, era obvio que sabía la respuesta; me lanzó una mirada de súplica y yo solo pude fruncir el ceño.

—¡Arrodíllate, so mentirosa e intrigante mujer! ¡Arrodíllate! —bramó Apicio, y le indicó a Sotas que se acercara.

Popilla lo hizo y una mueca de dolor le cruzó la cara cuando sus rodillas chocaron contra el suelo soltando un crujido. Sotas se situó detrás de ella.

—Me has traicionado, madre.

Apicio le lanzó una breve mirada a Sotas, que la agarró del pelo y tiró su cabeza hacia atrás.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué he hecho? —gimió.

Apicio parecía un demente.

—Díselo —me espetó sin apartar la vista de su madre, que arañaba las manos de Sotas para librarse de su presa.

Al contemplar a esa Gorgona sentí auténtico odio, tanto que, durante un momento, fui incapaz de hablar. Cuando lo hice, fue en un tono virulento que jamás había utilizado con anterioridad.

—Vatia se está muriendo a causa de una picadura de áspid. Lo que querías era que la víbora me matara a mí. Y ahora un niño, el esclavo Pallas, ha muerto por ayudarte en el intento. Le prometiste la libertad, pero lo único que le dijiste fueron mentiras.

—¡No sé de qué estás hablando!

—El niño te nombró —se limitó a decir Apicio.

—¿Qué niño? No he hablado con ningún niño.

Apicio hizo una pausa, entonces noté que bajo el diván de Popilla había una pequeña caja y atravesé la habitación para cogerla. La caja tenía agujeros, como la que uno compraría en el mercado para ofrendarle una serpiente a Asclepios, el dios de la curación. Contenía un pergamino enrollado y se lo alcancé a Apicio.

—Debes escucharme, hijo mío —barbotó Popilla, tironeando de la mano con que Sotas le aferraba el pelo.

Mi amo desenrolló el pergamino y lo leyó. Una vena de su cuello empezó a latir y él me entregó el pergamino.

—Es una maldición. Asegúrate de destruirla.

De repente me arrancó la caja y se la arrojó a su madre, golpeándole el pecho. Ella gritó. Sotas le tiró la cabeza más hacia atrás.

—Estoy ejerciendo mis derechos como paterfamilias, madre —dijo Apicio

—. Mediante tus actos has destruido tu honor. Me perteneces y haré contigo lo que quiera.

—¡No! —aulló Popilla.

Apicio miró a Sota, y este, al igual que con Pallas, cercenó el cuello de Popilla con su puñal manchado de sangre.

Me volví antes de que su cuerpo cayera al suelo.

Esa noche, Apicio mandó sujetar piedras a los cuerpos de Pallas y Popilla y ordenó que los arrojaran al mar. Vatia murió antes de una hora. Mientras los otros esclavos se preparaban para cremarla, cogí el pergamino que mi amo me había dicho que destruyera y lo quemé sin desenrollarlo: el mal que Popilla había encerrado entre sus pliegues me daba miedo.

Una sensación de pesadez se cernió sobre la villa. Rúan deambulaba sin dirección, inconsolable. Aelia se llevó a Apicata a casa de unos amigos en Pompeya y tardó semanas en regresar. Los esclavos casi no hablaban y obedecían de inmediato. Que un patricio ejerciera su derecho como paterfamilias contra un miembro de la familia no era inaudito, pero estaba muy lejos de ser habitual. En general, cuando un patricio hacía matar a un familiar a causa de sus actos, este era un hermano o una esposa, no una anciana matrona. Y me pregunté lo siguiente: si Apicio estaba lo bastante furioso como para matar a su madre, ¿qué nos pasaría a los demás?

Las muertes me afectaron bastante, me volví inquieto; creo que pensaba que el fantasma de Popilla todavía se encontraba entre nosotros. Balsamea lo notó, y un día, cuando estábamos preparando la cena, me dijo en tono suave:

—Debes olvidarlo. Ella está en el inframundo. —Confundido, dejé el cuchillo y la miré a los ojos, esos ojos oscuros ocultos entre los pliegues de su piel—. Olvida tu temor, Tracio. Ahora nadie intentará matarte.

No pude reprimir una sonrisa. Ella tenía razón. Desde la muerte de Popilla me había vuelto cada vez más nervioso; me ponían nervioso las víboras, temía que envenenaran mi comida o que alguien se abalanzara sobre mí desde un rincón oculto. Hasta me deshice de la caja donde solía guardar los cuchillos y ahora los mantenía a la vista y al alcance de la mano.

—Lo sé, lo sé. Pero, una vez que el fuego te ha quemado, ¿no harías todo lo posible para que nunca vuelva a quemarte?

—Sí —contestó, sonriendo—, pero ¿cómo puedes quemarte si no hay fuego?

No respondí. Cogí el cuchillo y una lechuga que había empezado a cortar y, minuciosamente, la partí por la mitad. En ese momento, un cuervo graznó junto a la ventana y creí percibir un tenue olor a humo.

## TERCERA PARTE

3 d.C.

### REMOLACHAS

Pica puerros, cilantro mezclado con comino, pasas de uva y harina. Pon la mezcla en el centro de las hojas de remolacha; sujétalas y hiérvelas. Se sirve en una salsa de garo, aceite y vinagre.

Libro 3, 11, «Platos de verduras»  
*Acerca de la cocina*, APICIO

Mi relación con Passia floreció lentamente a lo largo de meses de conversaciones y flirteos sutiles. Recordaba con frecuencia aquella noche cuando me tocó en mi cubículo y anhelaba que el momento se repitiera, aunque nunca la presioné. Ella era una mujer fuerte de ideas y opiniones, pero una parte de ella desconfiaba.

Una noche excepcionalmente calurosa de principios de junio, después de despedir a los esclavos de la cocina, la invité a reunirse conmigo en la pequeña biblioteca situada en la parte posterior de la casa.

—Quiero mostrarte algo —le dije.

Los estantes de la biblioteca estaban vacíos y el suelo cubierto de cestas llenas de pergaminos. Apicio por fin había decidido trasladar la familia de Bayas a Roma y el *domus* estaba en desorden debido a la mudanza.

Desenrollé el pergamino en que había trabajado durante semanas, apoyado en un escritorio vacío.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Míralo y dime qué crees que es. —Había estado enseñándole a leer y, aunque mi proyecto me emocionaba, no quería estropear un momento de enseñanza perfecto.

—Sss...alsa para gr... gru... grulla, pato o pollo.

Su progreso me enorgullecía. Durante las pasadas Saturnales, tras escuchar a Apicata leer historias sobre la gran diosa Diana, Passia me había pedido que le enseñara a leer. «Me entristece que una niña pueda leer palabras tan bellas



y yo no», dijo. A partir de esa noche practicamos la lectura una vez que los esclavos terminaban de servir la cena y Apicata se dormía.

—Continúa, lo estás haciendo muy bien.

—Pimienta, ce... ce... cebollas secas, comino, leví... leví... leví — tartamudeó, tratando de pronunciar «levístico».

Quise ayudarla a pronunciarla, pero reprimí el impulso.

—¡Levístico! —exclamó al fin, sonriendo con ojos brillantes.

—Sí —dije. Sentía un intenso anhelo de estrecharla entre mis brazos.

—Es una receta —dijo, desenrollando el pergamino un poco más—. Ay, Tracio, ¿son todas recetas?

—Sí. Pensé hacer un libro con ellas. Muchos clientes de Apicio no dejan de pedirme recetas para sus propios cocineros.

—Es una idea maravillosa. *Dominus* estará muy complacido.

—Espero que sí.

Contemplé el pergamino, que contenía muchas horas de arduo trabajo. A lo largo del último año había probado y perfeccionado las recetas, anotando minuciosamente el resultado y haciendo algunos cambios a fin de que todos los platos fueran perfectos. Aunque era verdad que los clientes de Apicio querían las recetas, consideraba ese libro como mi propio y auténtico legado. Cuando yo muriese, mis platos seguirían viviendo. Me entusiasmaba la idea de que, dentro de cientos de años, alguien siguiera preparando mis recetas.

—¿Darías un paseo conmigo hasta la playa? —propuso—. Será nuestra última oportunidad.

¡Por los dioses! La idea de caminar a su lado por la orilla me atraía. Habíamos paseado por la playa muchas veces, pero nunca a la luz de la luna. Y ella tenía razón: no había playas en Roma, echaríamos de menos el mar y la arena.

—Me gustaría mucho —respondí, confiando en que no oyera los

apresurados latidos de mi corazón.

La luna llena iluminaba la escalinata de mármol que conducía a la playa. Tras bajar, nos quitamos las sandalias y las depositamos en la plataforma delante del *domus*. La sensación de pisar la arena con los pies descalzos era agradable y, esperanzado, elevé una plegaria de agradecimiento a Venus.

Alcanzamos la orilla y nos dirigimos hacia el gran muelle que se elevaba en el extremo más distante de la playa, iluminado por docenas de antorchas. El agua salada nos lamía los pies. A lo lejos, más cerca de la ciudad, había varias hogueras encendidas; la playa era el lugar preferido para celebrar fiestas nocturnas, después de que los turistas pasaran el día cotilleando, sumergidos en los famosos baños de agua mineral de Bayas.

—¿Cuándo le mostrarás tu libro de recetas a *dominus*?

—No lo sé. Cuando tenga el valor de hacerlo. No sé si le agradará la idea de explicarle a todo el mundo cómo imitar la cocina de su casa.

Ella soltó una risita.

—Ah, pero se verá superado por su ego. Si lo apuntas todo, el origen de una receta será indudable. De lo contrario, algún cliente del amo podría decirle a su cocinero que intente copiarte. Creo que Apicio estará muy complacido con tu libro. —De pronto me cogió de la mano y la presionó—. Yo misma estoy impaciente por leerlo.

Se acercó a mí y la rodeé con un brazo, maravillado por la suavidad de su piel.

—Tracio...

—Passia...

Ella se detuvo, reuniendo valor para hablar.

—Aquella noche en tu cubículo, yo...

Cogí sus manos con las mías.

—Todo está bien, Passia. No es necesario que expliques nada.

—Me sorprendiste —dijo.

—Me sorprendí a mí mismo. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no obligarte a quedarte allí conmigo.

Ella se inclinó hacia delante, acercando su rostro al mío.

—Lo sé —murmuró.

No pude evitarlo: la besé con toda la pasión acumulada desde la primera vez que la vi en la cocina, el día de mi llegada. Sus labios eran suaves y dulces como la miel ibérica. Deslicé las manos por su espalda y sus cabellos, le acaricié la nuca y las mejillas con los pulgares y, cuando ella se separó, los labios.

Ambos caímos en la arena, entrelazando nuestros miembros bronceados por el sol, recorriendo nuestros cuerpos con las manos y quitándonos la ropa. El hormigueo que sentí en cada centímetro de piel fue delicioso.

—Apicio siempre dice que tú eres la respuesta a sus oraciones. Creo que está equivocado, creo que eres la respuesta a las mías —me susurró al oído antes de que la penetrara y ambos soltáramos un gemido, apagado por el fragor de las olas.

A la mañana siguiente me despertaron los gritos de Apicata.

—¡Levántate, Tracio, levántate!

Algo blando me golpeó la espalda, obligándome a abrir los ojos. La siguiente vez que la almohada me golpeó la cabeza, se la quité.

—¡Vale, Apicata, me levantaré!

Entorné los ojos y vi su sonrisa de satisfacción. A través de la ventana, a sus espaldas, vi los primeros matices anaranjados de la aurora disolviendo el azul de la noche. ¡Sí que se había levantado temprano aquella niña de seis años, por Júpiter!

Entonces noté que Passia estaba en el umbral y los recuerdos de la noche me invadieron como un torrente. Había regresado conmigo a mi cubículo y habíamos hecho el amor hasta altas horas. Cuando me dormí, ella se había deslizado hasta su jergón a los pies de la cama de Apicata. Su sonrisa me dijo todo cuanto necesitaba saber: no había sido un sueño.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo. ¡Levántate! —Apicata batió palmas para meterme prisa, tal como hacía Passia para despertarla de la siesta—. ¿Me llevas al mercado, por favor? ¡Quiero despedirme de Prokopton! —Aún medio dormido, tardé un momento en recordar que ese día partíamos a Roma—. Me aseguré de levantarme temprano, Rúan dejó que atara un gallo delante de mi ventana.

—Dudo que tengamos tiempo —protesté.

—Lo tendrás si te das prisa —dijo Passia—. Informaré a Aelia y le diré a Rúan que se encargue de preparar el desayuno. Pero no te demores, Apicio querrá que le ayudes a saludar a los clientes.

—De acuerdo, iremos al mercado —le dije a Apicata.

La niña se alegró.

—¿Podremos comprar un poco de helado de miel?

—Ya veremos.

Confié que cuando llegáramos al mercado ella lo hubiera olvidado: un helado de miel nos entretendría demasiado.

Inspiré hondo y pensé en el día que nos esperaba. Sería el último día en la bella villa de Bayas junto al mar y pensarlo me entristecía. Adoraba Bayas, el mar, el pequeño mercado, el repicar de las campanas cuando un barco entraba en el puerto. Las oportunidades brindadas por Roma me excitaban, pero la idea de vivir allí me resultaba incomprensible.

Dado que era poco probable que Apicio regresara a la villa antes de la próxima primavera, la *salutatio* se prolongaría bastante. Mi amo tenía

muchos clientes y partidarios políticos en Bayas. Aún había muchos que querían una última audiencia para asegurarse futuros derechos de visitarlo en su nuevo *domus* del rico y exclusivo Monte Palatino. Era probable que Apicio estuviera irritable e impaciente por emprender viaje, sin ganas de recibir a una interminable ristra de huéspedes.

El paseo por el mercado me causó emociones contradictorias; había experimentado tantas cosas positivas desde que llegué a Bayas desde la villa de Máximo en Pompeya... Cada vez más, Apicio recurría a mí para pedirme consejo acerca de sus asuntos, incluso fuera de la cocina; el vínculo con Aelia y Apicata era estrecho y familiar; los esclavos de la cocina me respetaban y trabajaban duro, tanto para congraciarse conmigo como con Apicio. Y mi amor por Passia había prosperado al sol de esta festiva ciudad. Consideré que realmente había hallado una especie de Elíseo allí en Bayas, tanto más dulce ya que en cualquier momento podría haber desaparecido: como esclavo, nada estaba garantizado. Faltaban años para que cumpliera los treinta y cinco, la edad en que podría obtener mi libertad de manera legal. Apicio podía morir mañana y yo volvería a estar en venta.

Bayas era muy bella, los edificios de arcilla y ladrillo resplandecían al sol del amanecer. En la brisa flotaban los aromas del jazmín y el mar. Apicata corría por delante y sus rizos oscuros rebotaban contra su túnica azul. Llevaba un ramillete de violetas y bígaros en la mano, recogidos a un lado del sendero cerca de la villa. Estaba empeñada en darle un regalo a Prokopton y sospeché que él tendría uno todavía mayor para ella.

Prokopton era un mercader especializado en cosas no comestibles. Sea lo que fuere que necesitaras, siempre parecía tenerlo a mano o, en caso contrario, lo conseguía con facilidad. A lo largo de los últimos tres años le

había comprado utensilios de cocina, cerámicas, fuentes de plata e incluso muebles. Apicata adoraba a ese hombretón. Siempre disponía de pequeños juguetes que compartía con la niña, a la que llamaba «avecilla». Tras mudarnos a Roma conservaría ese apodo tan apropiado.

Esa mañana, Prokopton le regaló un diminuto pajarito a cuerda, un regalo que me dejó pasmado, pues debía de ser bastante caro. Era delicado, de alas y patas móviles y alas cuidadosamente pintadas de todos los colores del arcoíris. Debido a su rareza, los pájaros a cuerda no estaban destinados a los niños, eran objetos de entretenimiento para las mesas de los adultos y a menudo se vendían por miles de denarios.

—¿Seguro que quieres regalárselo, Prokopton? —pregunté, mirándolo.

Las mejillas regordetas del mercader se sonrojaron.

—Sí. Era de mi esposa y no tengo hijos a quienes dejárselo. Haz que me recuerde cuando se haga mayor, por favor. No verla todas las semanas me entristecerá.

Dejé a Apicata al cuidado de Prokopton para poder despedirme de los otros mercaderes que frecuentaba. El mercado todavía estaba animándose y los tenderetes del gran edificio de dos plantas se estaban preparando. En el atrio central, una joven esclava disponía bonitos ramos de flores en diversas cestas; los aromas de las salchichas y el queso derretido me cosquilleaban la nariz al pasar junto a los puestos de comida; los pollos correteaban entre mis pies y había perros durmiendo en las baldosas, indiferentes al paso de los transeúntes. Saludé a todos y me despedí; algunos se mostraron llorosos. Echaría de menos aquel mercado ajetreado y variado, pero no tan grande como para que no conociera a casi todos cuantos trabajaban allí. Roma no sería tan amigable.

De regreso al puesto de Prokopton, caminaba por detrás de un reducido grupo de borrachos, algo bastante habitual en Bayas en verano. Bayas era

célebre por su ambiente festivo y muchos venían de Roma para participar en su despreocupado estilo de vida.

Eran tres nobles que aún llevaban sus elegantes atuendos nocturnos y dos prostitutas, identificables por sus pelucas baratas y su exagerado maquillaje. Quizás habían estado en pie toda la noche, bebiendo vino y sumidos en una dicha orgiástica, y ahora iban en busca de una *popina* abierta que les sirviera el desayuno.

Al oír las palabras del hombre más alto agucé el oído.

—Mirad esa dulce niña —dijo señalando a Apicata, que estaba jugando con su pajarito mientras Prokopton apilaba rollos de seda en los estantes—. ¡Qué no daría por desvirgar a esa niña! ¡Temblaría bajo mi cuerpo y aprendería a suplicarme más! ¡Venid, echémosle un vistazo!

Sus amigos rieron, uno de ellos tropezó y casi arrastró a una de las mujeres, que le ayudó a recuperar el equilibrio. Luego el grupo avanzó hacia el tenderete.

Noté que me sonrojaba de ira, pero no me atreví a actuar. Yo era un esclavo y habría consecuencias. De vez en cuando, algunos mantenían relaciones con niños, pero ningún romano refinado se rebajaba a cometer semejante afrenta con la hija de un noble. Era evidente que Apicata no era una niña esclava, su vestido y su peinado indicaban con claridad que pertenecía a la clase alta. No estaba acostumbrada a ser entregada a nadie, excepto por su padre, y si un esclavo le hacía comentarios lascivos a un niño patricio, podía costarle la vida.

Me apresuré para alcanzar a Apicata antes que los borrachos, la cogí en brazos y la envolví en un chal marrón oscuro que cogí de un estante; no quería que la siguieran devorando con los ojos y tampoco que ella viera lo que estaba ocurriendo. Acallé sus preguntas inquietas y sus protestas de que estaba aplastando a su pajarito y, jadeando, le conté a Prokopton lo que

ocurría. Este, un hombre libre, tenía mucha más libertad de acción cuando se trataba de proteger el honor de una niña.

Los borrachos llegaron hasta el tenderete, tropezando y riendo. Prokopton los contempló al tiempo que apoyaba una mano en el mango de un hacha. Yo sabía que la utilizaría si fuese necesario.

—Creo que será mejor que sigáis vuestro camino —gruñó.

El primer hombre que había mirado a Apicata rodeaba el hombro de una de las prostitutas, que tenía un diente roto y llevaba una torcida peluca negra. Los ojos azules del hombre estaban enrojecidos; era lo que supongo que las mujeres consideran apuesto, de cabello oscuro y una perfecta y aguileña nariz romana. Tendría unos veinte años y su *synthesis* de seda indicaba que era un hombre adinerado. Esbozó una sonrisa ebria.

—No queremos hacerle daño —le dijo a Prokopton. A pesar de que nos encontrábamos a cierta distancia, percibí su aliento apestando a vino. Su voz era profunda y untuosa, seguramente se trataba de un seductor consumado—. ¿Esa es tu encantadora hija? Comentábamos cuán bonita es.

Cuando Prokopton se dispuso a contestar, mi cólera hizo que me adelantara y le contesté yo mismo:

—Otro comentario como ese y tendrás que disculparte ante Marco Gavo tú mismo, de rodillas y suplicando perdón por tus insultos lascivos sobre su hija. Hoy no presentas tu mejor aspecto y sugiero que recuperes la sobriedad y tu honor.

—¡Por Júpiter! —El hombre soltó una carcajada e inclinó la cabeza hacia atrás—. ¡La hija de Apicio! Vaya, vaya, eso es tan sorprendente como si Juno se hubiera convertido en una vaca.

Se tambaleó hacia mí y retrocedí. Prokopton intervino, empuñando el hacha.

El hombre volvió a reír, pero se interrumpió bruscamente al ver el brillo



del hacha.

—Tienes razón, buen hombre. Será mejor que nos marchemos. ¡Pronto tendré que hacerle una visita al estimado Marco!

—Se marcha a Roma. Has perdido tu oportunidad —le espeté.

La audacia del noble me chocaba. Incluso Fannia nunca lo llamaba «Marco», el *praenomen* de Apicio, la única que tenía derecho a hacerlo era Aelia. El corazón me palpitaba; la última vez que había experimentado semejante cólera fue cuando Popilla causó la muerte de Vatia.

—¡Pues aún mejor, podré ir a verlo sin prisa cuando yo mismo regrese a Roma! —dijo, y arrastró a sus amigos.

Riendo, nos dejó allí, desconcertados y furiosos.

—¿Lo conoces? —le pregunté a Prokopton mientras desenvolvía a Apicata y la dejaba en el suelo.

—¿Por qué me has envuelto? ¡Y lastimaste a mi pajarito! —se quejó la niña.

Le indiqué que callara llevándome un dedo a los labios.

Prokopton negó con la cabeza y se acercó para que la niña no lo oyera.

—Mantenla a salvo —dijo.

No estaba seguro de que alguien como yo pudiese hacer gran cosa, excepto preparar una buena comida.

—Lo intentaré, amigo mío, lo prometo.

Cuando regresamos, en la casa reinaba un gran ajetreo. Muchos clientes de Apicio habían llegado temprano y deambulaban ante las puertas, aguardando que su patrono los recibiera. Me abrí paso entre ellos, haciendo caso omiso de las preguntas acerca del tiempo que Apicio pensaba hacerlos esperar. Apicata había lloriqueado durante todo el trayecto, disgustada porque tuvimos que

marcharnos sin el helado de miel y porque, con sus cortas piernitas, apenas lograba seguirme. Tropezaba y se quedaba sin aliento, así que, a pesar de sus protestas, había tenido que quitarle el pajarito para que no se estropeará.

Apicio aguardaba en el vestíbulo, dispuesto a recibir a sus clientes; llevaba una de sus mejores togas y sostenía un largo pergamino en la mano. Debía de haber revisado la lista de clientes durante mi ausencia, algo que solíamos hacer juntos antes de abrir las puertas para darles la bienvenida a quienes venían en busca de su protección, consejo, alimentos y favores.

Sotas estaba sentado en un banco a un lado de la habitación. Al verme, suspiró y meneó la cabeza: eso significaba que Apicio estaba de mal humor, la clase de humor que indicaba que lo mejor era no acercarse a él. Me preparé para lo peor.

—¿Dónde estabas? —Al verme, Apicio frunció el entrecejo y entonces notó la cara roja y llorosa de Apicata—. ¡Por Ceres! —gritó, invocando a la diosa protectora de los niños del imperio—. ¿Qué pasa, Apicata? —Y se apresuró a abrazar a su hija.

—¡Tracio no me dejó tomar helado de miel! ¡Me quitó mi pajarito y me obligó a recorrer todo el camino a la carrera!

Le devolví el pajarito y ella lo cogió sin mirarme; luego ocultó la cara contra el cuerpo de su padre y se echó a llorar, una de sus mejores tácticas ofensivas. Apicio detestaba ver llorar a su hijita. Reprimí un gemido ante la ironía de la situación.

—Será mejor que puedas explicarme por qué llegaste tarde a la *salutatio* y por qué mi hija está disgustada —dijo Apicio, alzando la cabeza. Su mirada delataba su estado de ánimo: estaba furibundo.

—Puedo explicártelo —contesté. Hice un gesto con la cabeza, indicando que quería que Apicata se marchara antes de darle una explicación.

Él se apartó de ella, le secó las lágrimas con los dedos y le alisó los rizos.

—Ve a buscar a tu madre, dulce florecilla. Ella querrá ver tu nuevo pajarito.

La idea de lucirse con su nuevo juguete la animó, besó a su padre en la mejilla y salió corriendo de la habitación.

Apicio se volvió hacia mí con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Me recordaba a los abogados que había visto en la ciudad, severos y exigentes, esperando pero jamás dando crédito a la verdad. Le conté lo ocurrido y toda la escena volvió a desplegarse ante mí.

La expresión de Apicio permaneció inescrutable, excepto cuando mencioné que el hombre había afirmado que lo conocía. Entonces la inquietud apareció en su rostro. Me dijo que describiera al hombre en detalle, y curiosamente eso lo enfadó aún más. Vi que apretaba el puño bajo los pliegues de la toga.

Terminé el informe y permanecí en silencio, aguardando su reacción. Cuando Apicio habló, era evidente que luchaba por no perder los estribos.

—Has llegado tarde a la *salutatio*. Mis clientes han tenido que esperar. Mi hija está disgustada... ¿y encima te atreves a contarme esta ridícula historia acerca de un borracho con el fin de excusar tu demora?

¿Cómo era posible que no me creyera?

—Siempre he dicho la verdad, *dominus*. ¿Qué ganaría mintiéndote ahora?

Que Apicio dudara de mí me causó una dolorosa punzada. En los cuatro años que llevaba allí había sido un esclavo modélico, veraz, confiable y constante. Otros esclavos lo decepcionaban a menudo, pero rara vez parecía disgustado conmigo.

—Sospecho que para no manchar tu reputación. Sabías cuánto me enfadaría que llegaras tarde a la *salutatio* y quisieras evitar mi ira. ¡Tú eres el que mejor sabe cuánta importancia le adjudico a mi último día en Bayas, Tracio!

—¡Pero te juro por mi vida que es verdad, *dominus*!

Él estaba sentado en la silla en que recibía a los clientes y me señaló con el dedo.

—No hablaremos más de ello. El castigo serán cinco latigazos y caminarás con los esclavos detrás de los carros... hasta Roma. También le pedirás disculpas a mi hija —añadió, esparciendo saliva. Luego chascó los dedos y señaló un sitio al lado de su silla—. De momento, permanece ahí de pie y aconséjame en la *salutatio* —concluyó, indicándole a Sotas que abriera la puerta.

Presa de la confusión, obedecí sin más protestas. Lo aconsejé respecto a todos los clientes que acudieron para presentar sus respetos, le recordé sus nombres, sugerí favores, tales como recomendaciones a gente en Roma, aconsejé sobre pagos a poetas y escritores que escribieran o entonaran loas a Apicio, y apunté los nombres de aquellos que pretendían recibir una invitación a la villa romana.

Una vez acabada la *salutatio*, Apicio cumplió con su palabra y me obligó a someterme al látigo.

Sotas se acercó y me cogió del hombro, lo presionó con suavidad y supe que era su manera de decirme que lo sentía. Luego me hizo arrodillar en el suelo de piedra ante Apicio.

—Quítate la túnica.

Lo hice y cerré los ojos.

—Cuéntalos —me ordenó Apicio en tono frío.

El primer latigazo me golpeó los hombros y solté un grito.

—Dije que los contarás.

—Uno —mascullé, haciendo rechinar los dientes.

—No te he oído. Empezaremos otra vez. Cinco latigazos, Sotas.

Este volvió a azotarme.

—¡Uno! —grité, y noté que sangraba.

El látigo cayó una y otra vez, hasta cinco. Sabía que Sotas procuraba ser bondadoso conmigo, pero eso no reducía el dolor ni la humillación.

Cuando hubo acabado, Apicio se puso en pie.

—Partimos dentro de una hora. Espero que lleves otro par de sandalias. Las necesitarás.

Abandonó la habitación y yo caí sobre las baldosas, confundido, furioso, exhausto y ensangrentado. Fui incapaz de levantarme durante varios minutos.

—Te enviaré a Passia —dijo Sotas amablemente.

Permanecí tendido allí hasta que llegó mi amada, preguntándome por qué un día que había comenzado tan bien podía acabar tan mal.

Que Roma me gustara tanto me sorprendió. Creí que dejar atrás Bayas me desanimaría, pero en cambio descubrí que la caótica ciudad me dejaba pletórico de energía. El Monte Palatino era más tranquilo que los otros, repleto de villas inmensas rodeadas de bellos jardines y paseos. A los pies del Palatino se encontraba el famoso Foro Romano, con sus grandes templos, tiendas y edificios. El Foro era el auténtico centro de la ciudad y por todas partes algo nuevo y asombroso se ofrecía a la vista. Personas de todo el mundo se instalaban en Roma —o, como esclavos, eran obligados a servir en Roma— y al recorrer las calles no era raro oír docenas de lenguas diferentes. Lo que más me gustaba eran los mercados; había varios, cada uno especializado en algo.

Durante los primeros meses nos dedicamos a preparar la casa para celebrar banquetes. Apicio hizo confeccionar nuevos triclinios y diseñó cada detalle de esas habitaciones para que fueran sumamente suntuosas e impresionantes.

—No tardaré en tener docenas de nuevos clientes —dijo la primera vez que contempló el enorme triclinio del jardín, capaz de alojar a dieciocho personas.

En cuanto llegamos, Apicio se había obsesionado con acumular nuevos clientes. En la ciudad, dichos contactos eran muy importantes para obtener protección, votos influyentes e invitaciones idóneas para fiestas idóneas.

—Y para recomendarme al César —añadió—. Pronto lo conseguiré, Tracio.

Yo no compartía su confianza.

Pasaron cuatro meses antes de que estuviésemos preparados para recibir a los invitados a nuestro primer banquete romano. Mi amo estaba encantado de volver a las andadas, pero no todos sus esclavos sentían el mismo entusiasmo.

—No quiero pelearme contigo. Escúchame, Balsamea, el favor que te pido es muy pequeño... —dije, depositando un pañuelo blanco en la mesa ante ella. Últimamente había decidido que ya no quería sujetarse el pelo.

—Me gusta llevarlo como antes, antes de tu llegada. —La anciana esclava me miró fijamente.

Yo no entendía esa nueva terquedad; la edad empezaba a afectarla y su conducta se había vuelto más imprevisible. Entonces intenté una táctica distinta.

—Esta es una noche importante para Apicio y no podemos perder tiempo. No hagas que desee haberte dejado en Bayas.

Estaba empeñado en que esa noche todo se desarrollara como era debido y volví a acercarle el pañuelo. Balsamea lo cogió de mala gana.

—*Dominus* se preocupa demasiado —protestó, pero empezó a recogerse el cabello.

—Lo sé, pero quiere causar impresión.

—¿Emborrachándolos a todos? ¡Menuda impresión!

Tuve que sonreír.

—Pero todos adoran emborracharse, ¿verdad?

—No todos disfrutaban limpiando los vómitos. —Me miró a los ojos, una pequeña advertencia indicando que se disgustaría si eso era lo que acabara haciendo, y se anudó el pañuelo.

—Gracias.

Ella gruñó y retomó la tarea de confeccionar las numerosas coronas de hojas de laurel, rosas y flores de avellano necesarias para la velada.

Dediqué unos minutos a darles instrucciones a otros esclavos que se preparaban para la *commissatio*, el jolgorio de esa noche, antes de coger mi propio cuchillo para picar manojos de levístico, eneldo, tomillo y salvia. El aroma penetraba en mi nariz mientras picaba, concentrado en mi tarea.

Pensé en la fiesta inminente. Compartía la inquietud de Balsamea. En primer lugar, que Apicio empezara por celebrar una fiesta donde se bebería, en vez de una cena tradicional, me ponía nervioso. Aunque beber era un pasatiempo en la ciudad turística de Bayas, supuse que la austeridad de César Augusto ejercería una mayor influencia en Roma. No obstante, Apicio quiso invitar al mayor número posible de personas. Tenía muchos potenciales clientes en Roma, además de algunos patronos, así que reducir la lista de invitados a nueve o dieciocho personas hubiera sido casi imposible. Pero cambiar de idea no me resultó difícil una vez que comencé a pensar en todas las posibilidades para la fiesta.

Decidimos celebrar una *commissatio* con vino y tentempiés, pero también con algo especial: un *gustatio* en el que las visitas podrían probar los platos de los que Apicio y yo más nos enorgullecíamos. Si bien era bastante inaudito mezclar los platos y el vino, finalmente logré convencer a Apicio de servir pequeños bocados antes de la *commissatio*. Argumenté que si las visitas probaban los platos, él podría reunir clientes y patronos que en el futuro querrían ocupar un asiento a su mesa. Apicio consintió, sobre todo tras explicarle que vestiría a los niños de Cupido y a las niñas de ninfas. Preparé una pringosa tarta de ambrosía, miel y manzanas que serviría una de las esclavas más bonitas, vestida de doncella de Venus. Esperaba que cuando se marcharan, los huéspedes alabaran tanto el ambiente como la comida.

—He venido a revisar el menú —dijo Apicio, sacándome de mi ensimismamiento.

Parecía un niño entusiasmado que acaba de recibir una ciruela. Sotas tomó



asiento en un taburete junto a la puerta y me saludó con la mano.

—Por supuesto. Puedo preparar varios platos y cortar la comida en trozos para que probarlos resulte fácil. —Quería empezar por bulbos de jacinto asados, un poco de queso fresco con pan, todo bañado en vino y rodajas de ubre de cerda con garo y levístico. Consideré que podríamos servir la salchicha de Lucania que había preparado esa misma semana—. ¿Y recuerdas mis ratones de huevo duro, de orejas de almendras y ojos de clavos de olor? Creo que esos también tendrán éxito.

—¡Perfecto! ¡Los ratones deleitarán a las damas! —Me alivió comprobar que estaba de buen humor—. ¿Y qué pasa con esos deliciosos hígados fritos que preparas? —añadió—. Envía a uno de los muchachos al mercado si necesitas liebres.

Introduce las hierbas picadas en un cuenco pequeño.

—Sí, puedo prepararlos.

—¿Y las coles?

Al oír la palabra «col», Sotas se removió en su taburete, haciendo que le dirigiera la mirada. El fornido esclavo agitaba la mano bajo su nariz con expresión asqueada. Estaba de acuerdo: últimamente, Apicio se había obsesionado con las coles y había recorrido toda Roma en busca de recetas para que yo las comprobara y modificara. En los dos últimos meses ambos habíamos cocido muchas coles, y no tenía ganas de volver a verlas —u olerlas— nunca más. Además, no estaba seguro de que la antigua creencia de que la col evitaba la resaca fuera cierta.

—¡No pueden faltar! —exclamó Apicio, y se dirigió a las cestas de verduras y seleccionó cinco coles.

Juntos, las picamos y hablamos de los vinos.

—¿A quién escogerás como *rex bibendi*? —Quería saber en quién estaba pensando Apicio para ocupar el honroso papel del Rey del Festín, una figura

importante en todas las fiestas, responsable de diluir el vino, conducir el himno de libación, controlar la cantidad de alcohol consumida por los invitados y que a nadie le sirvieran demasiado ni demasiado poco. El Rey también era el encargado de dirigir la conversación, decidir si los juegos se desmadraban... en resumen, de mantener el orden—. Necesitas a alguien capaz de ser tan alegre como diplomático al dirigir la conversación.

—Sí, es una decisión difícil. Hay demasiados asistentes para decidirlo al azar —repuso él, y dejó caer un puñado de col en el aceite caliente.

—¿Y Lucio Elio Sejano, el primo de Aelia? No lo conozco, pero tú hablas bien de él. ¿Sería un buen Rey?

Apicio frunció la nariz como si recordara algo desagradable y me pregunté si lo había enfadado. Finalmente, dijo:

—Se rumorea que le gusta disfrutar de la bebida en las fiestas. Quizá no quiera adjudicarle ese papel. Pero no nos preocupemos. Hasta ahora Fortuna se ha mostrado bondadosa conmigo y creo que volverá a serlo. Lo consideraré más tarde.

Cuando Apicio habló de Sejano su tono cambió, adoptando un matiz de inquietud. Le eché un vistazo a Sotas y este meneó la cabeza, advirtiéndome. Era evidente que sugerir a Sejano no había sido una buena idea y me pregunté por qué.

Apicata irrumpió en la cocina, riendo: llevaba cintas de colores trenzadas en su cabello oscuro. Al ver a la joven ama, Sotas se puso en pie respetuosamente, pero ella pasó por su lado sin mirarlo. A continuación entró Passia, respirando entrecortadamente, tal vez debido a verse obligada a recorrer la casa tratando de alcanzar a la niña.

—Padre, padre, ¿puedo asistir a la cena? —Apicata se puso de puntillas y nos contempló con mirada suplicante.

—Lo siento, *dominus*, intenté explicarle que es una fiesta para adultos —

dijo Passia.

Él le pellizcó la nariz a su hija con gesto afectuoso.

—No es una cena, pequeña, es una *commissatio*. ¿Adivinas cuántos invitados asisten a una *commissatio*?

—Eh... —Apicata apretó los labios mientras pensaba la respuesta—. ¿Nueve?

—No, no nueve. Eso es una cena.

Negué con la cabeza y abrí y cerré las manos a espaldas de Apicio, procurando indicarle a la niña que serían muchos.

—¿Veinte? —dijo ella, contemplando mis manos con incerteza.

—Tal vez veinte, quizá más. El número que puede asistir a una *commissatio* no siempre es preciso. —La mirada de Apicio se endureció—. Sin embargo, pequeña, dudo que sea el lugar idóneo para una doncella como tú.

Apicata se desanimó e hizo pucheros.

—No deberías fruncir el ceño ni hacer pucheros —dije, bromeando—. ¡Un ave se posará en tu labio!

Ella me ignoró. Sabía cómo conmover a su padre.

—Por favor, padre... —rogó en voz baja.

Traté de no reír; era una niña tan transparente...

Su padre suspiró y cedió.

—De acuerdo, puedes venir y te presentaré, pero no podrás quedarte. Dejaré que conozcas a algunos de mis amigos, pero luego volverás junto a Passia y has de prometerme que mañana te esforzarás en tu clase de griego.

—¡Lo prometo! ¿También puedo llevar una corona?

—Ven aquí, niña, yo puedo hacerte una corona. —Balsamea alzó un manojo de flores de avellano y lo agitó.

La niña brincó hacia ella y trepó al banco para ayudarla a entrelazar las

flores. Durante unos minutos, Apicio y yo observamos a Balsamea enseñándole a Apicata cómo combinar las hojas de laurel y avellano. Passia se acercó a la mesa.

—¿Se lo has mostrado? —me preguntó.

—¿Mostrarme qué? —quiso saber Apicio, con una mezcla de curiosidad y suspicacia.

El corazón me latía con fuerza, no estaba seguro de estar preparado para mostrarle al amo aquello a lo que se refería Passia. Con manos sudorosas, me acerqué a un armario en un rincón de la cocina, extraje un gran pergamino. Se lo tendí a Apicio. Passia consideraba que era hora de mostrarle mi libro de cocina.

—Esto.

Apicio contempló el pergamino.

—No comprendo —dijo, y después lo desenrolló lentamente. «Acerca del tema de la cocina», ponía en grandes letras al principio.

—Es un libro de recetas. Las mejores recetas de tu cocina; todavía no está terminado, pero pensé que querrías verlo. Quería encontrar el modo de preservar tu legado para las futuras generaciones.

Apicio permaneció en silencio, leyendo el texto en latín. Tras varios minutos silenciosos, Passia y yo intercambiamos una mirada inquieta y rogué a los dioses que mi amo dijera algo.

Cuando Apicio por fin alzó la vista tenía lágrimas en los ojos y una sonrisa torcida le curvaba los labios.

—¡Sí! ¡Por Júpiter! —exclamó de pronto, emitiendo una risita extraña y dichosa.

La mezcla de alivio, felicidad y orgullo que me invadió fue tan intensa como el primer día que besé a mi amada Passia. ¡Ay, ojalá hubiera tenido un taburete para tomar asiento! Me temblaban las rodillas.

Me incliné para señalar diversas partes del pergamino, desenrollándolo encima de la mesa a medida que hablaba.

—Como verás, hay recetas de mariscos, *patinae* de higo o de pollo, algunas de nuestras recetas de col y consejos para el cocinero. Añadí tu truco consistente en usar huevos para aclarar el vino turbio, instrucciones sobre cómo encurtir ostras e incluso la receta del licor de ajeno de Fannia. Tuve en cuenta que muchos cocineros no disponen de los conocimientos y saberes correctos. Quiero ayudar a que otros hogares disfruten del mismo nivel de estándares que el tuyo. Como verás, aún no está terminado.

Apicio me cogió el hombro con mano firme.

—Me has llenado de orgullo, Tracio. Comprarte aquel día fue una de las mejores cosas que jamás he hecho. ¿Se lo has mostrado a Aelia?

—Todavía no —contesté, negando con la cabeza.

—¡Debo mostrárselo! ¡Estará encantada! —exclamó él y recogió el pergamino—. Después vendré a comprobar cómo ha quedado la col.

Le dio una palmadita a Apicata en la espalda y se marchó. Sotas se puso de pie, me saludó y siguió a Apicio.

—Éxito completo —dijo Passia, y rodeó la mesa para abrazarme.

—Más del que creí. Espero que siga de buen humor, porque suele perderlo antes de una fiesta.

Le rocé la mejilla con los labios, cerca del ojo, y noté la tibieza y suavidad de su piel. En ese instante, una lluvia de hojas y pétalos de una corona nos golpearon la cabeza.

—¡Ay! —exclamó Passia, brincando hacia atrás.

Al bajar la vista vimos los restos de una corona de laurel y avellano a nuestros pies.

—No en mi cocina —dijo Balsamea desde la mesa donde estaba sentada con Apicata, que reía.

Su audacia me divirtió.

—Querrás decir «mi» cocina —repuse, y acto seguido abracé a Passia y la besé en los labios.

Horas después fui en busca de Apicio para hacerle unas últimas preguntas acerca de cómo servir los platos. Sotas estaba arrodillado ante la puerta de la alcoba del amo. La puerta estaba entreabierta, pero Sotas me indicó que me apartara.

—Está de muy mal humor. Te conviene esperar un momento más propicio —me advirtió, susurrando.

Suspiré; era tal como había previsto.

—¿Puedo esperar contigo?

El fornido esclavo asintió.

—Escucha unos momentos y luego decide qué hacer. Deja que Aelia lo tranquilice.

Me puse en cuclillas a su lado justo cuando Apicio alzaba la voz.

—¡Marchaos!

Los esclavos encargados de vestirlo abandonaron la alcoba a toda prisa, ansiosos de alejarse de su amo.

Se oyó la voz de Aelia.

—¿Te gusta la estola blanca? ¿La de seda amarilla no me quedaría mejor?

—Por favor, deja de preocuparte, Aelia. Estás preciosa. No es la primera vez que celebramos una gran fiesta y antes no te ponías nerviosa.

Resonó el tintineo de los potes y las botellas de nardo usadas para perfumar la frente.

—No estaba nerviosa hasta que mencionaste que vendría Ovidio —dijo ella.

Aelia no era la única que adoraba las poesías de Ovidio. Passia había leído todos sus escritos. Ovidio era uno de los expertos romanos acerca del amor y la belleza y casi todas las mujeres que yo conocía poseían varios de sus libros. Cuando Passia descubrió que asistiría a la fiesta creí que se desmayaría.

Oí el susurro de un pergamino desenrollándose.

—¿Acaso esto podría ser uno de los motivos de tu inquietud? ¿*Cosméticos faciales femeninos*?

Yo recordaba el libro. Hacía dos años Apicio se lo había comprado, junto con otras obras de Ovidio, como un obsequio de Saturnales.

—Sé que no debería preocuparme, pero si él no supiera tanto, ¿cómo pudo escribirlo? ¡Es como si fuese el portavoz de la propia Venus!

Entonces oí el suave sonido de un beso.

—Tú eres la clase de mujer sobre la cual Ovidio escribe sus poemas, Aelia. Ese espejo es incapaz de mostrarte lo que veo yo.

—Exageras, esposo.

—No, no lo hago. En todo caso, conoces a muchos de los que estarán aquí esta noche. Fannia te ayudará con los nombres de todas las familias. Conoces a Trio, a Celera, a Publio Octavio y también a Gaia.

La voz de Aelia se tornó agria.

—No sé por qué invitaste a Octavio, ambos siempre entráis en competencia. ¿No os cansáis de dejaros en ridículo mutuamente?

Apicio guardó silencio. Tintearon más potes.

—Le hablé a Apicata de Numerius Cornelio Sulla —dijo Aelia, cambiando de tema.

—¿Lo comprendió? —preguntó él en tono atribulado.

—Creo que sí. Le gusta la idea de llevar el velo anaranjado y el «bonito» cinturón, tal como ella lo describió.

Miré a Sotas, que asintió con la cabeza. Ese velo se refería al tradicional velo romano matrimonial de color azafrán y el «bonito» cinturón era uno anudado que sería desanudado por el esposo en la noche de bodas. Al parecer, Apicio había prometido a su hija en matrimonio. La verdad es que me sorprendía que no lo hubiese hecho antes. Muchos hijos de patricios romanos eran prometidos en matrimonio ya en su tierna infancia, con el fin de sellar compromisos familiares y cimentar relaciones.

La reacción de su hija hizo reír a Apicio.

—Es una pena que él no pueda estar presente esta noche.

—Tanto mejor —dijo Aelia—. Sulla es tan mayor que ella... Verlo podría haber confundido a Apicata.

Se produjo un silencio prolongado, hasta que Aelia preguntó:

—¿Enviaste una invitación a Sejano?

—Sí, lo hice.

Oí que Apicio se acercaba a la puerta y retrocedí.

—Volver a verlo será un placer —dijo ella. Su voz parecía proceder desde lejos.

—Ha pasado bastante tiempo —repuso él, y salió al pasillo, donde Sotas y yo aguardábamos.

Al verme frunció el ceño.

—¿Qué quieres? ¿No deberías estar en la cocina?

—Sí, *dominus*, pero me preguntaba...

—Pregúntatelo después. Tengo demasiado que hacer como para preocuparme de lo que quieres, sea lo que sea. ¡Limítate a encargarte de las cosas!

Me quedé pasmado, espantado de oírle un tono tan venenoso tras hablarle tan tiernamente a Aelia.

—¿Qué le pasa? —le pregunté a Sotas después de que Apicio nos



despidiera—. Antes estaba perfectamente.

—¿No notaste cuándo cambió de humor durante su conversación con Aelia?

Apreté el paso para mantenerme a la par de Sotas y recordé la conversación.

—Cuando Aelia mencionó a Octavio y Sejano.

Sotas aminoró el paso y miró en derredor.

—Lo que te cuento no debe convertirse en cotilleo en esta casa. Es solo para tus oídos, de lo contrario temo que Fides me castigue por equivocarme y confiar en ti, y por traicionar los secretos de mi *dominus*.

Sabía que Sotas temía la ira de su diosa, aún más que perder la vida. Le palmeé el brazo: su elevada estatura me impedía palmearle el hombro.

—No temas, Sotas, no te fallaré.

—*Dominus* quiere evitar a Sejano —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Resulta difícil mirar a los ojos a un hombre con el que te has acostado cuando descubres que no es el prostituto que creías.

Reprimí una exclamación. Ignoraba lo que creí que Sotas me contaría, pero no era eso, sin duda.

—¿Se acostó con Sejano?

Sotas gruñó.

—Fue hace nueve años, durante un veraneo en Pompeya. *Dominus* y Sejano estaban en los baños, Sejano tendría unos catorce años, así que *dominus* debía de tener unos veintitrés.

Sejano era un año mayor que yo. En aquel entonces yo vivía en Pompeya y ambos podríamos habernos encontrado en los baños con facilidad.

—Tú has estado en esos baños, ¿verdad?

—Sí.

Los baños eran pequeños y siempre estaban atestados, las personas se apretujaban como sardinas en aceite.

—Bien. Todos están sentados muy juntos y noté que *dominus* clavaba la mirada en uno de los muchachos, uno apuesto, supongo. Estaba en forma, con músculos que podrían haber sido esculpidos por ese escultor famoso, ¿cómo se llama?

—Fidias —contesté, mirando en torno para comprobar que nadie nos escuchaba.

—Sí, ese. Bueno, el muchacho se sentó junto a *dominus*, no dijo mucho pero escuchó todas las historias de nuestro *dominus*. No lo acompañaba un esclavo personal y estaba solo, así que supusimos que era un plebeyo. El muchacho lo siguió a través del *frigidarium* y ambos se vistieron sin dejar de hablar. Cuando abandonamos los baños *dominus* le hizo una proposición deshonesta. Recuerdo que solté una exclamación y *dominus* me pegó un codazo tan fuerte que el moratón tardó días en desaparecer.

Aquello me parecía increíble. Apicio hablaba con desprecio de sus amigos que sentían predilección por los efebos. ¡Consideraba que el amor griego era vulgar!

—En fin —prosiguió Sotas—, antes de una hora ambos estaban en una taberna por encima de una ruidosa *popina*. Sabes cuánto detesta él las tabernas.

—¿Una *popina*? Me resulta inimaginable. —La historia me resultaba asombrosa, no encajaba con el carácter de nuestro *dominus*.

—Me adelanté y reservé una habitación. ¡No sabes el dinero que le pagó a Sejano solo por una hora, Tracio! Le pagó tanto como hubiera pagado por un nuevo esclavo. Me obligó a apostarme ante la puerta y oí cada gruñido y cada gemido. Me alegré cuando nos marchamos, pero al día siguiente volvimos a encontrarlo allí.

—¿Volvisteis a encontrarlo?

—Sí. A lo largo de aquel verano nos volvimos a encontrar con él varias veces. Siempre en la *popina* y siempre por una exorbitante cantidad de dinero.

—¿Y él no sabía que Sejano era el primo de Aelia y un équite?

Con razón Apicio estaba abochornado. Si otros nobles descubrían esos encuentros supondría una vergüenza terrible. Mantener relaciones sexuales con esclavos y plebeyos era una cosa, pero mantenerlas con un patricio era una conducta socialmente inaceptable.

—No, no lo sabía —dijo Sotas, negando con la cabeza—. Realmente creía que era un plebeyo. Se presentó como Lucio pero sin decirle su nombre completo. A finales de verano *dominus* le preguntó si podía entregar un paquete para él. El muchacho consintió, así que al día siguiente volvimos con el paquete. Él lo cogió y esa fue la última vez que lo vimos aquel verano.

—Pero volvisteis a verlo en algún momento, ¿no?

—Sí, mas eso no fue lo peor.

Callamos hasta que pasaron tres esclavos del lavadero. Cuando se alejaron, Sotas continuó.

—El paquete era condenatorio.

—¿Qué contenía?

—Un frasquito de veneno, una carta con instrucciones y dinero. Mucho dinero, destinado a un asesino.

Me cubrí la boca con la mano, temiendo soltar un grito.

—¿A quién pretendía Apicio que asesinaran?

—A Publio Octavio.

No di crédito a mis oídos.

—¿Octavio? ¿Hablas en serio?

—Te dije que hace años que el amo lo odia. En cierta ocasión, *dominus* le

dijo que quería convertirse en el consejero gastronómico del César. Antes de tres semanas Octavio anunció que intentaría congraciarse con el César y eso enfureció a *dominus*.

—¿Qué ocurrió?

Sotas hizo una mueca.

—Poco después, cierta noche Tiberio (sí, ese Tiberio) —aclaró, notando mi mirada interrogativa: Tiberio era el hijo de Livia y el hijastro del César— visitaba a Octavio en su villa. Lo acompañaba un joven que dijo que era uno de los más antiguos e íntimos amigos de Tiberio, un soldado de sus días en el ejército. Durante la comida el hombre dijo que tenía la lengua entumecida y que empezaba a sentir mucho frío. Murió quince minutos después.

—Debe de haber sido acónito —musité. Ya de niño me habían enseñado a distinguir sus hojas de las de los rábanos, que eran muy similares. El veneno actuaba con rapidez; todas las partes de la planta eran sumamente mortíferas y decían que el zumo había causado la muerte de muchos senadores a lo largo de los siglos.

—Presa de un ataque de ira, Tiberio ordenó a sus hombres que ejecutaran al cocinero de Octavio y a todo el personal de cocina.

—¿Y Octavio? ¿Cómo se salvó de que lo juzgaran por intento de asesinato?

—No lo sé. Quizá Tiberio confiaba en Octavio, o tal vez Octavio logró convencerlo de que su cocina había sido infiltrada.

—Por los dioses —dije y los músculos de mi cuello se tensaron.

Sotas dirigió la vista a lo largo del pasillo, hacia el peristilo, su mirada era tan fría como el pedernal.

—Pasó un año antes de que volviésemos a ver a Sejano, en Roma, en el funeral de la madre de Aelia. Escuchábamos las bendiciones de los sacerdotes destinadas a guiar a Amelia Lamia hasta el inframundo cuando *dominus* alzó

la cabeza, dirigió la mirada más allá del cuerpo de la anciana y lo vio. Los dioses han congelado ese instante en mi cabeza. Aún huelo la sena y la mirra, aún oigo los cánticos de los sacerdotes, recuerdo las máscaras ancestrales a lo largo de las paredes. *Domina* lloraba y el muchacho, al que solo conocíamos como Lucio, nos contemplaba fijamente.

»Lucio caminó junto a *dominus* y *domina* durante la procesión hasta el cementerio en las afueras de la ciudad. Yo caminaba detrás de ellos, así que pude ver que no despegaba la vista de *dominus*. Muchas horas después, una vez que las llamas de la pira se apagaron y comenzaban a recoger las cenizas para enterrarlas, apareció el muchacho. Ninguno de nosotros esperaba que abrazara a Aelia. Recuerdo que le dijo a *domina* que Ceres cuidaría de su madre y se aseguraría de que su viaje a través del Estigio y hasta Plutón transcurriera sin incidentes.

»Ella le dio las gracias y después se lo presentó a *dominus* como su primo Lucio Elio Sejano, al que hacía años que no veía. Él se inclinó y le susurró unas palabras a Apicio, palabras que jamás olvidaré: «Entregué el veneno, pero conservé la carta y di las instrucciones directamente. Sugiero que me trates bien en el futuro. Nunca se sabe cuándo podría necesitar un favor.» Después volvió a ocupar su lugar en la procesión junto a su familia. *Dominus* estaba horrorizado.

Y yo también.

—¿Cómo podrían demostrar que él escribió esa carta?

—*Dominus* solía dejarle notas al propietario de la *popina*, informando a Sejano cuándo volverían a encontrarse. Las cartas no contenían nada salaz, pero llevaban su sello. Yo vi como redactaba la carta con instrucciones para el asesino. Mencionaba el nombre de Octavio.

Recordé el talento de Apicio con el estilo. Sus trazos eran tan floridos y

dramáticos como él, y todos cuantos hubiesen visto su escritura, incluso una única vez, la reconocerían. Hasta sin su sello.

—¿Por qué no falseó su escritura?

Sotas se encogió de hombros.

—Creo que pensó que Seiano era una persona sin importancia. Además, en aquel entonces *dominus* no era un personaje público.

Meneé la cabeza con incredulidad. La historia parecía demasiado inverosímil para ser cierta e intenté no pensar en lo que podía pasar si lo descubrían. Lo que me ocurriría a mí, a todos los esclavos, si lo descubrían.

No sabía cómo asimilar esa nueva información. Ensimismado y sin prestar atención hacia dónde caminaba, choqué contra una mesa y volqué un florero lleno de rosas blancas. Sotas me sostuvo cuando resbalé en el charco de agua que cubrió las baldosas.

—Gracias, Sotas. Espero que yo sea el único al que debas sostener esta noche.

—Yo también lo espero —dijo él en tono sombrío.

Yo atravesaba el atrio cuando llegó Fannia Drusilla. Un esclavo la hizo pasar y un rápido vistazo al reloj de agua indicó que llegaba temprano.

—No puedo decirte cuán dichoso me siento de tenerte esta noche a mi lado. —Apicio cogió las manos de su mentora—. Necesito la guía de tu consejo y tu buena suerte.

Fannia había adelgazado y parecía diez años más joven.

—¡Sí, muy buena suerte! De hecho, traigo un poco conmigo esta noche. Ahora dime: ¿has consultado al arúspice?

—Sí. Mi primera ofrenda fue poco digna, el hígado estaba cubierto de manchas. La siguiente fue perfecta, pero él me advirtió que debía cuidarme de la conspiración. He de admitir que estoy preocupado.

—Descuida. —Ella le palmeó el brazo—. Antes de venir consulté a un astrólogo. Dijo que nada malo ocurrirá esta noche, pero también que algo que ocurriría esta noche tendría consecuencias trascendentales para el futuro. Tal vez alguien te recomiende al César, ¿no?

—Ya veremos. ¿Y tú, Fannia? Podría referirse a ti.

—Hice que un sacerdote pintara un ojo del diablo en mi vientre antes de venir aquí. ¡No quiero que mi prima haga acto de presencia esta noche! Como sea, la buena noticia es que Livia empieza a aburrirse de atormentarme. Las pintadas se han reducido.

Después de que Octavio y Livia dijeran que querían comprarme, Fannia había empezado a ver pintadas en su vecindario que ponían que el mismísimo Plutón la había maldecido. Durante los dos últimos años no transcurrían más

de quince días antes de que aparecieran nuevas pintadas. Cuando veía las recién garabateadas, Fannia siempre enviaba a un esclavo para que las eliminara, pero el daño emocional ya estaba hecho. Le hacía ofrendas diarias a Hera pidiendo protección, tanto para ella como para Apicio. «¡Ahora estás en Roma!», solía decir, y le informaba que hacía las ofrendas para mantenerlo invulnerable ante las violentas políticas del Foro y de palacio. Consideré que para protegerlo sería necesario algo más que un tatuaje pintado y unas ofrendas.

Una de mis servidoras llegó portando copas de hidromiel de granadas. Era rubia, y llevaba una prenda larga y diáfana que no ocultaba nada; incluso yo tuve que desviar la mirada de sus oscuros pezones y el suave triángulo de su ingle. Provocaría un alboroto con esa vestimenta, que era precisamente lo que Apicio deseaba cuando me dijo que encontrara doce esclavas que serían obsequiadas a algunos huéspedes afortunados. La tarea de encontrar tales mujeres me disgustaba, pero me consolé pensando que podía proteger a Passia. Y por eso sugerí que fueran exóticas, porque no quería que pensarán en Passia. Aunque era muy llamativa, Passia era de origen griego y sus rasgos resultaban bastante normales. En cambio, las esclavas destinadas a ser obsequiadas procedían de las regiones más remotas del imperio, de Germania, Capadocia, Galicia, Britania y otras provincias.

—Una muchacha muy bella. ¡Estoy a punto de pedirte sus cabellos! Otra peluca me vendría bien... —Fannia cogió una copa y asintió con gesto aprobatorio—. Bien, mi astrólogo se llama Glycon y creo que sus palabras debieran servirte de consuelo.

Apicio la cogió del brazo y la acompañó al comedor. No me había despedido, así que lo seguí, junto con Sotas.

—¿Qué más te predijo? —preguntó en tono ansioso.

—El mes pasado me dijo que mi maldito esposo regresaría de Alejandría



antes de tiempo. Le hice caso y fui a Herculano a visitar a mi hermana. Y en efecto, regresó y así pude evitar encontrarme con él.

Alcanzaron el peristilo y se tendieron en los suntuosos cojines de los divanes. Sabía que me aguardaban numerosas tareas, pero permanecí en las sombras; quería escuchar el resto de la conversación. Podía ver a mi amo y su amiga a través de la cortina que cubría la puerta, pues no estaba completamente corrida. Sotas les dijo a los demás esclavos que se marcharan y al verme entre las sombras me lanzó una sonrisa burlona.

El peristilo estaba iluminado mediante lámparas colgadas de varas a lo largo de las paredes y lámparas pequeñas apoyadas en la elevada plataforma en el centro de la fuente. Apicio no había reparado en gastos. Habían utilizado el más costoso púrpura de Tyria para teñir las telas que cubrían los divanes y cientos de diminutos rubíes tachonaban los bordes. Supuse que antes de que la velada tocara a su fin, muchos habrían sido embolsados. En la habitación anexa aguardaban bailarinas vestidas de ninfas, dispuestas a flotar entre la multitud, girando, haciendo piruetas e inclinándose al son de las melodías de los flautistas.

—También me dijo que tendría un amante. —Fannia le guiñó un ojo a Apicio y su rostro se iluminó como el de una jovencita.

—¿De verdad? ¿Y lo tienes?

—¡Sí! Es absolutamente escandaloso, desde luego, así que has de ser discreto. Es fuerte, moreno, con un cuerpo que... —Hizo una pausa y se relamió—. Glycon también me dijo el día preciso en que conocería a mi nuevo amante, y, en efecto, conocí a Floro en una fiesta playera en Cumas. Hablo en serio; debieras pensar en contratar a Glycon.

Apicio dejó su copa vacía en una mesilla de tres patas junto a su diván.

—Lo pensaré. Disponer de un consejero extra sería bueno.

El rostro de Fannia se ensombreció.

—Te refieres a ahora que estás en Roma, rodeado de enemigos.

—Sí, esa es una parte de mis preocupaciones. Y también Popilla —reconoció él.

—Aquí no puede tocarte; incluso si fuese un fantasma que quisiera perseguirte, estás a ciento cincuenta millas de donde podría encontrarse su espíritu.

Apicio observó las baldosas del suelo.

—Supongo que no, pero también existen otros motivos.

—Sejano estará aquí esta noche, ¿verdad? —preguntó Fannia.

Una mueca desdeñosa curvó los labios de Apicio. Que le hubiera contado su relación con Sejano me sorprendió, pero, por otra parte, ella siempre había sido su confidente más íntima. Me pregunté si estaba al tanto del accidente que había acabado con la vida del amigo de Tiberio.

—Sí, que el abismo de Tártaro lo devore y también a Octavio. No sé por qué lo he invitado. —Apicio extrajo el amuleto que había hecho bendecir en el templo de Júpiter de entre los pliegues de su toga y lo elevó al cielo—. ¡Que esta noche Júpiter y Vesta me protejan en mi propia casa!

Fannia alzó su copa con gesto solidario.

—Sejano no hará nada —le aseguró—. No quiere que nadie sepa que se acostaba contigo. No te preocupes. Él solo disfruta poniéndote incómodo, no le des esa satisfacción.

—Tengo mucho más que perder que eso. No solo me acosté con el primo de mi esposa, un maldito équite, sino que además cometí adulterio, lo cual ya es bastante punible si el emperador decidiera imponer la ley...

—Eso es improbable —lo interrumpió Fannia.

—Pero esas cartas... —continuó mi amo, bajando la voz—. Fui un estúpido al incluir mi sello en las notas que le envié. ¡Sejano podría optar por dárselas a Octavio en cualquier momento! Y aún peor: ¡podría hacerlo en mi

presencia! O todavía peor: podría mostrárselas a Tiberio y mi vida se acabaría sin un juicio, pues el César podría condenarme a muerte. —Su voz se convirtió en un siseo casi inaudible—. ¡Maté a su mejor amigo!

—Puede que las cosas no lleguen hasta ese extremo —dijo Fannia y le palmeó la mano.

—¿Estás loca? Tiberio no me perdonaría. ¡Ay, dioses, ojalá supiera qué quiere Sejano! Es evidente que está esperando el momento oportuno, pero ¿para hacer qué? ¡Te lo suplico, Plutón, llévatelo ahora!

Apicio le dio un puñetazo al respaldo del diván y varios rubíes se desprendieron; cuando retiró la mano, estaba manchada de sangre. Le tendí un paño que guardaba en mi cinto a Sotas, que se apresuró a alcanzárselo para detener la hemorragia. Apicio cogió el paño y le indicó que se alejara.

El airado arrebató no perturbó a Fannia.

—No dudo que en algún momento intentará extorsionarte. Sé que tienes razón: está esperando hasta decidir qué quiere a cambio.

—Ojalá pudiera recuperar esas condenadas cartas —gruñó Apicio, presionándose la mano con el paño y frunciendo el entrecejo.

—¿Has tenido algún encontronazo con Livia? —preguntó Fannia, cambiando de tema.

—No, en absoluto. Pero la semana pasada cené con el consejero gastronómico del César, que me dijo que ella ha estado viajando con César Augusto. Era la primera vez que lo veía desde aquella noche en tu casa.

—Ah, Corvino. —Fannia golpeó el borde de la copa con el dedo—. ¿Qué más dijo?

—Le pregunté si Livia estaba enfadada conmigo porque me negué a venderle Tracio a Octavio. Dijo que cree que no, que le parece que ella ha olvidado ese asunto.

—No te fíes de ella. Alberga rencores durante años y después ataca como

una cobra. Siempre debes ser receloso. Pero Octavio... es aún más peligroso: a diferencia de Livia, está más desesperado. ¿Por qué lo invitaste?

—Quiero saber qué trama, y además está Sotas; él me protegerá.

Apicio se volvió hacia nosotros y aparté la cabeza de la cortina, confiando en que no me hubiera visto.

—Es verdad, uno no querría toparse con Sotas en un oscuro callejón. Tu padre hizo bien al comprarlo.

Miré a Sotas; Fannia no se equivocaba: el egipcio era lo bastante grande y forzado como para cogermé y arrojarme al otro lado de la habitación.

Apicio calló y después retomó el tema de su madre.

—¿De verdad crees que Popilla es incapaz de seguirme hasta aquí?

Fue una de las escasas veces que oí auténtico pavor en la voz de mi amo.

—Es absolutamente imposible. Además, este año llevaste a cabo los ritos de Lemuria, ¿no?

Sí, los había celebrado. Aún recordaba verlo deambulando por el *domus* de Bayas a medianoche, el pasado mayo, hablando en voz baja y sombría y arrojando alubias negras en cada rincón a medida que entonaba «Con estas alubias me redimo a mí mismo y a los míos». Recorrió todo el *domus* nueve veces y, cuando acabó, todos los esclavos montamos una tremenda cacofonía haciendo entrechocar ollas de bronce y cantando una y otra vez: «¡Marchaos, fantasmas de mis padres y ancestros!» Lo cantamos nueve veces. Si ese estruendo no lograba ahuyentar el fantasma de Popilla, no sé qué otra cosa lo hubiera logrado, pero Apicio no parecía convencido.

La esclava del vestido de gasa entró por la puerta del otro lado del peristilo, esta vez acompañaba a una pareja. Fannia le palmeó el hombro a Apicio y le dijo que no se preocupara por Popilla; él asintió y salió a recibir a sus invitados. Eran Trio y Celera, su esposa. La fiesta había comenzado. Me apresuré a regresar a la cocina, regañándome por haberme dejado envolver en

una intriga tan ridícula; era aún peor que Balsamea, espiando conversaciones ajenas.

En la cocina, Rúan me presentó un gran cuadrado de cera enmarcado y un estilo de madera. La tablilla había sido idea mía, pues descubrir el modo de explicar los platos era importante dada la manera inusual de presentar la comida durante la *commissatio*. Apicio había dispuesto divanes para aquellos que preferían una presentación más formal, pero los invitados también podían socializar y aceptar los bocados ofrecidos por los esclavos en bandejas de plata. La tablilla de cera, que describiría el menú, sería dispuesta en una mesa en la entrada del peristilo.

Escribí los nombres de los platos en la tablilla. Bulbos fritos de jacinto, ubre de cerda, salchicha de Lucania, ratones de huevo duro, hígados fritos de liebre, col en aceite, zanahorias fritas, caracoles alimentados con leche, rodajas de pan con ricota de miel, manzanas, mejillones y trufas con pimienta.

—¿Estás seguro de esto? —me preguntó Rúan—. ¿Qué pensarán los invitados?

En realidad era un experimento, pero lo consideraba bueno.

—Creo que tal vez los invitados aprecien el hecho de poder escoger.

—Ya, pero mostrar a la gente lo que serviremos me parece raro.

Estaba a punto de contestarle cuando Tycho, que se había convertido en uno de mis servidores más apreciados, dijo:

—¿Crees que *dominus* estará complacido?

Aguardaba junto con otros niños servidores de edades entre ocho y doce años. Llevaban túnicas plateadas y pequeñas alitas fijadas a la espalda. En sus cabellos brillaban motas plateadas, un truco que se le había ocurrido a Passia:

no pregunté cómo logró el efecto. Los mejores colores de Egipto enrojecían los labios de los niños, adquiridos esa mañana del vendedor ambulante que proveía de cosméticos a Aelia.

—Sí, *dominus* estará muy complacido.

Eran encantadores y estaba seguro de que, antes de que la velada llegara a su fin, cada uno de ellos habría sido tomado en préstamo. Procuré no pensar en ese aspecto de sus deberes, deposité un beso en la cabeza de todos ellos y les dije que fueran a hacer sus ofrendas nocturnas a Vesta antes del inicio de la fiesta.

Poco después, cuando los niños servidores regresaron de sus oraciones, yo ayudaba a Balsamea a disponer los últimos ratones de huevo duro y pegarles los ojos de clavo de olor, las colas de cebolleta y las orejas de almendras. Rúan vino para informarme que habían llegado más invitados.

—Les escancié hidromiel, pero *dominus* dijo que sirviéramos la comida —añadió.

—Los platos están preparados y los niños también.

Le indiqué a Tycho que se acercara con el grupo y comenzara a reunir las bandejas.

Passia entró en la cocina y pasó junto a Rúan arrastrando a Apicata. La niña sostenía su nuevo cachorro, un perro de caza flaco y gris de raza pequeña que mantenía la cola entre las patas como si acabaran de azotarlo.

—Tal vez tú logres que recupere el sentido común —dijo Passia, frunciendo el ceño con exasperación.

Quise abrazarla y disipar su inquietud. Últimamente, nuestra pequeña ama había empezado a reclamar su independencia más a menudo, frustrando a Passia. La conducta de Apicata era angelical en presencia de Aelia, pero en cuanto volvía a quedar al cuidado de Passia se convertía en una pequeña hidra: nunca sabías con qué cabeza te encontrarías al tratar con ella.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté, y me puse de rodillas para quedar a su altura.

—¡Quiero mostrarles a *Perseo* a los amigos de padre!

—No creo que una fiesta sea el mejor lugar para *Perseo*. Puede que todas esas personas lo asusten.

—No se asustó el otro día, cuando fuimos al mercado.

Reprimí un suspiro e intenté otro argumento.

—¿Le has pedido permiso a tu madre o tu padre?

Ella empujó con el pie un trozo de zanahoria caído en las baldosas.

—No puedo. Ya están con sus amigos. ¡Por eso quiero ir a mostrárselo!

Deslicé uno de sus rizos detrás de su oreja y ella me miró esperanzada.

—¿Y si hacemos lo siguiente?: iremos al peristilo, Passia te acompañará hasta tus padres y yo me quedaré junto a la puerta con *Perseo*. Pregúntale a tu padre qué opina y, si permite que tu perro juguete con las visitas, dile que me haga una señal. Si no lo permite, tú me harás una señal y llevaré a *Perseo* a tu habitación.

La sugerencia no pareció agradaarle, pero asintió con la cabeza. Al mirar por encima de su hombro, vi que apretaba los puños con el pulgar asomado entre los dedos, la señal de la figa, y me esforcé por no sonreír: muchos niños pequeños la usaban como señal de la buena suerte, ignorando que el gesto tenía implicaciones sexuales. Le apoyé una mano en el hombro, contento de haber alcanzado un acuerdo, y ambos nos dirigimos al peristilo mientras yo sostenía al inquieto cachorro en brazos.

Cuando alcanzamos las puertas abiertas de par en par, vi que habían llegado numerosos invitados, muchos más de los que esperábamos tan temprano. Las mujeres, envueltas en sus estolas de seda, formaban un vistoso contraste con los hombres y sus togas blancas. Todos charlaban y probaban la comida servida en las bandejas por los esclavos vestidos de efebos.

Esperé en el umbral mientras Passia acompañaba a Apicata hasta el diván ocupado por sus padres. Passia me impedía verlos, así que estuve atento a quién me daría la señal acordada. Pasaron varios minutos mientras la conversación giraba en torno a Apicata. Agucé el oído, pero el rumor de la fuente ocultaba lo que decían.

De repente, la multitud se apartó, Passia se desplazó hacia un lado y vi que Apicata tendía los brazos, esperando que yo soltara a *Perseo*. Apicio me hizo la señal convenida y, cuando dejé el perro en el suelo, reparé en que la niña estaba de pie ante un hombre de veintitantos años que le apoyaba las manos en los hombros y le dirigía una sonrisa cómplice.

Creí que el corazón dejaría de latirme.

El hombre era el mismo que habíamos visto en el mercado aquella mañana en Bayas hacía cinco meses. Entonces comprendí y todas las piezas se unieron: aquel hombre era Sejano.

Él me vio y me reconoció. Me saludó agitando dos dedos y le sonrió a Apicata, que acariciaba las orejas de su cachorro.

Cuando volví a la cocina, apenas lograba concentrarme. Dejé a Rúan a cargo del siguiente plato y fui en busca de Sotas entre las sombras del peristilo.

Estaba sentado en un banco azulejado, observando a los invitados. Era una noche húmeda y le llevé una copa de vino en la que había introducido un poco de nieve a hurtadillas, un lujo del que los esclavos no solían disfrutar, pero nadie lo notaría pues el calor infrecuente de esa noche de octubre ya la había derretido.

Tomé asiento a su lado en el banco. Sotas estaba observando a Sejano, que hablaba con Apicio, Fannia y Aelia; a sus pies, Apicata jugaba con *Perseo*.



Sejano tenía un aspecto más carismático que aquel día en Bayas, cuando estaba borracho: sus rasgos más cincelados, sus ojos de un azul más intenso y su sonrisa todavía más taimada que la que recordaba.

—Cabrón —masculló Sotas—. Él me recuerda. Obsérvalo y dime qué opinas: incluso si aquel día no hubiera acontecido, hay algo raro en él, algo solapado y malvado.

—Es el hombre que quería abordar a Apicata en el mercado de Bayas.

Sotas me miró fijamente.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que estás sentado a mi lado —respondí, hirviendo de ira—. Dijo que Apicio le debía un favor. Traté de advertir a *dominus*, pero no quiso escucharme. Dime, Sotas, si Sejano tiene pruebas contra Apicio, ¿por qué *dominus* no ha intentado matarlo?

—No debes hablar de esas cosas —repuso Sotas, arqueando una ceja.

—¿Por qué no?

—Apicio detesta a Sejano, pero este está a punto de convertirse en un pretoriano, los mejores guardias del César. Si alguien intentara o lograra matarlo, la investigación acerca del atentado sería implacable y las consecuencias dolorosas y mortíferas... para todos cuantos rodean a Apicio.

Volvió a dirigir la mirada a la fiesta y yo también, pasmado ante la red que las parcas tejen entorno a nosotros; era realmente enmarañada.

Por fin los flautistas se alejaron y pude oír la conversación.

—¡Tu hija es exquisita! —le decía Sejano a Aelia. Aferré el borde del banco y me mordí la lengua—. Es una prueba viviente de la apostura que parece albergar el *gens* Elio.

—Me halagas, primo —dijo Aelia, sonriendo.

Sejano había establecido el tono de la velada, claramente dirigido contra el clan de los Gavo.

—Lamento compartir el nombre a través de la adopción, no de la sangre, pues de lo contrario, ¡quién sabe cuán atractivo podría haber sido!

La chanza provocó la risa de los presentes, pero me pareció que su auténtica intención era indicar que, al menos en cierto momento, Apicio lo había considerado atractivo. Sejano lo miró directamente, sonriendo.

Apicio no se inmutó y le indicó a un niño con una bandeja que se acercara.

—¿Has probado los hígados fritos, Sejano?

Apicata pegó un brinco y le sonrió a su padre.

—¿Puedo coger uno? ¿Puedo?

Él sonrió; Apicata siempre le derretía el corazón.

—Solo uno y no lo compartas con *Perseo*.

El niño bajó la bandeja para que ella pudiera coger un hígado, pero no lo bastante como para que el cachorro pudiera imitarla. La niña cogió el bocado y se lo llevó a la boca. Yo sabía lo que saboreaba, una sublime mezcla de texturas, el crujiente exterior empanado y la untuosa carne del propio hígado. La combinación resultaba sorprendente. En cuanto preparé la receta, se convirtió en uno de los platos predilectos de la familia.

Apicata se volvió hacia Sejano, pero no pareció reconocerlo de aquel encuentro en el mercado.

—¡Debes probarlos! ¡Son mis favoritos!

—¡Si tú lo dices, debo probarlos! —Sejano tendió la mano hacia la bandeja, tomó un bocado de hígado y la sorpresa asomó a su mirada; después cogió uno más—. ¿Dónde diablos encontraste a tu cocinero?

—En Bayas. —Aelia también cogió un bocado—. La cocina de Tracio siempre es excepcional. ¡Espera a probar los bulbos de jacinto!

—Los bulbos de jacinto son uno de mis platos predilectos. —Al hablar, Sejano acariciaba los cabellos de Apicata con gesto afectuoso.

Lo miré fijamente, preguntándome qué se traía entre manos. Un tic afectó

mi ojo derecho.

Apicio le indicó a Passia que se acercara y se llevara a la niña y el cachorro. Apicata se marchó de mala gana después de que Sejano depositara un beso en su frente y le prometiera que volvería a visitarla pronto.

—Se rumorea que tu padre será nombrado cónsul —le dijo este a su prima.

—Sí, yo también lo he oído —terció Octavio; sostenía una servilleta con salchichas, tenía la boca llena y las comisuras de los labios grasientas—. Trabajó duro para convertirse en un buen senador y es maravilloso que lo hayan recompensado.

—¿Lo has visto a menudo desde que llegaste a Roma? —preguntó Sejano. Al parecer, ya conocía a Octavio.

—La semana pasada cenó con Séneca el Retórico y su esposa —respondió Apicio.

—¿Alguien te ha hablado de Corvino? —preguntó Octavio, agitando una salchicha ante la cara de Apicio.

—¿Corvino se encuentra bien? —se interesó Aelia antes de que su esposo contestara.

—Perfectamente. De hecho, ha decidido que es hora de retirarse.

Me pregunté por qué Fannia no se lo había mencionado a Apicio cuando le habló de Corvino. Noté que Apicio se interesaba y supe que estaba pensando si alguno de sus clientes podría recomendarlo ante Corvino, pero la chispa de esperanza de su mirada se apagó al oír las siguientes palabras de Octavio:

—Él se irá a su granja de Tusculum y yo me encargaré de sus tareas para Augusto. Ahora que he regresado tras gobernar Egipto, el César quería asegurarse de mantenerme ocupado —añadió antes de llevarse otra salchicha a la boca.

—Excelente noticia —logró decir Apicio.

Pero no lo era. Que Octavio obtuviera el ansiado puesto de consejero era la

peor noticia. Supuse que el único deseo de Apicio era arrojarse al Tíber.

—Enhorabuena —dijo Sejano, pero arqueó una ceja y le lanzó una mirada elocuente a Apicio, que se limitó a seguir sonriéndole a Octavio.

—Gracias —dijo este, una vez dicho lo que quería decir—. Por cierto, Apicio, he oído hablar de ese desgraciado asunto con tu madre.

Apicio se quedó helado.

—¡Te engendró una verdadera diablesa! —añadió Octavio; el insulto era evidente—. Estoy seguro de que te asistió razón al ejercer tu derecho como paterfamilias con esa mujer —comentó, relamiéndose.

—¡Te estás pasando! —le reprochó Aelia.

Su audacia me sorprendió: que se atreviera a regañar a uno de los invitados de su esposo me pareció increíble.

—Aelia... —Apicio le lanzó una mirada furibunda.

Desanimada, ella reculó.

—Vaya, vaya, Octavio, no debieras inmiscuirte en los asuntos de los demás, ¿no te parece? —intervino Sejano en tono cordial.

Octavio no respondió, pero inclinó la cabeza con deferencia antes de alejarse para reunirse con un grupo de senadores.

—Debe de ser agradable volver a estar junto a la familia —prosiguió Sejano, cambiando de tema—. Por mi parte, me alegro de estar aquí. ¡Justo cuando Roma se estaba volviendo un poco aburrida, mi querida prima y su esposo celebran una fiesta!

Aelia sonrió pero Apicio se limitó a indicarle a un criado que les escanciara más vino. Alzó la copa, brindó y la vació de un trago, como si esperara que el vino lo arrastrara todo.

A pesar de ese momento amargo, el resto de la fiesta discurría con normalidad. Mis efebos y ninfas se abrían paso a través de la multitud portando bandejas de comida y vino aguado por Trio, a quien Apicio había

pedido que fuera el Rey del Festín. El punto culminante era Ovidio, un hombre de aspecto llamativo, de cabello rubio castaño y rostro juvenil pese a haber alcanzado la mediana edad. No era ningún milagro que todas las mujeres de Roma se rindieran a sus pies.

Ovidio carraspeó y el silencio reinó en el jardín.

—He oído que mi anfitrión tiene una joven hija que posee un perro llamado *Perseo*.

Aelia soltó un gritito excitado.

—Estoy trabajando en un poema que versa sobre las historias más importantes de los dioses. Aún no he avanzado mucho, pero puedo contarles una anécdota sobre el gran Perseo, cuyo nombre lleva la mascota de Apicata. Aconteció justo después de su triunfo sobre Medusa, la monstruosa Gorgona. Perseo solicitó una noche de descanso a Atlas, pero este, receloso de una antigua profecía según la cual el hijo de Júpiter lo derrocaría, se negó.

Ovidio bebió un sorbo de vino antes de empezar a recitar. Su voz se elevó por encima de los grupos de invitados diseminados por el jardín.

*Pero Atlas, teniendo presente un oráculo  
de Temis, del Parnaso,  
recordaba estas palabras: «Ay Atlas, marca el día  
que un hijo de Júpiter acudirá para estropearlo;  
pues cuando hayan arrancado los dorados frutos de tu árbol,  
suya será la gloria.»  
Temeroso de ello,  
Atlas había levantado sólidos muros entorno  
a su huerto, y sujetado un dragón inmenso,  
siempre en guardia, y que de allí expulsaba  
a todos los extraños de sus tierras. Y por tanto dijo:  
«¡Vete! Toda la gloria de tus actos solo es  
pretensión; incluso Júpiter no satisfará tu súplica.»*

—Y así, Perseo se vio obligado a luchar contra el gran Atlas. Al darse cuenta de que no podía vencer, le mostró la cabeza de Gorgona y convirtió a Atlas en piedra, cumpliendo con la profecía.

Entonces recordé el vaticinio recibido por Apicio el día que me compró. Por algún motivo, parecía una marca para mi amo, una suerte de profecía, y me pregunté si, como Atlas, se convertiría en una profecía que, por su propia naturaleza, contribuiría a cumplirse. «En última instancia, serás juzgado en el inframundo por el modo en que nuestro mundo y el mundo futuro te perciben.» A menudo había oído a Apicio repitiendo esa última línea. En los años transcurridos desde la predicción había dado forma a su vida en relación con esas palabras. Estaba obsesionado con la idea de crear una vida que lo volviera memorable para todos.

Dirigí la vista a través del jardín, hacia el sitio donde Sotas permanecía de pie entre las sombras. Puede que Sotas lograra proteger a Apicio de los peligros externos, pero dudaba que alguien pudiera protegerlo de sí mismo.

## CUARTA PARTE

4 d.C. a 5 d.C.

### *PATINA DE PERAS*

Deshuesa y hierva las peras, machácalas con pimienta, comino, miel, vino de pasas de uva, garo y un poco de aceite. Añade huevos para elaborar una *patina*, espolvorea con pimienta y sirve.

Libro 4. 2. 35, «Platos compuestos»  
*Acerca de la cocina*, APICIO

Una vez instalado en Roma, Apicio dedicó más atención al aspecto público, ampliando y rediseñando su villa, e incluyendo una ampliación muy costosa de la bodega donde se almacenaba la nieve. Me dio dinero para comprar más esclavos para las cocinas, tanto la de Roma como la de Minturno, con el fin de agasajar a los invitados cada vez más numerosos que asistían a sus fiestas y banquetes. Los personajes más importantes de Roma mentaban su nombre. Ese verano fue anfitrión de muchos patricios influyentes, entre ellos los gobernadores de Egipto y Cartago; ambos se encontraban en Roma para asistir a la ceremonia en honor al nombramiento de Tiberio, el hijo de Livia, como heredero del César.

Cuando disponía de tiempo, seguía trabajando en mi libro de cocina; la tarea era más difícil de lo previsto y a veces tardaba semanas en perfeccionar una receta. Solo entonces la inscribía en la página. Afortunadamente, Apicio estaba muy entusiasmado con la idea del libro.

—Solo las mejores, Tracio, solo las mejores —me dijo una tarde, casi un año después de la primera vez que le mostré todas las recetas y me palmeó la espalda mientras abría un cajón de vino recién llegado de Grecia—. Este libro convertirá a muchos nuevos cocineros en semidioses de las cocinas de sus amos, pero ninguno de ellos será realmente capaz de crear lo que estoy creando yo, Tracio. Nadie más poseerá este vino ni los mismos piñones de Cerdeña. ¡Ni las mismas nueces verdes recogidas a la luz de la luna durante la festividad de Fortuna! Sus vinos serán peleones; sus piñones, recogidos de los árboles de su patio trasero; sus nueces, verdes, oscuras y caídas del árbol.



¡Creerán que están saboreando un poco del Elíseo, pero solo los comensales de mi mesa conocerán la auténtica ambrosía!

Cuando le oía decir esas cosas tenía que morderme la lengua, pues hablaba como si las recetas fuesen obra suya, no mía.

—Tú le perteneces —me dijo Passia en tono prosaico una tarde, cuando yo despotricaba contra mi amo porque reivindicaba como suyas las recetas que yo había elaborado tan minuciosamente—. Y por tanto, las recetas son suyas —añadió, acariciándome el pelo para apaciguarme—. Hasta que obtengas tu libertad, todo lo que haces le pertenece. Tú posees algo por lo que muchos venderían su alma a Plutón. Coge la felicidad donde puedas y no lloriquees como un niño por aquello que no puedes cambiar.

Tenía razón. Apicio me trataba bien y me concedía una gran libertad para hacer lo que más me gustaba: cocinar. Pocos esclavos gozaban de semejantes oportunidades.

Empezamos a viajar cada dos o tres semanas en busca de los mejores ingredientes para las recetas. Al principio, los viajes suponían una aventura; echaba mucho de menos a Passia, pero también me complacía que mi amo sintiera tanto entusiasmo por las recetas que yo ideaba. Fuimos a Egipto, donde dimos con una receta para preparar calabazas; en Sicilia, una antigua receta de salsa de olivas; en Bizancio, atún en salazón, y en Siria compramos grandes ánforas llenas de los dátiles más jugosos que jamás había probado.

Sin embargo, aunque reconozco que disfrutaba de tener acceso a semejantes lujos para mi cocina, me preocupaba la obsesión de *dominus*, sobre todo porque rara vez resultaba positiva para quienes lo rodeaban. Apicio dedicaba grandes cantidades de tiempo y dinero en conseguir productos lujosos que no resultaban ser lo que él esperaba, tal como sucedió cuando viajamos a la costa septentrional de África.

Ahora estábamos en Minturno, pasando unas semanas cerca de la costa,

cuando me informaron del viaje. Era la hora de la *salutatio* y Apicio solo había visto unos pocos clientes. El carro de Apolo ni siquiera estaba en el cénit, pero el calor ya era insoportable y yo aguardaba impaciente el momento de refrescarme en la bodega de la nieve.

A medida que transcurría la mañana Apicio se impacientó cada vez más con sus clientes. Después de unos minutos, se inclinó y me susurró al oído:

—No tengo tiempo para esto. Veré a uno más y luego despediré a los otros.

Tragué las semillas de anís que masticaba para refrescarme el aliento. ¿Por qué estaba tan ansioso por poner fin a la *salutatio*? ¿Acaso pensaba adelantar su regreso a Roma? La familia había llegado a Minturno hacía unos días y, aparte de poder celebrar la Neptunalia en nuestro antiguo hogar, uno de los motivos de nuestro viaje era para ejercer influencia en los votos de sus clientes. El gobernador de la provincia no estaba convencido de que fuera necesario mejorar una carretera hasta Minturno y, de resultas, se celebraría una votación regional. Apicio había pasado toda la mañana tratando de convencer a sus clientes de que la carretera traería más comercio a la ciudad; era verdad, pero el motivo de Apicio era otro: quería que el César comprara sus tierras pantanosas en desuso para transformarlas en una carretera elevada que condujera más directamente a Minturno. Semejante acuerdo resultaría muy lucrativo.

Carraspeé y leí el siguiente nombre de la lista.

—Numerio Prisco Mato recibirá la última audiencia del día —informé a los hombres reunidos en el atrio—. Los demás podéis serviros tartas de miel y manzanas antes de partir.

Mato, el cliente nombrado, era un pálido liberto de postura encorvada, al igual que numerosos ex esclavos que antaño trabajaban en las salinas más allá de Ostia, cargando pesados trozos de sal día tras día. Apicio no sentía

aprecio por el hombre, que hacía unos años se había emborrachado en una de sus cenas y había roto una valiosa ánfora de vino. Aunque le llevó más de un año, Mato, sin que nadie se lo pidiera, había pagado el coste del vino, pero daba igual: la opinión de Apicio se había agriado de manera permanente, los borrachos le disgustaban.

El hombre me daba pena, había cometido un error y trabajado duro para enmendarlo, y me desagradaba que su esfuerzo pasara desapercibido para mi amo.

—Prisco Mato, ¿qué favor pides esta mañana?

Mato no alzó la vista.

—Se trata de mi hijo, el pequeño Mato. Está muy enfermo y temo por su vida.

—Lo siento. Deberías haberle hecho una ofrenda a Esculapio —repuso Apicio, levantando una mano para indicarle a Mato que se retirara.

—Por eso recurro a ti, Apicio. Me gustaría llevarlo al *asclepeion* de Roma, pero necesito dinero para el viaje y la ofrenda. ¿Nos ayudarías, por favor? Haré todo lo que me pidas, votaré por lo que tú me digas, te daré lo que esté en mi mano.

Apicio rozó la copa enjovada que contenía su vino matutino con gesto casual.

Mato se puso de rodillas y un rayo de sol que penetraba a través del hueco del atrio le iluminó la cara. Bizqueó y las lágrimas se derramaron de sus ojos.

—Ponte de pie —ordenó Apicio en tono brusco. Le desagradaba la exhibición de emociones femeninas.

Mato se esforzó por ponerse en pie. Sotas se acercó para ayudarlo, pero se detuvo cuando Apicio chascó los dedos. Tras unos instantes, Mato se levantó con movimientos vacilantes, la desesperación brillaba en su mirada.

Apicio señaló a su cliente con un dedo.

—Si te doy el dinero para el viaje y para comprar una caja de serpientes para la ofrenda del templo, deberás darme a tu hijo como esclavo cuando se haya curado.

Intercambié una mirada preocupada con Sotas: esa era una crueldad sin precedentes por parte de nuestro amo. Pagar por semejante viaje y por las serpientes supondría una suma casi insignificante, unos pocos denarios. Exigir la vida del hijo a cambio no era justo ni mucho menos. Ese aspecto oscuro de mi *dominus* me desagradaba y aún peor, pues ocurrió sin causa alguna. No comprendía qué impulsaba a Apicio a ser tan implacable.

Mato se quedó boquiabierto.

—No sabes lo que me estás pidiendo, Apicio —dijo en voz baja.

Mi amo se puso en pie. Su silla estaba sobre una tarima elevada y la altura añadida, aunque escasa, hacía que Apicio pareciera mucho más alto que su cliente.

—Sé lo que pido, Prisco Mato. Pido la vida de tu hijo a cambio del dinero que te daré para salvarla.

Mato se sonrojó visiblemente y tembló, pero habló en tono firme.

—He sufrido a manos de hombres como tú, Apicio. Durante treinta cinco años trabajé duro y sangré por los actos de otros. Logré ahorrar mi escaso peculio para comprar mi libertad y la de mis hijos. Para él, la muerte sería mejor que la esclavitud.

—Muy bien, puede que la muerte sea lo que reciba. —Le hizo un gesto a Sotas y añadió—: Llévatelo.

Sotas lo condujo hasta la puerta con suavidad; el corazón se me encogía con cada paso que daba el hombre.

Apicio chascó los dedos.

—Ven, Tracio, acompáñame a la biblioteca.

Lo seguí; la crueldad de mi amo me inquietaba profundamente.

—*Dominus*... —empecé cuando abandonamos el atrio.

Él me interrumpió sin detenerse.

—No quiero oírlo, Tracio. Si dices una sola palabra sobre ese borracho, ya no podrás ver a Passia —dijo, al tiempo que oía mi respiración agitada—. No creas que no he notado cuánto significa para ti esa muchacha. Tenerlo presente sería de sabios.

Si en ese momento hubiese dispuesto de un cuchillo habría cometido una locura, tanta ira sentí. Miré a Sotas y él me lanzó una mirada de advertencia, una mirada que indicaba que mantuviera la boca cerrada y no discutiera con Apicio. Últimamente, el hombretón me lanzaba semejantes miradas con frecuencia creciente, los estados de ánimos de mi *dominus* se volvían cada vez más imprevisibles y exagerados y nadie sabía por qué.

Cuando alcanzamos la biblioteca, Apicio fue hasta la ventana que daba al mar. El sol matutino lo hacía brillar, como si estuviera cubierto de motas de oro.

—¡Un día ideal para navegar! —exclamó en tono alegre y sin denotar la menor irritación.

Me quedé estupefacto.

—¿Piensas zarpar? —pregunté, intentando disimular mi enfado e incredulidad—. ¿Adónde nos dirigimos?

—¡A Libia! ¿Recuerdas al gobernador cartaginés que la semana pasada alardeaba del tamaño de los langostinos? Dijo que eran aún mejores que los de Minturno, más grandes y más dulces. Pues he decidido averiguarlo. Esta mañana contrataré un barco. —Sonrió, sin duda pensando en las innumerables cestas de crustáceos que acompañarían nuestro regreso.

Gruñí, furioso por todo lo ocurrido esa mañana y porque, encima, pasaría más tiempo lejos de Passia.

—Dile a Rúan que prepare una cena especial para mi regreso. Estaré

ansioso por compartir mi descubrimiento con mis mejores clientes de Minturno. También quiero embarcar algunos barriles y enviarlos a Bayas: los dioses saben que esos veraneantes pueden permitirse pagar precios más elevados por los mariscos que los ciudadanos de Minturno.

Fingí mi mejor sonrisa, empeñado en que no percibiera mis auténticos sentimientos. Su humor era demasiado voluble y no quería que me azotara.

—Por supuesto. ¿Cuánto tiempo crees que nos ausentaremos? ¿Una semana? ¿Y qué hay de la Neptunalia?

—Sí, una semana más o menos. Los vientos son excelentes y la Neptunalia es el momento más auspicioso para emprender un viaje por mar. ¿Por qué quedarnos aquí cuando nuestra fortuna se encuentra en otra parte? —añadió, tendiendo la mano hacia el mar más allá de la villa.

Miré en la misma dirección, pero mentalmente ya estaba revisando la despensa y pensando en qué preparar para la cena.

—Le diré a Rúan que comience los preparativos el sexto día y todo estará dispuesto para cuando regresemos.

—Perfecto. —Se volvió hacia la puerta, pero de pronto se detuvo—. ¿Podrías llevarle una bandeja a Aelia esta mañana? Luego reúnete conmigo en el puerto.

—Muy bien. Me reuniré contigo allí dentro de una hora.

Me marché, furioso y pensando en todas las cosas que debía hacer en ese breve lapso.

Cuando llegué a la cocina, Rúan le estaba dando instrucciones al personal para que recogieran las cosas del desayuno. Sotas ya había enviado un esclavo que les dijo que suspendieran la preparación de la *gustatio* y que, en su lugar, reunieran alimentos para el viaje: cestas de pan, queso, olivas y manzanas, además de ánforas de vino de la bodega. Sotas debía de haberlo sabido antes de la *gustatio*.

Comenté la futura cena con Rúan y luego di un día libre a los miembros del personal, causándoles una gran alegría. En general, solo disfrutaban de días libres en ciertos festivos destinados a los esclavos, así que ello significaba un placer poco frecuente. Supuse que Apicio ni siquiera lo notaría y si lo hacía, encajar su cólera no era gran cosa, en comparación con lo que le había hecho a Mato esa mañana. Si no me quedaba más remedio, la soportaría.

Cuando llevé la bandeja de desayuno a la alcoba de Aelia, Helena me saludó con una mirada desconcertada.

—¿Por qué traes una bandeja?

—Estoy despierta, Helena, no pasa nada. —La voz de Aelia surgió del interior de la habitación.

Helena me hizo pasar, me siguió para abrir las persianas y la luz y el aire marino entraron en la habitación. Aelia se incorporó en la cama, todavía vestida con su prenda de noche. Llevaba el cabello trenzado y una larga trenza colgaba por encima de su hombro.

—¿Qué es esto? —dijo, entornando los ojos—. Planeaba reunirme con mi esposo para desayunar después de la *salutatio*, como siempre. Un momento, algo no va bien. ¿Dónde está Marco?

—¿Quieres decir que no te lo ha dicho? —pregunté, dejando la bandeja en la mesita junto a la cama. —Estaba nervioso.

—Pues no, al parecer.

—Zarpa a Cartago esta mañana. Está excitado con una nueva clase de langostino que se rumorea que es mejor que la de Minturno.

La sonrisa luminosa de Aelia dio paso a una expresión airada.

Me desanimé aún más. No había nada peor que Apicio me obligara a hacer su propio trabajo sucio. Aelia parpadeó, procurando reprimir las lágrimas.

—Estará ausente muchos días —dijo en voz baja pero serena.

No podía mirarla a los ojos.

—Sí. Estimo que unos siete u ocho. Quiere celebrar una cena el día de su regreso.

Aelia permaneció en silencio, alisando la sábana con las manos. Aguardé sus órdenes con paciencia y sin despegar la vista del pinzón verde posado en un arbusto al otro lado de la ventana. Ella apartó las mantas y bajó de la cama, asustando al ave con su movimiento repentino. Helena le tendió un vestido pero Aelia la ignoró, se acercó a la ventana y contempló el mar que la nave de Apicio no tardaría en surcar.

—¡Ay, Juno! —exclamó, alzando la vista al cielo—. ¡Dime por qué me has hecho cargar con este hombre! Tú eres el culpable, Tracio, tu comida y ese condenado libro de cocina. ¿Adónde iré la próxima vez? ¿A Numidia por caracoles? ¿A Ebuso por higos? ¿A Ática por miel? Dime, Tracio, ¿adónde piensa viajar la semana que viene? —añadió, alzando la voz.

Cogió una cara copa de vino egipcia del tocador y la arrojó al suelo embaldosado, cerca de mis pies. La copa estalló en diminutas astillas rosadas, azules y verdes. Brinqué a un lado para esquivarlas. Nunca había visto a Aelia tan enfadada.

—No lo sé, *domina*, lo juro. Ni siquiera sabía que hoy zarparíamos, ya habíamos preparado docenas de tartas dulces para la *salutatio* de esta mañana.

Empecé a retroceder hacia la puerta lentamente, bajando la vista y ansioso por alejarme de la tormenta. Esa cólera era nueva y no sabía de qué sería capaz Aelia.

—Helena, llama a Passia y Apicata. Hoy tenemos mucho que hacer.

Alcancé la puerta y me volví. Ella agitó una mano con gesto furibundo.

—¡Vete, Tracio! Navega hasta el maldito país que sea. No quiero saber nada de ti ni de mi esposo.



Salí apresuradamente, el corazón en un puño.

El mercante era de tamaño medio, destinado a llevar tanto carga como pasajeros. Era una nave nueva, solo había navegado algunas veces, la madera recién engrasada todavía brillaba y la pintura aún no se había cuarteado. Los hombres se afanaban en prepararla para hacerse a la mar.

El capitán nos saludó en cubierta.

—Me dijeron que querías verme —dijo.

Estaba apoyado contra una gruesa viga, mirando a Apicio con desconfianza; era más joven de lo que yo había esperado en un hombre de ese rango, tenía rasgos cincelados y la musculatura de un gladiador.

Apicio alzó la mano para protegerse los ojos.

—¿Zarpas esta mañana?

—Sí, a Grecia.

—¿Carga o pasajeros?

El capitán titubeó.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Necesito un barco que me lleve hasta las costas de Cartago y quiero zarpar hoy, en cuanto mis hombres carguen las provisiones. Me han dicho que eres uno de los mejores capitanes del puerto.

—Sí, así es, pero este barco ya ha sido contratado. No puedo llevarte.

El capitán se volvió, pero antes de que se alejara unos pasos Apicio exclamó:

—Creo que tu cliente no podrá superar el precio que estoy dispuesto a pagarte.

El capitán se detuvo.

—¿Y cuánto es eso?

—El doble de lo que te paga él.

El capitán le indicó a un tripulante de cubierta que se acercara y le susurró al oído. El muchacho descendió las escaleras y desapareció bajo la cubierta.

—Veremos qué dice mi cliente.

Ambos aguardamos en silencio, mirando el oscuro hueco en la cubierta a través del cual había desaparecido el marinero. Por fin asomó la cabeza, seguido de un hombre alto de pelo corto que sostenía un pergamino en la mano; cuando se acercó vi que era un mapa.

Lo reconocí: era Buccio, el mayordomo principal de Publio Octavio, con el que siempre parecía encontrarme en el mercado. Antes de que el esclavo pudiera acercarse a nosotros, Apicio se dirigió al capitán.

—Olvida lo que dije antes. Triplicaré cualquier precio que ese esclavo ha sido autorizado para ofrecerte —dijo en voz baja.

La expresión consternada del capitán dio paso al asombro. ¿Por cuánto dinero habría contratado la nave Octavio? Debía de ser una suma elevada, el barco era nuevo.

—Amo Apicio —dijo el mayordomo, un saludo severo y escueto—. ¿Querías verme, capitán?

—Sí, Buccio. Este hombre quiere contratar mi nave para ir a Cartago. Supongo que Octavio te autorizó a negociar el precio si la situación lo exigía, ¿verdad?

—Sí, así es.

El joven capitán apenas lograba disimular su expectación.

—Ha ofrecido triplicar el precio que me ofreciste.

—¿Triplicar? —repitió Buccio, contemplando a Apicio con desconcierto—. ¿Es que sabes cuánto se ha pagado?

—Eso no tiene importancia —contestó Apicio y depositó un saco repleto

de *aurei* de oro en la mano del capitán—. Toma esto. Ya he mandado a buscar al cambista para que autorice el crédito por el resto, sea lo que sea.

—¿Estás loco? ¡Son casi cien mil denarios! —barbotó Buccio—. ¡Podrías comprar toda la nave!

—¿Acaso me cuestionas, esclavo? —soltó Apicio, desdeñoso.

Buccio bajó la cabeza, la ira y la vergüenza le enrojecían la punta de las orejas.

—No, *dominus* Apicio, no te cuestiono y tampoco puedo igualar ese precio. Coge la nave. Regresaré junto a *dominus* Octavio, que querrá enterarse de este cambio inmediatamente.

El esclavo no aguardó una respuesta, retrocedió unos pasos y se dirigió bajo cubierta para reunir a sus demás hombres.

Apicio contempló el cielo. Oí que murmuraba una plegaria a Fortuna en agradecimiento por haber obtenido el pasaje, y a Mercurio para que se apresurara a llevarle la noticia a Octavio: que su rival le había robado el barco delante de sus narices.

Al final del tercer día, tras abandonar el puerto estaba junto a Apicio observando el alargado pesquero que se acercaba a la nave. Disponía de una vela alta y albergaba alrededor de una docena de hombres, dos de los cuales estaban jugando a los dados. En cada extremo del barco se amontonaban redes y, en el centro, dos grandes depósitos sellados con brea contenían peces y langostinos en un poco de agua. Todos los hombres eran libios de tez oscura, altos y ágiles. Los movimientos de esas personas eran bellos, también el ritmo de su extraña lengua y sus risas, claras y transparentes como el mar. A diferencia de mi *dominus*, no parecían tener prisa.

Un africano gritó un saludo en una lengua desconocida para mí.

Apicio le indicó a uno de los esclavos de la nave que tradujera sus palabras.

—Pregúntale si tienen langostinos.

Un joven se inclinó por encima de la borda y voceó hacia el pesquero.

—Tienen langostinos, dicen que no te decepcionarán —tradujo después.

Apicio se frotó las manos.

—Excelente. Diles que envíen una cesta a cubierta.

El joven esclavo gritó las instrucciones y poco después una cesta del tamaño de la cabeza de Sotas apareció colgada del gancho con que el esclavo la izó. Apicio se apresuró a examinar el contenido para comprobar si los langostinos cumplían con sus expectativas.

Lo seguí, aún atónito de que hubiésemos pasado los últimos días en esta nave solo por unos cuantos mariscos. La cesta contenía un cuenco de arcilla de boca ancha lleno de agua de mar y alrededor de una docena de pequeñas criaturas agitándose y tratando de escapar de su encierro.

Apicio introdujo la mano, extrajo un langostino y lo sostuvo en la palma.

—No son muy grandes, ¿eh? —dijo a nadie en particular. Hizo una pausa y le dio la vuelta al langostino—. ¡Por los dioses! Estos no sirven, no son mejores que los de Minturno. Diles que envíen otra cesta con la mejor selección que tengan.

Después de unos momentos apareció otra cesta y los esclavos la izaron para ser inspeccionada. Apicio cogió un puñado de langostinos, maldijo y los arrojó por la borda. Mandó izar una cesta más y después alzó las manos con gesto disgustado.

—¡Sotas —bramó—, ve y págales a esos hombres un precio adecuado por su tiempo, después dile a nuestro capitán que vire y regrese a Minturno! Estoy cansado e iré a mi camarote.

Puse los ojos en blanco al pensar en los inútiles barriles de nieve

depositados en la bodega del barco, miles de denarios derritiéndose.

Durante el resto de la travesía Apicio permaneció en su camarote con sus pergaminos, demasiado enfadado para salir. Yo dormí casi todo el tiempo o me dediqué a jugar al *backgammon* y las matatenas con Sotas y los demás esclavos. Siempre soñaba con Passia. Con cada ola que mecía la nave por la noche deseaba que estuviera allí conmigo, acurrucada a mi lado, con nuestros cuerpos estrechados el uno contra el otro al compás del movimiento de la nave.

Sabía que en la villa Rúan habría empezado a preparar la cena el sexto día. Supuse que comenzaría por probar las recetas que le había dejado. Para acompañar los langostinos yo quería servir alubias con comino y vino; el primer plato incluiría melón con salsa de cítricos, morcillas y pepinos hervidos. Para el tercer plato habíamos planeado una variedad de buñuelos de miel y una *patina* de peras acompañada de ajeno romano. Tener que decirle que cancelara la cena me desanimaba, pues el menú me había entusiasmado, sobre todo las nuevas salsas, incluida una de piñones y pimienta para los langostinos. Últimamente, Apicio había comentado que quería que escribiera un segundo libro, uno más breve dedicado a las salsas. Quería sorprenderlo con algunas de las primeras recetas para ese nuevo libro, pero ahora tendrían que esperar.

Cuando llegamos, Rúan nos saludó afectuosamente y no tuve tiempo de advertirle del humor de nuestro amo.

—Bienvenido, hemos preparado una cena magnífica para esta noche. Los

esclavos están listos para llevarles invitaciones a tus clientes en cuanto me lo ordenes.

Apicio pasó junto a Rúan y se dirigió a los baños, seguido por Sotas; en los últimos meses jamás había visto al hombretón tan enervado. Había sufrido mareos durante la travesía y se alegraba de volver a pisar tierra firme. Rúan nos siguió y, en tono vacilante, nos puso al corriente acerca de los preparativos para la cena, incluida la salsa para los langostinos.

Apicio lo interrumpió.

—Los langostinos eran pequeños. ¡Varo nos engañó! Varo es el gobernador de Cartago, así que cabía suponer que sus langostinos eran los mejores. ¿Cómo pude ser tan estúpido? Y Publio Octavio... Cuando se entere no dejará de regocijarse.

—¿No has traído langostinos?

—No, no hemos traído langostinos —dijo Apicio, y arrojó al suelo un jarrón apoyado en un pedestal.

Tuve que pegar un salto para esquivar los trozos de cerámica.

—Podemos usar langostinos de Minturno para el plato de esta noche —sugirió Rúan—. Además, ayer Pilo cazó un ciervo en el prado, así que tendremos filetes y no disponer de langostinos no será un problema.

—Filetes de ciervo. Eso suena delicioso. —Apicio se detuvo antes de marcharse—. Muy bien. Date prisa e invita a nuestros huéspedes; el día se alarga. Asegúrate de invitar a Horacio Bleso y Claudio Escipión, pues hemos de hablar de ciertos asuntos. Y luego escoge a nuestros clientes de mayor valía. Dispón un triclinio con vistas al mar para las damas. Eso complacerá a Aelia.

Cuando Apicio mencionó a Aelia, Rúan titubeó.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Eh...

—Suéltalo ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Aelia?

Sin aguardar respuesta, Apicio echó a correr hacia los aposentos de su esposa, seguido de Sotas y de mí.

—¡Espera, *dominus*, por favor! —gritó Rúan.

Apicio se volvió.

—¿Dónde está mi esposa, esclavo?

Rúan se detuvo a unos pasos de distancia, fuera del alcance de su amo.

—Regresó a Roma.

Por eso Passia no había salido a saludarme, pensé. Una oleada de tristeza se adueñó de mí al comprender que esa noche no vería a mi amante.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo que regresó a Roma?

—Cuando descubrió que habías partido a Libia, decidió regresar a Roma. Partió junto con sus criados.

—¿El mayordomo la dejó regresar a Roma sola? —Apicio estaba incrédulo.

—No, *dominus*. Recordé que tu cliente Antistio Veto regresaba a Roma, pues envié un mensaje la noche anterior para informarte de que no asistiría a la *salutatio*. Se lo dije al mayordomo y, mientras Aelia hacía el equipaje, este envió un mensaje a Veto preguntando si ella podía acompañar a su familia durante el viaje. Tu cliente consintió. La acompañó una escolta de veinte guardias, con instrucciones de que diez de ellos debían regresar a Minturno cuando ella llegara a Roma sana y salva. Llegaron hace dos días. Tanto Aelia como Apicata están a salvo en casa.

Apicio murmuró una breve plegaria.

—¿Dejó algún mensaje?

—No lo sé, *dominus*, pero partió tan apresuradamente que dudo que lo haya hecho. Lo siento.

Apicio clavó la vista en el suelo. Al cabo de un largo momento, habló en

voz baja pero profundamente airada. Se me erizó la nuca.

—Sotas, diles a los criados que preparen el equipaje, quiero regresar a Roma antes de una hora. Tracio, diles a los esclavos que distribuyan lo que ya han preparado para la cena de esta noche entre mis principales clientes, después prepárate para emprender viaje.

Solo vacilé un instante, pero bastó para avivar la ira de Apicio.

—¡Ve! ¡No te demores! Si no estamos preparados para partir dentro de una hora, todos los esclavos recibirán un latigazo.

Nos apresuramos a obedecer, y cuando casi estábamos preparados un grito resonó en el jardín delante del *domus*. Todos se detuvieron y miraron hacia allí.

—Es Mato, ese cliente... ¿Lo recuerdas? —me dijo Sotas con los ojos entornados mientras escudriñaba la figura que se acercaba a nosotros.

—El hombre con un niño enfermo. Sí, lo recuerdo.

A medida que Mato se aproximaba con pasos lentos y torpes, Apicio apareció en el umbral. Mato tenía el pelo alborotado y las lágrimas surcaban su rostro sucio.

—Parece borracho, Sotas, prepárate.

Apicio cruzó los brazos y se puso firme. Sotas se aproximó a Mato para mantenerlo a distancia. Mato se detuvo antes de alcanzar a Sotas, cayó de rodillas y alzó ambos brazos.

—¡Te maldigo, Apicio, en nombre de Júpiter! —Su grito se elevó al cielo—. Maldigo a tu familia: que sufran una muerte temprana como la que brindaste a mi hijo. Te maldigo: que sufras un destino funesto y el delirio. Te maldigo: que sufras una vida tan horrorosa que te suicides y tus esclavos hereden todas tus posesiones.

Apicio permaneció inmóvil, observando al hombre y escuchando sus maldiciones, pero cuando Mato extrajo un cuchillo de su andrajosa túnica



retrocedió con rapidez y me derribó debido a su prisa por ponerse a salvo. Tuve el tiempo justo de alzar la vista del polvoriento suelo para ver que Mato no se había puesto en pie. Al contrario, apoyó el cuchillo contra su propia garganta y, con un movimiento rápido, se la cercenó. Un borbotón de sangre brotó, empapando su túnica, y un grito espantado surgió del grupo de los esclavos. Todos volvimos la cabeza e hicimos el signo para evitar el mal de ojo. Mato cayó al suelo.

Al igual que en el caso de su madre, Apicio ordenó que sujetaran piedras al cuerpo y lo arrojaran al mar, y se negó a salir del *domus* hasta que hubiesen eliminado todos los rastros de sangre. Después no hizo el menor comentario sobre el incidente, pero no dejó que nadie montara en el *carpentum* con él, ni siquiera Sotas. Agradecí la distancia que me separaba de mi *dominus*, pues me consumía una oscura melancolía y no quería hablar con nadie.

Viajamos toda la noche y llegamos a Roma al amanecer. Dejamos los bueyes en un establo —no podían entrar en la ciudad— y recogimos la litera de Apicio del depósito. El trayecto desde las puertas de la ciudad hasta la villa era largo.

Aunque era muy temprano, el ajetreo reinaba en la ciudad, que se preparaba para otro festival, la Vinalia Rustica, la celebración de la primera cosecha de uva del año. Las calles que conducían al Foro estaban decoradas con cintas y vides, los vendedores pregonaban diminutas ánforas pintadas para los turistas y grupos de flautistas y bailarines practicaban en las callejuelas.

Adoraba la Vinalia. Todos los años, Passia y yo aguardábamos con impaciencia el primer día de ese festival de tres días de duración. Aelia solía alinear a los criados a ambos lados del largo pasillo, desde la puerta principal

hasta el atrio, y Apicio, Aelia y Apicata recorrían las filas, depositaban una uva en la lengua de cada esclavo y bendecían a Venus. Luego Apicio hacía traer diez jarros de su mejor vino de Falernia de las bodegas y se los obsequiaba a sus criados más fieles. Yo preparaba cuajada dulce y tartas de miel para todos los miembros del hogar, incluidos los esclavos, y luego leíamos poesías y escuchábamos música. Pero, dada la pésima relación entre Aelia y Apicio, no estaba muy seguro de que ese año el festival se celebrara en nuestra villa.

Cuando enfilamos la calle que serpenteaba por el Palatino hasta la villa de Apicio, un joven se acercó a la carrera, gritando:

—¡Apicio! ¡Apicio!

Cada vez que recorríamos Roma algún vendedor corría detrás de la litera para venderle algún raro y caro alimento a Apicio o una fuente especial. Esos vendedores nunca ofrecían nada por lo que mereciera la pena detenerse, pero el amo siempre se detenía, desde luego.

Sotas dio un paso al frente para impedir que el joven se acercara a la litera, pero este, un judío nervudo, casi no pareció notar la presencia de Sotas: siguió gritando y agitando los brazos a medida que la litera avanzaba calle abajo.

—¡Apicio! ¡Tengo silfio! ¡Detente, por favor, tengo silfio! ¡Acabo de llegar de Cirene y me dijeron que te ofreciera el silfio!

Dudaba de lo que decía ese hombre. El silfio se había vuelto cada vez más raro y costoso. Los griegos no sabían cómo cultivarlo y debían recurrir al silfio silvestre, el comercio estaba muy controlado y obtener la hierba resultaba difícil, incluso para los más influyentes. ¿Dónde la había obtenido ese judío?

El hombre se acercó y me sorprendí al ver que Sotas no lo detenía. En cambio, le tendió los brazos y lo abrazó.

—¡Benjamín! Me alegro de verte. ¿Tienes silfio? ¿Silfio auténtico, no ese producto de Partia?

—¡Sí, del auténtico! Obtuve un poco de un patricio al que salvé de morir ahogado cuando estaba en Cirene. En pago, le pedí silfio.

Resoplé; era más probable que le hubiese robado la hierba al noble.

Benjamín dirigió la mirada más allá de nosotros. Apicio había detenido la litera y se había apeado para saludar al portador de la maravillosa hierba. Quise zarandear a mi *dominus*. Lo único que había hecho durante las últimas veinticuatro horas era gemir y despotricar contra Aelia, pero ahora había decidido retrasar la reunión con su esposa para comprar una planta. Reprimí las ganas de elevar una oración a Júpiter para que fulminara al judío.

—¿Realmente tienes silfio? Déjame verlo —dijo Apicio tendiendo una mano temblorosa.

El joven metió la mano en su saco y extrajo un paquete, lo desenvolvió con cuidado y reveló una gruesa raíz rojo pardusco no más larga que un dedo, retorcida y todavía sucia de tierra.

Observé a mi amo rascando la raíz con la uña y llevándose un trocito a la boca; cerró los ojos para saborear lo que debía de saber como el tejido blanco, fibroso y amargo de una granada y una pizca de algo más especiado.

—¡Sí, es silfio! ¿Cuánto tienes? Lo compraré todo.

El judío meneó la cabeza.

—Esta raíz es lo único que tengo. Estoy seguro de que sabes cuán raro es.

—Sí, lo sé. Te pagaré setenta y cinco mil denarios.

Me puse tenso al oír esa suma. Había creído que, después de ver cómo Apicio le había ofrecido al capitán solo un poco más de esa suma para navegar hasta Cartago, jamás volverían a espantarme los derroches de mi amo. Me había equivocado: si vivía frugalmente, el tal Benjamín no tendría que trabajar nunca más en su vida.

Hicieron el intercambio. El judío había preparado una tablilla de cera para inscribir el negocio pactado junto con el sello que le permitiría retirar el dinero del tesoro de la ciudad en nombre de Apicio. Este volvió a la litera y seguimos viaje. Sotas y yo nos rezagamos.

Estaba furioso con mi amo.

—Lo que no comprendo es por qué Apicio no me dejó manejar la transacción. Habría obtenido su silfio por la mitad de precio y ya estaría en casa con su esposa. Es exasperante.

Sotas hizo un signo para evitar el mal de ojo.

—¿Por qué sigues preguntándote por sus motivos? Sabes que las cosas ocurrirán, sea como sea.

Comprendí a qué se refería.

—«Por cada éxito obtenido habrá dos fracasos mayores adheridos al costado.» Es la profecía cumpliéndose ante nuestra vista. Se ha hecho con su silfio, pero ¿a costa de qué? De su bolsillo y en detrimento de su esposa.

—¿Y qué hay de Mato y su hijo?

Me sorprendí; Sotas nunca criticaba a nuestro amo.

Recorrimos el resto del camino en silencio.

A medida que nos acercábamos al *domus*, una oleada de adrenalina me recorrió al reconocer los vistosos colores de la litera de los Elio, que abandonaba la villa de Apicio. Era grande y lujosa, de postes dorados y cortinas bermellón ribeteadas de púrpura de Tyria. Una docena de esclavos cargaba con la litera apoyada en gruesas barras envueltas en lazos morados, rematadas por leones de oro del tamaño de un puño. Elevé una plegaria a Juno, rogando que Apicio no notara su presencia, pero él separó las cortinas y se asomó. Vi que apretaba las mandíbulas al observar el paso de aquella litera.

—¡Por Tártaro! ¿Qué está haciendo Sejano en mi casa? —maldijo viéndola alejarse, y ordenó a sus esclavos que avanzaran con mayor rapidez hacia la villa.

Sotas llamó a uno de los esclavos más jóvenes y le dijo que se adelantara y advirtiera a Aelia de nuestra llegada.

Apicio brincó de la litera antes de que los esclavos pudieran depositarla en el suelo, apartó a los guardias apostados ante la entrada y cruzó el patio. Sotas y yo lo seguimos casi a la carrera.

Aelia nos recibió en el atrio; llevaba una sencilla túnica blanca y la brisa de la tarde jugueteaba con su estola amarillo pálido. Parecía un tanto demacrada, como si hubiera estado llorando, y me pareció ver un pequeño moratón en su hombro. Llevaba el pelo apresuradamente recogido en un moño en la nuca. Me pregunté si su *ornatrix* estaba enferma, pues ella siempre llevaba peinados elaborados. Sostenía un pequeño pergamino en la mano. Apicata

estaba a su lado, abrazando su muñeca como si esta le brindara consuelo. Solo faltaban unos meses para que cumpliera siete años, las muñecas no tardarían en pertenecer al pasado y me llamó la atención cuánto parecía haber crecido en las escasas semanas que llevaba sin verla. Helena y Passia estaban detrás de ambas; ansié cruzar el atrio y acariciar la mejilla de mi amada. Ella me miró, pero sus labios no sonreían y su mirada expresaba una advertencia, una súplica... Estaba desesperado por verla a solas y averiguar qué había ocurrido durante mi ausencia.

—¿Qué estaba haciendo aquí Sejano, esposa? —Apicio se detuvo a unos pasos de ella, sin abrazarla como solía hacer tras regresar de un viaje—. No supuse que recibirías a nadie en mi ausencia.

Aelia parecía estar cobrando valor.

—He recibido visitas mientras estabas fuera. Sejano está entre campañas, así que me visitó algunas veces, hoy trajo un regalo para Apicata y una noche de la semana pasada cenamos con mi padre y el suyo, mi tío, ¿recuerdas? Pero no ha sido nuestro único huésped, mis amigas han acudido a diario para tejer conmigo y con Apicata.

Algo extraño asomó a sus ojos y dirigió la mirada más allá de nosotros.

—¿Dónde está tu botín, dicho sea de paso?

Cuando le pegué un codazo cómplice, Sotas sonrió. También nosotros lamentábamos el viaje inútil, cuyo único resultado había sido un monedero más vacío y una *domina* enfadada.

—Los langostinos no eran los esperados.

—¿Así que diste media vuelta?

—Sí, y cuando regresé descubrí que mi esposa ya no estaba allí. ¡Por Júpiter, mujer! ¿Se puede saber por qué te marchaste sin mí?

Aelia lo miró a los ojos.

—Por el mismo motivo por el que tú abandonas a tu esposa durante

semanas sin molestarte en darle un beso de despedida.

—Ni siquiera te molestaste en darme un beso a mí, padre —dijo Apicata con voz trémula y lágrimas en los ojos. Su despliegue emocional me sorprendió: Apicata siempre era un poco melodramática, pero ahora parecía más de lo habitual—. ¿Por qué tardaste tanto en regresar?

Apicio se acuclilló, la alzó en brazos y presionó la cabeza contra el hombro de su hija.

—Lo siento, pequeña. No quería hacerte llorar.

Aelia observaba la escena con mirada neutra, pero con barbilla temblorosa; entonces cerró el puño y estrujó el pergamino que sostenía. Me pregunté qué contenía.

Finalmente, Apicio depositó a su hija en el suelo y le indicó a Passia que se la llevara. Entonces se volvió hacia Aelia.

—Que sea la última vez que te marchas por tu cuenta, esposa. En esta casa solo debes obedecer escasas reglas, pero no toleraré la falta de respeto.

—Sí, esposo —contestó ella, bajando la vista.

—No le enseñarás a Apicata a ser insolente. Espero de ti que, como matrona de esta casa, le proporciones un modelo de conducta apropiado a nuestra posición. Le explicarás por qué tus actos no fueron los adecuados y esta noche también ofrecerás un sacrificio extra a los penates. Nos has avergonzado y los lares exigen una justa compensación.

—¿Es todo, esposo?

Más que petulante, parecía derrotada. Todos habíamos visto a Apicio en ese estado de ánimo y provocarlo nunca era buena idea. La melancolía la envolvía y se negó a mirar a su esposo.

—Sí, eso es todo.

Aelia abandonó el atrio dejando una estela de pesadumbre. Sospeché que, al marcharse, había esperado que Apicio se diera cuenta de cuán ofendida

estaba, y en cambio la había castigado. Ojalá hubiera podido ir tras ella para consolarla.

—Ven, Sotas, tenemos que ocuparnos del equipaje —dijo Apicio.

Pero ese «tenemos» no era tan inclusivo como sonaba. Sotas acabaría ocupándose del equipaje mientras su amo se dirigía a los baños para disfrutar de un masaje y una copa de vino de Falernia.

—¿*Dominus*? —llamé, sin atreverme a suponer que yo estaba exento.

—Vete, desaparece de mi vista.

Mientras atravesaba el atrio noté que Aelia había arrojado el pergamino estrujado a un cantero. Lo recogí de entre las plantas y lo guardé en mi bolsillo, con la intención de devolvérselo cuando la viese. No obstante, poco después mi curiosidad me superó y lo leí.

Era un poema de amor que ella le había escrito a Apicio, lamentando la distancia entre ambos. Me dejó con el corazón acongojado por mi *domina*.

Transcurrieron varias horas antes de poder reunirme a solas con Passia. Anhelaba abrazarla y recorrer su piel con mis manos; había soñado con ella durante semanas y no sabía cuánto tiempo más lograría contener esa ansiedad. Sin embargo, sentía una pizca de inquietud: ¿qué significaba la mirada que me había lanzado?

Mientras Apicata dormía la siesta, Passia se escabulló y ambos buscamos la privacidad de mi cubículo.

—Sejano es un monstruo —dijo en cuanto cerró la puerta. Sus rasgos expresaban cólera, tenía el ceño fruncido.

Mi deseo se desvaneció y dio paso a una profunda inquietud.

—Dime qué ocurrió.

—No sé por dónde empezar.



Tenía los ojos húmedos y la estreché entre mis brazos. Ella lloró contra mi hombro.

—¿Te tocó? —dije. Apenas osaba hacer esa pregunta.

—No a mí —repuso, sollozando y derramando más lágrimas.

—¿A Apicata? —pregunté horrorizado.

—No, pero, pero...

Las lágrimas le impedían continuar. La conduje hasta el catre y me senté a su lado, consolándola y dejándola llorar. Después de unos momentos se tranquilizó.

—Me alegro tanto de que estés en casa... —dijo y se restregó las lágrimas con el dorso de la mano.

Le acaricié los cabellos.

—Dime qué pasó, dulce amor mío. Tómate tu tiempo.

—Antes *domina* Aelia dijo la verdad, pero no toda la verdad. La semana pasada vinieron a cenar el padre de Aelia, Sejano y el padre de este. Llegaron al atardecer y la cena resultó muy agradable; sabes que el padre de Aelia siempre me ha caído bien.

Lo sabía. Lucio Elio Lamia había ascendido, se había convertido en gobernador de Germania y no lo veíamos a menudo. Era un hombre bondadoso que adoraba a Aelia y con frecuencia enviaba regalos cuando viajaba a través del imperio.

—Estuvieron aquí muchas horas y el vino corrió en abundancia. De hecho, demasiado. Por fin, Lamia se marchó a su casa, pues tenía algunos asuntos que solucionar antes de abandonar Roma y regresar a Germania al día siguiente. Una vez que se hubo marchado, nos retiramos a la biblioteca de Aelia porque Apicata quería que Sejano jugara a las cartas con ella.

»Helena y yo nos sentamos en los taburetes de los esclavos cerca de la puerta, junto con cuatro guardias de Sejano. Aelia leía las obras de Virgilio

mientras Sejano jugaba con Apicata. Durante un rato todo iba perfecto. Sejano no dejaba de pedir que le escanciaran más vino, creo que tres o cuatro veces.

—Deja que lo adivine: no quería que lo aguaran.

Passia negó con la cabeza y sus lágrimas volvieron a brotar.

—En cierto momento, sentó a Apicata en su regazo mientras le enseñaba movimientos estratégicos en el tablero. ¡Ay, Tracio, entonces todo comenzó a torcerse!

Noté que se me erizaba la nuca.

—Dime, Passia. ¿Qué ocurrió? ¿Qué le hizo a Apicata?

—Él, él... —Tragó saliva y reprimió sus sollozos—. Empezó a tocarle las piernas por debajo de la túnica, pero Aelia lo vio, arrojó el pergamino a un lado y apartó a Apicata de un tirón. Sejano le dijo que se estaba divirtiendo un poco, que podía enseñarle otra clase de juegos. Agarró a Aelia con la otra mano. Entonces la niña escapó y corrió hacia mí. Traté de sacarla de la habitación, pero uno de los guardias me retuvo y me cubrió la boca con la mano impidiendo que gritara. Otro aferró a Helena y otro más a Apicata, que estaba histérica. El guardia le dijo que si no dejaba de chillar le harían daño a su madre. Eso la detuvo, pero estaba aterrada.

—¿Dónde estaban los guardias de la casa? —pregunté. Además de los apostados en la puerta, había otros guardias presentes cuando había visitas. Apicio siempre había sido un tanto paranoico y lo exigía.

—Aelia les había ordenado que vigilaran el exterior de la casa, tal como harían si no tuviéramos visitas. Todos nos sentíamos a salvo, Sejano estaba acompañado de sus hombres. Es su primo... ¡Ella no creyó que ocurriría nada!

Aunque no quería oír lo que sucedió después, le pedí a Passia que continuara; la abracé y le acaricié el hombro y la cara mientras ella hablaba.

—Aelia se debatía en brazos de Sejano. Él trataba de besarla, le arrancó la estola para tocarle los pechos y cuando ella trató de gritar, le pegó una bofetada.

Solté una maldición. Nunca, ni siquiera en el pasado, cuando abusaron de mí como esclavo o cuando Vatia murió por culpa de Popilla, había deseado ver muerto a alguien con tanta intensidad como ahora a Sejano.

—Estaba tan borracho... Creo que eso fue lo que salvó a Aelia. Él apenas lograba mantenerse en pie. Tras abofetearla, le dijo que tenía pruebas de algo muy terrible cometido por Apicio, que había intentado matar a alguien próximo al César. Y que esas pruebas destruirían a Apicio y a toda su familia si él las difundía. ¡Ay, Tracio! ¿Crees que es verdad? —preguntó con mirada suplicante.

Asentí de mala gana.

—Sí. Es mejor que no lo sepas.

Ella palideció.

—¿Apicata oyó eso del intento de asesinato? —pregunté.

—Creo que no. El guardia la obligó a prometer que no gritaría si le quitaba la mano de la boca. La mayor parte del tiempo ella lloraba y rezaba a los dioses, pero lo que sí oyó fue a Sejano cuando nos obligó a jurar por nuestra vida que jamás mencionaríamos lo que acababa de pasar. Si descubría que habíamos hablado delataría a Apicio y nos ajusticiarían a todos. Eso la asustó mucho y el guardia tuvo que volver a cubrirle la boca.

Passia hizo una pausa y volvió a llorar. La dejé hacerlo unos minutos y después le rogué que continuara.

—Le dijo a Aelia que si algún día decidía que la deseaba, ella se sometería. Y que si algún día decidía que deseaba a Apicata, Aelia debía asegurar que su deseo se cumpliera. De lo contrario, le entregaría las pruebas del intento de

asesinato al César. Después la apartó de un empujón y ella cayó al suelo. Sejano se alejó tambaleándose, seguido de sus guardias, y nos dejó allí.

Le serví una copa de agua del jarro que conservaba al lado del catre y ella la vació de un trago. Entonces recordé la litera que habíamos visto cuando regresábamos a la villa.

—Eso ocurrió la semana pasada, ¿verdad? ¿Por qué acudió hoy?

—Fue como dijo Aelia: le trajo un regalo a Apicata, unos pendientes demasiado caros para una niña. Aelia no le permitió verla para entregárselos. Antes de dejarlo entrar, se aseguró que diez guardias de la casa se encontraran en el atrio; él les lanzó una sonrisa desdeñosa cuando atravesó la puerta. «Querida prima», dijo, «he venido aquí para ser amable, pero veo que desconfías de mí. No importa. Solo recuerda esto: tu familia me pertenece, tú me perteneces y también tu esposo. Por tanto, también me pertenece tu hija. Un día exigiré que tu familia me entregue lo que es mío. Ahora sé una buena mujer y cierra el pico acerca de nuestro pequeño secreto. Recuérdaselo a tu hija y a tus esclavos. Me importa un rábano si ejecutan a Apicio, pero supongo que para ti sería más traumático».

»Antes de marchar se acercó a mí, me apoyó una mano en el pecho y me dijo que poseerme aún estaba escrito en las estrellas del futuro.

La ira me consumía. Cogí el jarro de agua y lo arrojé contra la pared; la arcilla se hizo pedazos y astillas rojas y húmedas se esparcieron por el suelo.

—Para, Tracio. —Passia me rodeó con los brazos por detrás—. Todos te oirán, creerán que nos estamos peleando.

—Debo contárselo a Apicio —dije, poniéndome en pie.

Passia me aferró y me obligó a sentarme en el catre.

—¡No! ¡No puedes! ¡Si Apicio da alguna señal de que lo sabe, la que sea, entonces temo lo que Sejano pueda hacer!

Me aparté de ella y volví a levantarme, incapaz de quedarme quieto.

—¡Que Júpiter maldiga a Sejano! Debo hacer algo. La próxima vez que vuelva aquí tal vez coma algo que le sentará muy mal.

—No puedes envenenarlo.

—¿Por qué no?

—Has de tener cuidado, Tracio. Somos esclavos. Esta lucha no es la nuestra, sino de nuestros amos. Si algo les ocurriera, podría significar algo aún peor para nosotros.

Ella se levantó, la abracé y le quité el pelo de la frente. Me miró a los ojos y durante un instante vi una chispa de su genio titilando en sus pupilas.

—Piensa, Tracio, por favor. Si das un paso en falso, te sacrificarías a ti mismo y me condenarías a toda una vida sin ti.

Debido a la cólera que me embargaba, no me había detenido a pensar lo que le sucedería a la mujer que amaba. Sequé sus lágrimas con los pulgares. ¡Ay, dioses, ella era tan hermosa!

—Mañana nos encargaremos de Sejano —dije; de pronto se me había ocurrido un plan—. Y también de Aelia. Será mejor que se reúna con nosotros, tendrás que hablar con ella.

—No comprendo.

—Mañana, a medianoche, haremos lo necesario.

—Quieres maldecirlo —dijo Passia.

—Sí —dije, convencido de mi propósito—. Si debo tener cuidado, al menos puedo empezar por ahí. Y a lo mejor supondrá cierto alivio para Aelia.

Ella asintió con el rostro pegado a mi pecho. Apagué la lámpara, abracé a mi amada y le acaricié el brazo hasta que ambos nos dormimos.

Al día siguiente, el ambiente era tenso. Aelia y Apicio casi no se dirigían la palabra y Apicata estaba malhumorada y apática. Preparé todos los platos

predilectos para la niña y tallé pequeños animales de verduras para adornar su plato. Cuando los vio echó a correr hacia mí, me abrazó y me dijo cuánto me había echado de menos. La estreché entre mis brazos durante mucho tiempo y no dije nada cuando noté cuánto se esforzaba por no echarse a llorar.

Ese día, cuando fui al mercado, compré una tarta de miel en el templo de Ceres y pagué extra por una bendición protectora de la sacerdotisa. Se la di a Apicata con la merienda y, aunque seguramente había visto tartas protectoras del templo y sabía qué eran, la comió en silencio.

Passia llamó a un aparte a Aelia y, tras muchas discusiones y con la ayuda de Helena, convenció a nuestra *domina* de la única medida que podía tomar como mujer y con la que nosotros, al ser esclavos, podíamos ayudarla. Seguro que la idea de que yo supiera lo que había pasado le desagradaba, pero no parecía avergonzada cuando se acercó. Me sentí orgulloso de que confiara en mí.

Le pedí a Sotas que nos acompañara; era una de sus escasas noches libres de servicio y no tendría que dormir a los pies de la cama de Apicio. Él sabía dónde se encontraban las tumbas y yo no estaba seguro. Además, deambular por Roma de noche siempre era peligroso, así que la compañía de un hombre como Sotas me reconfortaba.

Contárselo a Sotas no resultó fácil. Antes de hacerlo le pregunté si juraría que no se lo diría a Apicio. Se negó, aduciendo que supondría romper su juramento de lealtad a la diosa Fides. Al final, lo persuadí de que esa era la clase de situación que exigía secreto precisamente para proteger a Apicio. Lo único que acabó por convencerlo fue la fe de Sotas en la amistad que nos unía. Nunca le había mentado y jamás querría que rompiera su juramento, así

que consintió, y entonces le conté el daño que pretendían hacerle a su *domina*.

Una vez enterado, se puso furibundo. Me alegré de que en ese momento estuviésemos en el jardín y no próximos a una de las valiosas estatuas del interior de la casa. Aunque yo sabía que le era profundamente leal a Apicio, sentía verdadero amor por su *domina*, y que le hicieran daño lo encolerizaba.

Esa noche vertí un poco de zumo de amapolas en el vino de Apicata antes de que se acostara; Passia no quería que despertara y descubriera que ella se había marchado. Tras la velada con Sejano, la pequeña había sufrido pesadillas y Passia le pidió a otra esclava que durmiera en la alcoba de la niña, en caso de que necesitara que la consolaran de los terrores nocturnos.

Para mayor seguridad, hice lo mismo con Apicio. Aelia tenía sus propios aposentos en la casa, así que podía escabullirse sin que la descubrieran, pero no quería que él despertara y fuera en su busca por la noche.

Cuando los relojes de agua indicaron que habían pasado unos minutos tras la hora sexta, nos escabullimos de la casa. Aelia pareció sorprenderse al ver que Sotas nos acompañaba, pero no dijo nada. Ella, Helena y Passia llevaban capas oscuras como las de los esclavos.

Incluso en medio de la oscuridad nocturna, la ciudad parecía ruidosa: pequeños grupos de personas recorrían las calles, las prostitutas ofrecían sus servicios y los trabajadores municipales arrastraban tinas de orina hasta las tiendas de los lavadores de togas para blanquearlas. Pese a toda esa actividad y los ocasionales rayos de luz que surgían de las ventanas abiertas, la oscuridad resultaba inquietante. Confié en que la corpulencia de Sotas hiciera que un ladrón se lo pensara dos veces antes de intentar asaltarnos. Aelia debía de estar asustada; no obstante, cuando vislumbré su rostro bajo la gruesa capa, su expresión era estoica.

Alcanzar la Via Appia que salía de Roma suponía una larga caminata, allí

se encontraban las tumbas de la familia Elio. En general, los esclavos no podían abandonar Roma sin una nota con el sello de su amo, pero los guardias apostados ante las puertas de la ciudad no nos molestaron, una vez que unos cuantos denarios y una cesta de dulces fueron depositados en sus manos. Les dijimos que una orgía en los prados más allá de Roma nunca había hecho daño a nadie y los guardias, contentos con lo recibido, nos franquearon el paso.

De noche la Via Appia era un camino extraño y siniestro. Cientos, tal vez miles de lápidas y elaborados mausoleos de varias plantas y diversas alturas bordeaban los adoquines a lo largo de muchas millas. Esa noche lucía una delgada luna en cuarto creciente, brindando una iluminación que bastaba para discernir los alrededores y permitir que las piedras y los edificios proyectaran sus sombras en la tierra, generando un ambiente sobrenatural a lo largo del camino.

Las tumbas de la *gens* Elio estaban agrupadas a lo largo de un cuarto de milla en las afueras de la ciudad. Una gran pared de piedra indicaba el grupo de mausoleos ornamentados con artísticas tallas. Atravesamos la puerta de madera y, una vez que alcanzamos las tumbas, Aelia se puso en cabeza y se detuvo ante el elaborado mausoleo donde descansaba su familia. Estaba decorado con vistosos azulejos y símbolos mortuorios. Ella extrajo una llave del bolsillo, abrió una cerradura y todos entramos en la tumba. La primera planta albergaba docenas de urnas de la familia Elio, dispuestas en nichos a la altura del pecho a lo largo de las paredes cubiertas de azulejos. Remontamos los peldaños hasta la segunda planta y encendimos las lámparas de aceite. Nos sentamos en torno a la orlada mesa de banquetes donde, una vez al año, en primavera, los Elio celebraban una gran fiesta en conmemoración de los muertos.

Extraje diversos objetos de mi saco para el ritual, el más importante era un



pequeño muñeco de arcilla. Había dedicado la noche anterior a moldearlo. Aún estaba bastante blando y serviría para el hechizo que estábamos a punto de invocar.

—¿Qué es eso? —susurró Aelia.

—Sí, ¿para qué necesitamos un muñeco? —preguntó Sotas.

—Cuando vivía con Máximo había una anciana que cuidaba de las gallinas. Era de origen griego y me enseñó muchas cosas sobre mi país. Una de esas cosas es la antigua costumbre de hacer magia con muñecos. Eso es esto —dije, sosteniendo la figura de arcilla.

—¿Cómo funciona? —Los rasgos de Sotas aparecían excepcionalmente oscuros y amenazadores a la luz de las lámparas.

—Te lo mostraré.

Puse el muñeco en un pequeño paño en la mesa. Tenía forma de hombre y un rostro sin rasgos, pero poseía rizos tallados, pezones, genitales y hasta un ombligo. Las manos estaban dobladas a la espalda y también las piernas, los pies tocaban las manos a la altura de la cintura y la cabeza estaba torcida hacia un lado. Al contemplarlo, se me puso la piel de gallina.

—¿Preparados?

Todos asintieron con un gruñido; sus rostros resplandecían a la luz tenue, llenos de esperanza y temor. En ese momento fui consciente de la tremenda trascendencia de lo que estaba por hacer e inspiré hondo, procurando tranquilizarme.

Cuando alcé el muñeco, su cuerpo liso brilló.

—Este es el cuerpo de Lucio Elio Sejano. Ahora nos disponemos a someterlo a nuestra voluntad y a la voluntad de los dioses.

Cogí el clavo y grabé el nombre completo de Sejano en el vientre del muñeco. La arcilla era blanda y eliminé los restos de las ranuras causadas por el clavo. Cogí el cuchillo y me pinché un dedo para dejar caer una gota de

sangre en la cabeza del muñeco. Luego cogí el dedo de Aelia y después repetí la operación con Helena, Passia y Sotas.

Entonces oímos un ruido por encima de nuestras cabezas: algo corría por el techo de la tumba.

—Son ardillas —dijo Helena y todos nos relajamos.

Embadurné el muñeco con la sangre, tratando de cubrir todo el cuerpo, y le tendí un trozo del pergamino a Aelia.

—Léelo, por favor.

Ella lo cogió con una mano y con la otra se restregó las lágrimas. Con voz temblorosa, empezó a leer en latín.

—«Con mi sangre y la sangre de mis esclavos, invoco el poder de los dioses contra el hombre llamado Lucio Elio Sejano. Invoco a los *dimanes* de los Elio para que venguen la vergüenza de un miembro de la familia causada por otro miembro de la familia. Invoco a Hécate, que dará poder a este hechizo mediante la magia de los dioses ancestrales. Invoco a Némesis, que buscará venganza por los pecados cometidos por Sejano. Convoco a Averno, diosa del Inframundo, que atraerá a Sejano todos los días de su vida con sus cantos de sirena. Finalmente, invoco a Mercurio, que transportará el alma de Sejano hasta las profundidades del Inframundo y lo depositará a los pies del mismísimo Plutón.»

Noté que Passia se estremecía a mi lado. Era como si los espíritus nos presionaran, flotando en torno a las lámparas, dispuestos a susurrarnos al oído.

Cogí los clavos.

—Con este clavo sujeto y maldigo a Sejano. Que todo mal que intente causar a la familia Gavo o Elio caiga sobre él diez veces.

Hiné un clavo en la cabeza del muñeco y repetí la maldición con los siguientes: en ambos ojos, en la boca, las orejas, el pecho, el vientre, las

manos, los pies y el ano. Antes de recoger la tablilla de plomo y dejar el muñeco a un lado, lo sujeté cuidadosamente con un alambre de bronce.

—Y ahora, la parte más importante —dije.

Con otro clavo, inscribí una maldición en la tablilla de plomo, a la inversa, comenzando por la parte inferior hasta la superior.

Las lámparas titilaron. Me dije que solo era una corriente de aire que penetraba a través de las rendijas de la tumba, pero una parte de mí percibía los espíritus arremolinados en torno a nosotros. Se me erizó la nuca y sentí frío.

Repartí trozos de pergamino, cada uno inscrito con una maldición. Todos las leímos en voz alta y nuestras voces se alzaban con cada palabra.

*¡Ah, dioses, maldecid a Lucio Elio Sejano! ¡Escuchad nuestra súplica!*

*Juntos, consignamos a Sejano a los dioses, a los dimanes de los Elio,*

*a Némesis, Averno, Mercurio y Hécate.*

*¡Así como esta arcilla es fría e impotente,*

*así de frío e impotente es Sejano,*

*frío en saberes, pensamientos y recuerdos!*

*¡Así como los muertos son impotentes e inmóviles,*

*tan impotente e inmóvil será Sejano,*

*sus pies, sus manos y su cuerpo!*

*¡Al igual que esta imagen se romperá y se descompondrá,*

*que Sejano también se rompa y se descomponga,*

*y que perezcan su semilla y sus propiedades!*

*¡Ay, dioses, maldecid a Sejano, escuchad nuestra súplica!*

*Juntos, consignamos a Sejano a los dioses, a los dimanes*

*de la gens Elio, a Hécate, Némesis, Averno y Mercurio.*

Tras pronunciar la última palabra fue como si el aire vibrara. Una de las

lámparas titiló y se apagó.

Plegué la tablilla de plomo tres veces, volví a pinchar todos nuestros dedos, la embadurné de sangre y clavé el último clavo en el centro de la tablilla.

—Con este clavo, sujeto y maldigo a Sejano. Que todo mal que inflija a la familia de Gavo recaiga sobre él diez veces —repetí.

Doblé el clavo contra la tablilla con el martillo y sujeté la tablilla y el muñeco con el alambre de bronce; mis manos temblaban a medida que envolvía el alambre. Cuando acabé, introduje el alambre y el muñeco lleno de clavos en una lata de plomo, cerré la tapa y se la tendí a Sotas.

—Ahora enterraremos esa maldita cosa y dejaremos que los ancestros Elio ayuden a los dioses a encargarse de Sejano.

A la escasa luz de las lámparas restantes descendimos la escalera hasta el exterior de la tumba. Al pie de la puerta cavamos un profundo hoyo, arrojamos el muñeco dentro y volvimos a tapar el hoyo.

Retrocedimos y contemplamos la tierra alisada donde había estado el hoyo. Passia rodeó a Aelia con el brazo para consolarla. De pronto se levantó viento y una fuerte ráfaga apagó una de las dos lámparas, mientras la otra titiló y casi se apagó antes de volver a brillar.

—Creo que los *dimanes* han hablado —murmuró Aelia.

El corazón me latía desbocado. Aunque quería ayudar a los dioses, no me sentía cómodo en presencia de ellos. A lo lejos ladró una manada de perros. ¡El signo de Hécate! Cogí la mano de Passia y dije:

—Larguémonos de aquí.

Los cinco echamos a correr, alejándonos de los mausoleos, y no miramos hacia atrás hasta alcanzar las puertas de Roma.

—Sigo considerando que no es una buena idea —dijo Aelia cuando nos apeamos de la litera ante la inmensa villa de Tiberio, situada al otro lado del Monte Palatino desde nuestro *domus*—. Todos saben que Tracio es tu *coquus* y que nos acompañe hoy me parece una insensatez.

La noche anterior Druso, el hijo de Tiberio, había desposado a Livila, su prima por parte de padre, que por casualidad también era sobrina de Tiberio y nieta de Livia. Era un arreglo bastante retorcido que confundió a toda Roma. El matrimonio se celebró para mantener un heredero en la familia, pero muchos hablaban de que se asemejaba a los arreglos que solían hacer los antiguos reyes de Italia. Apicio y Aelia habían sido invitados a la boda y, pese a la desazón de Aelia, *dominus* insistió en llevarme; habían pasado toda la mañana discutiendo sobre mi presencia en el evento. Yo también traté de convencer a Apicio de que llevarme era un error, sobre todo porque Livia y Octavio también asistirían: era como alardear de que los desafiaba; pero, a pesar de nuestras protestas, Apicio se negó a cambiar de idea.

Un esclavo nos saludó ante la puerta, comprobó nuestros nombres en una tablilla y nos hizo pasar.

—Yo mismo no comprendo por qué me ha traído —le susurré a Sotas cuando entramos en el amplio patio.

Me mantuve a la par de él y Helena al tiempo que seguíamos a nuestros amos. Poco después de aquella noche en la Via Appia, Sejano había sido enviado a la guerra, una señal que quizá significaba que nuestra maldición

estaba funcionando, aunque la ausencia de Sejano no implicaba que todos los enemigos de Apicio hubieran desaparecido.

—Ir a un lugar sin ti lo pone nervioso —comentó Sotas.

—Estos días soy más un mayordomo que un cocinero —mascullé.

—Tú eres su amuleto de la suerte, cree que será auspicioso que estés presente cuando hable con el César —susurró Helena.

—Eso es ridículo.

Apicio se volvió y nos lanzó una mirada furibunda; dudé que pudiera oír nuestras palabras, pero detestaba que sus esclavos murmuraran a sus espaldas. Reprendidos, lo seguimos al interior de la villa en silencio.

Clavé la mirada en la cabeza de Apicio: a los treinta y tres años presentaba una calvicie incipiente, en gran parte disimulada por sus gruesos cabellos, pero un mechón desplazado revelaba un trozo de cuero cabelludo. Regañó a Aelia, un indicio de que estaba nervioso. Durante todo el trayecto hasta la casa de Tiberio había hablado de lo ansioso que estaba por conocer al César, pero que ignoraba cómo hacerlo sin que Livia estuviera presente. A pesar de que casi habían pasado cuatro años, ninguno de nosotros creía que ella hubiese olvidado que Apicio se había negado a venderme. Llevarme allí era arriesgado y en el tiempo transcurrido desde aquel día había comprendido que el peligro no residía en la rivalidad entre Apicio y Octavio, sino en el deseo de Livia de vengarse de Fannia por acostarse con su ex esposo. Apicio estaba atrapado en el peligroso centro del asunto.

Junto con docenas de otros invitados, el esclavo nos dejó en el enorme jardín central, decorado con una multitud de estatuas de vivos colores, tiestos rebosantes de flores y fuentes que burbujearan en pequeños estanques de peces. En los frescos de las paredes aparecían personas y animales tan detalladamente pintados que casi parecían vivos. Altos y severos guardias pretorianos vigilaban las puertas: el ejército personal del César. Más de cien

patricios y sus esposas se arremolinaban, por todo el jardín había niños haciendo circular el cálido aire de junio con abanicos de estilo egipcio de largos mangos. Los invitados llevaban una delgada corona de laureles y hiedra en torno al cuello o en la cabeza, y la fragancia de las flores impregnaba el aire estival. La parte del convite dedicada a la bebida no comenzaría hasta después de los discursos tradicionales pronunciados por los anfitriones, en este caso, César Augusto y Tiberio, su recién nombrado heredero. Sotas y yo permanecíamos un paso por detrás de nuestros amos, observando el desarrollo de la fiesta.

—Qué trágica fue la muerte de Cayo, ¿verdad? —dijo Fannia, uniéndose a nosotros.

Apicio pegó un respingo al oír su voz, pero Aelia se inclinó hacia ella.

—¡Una verdadera tragedia! ¡Y tan lejos del hogar! Lo siento muchísimo por la pobre Livila, obligada a casarse con Druso. ¡No ha pasado ni un año desde la muerte de su esposo! —murmuró Aelia, ahuecando la mano para cubrirse la boca.

Cayo César era uno de los dos herederos del César ya fenecidos y había estado casado con Livila. Según algunos, había muerto en extrañas circunstancias durante una campaña militar en la remota Licia.

—¡Y tan pronto después de la muerte de su hermano Lucio a causa de esa extraña enfermedad! ¿No te parece curioso que los dos herederos del César hayan muerto? Esa pobre muchacha... En cierto modo quizá sea bueno para Livila que hayan tardado tanto tiempo en recuperar el cuerpo de Cayo en Licia, de lo contrario se hubiese visto obligada a volver a casarse incluso antes —observó Fannia, meneando la cabeza.

Ese día tenía el cabello rubio trenzado y amontonado en torno a un pequeño pero elaborado tocado de oro incrustado de gemas.

—Al menos son de la misma edad —comentó Aelia—. Druso es apuesto y

encantador; supongo que podría haber sido alguien mucho peor. Espero que sea bondadoso con ella.

—¿Cómo lograste que te invitaran? —le preguntó Apicio a Fannia.

Yo me había preguntado lo mismo.

—Por suerte, Livia no tenía nada que ver con las invitaciones —respondió Fannia, mirando hacia la entrada decorada con flores por la cual llegarían el César y su esposa—. Me invitó Agripina, sabe cuánto adoro a su hijo. Druso estará complacido de que haya venido, pero Livia se enfurecerá al verme aquí, aunque no osará expulsarme delante de los invitados. No sería un buen augurio para la nueva pareja.

Apicio sonrió. Fannia tenía razón: expulsar a una invitada no sería auspicioso. Tal como mandaba la tradición, la boda se había limitado a una reducida celebración familiar, pero la recepción se estaba convirtiendo en lo opuesto.

Aelia señaló un pequeño grupo de patricios.

—Octavio y Gaia están aquí. Sé que no quieres hablar con ellos, pero yo debería agradecerle a Gaia las flores que me envió el mes pasado, cuando estaba enferma. Perdóname, esposo, me gustaría saludarlos.

Octavio nos saludó con la mano y Apicio le correspondió con amabilidad. Sospechaba que mi *dominus* no tenía inconveniente en que Aelia fraternizara en su nombre. Aelia y Gaia no ignoraban el contencioso entre sus esposos, pero nunca dejaban que afectara su amistad.

—Ah, ha llegado mi amiga predilecta —dijo Fannia con un susurro sardónico cuando aparecieron tres *tubicines* en la entrada iluminada por el sol. Sus rectos y dorados *tubae* hicieron sonar una nota prolongada anunciando la entrada del César y su esposa Livia. Tras hacer sonar sus cuernos, los hombres dieron un elegante paso a un lado.

El estómago se me encogió un poco mientras observaba a la pareja



imperial atravesar las puertas, flanqueada por los recién casados Livila y Druso Julio César, seguidos de Tiberio, que parecía tan cansado como incómodo.

Se rumoreaba que había regresado de mala gana de su villa en Rodas, adonde se había retirado hacía varios años. Por lo visto, su nuevo nombramiento como heredero del César bastó para que cambiara de parecer. Tras la reciente muerte de sus nietos Lucio y Cayo, el César se apresuró a adoptar a Tiberio para asegurarse un sucesor. Durante las últimas semanas, las masas plebeyas habían protestado por la adopción, inquietos ante la idea de que la dictadura pasara a otro heredero más, al igual que una corona pasaba de un rey a otro. Augusto se limitó a organizar varios banquetes públicos (con comida distribuida gratuitamente) para conmemorar el evento, lo cual acalló a la chusma. En cuanto a Tiberio, ya habían hecho apuestas sobre cuánto tardaría en volver a retirarse a su isla.

—Parecen felices —comentó Apicio a Fannia—, pero Tiberio aparenta haber comido un trozo de carne podrida.

—Tal vez el vino le levante el ánimo. —Fannia señaló la larga hilera de ánforas junto a una pared—. El César es demasiado conservador al negarse que las mujeres beban vino en sus fiestas. Las mujeres deberían poder beber vino como los hombres.

—Las vuelve libertinas —dijo Apicio en tono burlón.

—¡Por supuesto que sí!

Fannia rio.

El César empezó a hablar y su voz sonora se oía incluso en la parte posterior del jardín. Estaba de pie entre la nueva pareja, mientras que Livia y Tiberio permanecían a sus espaldas, contemplando la multitud.

—Ella me ha visto —dijo Fannia, alzando su dorado abanico semicircular para ocultar sus labios al hablar.

—Me preocupas. —Apicio se desplazó para que el cuerpo de otro patricio impidiera que Livia lo viera—. Esta rivalidad es peligrosa, Fannia, se rumorea que ella puede haber intervenido en la muerte de Lucio. ¡Oí decir que le pagó a un soldado de Cayo para que hiciera parecer que murió en una batalla y no asesinado!

—¡Rumores, rumores! —Fannia rio en voz baja detrás de su abanico—. Y además, mira quién habla: eres tú quien no deja de evitarla por temor a su venganza por negarte a venderle tu *coquus* a Octavio. ¡Y hoy te atreves a traerlo aquí!

Apicio hizo caso omiso de sus pullas.

—Te está mirando a ti, Fannia, no a mí. No debieras estar aquí. ¿Y si esos rumores fueran ciertos? No querrás estar en la mira de Gorgona, y si lo estás, eso significa que yo también lo estoy. A veces me pregunto cuánto peligro supones para mí.

—Vaya. —Fannia pareció irritada—. Bien, ya es demasiado tarde.

De hecho, Livia mantenía los ojos clavados en Fannia, una mirada con la intensidad de una llama vestal. No obstante, guardaba la compostura y, a los sesenta y dos años, su rostro seguía siendo bello. Como de costumbre, apenas llevaba joyas y su estola blanca estaba adornada de una faja roja. Llevaba los grises cabellos cortos, pero su peinado era elegante y sencillo, y tenía los labios pintados de rojo, el mismo color de su faja. Tras observar a Fannia unos momentos, alzó la mano en un breve saludo, un gesto únicamente impulsado por la necesidad de cumplir con el protocolo público.

Como respuesta, Fannia le lanzó una sonrisa e inclinó su abanico.

El discurso del César tocaba a su fin. Yo había estado tan concentrado en observar el intercambio entre Livia y Fannia que no había oído ni una palabra. Daba igual: los discursos de bodas siempre eran los mismos: buena suerte, una vida dichosa, que los dioses os sonrían, etcétera. Eché un vistazo a

Aelia: estaba junto a Gaia y Octavio, sonriéndoles a Livila y Druso con el rostro encendido.

Tal como era previsible, una bandada de palomas blancas voló por encima del jardín tras la intervención del César y dieron dos vueltas antes de posarse en el techo que daba al jardín. Me molestaba que los romanos siempre apelaran al favor de los dioses, fingiendo esas exhibiciones para darse importancia ante la plebe. No era ningún milagro que tantos de ellos sufrieran un final siniestro.

—¡Todas esas palomas significan que serán muy afortunados! —Aelia había regresado y sonreía de oreja a oreja—. Apicata estará triste por haberse perdido semejante espectáculo.

—Venid —dijo Fannia, y cogió a Aelia y Apicio del codo—. Es hora de tomar un refresco.

Los empujó hacia la parte delantera del jardín donde los esclavos escanciaban copas de vino a los hombres y zumos a las mujeres. Sotas y yo los seguimos, saludando brevemente a otros esclavos que reconocíamos al pasar.

Había sillas y divanes lujosos distribuidos por todo el jardín en rincones sombreados por palmeras. Muchas mujeres comenzaron a congregarse en esos frescos lugares para cotillear, mientras que otras reían alegremente al tiempo que observaban a sus esposos poniéndose en fila para coger sus bebidas.

Fannia detuvo a una joven esclava que llevaba una bandeja con copas.

—Ten, prueba este vino, el mejor del César —dijo, y le tendió una copa de vino dorado a Apicio, escogiendo dos de hidromiel para ella y Aelia.

Apicio acercó la copa a la nariz y olió el contenido.

—Manzanas, pimienta y clavos de olor —dijo, y bebió un sorbo—. Esto

hubiese acompañado muy bien el *minutal* de cerdo que Tracio preparó anoche.

No me miró y volví a preguntarme por qué me había llevado allí, puesto que se comportaba como si yo no estuviera presente. Era lo normal con los esclavos, pero su insistencia en que asistiera hacía que me pareciera extraño.

Apicio se llevaba la copa a los labios para beber otro sorbo cuando algo se deslizó por los pliegues de su toga y cayó sobre sus pies, antes de rebotar y caer en la hierba. Vi que era mi amuleto de silfio: el que me había dado el día que Octavio intentó comprarme. De manera instintiva, alcé la mano para tocar el sitio donde el amuleto solía estar apoyado contra mi pecho; había desaparecido hacía unos días y supuse que lo había perdido, no que me lo habían quitado. Apicio debía de haberle dicho a alguien que lo cogiera de la mesita junto a mi catre mientras yo dormía.

Sotas lo recogió. Conmocionado al comprobar que me había quitado el amuleto sin decírmelo, no osé decir una palabra, pues a fin de cuentas el amuleto era suyo: él podía apoderarse de cualquiera de mis pertenencias, pero ¿por qué lo había hecho? ¿Y por qué quitármelo de manera subrepticia?

Apicio recogió el amuleto mientras yo observaba con el corazón palpitante.

—Sostén esto, querida Fannia —dijo, tendiéndole la copa, y guardó el disco entre los pliegues de su toga.

—Con mucho gusto —contestó ella y, mientras Apicio se acomodaba la toga, miró en derredor para comprobar que nadie la observaba y bebió a hurtadillas un trago de vino.

Aelia soltó un gritito, pero una mirada de Fannia bastó para acallar cualquier reprimenda. Apicio recuperó su copa y bebió un sorbo.

—Aelia —llamó una voz a nuestras espaldas.

Fannia dio un respingo. Apicio me pegó un codazo y comprendí que quería que retrocediera y me las arreglara para pasar desapercibido. No estaba

seguro de cómo hacerlo, pero me deslicé detrás de Sotas y Helena, confiando que Livia no notara mi presencia.

Livia se aproximó acompañada de Druso y Livila. La esposa del César le tendió la mano a Apicio, que se inclinó y rozó su anillo con los labios. Luego se volvió hacia Fannia y Aelia y también les tendió la mano. Fannia se relajó al notar que Livia no había notado su transgresión con el vino.

—Que los dioses bendigan vuestra nueva unión —dijo Aelia, dirigiéndose a la pareja.

—Muchas gracias. Espero que este matrimonio dure tanto como el del César y mi querida señora —dijo Livila, señalando a Livia con la cabeza.

Me pregunté si sus palabras albergaban un motivo subyacente. Su matrimonio anterior con Cayo había sido breve y los rumores acerca de que Livia deseaba que Tiberio fuese su heredero, costara lo que costase, incluso la vida del esposo anterior de Livila, habían circulado por todas partes. Livia permaneció inmutable, sin revelar nada.

Aelia sonrió sin percatarse de nada y encantada de estar en presencia de personas tan bellas y prominentes. De cerca, Livila resultaba más atractiva que de lejos y el peinado de sus cabellos negros y enjovados resplandecía al sol.

Druso solo tenía dieciocho años pero ya prometía transformarse en un importante militar. Le sonrió a Aelia y dijo:

—Tengo noticias de tu primo Sejano.

Agucé el oído.

—¿Ah sí? Ay, dime que se encuentra bien —repuso Aelia, sin revelar sus verdaderos sentimientos.

Admiré su compostura.

—Sí, derrotó a otra banda de bárbaros en Germania. La *gens* Elio puede enorgullecerse de su hijo adoptivo.

Se me cayó el alma a los pies y supuse que también a Aelia.

—Me han dicho que Sejano es un soldado muy valiente —añadió Livia.

—Estoy segura de que tú eres muy valiente, Druso. —Aelia cambió diestramente de tema—. He oído que también tienes madera de excelente soldado.

—Es verdad que disfruto blandiendo una espada afilada. Dentro de unos meses me reuniré con Tiberio en el norte. Entonces unos cuantos bárbaros probarán mi acero.

Livia señaló la copa de vino de Apicio.

—Quizá debieras participar en el concurso de bebida organizado por los hombres, Apicio. Intuyo que eres más experto en vinos que muchos otros.

Al oír aquella voz melosa, Apicio tuvo que hacer un gran esfuerzo para sonreír, como si fuera lo más agradable que había oído aquel día.

—¡Una idea estupenda! Iré ya mismo —dijo, inclinando la cabeza. Seguramente ansiaba escapar de Livia antes de que ella le preguntara algo comprometedor o sintiera unas náuseas repentinas y vomitara en las sandalias de la emperatriz.

—¿Me acompañas, Druso?

El joven soltó una risita.

—¿A un concurso de bebedores? Dispongo de un secreto que nos ayudará. —Introdujo la mano bajo la toga y extrajo un saquito—. ¡He venido preparado! Cinco o seis de estas almendras amargas impedirán que nos emborrachemos. Adelante, Gavo Apicio.

Apicio le indicó a Sotas que se quedara con Aelia y alzó la copa en un brindis. Luego, ambos se dirigieron hacia la fila de hombres que esperaban ser elegidos para participar en el concurso. Al igual que Sotas, permaneció inmóvil.

—¡Ay, no he tenido tiempo de darle las gracias! —exclamó Livila. Tendió

la mano hacia Apicio como para hacerlo regresar, pero él ya se había alejado.

—¿Gracias por qué? —preguntó Livia en tono desdeñoso.

—Por el delicioso plato de buñuelos rellenos de calabaza que anoche nos envió para nuestra cena de bodas. Jamás he saboreado algo tan maravilloso —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Me pregunté quién los había enviado —dijo Livia en voz baja. Entonces me vio y frunció el ceño, como si mi presencia la desconcertara.

El corazón me palpitaba. Bajé la vista y supliqué a los dioses que perdiera el interés por mí.

Aelia le rozó el brazo a Livila.

—No olvidaré decirle a Apicio que te gustaron los buñuelos. ¿También recibiste la pimienta?

Livila cogió la mano de Aelia y la presionó.

—¡Sí! Un regalo muy considerado, y he de decir que los pequeños botes que la contenían fueron lo que más me gustó. ¿Tú también recibiste pimienta?

Livia había perdido interés por la conversación y dirigía la vista hacia el concurso, observando a Apicio, que se había sentado en un largo banco acolchado junto a Trio y Druso. Veinte patricios ocupaban el banco para participar en el concurso y los esclavos ya habían empezado a llenar las primeras de las once copas. Ganaba el que aguantaba más. Una intrincada corona de laureles sería depositada en su cabeza y un generoso monedero del César, en su mano.

—Supongo que los buñuelos estaban sabrosos —dijo Fannia, tanteando el terreno con Livia.

—Sí, lo estaban. —Livia apartó la mirada del concurso, se volvió hacia Fannia y le sonrió a su rival.

—Conozco una solución sencilla a tu dilema.

—¿Mi dilema? —preguntó Livia.

Parecía dudar entre enfadarse o reír.

Fannia me señaló con el pulgar.

—Quieres su comida en tu cocina, ¿verdad? Pues límitate a persuadir al César de que le conceda el puesto deseado a Apicio, el de consejero gastronómico. Tú ganas y él también.

Fannia cogió el abanico con la otra mano para sostener la copa y le echó un vistazo a Apicio y al concurso; el grupo de hombres había bebido la primera copa y les escanciaban la segunda.

¿Qué estaba haciendo Fannia? Sospeché que el vino le había soltado la lengua.

Al oír la sugerencia de Fannia, Livia inspiró profundamente y volvió a prestar atención a los bebedores; cuando los hombres bebieron la segunda copa cerró los ojos como si lo saborease y, en voz suave pero nítida, dijo:

—Eres una vaca estúpida, Fannia. Plutón visitará a Apicio en el Inframundo antes de que tu amigo pise el hogar de Augusto como consejero. Me parece increíble que creas que ayudaría a alguien vinculado a ti.

Fannia no tuvo tiempo de replicar: Livia llamó a Livila y se marchó, incluso antes de que la novia pudiera despedirse de Aelia.

Una vez que se alejó, Fannia nos advirtió a mí y a Sotas:

—No le digáis nada a Apicio de este asunto. Jurádmelo. ¡Jurádmelo por los dioses!

Lo juramos.

—Bien, bien —dijo ella y prestó atención al concurso, pero fruncía el ceño con inquietud.

Miré a Sotas, esperando que me dijera una palabra de consuelo que aliviara mi malestar, pero su rostro era una máscara pétrea, solo contemplaba fijamente a su amo.



En los bancos de los bebedores veinte patricios se preparaban para beber la tercera ronda; estaba seguro de que Apicio aguantaría al menos ocho o nueve copas, pero ignoraba cómo se las arreglaría con las últimas. Observamos como el Rey del Festín aguaba el vino y los esclavos volvieron a llenar las copas. Al principio me preocupaba que Livia pudiera tratar de envenenar a mi amo, pero me relajé al ver que el vino provenía directamente de las ánforas aún sin abrir alineadas contra el muro del jardín.

El poeta Ovidio apareció junto a Fannia y se inclinó para saludarla con un beso en la mejilla.

—¡Qué delicia encontrarte aquí! —dijo ella, sonriendo.

Aelia le tendió la mano para saludarlo y se sonrojó cuando él depositó un beso en su mejilla.

—¿Por qué no participas en el concurso? —preguntó Fannia.

—¡Nunca lograría beber más de cuatro copas! —exclamó el poeta, y alzó la suya en un brindis burlón.

Tal como había sospechado, Apicio fue capaz de beber las cinco primeras copas de un único trago, como lo exigían las reglas del concurso. Otras incluían no eructar, no caerse del banco y no rechazar una copa. Ninguno de los participantes quería pasar vergüenza ante el César. Cuando escanciaron la quinta, uno de los más destacados abogados de la ciudad —y uno que había estado bebiendo mucho antes del inicio del concurso— se cayó del banco. La multitud soltó una carcajada. El César no sonrió e hizo un gesto a dos hombres fornidos, que recogieron al borracho y, sin la menor cortesía, se lo llevaron del jardín seguidos por su afligida esposa.

Después todo se agrió. Octavio estaba de pie junto a la pareja imperial hablando con Livia, mientras que el César estaba con Tiberio y otros patricios. Octavio y Livia no despegaban la mirada de Apicio; entonces Livia le dijo algo a su esclavo personal y este se acercó a los esclavos que servían

el vino; después noté que habían dejado de aguar la sexta copa de mi amo... Y yo no podía hacer nada para remediarlo.

Apicio alzó la copa y cuando el vino le rozó los labios casi escupió, pero se detuvo antes de infringir las normas. Cuando se dio cuenta de que el vino no estaba aguado casi pude oír su angustiada diatriba interior.

Me acerqué para informar a Aelia y Fannia. Aelia soltó un gritito, pero Fannia la acalló apretándole el brazo.

Sabía que mi amo luchaba en el banco. Apenas logró disimular su alarma cuando le sirvieron la séptima copa y comprobó que tampoco estaba aguada. Miró a Aelia; para centrarse, sospeché. ¿Por qué ninguno de los presentes se había percatado de ello?

Cuando le sirvieron la octava, mi amo vaciló, sin saber cómo evitaría vomitar el pesado vino especiado. Lo bebió lo más lentamente posible sin infringir las reglas. Druso se inclinó hacia él y mantuvieron una breve conversación que acabó con Apicio asintiendo con la cabeza. Sea lo que sea que se dijeron, parecía haberle dado ánimos a mi amo, pero cuando le pasó la copa al esclavo estuvo a punto de inclinarse demasiado hacia delante; a esas alturas del concurso habían ordenado a los esclavos que se alejaran unos pasos: suponía un reto para los borrachos, querían ver quién se caía del banco. Apicio estaba sentado en el borde, pero finalmente le entregó la copa al esclavo.

—Hemos de sacarlo de allí —le dijo Aelia a Fannia—. Temo lo que Marco es capaz de hacer si se humilla ante el César. Estropearía todos sus planes.

Fannia se ocultó detrás del abanico.

—De acuerdo. No tardará en ser incapaz de abandonar el banco andando. Tendrás que fingir que estás enferma, tambaléate un poco y desmáyate, yo haré lo demás. Intenta caer de manera convincente y no te muevas ni parpadees hasta que te dé un codazo. ¿Podrás hacerlo?

—Lo intentaré.

Aelia miró a su esposo. Apicio se estaba poniendo colorado, la corona torcida colgaba de su cabeza y su mirada era suplicante. Druso estaba sentado muy cerca de él, parecía estar sosteniéndolo. Me pareció ver que se esforzaba en impedir que mi amo se escurriera del banco. Tal vez él se había dado cuenta de que el vino de Apicio no estaba aguado.

—Sotas, Tracio, tratad de ayudar, pero dejad que manejemos la situación hasta que resulte evidente que debéis intervenir.

—Sí, *domina* —contestamos.

—Estimado Ovidio —dijo Fannia en voz baja—, necesitaré tu ayuda. Yo me encargaré de Aelia, y tú, de Apicio. Ayúdale cuando llegue el momento oportuno, luego te lo explicaré. Y te prometo que merecerá la pena —añadió y le recorrió el brazo con el dedo.

El poeta asintió y sonrió sin preguntar nada.

—Ahora.

Fannia le dio un codazo a Aelia cuando un esclavo entregó la novena copa a Apicio.

Aelia trastabilló hacia la larga hilera de patricios sentados en el banco, aferrando su estola como si le doliera el pecho. Tras dar unos pasos y cuando la multitud calló, «tropezó» y cayó de bruces soltando un grito. Fannia y Apicio gritaron su nombre mientras caía sobre el suave césped y cerraba los ojos con rostro inexpresivo. Al igual que muchos otros, Sotas y yo tratamos de alcanzarla. Fannia se nos adelantó, pero fue la voz de Livila la que se elevó por encima de las demás, llamando a sus esclavos para que asistieran a Aelia.

El caos reinó unos minutos en el jardín. No podíamos acercarnos a nuestra *domina*: había demasiadas personas tratando de ayudarla. El concurso de bebedores tocó a su fin cuando varios participantes corrieron hacia Aelia tras

verla caer. Apicio intentó acercarse a ella, pero había demasiada gente y el vino lo había mareado. Druso lo rodeaba con un brazo, sosteniéndolo. Apicio no dejaba de gritar el nombre de su esposa mientras luchaba por acercarse a ella, abriéndose paso entre los senadores y los esclavos, ayudado por Druso. Dejé a Sotas y seguí a Ovidio, que también se aproximaba a Apicio.

—Vamos, apartémonos, Aelia estará perfectamente. —La voz de Ovidio era serena pero determinada. Apicio alzó la cabeza y, con mirada borrosa, reconoció al poeta—. Druso es un buen amigo, te ayudará.

—Pero lo ignora todo sobre las almendras amargas —soltó Apicio.

La puya hizo reír a Druso.

—Me encuentro perfectamente, Apicio.

—Pues yo no. Estoy borracho.

—De eso no cabe duda —dijo Ovidio, sosteniéndolo con una mano apoyada en su hombro.

—Tienes un aspecto diferente. —Apicio levantó la mano hacia la cara de Ovidio, pero este apartó la cabeza.

El poeta le pegó un bofetón. Miré en torno para ver si alguien lo había notado, pero todos se ocupaban de Aelia.

—Has de enderezarte, Apicio. Finge estar sobrio. Has de convencernos a todos.

Druso apartó el brazo para ver si Apicio lograba mantenerse en pie, que, para mi sorpresa, se enderezó justo cuando la multitud se separó y Livila y Fannia sostenían a Aelia, que parecía cansada. Dos esclavos aparecieron a su lado, agitando sus abanicos de hojas de palmera. Sotas estaba detrás de la multitud.

—Ahí estás —dijo Fannia a Apicio alzando la voz—. Este no es momento para concursos. ¡Hemos de llevar a tu esposa a casa, a la cama!

—Todo irá bien, te encontrarás perfectamente. Ellos te llevarán a casa —

repetía Livila a Aelia—. Hace demasiado calor, lo sé. Mira, ahí está Apicio. ¡Él te llevará a casa!

Apicio logró avanzar unos pasos sin tropezar, abrazó a Aelia y ambos se tambalearon un poco. Druso estiró una mano para sostener a Aelia, pero en realidad lo hacía para sostener a Apicio.

Que mi amo lograra estar a la altura de la situación me asombró.

—¿Hay una litera? —gritó.

Druso empezó a gritar a los guardias que fueran en busca de una y alejó la atención de mi amo.

La multitud se separó y el César apareció con Livia, seguidos de Tiberio y un esclavo bárbaro tatuado; la irritación le crispaba el rostro. Detrás de ellos apareció Octavio y el pánico me atenazó la garganta. «¡Ay, Apicio, ahora no debes flaquear!» Siempre había deseado una audiencia con el César, pero las circunstancias no eran las soñadas: borracho y con su esposa simulando estar enferma en los jardines imperiales.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el César a Aelia.

—Sí, es el calor, temo que necesito dormir un buen rato.

—Hay habitaciones de invitados donde puedes descansar. —Tiberio les hizo un gesto a sus esclavos—. Querida señora, te ruego que aceptes mi hospitalidad. Mis esclavos asegurarán que te encuentres cómoda.

—Gracias. —Aelia inclinó la cabeza—. Eres muy generoso, pero creo... — Se interrumpió. Si sugería regresar a su hogar podría parecer un insulto tanto para Tiberio como para el César.

Ovidio la rescató.

—Creo que lo que intenta decir, pero es demasiado cortés para hacerlo, es que a veces, cuando estás enfermo, el mejor remedio es tu propia almohada, tu propio entorno, tu propio médico y tu propia masajista para frotarte los

pies. Con tu permiso, los acompañaré a casa con mucho gusto. Podría leerle algo. Sé que sabes que el poder de las palabras alivia el alma.

Tiberio asintió.

—Desde luego, lo comprendo. Tú decides, estimada señora, pero sabes que te ofrezco el confort de mi hogar y la experiencia de mis doctores.

—Te lo agradezco una vez más —dijo ella, fingiendo debilidad—. Creo que nuestro poeta también es capaz de adivinar el pensamiento, pues es verdad que ansío el consuelo brindado por mi propio lecho.

Apicio tomó la palabra, hablando con lentitud, procurando no farfullar.

—Gracias, honorable César, pero te pido permiso para irme a casa tal como desea mi esposa.

—Permiso concedido —dijo Augusto—. Que los dioses te brinden una rápida curación.

Les indicó a los esclavos que trajeran la litera y, aliviado, noté que se marchaba seguido de Livia. Octavio todavía estaba allí y me miraba con expresión ceñuda. Después chascó los dedos llamando a su esclavo personal y siguió a Tiberio, Augusto y su esposa.

Livila y Fannia se despidieron de Aelia con un beso. Druso y Ovidio ayudaron a los esposos a montar en la litera y partimos. Sotas, Helena y yo caminábamos detrás de la litera sintiéndonos extrañamente inútiles y agradecidos, todo al mismo tiempo.

## QUINTA PARTE

7 d.C. a 9 d.C.

### LENTEJAS CON CASTAÑAS

Coge una olla nueva e introduce castañas cuidadosamente peladas. Añade agua y un poco de bicarbonato y hierva. Cuando rompa el hervor añade pimienta molida, comino, semillas de cilantro, hierbabuena, ruda, raíz de laser (silfio) y poleo. Machácalos. Añade vinagre, miel y garo. Condimenta con vinagre y vierte sobre las castañas cocidas. Añade aceite y caliéntalo; cuando hierva, golpéalo con un palo como haces en un mortero. Pruébalo, si carece de algo, añádelo. Una vez en la fuente, añade aceite verde.

Libro 5. 2.2, «Legumbres»  
*Acerca de la cocina*, APICIO

—Derríbalo todo.

Apicio señaló el grupo de *insulae* que se elevaban ante él. Encontrar terrenos en el centro de Roma no era tarea fácil, pero si estabas dispuesto a pagar un buen dinero por bienes inmuebles de primera calidad, resultaba sencillo convencer a un propietario de que desalojara a sus inquilinos. Apicio acababa de hacerlo; empezó por buscar un terreno idóneo y después le hizo una propuesta al propietario. Estaba empeñado en construir en el pequeño valle entre el Monte Palatino y la Colina Celia, cerca de donde vivían la mayoría de sus amigos y clientes, y desde donde el trayecto hasta su propia villa era corto.

La manzana era una de las más atestadas del Vicus Cyclopiis, la larga y sinuosa calle que serpenteaba entre las colinas y cuyo nombre se debía a un bosquecillo antaño habitado por cíclopes. Varios edificios altos se elevaban en medio de una confusión de tablones, balcones endeble y cortinas desgarradas agitadas por el viento. Habían expulsado a los habitantes de la *insulae*, pero quedaban restos: una túnica tendida en una ventana y la pelota de un niño en un umbral. Me pregunté qué les había ocurrido a las personas que vivían en esos apartamentos. En Roma era difícil encontrar vivienda, sobre todo tan próxima al centro de la ciudad. Aunque lo habían comentado a menudo en el Senado, de momento no existían leyes que determinaran el trato que recibían los ocupantes cuando se producía una venta, así que era probable que Apicio hubiera obligado a docenas a abandonar sus hogares. La idea me disgustaba.



El capataz al que se dirigía Apicio era un hombre robusto de mediana edad, nariz aguileña y un deje provinciano. La tarea que le aguardaba no parecía intimidarlo.

—¿Qué quieres que hagamos con toda la madera y los materiales de los edificios?

Apicio se encogió de hombros.

—Me da igual. Haz lo que quieras.

Yo no daba crédito a mis oídos.

—Ahí hay mucho mármol, ladrillos y madera, *dominus* —dije—. Las ganancias...

—No tienen importancia —replicó en tono brusco—. Limítate a derribarlo todo con la mayor rapidez posible para que podamos empezar a edificar —añadió, dirigiéndose al capataz.

Contemplé los edificios con consternación. No solo acababa de eliminar los hogares de docenas de familias, también estaba desperdiciando miles de sestercios en materiales de construcción. Me resultaba incomprensible. De acuerdo, los dioses se habían mostrado bondadosos con Apicio en cuanto al dinero, pero cuando estropeaba vidas y derrochaba su fortuna lo único que sentía hacia mi amo era un profundo enfado.

—Regresaré dentro de cuatro días para comprobar tus progresos.

Cuando volviésemos, seguramente el capataz y toda la manzana de la ciudad habrían desaparecido. Era indudable que el capataz desaparecería rápidamente con sus ganancias, antes de que Apicio se diera cuenta de cuánto dinero había derrochado.

Y así fue: cuando regresamos al final de la semana, la *insulae* había desaparecido y lo único que quedaba eran algunos escombros de las paredes. Era un terreno grande y sin los edificios parecía aún más extenso, un desierto de tierra en medio de la ciudad.

El arquitecto, de nombre Hipócrates, se reunió con nosotros poco después de mediodía. Desenrolló diversos pergaminos con los planos de los futuros edificios. Era oriundo de Grecia y se rumoreaba que se trataba de uno de los diseñadores más talentosos del imperio. Aparentaba unos veinticinco años, tenía un pie deforme y caminaba ayudándose de un bastón.

—Este es un proyecto ambicioso, ¿comprendes?

Hipócrates contempló los planos y el terreno.

—Sí, lo sé. Te pagaré muy bien por tu trabajo.

—Sé lo que me sugeriste en tus cartas, pero, respetuosamente, debo manifestar mi desacuerdo. No creo que todos los edificios deban ser de dos plantas. Escúchame —dijo, deteniendo las protestas de Apicio con la mano—. Creo que las zonas donde hay fogones deberían ser de una planta, con amplios conductos para los humos; construir habitaciones por encima de esas zonas sería peligroso. Propongo que las habitaciones ocupen solo una cuarta parte del edificio y elevarla. Podrías disponer de tres plantas para celebrar tus clases y alojar a los esclavos de la escuela. En el resto del edificio, que solo sería de una planta, instalaremos las cocinas y los almacenes. ¿Qué opinas?

Apicio estudiaba los planos al tiempo que el arquitecto hablaba.

—Interesante. ¿Dónde situarías la entrada?

—Mira aquí. —Hipócrates señaló el dibujo con un dedo sucio. Me incliné para ver mejor—. Propongo un gran jardín amurallado en la parte delantera del edificio, donde podrías celebrar fiestas al aire libre. Habría una puerta en la entrada, una pasarela y una serie de canales y fuentes que conducirían a las puertas del edificio principal.

—¿Qué opinas, Tracio?

Que recuerde, era la primera vez que Apicio me preguntaba mi opinión cuando había otros presentes. Apenas logré hablar.

—Suena increíble.

Y así era: en Roma no había edificios de escuelas organizadas. En su mayoría, los adinerados contrataban tutores particulares y quienes no se lo podían permitir enviaban a sus hijos a clases en las calles, donde muchos maestros dictaban clase. Esa sería una escuela muy distinta: era la primera vez que existiría un lugar donde los alumnos podrían aprender a cocinar. Pese a mi inquietud, comenzaba a embargarme una profunda emoción.

—No quiero columnas de mármol o de travertino. —Apicio dirigió la mirada al Foro Romano—. Emplearás pórfido, sin importar el coste.

Suspiré. Importar la piedra de color morado resultaba caro y, en general, solo se utilizaba en los templos construidos por los patronos más acaudalados. Una escuela de cocina no era un templo, así que ¿cómo pensaba recuperar una parte de su coste?

El arquitecto asintió con la cabeza como si semejantes pedidos fueran normales, como si, de hecho, construir una escuela de cocina fuera normal.

—Tendrás tu escuela dentro de un año, Marco Gavo Apicio. —Y alzó su bastón, advirtiéndolo—. Es decir, si no me estorbas y dejas que acabe con la tarea.

Apicio guardó silencio; no estaba acostumbrado a tanta insolencia. Por fin, preguntó:

—¿Crees que te estorbaré?

Por primera vez, Hipócrates sonrió, una amplia sonrisa amarillenta.

—Por supuesto que sí. Los patronos se las arreglan para encontrar maneras de estorbarme y retrasar mi tarea o modificar mi grandiosa visión. No me atrevo a confiar en que tú seas la excepción, pero si lo fueras, te pido que deposites tu confianza en mí. En ese caso, te construiré una escuela de la que hablará todo el imperio.

—¿Un año?

El arquitecto se puso serio.

—Sí. Un año y tendrás tu escuela.

—¿Y prometes que todo el imperio hablará de ella?

Hipócrates empezó a enrollar los pergaminos.

—Sí, por Apolo, lo prometo.

Meneé la cabeza y me pregunté si esa promesa sería como la del capataz de la última villa construida por Apicio, en los montes Albanos más allá de Roma. El hombre había prometido una finca inmensa, pero durante la construcción había pedido cada vez más dinero; gastó una mitad en materiales de inferior calidad y se embolsó la otra. Sin embargo, había algo en Hipócrates que me hizo pensar que cumpliría con su palabra. También ayudaba el hecho de que era bastante conocido y, si estafaba a Apicio, su reputación se vería muy afectada. Sotas hizo crujir los nudillos, como si supiera lo que yo estaba pensando.

Al oír el crujido, Hipócrates se volvió con una sonrisa irónica: comprendía el significado del gesto.

—Un año, Apicio. Te prometo que será magnífica.

Unos días después estaba revisando el menú de una cena con mi *dominus* cuando nos interrumpió uno de los esclavos porteros.

—Publio Octavio ha venido a verte —anunció el muchacho.

Aelia estaba tendida en un diván junto a nosotros, leyendo a Homero y disfrutando del sol de la tarde que se filtraba en el jardín donde estábamos sentados.

—Lo atenderé dentro de un momento.

El esclavo se marchó. Apicio les indicó a los intérpretes de liras que dejaran de tocar y los despidió con un gesto.

—¿Qué querrá? —preguntó Aelia y, chasqueando los dedos, le indicó a

Helena que le alcanzara una copa de hidromiel.

—No lo sé, pero estoy seguro que no será nada bueno. Ven, Tracio, quiero que aguardes en el pasillo y escuches. —Depositó un beso en la mejilla de Aelia antes de dirigirse a la puerta que había atravesado el esclavo.

Sotas, que había ocupado su puesto junto a una pared, me siguió.

De camino al atrio nos encontramos con Passia; se dirigía a la cocina sosteniendo una bandeja con los restos del almuerzo de Apicata. Inclino la cabeza e intentó pasar, pero Apicio la detuvo apoyándole una mano en el hombro.

—Haz que lleven vino de Falernia, uvas y olivas al atrio. —Luego la contempló y le levantó la barbilla. Ella lo miró, boquiabierta ante aquel gesto inusual—. Pensándolo mejor, tráete a ti misma —añadió, y la dejó marchar antes de reanudar su camino.

Ella me vio y la vergüenza se asomó a su rostro. Me detuve y le di un beso en la frente. Ella suspiró.

Como esclavos, todos sabíamos que nuestros cuerpos no nos pertenecían, pero era la primera vez que Apicio había pisado el territorio que él mismo había marcado cuando me «dio» a Passia. Apreté las mandíbulas para que mi enfado no se notara.

Cuando alcanzamos el atrio, esperé en el pasillo junto con dos esclavos. Podía ver y oír perfectamente, pero estaba lo bastante oscuro como para que Octavio no me distinguiera entre las figuras anónimas de los otros esclavos aguardando entre las sombras.

—¡Estimado Octavio! —exclamó Apicio en tono cordial al tiempo que cruzaba el atrio—. ¡Encantado de verte! —añadió y le estrechó la mano.

—Yo también estoy encantado de verte. —Octavio deslizó la mirada por el recinto—. He de reconocer que adoro este atrio; me recuerda los aposentos de Livia en su villa —comentó.

Cada pared formaba parte de una escena en un jardín, decorada muy detalladamente con olivos, aves de brillante plumaje y un cielo azul.

—Sí, Aelia admiró ese aposento cuando asistió a una reunión organizada por Livia, así que contraté el mismo pintor.

Yo ya había oído la historia muchas veces, le encantaba alardear de eso.

—Lo imaginé. Deberías ver sus nuevas obras —dijo Octavio y siguió escrutando las imágenes de los frescos—. Lo contraté el mes pasado para que diseñara mis baños y decorara las paredes de las dependencias de mis esclavos. ¡Calculo que lo mantendré ocupado durante todo el año que viene!

Apicio pasó por alto su intento de demostrar su superioridad. Era frecuente que pintaran las dependencias de los esclavos, pero nunca por alguien tan apreciado.

—Ven a sentarte y bebe un poco de vino conmigo —dijo.

Octavio tomó asiento en uno de los divanes. Sotas, sin que Apicio se lo ordenara pero conociendo a su amo, se apostó cerca de él, a sus espaldas. Ambos rivales charlaron sobre el tiempo y otros asuntos triviales. Después de unos momentos Passia pasó por mi lado y me rozó con el brazo, adrede. Llevaba una bandeja con vino y comida, y la depositó en una mesita de tres patas delante de los hombres. La túnica escotada le ofreció un vistazo de sus pechos a Octavio.

—Gracias, Passia.

Apicio la despidió con una inclinación de la cabeza.

—Una muchacha bella —comentó Octavio, relamiéndose.

La miró fijamente y Apicio sonrió, satisfecho. Me enfadé, recordando que Sejano también había deseado a mi amada. Y entonces me di cuenta de lo que mi amo había hecho al presentar a Passia: estaba jactándose de otra compra imposible para Octavio.

—Bien, Octavio, ¿qué te trae por aquí? —Apicio cogió un racimo de uvas.

El otro se llevó la copa a los labios y cerró los ojos al tragar. Tras saborear el vino durante más tiempo del necesario, dijo:

—Me han dicho que estás construyendo una escuela de cocina.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Apicio, obligándose a sonreír.

—Los rumores abundan en esta ciudad —dijo Octavio, con un gesto que indicaba la extensión de Roma—. No lo recuerdo. En los baños, creo. ¿Es verdad? ¿Estás construyendo una escuela?

—Estoy considerándolo.

—Pues si solo lo estás considerando, ¿por qué estás cavando al pie de la colina? Derribaste toda una manzana de *insulae*. ¿Para qué?

Octavio se llevó una oliva a la boca y escupió el hueso en el suelo, para los dioses ancestrales.

—Ah, eso —dijo Apicio, y bebió un sorbo de vino.

—¿Realmente necesitas tanto espacio para una escuela?

—¿Tiene importancia?

—Solo es curiosidad, viejo amigo. Me sorprendí al oír la noticia y al ver cuánto espacio ocuparías. ¿De verdad crees que tendrás tantos alumnos?

Apicio hizo una pausa. Le había dicho lo mismo a mi amo en diversas ocasiones, pero comprobé que siempre concedía mayor importancia a dichas observaciones si las hacían otros.

—Dije «considerando» —reiteró.

—Pues entonces, ¿qué estás construyendo? ¿Un santuario en honor a Edesia? —preguntó Octavio, riendo ante la referencia a la diosa de los banquetes.

—Tendrás que esperar y ver.

Octavio se inclinó hacia delante; su sonrisa se borró y los pliegues de su papada se estiraron cuando alargó el cuello para decir en tono sombrío:

—Te aconsejaría que no construyeras esa escuela.

—¿Y por qué habría de dejar de hacerlo? —Apicio luchaba por guardar la compostura; jugueteaba con el borde de su toga, un gesto que yo conocía demasiado bien.

—Intento evitar que malgastes dinero —dijo Octavio, y su papada se agitó—. ¿Quién enviaría a sus cocineros a semejante escuela? ¿Quiénes de nosotros, los patricios, querrían que todos nuestros banquetes resultaran idénticos?

—A algunos patricios les vendría bien un cocinero talentoso —replicó Apicio—. A Opio Velio Justo, por ejemplo. Has cenado tendido en su casa, has bebido su vino peleón y luego no has dejado de quejarte ante todo el mundo.

Octavio bajó la copa.

—Puede ser —contestó, sin negar esa afirmación—. Sin embargo, tampoco estoy seguro de que el César lo aprobara.

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

Esas palabras me convencieron de que Octavio temía que la escuela de cocina fuera un éxito, ya que el César no le daría la menor importancia a ese asunto.

—Nunca querría que sus fiestas desmerecieran frente a otras —dijo Octavio, pero parecía estar perdiendo el hilo.

—Dudo que eso pueda ocurrir mientras tú estés al mando. —Apicio empezaba a disfrutar de la conversación—. Si yo construyera semejante escuela, no habría nada que pudiese inquietar al César. Nadie se atrevería a eclipsarlo.

—Salvo tú y yo —precisó Octavio en tono cómplice, guiñándole un ojo.

Apicio hizo una pausa, quizá confundido por las intenciones de Octavio.

—Oí que estuviste en Cirenaica —dijo luego.

—Sí, fui a reunirme con mi proveedor de silfio.



Reprimí un gruñido desdeñoso. ¿Cuántas veces trataría de superar a Apicio durante esa conversación? Este no vaciló.

—¿Y cómo te fue?

—Mejor de lo esperado. —Octavio cogió el último racimo de uvas—. Mi proveedor se topó con unas pocas plantas a lo largo de la costa. Todas para mí.

Apicio se había cansado de la discusión; dejó la copa en la mesa y tamborileó el diván con los dedos: una señal para Sotas, que le hizo otra a los servidores que esperaban en el pasillo conmigo.

—¿De veras? ¿Y solo te las vendió a ti? Muy impresionante.

Apicio le lanzó una amplia sonrisa a su visita, al tiempo que lo halagaba.

—¡Nada menos que cuatro pequeños montoncitos!

Octavio se disponía a proseguir, pero se detuvo cuando uno de los servidores que había permanecido a mi lado emergió de las sombras y le susurró al oído a Apicio, que a continuación dijo:

—Discúlpame, Octavio, pero por lo visto estoy llegando tarde a una cita con un cliente. Debo prepararme. Sotas te acompañará hasta la puerta. —Se levantó del diván y se inclinó hacia delante para presionar el hombro de Octavio—. Te agradezco la visita, y prometo tener en cuenta tus palabras.

Le hizo un gesto a Sotas y abandonó el atrio a toda prisa, cogiéndome del brazo al pasar. Cuando alcanzamos el jardín, Apicio se desplomó en el diván frente a su esposa y yo me senté en un taburete a su lado.

—Cabrón —masculló, reclinándose.

No dije nada.

—¿Qué quería? —preguntó Aelia, sin alzar la vista de su pergamino.

—Me advirtió que no construyera la escuela. ¿Cómo lo supo?

—Sabes que los esclavos hablan —dijo ella, y me guiñó un ojo. Luego se volvió hacia su esposo—. Tal vez deberías escuchar a ese hombre.

—¿Escucharlo? ¿Yo? ¿Escuchar a Octavio? ¡No hablas en serio, esposa! Prefiero comer estiércol fresco de oveja antes que escuchar a ese hombre.

—Lo sé —dijo ella, suavizando la voz—. Estoy segura de que él tiene sus propios motivos para hacer tal sugerencia, pero he estado pensando y, bueno...

—¿Y, qué?

Él me miró como si esperara que lo apoyara. Ignoro por qué lo hizo: hablar de esos temas no me correspondía.

—Me inquieta el resultado de tu proyecto.

—Explícate. ¿A qué te refieres, esposa?

Cerré los ojos y deseé estar en Bayas, sentado en la playa, contemplando las aguas y que Roma y sus intrigas se encontraran a cien millas de distancia.

—No te enfades. Piensa un minuto. ¿Y si nadie envía a sus esclavos a la escuela?

—¡Los enviarán! —rugió él, incorporándose—. ¿Tú qué opinas, Tracio?

Abrí los ojos.

—No estoy seguro, *dominus*. Lo que sí sé es que muchos han pedido que les enseñe a sus cocineros.

Apicio apretó los labios.

—Sé que los enviarán —repitió, aunque con menos entusiasmo.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Aelia.

—En primer lugar por mis clientes. ¡Enviarán a sus esclavos si quieren seguir ocupando mis divanes!

Aelia arqueó una ceja.

—¿No crees que solo lo harían si los obligas?

—¡¿Eso crees, esposa?! —gritó él, poniéndose de pie, incapaz de controlar su ira y casi chillando—. ¡Sabes cuánto hablan de mí en Roma! ¡Hasta los plebeyos cotillean azorados acerca de lo maravillosas que deben de ser mis

fiestas! Mis clientes ya me piden consejo y también que Tracio enseñe a sus esclavos. Nadie los obliga a hacerlo.

—De acuerdo, pero considera lo siguiente: una vez que sus esclavos hayan aprendido a cocinar, ¿quién querrá ocupar tus divanes?

Gemí para mis adentros y deseé que Aelia no hubiese mencionado ese tema espinoso. Detestaba estar con ellos cuando se peleaban, y eso ocurría a menudo.

Apicio tomó aire.

—Entonces dime —siseó—, ¿por qué habría de amenazarme Octavio si no estuviera asustado? Sabe que la escuela será un éxito.

—Pero ¿de dónde procederán tus nuevos alumnos, Marco? ¿Cuánto tiempo crees que funcionará antes de que la gente empiece a burlarse y a decir que eres un necio?

—Te has pasado, esposa.

Cada palabra suponía un peligro.

Aelia frunció los labios y desenrolló el pergamino hasta la siguiente estrofa de su poema.

—Por supuesto, esposo. No debería haber hablado.

—No, no deberías.

Apicio le clavó la mirada un largo momento, luego se puso de pie abruptamente y se marchó, seguido de Sotas.

—Puedes retirarte —me dijo Aelia con voz ronca.

Al salir de la habitación oí que un sollozo escapaba de la boca de mi *domina*.

Fue justo como había predicho Hipócrates: edificar la escuela de cocina llevó casi exactamente un año.

Apicio irrumpió en la cocina para decírmelo; el sudor le humedecía la frente y una amplia sonrisa le iluminaba el rostro. Hacía semanas que no lo veía de tan buen humor.

—¡Hoy es el día, Tracio!

Dejé a un lado la carne que estaba picando y me lavé las manos. El agua estaba fría.

—¿Qué quieres decir, *dominus*?

Había estado obsesionado todo el año con la construcción de su escuela de cocina y no quiso mostrarme el interior, afirmando que quería que fuese una sorpresa. Hasta intenté que los guardias me dejaran pasar de camino al mercado, pero habían recibido órdenes de no dejar entrar a nadie, a menos que los acompañara el capataz o el propio Apicio. Y el capataz me conocía, así que mi curiosidad no se vio satisfecha.

Apicio golpeó la encimera con las manos y, con una sonrisa triunfal, exclamó:

—¡Mi escuela está terminada!

—¿Ya lo está? Creí que faltaban semanas para su conclusión.

Apicio sonrió, muy pagado de sí mismo.

—Contraté más obreros. Estaba harto de lo mucho que tardaban en acabarla. Venga, vamos, hagamos eso de lo cual hablamos durante tanto

tiempo —dijo, y echó un vistazo a los fogones, donde Rúan ayudaba a un esclavo a sujetar un cerdo a un espetón.

—¡Rúan! ¡Ven aquí!

Este se acercó y una mirada recelosa y confusa asomó a sus ojos verdes, temiéndose lo peor. Durante el último año el estado de ánimo de Apicio se había vuelto cada vez más voluble y con frecuencia Rúan había sido el destinatario de su ira, en general por ningún motivo, solo por estar en el momento y lugar equivocado.

Todos nos observaban, pero Apicio me guiñó un ojo y, sin previo aviso, cogió una gran sartén y la golpeó contra la encimera varias veces. Todos lo miraron.

—¡Hoy es un día para celebraciones! —Apicio me señaló con el pulgar—. ¡Tracio, vuestro *coquus*, ocupará su puesto como jefe de mi nueva escuela de cocina!

Un murmullo de sorpresa y desencanto surgió entre los esclavos, que supusieron que Apicio me concedía la libertad (una libertad que, pese a mi peculio cada vez mayor, creí que nunca me concedería). Otros soltaron gruñidos de confusión. Me ruboricé, tanto por el calor como por la intensidad de las miradas de mi personal de cocina.

—¿Una escuela de cocina? —preguntó alguien.

Nadie había oído hablar de semejante cosa, jamás.

Apicio ignoró la pregunta.

—¡Díselo! —gritó Apicio, en el mismo tono de un niño abriendo regalos la primera mañana de las Saturnales.

Alcé la voz.

—Te doy el control absoluto sobre esta cocina, Rúan. Hoy, *dominus* Apicio y yo te otorgamos el título de *coquus* del hogar de los Gavo. A partir de ahora, todos los criados de esta cocina recibirán tus órdenes.

Apicio asintió con la cabeza.

—Le mostraréis el mismo respeto a Rúan que el que le mostrabais a *coquus* Tracio. De lo contrario os someteréis a su látigo y al mío. —Parecía encantado ante la perspectiva; algunos esclavos se estremecieron ante la advertencia.

Le sonreí a Rúan, aunque sentí una profunda tristeza al pensar en lo que se suponía que debía decir. Hacía nueve años, cuando llegué al hogar de los Gavo, nunca creí que me vería en semejante situación.

Rúan se arrodilló y resbaló al apoyar una rodilla en una piel de chirivía, pero al besar la sandalia de Apicio no parecía incómodo.

—Gracias, amo Apicio. Te serviré bien como *coquus*.

Apicio apoyó una mano en el hombro de Rúan y le indicó que se pusiera en pie. Volvió a mirar a los presentes y alzó la voz.

—No os equivoquéis. Tracio seguirá siendo el jefe de esta cocina y de las de todas mis moradas. Haréis caso de sus palabras cuando estéis en presencia de él.

Me apoyé contra una mesa y procuré serenarme. Adoraba esa cocina; esas personas, apiñadas en torno a fogones tan calientes como las llamas de Vulcano, eran mi familia, y la idea de no verlos todos los días me entristecía más de lo que nunca había imaginado.

Apicio parecía imbuido de la luz de los dioses; solo lo había visto tan feliz en escasas ocasiones, en general durante algún banquete especialmente exitoso. Agitó un brazo al hablar.

—¡Esta noche celebraremos este día glorioso! ¡Todos nosotros! Rúan, prepáranos un gran banquete y todos los miembros del hogar participarán de la velada. Cocina lo que quieras; incluso dejaré que abras un tonel de vino de Falernia para los esclavos. ¿Qué te parece?

Rúan sonrió de oreja a oreja, sorprendido. En general, el personal solo

tomaba comidas sencillas en la cocina, entre un plato y el siguiente que le servían a la familia. Lo que Apicio sugería era un placer del que solo disfrutaban durante las Saturnales.

—Sí, *dominus*. ¡Con mucho gusto!

Entonces Rúan notó mi alicaída presencia y me dio un codazo.

—Serás un maestro excelente, me has enseñado muy bien todos estos años. Y también a ellos —dijo, señalando a los demás, que vitorearon y aplaudieron.

Balsamea se acercó y me estrechó entre sus brazos huesudos.

—Estoy tan orgullosa de ti, Tracio... —me susurró al oído.

Me sonrojé aún más cuando los vítores en la cocina se volvieron atronadores. Apicio a menudo alababa mi trabajo, pero mis criados jamás lo hacían; realizaban sus tareas, parecían respetarme y nunca me llevaban la contraria. Nunca se me había ocurrido considerar el modo en que yo afectaba a las personas con que trabajaba todos los días. Sentí una extraña mezcla de dicha y pena. Estaba orgulloso de haberme convertido en algo más que un cocinero, pero dejar atrás la cocina, aunque no del todo, me resultaría difícil.

Unos minutos después, Apicio, Sotas y yo estábamos ante la alta puerta junto a la que había pasado innumerables veces camino del mercado, la misma que los guardias no me dejaban cruzar. Apicio apostó guardias para que vigilaran la escuela tras el segundo episodio de las pintadas. Alguien (Apicio y yo sospechábamos de la intervención de Publio Octavio) había estado ensuciando las paredes con insultos e imágenes de hombres y mujeres gordos y glotones devorando montañas de comida o cometiendo actos lascivos. No podías confiar en esclavos para semejante tarea, así que se vio obligado a contratar guardias privados. La primera vez que vi en los libros de contabilidad cuánto les pagaba por mes casi me atraganté.

La puerta ya no era la monótona puerta de madera junto a la cual pasaba cada semana. Ahora estaba pintada de rojo y amarillo, con palabras talladas en latín que ponían «Escuela de cocina de Apicio». Era muy impresionante.

—¿Y bien? —preguntó en tono jubiloso.

Me hizo pensar en Apicata, después de haber construido casas de arena en la playa de la villa de Bayas y mientras esperaba mi aprobación. ¿Es que Apicio pretendía que le aplaudiera?

—Aún no he visto el interior, *dominus*. —No sabía qué decir ni cómo reaccionar; se me encogía el estómago: no quería admitir ante él cuánto me excitaba la idea de la escuela.

Apicio no notó mi incomodidad.

—¡Ven! —dijo, y metió la llave en la cerradura.

La puerta se abrió hacia dentro para revelar un amplio patio lleno de fuentes y varias plataformas decoradas con mosaicos donde resultaría fácil instalar divanes. Esclavos jardineros se afanaban en limpiar las pasarelas y regar las numerosas plantas. A un lado había un pequeño anfiteatro entre dos grupos de árboles; en el otro extremo del patio, columnas de mármol a lo largo de un estanque alargado. Apicio señaló la puerta situada entre las columnas centrales.

—¿Ves esa puerta?

Asentí, aún aturdido ante la idea de que mi *dominus* pretendiese que yo dirigiera esa escuela. Sospeché que no me limitaría a enseñar, sino también a montar elaborados banquetes.

Apicio seguía señalando la puerta.

—Esa, querido Tracio, es la puerta a tu futuro —dijo, y se dirigió hacia el edificio.

Por más extravagantes que fueran, los jardines no tenían comparación con el interior de la nueva escuela.



Lo primero que llamó mi atención fue el suelo, un mosaico donde aparecían imágenes de diversos dioses comiendo.

—Las escaleras conducen a las aulas y las dependencias de los esclavos.  
—Señaló las escaleras que se elevaban a ambos lados del vestíbulo.

Al final de la sala abrió la puerta, dio un paso a un lado y me dejó pasar. Le dijo a Sotas que esperara allí y vigilara.

—¿Qué te parece?

Cuando la puerta se abrió, contemplé la escena con mirada ansiosa. Era la cocina más grande que jamás había visto. O más bien cocinas, pues no era una sola gran cocina sino media docena de lugares de trabajo, cada uno completo con un fogón, un canalón con agua corriente y un gran armario para las ollas y sartenes. Además, cada lugar de trabajo disponía de un conducto en el techo para aspirar el humo del horno. Varios esclavos, ninguno de los cuales reconocí, iban y venían por la cocina o aguardaban órdenes junto a las paredes. Allí había más esclavos que en toda mi cocina.

Pero lo que me cortó la respiración fueron las encimeras: eran de pórfido muy pulido y despedían un brillo rojizo. Al ver esa piedra maravillosa me quedé inmóvil: ¿cuánto tendrían que costar las clases de cocina para compensar el coste de la construcción de la escuela? ¿Podrían compensarlo? Me pareció que no.

—¿Y bien? ¿Te gusta lo que ves? —volvió a preguntar Apicio.

—Sí —dije, debatiéndome entre el júbilo y la desesperación. ¿Qué pasaría si no lograba volverla viable? ¿Qué clase de nueva jugarreta me habían hecho los dioses?

Me acerqué al primer lugar de trabajo y apoyé la mano en la brillante encimera de pórfido.

—Mira. —Apicio se aproximó a una serie de estantes en la pared y extrajo

una cesta llena de cuchillos, cucharas y otros utensilios de cocina—. Y mira esto. —Señaló otra hilera de estantes bajos.

Todavía no sabía qué decir, así que recorrí el suelo enlosado hasta los estantes. Tres esclavos se apresuraron a ayudarme a alcanzar los más elevados, sobre los cuales reposaban docenas de fuentes, bandejas de plata, copas y platos. Apicio solo me dejó echar un breve vistazo antes de conducirme hasta una ancha puerta a un lado de la cocina. La abrió para revelar una enorme sala de banquetes y numerosos divanes, algunos capaces de alojar hasta dieciocho comensales.

Me quedé boquiabierto.

—¡Esto rivaliza con cualquier cosa imaginada por el César!

—¡Chitón, podrías insultar a Publio Octavio! —exclamó Apicio, soltando una risita.

—No sé qué decir, *dominus*. Es realmente magnífico.

Recorrí el marco de la puerta con los dedos; era de yeso, en forma de pequeños pájaros que sostenían racimos de uva en el pico.

—No digas nada. Ahora has de centrarte en preparar tu primera clase. — Apicio les indicó a los esclavos que cerraran la puerta de la sala y se volvió, dispuesto a marchar.

Lo seguí.

—¿Cuándo será la primera clase, *dominus*? ¿Cómo lo sabrá la gente? ¿Cuánto debo cobrarles? —solté apresuradamente.

La alegría se borró de su mirada.

—La semana que viene. Primero se lo diremos a mis clientes y ellos nos ayudarán a conseguir alumnos. Le cobrarás diez denarios a cada alumno por cuatro clases semanales.

—¿Diez denarios? —me asombré, incapaz de creer que Apicio exigiera

una suma tan ínfima—. No quiero ser irrespetuoso, *dominus*, pero ¿cómo recuperaremos el coste de la construcción si no cobramos más?

—Eso no importa —masculló—. Lo que queremos, Tracio, son alumnos, la mayor cantidad posible de alumnos. Quiero que preparen mi comida en todos los hogares de Roma.

Apretó el paso y tuve que trotar para mantenerme a la par. Se detuvo cuando alcanzó la puerta que daba al jardín delantero, donde aguardaba Sotas.

—Si optas por quedarte aquí algunas noches, encontrarás un apartamento amueblado en la segunda planta —dijo, y le hizo un gesto a Sotas, que se quitó un cordel del que colgaba una llave corta y me lo entregó—. Sin embargo, quiero que sigas aconsejándome sobre los asuntos del *domus* —prosiguió—. Espero verte allí todas las mañanas y que estés presente cuando no tengas que dictar clases. Ven a verme dentro de dos días con tu plan para la escuela y juntos informaremos a mis clientes.

Me quedé mudo. La sonrisa regresó al rostro de Apicio y me palmeó la espalda.

—Ahora familiarízate con la escuela, pero espero verte en el *domus* para la celebración de esta noche. ¡Este es un día glorioso, Tracio! ¡Los dioses me sonrían!

—Sí, *dominus*. Gracias, allí estaré —contesté, confiando en parecer sincero. Sotas me lanzó una sonrisa burlona: sabía lo que yo estaba pensando.

—¡Bien! Te veré esta noche.

Apicio le hizo un gesto a Sotas y se marchó.

Una vez que mi amo desapareció, observé como los esclavos porteros cerraban las puertas y apoyé las manos en la magnífica encimera fresca y roja; tenía tantas ganas de reír como de llorar. Dirigir una cocina era una cosa, pero, ¡ay, dioses!, ¿una escuela de cocina? Los alumnos, la

planificación de las clases, encargar los ingredientes, promocionar la escuela: la cantidad de trabajo que me aguardaba era impensable.

Al principio, la escuela fue un éxito. Decidí que empezaría con una serie de clases sobre salsas, sobre cómo preparar aves de corral y cómo planear y organizar pequeños banquetes. Las clases se llenaron de alumnos; los clientes de Apicio ansiaban que sus esclavos aprendieran a servir esos platos increíbles. El primer mes rechazamos a numerosos postulantes. El inicio fue un tanto ajetreado, pero pronto todo comenzó a avanzar a buen ritmo.

También decidimos celebrar algunos banquetes multitudinarios para enseñarles a los alumnos el modo de organizarlos con éxito. Inicialmente intenté que el personal de esos eventos solo estuviera formado por alumnos, pero bastó con un banquete desastroso para que eso cambiara.

Era el tercero que celebrábamos en la escuela. Hubo muchos asistentes a los dos primeros, miembros de las familias más destacadas de Roma pese a las advertencias de que los banquetes estaban destinados al aprendizaje y que asegurar la calidad y el servicio era casi imposible, sobre todo al nivel al que estaban acostumbrados algunos comensales.

Aquella noche Herodes Agrippa, el futuro rey de los judíos y amigo de Druso, el hijo de Tiberio, estaban entre los asistentes. No me habían informado de que sería un comensal y que no podía comer gran parte de los platos que servíamos.

Tycho regresó con el primer plato: albóndigas de cerdo.

—Herodes Agrippa no puede comer esto, Coquus.

A sus espaldas apareció otro muchacho con un guiso de cerdo.

—Ni esto —dijo, dejando el cuenco con los otros platos sucios.

—¿Qué puede comer, pues? —me preguntó Tycho.

A lo largo de los últimos años había pasado a ser mi asistente y dejado su puesto de servidor. A los diecisiete años ya no era el efebo que solía revolotear por el patio de Apicio; tenía una barba incipiente y rizos oscuros enmarcaban su cara dorada.

Reflexioné sobre el menú.

—Tal vez el pollo de Numidia y las remolachas. Asegúrate de que se lo sirvan de inmediato.

Poco después, una de las servidoras entró corriendo en la cocina con la cara anegada en lágrimas.

—¿Qué pasa, muchacha? —pregunté, después de que se desplomara en un taburete en un rincón de la cocina y se cubriera el rostro con las manos.

—Derramé vino en el atuendo del príncipe Herodes —dijo entre sollozos. Tenía el labio partido y ensangrentado y balbuceaba—. Druso se enfadó y me pegó.

Solté una maldición, dejé a la muchacha allí y corrí hasta el triclinio con otra frasca de vino y una toalla limpia. Me acerqué e hice una reverencia.

—He oído lo que ha ocurrido, príncipe Herodes. Te he traído una toalla y más vino.

El príncipe me sonrió, sus ojos oscuros brillaban.

—Gracias —dijo, cogiendo la toalla.

Escancié el vino con cuidado de no derramar ni una gota. Había una pequeña mancha húmeda en su manga.

—¿Eres el *coquus*? —me preguntó Druso.

—Sí —contesté, haciendo una reverencia.

—Tus banquetes son célebres en toda Italia. ¿Qué ha pasado esta noche? He sido humillado ante mi amigo —dijo en tono sombrío y amenazador.

Se rumoreaba que Druso era muy irascible.

—Te presento mis más profundas disculpas. Esta es una escuela, *dominus*.

Muchos de los alumnos aún están aprendiendo a servir con la elegancia que merece alguien que ocupa tu ilustre posición —expliqué, rogando a Pax que mis halagos lo calmaran.

Herodes apoyó una mano en el brazo de su acompañante para apaciguarlo.

—Ahora comprendo, amigo mío. Debemos ser pacientes con estos esclavos. Aprenderán de sus errores si les enseñamos a mejorar.

Las mejillas de Druso se tiñeron de rojo. Estaba furioso. Hablé antes de que él pudiera hacerlo.

—Te agradezco tu bondad. Haré que te sirvan un plato de pollo.

Herodes asintió y luego cambió de tema, preguntando a Druso acerca de nuestras costumbres romanas. Me retiré de la mesa y cuando alcancé la cocina vi que el pollo de Numidia estaba listo para ser servido.

Pero la piel no estaba lo bastante oscura y detuve a Tycho antes de que llevara el plato a la mesa y le pedí que comprobara si estaba bien cocido. Observé mientras él cogía un cuchillo y separaba la pata del resto del pollo. El jugo no era transparente.

Le di las gracias a Júpiter por cuidarme y ordené que cocieran el pollo unos minutos más. No dejaría que aquel día ocurriera otra desgracia.

—¡Deberías haberlos hecho azotar a todos! —rugió Apicio esa noche tras el banquete, cuando se enteró de lo ocurrido.

—Estos esclavos pertenecen a otros, *dominus* —argumenté. Estaba en su derecho de castigar a esos esclavos en su nombre y en su propiedad, pero existían ramificaciones políticas que no había tenido en cuenta. Y que intenté explicarle.

—¿Y qué hay del hecho de que me vi avergonzado ante un hombre que goza de la protección de Tiberio? Adora a Herodes como si fuera su propio

hijo y lo tratamos como si fuera basura, sirviéndole comida inadecuada y arrojándole vino. ¡Mi reputación ha sido mancillada por esos alumnos!

—Herodes Agrippa estuvo muy comprensivo, fue muy bondadoso con los criados porque sabía que están en proceso de aprendizaje.

Apicio apretó las mandíbulas.

—Arregla esto, Tracio. Si esto vuelve a ocurrir, serás tú quien será azotado. No me avergonzarás, ni tú ni los alumnos de esta escuela.

Abandonó la habitación hecho un basilisco y yo me desplomé en una silla, dando gracias de que no hubiera optado por castigarme allí mismo.

A partir de ese día traje esclavos de la villa de Apicio para que ayudaran a los alumnos durante los banquetes.

Tras varios meses de dictar clases, cuando ya creía haber superado los problemas más importantes de la escuela, surgió un nuevo desafío: empecé a sospechar que uno de los nuevos alumnos podría ser un espía de Publio Octavio. Era un liberto que se dedicaba a perturbar las clases haciendo preguntas frívolas, mostrándose beligerante y provocándome o menospreciándome en clase. Procuré ser paciente.

Al final opté por llamar a Tycho y le dije que ese día siguiera al alborotador después de clase y nos informara a mí y a Apicio.

Confié en que el hombre no se presentaría en mi clase sobre la preparación de granos y cereales, pero allí estaba en su sitio habitual, en el parte delantera de la clase. Mi determinación aumentó.

Los alumnos se reunieron en torno a mi encimera.

—Hoy aprenderemos a preparar diversos platos de lentejas y guisantes. Yo haré una demostración y después vosotros prepararéis vuestros platos. — Cogí un gran tarro de terracota y lo destapé para mostrarles que estaba lleno

de lentejas frescas, cogí unos puñados y los añadí a la olla de bronce en la encimera, incorporé un poco de agua y cogí una pizca de polvo blanco de un tarro diminuto que guardaba a un lado de la encimera. Alcé la voz para que los alumnos pudieran oírme más allá del chisporroteo del agua cayendo en la olla—. Añadid una pizca de bicarbonato y un poco de agua, luego ponedlo a hervir a fuego lento.

Revolví la mezcla antes de poner la olla en el fogón y esperé mientras los alumnos tomaban notas en sus tablillas de cera.

El alborotador no tardó en tomar la palabra para hostigarme a preguntas. Harto, lo expulsé de la clase pese a sus protestas: que su patrono se enfurecería conmigo y con Gavo Apicio. Le hice una señal a Tycho y este se dispuso a seguirlo, tal como yo le había ordenado.

Esa noche, una vez más en el Palatino, Apicio y yo estábamos revisando nuestras notas para el libro de salsas cuando Sotas hizo pasar a Tycho.

—¿Qué has averiguado?

—Lo seguí hasta el *domus* de Publio Octavio.

—¡Maldito sea! —Furibundo, Apicio atravesó la habitación y golpeó el marco de la ventana con la mano—. ¿Cómo se atreve? —exclamó y contempló el Foro débilmente iluminado a sus pies—. ¿Cuántas de esas figuras borrosas en las calles son espías de Publio Octavio? ¿Es que nunca me libraré de él? —Tragó saliva, inspiró hondo y pareció recuperar el oremus; miró a Tycho, de pie junto a la puerta con expresión aterrada—. Tracio se encargará de añadir cincuenta denarios más a tu peculio.

Tycho y yo tomamos aire.

Apicio prosiguió.

—Ahora vete. No le hables a nadie de esto o te quitaré el dinero y te haré



azotar hasta dejarte a las puertas del Inframundo.

Tycho asintió con la cabeza y chocó contra Sotas al retroceder para abandonar la habitación. El hombretón lo siguió con la mirada mientras se alejaba por el pasillo.

Apicio volvió a mirar por la ventana y tamborileó el alféizar con los dedos mientras reflexionaba.

—Así que Publio Octavio quería mis recetas, pero no soportaba la idea de que descubriera que enviaba a un esclavo. Se acabaron las sutilezas —dijo, alzando la voz, sin volverse—. Mañana expulsarás al espía, Tracio. Dile que su amo puede dirigir sus protestas a mí, algo que dudo que ocurra. Y de aquí en adelante no aceptaremos ningún alumno a menos que yo conozca al patricio que lo envía.

—Sí, *dominus*.

Ese año por fin acabé el libro de las salsas. Entre la escuela y el programa de agasajos cada vez mayor de Apicio, apenas teníamos tiempo de nada y aún menos de comprobar todas las recetas para asegurarnos de que no contenían errores. Contratamos varios escribas para ayudarnos a hacer copias, con la esperanza de que se vendiera bien. Supuse que la mayoría de mis alumnos le pediría a su amo que comprara una copia para ellos; Fannia también había hecho correr la voz entre sus amigos. Asimismo, le enviamos una copia a Ovidio, que hacía poco había sido exiliado a la isla de Tomis por escribir un poema que supuestamente incitaba a Julia, la hija de Augusto, a urdir el derrocamiento de su padre. A pesar del destierro, la influencia de Ovidio era grande, sobre todo entre las familias acaudaladas de las ciudades de vacaciones a lo largo de la costa. Nos dijo que había enviado numerosas cartas a amigos de lugares remotos y que nos preparásemos para recibir pedidos de copias. Y Apicio planeaba regalarles pergaminos a sus amigos, un gesto que lo hacía sentirse generoso pero no llenaría las arcas.

Al menos no había ni rastro de Sejano. A menudo me olvidaba de él durante semanas. De vez en cuando nos llegaban noticias de que había conquistado una u otra tribu germana, pero ningún informe directo. Confiaba que dichas noticias llegaran en un carro que contuviera su cadáver. Pero no cayó esa breva.

Unas semanas antes del festival anual de las Saturnales a finales de

diciembre, me armé de valor para pedirle un gran favor a *dominus*: quería casarme con Passia. Era una osadía. Aunque formalizar el matrimonio entre esclavos era algo corriente en muchos hogares, Apicio no había aprobado esa costumbre con anterioridad. ¿O acaso se trataba de que nadie se había atrevido a pedirle permiso? Intenté ver el lado positivo de la situación: que estaba en buena posición con él y que cada vez me trataba más como a un amigo. No me consideraba ni me trataba de la misma manera que a los demás esclavos. A medida que se volvía más viejo trataba a sus esclavos con mayor crueldad, pero a mí con mayor bondad. Consideraba que mi opinión era valiosa y se mostraba muy generoso con mi peculio, aunque nunca hablaba de mi futuro excepto en relación al suyo.

El día que fui a verlo estaba muy nervioso. En los diez años desde que llevaba en su hogar nunca le había pedido nada y, debido a ello, no tenía ni idea de cómo reaccionaría. Me detuve ante las grandes puertas de la biblioteca y me sequé el sudor de la frente. Elevaba una oración a los dioses cuando oí que, en tono receloso, preguntó:

—¿Quién es?

Debía de haber oído el rumor de mis sandalias. Sotas se asomó a la puerta y me hizo pasar. Me obligué a entrar en la habitación.

—Soy yo, *dominus*.

Apicio se puso de pie. Me inquietaba que estuviera de mal humor, como a menudo lo estaba esos días, pero se mostró jovial.

—Precisamente el hombre al que quería ver. ¡Siéntate y háblame de la escuela! —dijo, indicando una ornada silla de madera de haya al otro lado del escritorio ante el que estaba sentado—. Estás dictando clases sobre los banquetes de las Saturnales, ¿verdad? —preguntó cuando tomé asiento.

Aferré las garras de león de los apoyabrazos y me obligué a sonreír. Las velas de los candelabros titilaron cuando una ligera brisa entró por la ventana.

—Sí, *dominus*. En las clases de esta semana tenemos más alumnos que en las de las de la semana pasada, pero ¿no debieran ser los patricios quienes acuden a mis clases sobre las Saturnales? —pregunté, bromeando y refiriéndome a la antigua costumbre de que amos y esclavos intercambiaban su condición durante el festival de una semana de duración.

Para mi alivio, Apicio me lanzó una sonrisa burlona pero no cruel.

—Tal vez. ¡Pero dudo que mis esclavos tengan ganas de comer la comida que yo preparo! Están acostumbrados a tus exquisiteces —comentó, peroladeó la cabeza y me miró con mayor atención—. Pero no es por eso que has venido, ¿verdad, Tracio? Estás sudando, muchacho. Suéltalo, ¿cuál es el problema?

Me quedé mudo. Antes de hacerle la pregunta había confiado en descubrir su estado de ánimo y luego aventurarme.

—Yo, eh...

Apicio parecía más preocupado que enfadado.

—Esto no es propio de ti, Tracio. Dime, ¿qué pasa?

Estaba tan nervioso que lo solté todo.

—Nunca te he pedido nada, *dominus*, y sé que lo que te pido tal vez sea demasiado, pero por favor, considera mi pedido. Ya han pasado ocho años y yo... quiero casarme con Passia.

Apicio abrió la boca dispuesto a hablar, pero antes de que pronunciara una palabra la voz de Aelia lo interrumpió.

—¡Pues sí, Tracio! ¡Debes casarte con esa muchacha! ¡Te ayudaré a planear la boda! —Mi ama entró en la habitación, su estola azul agitándose en torno a ella. Se acercó por detrás, me abrazó y se dirigió a Apicio—. Por supuesto que debe casarse con ella, ¿verdad, querido esposo?

Su mirada advirtió a Apicio que no osara decir que no. ¡Ay, cuánto

adoraba a Aelia en ese momento! Su gesto fue uno de los más bondadosos que alguien hubiese tenido conmigo jamás.

Mi amo frunció el ceño como decidiendo si se enfadaría o no. Movi6 el pergamino que sostenía. El silencio era insoportable.

Por fin habló, pero sin alzar la vista.

—No, Tracio, debo decir que no. No puedes casarte con ella.

Me quedé sin respiración. Hacía una hora me había preparado para una decepción, pero había cobrado esperanzas cuando Aelia habló a mi favor. Y aquella negativa me atenazó el corazón.

—¿Y por qué no? —preguntó Aelia sin amilanarse. La incredulidad hizo que hablara en tono más agudo.

—Porque yo lo digo. Tracio no necesita distracciones —repuso él en tono duro. Hojeó los pergaminos apoyados en su escritorio, negándose a mirarnos a los ojos—. Ambos podéis retiraros.

Me quedé boquiabierto, hasta que Aelia me cogió del brazo y me condujo fuera de la biblioteca. Antes de cerrar la puerta detrás de nosotros, Sotas me lanzó una mirada compasiva.

—¡No desesperes, Tracio! —Aelia me apoyó una mano en el hombro—. Seguiré intentándolo. No sé por qué su corazón es tan frío. Tú eres todo su mundo.

Aunque no lo dijo, sus palabras lo dejaban claro: a menudo yo era más importante para Apicio que ella. Que los dioses la bendijeran; a excepción de aquella mañana, antes de que Apicio y yo nos embarcáramos a Cartago, ella nunca había manifestado celos, solo aprecio por mí y Passia.

—No, *domina*, tú eres su mundo. Yo solo elevo ligeramente su pedestal en esta tierra.

Ella me dedicó una sonrisa bondadosa.

—¿Se lo has dicho a Passia? ¿Se entristecerá al oír la noticia?

—No —dije, negando con la cabeza—, no podría soportar su desencanto. No le dije que hoy se lo pediría a Apicio, pero siempre soñamos con poder casarnos de verdad.

—Conserva tu sueño. Juntos, lograremos que Marco cambie de parecer.

Antes de marcharse volvió a estrecharme entre sus brazos. Helena, cuya presencia no había notado —pero que, como siempre, estaba donde estaba Aelia—, pasó por mi lado siguiendo a su ama.

Regresé a mi cubículo, donde podía ordenar mis pensamientos. No quería que Passia viera la tristeza y la rabia que me envolvían como un manto. ¿Por qué Apicio se negaba a satisfacer mi pedido? Sin mí, él no era nada. Durante los últimos diez años había trabajado interminablemente en bien de él. Si no fuese por mí, no tendría clientes, una escuela, libros de cocina ni mérito.

Sin mí, él no era nada, absolutamente nada.

Una vez cerrada la puerta, me arranqué mi placa de esclavo y la arrojé contra la pared. Un fragmento del fresco se desprendió y cayó al suelo. Quizá yo mismo tendría que pagar para que volvieran a pintarlo, pero en ese momento no me importaba. Tenía ganas de destrozarme mi habitación, pero no lo hice porque no quería explicarle el motivo a Passia, así que no rompí las lámparas de arcilla ni destrocé la almohada. Durante unos instantes pensé en arrojar mis pequeñas efigies de Edesia, Hestia, Fornax, Fortuna y Júpiter contra la pared, pero era probable que sus iras fuesen mucho mayores que la de Apicio. Así que me tendí en mi jergón y clavé la mirada en el techo, deseando que el cielo se abriera y cayera sobre mi *dominus*.

El ajetreo de los siguientes días fue constante. Debía dictar varias clases y llevar a cabo numerosos preparativos antes de las Saturnales. Era una de las fiestas más importantes del año, una semana dedicada a los banquetes y los

regalos; incluso el juego se volvía legal. Salvo si cometían una desobediencia flagrante, los esclavos estaban exentos de castigo y todos llevábamos gorras de libertos. El año anterior César Augusto había intentado reducir la fiesta de siete a tres días, pero hubo disturbios en toda Roma: la gente arrojó piedras al Foro cuando el Senado estaba reunido y quemó efigies de Augusto ante el templo de Saturno. Augusto se vio obligado a hacer concesiones y ese año prometió distribuir más raciones de cereales entre los plebeyos.

En los días anteriores a la fiesta trabajé duro en la cocina junto con Rúan: si lográbamos preparar gran parte de la comida con antelación significaría menos trabajo para todos los esclavos durante la semana. Aunque la inversión de los papeles de amo y esclavo era uno de los puntos destacados de las Saturnales, teníamos que preparar el gran banquete y las cenas, si bien teníamos permiso para sentarnos a la mesa y participar. Apicio, Aelia y ese año también Apicata servirían los platos principales a los esclavos, aunque nosotros debíamos preparar todas las comidas.

La tarde del primer día de las Saturnales estaba en la cocina sentado en el suelo junto con Balsamea, Passia y Apicata, ayudándolas a envolver los regalos, cuando Tycho irrumpió jadeando.

—¡Amo, debes... —exclamó, tratando de recuperar el aliento— debes darte prisa!

Me puse en pie y sin querer derribé una caja de matatenas de arcilla confeccionada por Apicata, un regalo para Rúan.

—¿Qué pasa? —pregunté y apoyé una mano en el hombro de Tycho.

—No estoy seguro. Fannia llegó presa del pánico. Sotas la condujo hasta el atrio, pero ella me dijo que tú también fueras, dijo que era urgente.

Apicata quiso acompañarme, pero Balsamea la cogió de la mano.

—Quédate conmigo, Apicata.

—¡Soy lo bastante mayor para saber qué está ocurriendo! Y tú no puedes

decirme lo que debo hacer.

—Te ruego que te quedes, avecilla, por favor.

A los once años había empezado a darse cuenta de que éramos esclavos y que podía exigirnos lo que quisiera. Me alegré de que en ese momento no lo hiciese.

—De acuerdo —dijo, haciendo un mohín.

Recogió las matatenas que se habían desparramado; intercambié una mirada inquieta con Passia y luego seguí a Tycho por el pasillo.

Cuando llegué al atrio, Fannia aguardaba envuelta en una gruesa capa de lana. Aún llevaba la capucha puesta y no pude ver su cara. Dos esclavos vestían a Apicio para salir, envolviendo sus piernas con tiras de lana para protegerlo del frío bajo la toga antes de calzarle los zapatos rojos que indicaban que era un patricio. Otro me tendió una capa y unas botas.

—Póntelos, Tracio —ordenó Apicio en tono enfadado.

Obedecí, desconcertado. Preguntas que no osaba formular se arremolinaban en mi cabeza. ¿Por qué Apicio llevaba su toga formal y zapatos? ¿Por qué me daba prendas para ponerme? ¿Estaba enfadado conmigo? ¿Adónde íbamos?

No salimos por las puertas delanteras, sino que nos apresuramos a recorrer los pasillos de las dependencias de los esclavos hasta una de las entradas posteriores.

Apicio les dio órdenes estrictas a los guardias.

—Nadie entra ni sale de esta villa y nadie debe saber que nos hemos marchado. Si alguien acude a las puertas, le diréis que estoy enfermo y no recibo visitas, incluso si es el César en persona. Si descubro que cualquiera de vosotros me ha desobedecido, daré muerte al culpable y a todos los demás esclavos de este hogar. Y luego compraré nuevos esclavos. ¿Lo habéis comprendido?



Apicio se volvió y me lanzó una mirada furibunda, y me di cuenta de que yo había soltado un grito entrecortado. Amenazar de muerte a casi cien esclavos me pareció temerario y me quedé atónito. La mirada de Apicio me perforó y los latidos de mi corazón se aceleraron. Si estaba lo bastante furioso como para matar esclavos y varios de sus guardias, ¿qué me haría a mí si lo enfurecía?

—Sí, *dominus* —contestaron todos al unísono.

El jefe de la guardia personal nos acompañó a través de las salas y juró que informaría de sus órdenes a todos cuantos vigilaban la casa.

Unos momentos después, los tres íbamos sentados en la litera de Apicio recorriendo los caminos secundarios del Palatino y descendiendo al Foro. Me alegré de la capa abrigada que me proporcionaron: diciembre había resultado más frío de lo esperado.

Fannia y Apicio hicieron caso omiso de mí. Fannia se quitó la capucha y reveló una peluca rubia de gruesos rizos amontonados en la coronilla. Parecía una mujer que se esforzaba por parecer joven.

—¿Estás segura, Fannia? ¿Muy segura?

Apicio sostenía los bordes de la toga, estrujando la fina lana entre las manos.

—Mi espía es de confianza. Recuerda que de esa manera me enteré de la muerte del general Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo antes que el resto de Roma oyera las noticias —dijo ella, y se arrebujó en la capa.

Estaba ansioso por hacer preguntas, pero no me atrevía.

Apicio apretujó los pliegues de su toga y vi que sus nudillos estaban blancos.

—No lo comprendo. ¿Por qué ahora?

—Es culpa mía. Los vi en una fiesta la semana pasada. Fui una estúpida. Me burlé de ellos, alardeando de la cena que celebraste en honor de Claudio. No dejé de hablar con entusiasmo, como una niña abriendo un regalo de Saturnales, acerca de la comida y cuán maravilloso era cada plato. Me regodeé del sitio que ocupaba en el diván. Sé que no debería haberlo hecho, Apicio, lo sé, lo sé.

Mi pulso se aceleró. ¿De quién estaba hablando? Ya no pude permanecer callado: estaba aterrado, pensando que tal vez jamás volvería a ver a Passia.

—Decidme qué está ocurriendo, por favor.

Mi voz sonaba incorpórea, como si alguien hablara en un largo pasillo y yo estuviera en el otro extremo.

—No puedo creer que sea verdad. —Apicio ocultó el rostro en las manos. Supuse que no me había oído. Fannia sí, pero solo me lanzó una mirada compasiva.

Me arriesgué a echar un vistazo entre las cortinas. Habíamos alcanzado el Foro y Sotas y los demás esclavos conducían la litera a lo largo de uno de los caminos laterales: una elección extraña. Siempre recorríamos el camino principal a través del centro del Foro, pues Apicio siempre quería que toda Roma viera que él estaba pasando.

Tras un breve silencio, Apicio se enderezó y se agarró de las cortinas cuando los esclavos que cargaban con la litera nos transportaron por encima del empedrado del Foro. Luego me miró y vi su temor, un temor que no comprendía, un temor que parecía centrado en mí. Cuando habló, su voz era trémula.

—Livia tiene la intención de exigir tu compra para la cocina imperial.

Fue como si una lanza me atravesara el pecho. Caí contra los cojines a mis espaldas, incapaz de comprender las palabras que acababa de oír. Si la esposa del César exigía mi compra, a Apicio no le quedaba más remedio que

obedecer. Me vería obligado a servir en la cocina imperial, sometido a los caprichos de Octavio, Livia y Augusto. Nunca volvería a ver a Passia o, si lo hacía, solo en momentos robados que podrían en peligro mi vida si me descubrían. Puede que tampoco volviera a ver a Apicata, Aelia o Apicio. Quizá jamás me ganaría mi libertad ni nada parecido.

—¿Livia puede hacer eso? —grazné, pero ya sabía la respuesta.

—Ahora mismo, sí —contestó Fannia, pero a pesar de su respuesta parecía optimista.

La litera se detuvo y Sotas apartó las cortinas y nos ayudó a apearnos. Tras acomodarme la capa vi que nos encontrábamos ante la Curia Julia, la sala de reuniones recientemente completada por el César. Era el centro de numerosas actividades judiciales del Foro.

Apicio apoyó una mano en mi hombro y me condujo al interior del edificio, Fannia y Sotas nos seguían. Tanto Apicio como Fannia no dejaban de mirar por encima del hombro, como si temiesen que nos estuvieran siguiendo.

El interior de la Curia Julia era tan austero como bello. Una tenue luz invernal se colaba en la sala a través de grandes ventanas en lo alto de las paredes. Las antorchas que iluminaban el perímetro proporcionaban más luz al recinto y se reflejaban en el lustroso suelo de mármol morado y amarillo, y sus intrincados motivos de cornucopias y rosetones. Al final de la sala había un altar ornado con una gran estatua de mármol de la diosa de la Victoria de pie sobre un globo. Un brazo largo y una mano delicada tendían una corona tallada. Delante del altar había una mesa donde un magistrado recibía en audiencia y los bancos ante aquel juez casi calvo estaban llenos de personas que aplaudían... no tenía ni idea de por qué.

Apicio se dirigió apresuradamente hacia la primera fila de bancos, donde, para mi sorpresa, ya aguardaban Trio, Celera y uno de sus amigos patricios.

Fannia y Sotas se apresuraron a tomar asiento junto a ellos y yo permanecí de pie al lado de Apicio, presa de la confusión.

El lictor, el asistente del magistrado, un joven musculoso de ojos de un extraño azul marino, se acercó y susurró al oído de Apicio, que contestó en voz baja. Extrajo un gran saco de dinero de entre los pliegues de su toga y se lo entregó al joven: un soborno para pasarnos a los primeros puestos. El joven nos invitó a ocupar nuestros asientos cerca de la parte delantera de la sala. El lictor se aproximó a la mesa y le dijo unas palabras al magistrado, que se frotó la calva con una mano arrugada mientras escuchaba.

La multitud que ocupaba la sala era poco común: una mezcla de patricios, équites y numerosos esclavos sentada en los bancos. De pronto comprendí por qué estábamos allí y mi corazón empezó a palpar tanto que temí que Apicio lo oiría. Había soñado con ese día toda mi vida, pero nunca creí que se desarrollaría de ese modo.

El magistrado nos indicó que nos acercáramos a su mesa. Cuando lo hice, el juez cogió una larga vara, la *festuca*, y se la dio a su lictor. Mis sospechas se confirmaron y las rodillas me flaquearon.

El magistrado me indicó que mirara a Apicio y me volví hacia él, rogándole a Libertas que mis piernas me sostuvieran.

El lictor se posicionó a mis espaldas, apoyó la *festuca* en mi cabeza, la presionó contra mis cabellos y, en voz alta para que todos lo oyeran, dijo:

—Declaro que este esclavo es un hombre libre de Roma (*vindicatio in libertatem*), un ciudadano libre de ganarse el sustento, poseer bienes y esclavos, y tomar una esposa bajo el espíritu de la ley de nuestro César, Augusto. ¿Qué dices tú, patricio?

Apicio vaciló, su rostro expresaba su conflicto interior. El silencio era insoportable.

Cuando finalmente habló, su voz ya no sonaba preocupada como en la

litera.

—Yo, Marco Gavo Apicio, declaro a mi esclavo Tracio *vindicatio in libertatem*. También le doy su peculio, que él se ha ganado a lo largo de años de servicio en mi hogar. Es mi deseo que siga trabajando para mí, con un salario y alojado en mi casa, como un leal liberto.

Me hizo girar y pronunció las palabras que volvían irreversible mi libertad.

—*Hunc hominem liberum volo*.

Y para completar el ritual, me apartó con suavidad y me empujó hacia mi libertad. Di un paso adelante. La voz del magistrado resonó en la Curia.

—Declaro que este hombre, Marco Gavo Tracio, sea registrado en el censo como un ciudadano libre de Roma.

Un hormigueo me recorrió la piel. ¡Era libre! Podía ganar mi propio dinero, viajar, votar y hacer casi todo lo que quisiera. Nunca había sentido algo tan maravilloso.

El lictor me tocó el hombro y me volví. Indicó la placa que llevaba alrededor del cuello.

—Ya no necesitarás eso.

Me la quité y la miré fijamente, apenas podía creer que nunca más tendría que volver a llevar una placa con mi nombre. Jamás me la había quitado, excepto para dormir o tomar un baño o en un momento de ofuscación. El lictor me entregó mi nuevo *pileo*, el gorro cónico de suave fieltro gris que indicaba mi estatus de hombre libre. Lo contemplé, maravillado.

—¡Póntelo! —me instó Fannia desde su asiento en el banco.

Me lo puse y entonces comprendí por qué todas esas personas aplaudieron cuando había entrado en la sala. Esta vez, los aplausos eran para mí.

Todo acabó antes de que pudiese asimilarlo. Firmamos todos los

documentos; Trio, Celera y un amigo suyo habían acudido como testigos. Apicio le pagó mi peculio a la corte, comprando mi libertad. Después nos hizo montar en la litera a Sotas, Fannia y a mí, y todos regresamos rápidamente a la villa.

—Gracias, *dominus* —dije en cuanto nos acomodamos entre los cojines. Estaba abrumado y no sabía qué más decir.

Mi antiguo amo me sonrió.

—Tendrás que acabar con esa costumbre, Tracio. ¡Llámame Apicio!

Mi incomodidad provocó las risas de Fannia.

—A que es un maravilloso regalo de Saturnales, ¿eh, Tracio?

—Me siento muy honrado. No lo esperaba... Apicio.

Este parecía pensativo.

—Siempre he planeado concederte tu libertad, Tracio, pero debo reconocer que no de esta manera.

Fannia me palmeó la rodilla.

—Debes saber que Apicio está siendo egoísta. ¡Livia no puede comprarte si eres un hombre libre!

Sus palabras eran burlonas, pero la verdad subyacente nos incomodó, tanto a mí como a Apicio, y él desvió su mirada. Me di cuenta de que tenía ventaja, pero no tenía ganas de aprovechar la circunstancia.

—Me gustaría seguir trabajando para ti, pero...

—Por supuesto, por supuesto, te pagaré cuatrocientos denarios mensuales. También dispondrás de tus apartamentos en la escuela y en una de mis fincas hay una casita de campo que también te convendría —dijo gesticulando con las manos.

Procuré permanecer inexpresivo. Como siempre, sus sugerencias iban mucho más allá de lo necesario. ¡Solo el salario era más de lo que el César les pagaba a sus guardias pretorianos! Aceptar semejante cifra me hacía sentir

culpable, pues yo sabía mejor que nadie cuánto gastaba en comparación con lo que ingresaba. Pero la idea de poseer tanto dinero también me encantaba, un dinero que a lo mejor podría añadir al peculio de Passia.

—Gracias. Es muy amable de tu parte...

Él volvió a interrumpirme y exclamó:

—Y un ánfora mensual de vino de Falernia.

Fannia me guiñó un ojo; ella debía de saber cuán exorbitante era su oferta, ¿no?

—¿Y qué hay de su primera toga?

—¡Sí, tu primera toga, Tracio! —exclamó Apicio, batiendo palmas—. ¡Te compraré una estupenda! ¡Perfecto, está decidido!

La primera noche de las Saturnales —y de mi libertad— fue una de las más memorables de los años pasados en el hogar de los Gavo. Irónicamente, dado que era un hombre libre, suponía que debía ayudar a Apicio, Aelia y Apicata a servir los platos durante el banquete. Las nuevas circunstancias deleitaron a Passia.

—Tengo las manos pringosas, esclavo. Lávamelas. Tráeme agua perfumada. —Y agitó un dedo embadurnado de miel; estaba radiante, tendida en el diván a un lado de Helena. Ambas llevaban nuevas estolas que Aelia les había regalado por la fiesta.

Sonreí y me apresuré a alcanzarle un cuenco y una toalla.

—Permiso para hablar —pedí y cogí su mano pringosa con la mía.

—Permiso concedido —contestó con una sonrisa burlona.

Lentamente, recorrí cada dedo con la toalla húmeda y, bajando la voz para que solo ella pudiera oírme, dije:

—Más tarde, querida *domina*, me encantaría lavarte en privado.

Ella arqueó una ceja.

—Creo que primero habrás de demostrar lo que vales, muchacho.

Le dediqué una reverencia.

—Haré todo lo que me pidas, *domina*.

—Bien. Ahora tráeme más buñuelos de miel. Y volverás a limpiarme las manos cuando te llame.

Le guiñé un ojo.

—Sí, *domina*. Por ti, lo que quieras.

Esa noche nuestro amor supo más dulce que toda la miel de Iberia.

Para Apicata la situación resultaba confusa.

—¿Por qué mi padre no le concede la libertad también a Passia?

Formuló la pregunta durante la cena esa primera noche, cuando nos ayudaba a Aelia y a mí a cargar los segundos platos en las fuentes. Apicio estaba en el triclinio, sirviendo a Sotas y Rúan.

Passia me lanzó una mirada perpleja. Aelia pareció alarmarse, pero se hizo cargo de la situación y rodeó a su hija con el brazo. Apicata había crecido mucho en el último año.

—Tracio se ha afanado en promover los intereses de tu padre entre los miembros de la sociedad romana, tesoro. Los esclavos alcanzan la libertad en momentos diferentes y algún día Passia alcanzará la suya, pero de momento es feliz aquí. Si obtuviera la libertad, tanto Tracio como Passia podrían mudarse a otro lugar y tú no querrás eso, ¿verdad?

Aelia había dado en el meollo del asunto y sentí una gran congoja: mientras yo fuera importante para su éxito, Apicio nunca vendería a Passia ni le concedería la libertad.

—Eso es ridículo. —Apicata resopló y contempló a su adorada esclava arqueando una ceja—. Passia jamás nos abandonaría, ¿verdad?

No pude reprimir una sonrisa cuando Passia la abrazó para tranquilizarla.



La certeza de la niña resultaba estimulante; en momentos como ese siempre me embargaba un profundo afecto por nuestra pequeña *domina*. Ella tenía razón: esa era nuestra familia. ¿Cómo podíamos marcharnos?

No estaba preparado para la manera en que Sotas recibió la noticia. Durante gran parte de las Saturnales me trató con frialdad, se negó a sentarse a mi lado en los divanes, a partir el pan conmigo e incluso a mantener algo más que una conversación superficial. Cogió el regalo que le ofrecí, un nuevo par de excelentes sandalias de cuero, pero no me lo agradeció ni se las probó.

—Háblame, Sotas —le dije un día mientras la familia jugaba a las matatenas en el atrio con los esclavos.

—No tengo nada que decir.

—Pero ¿qué he hecho? —Sabía que no se trataba de lo que había hecho sino de en qué me había convertido: yo era un liberto, él no.

—Nada —gruñó.

—Supongo que te das cuenta que no soy completamente libre. Seguiré siendo su cocinero y su consejero.

Él se negó a mirarme.

—Pero puedes marcharte cuando quieras.

—No, no puedo. ¿Adónde iría? ¿Y cómo podría vivir sin Passia?

El hombretón se encogió de hombros y se negó a seguir hablando.

El último día de las Saturnales Apicio me pidió que lo acompañara a la biblioteca. Cuando llegamos, despidió a Sotas, que ni siquiera me miró, luego se acercó a su escritorio, recogió un gran paquete y me lo tendió.

—Lo que te prometí.

Miré el paquete, preguntándome qué clase de promesa contendría.

—Adelante, ábrelo.

Rompí el sello de cera y lo abrí: era la toga prometida. No la desplegué, pues no tenía ni idea de cómo volver a plegarla. Era de caro hilo blanco y sabía cuánto costaba: había comprado muchas togas similares para Apicio, como obsequios para sus amigos.

—No sé qué decir.

—No digas nada —repuso él, sonriendo—. Enviaré a mis esclavos a tu cubículo para que te ayuden a ponértela. Asegúrate de decirle a uno de ellos que le muestre a Tycho cómo ajustar una toga: a partir de ahora necesitarás su ayuda todas las mañanas.

La idea de llevar una toga todos los días era una de las escasas cosas relacionadas con mi libertad que me disgustaban: daban calor y eran incómodas.

—Gracias, Apicio. Gracias por todo.

—Puedes retirarte. ¡Felices Saturnales!

Reprimí una reverencia y fui a mi cubículo para someterme a la novedad de que alguien me vistiera.

Esa noche celebramos un gran banquete con todos los esclavos de Apicio, tanto los de la villa como los de la escuela. Fue una velada muy festiva, por todas partes jugaban a los dados y las matatenas. Descartaron las togas a favor de la *synthesis*, un atuendo vistoso e informal no tolerado en las cenas. Todas las zonas comunes disponían de un ánfora de vino, la comida era abundante y Apicio se mostró especialmente generoso con todos sus esclavos y clientes. Por la mañana, durante la *salutatio*, los clientes más pobres de Apicio recibieron una propina muy generosa, una costumbre de los hombres

más acaudalados de Roma durante las Saturnales y algo con lo cual los clientes contaban para comprarles regalos a sus familias.

Nos encontrábamos en el triclinio escuchando los discursitos de los esclavos, burlándose de los amaneramientos y tonos de voz de la nobleza. Helena nos hizo reír a carcajadas con su discurso, fingiendo que era una patricia asistiendo a una mala obra teatral.

—¡Y todos esos lamentables desgraciados del coro! —dijo en tono afectado—. ¿Quiénes se creen que...?

Helena se interrumpió cuando un esclavo portero irrumpió en el atrio, gritando.

—¡La emperatriz Livia está aquí, *dominus*, la emperatriz está aquí!

Se me hizo un nudo en la garganta. Passia se acurrucó contra mí, temblando.

—¡Ay, poderosa Hera, no dejes que me quite mi amor! —susurró.

Livia entró antes de que nadie pudiera reaccionar. La acompañaba un pequeño séquito que incluía a Publio Octavio. No llevaba peluca y sus cabellos se habían vuelto más blancos desde la última vez que la vi. Parecía vieja. Vieja y decidida.

Apicio inclinó la cabeza y luego se enderezó. Parecía asistido de una seguridad que yo jamás le había visto. La confianza en sí mismo lo envolvía como un manto.

—Apreciada Livia, ¿a qué debemos el honor de tu presencia en semejante velada especial de las Saturnales?

Ella no se inmutó ante la mención de que era una fiesta sagrada.

—He venido a comprar tu cocinero, Apicio, y esta vez no aceptaré un «no» por respuesta.

Apicio sonrió sin perder su expresión jovial.

—Da un paso adelante, Rúan —dijo, señalando a mi amigo, de pie a unos

pasos de Passia y de mí—. La emperatriz quiere comprarte.

Rúan me miró, horrorizado. Yo me quedé boquiabierto, las palabras de Apicio me habían espantado.

Octavio se abrió paso entre los esclavos que flanqueaban a Livia. Tenía el rostro morado como una remolacha.

—¡Ese no es su cocinero! —gritó, y me dirigió la mirada—. ¡Es ese!

Livia miró a Apicio y la cólera acentuó las arrugas que le rodeaban los ojos. En un tono tan abrasador como las llamas de las vestales, dijo:

—¿Intentas engañarme?

Apicio entornó los ojos, frunció los labios y adoptó una expresión perpleja.

—Pues no. Rúan es mi cocinero. El hombre al que señala Publio Octavio es mi amigo.

—¡Ese es su esclavo cocinero, es él! —chilló Octavio, salpicando saliva. Agitó el dedo índice como un maestro señalando a un alumno. Creí oír la risa de Fannia desde el otro lado del atrio.

Apicio sonrió y palmeó el hombro de su rival.

—Ah, querido Octavio, ahora comprendo tu confusión.

Octavio apartó el hombro bruscamente.

—Este hombre solía ser mi esclavo y mi cocinero, estimada señora, pero eso ya no es así. Ahora es un liberto leal y un ciudadano de Roma —dijo Apicio; chascó los dedos en dirección a Sotas y añadió—: Tráeme los documentos.

Sotas fue en busca de la copia de Apicio; los míos estaban guardados en mi cubículo.

Passia me abrazó con tanta fuerza que me dejaría moratones en las costillas. Octavio me escudriñó y me di cuenta de que buscaba mi placa de esclavo o un tatuaje de identificación que no hubiera sido eliminado. ¡Gracias

a los dioses, Apicio no me había marcado a fuego, tal como solían hacer algunos dueños de esclavos!

Livia cruzó los brazos. La situación no le hacía gracia y sospeché que le soltaría una bronca a Octavio cuando se marcharan.

—¿Lo liberaste? —exclamó Octavio en tono incrédulo.

Apicio asintió con la cabeza.

—Pues sí, por supuesto. Recompensó a quienes son fieles y trabajan duro.

Sotas volvió, le entregó los documentos a Apicio y regresó a su puesto. Este se los alcanzó a Livia.

—Verás que son correctos. Hace dos días fuimos a la Curia; quería darle una sorpresa a Tracio por las Saturnales.

Livia echó un vistazo a los documentos y luego se los pasó al viejo y arrugado secretario que la acompañaba. Este los revisó y se los devolvió a Apicio.

—Son documentos auténticos, firmados por el número necesario de testigos.

Mientras el secretario revisaba los documentos noté que Livia clavaba la mirada en Fannia, una mirada muy sombría.

Aelia dio un paso adelante y se unió a su esposo.

—Detestaríamos que tu visita resultara en vano, emperatriz Livia. Nos encantaría que tú y Publio Octavio participarais en nuestro banquete de Saturnales, si podéis.

—Nuestra visita de hoy no ha sido en vano. —Octavio señaló a Rúan—. Confío en que tres mil denarios serán suficientes, ¿no?

Apicio negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Vamos, Octavio, tú conoces el valor de mis cocineros. No puedo aceptar menos de ocho mil denarios.

Creí que Rúan se desmayaría. Passia se puso tensa. Apicio estaba jugando

un juego peligroso, regateando con Livia y Octavio.

La emperatriz no parecía complacida, pero aceptó el regateo.

—Seis mil y ni un denario más.

—Eso es aceptable. ¿Puede quedarse con nosotros esta noche, para nuestro banquete de Saturnales? En esta casa es muy apreciado.

—Muy bien. —Livia estaba enfadada pero resignada—. Mañana enviaré a mi esclavo para redactar los documentos y llevárselo —dijo, haciéndole un gesto a su secretario y luego, recuperando su sentido del protocolo, cogió las manos de Aelia—. Te agradezco tu generosa invitación, pero hemos de marcharnos.

Creo que solo volví a tomar aire tras ver la última sandalia del último esclavo de su grupo. Passia me soltó por fin.

Todos excepto Apicio parecían aturridos. Rúan parecía a punto de echarse a llorar. No dejaba de alisarse los rizos pelirrojos con la mano, algo que solía hacer cuando estaba disgustado. Balsamea le frotó el brazo, intentando tranquilizarlo.

Apicio batió palmas y el sonido reverberó en la habitación.

—¿Qué opináis todos? ¿Abrimos el vino de Falernia?

La mayoría de los esclavos empezó a vitorear. Apicio me indicó que acompañara a Rúan, un gesto bondadoso que me sorprendió. Balsamea, Sotas, Passia y yo lo condujimos al pasillo que daba a los jardines, donde procedimos a pasar la última noche de Rúan en la villa, tristes pero gloriosamente borrachos.

Esa misma noche, más tarde, Sotas me llevó aparte y me tendió una copa de vino: una ofrenda de paz.

—No me he portado bien contigo, Tracio. Te ofrezco mis disculpas.

—No son necesarias, amigo mío —dije, cogiendo la copa.

—Si no fueras libre no estarías aquí ante mí. Agradezco a la diosa por ello.

Alcé la copa.

—Agradécámosle juntos.

Y bebimos.

## SEXTA PARTE

10 d.C. a 11 d.C.

### POLLO DE PARTIA

Coge el pollo por las patas y córtalo en cuartos. Muele la pimienta, el levístico y un poco de alcaravea. Vierte el garo y perfuma con vino. Dispón los trozos de pollo en una fuente de cerámica y vierte la salsa por encima. Disuelve laser fresco (silfio) en agua tibia, viértelo inmediatamente sobre el pollo y cocínalo. Espolvorea con pimienta y sírvelo.

Libro 6.8. 3, «Aves de corral»  
*Acerca de la Cocina, APICIO*



Durante el primer mes y tras aquella noche fatídica, la ausencia de Rúan nos complicó la vida a todos. No solo había perdido un amigo y un asistente de confianza sino que, pese a mi reciente libertad, estaba más ocupado que nunca. Como de muchas maneras yo seguía siendo el *coquus* de facto, nunca habíamos encontrado un asistente para Rúan, y eso significaba que, aunque estaba a cargo de dirigir la escuela, dada la ausencia de Rúan me vi obligado a hacerme cargo de muchas de mis anteriores tareas en el hogar. Al final de cada día estaba exhausto.

Ya habían pasado más de seis meses y aún no habíamos hallado un cocinero que reemplazara a Rúan. O más bien, no habíamos hallado un cocinero que satisficiera mis elevados estándares y los de Apicio. Compramos unos cuantos esclavos para realizar la tarea, pero al final siempre quedaban relegados a otras partes de la cocina, así que si bien parecía que estaba libre, en realidad no era así. Pero al menos entonces me pagaban bien, mucho más de lo que ganaría trabajando por mi cuenta.

Una mañana, durante la *salutatio*, un mensajero se presentó ante la puerta de la villa; su túnica estaba embarrada, como si hubiese recorrido una gran distancia.

—Vengo de parte de la familia de Numerio Cornelio Sila —dijo y le entregó un pergamino a Apicio. Aguardó mientras este lo leía.

Me pregunté qué contenía ese pergamino. Sila, perteneciente al gran *gens*

de los Cornelio, había sido prometido en matrimonio a Apicata varios años atrás. Últimamente, Apicata había hecho preguntas acerca de su futuro esposo; casarse con un hombre que casi la cuadruplicaba en edad le resultaba difícil de comprender, pese a su riqueza y su rango de general en el ejército del César.

Apicio despidió al mensajero con un gesto.

—No hay respuesta —dijo.

El hombre se marchó con la misma rapidez con que había llegado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Apicio no contestó y se alejó con el ceño fruncido y expresión irritada. Desenrollé el pergamino y descubrí que Sila había muerto a principios de octubre, a manos de unos bandidos mientras regresaba a Roma desde Germania tras ser dado de baja del ejército a causa de una herida en el hombro.

Comprendí el silencio de Apicio: de nuevo tendría que buscarle un esposo adecuado a su hija.

Passia me dijo que Apicata casi no hizo ningún comentario cuando Aelia le dio la noticia. No obstante, percibí una sensación de alivio en ella en las semanas siguientes. No la culpaba: su prometido había sido más viejo que su padre.

Rúan solía visitarme de vez en cuando; entraba por la puerta trasera y me buscaba en la cocina o el jardín. Una dorada tarde de otoño me encontró en la villa, ocupándome de los cerdos. Tras nuestros experimentos de engorde de los patos para que sus hígados fueran más deliciosos, Apicio y yo decidimos aplicar el mismo método a los cerdos. Teníamos cuatro en una pocilga más pequeña que los demás y los engordábamos mediante raciones diarias de

varias libras de higos secos. Una vez engordados, planeábamos darles una última ración de higos, proporcionarles hidromiel para que los higos se hincharan y emborracharlos hasta la muerte. Cifraba grandes esperanzas en que los hígados resultantes serían una de las mayores exquisiteces creadas por mí.

Acababa de arrojar los últimos higos en la pocilga cuando llegó Rúan. Apoyó su pálido torso contra la cerca y observó los animales mientras comían. Incluso después de pasar años al sol de Roma, no se había bronceado; su piel se enrojecía, así que tendía a evitar las horas más soleadas. Arrojó una astilla de madera a la pocilga.

—Supongo que te das cuenta de que si esto tiene éxito, estaré obligado a copiarte la idea —comentó.

—No importa. —Colgué el cubo de un palo junto a la pocilga—. Para cuando Publio Octavio se apodere de la idea, todos ya sabrán que era de Apicio.

No quería que Rúan supiera que una inquietud me carcomía: su talento en la cocina era muy grande y podía superar el mío si se empeñaba. Por suerte, eso no parecía interesar a Rúan.

—Supongo que la voz correrá con rapidez, pero Octavio no tardará en obligarme a torturar otros animales con tal de superarte. La idea me disgusta.

Rúan siempre había sentido debilidad por los animales. Albergaba una loca y bárbara idea de que los dioses creían que no había que mantenerlos encerrados, que debían vagar por los montes y ser encerrados en un corral una vez al año antes del invierno. ¡Eso no sería nada práctico!

—¿Te agrada trabajar para el César? —pregunté, sin la menor envidia. Cada vez que venía de visita me contaba alguna historia de la vida imperial que me horrorizaba.

—No, en absoluto. —Se levantó la túnica y me mostró varias cicatrices de

latigazos—. Uno de mis muchachos no deshuesó adecuadamente el faisán servido a Livia. Ella comentó que había encontrado un fragmento diminuto y Octavio me hizo azotar.

—Debieras pedirle a Balsamea que te dé un poco del unguento que prepara para los muchachos.

—Por eso he venido.

Tomé asiento en uno de los bancos de piedra delante de la puerta de la cocina y le indiqué que se sentara en otro frente a mí. Tycho apareció con una bandeja con copas de agua de rosas y la depositó en un extremo del banco antes de regresar a la cocina.

—Ah, la vida de liberto te sienta bien —dijo Rúan.

—¡Ojalá me sintiera más libre! —repuse, riendo—. Dime, ¿qué te trae por aquí hoy?

Rúan se puso serio, clavó la vista en la copa y agitó el líquido.

—Me temo que malas noticias. Tu maldición no funcionó: Sejano ha vuelto.

La cólera se adueñó de mí.

—¡Maldito sea!

Arrojé la copa al suelo y se hizo trizas. Tycho oyó el ruido y vino corriendo, pero le indiqué que regresara a la cocina.

—¿Ha regresado Tiberio? —pregunté con voz trémula.

—No, todavía está en Germania. Tiberio envió a Sejano a casa con la recomendación de que ocupe el puesto de un prefecto de la guardia pretoriana del César. Dicen que Tiberio quiere hombres leales en la guardia, por si Augusto muere y él se ve obligado a regresar a Roma.

—¡Por qué no le habrán clavado una flecha en el ojo! —mascullé para mis adentros.

—Solo los dioses lo saben. —Rúan se inclinó hacia delante y habló en voz

baja—. Pero puedo decirte lo siguiente, Tracio: deberás hallar el modo de ocultar tu odio por él. Tu posición como liberto de Apicio asegura que tendrás un contacto más directo con Sejano. Él ya no es un soldado raso; un prefecto ejerce mucho poder. Ten cuidado.

Un trozo de cristal había aterrizado en las baldosas ante mí. Le pegué una patada y me encogí de dolor cuando la punta se me clavó en un dedo del pie y brotó una gota de sangre.

Una semana después, Sejano envió un mensaje a Aelia para anunciar que planeaba visitar a su prima y su familia al día siguiente. Apicio pareció encantado cuando Aelia le contó la noticia durante el desayuno, pero yo sabía que no era así: en su fuero interno, ninguno de los dos estaba encantado. Cuando Aelia se fue, él salió bruscamente del atrio, apartando a un joven esclavo de un empujón; el niño había venido conmigo para ayudarme a retirar los platos. Más tarde, Sotas me dijo que Apicio había pasado la mañana arrojando cosas en la biblioteca e incluso rompiendo un valioso jarrón griego que había pertenecido a la familia durante más de cuatrocientos años.

Tal como anunciara, Sejano llegó al día siguiente, exactamente a mediodía según el reloj de sol. Apicio y Aelia lo recibieron en el atrio principal, Passia y yo permanecimos en la habitación contigua, donde podíamos escuchar a través de una ventana que daba al atrio, cubierta por un tapiz hacía tiempo. Era la primera vez que Aelia veía a Sejano tras aquel episodio infame y yo estaba preocupado por ella.

Saludaron al visitante y después se instalaron en los divanes junto al renovado estanque de peces en la parte posterior del atrio, cerca de nuestra

ventana clandestina. Sotas ocupó su puesto cerca de nosotros e indicó su presencia mediante dos suaves toquécitos en el tapiz.

—¡Me alegro de verte, primo! ¿Cuántos años han transcurrido? —dijo Aelia en tono cortés, pero la cordialidad anterior había desaparecido de su voz.

—Seis años. Siempre victoriosos, pero alejados de Roma...

—Bueno, pero regresas a una vida de la que muchos soldados no disfrutarán jamás —dijo Apicio.

—Es verdad, aunque al César le gusta vivir austeramente. La vida en la villa imperial no es tan lujosa como muchos imaginan, si bien he de reconocer que la cocina ha mejorado desde la última vez que cené con Augusto.

—Sin duda.

Hice rechinar los dientes. La idea de que Rúan alimentara a Sejano todos los días me enfurecía.

—¿Qué te trae por aquí?

Apicio hizo la pregunta que todos nos hacíamos.

—Solo se trata de una visita amistosa a mis parientes favoritos. ¿Dónde está Apicata? ¿Cuántos años tiene ahora?

Passia me hincó las uñas en el brazo y le cogí la mano para reducir la presión.

—No está... —empezó Aelia.

—¡Pues la llamaremos! Tiene catorce años y le agradará verte. Por favor, Helena, ve a buscarla.

—No le pasará nada —le susurré a Passia, más para tranquilizarme a mí mismo que a ella.

Miré a mi amada en la oscuridad de la habitación y, aunque no distinguía

sus rasgos, vi que negaba con la cabeza. Sentí un retortijón en el estómago, temiendo que tuviera razón.

La conversación continuó: sobre la villa del César, las marchas de Sejano a través de Germania, la derrota de los dalmacios y los marcomanos, y sobre que él y Tiberio eran muy amigos. No sabía si creer todas sus historias, pero no confiaba en él, desde luego.

Oímos los pasos de Apicata en el pasillo, acompañada de Helena. Cuando pasó junto a la puerta de la habitación que ocupábamos, oí que decía:

—Preferiría morir.

Y entonces llegó al atrio y la voz de Sejano resonó.

—¡Ah, querida Apicata, cuánto has cambiado desde la última vez que nos vimos!

Ella no contestó, o si lo hizo no lo oímos.

—Apicata ha estado estudiando filosofía —dijo Aelia, intentando entablar una conversación anodina—. Recita algo de Platón, Apicata.

Oí un temblor en su voz, si bien ligero, y me pregunté si Apicio también lo había percibido.

—Sí, madre.

Era tan obediente como se podía esperar que fuera una niña romana bien educada. Carraspeó y, en voz alta y clara, dijo:

—Un fragmento de su *República*: «El hombre que descubre que en el transcurso de su vida ha cometido muchas maldades, a menudo despierta aterrado por las noches, como un niño tras una pesadilla, y su vida está plagada de aprensión. Pero al hombre que sabe que no ha cometido maldades, lo embarga la alegría y el consuelo de la vejez.»

Yo no podría haber sentido mayor orgullo. Nuestra avecilla había tendido las alas y dejado que su voz echara a volar. Ojalá hubiera podido ver la expresión de Sejano.

Hubo un silencio y luego unos breves aplausos.

—¡Encantador, querida! —exclamó Aelia, complacida por la elección de su hija—. Ay, Sejano, estoy segura de que su poesía te deleitaría aún más.

Cuando él habló, había un matiz amenazador en su voz.

—Estoy seguro. Un motivo más para visitaros más a menudo. Quizá la próxima vez puedo pedir algo especial. Gracias, Apicata, has estado admirable.

No podía ver a Aelia, pero estaba seguro de que había comprendido la velada amenaza. Ella no respondió.

—¿Puedo irme? —preguntó Apicata en tono petulante.

—Por supuesto.

Apicio parecía incómodo por el recitado de su hija. ¿Creía que estaba dirigido a él, no a Sejano? Era probable. Mi antiguo amo tendía a creer que el mundo giraba en torno a él.

—Manejar la escuela y también la cocina debe de ser duro para ti, ahora que tu otro cocinero se ha marchado. —Pegué un respingo: estaba hablando de Rúan, pero no esperó la respuesta de Apicio—. Creo que tengo la solución para ti.

—No comprendo.

—Necesitas un cocinero para que Tracio pueda centrarse en tus otras necesidades.

—Quizá —dijo Apicio en tono escéptico.

Atisbé a través de una delgada fisura en el borde del tapiz y vi que Sejano metía la mano entre los pliegues de su toga.

—Uno de mis guardias es pariente de un primo de Mecenas. Cuando Mecenas falleció, le dejó sus esclavos a su hijo, que también acaba de morir. Creo que eso es afortunado para ti.

—¿Ah, sí?



La voz de mi amo expresaba auténtica curiosidad. Mecenas había sido el consejero cultural y gastronómico de Augusto César y era célebre por sus increíbles banquetes.

—El hijo no dejó testamento ni esposa. Todos sus esclavos saldrán a la venta y las ganancias irán a los arcones del César. Uno de esos esclavos es un hombre que sirvió en la cocina de Mecenas. Se crio preparando comidas para el César y reyes extranjeros.

—¿Está en venta?

Noté la expectativa en la voz de Apicio, que estaba ansioso por llenar el hueco dejado por Rúan. Yo también lo estaba, pero no confiaba en Sejano.

—Sí. Hoy lo han puesto en venta. Recordé que tú todavía buscabas un cocinero, así que le envié un mensaje al traficante de esclavos para que no lo venda hasta que tú le eches un vistazo.

Mi antiguo amo se lo agradeció profusamente.

Passia y yo intercambiamos una mirada recelosa.

El resto de la conversación fue banal, solo que descubrí que la semana que viene habían planeado una fiesta para celebrar el nuevo arco del cónsul Publio Cornelio Dolabela, erigido como una puerta en la Colina Celia. Sospeché que me arrastrarían a esa fiesta. Por fin, Sejano se marchó, alegando que debía regresar junto al César para cumplir con sus deberes nocturnos.

Por la mañana me dirigí al mercado con un trozo de pergamino en la mano, a fin de comprar el cocinero que Sejano nos había reservado. ¿Guardaba relación con Sejano? ¿Era un espía?

Mientras recorría la fila de esclavos recordé el día que Apicio me compró, hacía más de once años. Acudía al mercado con frecuencia a comprar

esclavos para Apicio, pero era la primera vez que lo hacía como liberto. Sentí la misma oleada de tristeza de siempre al pasar junto a las jaulas de los esclavos y verlos sucios, harapientos y encadenados. El traficante que buscaba había montado su negocio en un extremo del mercado; tenía una hilera de esclavos de diversas edades.

—Allí está. —El traficante señaló una de las jaulas con un pulgar huesudo.

El hombre acurrucado en ella no había sido lavado, tenía la camisa rota y noté que sus costillas estaban cubiertas de moratones.

—Veo que lo has estado golpeando.

Apreté los dientes y me dirigí al esclavo antes de que el traficante pudiera contestar.

—Ponte de pie. ¿Cocinabas para Mecenas?

El hombre se aferró a los barrotes y se puso en pie haciendo una mueca de dolor. Era mayor, de más de cuarenta años. Tenía el cabello entrecano y profundas arrugas le surcaban el rostro en torno a los ojos y la boca, unas arrugas que, de algún modo, intuí que eran el resultado de una vida disoluta. Era bastante probable que nunca antes hubiese estado encerrado en una jaula.

—Sí, señor. —Su voz carecía de la debilidad de su cuerpo.

Miré al traficante con expresión airada.

—Está herido y es viejo. Esto no es lo que esperaba.

El tratante se encogió de hombros.

—¿Cuánto? —pregunté.

Él se volvió y escupió en el suelo.

—Trescientos denarios.

—¿Intentas robarme? ¡A este hombre solo deben de quedarle cinco años de vida! Te daré doscientos.

La cifra era ridículamente baja, pero me gustaba regatear. Sentí una punzada de tristeza por aquel desdichado: regateábamos por su vida por una

cifra nimia. Años atrás Apicio había pagado unos asombrosos veinte mil denarios por mí.

—Doscientos cincuenta.

—De acuerdo.

Le entregué el dinero y abrí la jaula. El hombre salió trastabillando; su mirada era inexpresiva. El tufo que despedía casi me dio náuseas.

—Ven, vamos a los baños.

Así fue como Timón llegó a la cocina de Apicio, a través de un hombre maldito. Por suerte no existía ningún otro vínculo entre Sejano y el nuevo cocinero. Timón resultó mucho mejor de lo que Apicio y yo habíamos imaginado. Lo único que se me ocurrió fue que era un modo de hacernos creer que Sejano se había convertido en un hombre distinto, más bueno. O de que Apicio se sintiera aún más en deuda con él. A pesar de todo, Timón ocupó el puesto dejado por Rúan sin problemas y, para nuestra sorpresa, lo hizo con el entusiasmo de un joven. En los meses siguientes a su compra colaboramos en organizar algunos de los banquetes más elaborados jamás vistos en Roma, y ello también me dio tiempo para desarrollar la escuela, en la que ingresaban más alumnos tras cada uno de los banquetes celebrados por Apicio.

Entre los magníficos banquetes y el éxito de la escuela, el nombre de Apicio parecía estar en boca de todos. Excepto en la de Apicata.

Su hija no le daba la menor importancia a los banquetes, la escuela o los asuntos de su padre. Para cuando cumplió los catorce era casi tan alta como yo y su figura cada vez más femenina atraía las miradas de muchos; resultaba difícil creer que antaño era la niña que yo solía llevar al mercado a hombros.

El nombre en boca de Apicata era el de un muchacho, Leonis Antio Casca, el hijo de un senador. En la práctica, suponía una elección respetable como esposo posible para nuestra muchacha. Antio Piso, su padre, había sido un consejero de confianza de Marco Vipsanio Agripa, muerto veinte años atrás, y en su momento el general más honorable del César y el suegro de Tiberio. Piso tenía dinero y también le prestaban oídos numerosos senadores y patricios. El hermano de Piso había sido cónsul y augur estatal y aún ejercía una gran influencia.

Piso era un invitado frecuente en el triclinio de Apicio y últimamente había comenzado a llevar a Casca. El muchacho ya no era un niño, hacía varios años que llevaba la toga de un adulto, pero sus mejillas todavía eran sonrosadas y eso lo hacía parecer menor de sus dieciocho años. Llevaba el cabello corto, al igual que Augusto, lo cual destacaba sus rasgos; ojos castaño oscuros, nariz cincelada y labios carnosos que le conferían el aspecto de un Adonis. En contraposición, su padre llevaba una peluca negra mal hecha que solo servía para resaltar su calvicie. Afortunadamente, la ausencia de apostura

de Piso se veía compensada por su astucia: su destreza en los tribunales era admirada en toda Roma.

La primera vez que noté el chispazo entre Apicata y Casca fue durante una pequeña reunión poco después de las fiestas Lupercales, en febrero. Apicio había invitado a Trio y Celera, además de a Piso, su esposa y el joven Casca. La disposición de los asientos resultó ventajosa para el joven. Apicata estaba tendida junto a sus padres en el extremo de un diván, en diagonal al lugar donde Casca estaba reclinado detrás de su madre y Piso en el diván adjunto. Ello nos proporcionaba una excelente vista de su flirteo a Trio, Celera y a mí, del cual sus padres eran inconscientes.

Era una velada tranquila, de cotilleos y buen humor. Intercambiaron muchos comentarios sobre los primeros días del César, cuando aún era conocido como Octavio, cuando Antonio todavía estaba liado con Cleopatra, la gran reina egipcia. Había oído muchas de esas historias con anterioridad, pero nunca narradas por alguien que había pasado tanto tiempo junto al César. ¡Piso incluso había estado con el César cuando ordenó a las vírgenes vestales que le entregaran el testamento secreto de Antonio! ¡Fue uno de los primeros en descubrir todo el alcance de la traición de Antonio!

La conversación me resultaba tan fascinante que casi dejé de notar las tímidas miradas que Apicata le lanzaba al joven Casca. Pero Celera sí, y los observaba divertida. Me guiñó un ojo cuando vio que yo también había notado lo que ocurría. Mientras Casca movía los labios en silencio, diciéndole ternezas a Apicata, Celera aprovechó el momento.

—Me han dicho que has comenzado a leer las *Historias* de Herodoto, Apicata. Dime, ¿te gustan?

La joven casi se atragantó con el hidromiel, no esperaba que le dirigieran la palabra. Cuando notó que yo lo miraba, Casca desvió los ojos y tanto él como Apicata se sonrojaron.

Apicata se recuperó con rapidez.

—Casi las he terminado. Padre había invitado a Anneo Séneca y cuando descubrió que aún no las había leído me envió una copia.

—¿Has llegado a la parte que trata de la manera en que los etíopes entierran a sus muertos en ataúdes de cristal? —preguntó Casca, y se volvió, apoyó la barbilla en ambas manos y la miró directamente.

—¡Sí, hace tiempo! Estoy leyendo sobre Jerjes, que hizo azotar las aguas de los Dardanelos por no obedecerlo —contestó ella con mirada brillante.

—Espera a que llegues a la batalla de las Termópilas. ¡Qué historia tan heroica!

La conversación prosiguió unos minutos más, con comentarios de los que no habían notado lo que subyacía entre ambos jóvenes. Recordé los primeros años de mi amor por Passia y sentí una punzada de cólera: era duro observar a Apicio negociando el matrimonio de su hija al tiempo que seguía negándome el mío propio.

—Ambos formarían una pareja estupenda, ¿verdad? —dijo Celera, arrancándome de mis pensamientos.

—Sí, pero Apicio tiene la mira puesta en otras posibilidades.

—Pero en pocos meses mucho puede cambiar, ¿no? —ronroneó Celera.

Asentí, aunque en ese momento no le creí.

Hubo otros banquetes en los que Apicata y Casca tuvieron la oportunidad de hablar; yo procuraba no perderlos de vista y siempre enviaba un esclavo tras Apicata cuando me parecía que estaba a punto de escabullirse a algún rincón oscuro con el muchacho. Pero mis esfuerzos fueron en vano.

La primera vez que Passia descubrió sus encuentros clandestinos fue al dar con un trozo arrugado de pergamino en un rincón de la habitación de Apicata.

Se encontraban de día; dado que de noche había esclavos durmiendo ante la puerta de Apicata y guardias patrullando el jardín, ella no habría podido escaparse, pero de día tenía mayor libertad de movimientos, sobre todo si Passia estaba asistiendo a Helena cuando Aelia recibía visitas.

—Ya está enamorada de él. —Estábamos tendidos en la cama de mi apartamento de la escuela—. Se encuentran en los jardines situados calle abajo. Convenció a una de las esclavas de la cocina para que enviara mensajes y la ayudara a salir y entrar a través de la entrada de los criados.

—¿Qué esclava? —gruñí, y juré que eso no volvería a suceder.

—Se negó a decírmelo.

Suspiré y le acaricié los cabellos.

—¿Prometió que dejaría de verlo?

Ella presionó la mejilla contra mi hombro y percibí su aliento.

—Dije que guardaría silencio si dejaba que la acompañara.

—¡Passia! —Me pareció increíble que consintiera semejante acuerdo.

—Está en una edad en la que ya no puedo decirle que no, Tracio. A fin de cuentas, soy su esclava. Si me niego a cumplir con sus exigencias, puede que se vuelva contra mí para conseguir lo que quiere. Al menos así, quizás acepte mis consejos.

La abracé con más fuerza; ese giro de los acontecimientos me preocupaba.

—Apicio no se mostrará indulgente si descubre que la estás ayudando. Tal vez te azote hasta dejarte sin aliento. No soportaría verte sangrar en las baldosas bajo el látigo de Sotas. No puedes hacer eso, Passia.

—No me digas lo que debo hacer, Tracio —repuso ella, apartándose—. Eres el único del que espero que no me mangonee.

Ambos clavamos la vista en el techo, en silencio; la luz de la vela proyectaba sombras parpadeantes sobre los frescos de las paredes. Recordé los días en que solíamos dormir en el jergón de mi cubículo próximo a la

cocina. La habitación actual era grande y lujosa, una que nunca había soñado poseer.

—Ella quiere que convenzas a Apicio de dejarla casarse con Casca.

No me sorprendí.

—Apicio tiene otros candidatos en mente. El cónsul Publio Cornelio Dolabela y Apio Mario Narses encabezan la lista.

—Son lo bastante viejos para ser sus abuelos. Además, Casca sería un buen partido, tiene contactos y su padre es muy apreciado en el Senado; ejercería su influencia sobre los votos que interesen a Apicio. Podría ser conveniente.

Aunque la idea de abogar por Casca en bien de Apicata me disgustaba, quería que la muchacha fuera feliz. El amor no solía formar parte de los matrimonios entre patricios. Quería que ella sintiera el mismo aleteo en el estómago cuando su amado entraba en una habitación, quería que sintiera el consuelo proporcionado por unos fuertes brazos protectores, quería que experimentara la misma sensación que yo con Passia. Si bien dudaba de mi capacidad de convencer a Apicio, al menos existía una pequeña posibilidad. Gracias a los dioses, Apicata era lo bastante sensata como para amar a un hombre de estatus.

—Lo intentaré, pero solo con una condición.

Ella me acarició la mandíbula.

—¿Cuál es?

—Que no vuelva a ver a Casca hasta que yo haya hablado con Apicio y sepamos su respuesta. No me importa que intercambien mensajes, pero no quiero verte a ti en medio de este asunto. Me reuniré con Casca para hablar de este arreglo. Apicio está poco dispuesto a castigarme, tal como sabes, pero no dudaría en arrancarte la piel a pesar de mi influencia sobre él.

Ella me recorrió los labios con el índice.



—Buena idea. Sin embargo, a mí me encantaría que me arrancases la ropa.

—Ya estás desnuda, amor mío —repuse, riendo.

—Podría volver a vestirme...

La cogí de los hombros y la tendí encima de mí.

—Pasemos a la mejor parte, ¿de acuerdo?

Ella rio y deslizó sus caderas sobre las mías.

A la mañana siguiente, después de atender a los clientes durante la *salutatio*, me dirigí con Passia a los aposentos de Apicata. El verano romano estaba al caer y, aunque aún estábamos en primavera, las cigarras ya cantaban. Llegar a semejante acuerdo con Apicata me angustiaba pues sabía que era contrario a los deseos de su padre. Pero cuando el esclavo nos abrió la puerta y la vi sentada ante su escritorio, confirmé por qué me encontraba allí: porque nuestraavecilla estaba enamorada.

Al vernos, Apicata se levantó de un brinco, se acercó a nosotros y me rodeó el cuello con los brazos, casi derribándome.

—Me ayudarás, ¿verdad? ¡Ay, Tracio, sabía que lo harías! —exclamó.

Me aparté y le quité los cabellos de la frente.

—Hay algo que has de prometerme.

—¿Qué? —preguntó sonriendo—. ¡Haré lo que sea si puedo estar con Leonis!

Oír que lo llamaba Leonis en vez de Casca era inquietante: el *praenomen* solo era empleado por los miembros de la familia. Passia tenía razón: Apicata estaba muy enamorada. Recordé mi propia juventud, cuando vi a Passia por primera vez; era un sentimiento que también me había arrastrado a mí. Reprimí la idea; no quería que Apicata viera que me ablandaba.

—Debes prometerme que no volverás a ver a Casca hasta que tu padre

tome una decisión. Envía mensajes si no queda más remedio, pero me niego a que uno de los esclavos se convierta en el blanco de la ira de Apicio por tu insensatez. ¿Queda claro?

—¿Y si padre dice que no? —preguntó en tono hosco.

—Quizá lo haga, y en ese caso tendrás que acostumbrarte. Tu padre tiene jurisdicción sobre ti hasta que te entregue a tu esposo.

Ella se alejó, rabiosa.

—¡No es justo! ¿Por qué no puedo opinar sobre el asunto? ¡Es mi vida!

Passia se acercó a ella junto a la ventana y le rodeó los hombros.

—Sé que es difícil de comprender, pero las cosas siempre han sido así. Y siempre lo serán.

Apicata la apartó de un empujón y las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—¡No, no es verdad! ¡Tú estás con el hombre que amas! ¿Por qué yo no puedo?

Se me rompía el corazón, pero Passia no se arredró.

—Nuestras circunstancias son diferentes, Apicata. No puedes comparar tu vida con la mía; soy una esclava. ¿Acaso estarías dispuesta a intercambiarnos de lugar y servirme? —La muchacha no contestó y Passia prosiguió—. Además, no estoy casada con el hombre que amo y mientras sea una esclava puede que nunca lo consiga. Quizá me vendan mañana, pero tú, tú eres la hija de uno de los hombres más acaudalados del imperio y siempre vivirás rodeada de lujos. Cualquier esposo que tengas te adorará. Incluso si tu padre no escoge a Casca para ti, te cuidarán.

—El lujo no me importa. Quiero a Leonis.

—No desesperes aún. Veremos qué hechizo es capaz de pergeñar Tracio para convencer a tu padre.

—¿Lo intentarás, Tracio? —rogó Apicata, más animada—. Padre nunca te

niega nada.

Pensé en Passia y en que Apicio seguía negándome lo único que realmente quería.

—Lo haré, pero has de tener paciencia. Se lo preguntaré en su debido momento.

Apicata sonrió.

—Seré paciente. Pero será difícil.

Tendría que conformarme con eso. Debería abordar a Apicio pronto, de lo contrario la joven nunca me dejaría en paz. Tal como dicen los poetas, la ausencia es al amor lo que fuego al aire, que apaga el pequeño y aviva el grande. Y aumenta aún más la desesperación de los jóvenes amantes.

—Mañana hablaré de este arreglo con Casca. Escribe una nota para darle, así sabrá que mis intenciones son auténticas.

—¿Puedo ir contigo? —Apicata me miró a los ojos con expresión esperanzada y tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para negarme. Ella se dispuso a protestar, pero optó por callar.

Luego me dijo cómo encontrarme con Casca y prometió darme la nota por la mañana. Cuando me marché, una bandada de cuervos graznó a lo lejos. Tal vez era el sonido de los murmullos de los dioses, diciéndome que nada bueno saldría de eso. Procuré reprimir esa idea.

Apicata se había encontrado con su amor en los jardines públicos calle abajo de nuestra villa, donde había numerosos nichos donde jóvenes amantes podían encontrarse sin ser molestados. Hallé a Casca en uno de esos nichos, aguardando la llegada de Apicata.

Estaba allí a la hora acordada; cuando oyó el rumor de los arbustos creyó que yo era Apicata y pronunció su nombre en tono entusiasta.

—Me temo que no —dije al atravesar la florida arcada y entrar en el espacio donde el joven aguardaba.

Casca se puso de pie, alarmado, retrocedió y alzó los puños. No había escapatoria en esa dirección, pero él parecía dispuesto a abrirse paso entre los arbustos.

—¿Qué quieres? ¡No te acerques!

¡Creía que pretendía darle una paliza, por Júpiter! Reí para mis adentros. Yo no presentaba un aspecto amenazador y, además, ¿no veía que no portaba un arma? No obstante, tenía motivos para estar asustado: encontrarse con la hija de un patricio sin permiso era un delito grave.

Noté que el cerco era de espino, así que la escapatoria resultaría muy dolorosa.

—Te traigo un mensaje —dije, y le tendí la nota de Apicata.

Él se acercó y la cogió con gesto receloso, sin despegar la vista de mí al tiempo que desplegabla el pergamino. Yo no tenía idea de lo que ponía, pero debía de ser favorable. Casca leyó la nota, la guardó entre los pliegues de su toga y luego me estrechó las manos con expresión agradecida.

—Nuestras vidas dependen de ti, Tracio.

Sonreí, dudoso de querer cargar con el peso de semejante expectativa, e intenté zafarme, pero él no me soltó.

—Tu padre está al tanto de tus intenciones?

—Sí, pero sabe que Apicio ha estado hablando con Dolabela y Narses. No cree que yo tenga una posibilidad frente al cónsul actual o frente a un hombre que ocupa un puesto tan destacado en el hogar imperial.

—Puede que tenga razón.

—Pero en la nota de Apicata pone que...

—Lo sé —dije, interrumpiéndolo—, mas no puedo prometer nada.

Al contemplarlo y notar su mirada desesperada y rebosante de amor, decidí

que conocía la manera más rápida de zanjar el asunto de raíz o de conseguir que Apicio cambiara de parecer.

—¿Quieres casarte con Apicata? Ven conmigo, tengo una idea. Será una única oportunidad.

Él me siguió hasta la villa. Lo conduje a un pequeño triclinio donde la familia solía desayunar, poco frecuentado durante el día. El joven se sentía incómodo al encontrarse en la casa solo con mi permiso y sin ningún motivo formal para estar allí, pero le aseguré que no debía preocuparse. Le dije a un esclavo que le llevara un refrigerio y a otro que vigilara la puerta para que nadie molestara a Casca hasta mi regreso.

Fui en busca de Apicio. Estaba en su biblioteca, revisando los resultados de la votación del Senado de ese día. Un mensajero se los traía a diario una vez acabada la sesión en la Curia y después Apicio dictaba cartas de agradecimiento o de queja a su escriba, dirigidas a los senadores que habían participado en cada votación.

Sotas me hizo pasar.

—Estás de suerte —dijo en voz baja—. Hoy todas las votaciones le fueron favorables. También tiene otras buenas noticias y estoy seguro de que quiere contártelas.

En efecto, Apicio estaba de un humor excelente. Alzó la vista de los documentos y al verme una amplia sonrisa iluminó su cara.

—¡Tracio! ¡Nunca adivinarás lo que ocurrió anoche! ¡Publio Octavio tropezó durante su banquete y chocó contra un esclavo que cargaba con un cazo de sopa que se derramó encima del César y Livia! ¡Ay, hubiese dado cualquier cosa por estar presente! —exclamó y las carcajadas le enrojecieron el rostro.

No me gustaba reír a costa de otro, pero debía reconocer que la escena me

complació. No tardé en unirme a la risa de Apicio, al tiempo que él inventaba descripciones burlonas de las disculpas al César.

Lo interrumpí, a sabiendas de que debía abordar la tarea y ponerle remedio a la situación del pobre pretendiente que aguardaba en el atrio.

—Esta tarde me trae aquí otro asunto, Apicio —dije, confiando en que no notara mi nerviosismo.

—¿Ah sí? —repuso, poniéndose serio—. ¿De qué se trata?

Se sirvió una copa de vino y me ofreció otra. La rechacé y dejé que bebiera la suya: quizá lo necesitaría.

—He traído a alguien para que hable contigo —dije por fin; no sabía cómo se tomaría la noticia—. Está aguardando en el triclinio del desayuno.

—Vamos —dijo él y le indicó a Sotas que lo siguiera—. Dime de qué se trata mientras caminamos.

Abandonamos la biblioteca y enfilamos el pasillo hacia el atrio.

—Antes de decírtelo, Apicio —dije—, quiero que consideres lo que el hombre te dirá con toda seriedad.

Apicio me miró.

—Ahora has despertado mi curiosidad. Siempre he confiado en tus consejos, Tracio, pero ¿por qué debes advertirme?

—Dudo que, en circunstancias normales, este hombre hubiera formado parte de tus planes. Sin embargo, creo que tiene mérito y quiero que consideres seriamente su petición.

—¿Quién es ese hombre? ¡Déjate de acertijos! —Ya no parecía tener ganas de complacerme, pero por suerte ya habíamos alcanzado la puerta del triclinio.

Lo hice pasar. Casca estaba sentado en el diván, sosteniendo un pergamino con poesías que Apicata había dejado allí después de desayunar. Cuando

entramos, durante un instante su expresión fue de terror, pero recuperó la compostura y se puso de pie para saludarnos.

—¿Recuerdas a Leonis Antio Casca, Apicio? Ha venido aquí para hablar contigo, quiere casarse con tu hija.

Apicio me lanzó una mirada dura y luego se dirigió al joven Casca en tono gélido.

—¿Quieres casarte con Apicata?

—Sí, Gavo Apicio.

Casca era la personificación de un hombre decidido. Vi que metía la mano bajo la toga y tocaba la nota de Apicata, y comprendí que guiaba la fuerza de Cupido.

Apicio se acercó a la silla junto al diván y le indicó a Casca que tomara asiento. Me senté frente a ambos. Sotas permaneció en su puesto junto a la puerta.

—Dime qué puedes aportar a esta familia. ¿Tu padre está de acuerdo con esta unión?

Casca no vaciló.

—Sí. En numerosas ocasiones me ha comentado cuánto le agradecería que nuestras familias se unieran.

Apicio inclinó la cabeza y una sonrisa pensativa curvó sus labios.

—Entonces explícame por qué eres tú el que está aquí y no él.

—Porque a diferencia de mí, él no está convencido de que tú me consideres más aceptable que Dolabela o Narses.

Su audacia me sorprendió, y también a Apicio. Este no contestó enseguida, algo poco habitual. Cuando por fin lo hizo, parecía divertido y —aunque Casca no lo sabía— impresionado.

—¿Y por qué crees que yo te consideraría más aceptable?

—Muy sencillo. —Casca me miró y después a Apicio—. Amo a tu hija.

Ellos, no.

Apicio resopló.

—El amor no es indispensable para el matrimonio.

—Es verdad. No obstante, yo apporto tanto poder como influencia, de momento a través de mi padre, pero también en el futuro cuando siga sus pasos. Seguiré proporcionando honor y valiosos votos en las elecciones a tu familia. Y lo que puedo hacer (algo de lo cual Dolabela y Narses son incapaces) es asegurarte que cuidaré de tu hija con cada fibra de mi ser.

—Continúa —dijo Apicio, intrigado.

Me alegré de haber traído a Casca siguiendo un impulso.

—Últimamente he observado el modo en que tratas a Apicata, sé que la adoras y la llevas cerca del corazón. Ella es tan importante para ti como tu amor por las delicias culinarias —comentó.

«Bien —pensé—. El muchacho sabe cómo acariciar el ego de Apicio.» Pero yo sabía algo que Casca ignoraba —y quizá también Apicio—: que la comida y la fama siempre ocuparían el primer puesto en el corazón de mi antiguo amo.

—Puedo prometerte que tu hija tendrá amor y alegría. Lo que más les importa a Narses y Dolabela es tu dinero. En cambio, mis motivos son puros. En este mundo muy pocos tienen la oportunidad de casarse por amor. Deja que tu hija sea uno de ellos.

El silencio subsiguiente fue espeso como una salsa escasa de agua. Apicio se quedó sentado contemplando a Casca con paciencia y rostro inexpresivo.

Entonces ya no pude seguir aguantando.

—Apicata también lo ama —tercié. En cuanto lo dije, supe que mis palabras carecían de la confianza exhibida por Casca.

Apicio me lanzó una mirada dura y temí que me preguntara si los jóvenes



se habían estado encontrando. Entonces tendría que optar entre decir la verdad o mentir.

Pero no lo hizo y, en cambio, se dirigió a Casca.

—Hay otros hombres más indicados para desposar a mi hija, pero admiro tu osadía. Dame otro motivo de por qué debiera tener en cuenta tu petición, aunque es improbable que lo haga.

Casca bajó la vista. Creí que titubearía, pero entonces volvió a alzarla y cuando habló supe que si Cupido no lo acompañaba, era indudable que Venus sí.

—Debería casarme con tu hija porque estamos destinados a casarnos. Somos como el vino rosado y las ostras, como las trufas y la pimienta, como las lentejas y las castañas o como una grulla con nabos. Debemos estar juntos como los salmonetes y el eneldo, la leche y los caracoles, el lechón y el silfio. Tú has conocido esos amores, Gavo Apicio, conoces la verdad de su emparejamiento, y esa es la verdad que te presento. Apicata y yo somos como la cuchara y el plato: una tiene muy poco valor sin el otro.

Se me encogió el estómago y cerré los ojos, casi esperando que una luz enceguedora rodeara al muchacho, la protección ofrecida por los dioses. Pero cuando abrí los ojos vi que Apicio lo miraba fijamente, un tanto boquiabierto pero con expresión aún curiosamente inescrutable.

Apicio se dirigió a la puerta.

—Sotas —dijo, deteniéndose un momento antes de salir—, haz que envíen un mensaje a Antio Piso. Lo invito a cenar pasado mañana para comentar un arreglo matrimonial entre su hijo y mi hija. Tracio informará a Timón de los detalles de la cena.

Entonces se marchó, seguido de Sotas y dejándonos a Casca y a mí completamente pasmados. No había esperado una respuesta tan rápida. Como mínimo, creí que Apicio necesitaría tiempo para pensárselo.

—Le diré a Passia que vaya en busca de Apicata. Tú mismo podrás decírselo —dije, incapaz de reprimir una amplia sonrisa.

Me puse de pie dispuesto a marcharme, pero Casca me cogió del brazo.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente, Tracio.

—Trátala bien, tal como prometiste —repuse y le aferré el brazo—. Con eso será suficiente.

Me topé con Passia en el pasillo. En cuanto le conté lo ocurrido, me abrazó, me cubrió de besos y echó a correr para darle la noticia a Apicata.

Antes de dirigirme a la cocina para informar a Timón que habría una cena de celebración dentro de un par de días, fui a ver a Apicio. Volvía a estar en la biblioteca, acabando de dictar sus cartas. Sotas estaba de pie junto al escriba, ayudándole a sellar y apilar las cartas para ser entregadas.

Apicio agitó un dedo bajo mis narices.

—Será mejor que no te hayas equivocado con Casca.

—Me causa buena impresión —dije. Eso era verdad. Era una de las primeras cosas importantes que consideraba que Apicio había hecho bien en muchos años.

—Sé que Piso no aprecia a Publio Octavio. Ahora es de esperar que ejerza más presión a mi favor, de lo contrario este matrimonio será en vano —dijo, sin dejar de pasearse por la habitación—. Da igual, ahora hay otros asuntos más preocupantes.

Tomé asiento en la lujosa silla acolchada cerca de la ventana desde la cual se disfrutaba de un panorama del Foro. Era uno de mis predilectos, pues desde allí se veían todos los acontecimientos más importantes de Roma desarrollándose entre los templos, las estatuas y los senderos al pie de la colina. El día era cálido y muchos de los paseantes por los jardines de las vírgenes vestales sostenían sombrillas para protegerse del sol. Era como observar una nube de numerosas y diminutas mariposas volando a lo lejos.

—¿Qué te preocupa? —pregunté, sin despegar la vista del panorama.

—Ha llegado un mensajero. Sejano quiere verme mañana.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quiere verme a mí, no a Aelia. Vendrá mañana por la mañana, después de mi reunión con los clientes. —Apicio se detuvo, apoyó las manos en las caderas y contempló el elaborado mosaico de imágenes de gatos y aves del suelo.

—Quiere algo —intervino Sotas.

Apicio frotó una parte del mosaico con el pie.

—Sí, pero ¿qué?

Miré por la ventana. Una de las estatuas más grandes del divino Julio César proyectaba una larga sombra. Una bandada de estorninos voló a través de la sombra, una raya de plumas negras oscura y ominosa.

A la mañana siguiente desperté atenazado por el pavor; había pasado la noche dando vueltas en la cama, preguntándome qué pretendería Sejano.

La *salutatio* resultó especialmente lenta; era como si todos los clientes de Apicio lloriquearan acerca de algún problema trivial.

—Lucio Ático llenó de pintadas las paredes de mi casa porque me negué a venderle mi mejor cerdo —se quejó Valerio Tiro.

Apicio prometió lo mismo que había prometido toda la mañana: que se encargaría del tema y lo solucionaría, todo por no perder un voto.

Solucionar el problema de Ático suponía que yo le encargaría a un hombre que le hiciese saber a Ático que si no ponía fin a las pintadas, el resultado sería que ya no asistiría a los banquetes de Apicio. A cambio, Tiro votaría en contra de la reinstauración de la *Lex Sumptuaria*, una ley de 171 años de antigüedad que regulaba el uso de objetos de lujo y limitaba la exhibición de riqueza en público. El César la apoyaba, pero la mayoría de los senadores y casi todos los équites y patricios se oponían. Aunque la ley entusiasmaba a los plebeyos, en su mayoría eran clientes cuyos patronos les exigirían el mismo voto que Apicio le exigió a Tiro. Era bastante improbable que la ley fuese aprobada.

Tiro hizo una reverencia.

—Sí, sí, Apicio. Prometo votar que no.

Luego siguieron las quejas.

—¡Mi vecino no deja de robar melones de mi jardín! —gimió Licinio Bucco y exigió que Apicio enviara guardias para amenazar al vecino.

Sotas se inclinó y, en voz baja, me dijo:

—Si ahora mismo tuviera un melón, sabría dónde lo metería.

Reprimí una carcajada mientras hacían pasar al próximo cliente.

Cuando Sotas acompañaba a los últimos clientes hasta la puerta, el esclavo portero hizo pasar a Sejano al atrio. Lucía una amplia sonrisa, tensando la cicatriz de su mejilla. Iba afeitado y llevaba una toga recién blanqueada encima de la tradicional túnica roja de los guardias del César de rango más elevado.

Empezaron por el típico intercambio de cumplidos; luego Apicio sugirió que pasaran a la biblioteca. No fui invitado a asistir a mi antiguo amo durante la discusión, pero Sotas me hizo una señal con la cabeza, indicando que después me diría de qué habían hablado.

Sejano se quedó durante una hora, e inmediatamente después Apicio se marchó con Sotas para asistir a una reunión en el Foro. Yo partí al mismo tiempo para ir a la escuela y dictar clases, confiando en que podría caminar junto a Sotas, pero por desgracia Apicio le dijo que montara en la litera, tal como a veces hacía cuando deseaba hablar con alguien durante el trayecto. Mientras me dirigía a la escuela tramé diversas maneras para acabar con Sejano.

Las clases de ese día se prolongaron al igual que la *salutatio*. Dicté una clase sobre salsas, y otra sobre la preparación de un banquete y la importancia de las especias en la cocina moderna. Estaba tan distraído que hasta me quemé la mano con una olla: gracias a los dioses, solo fue un percance leve. Una risita burlona en el fondo de la clase me afectó el ego y me dolió más que la quemadura.

Esa noche, durante la cena, descubrí que Apicio había invitado a Antio

Piso y su esposa Lucasta. Me pareció raro. Se suponía que cenaríamos con ellos al día siguiente, así que verlos allí fue algo inesperado.

Mi estatus de liberto me permitía cenar con la familia, pero al verlos allí vacilé hasta que Apicio me indicó que tomara asiento. Ocupé mi lugar en el diván frente a ellos y me extrañó que Casca y Apicata no estuvieran presentes.

Como *gustatio*, los esclavos sirvieron una ensalada de endivias aderezada con miel y vinagre, una fuente de albóndigas fritas de carne de faisán especiada y rodajas de morcillas y salchichas de útero. Me complació comprobar que Timón ya dominaba mis recetas. Durante la cena charlamos sobre la *Lex Sumptuaria*. Hubiese sido amable por parte de Apicio empezar por hablar del compromiso, pero parecía renuente, así que comimos y hablamos de política. Los invitados se deleitaron con los sabores. A Aelia y a mí nos complacía su reacción, pero Apicio parecía distraído. Incluso su copa temblaba mientras hablaba, un hecho que fui el único en notar, al parecer. También comió muy poco, algo impropio de él.

Por fin, tomó la palabra.

—Por favor, Sotas, despeja la habitación y sírvenos un poco de vino.

Con cierta alarma, los demás observamos cómo Sotas hacía salir a los esclavos y cerraba las puertas del triclinio. Sea lo que fuere que Apicio pensaba decir, era evidente que no quería que los esclavos cotillearan al respecto. El pedido de vino me desconcertó; no se solía servir vino durante una comida a menos que el tema de conversación fuese grave. Sotas nos sirvió una copa de vino aguado a cada uno y regresó a su puesto junto a la puerta.

Apicio alzó su copa.

—He disfrutado de tu compañía a lo largo de los años, Piso, y espero que nuestra amistad seguirá reforzándose en los años venideros.

Piso sonrió y su esposa le palmeó el hombro.

—Este vínculo también nos complace a nosotros —dijo, y cogió la mano de su esposa.

Durante un instante noté una mirada familiar en los ojos de mi antiguo amo: la que adoptó cuando el arúspice le leyó la buenaventura hacía muchos años y también cuando Livia trató de comprarme. Era una mezcla de nerviosismo, ansiedad y determinación. Apicio bebió un sorbo de vino.

—Pienso reforzar el vínculo entre tú y yo. No obstante, aunque esa sea mi intención, lamento decirte que he cambiado de parecer acerca del matrimonio entre tu hijo y mi hija.

Aelia parecía a punto de morirse de vergüenza. Las mejillas de Piso se encendieron a medida que asimilaba las palabras de Apicio, y su esposa bajó la vista, boquiabierta y atónita. Mi apetito dio paso a la ira cuando comprendí a quién Apicio le había prometido a nuestra avecilla: justo al hombre que, en mi fuero interno, sabía que destruiría su alma.

Los mofletes de Piso se agitaron al hablar.

—Explícate. ¿Por qué nos enviaste un mensaje anoche diciendo que habías escogido a mi hijo y ahora nos traes aquí para desmentir esa elección?

Apicio jugueteó con el borde morado de su toga. Me alegré de que estuviera nervioso y confié en que se retractara. Pero cuando habló no parecía nervioso, al contrario. Yo detestaba su capacidad de recuperación cuando se veía sometido a presión.

—No te mentaré, Piso, ni inventaré excusas. Me han ofrecido una unión más ventajosa.

—¡Nos deshonoras!

La esposa de Piso se enderezó con el rostro anegado en lágrimas, que dejaron huellas en su pálido y espeso maquillaje. Se levantó del diván y se quedó de pie, apretando los puños, furiosa. Piso la imitó y la abrazó.

Apicio también se puso en pie.

—Por favor, os aseguro que no tengo intención de deshonorar a nadie. Deshonrándoos a vosotros me deshonro a mí mismo. Tengo una proposición para vosotros, para compensar mi falta de decoro.

Por un momento pensé que Piso estiraría los brazos y estrangularía a Apicio.

—No sé qué podrías hacer para arreglar esto —gruñó.

—Por favor, amigo mío, escúchame —dijo Apicio con expresión dolida.

—Habla y date prisa. No tengo ganas de cenar contigo esta noche.

—Lo lamento, pero deja que te compense por esto. Todavía no hemos difundido la noticia del compromiso, así que ambos podemos evitar el bochorno público. Sin embargo, sé que eso no alivia el dolor de mis actos. Para compensarte, le entregaré a Casca una suma igual a la de la dote de Apicata. Además y como obsequio para ti, me gustaría darte mi villa de las montañas cerca de Alba. Incluso te dejaré un séquito de esclavos para demostrarte mi buena voluntad. No deseo poner fin a nuestra amistad, Piso.

Reinó el silencio. La esposa de Piso se inclinó y murmuró algo indescifrable.

—Quisiéramos disponer de un momento para pensarlo —dijo Piso.

—Puedes quedarte aquí, desde luego. Sotas estará al otro lado de la puerta y puede atender a cualquiera de tus deseos. Nosotros esperaremos en el atrio.

Seguí a Aelia y Apicio fuera de la habitación y Sotas cerró la puerta detrás de nosotros. Aelia se volvió abruptamente hacia su esposo.

—¿Cómo te atreves a romperle el corazón a nuestra hija?

Apicio la miró fijamente y sus orejas se tiñeron de rojo con las palabras de ella.



—Discúlpame, esposa. ¿Me estás cuestionando?

Pero Aelia se negó a interpretar el papel de la matrona sumisa.

—Sí. Quiero saber por qué has roto el compromiso. ¿Con quién piensas casar a Apicata?

Se me secó la boca al darme cuenta de que Aelia ignoraba la visita de Sejano el día anterior.

—Con tu primo Sejano.

Ella se quedó boquiabierta de espanto. Pareció a punto de decir algo, pero entonces empezó a tambalearse. Helena la sostuvo justo cuando se desmayó.

Apicio le indicó a un esclavo que ayudara a Helena.

—Llevala a su habitación y dejadla dormir.

Una vez que se marcharon, no pude callarme.

—¿Te he entendido correctamente? ¿Piensas casar a Apicata con Sejano?

A espaldas de Apicio, Sotas asintió con expresión seria.

Apicio frunció el entrecejo, aparentemente sorprendido de que lo cuestionara, pero se ablandó.

—Sí. Las perspectivas a largo plazo de Sejano son mejores que las de Casca —dijo, me tocó el hombro y me empujó pasillo adelante hacia el atrio.

Había algo que no me estaba diciendo.

—¿Por qué?

Apicio caminó más despacio, como si reflexionara.

—Augusto es viejo. Cuando muera, quiero estar en consonancia con la persona correcta que me favorecerá. Alguien que me ayudará a congraciarme con Tiberio.

Me apoyé contra la pared cubierta de frescos, asimilando el peso de sus palabras. ¿Es que realmente creía que Sejano sería capaz de modificar la

influencia de Publio Octavio en la cocina del César? Y aún más, ¿acaso realmente confiaba en que Sejano le ayudaría?

—Eso solo es una parte. Esto tiene que ver con las pruebas que Sejano posee contra ti, ¿verdad? —pregunté, atreviéndome a ser osado.

Apicio me clavó la mirada.

—Ya has hablado de ello en mi presencia. Me he limitado a unir las piezas —añadí; no quería involucrar a Sotas.

—Si lo sabes, comprenderás que no tengo elección. Desoír su petición significaría la muerte de todos nosotros. Y puede que eso también te incluya a ti.

No había considerado esa posibilidad. Pensé en Passia y se me heló la sangre.

—De acuerdo, pero ¿cómo le dirás a Apicata que no se casará con su amor sino con alguien a quien detesta? Podría destruir el amor que siente por ti. Si le entregas Apicata a Sejano, se la estarás entregando a un monstruo. Y lo peor es que le romperás el corazón. —Aunque traté de hablar en tono gentil, mi voz rezumaba crueldad.

Apicio entornó los ojos y se sonrojó.

—No; serás tú quien le rompa el corazón —gruñó—. Tú le dirás que se casará con Sejano en junio, cuando él regrese tras acompañar al César a Grecia.

No me daba cuenta si se debía a un auténtico temor a causa del asesinato o al deseo de convertirse en consejero gastronómico del César. Imaginé que, mentalmente, Apicio se debatía entre ambas ideas. Me mantuve imperturbable.

—Eso no cambia nada. Ella sabrá quién le quita a Casca.

Antes de que Apicio pudiera contestar, Sotas se asomó a la esquina del

pasillo y nos indicó que regresáramos. Apicio me lanzó una última mirada fulminante y se dirigió al comedor con paso pesado.

Piso y Lucasta estaban de pie a un lado del diván. Lucasta tenía los ojos enrojecidos, pero sus mejillas estaban secas. Piso le rodeaba los hombros con un brazo.

Apicio se acercó a ellos con los brazos abiertos. Yo me quedé junto a la puerta con Sotas. La ira bullía en mis entrañas.

—Bien, decidme qué pensáis. Lamento haberos hecho daño —dijo Apicio, y apoyó una mano en el hombro de ambos.

Piso asintió con la cabeza.

—Acepto tu oferta, Apicio, apreciamos tu generosidad. La mayoría de los hombres no honrarían una promesa rota y te estamos agradecidos —dijo, y a continuación soltó a su esposa y estrechó la mano del anfitrión.

—Bien, bien. Me alegro de haberte compensado. ¡Aún nos esperan dos platos más, amigos míos! Os ruego que os quedéis para que no se desperdicien.

Piso se volvió hacia su esposa y, tras un momento, Lucasta dijo:

—Nos quedamos.

—¡Excelente! —Apicio volvió a conducirlos hasta el diván y luego me lanzó una mirada furibunda—. Tracio debe ocuparse de otros asuntos, así que ahora se despedirá.

Me acerqué y los besé en la mejilla, tan furioso como aliviado por haber sido despedido. Al salir, Apicio me llamó como llamaría al último de sus esclavos.

—Ve en busca de los servidores y diles que sirvan el plato siguiente, Tracio. Y asegúrate de que nada esté frío.

No contesté. Tampoco tenía intención de obedecerle. Al salir miré a Sotas, que me comprendió.

Deambulé por los jardines un buen rato, necesitaba estar a solas con mis pensamientos. Era probable que Passia estuviera con Apicata, así que no osé ir en su busca. Enfrentarme a nuestra avecilla se me antojaba algo insoportable. Ay, dioses, ¿cómo podía darle una noticia tan horrorosa? En un rincón del jardín caí de rodillas ante una dorada estatua de Marte y elevé una oración al dios, rogando que me diera fuerzas y una señal de que descargaría su venganza sobre Sejano.

La hierba estaba fría. La luna se filtraba a través de los pinos y hacía resplandecer los guijarros de los senderos. Reinaba el silencio, un silencio fantasmal solo interrumpido por los breves tintineos de una olla en la cocina, más allá del jardín. Contemplé a Marte y creí ver que sus ojos pintados parpadeaban. Percibí un aleteo cerca de mi cabeza cuando un enorme búho pasó volando y aterrizó en la espada extendida de Marte.

Me sentía vacío de cualquier pensamiento excepto el del maravilloso y amenazador búho. Entonces el pavor me atenazó y me presionó las costillas, entre el corazón y el pecho. Era una señal, una señal nefasta. Ignoraba su significado. Un búho significaba un desastre, un desastre de gran alcance... ¡y estaba posado en una espada! ¿Habría un derramamiento de sangre?

Huí del jardín, de aquellos ojos dorados cuya mirada ardiente me perforaba y aterraba.

Cuando regresé, jadeando tras atravesar el jardín a la carrera, Sotas me aguardaba en la cocina. Estaba hablando con Timón y acabando su cena. Cuando me acerqué, dejó caer la pata de pollo en el plato de terracota.

—¿Qué pasa? ¡Pareces haber visto a un espíritu!

Tratando de recuperar el aliento, le indiqué que deberíamos hablar fuera, lejos de las miradas y los oídos curiosos de los esclavos. Timón, que siempre se mostraba comprensivo, le lanzó una manzana a Sotas y el hombretón me siguió al jardín.

No nos alejamos mucho. Yo seguía nervioso, creía que el búho estaría esperándome, volando por encima de mi cabeza en la oscuridad. Nos sentamos en los bancos próximos a la cocina, donde el personal a menudo descansaba cuando los hornos estaban demasiado calientes.

—Vale, Tracio, dime qué te ha asustado.

Se lo dije, aunque mi reacción tan temerosa parecía tonta. Sotas no habría huido, quizá se hubiese limitado a encogerse de hombros. Pero él no restó importancia a mi reacción.

—Ayer, cuando estábamos en el Foro, una serpiente se cruzó en mi camino. Sentí lo mismo que tú, mucha aprensión.

—Dime qué le dijo Sejano a Apicio. —Ansiaba saber qué le había prometido a cambio de la mano de Apicata.

Sotas negó con la cabeza.

—No lo sé. En contra de mi consejo, Apicio cerró la puerta y ordenó que esperara fuera.

—¿Qué? —exclamé espantado—. ¿Los dejaste solos? ¡Sejano podría haberlo asesinado!

—Traté de transmitirle mi inquietud, pero me dejó claro que si no obedecía habría consecuencias. Intenté escuchar tras las puertas, pero ya sabes cuán gruesas son.

Sotas le dio un mordisco a la manzana, escupió el trozo y la arrojó al otro lado del jardín. Ojalá le diera al búho. Solté una maldición, pues había sido yo quien sugirió que instalara esas pesadas puertas para evitar que los esclavos robaran nuestras recetas mientras trabajábamos en el libro de cocina.

—Sejano no le dejó otra salida. Ese es el único motivo por el cual Apicio descartó a Casca.

Sotas tocó el cordón de seda azul de su túnica, un caro accesorio que últimamente Apicio insistía en que llevaran sus esclavos.

—Tal vez, pero eso parece demasiado sencillo. Sejano es astuto, creo que primero jugaría con los deseos de Apicio. No necesita mostrarse enérgico. Apuesto a que le ofreció una oportunidad con el César.

—Pero Publio Octavio está allí. Apicio no tiene la menor oportunidad de hacer algo en la villa del César —repuse en tono escéptico.

—A lo mejor no es aquí en el Palatino —conjeturó Sotas—. Tal vez quiere que reciba a dignatarios extranjeros. Pero quizá no.

Yo tampoco lo comprendía.

—Además, Sejano ha regresado de la guerra en Germania, hace seis meses que es un prefecto. ¿Qué clase de poder puede ejercer? Todos saben que es el hombre de Tiberio, no de Augusto.

—Quizá le prometió a Apicio que apartaría a Publio Octavio cuando Tiberio asuma el poder —sugirió Sotas.

—Creo... —empecé, pero un movimiento en los árboles a mi izquierda me interrumpió. Cuando volví la cabeza para mirar, el búho se lanzó en picado y aterrizó a unos pies de donde estábamos sentados, nos contempló unos segundos, parpadeó y después alzó las alas y echó a volar en medio de la oscuridad.

—Por los dioses... —murmuró Sotas.

Permanecemos en silencio, inquietos, hasta que Passia salió de la cocina; la brisa nocturna agitaba su chal ligero. Era hermosa y la luz de la puerta destacaba su silueta.

—Ven a sentarte, amor mío.

Ella lo hizo a mi lado y la rodeé con el brazo.

—Le he pedido a Tycho que nos trajera un poco de tu vino —dijo.

En la bodega había varias ánforas que Apicio declaró que eran mías.

—Buena idea —dijo Sotas—. Somos hombres urgentemente necesitados de vino.

Ella me acarició la cintura, tal como solía hacer cuando estábamos sentados juntos.

—Mañana Apicata descubrirá que no se casará con Casca —dije, inspirando hondo.

Ella se apartó para mirarme.

—¿Qué quieres decir? ¡Creí que estaba todo arreglado! ¡Y Piso está aquí esta noche!

Un tintineo de copas anunció la llegada de Tycho. Guardamos silencio mientras escanciaba el vino, noté que sin aguar. Dejó el jarro en la mesa. En cuanto se marchó, Passia volvió a hacerme preguntas. Le froté el hombro con una mano, percibía su tensión.

—¿Con quién se casa si no es con Casca? ¿Con Dolabela? ¿Con ese anciano Narses?

—La respuesta no te gustará —dijo Sotas.

—La única respuesta que me gustará será Casca. Si no se casa con el hijo de Piso, ¿con quién? —Entonces noté que se había dado cuenta—. Ay, por favor, dime que no...

—Deberíamos haberlo matado —solté.

—¡Chitón! —Passia me tapó la boca—. ¡No digas esas palabras, otros podrían oírte!

Me aparté y bebí otro trago, Sotas me imitó. Passia se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro.

—¿Cuándo se lo dirá Apicio? ¿Mañana?

—¡Ja! —exclamó Sotas en tono burlón—. ¿Crees que tiene las agallas para decírselo él mismo?

Ella se detuvo y me contempló.

—Oh, no, Tracio. ¿Verdad que no?

—Pues sí, me ordenó que lo hiciera yo. —Las palabras dejaron un sabor

amargo en mi boca.

Ella volvió a acercarse y me rodeó con los brazos.

—Se lo diremos tú y yo, juntos.

Eso no hizo que me sintiera mejor.

Decírselo a Apicata fue aún peor de lo que había imaginado. Le di la noticia en el triclinio del desayuno, donde hacía dos días que, irónicamente, Apicio le había dicho a Casca que podía casarse con su hija.

—Tu padre me pidió que hablara contigo —dije, optando por permanecer de pie pese a que ella me invitó a tomar asiento.

Passia se sentó en el diván a un lado de Apicata. La joven me miró, esperando que hablara.

—Se trata de tu matrimonio.

—¿Algo le ocurre a Casca? —preguntó y una expresión angustiada le atravesó el rostro al tiempo que dejaba a un lado el pergamino que estaba leyendo.

—No, Casca se encuentra perfectamente —dijo Passia, palmeándole la rodilla.

—Ocurre que no te casarás con Casca —dije, optando por soltarlo directamente—. Tu padre ha arreglado tu matrimonio con Lucio Elio Sejano.

En cuanto lo oyó, cayó al suelo y empezó a lamentarse con desesperación. Tras intentar consolarla durante unos minutos, Apicata se puso en pie arrastrando las sedas de su vestido y echó a correr hacia los aposentos de Aelia. Passia y yo la seguimos.

Aelia estaba poniendo punto final a su rutina matutina. Helena aguardaba junto a la puerta y dos esclavas estaban a un lado de Aelia, sentada en una silla tapizada de rojo, dando los últimos toques a su peinado y maquillaje y



fijando los rizos de una peluca rubia que enmarcaban su cara. Cuando Apicata entró llorando, dieron un paso atrás. Ella atravesó la habitación, cayó a los pies de su madre y se abrazó a sus piernas. Aelia despidió a las esclavas, recogió a Apicata y esta volvió a protestar airadamente por verse obligada a casarse con Sejano; las lágrimas humedecían la parte delantera de su túnica.

—¡Es un libertino, un hombre repugnante! Nos odia. ¡Te hizo daño, madre! ¡Te hizo daño! No me obligues a casarme con él, por favor. Lo estropeará todo —gimió—. ¡Lo odio! ¡Ojalá se muera!

Aelia adoptó la expresión de una auténtica matrona romana y, con el rostro gélido como la nieve, abofeteó a su hija. Esta se llevó la mano a la mejilla anegada en lágrimas y enrojecida por el bofetón. Era la primera vez desde que vivía en el hogar de los Gavo que veía a Aelia abofetear a su hija.

—Lo único que Casca tiene es el nombre de su familia. Sejano tiene el poder y el favor del César, y eso significa que puede destruirnos con una única palabra. Ahora contrólate y eleva una plegaria a Cupido para que arranque esa flecha de tu pecho. Debes endurecer tu corazón, guardar tus lágrimas bajo llave y ser la esposa romana perfecta. Es tu deber.

Apicata calló, estupefacta. Aún tenía los labios entreabiertos y, aunque siguió llorando, no dijo nada. Se marchó, arrastrando a Passia de la mano. La reacción de Aelia me consternó.

Me dispuse a seguir las, pero Aelia me detuvo.

—Espera, Tracio.

Tenía los ojos húmedos y al ver la emoción reflejada en su cara me sentí mejor: mostrarse tan dura con su hija no era propio de ella.

—¿Apicio te pidió que se lo digas? —preguntó.

—Sí, señora.

—Ah. —Aelia se desplomó en la silla como si estuviese exhausta. Un

largo rizo se soltó de su peluca y cayó sobre su hombro—. Soy yo quien debiera habérselo dicho —murmuró.

—Creo que fue mi castigo —dije, y en cuanto las pronuncié deseé tragarme esas palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con lágrimas en los ojos.

—Le dije a tu esposo que no estaba de acuerdo con su decisión.

—Comprendo. —Se restregó la cara con el dorso de la mano.

—Que Apicata se case con ese monstruo me parece inconcebible. Yo quería que se casara por amor —dije.

Ella se levantó, se acercó y me apoyó una mano en la mejilla. Su mirada rezumaba tristeza.

—Ay, mi estimado Tracio, solo los esclavos y los plebeyos son lo bastante afortunados como para casarse por amor. —Dejó caer la mano y se volvió.

Mientras abandonaba la habitación, oí que un sollozo escapaba de los labios de Aelia. No soportaba verla llorar, así que seguí caminando.

Apicata nos castigó a todos tratando de morir de inanición; se encerró en su habitación y se negó a comer. Apicio estaba demasiado avergonzado para visitarla y eso solo incrementó su pena. Aelia y Passia lograron que comiera unos trozos de manzana todos los días y bebiera un poco de agua, pero eso no le serviría de sustento durante mucho tiempo.

Su cuerpo antaño curvilíneo se volvió esmirriado, sus mejillas se hundieron y su tez adoptó un tono ceniciento. Estaba muy débil y no abandonaba su lecho.

Yo apenas hablaba con Apicio, que se negó a que estuviera presente en la *salutatio* y solo a regañadientes me consultaba sobre algunos banquetes que había planeado hacía tiempo. Yo lo trataba con amabilidad, pero lo único que ambos deseábamos era separarnos cuanto antes.

Al final ya no pude soportarlo. La tozudez de Apicata la había enfermado peligrosamente y una tarde irrumpí en la biblioteca de Apicio, apartando a Sotas antes de que pudiera detenerme.

—¿Cómo te atreves? —le espeté a Apicio, que dejó caer el pergamino que sostenía, pero no le di tiempo de responder—. Primero la hundes moralmente y ahora dejas que se muera. ¿Qué favor hallarás en la villa del César si tu único contacto está muerto?

Apicio palideció y movió los labios como buscando la réplica adecuada, pero no me detuvo.

—Tu hija te quiere más que a nadie. La insultaste no dándole la noticia tú mismo y ahora te niegas a hablarle en su lecho de muerte. Espero que su

sombra te persiga hasta el final de tu vida, so necio. Yo no lo sabré porque me marchó.

Estaba temblando. Jamás le había hablado a un patricio de esa manera; semejante falta de respeto podía significar que me expulsaran del hogar o aún peor: Apicio podía disponer que me echaran de la ciudad. Me volví, dispuesto a marcharme.

—Espera —dijo con voz trémula. Me preparé para recibir una andanada de su ira y me sorprendí al ver su expresión de derrota—. Dime qué debo hacer.

Entonces me di cuenta de que la naturaleza de nuestra relación había cambiado de verdad. A lo largo de los años, el que daba las órdenes siempre había sido él, y ahora me pedía consejo. Me esforcé por controlar mi frustración.

—Ven conmigo. Le llevaremos comida y tú le dirás que no quieres que muera. Le darás de comer y le asegurarás que ella siempre estará en tu corazón.

Apicio vaciló.

—¿Por qué no puedes darle de comer tú?

Levanté las manos, presa de la indignación.

—¿Crees que no lo he intentado todos los días? Pero no quiere nada conmigo.

—Pero ¿y si...?

—¿Y si muere? —exclamé, perdiendo la paciencia. Apicio soltó una suerte de grito ahogado—. Ella cree que todos los hombres de su vida la han traicionado, tú más que ninguno. Eres tú quien debe arreglarlo. Háblale, dile que lo sientes.

Él calló. Lo empujé hacia la puerta, seguido de Sotas.

Recorrimos los pasillos en medio de un silencio incómodo hasta alcanzar la puerta de Apicata. Los esclavos que la vigilaban se apartaron cuando nos acercamos. Le dije a uno de ellos que trajera caldo de la cocina.

Apicata estaba todavía más pálida que esa mañana, tenía los cabellos apelmazados y grasientos, sus pómulos marcados le daban un aspecto fantasmal.

Apicio se apresuró a acercarse a ella. Les indiqué a los esclavos que abandonaran la habitación. Passia se situó junto a mí y a Sotas.

—¿Dónde está Aelia? —pregunté.

Passia no apartó la mirada de Apicio.

—La insté a que descansara. La preocupación la está enfermando.

Apicio se sentó en el borde de la cama, acariciando los cabellos de su hija. Apicata se movió y abrió los ojos.

—¿Padre? —dijo con voz débil.

—Ay, pequeña mía, estoy aquí. Lamento no haber venido antes. Tú y yo somos tan parecidos... siempre caprichosos y tozudos.

No veía su cara, pero me pareció que sollozaba.

—¿Por qué debo casarme con él? —preguntó ella; casi no podía mantener los ojos abiertos.

—Sejano tiene amigos poderosos —respondió él, sin dejar de acariciarle el pelo—. Si ignoro su deseo de casarse contigo, temo que ello afectaría a nuestra familia de manera negativa. Y también a tu amado Casca.

Ella abrió los ojos y de pronto su rostro se encendió.

—¿Qué quieres decir? ¿Que le haría daño a Casca?

Su padre la cogió de la mano.

—Quizá. Si Sejano no obtiene lo que desea, puede volverse muy peligroso.

Sus palabras me sorprendieron. ¿Estaba mintiendo? ¿O había llegado a un acuerdo con Sejano?

Las lágrimas se derramaron por las pálidas mejillas de la joven, brillando a la luz del sol vespertino.

—Si es tan peligroso, ¿por qué debo casarme con él?

—No supone un peligro para aquellos a quienes ama —se apresuró a decir Apicio. Su capacidad para el embuste me maravilló—. Y te ama muchísimo. Lo dijo muy en serio.

Ya. Dudaba que amor fuera algo que Sejano fuese capaz de sentir.

Apicata también lo sabía.

—No me ama.

—No te preocupes, hija, y en cambio piensa en tu deber —repuso Apicio en un tono que se pretendía inspirador—. Casarte con Sejano te volverá importante para César Augusto y para Tiberio, su hijo adoptivo. Tus hijos heredarán cosas importantes y gozarán de oportunidades únicas en la vida. Y tú sabrás que las personas que más amas (tu familia y Casca) estarán a salvo gracias a tus actos. Ojalá las cosas fueran distintas, pero Sejano ejerce una gran influencia, pequeña. Y tú serás quien determinará si la emplea para bien o para mal.

Me dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes. Me parecía increíble que Apicio cargara a su hija con semejante responsabilidad, que empleara el sentimiento de culpa para obtener su consentimiento a algo intolerable.

—Pero él es un équite... —murmuró Apicata, una última súplica.

—Sí, pero es un hombre prestigioso que ha alcanzado su posición gracias a sus propios esfuerzos —replicó Apicio—. El mundo está cambiando, querida mía, y quienes disponen de los medios para crear sus propios destinos serán quienes fijen sus estrellas en el firmamento.

Miré a mis amigos. Passia meneó la cabeza y Sotas se encogió de hombros. A Apicio no le gustaban esa clase de hombres, como Cicerón, el célebre orador, o Cayo Mario, que durante el reinado de Julio César fue cónsul en

seis ocasiones. Los consideraba unos tramposos, indignos de semejante estatus.

Apicio se volvió hacia mí, queriendo que le indicara qué hacer. Balsamea había llegado con el caldo y le indiqué que le diera el cuenco a su amo.

Él lo sostuvo y cogió una cucharada de caldo.

—Por favor, Apicata, toma esto. El hogar de los Gavo depende de tus fuerzas.

—No tengo hambre —dijo ella, mirando el cuenco.

—Por favor, Apicata, come un poco. Necesitamos tu fuerza. Por favor, hija.

Ella volvió la cabeza hacia la pared.

—Hazlo por Casca, Apicata. Para que esté a salvo.

Ante eso, Apicata cedió.

—De acuerdo, comeré. Por Casca, que está perdido para mí.

Apicio la besó en la mejilla.

—Gracias, hija, gracias.

Passia se apresuró a ayudarla a tomar el caldo.

—En el futuro —añadió Apicio, dejándole lugar a Passia—, nuestra familia se sentirá orgullosa por el modo en que tu coraje y tu fidelidad ayudaron a construir el nombre de los Gavo.

Eran palabras bonitas, pero no me convencieron; lo más probable era que Sejano la asfixiara hasta dejarla sin alma.

Apicata se tomó las explicaciones de su padre a pecho, apuntalando sus emociones y recuperándose de su autoimpuesta enfermedad en menos de una semana. Emergió muy cambiada de sus aposentos: la muchacha alegre cuyas

risas chisporroteaban por toda la casa había desaparecido, dando paso a una más silenciosa que hacía lo que le pedían.

Una vez que se encontró mejor, Passia la llevó al templo de Juno, donde permanecieron durante dos días dedicados a la limpieza ritual y los preparativos especiales para su matrimonio. Aelia les pidió que llevaran cinco cerdas blancas como sacrificio: una ofrenda exorbitante. Como la ceremonia estaba reservada exclusivamente a las mujeres, Passia se negó a decirme qué ocurría en el templo y, como no se trataba de un ritual corriente, tampoco pude sonsacarles información a los esclavos. Apicata regresó del templo como una mujer nueva. Sus ojos habían perdido brillo, pero la tristeza había desaparecido. Se mostraba fría, eficiente y cortés, el perfecto modelo de conducta de una matrona romana.

—Es como si la hubiésemos perdido —le dije a Passia la noche que regresaron—. El fuego que ardía en ella se ha apagado.

—Está perdida para nosotros —dijo ella en tono prosaico—. Es probable que Sejano sea su perdición.

—No lo sabes. —Pero en cuanto lo dije, supe que ella tenía razón.

Passia bebió un sorbo de vino.

—Sí que lo sé. De algún modo está marcada, pero no te preocupes —dijo, y me acarició la mano—. La diosa protegerá su alma, tanto en la vida como en la muerte.

Ojalá sus palabras me tranquilizaran.

La boda se celebró en junio, el momento más propicio del año para el matrimonio. Empezamos por reunirnos en la villa de Apicio para el principio del ritual, que luego proseguiría en la casa de Sejano, el nuevo hogar de Apicata.



Esa mañana muy temprano, antes de la llegada de los invitados, le dije a Passia que yo le serviría el desayuno a Apicata. La jovencita se alegró de verme y deposité la bandeja del desayuno en una mesita.

—Me alegro de verte esta mañana —dijo y me cogió ambas manos. Se parecía a su madre; elegante y ya adulta—. Quería decirte cuánto te echaré de menos.

Sentía tanto amor por ella... Era la hija que no tenía.

—Dejarte a ti y a Passia será duro. Me enseñasteis que en este mundo hay amor y alegría. ¡Y buena comida! —añadió, apretándome las manos, y una sonrisa amplia y pícara le atravesó el rostro, una que hacía meses que no veía—. ¡Ay, Tracio, echaré de menos tus flores de rabanitos y los ratones de huevo que confeccionabas para mí! Prométeme que cuando venga de visita me los harás.

Reí. Entre los muchos platos que había preparado para ella a lo largo de los años, lo que más apreciaba eran los toques finales. Me regocijó.

—Lo prometo, avecilla.

Su mirada se volvió sombría y la sonrisa se borró.

—Quiero decirte cuánto aprecié lo que trataste de hacer por mí y por Casca. Siempre recordaré ese favor.

Se me secó la boca, sin saber qué responder.

—Tengo algo para ti. —Se acercó a uno de los arcones junto a la pared que contenían sus pertenencias. Cuando volvió sostenía el pajarito de cuerda que Prokopton le había regalado en el mercado, aquel nefasto día en que nos encontramos con Sejano—. Contigo gozará de mayor libertad —dijo antes de darme el juguete, y me estrechó entre sus brazos.

Las actividades de la boda comenzaron bien entrada la mañana. Passia y

Aelia asistían a Apicata en los aposentos de su madre, aguardando la señal que indicara que Sejano estaba dispuesto a tomarla como esposa. Yo estaba en el jardín con el odioso novio, Apicio, los miembros de la familia, los clientes y diversos invitados. El sol casi había alcanzado su cénit y varios esclavos deambulaban entre la multitud con copas de hidromiel y pasteles para aliviar la espera hasta el desayuno de bodas, que acontecería tras la ceremonia.

Uno de los esclavos porteros soltó un grito: el augur había llegado para determinar si el matrimonio sería propicio. Elevé una plegaria a Júpiter, rogando que una bandada de cuervos negros se posaran en el techo que se asomaba sobre el jardín. ¡Seguro que sería una señal merecedora de que cancelaran la boda! Pero no confiaba en ello y mi desazón superó mis esperanzas.

El augur recorrió el patio y, tras intercambiar unas breves palabras con Apicio y Sejano, cogió su báculo curvo y trazó los cuadrantes del cielo, claro y despejado por encima del Foro. Después esperamos. Y seguimos esperando. Cuanto más se prolongaba la espera, tanto mayor era mi euforia. Albergaba la esperanza de que las aves no echaran a volar pues, como mínimo, eso haría que la boda se postergara hasta un momento más propicio.

Dirigí la mirada a Sejano. Su toga resplandecía al sol y, en honor a la ocasión, su roja túnica de pretoriano llevaba adornos dorados. Estaba junto a su padre Elio Galio, también padre de Aelia, Lucio Elio Lamia. Ambos hombres mayores parecían ansiosos debido a la ausencia de aves, pero Sejano no manifestaba la inquietud del resto de asistentes a la boda. Contemplaba las paredes del jardín donde el augur había marcado el cuadrante derecho con expresión serena y, mientras yo lo observaba, su ligera sonrisa dio paso a una amplia y burlona.

—Allí —dijo, señalando.

Todas las miradas se dirigieron en esa dirección y, para mi gran consternación, una bandada de palomas blancas se elevó al cielo desde el suelo. Al menos, dos docenas de esas aves poco corrientes. Nunca había visto tantas palomas blancas juntas. Apeataba a engaño, a montaje.

—¡Muy propicio! —proclamó el augur, y su voz resonó por todo el jardín—. Blanco, el color de la pureza, el valor y la bondad. Se elevan al cielo desde el cuadrante inferior derecho y Sol las calentará con sus rayos, iluminándolas con su poder tal como iluminará a Sejano y Apicata. Su número significa muchos hijos. ¡Realmente un momento muy afortunado!

Los presentes vitorearon. Los hombres palmearon la espalda de Sejano y las mujeres acudieron a besarle la mejilla y desearle suerte. Dejaron de prestar atención a las palomas y hasta el augur fijó su atención en las fuentes de buñuelos calientes que los esclavos traían de la cocina.

Yo era el único con la vista clavada en el cielo cuando el búho, desafiando la luz del día, atravesó la parte inferior del firmamento, volando por encima de los tejados de la villa en persecución de un gorrión que iba tras la bandada de palomas y atrapándolo entre sus garras.

Creí que mi corazón dejaría de latir.

Cuando salió al jardín, la belleza de Apicata era la frígida belleza de una estatua recién tallada. Llevaba el oscuro cabello trenzado en los tradicionales seis rizos, entretejido con una redecilla dorada y sujetado en la coronilla mediante la tradicional punta de lanza de hierro. Pensé en la ironía de esa punta de lanza: se suponía que simbolizaba las primeras mujeres de Roma, las Sabinas, raptadas y llevadas a la ciudad. Y ahora la propia Apicata estaba siendo raptada.

El tradicional velo anaranjado, el *flammeum* a juego con sus zapatos, le

cubría el cabello hasta los hombros. Llevaba los labios pintados de rojo y los ojos delineados de negro, el estilo egipcio popular entre las mujeres de Roma. Un cinturón de oro anudado sostenía su vestido de franela blanca. Más tarde, Sejano desataría ese nudo.

Aelia condujo a su hija a través del césped hasta Sejano, cerca del estanque central, rodeado de todos los invitados. Apicata sostenía una cesta que contenía sus juguetes infantiles y el vestido cuidadosamente plegado de su infancia. Apicio dio un paso adelante para saludar a su hija.

Ella le tendió la cesta con rostro inexpresivo.

—Te entrego los juguetes y las ropas de mi juventud, padre. Ya no los necesito, pues hoy me convertiré en mujer.

Apicio aceptó la cesta. A diferencia de su hija, la tristeza asomaba a su mirada.

—Sostengo tus tesoros infantiles en mis manos y siempre los recordaré. Que Juno te bendiga al tiempo que te conviertes en mujer.

Luego Aelia condujo a su hija hasta Sejano y depositó la mano de ella en la de él. Apicio le tendió la cesta a un esclavo y él y Galio ocuparon sus puestos ante la pareja. Apicata y Sejano inclinaron la cabeza respetuosamente ante sus respectivos padres. Apicio y Galio dieron un paso a un lado para que el augur pudiera situarse entre ambos durante la ceremonia.

Diversos invitados habían llegado tarde, incluso Fannia, de pie a la izquierda de la pareja. Su peluca negra era de cabello liso, al estilo egipcio y adornada con cuentas de oro. Observaba la ceremonia con rostro impasible. No sentía aprecio por Sejano.

Publio Octavio también había llegado tarde, quizás invitado por Sejano; lo acompañaban dos hombres a los que no reconocí. Los pliegues de su papada se agitaban al hablar.

Passia apareció a mi lado. Me cogió del brazo y ambos observamos el

desarrollo del ritual.

Sejano y Apicata se situaron uno frente al otro y se cogieron de las manos. Permanecieron en esa posición durante un tiempo que parecía demasiado prolongado. Ella estaba inmóvil, con la vista clavada en algún punto más allá. Por fin pareció darse cuenta de dónde estaba y pronunció las palabras tradicionales.

—Donde tú eres Cayo, yo soy Caya.

Sejano sonrió.

—Donde tú eres Caya, yo soy Cayo.

El augur hizo un gesto indicando a un esclavo que presentara la cerda blanca para ofrendarla a Juno. La pareja observó mientras el augur decía unas palabras y, con un movimiento atterradoramente rápido, cercenó la garganta del animal con un puñal enjovado. La sangre se derramó en las baldosas del jardín, el esclavo se lo llevó y el augur circuló entre la multitud para reunir la cantidad necesaria de firmas de testigos para el contrato matrimonial. Que el contrato matrimonial de Apicata llevara la firma de Publio Octavio suponía un golpe extra.

El *prandium* de la boda duró toda la mañana. Los invitados se retiraron a divanes dispuestos en el atrio y consumieron el desayuno más elaborado jamás ideado por mí. Sentarme junto con los demás me resultaba insoportable, así que ayudé a Timón a entregar un plato tras otro de lirones con miel, más buñuelos especiados, platos de anchoas fritas, pan con queso de cabra y pimienta, medallones de jabalí y cuencos individuales de natillas de avellana. Cada plato era servido en una bandeja dorada y los invitados recibieron cucharas de oro y servilletas teñidas con púrpura de Tyria: obsequios suntuosos que podían llevarse a casa. Entre plato y plato,

servidoras casi desnudas esparcían pétalos de rosas sobre los invitados y les ayudaban a lavarse las manos.

El *prandium* llevó tres horas. No presté atención a ninguna conversación. Apicio también estaba de mal humor y me ladraba órdenes como si aún fuera su esclavo, pero eso me salvaba de sentarme en los divanes. Creo que Apicio también me envidiaba, por no poder ocultarse conmigo en la caldeada cocina.

Apicata se mostraba estoica. No parecía alegre ni triste. No entablaba conversaciones, solo contestaba con palabras corteses cuando le hablaban y reía en los momentos oportunos. Deseé poder llevármela a Minturno y volver atrás el reloj, a la época en que ella reía y jugaba en la arena con su perro. *Perseo* estaba tendido en el suelo cerca de sus pies. Ya era viejo y cojeaba. Cuando descubriera que no podía seguir a su ama a su nuevo hogar, estaría desconsolado.

Ese momento llegó con demasiada rapidez. Sejano y tres de sus amigos — soldados, a juzgar por su aspecto rudo— salieron del atrio y entraron en la sala. Me pareció reconocer a uno de ellos, de aquel día en el mercado, años atrás. Cuando desaparecieron entraron tres niños, los sobrinos de Fannia, que escoltarían a Apicata hasta su nuevo hogar. Llevaban togas blancas y fajas rojas, y, al igual que los otros invitados, coronas de laurel y orégano. Era la parte del día que más temía: la tradicional recreación del rapto de las Sabinas.

Sotas salió de la casa; sostenía la *spina alba*, una antorcha encendida en el fogón de la villa que sería transportada hasta el nuevo hogar de Apicata. Sotas se la alcanzó al niño más alto.

En la mayoría de bodas, la procesión era la parte más celebrada del acontecimiento: todos participaban en la diversión, pero en esa boda yo no tenía el menor deseo de hacerlo.

Los niños se alejaron de la puerta a tiempo para que Sejano y sus amigos regresaran al atrio vociferando y profiriendo gritos guerreros. Sejano echó a

correr hasta el diván de la novia y simuló arrastrarla. Apicio y Aelia la rodearon con los brazos, para evitar el «rapto». Apicata gritó.

—¡No me quites a mi hija! ¡Por favor, señor, no te lleves a mi hija! — declamó Aelia.

Los invitados creían que estaba de broma, pues se suponía que debía fingir que se resistía. Observar esa escena me rompía el corazón. Apicio también participó.

—¡No puedes llevártela! —rugió con mirada de poseso y tono enfadado.

Apicata lo contempló asustada, como si se diera cuenta de que quizá su padre tenía sus dudas. Los amigos de Sejano arrastraron a los padres a un lado y después Apicata quedó en brazos de Sejano.

—¡No, no me obliguéis! —Los gritos de Apicata eran agudos.

Los invitados rieron, creyendo que formaba parte de la representación, pero yo sabía que Apicata no estaba actuando.

—¡Suéltame, pedazo de zoquete!

Apartó a Sejano de un empujón y, sin querer, cayó en brazos de su amigo, que se la devolvió al novio. Este la agarró de la cintura y la alzó, ella le golpeó el pecho con los puños con tanta violencia que el enfado de él le crispó el rostro, pues consideró que Apicata estaba llevando las cosas demasiado lejos.

La llevó fuera en brazos, flanqueado por los sobrinos de Fannia sosteniendo la antorcha. Los invitados los siguieron, abandonando el atrio y la casa. Passia se unió a Aelia y Apicio en la procesión, sosteniendo el huso y la rueca que simbolizaban el papel doméstico de Apicata como esposa de Sejano, la que lo mantendría vestido. Sotas marchaba detrás de ellos, su cabeza calva sobresaliendo por encima de la multitud.

No los seguí. No quería ver la procesión ni a los invitados burlándose de Apicata y Sejano con comentarios lascivos mientras recorrían las calles del

Palatino. No quería observar a Apicata frotando la entrada de la casa de Sejano con grasa y aceite, y luego engalanándola con lana para demostrar su puesto en el hogar como ama de casa. Pensar que ella administraría esa villa, introducida a la fuerza en un mundo violento, me resultaba doloroso. ¡Solo era una niña!

Tampoco quería ver a Sejano llevándola en brazos a través del umbral, verla tocar fuego y agua, ver como Aelia la conducía hasta la alcoba de Sejano para rezar y desvestirla y ofrecer un sacrificio, y menos quería ver como Aelia abandonaba la habitación y Sejano entraba...



## SÉPTIMA PARTE

13 d.C. a 14 d.C.

### CARACOLES ALIMENTADOS CON LECHE

Coge los caracoles, límpialos con una esponja y quítales las membranas para que puedan salir de sus caparazones. Ponlos en una olla con leche y sal durante el primer día y solo con leche durante los días restantes, sin dejar de retirar los desechos. Cuando estén tan bien alimentados que no puedan regresar a sus caparazones, extráelos y fríelos en un poco de aceite. Sírvelos bañados en *oenogarum* (garo diluido con vino). También puedes alimentarlos, de manera similar, con papilla de avena.

Libro 7.16. I, «Platos de lujo»

*Acerca de la cocina*, APICIO

Llovía el día que Apicio me envió al sector inmigrante de Roma, el *Trans Tiberium*, una zona de la ciudad atestada de gente, formada por una mezcla de *insulae* y *domus* de clase media desparramados a orillas del Tíber. Fue allí, entre los vocingleros carniceros, panaderos, lavaderos y picapedreros, donde encontré a Glycon, el astrólogo que Fannia le había recomendado a Apicio.

Aguardé y volví a asomarme por encima de la reja para observar a los niños. Consideré que todo aquello era una tontería. Hacía años que Fannia trataba de convencer a Apicio de que contratara a Glycon y por fin lo había conseguido. Fiel a su estilo y en contra de mi recomendación, había evitado la visita ocasional preferida por Fannia y quiso que Glycon se instalara en la villa y estuviera disponible para poder consultarlo a diario. Confiaba en que el astrólogo rechazara la oferta de Apicio; yo creía en las estrellas, al igual que todos debían creer en ellas, pero me costaba creer que alguien que no fuese sacerdote o sacerdotisa de un dios pudiera conocer los caminos trazados por esas deidades.

Glycon vivía en la quinta planta de una *insula* que sin duda no cumplía con las ordenanzas de edificación destinadas a proteger Roma de los incendios. Mientras remontaba las húmedas y destartaladas escaleras le recé a Neptuno, rogando que me protegiera de un terremoto, pues me parecía improbable que el edificio resistiera un temblor y que la madera bajo mis pies no cediera y me precipitara al vacío.

Mi destino era una puerta en cuya parte superior habían pintado un tosco

ojo de Horus y en la inferior una larga cobra enroscada. Reflexioné sobre los símbolos y me pregunté por qué Apicio me había enviado en una misión inútil; me parecía increíble que creyera en semejantes tonterías. Llamé a la puerta.

Transcurrió un buen rato, lo bastante prolongado como para que me asomara a la barandilla. Tenía miedo de tocarla, podría ceder y desmoronarse. La lluvia había dado paso a una bruma y, pese al tiempo húmedo, varios niños jugaban con una pelota de cuero en el fangoso patio a mis pies.

La puerta apenas se entreabrió.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina.

No vi a nadie, solo un hueco oscuro entre la puerta y el marco.

—Me llamo Tracio, vengo por encargo de Marco Gavo Apicio, que requiere los servicios del astrólogo Glycon —dije, y le alcancé el delgado pergamino enviado por Apicio.

La mujer lo cogió.

—Espera —dijo, y cerró la puerta.

Volvió a abrirla un anciano alto vestido con ropas de viaje. Su semblante era tan pálido que me pregunté si alguna vez había estado al aire libre y al sol. Tenía un cabello largo y plateado, sujetos mediante una tira de cuero en medio de la espalda, ojos oscuros bordeados de verde, lo que le daba el aspecto de un dios, como si la misma Cibeles lo hubiera tocado. Detrás de él, cuatro hombres sostenían dos grandes arcones.

—Tracio, ¿verdad?

—Sí.

Glycon sonrió y me sorprendí al ver su dentadura perfecta.

—Esta mañana tres cuervos se posaron en el tejado, anunciando el cambio que me llevaría a la casa de tu amo. Las estrellas están alineadas. Tú, buen

hombre, me llevarás con Gavo Apicio de inmediato y yo lo guiaré respecto a los deseos de los dioses.

Me pregunté si eran los tres cuervos o los trescientos denarios prometidos en esa carta los que habían alineado las estrellas. Conduje al grupo escaleras abajo. Me disgustaban los astrólogos, aunque percibí que algo extraño me seguía anunciando un cambio, a saber si para mejor.

Cuando llegamos a la villa, le dije a Glycon y sus asistentes que aguardaran en el frescor de la pérgola. Luego envié a un esclavo en busca de Apicio y ordené a otro que sirviera hidromiel a los recién llegados. Bebieron el dulce refresco como si fuese el primer líquido que probaban.

Cuando Apicio acudió, estrechó la mano de Glycon como si fueran viejos amigos. Me irritó que Apicio no tuviera reparos en que un perfecto desconocido se instalara en su casa.

—Gracias por venir. Sotas te acompañará a tus aposentos y hablaremos una vez que hayas descansado —dijo Apicio, y le hizo un gesto a mi fornido amigo, que aguardaba junto a la puerta.

—Muy bien. ¿Te gustaría que asistiera a la cena?

Sotas me lanzó una mirada extraña. Ese era el primer paso —solicitar una invitación a la cena— para convertirse en un parásito permanente al pie del diván, y más adelante supondría otros favores; finalmente, cuando Glycon se diera cuenta de cuán fácil resultaba manipular a Apicio, sería una presencia permanente. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que el hombre dictara casi todos los pasos de Apicio.

—Esta noche te reunirás conmigo, Aelia y Tracio —dijo Apicio—. Pero después comerás en tus aposentos o en algún lugar de Roma, lo que prefieras.

Celebro numerosos banquetes y en general no hay espacio en mis divanes. Sin embargo, esta noche puedes cenar con nosotros.

El tono adusto de Apicio pareció sorprender a Glycon, que no hizo ningún comentario.

—Por supuesto. ¿Y mis esclavos?

—Hay un cubículo en desuso adyacente a tus aposentos donde podrán alojarse; comerán en la cocina a una hora específica. Timón, que dirige la cocina, les informará de los horarios. Deben permanecer en las dependencias de los esclavos; no quiero verlos en las zonas de la villa destinadas a la vivienda. Tienes permiso de usar el resto de la casa: los baños, los jardines, lo que necesites, a excepción del ala que alberga la biblioteca y nuestros aposentos privados.

—De acuerdo. ¿Tendré acceso al tejado, donde instalaré instrumentos que me ayudarán a observar mejor las estrellas?

Apicio titubeó, sorprendido por la petición. Ignoraba la respuesta, puesto que jamás había pisado los tejados y no sabía si existía un lugar adecuado.

—Ciertamente —dijo, haciéndome un gesto—, Tracio se encargará de ello. A partir de mañana habremos preparado un lugar adecuado para ti.

Glycon inclinó la cabeza indicando que aceptaba, un movimiento paciente y sabio, como si fuera un anciano sacerdote de muchos saberes. No creí que lo fuera.

—Esta noche, durante la cena, comentaremos los diversos factores que me permitirán adivinar tu futuro —dijo Glycon—. Los cielos tienen mucho que decir, pero necesito comprender el lugar que tú ocupas en las estrellas.

Sotas condujo a Glycon y sus esclavos a través de la villa; los acompañé, aún curioso. Recorrimos el largo atrio central, pasamos junto al estanque azul y avanzamos a lo largo de los pasillos, más allá de los olores de la cocina, hasta la parte posterior del *domus*. Allí, Sotas indicó una habitación de

tamaño mediano flanqueada por un pequeño cubículo. Los esclavos dejaron los arcones en el suelo y se pusieron a deshacerlos de inmediato. Uno parecía contener instrumentos, brújulas y cartas astrales, mientras que el otro contenía los efectos personales de Glycon.

Sotas se disponía a marcharse conmigo, pero Glycon lo detuvo tocándole el hombro. Sus rasgos habían adoptado una expresión extraña, una ligera sonrisa curvaba sus labios.

—Veo que llevas la marca de una diosa dorada.

Sotas lo miró, perturbado, pero no dijo nada. Inspiró y abandonó la habitación.

¿Qué significaban esas palabras para Sotas? Estaba decidido a averiguarlo.

Esa noche nos reunimos en el triclinio para una cena informal. Apicio no había invitado a ningún cliente, reservando su tiempo para Glycon. Ocupé mi asiento en el diván y Sotas fue invitado a sentarse a los pies de Apicio. Passia y Helena también recibieron permiso para quedarse, Helena a los pies de su ama y Passia a los míos.

Aunque Apicio todavía se negaba a dejarnos casar, me complacía que me permitiera conservar a Passia a mi lado. Cuando la hija de un patricio se casaba, a menudo podía llevarse con ella a su esclava personal y otros esclavos. Apicata se negó a llevarse a Passia, afirmando que no sería ella quien rompiera nuestro amor. Era el regalo más precioso que nuestra avecilla podía haberme ofrecido. Apicio pareció reconocer el gesto; durante los dos últimos años se había mostrado generoso y permitió que Passia compartiera deberes con Helena en la medida que Aelia lo necesitara. A veces me ayudaba en la escuela o en la cocina.

Timón había preparado un *patina* de huevo y medusas, y mi plato favorito:

albóndigas de faisán, acompañadas de alubias verdes en salsa de comino, buñuelos de calabaza calientes y lonchas de ciervo asado. Una vez que los esclavos trinchadores se marcharon, Glycon empezó a hacer preguntas.

—Primero necesito la fecha de tu nacimiento y las de tu esposa e hija. — Sostenía un estilo en una mano y una tablilla de cera en la otra, dispuesto a apuntar las respuestas.

—Y la de Tracio —dijo Apicio, inclinando la cabeza hacia mí.

Yo no quería conocer mi carta astral y, confiando en zafarme de la obligación, dije:

—Me temo que no conozco la fecha de mi nacimiento. Sé el año, pero no la fecha. —Me quité una gota de salsa de medusa del mentón con una servilleta y tomé una nota mental: debía decirle a Timón que adaptara la cantidad de salsa a las verduras.

—Es desafortunado, pero no tiene importancia. Contéstame a estas dos preguntas y te lo diré.

Dudé que alguien, excepto mi madre desconocida, supiera la fecha de mi nacimiento, pero en presencia de Apicio procuré mostrar buena disposición.

Glycon arqueó una ceja.

—Cuando sueñas, ¿en qué estación sueles encontrarte más a menudo?

Mis sueños no ocurrían en ninguna estación, carecían de algo que indicara un escenario exterior. Soñaba sobre todo con personas, con lugares en el interior de la villa y, casi siempre, con la cocina en la que de niño aprendía mi oficio.

—Otoño. —Era mi estación predilecta, aunque no un reflejo auténtico de mis sueños.

Glycon garabateó algo en la tablilla antes de inclinarse para coger una albóndiga de la fuente ante él. Se la metió en la boca, masticó y luego habló con la boca todavía llena.

—¿Qué edad tenías cuando tu voz empezó a cambiar?

Passia me acarició el tobillo y casi pegué un respingo.

—Trece años —logré contestar.

Glycon volvió a escribir en la tablilla.

—Naciste el *nones* de octubre.

Procuré parecer impresionado y me esforcé por no soltar una risita. Que yo supiera, podría haber nacido en los idus de marzo, pero, a pesar de mi creciente recelo, no me atreví a reír: Apicio se tomaba la astrología y la adivinación muy en serio.

Antes de que pudiera decir algo, Apicio tomó la palabra.

—Yo nací doce días antes de las calendas de julio. Apicata en los idus de febrero y Aelia nació tres días antes de los *nones* de enero.

Glycon anotó las fechas.

—Bien, bien. Ahora puedo iniciar un examen más minucioso de las estrellas que determinan vuestros resultados. Comenzaremos por algunos comentarios generales.

Apicio aguardó a que Glycon continuara; yo sabía que se esforzaba por ser paciente, pero la paciencia no era la mayor de sus virtudes.

—Comienza por mí. —Aelia le lanzó una sonrisa dulce a su esposo, aderezada de petulancia e insatisfacción. Poco antes de la cena los había oído discutir sobre la presencia de Glycon en la casa.

Glycon miró a Apicio y este asintió de mala gana.

—Con mucho gusto, señora. ¿Tres días antes de los *nones* de enero? Ah, una fecha excelente. Amas a las personas y adoras verlas felices. Eres sincera y servicial, y sobre todo afectuosa. Cuando amas, amas profundamente. He de decirte que cuides tus tobillos, pues pueden tender a torcerse o quebrarse.

—Asegúrate de ajustarte las sandalias, Aelia —dijo Apicio, ansioso por hacer avanzar el tema. La mirada que le lanzó a Glycon lo demostraba.



—No puedo decirte más sin consultar la *ephemeris*, mi carta astral —dijo el hombre y dejó su plato a un lado.

—Muy bien —repuso Aelia, entendiendo el intercambio subyacente—. Quisiera retirarme, esposo. Esta noche estoy cansada.

Helena se apresuró a ponerse de pie para ayudarla, pero Aelia la apartó con un gesto y se puso de pie con elegancia, aguardando la respuesta de Apicio.

—Gracias, esposa, por cenar conmigo esta noche —dijo él en tono formal.

La observé abandonar el triclinio, su estola amarilla adherida a su cuerpo grácil.

Apicio indicó que trajeran más vino.

—Y ahora, Tracio.

Alcé la vista, sorprendido. Dada su ansiedad por oír las predicciones del astrólogo, que primero quisiera oír una sobre mí me sorprendió.

Glycon me miró.

—Naciste bajo el signo de la balanza, un signo propicio para los carniceros, los cocineros y los panaderos. Venus gobierna tu signo y amas la belleza y el placer. Eres un anfitrión elegante y con estilo.

—¡Todo eso es verdad! —exclamó Apicio, entusiasmado.

Los miré a él y a Sotas, que meneó la cabeza. La fea ambición de Apicio asomaba por detrás de su toga de rayas moradas. Cuando Apicio oía adivinaciones sobre comida, sobre mí, sobre recibir invitados y el modo en que esas tres cosas constituían su futuro, perdía la cabeza. Pese al tipo de adivinación, ya sea en un templo dedicado a Fortuna, a manos de un augur del mercado o incluso durante la peregrinación del año anterior al oráculo de Delfos, el resultado siempre era el mismo: Apicio tendía a hacer caso omiso de las advertencias acerca de que posiblemente lo perdería todo. Con cada nuevo adivino mi compasión por mi antiguo amo no dejaba de aumentar.

—Y bien, ¿cuál es mi futuro? —pregunté. Ya me estaba cansando de la

conversación.

—Temo que tendré que seguir interpretando las estrellas antes de poder decirte mucho más, pero sé que pronto tendrás un hijo, nacido bajo el signo de Tauro o Géminis.

Fue como si el mundo se detuviera. Aferré el borde del diván y cuando noté que la mano de Passia me apretaba el tobillo, el mundo volvió a girar. Hacía tiempo que Passia y yo estábamos en desacuerdo en cuanto a tener hijos; ella deseaba tenerlos y yo también, pero no quería traer un niño a un mundo de esclavitud. Hasta que Passia obtuviera su libertad, todos los hijos que engendrara pertenecerían a Apicio y, por más juicioso que fuese conmigo, no lo era con respecto a Passia: la consideraba la clave que impediría mi marcha. Si teníamos hijos, ninguno de nosotros jamás sería libre. Por eso yo pagaba muchos denarios por el brebaje de zanahorias silvestres y artemisia que Passia tomaba para evitar el embarazo. Y cada tanto incluso me arriesgaba a tomar «prestada» una pizca del silfio de Apicio para preparar una infusión que ella bebía todos los meses. ¿Cómo se había quedado embarazada? Además ya no era joven, tenía veintinueve años y eso era preocupante. Había oído hablar de mujeres que daban a luz en la treintena, pero a menudo no sobrevivían al embarazo. Reprimí la idea.

El primero en hablar fue Apicio.

—¿Es verdad, Passia?

Ella vaciló, pero su mirada lo decía todo: la verdad, su temor, su esperanza... Sentía una oleada de amor por ella. Tomó aire y respondió lenta y cuidadosamente:

—Sí, *dominus*, es verdad. Es probable que el niño nazca en junio.

Apicio no nos dio la enhorabuena a ninguno de los dos, demasiado fascinado por la precisión de su nuevo astrólogo.

—¡Bien hecho, Glycon, bien hecho! Y ahora dime, ¿cuál es mi destino?

Me sentía eufórico, asustado y decepcionado, todo al mismo tiempo. ¿Por qué Passia no me lo había dicho? Mi amada temblaba a mi lado y la mirada de sus ojos oscuros expresaban inquietud. Mi resistencia se desvaneció, no podía enfadarme con ella. Passia apoyaba una mano en mi pierna y la presioné con la mía. ¡Maldito sea ese astrólogo! Era una noticia que debiéramos haber compartido nosotros dos, en privado.

Glycon empezó a toser y me distrajo.

—Disculpadme, en invierno la flema tiende a congestionarme.

—Has bebido demasiada agua —le advirtió Apicio—. Debes secar ese humor. Más tarde enviaré a un esclavo con una tintura. Y ahora dime, ¿qué me depara el futuro?

Glycon sonrió.

—Veo que las estrellas se alinean para ti dentro de los próximos tres años, Marco Gavo Apicio. Será una época de gran prosperidad. Sin embargo, parece que...

—¿Qué clase de prosperidad? —lo interrumpió Apicio.

Suspiré. Él siempre se negaba a oír lo que venía después de «sin embargo».

—Las estrellas nunca son específicas, pero te veo cubierto de riquezas y reconocimiento. Pero debo advertirte: habrá la misma cantidad de tristeza que de éxito.

—Estoy preparado para ello —comentó Apicio, y bebió un sorbo de vino. No era la primera vez que oía la advertencia de una forma u otra—. ¿Ves algún fantasma en torno a mí? ¿A mi madre, quizá?

Me sorprendió descubrir que Popilla aún lo angustiaba. Habían pasado años desde su muerte.

—No soy un sacerdote de Plutón —contestó Glycon, arqueando una ceja.

—Sí, sí, lo sé —dijo Apicio, gesticulando—, pero las estrellas sabrían si hay un fantasma que pudiera obstaculizarme, ¿verdad?

El astrólogo asintió con la cabeza.

—Ah, comprendo. No, no veo ninguna influencia de ese tipo. Creo que estás libre de ella.

El alivio de Apicio fue evidente.

Hubo un alboroto junto a la puerta y todos miramos en esa dirección; uno de los esclavos porteros le murmuraba algo a Sotas.

—Galo está aquí, *dominus*. Dice que trae una remesa de Iberia para ti. Está esperando que le pagues.

Habían llegado las almendras y la miel que encargamos el mes anterior. Apicio se levantó de un brinco; casi todos los hombres de su posición dejarían la recepción de la mercadería al mayordomo, pero Apicio no: se obsesionaba revisando cada encargo él mismo. Me puse de pie dispuesto a seguirlo, pero me indicó que volviera a sentarme.

—Termina de hablar con Glycon, ya me asistirás durante la inspección.

Se marchó y nos dejó a Passia y a mí a solas con aquel extraño anciano.

Aproveché ese breve momento para hacerle otras preguntas. Si tenía razón respecto de Passia, tal vez tuviese algún mérito.

—¿Qué ves sobre Apicata?

Solo la veíamos rara vez; cuando venía de visita se mostraba reservada y a menudo creía ver moratones bajo su estola. Casi no hablaba de su vida con Sejano y su conversación se ceñía a los viajes de Apicio o a la comida, o a las excursiones de Aelia al mercado o sus visitas al templo. También quería hacerle preguntas sobre Sejano, pero era demasiado peligroso; este se estaba volviendo cada vez más poderoso y no sabía dónde residía la lealtad del astrólogo.

El anciano echó un vistazo a la tablilla donde había garabateado la fecha de nacimiento de la joven

—Necesito consultar mis cartas astrales. No estoy preparado para decirte

algo más que las características generales de su signo. Deja que compare su signo de la luna y te haré saber lo que descubro.

Le hice una señal a Tycho, que había permanecido en el pasillo con los esclavos servidores.

—Por favor, encárgate de que atiendan a este hombre. Lleva comida a su habitación y muéstrale el tejado, tal como comentamos.

Tycho hizo una reverencia y se marchó con el astrólogo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le pregunté a Passia en cuanto estuvimos a solas.

—Estaba nerviosa. No sabía si te enfadarías conmigo —contestó sin mirarme.

Ahuequé la mano, le cogí el mentón y la obligué a mirarme.

—Nunca debes temerme, tesoro mío.

—Sé que no deberíamos tener un hijo, pero, por lo visto, las Parcas tenían otros planes para nosotros. —Unas lágrimas cayeron de sus ojos oscuros y las sequé con los pulgares.

—Tendremos que idear un plan mejor para comprar tu libertad. —Cogí su placa de bronce—. Y cuando lo hagamos, fundiremos esta placa y la convertiremos en un amuleto para el niño —dije sonriendo.

—No creo que *dominus* tenga intención de concederme la libertad. Teme perderte.

La abracé y la besé con suavidad.

—Entonces tendremos que descubrir qué es lo que podría infundirle mayor temor.

Por la mañana fui a la escuela, como siempre. Estaba muy cansado; Passia y yo nos habíamos dormido muy tarde; hablamos, hicimos el amor y planes para el futuro hijo. Fue una noche de profundas emociones y la disfruté, pero mientras me dirigía a la escuela comencé a arrepentirme de la falta de sueño. Y, en efecto, a medida que transcurrían las horas perdí la concentración: me descubrí mirando por la ventana mientras los alumnos practicaban cómo envolver carne de cerdo en una masa, que entonces era un plato por el que me había hecho famoso. Me esforcé por mantener los ojos abiertos cuando noté que el silencio reinaba en la habitación.

Alguien a mis espaldas carraspeó.

Me sobresalté, no esperaba que interrumpieran mi ensoñación. Cuando me di cuenta de que había sido Apicio, me puse nervioso.

—¡Amo Apicio! —exclamé, siguiendo una costumbre del pasado. El error hizo que me sonrojara pues los alumnos me observaban—. ¡Continuad!

Apicio agitó la mano y, de mala gana, toda la clase volvió a atarearse con la masa.

—¿A qué debo el placer? —pregunté, confiando hablar en tono sereno. Hacía más de un año que él no pisaba la escuela, me había confiado la dirección por completo.

—Pasemos a tus habitaciones privadas y hablemos.

Parecía serio y tenía el ceño fruncido, como si reflexionara sobre un problema complejo.

Dejé la clase en las leales manos de Tycho y seguí a Apicio a lo largo del pasillo hasta mi habitación, donde trabajaba en los libros de cocina y anotaba las recetas que había probado en la cocina. Apicio se acercó a mi escritorio y recogió una de las tablillas de cera donde aparecía una de las últimas recetas de carnes de nuestro libro de cocina. Le echó un vistazo, dejó la tablilla en el escritorio y se apoyó contra este.

—Es hora, Tracio —dijo con mirada grave, jugueteando con el borde morado de su toga.

—¿Hora de qué, señor? —¿Del fin de mi empleo? ¿De vender a Passia? ¿De emprender un viaje? ¿De ampliar la escuela? ¿A qué diablos se debía esa visita?

Metió la mano entre los pliegues de su toga y extrajo un pequeño pergamino, el sello de cera roja indicaba que era un documento oficial. El corazón me dio un vuelco y creí que estallaría de júbilo. ¡Ay, Júpiter! ¿Me daría a Passia?

Me tendió el pergamino con una amplia sonrisa; hacía tiempo que no veía una expresión dichosa en su semblante. Dedicaba gran parte de su tiempo y energía a idear la manera de convencer a Sejano de que cumpliera con la promesa de reducir la influencia de Publio Octavio en la villa del César, sobre todo entonces, cuando la salud de este empezaba a empeorar.

—¡Ábrelo! —insistió.

Recordé a Apicata de niña, cuando quería que le leyera un poema. Desenrollé el pergamino; tardé un momento en asimilar su contenido y, cuando lo logré, una oleada de decepción tan ancha como la mano de Júpiter me golpeó.

Era la escritura de la escuela.

—¿Y bien?

—No sé qué decir, señor...

Apicio se equivocó: confundió mi expresión de sorpresa con una de placer.

—Incluye dos salvedades.

—¿Cuáles son? —pregunté en tono agudo, sin despegar la vista del pergamino. Examiné la letra pequeña y leí lo que ponía al tiempo que él decía:

—La escuela conserva mi nombre y yo sigo recibiendo el diez por ciento

de las ganancias.

Tuve que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada. ¡La escuela apenas cubría los gastos! Me desanimé. ¿Cómo diablos lograría pagar los costes de la escuela por mi cuenta? Pero no tuve valor para demostrarle cuán desilusionado estaba.

—Gracias. No tengo palabras para expresar mi gratitud —dije con una sonrisa forzada.

—¡Bien! —exclamó, me cogió de los hombros y me abrazó, un gesto poco frecuente—. Te mereces esto mucho más que ningún otro.

Vaya. Pero ¿por qué parecía más un castigo que una recompensa? Entonces comprendí.

—¿Fue Glycon quien te convenció de hacerlo?

Apicio rio y volvió a apretarme el hombro.

—Solo en parte. Sugirió que echara un vistazo a mis inversiones, afirmó que sería mejor que algunas estuvieran en otras manos.

¿Hasta dónde llegaba su credulidad? ¡Por supuesto que Glycon querría tener voz y voto respecto de las inversiones de Apicio! Empecé a toser para ocultar mi consternación.

—Cuida esa tos —me aconsejó, palmeándome la espalda.

Esa noche, Apicio y Aelia se ausentaron, cenaban en la villa de Trio y Celera, situada calle abajo. Muy a mi pesar, Glycon estaba instalado en el atrio cuando llegué; tendido en un diván, comía uvas de un cuenco y respondía a las preguntas de Passia y varios esclavos. La irritación se adueñó de mí.

Me senté junto a Passia y dije:

—Marchaos.



Los demás esclavos abandonaron el atrio en el acto.

—Es un embustero —siseó Balsamea al pasar por mi lado arrastrando los pies. Su salud había empeorado y me apenaba ver con cuánta lentitud se movía—. Es un indeseable, un indeseable —masculló mientras abandonaba la habitación apoyada en su bastón.

Glycon no oyó sus palabras.

—¡Tracio! ¡He oído que hoy eres un hombre afortunado! —dijo, agitando su dedo enjorado.

—Apicio me ha dado la escuela —le dije a Passia, aunque mi supuesta dicha brillaba por su ausencia.

En cambio, mi amada consideró que era maravilloso.

—¡Eso es fantástico, Tracio!

Tycho entró con una copa de vino de mis ánforas. La cogí, agradecido por su intuición, y bebí unos sorbos procurando conservar la calma. Glycon había puesto mi vida patas arriba y ello no me producía la menor alegría.

El astrólogo pareció percibir mi disgusto y cambió de tema.

—Me hiciste preguntas sobre la señora Apicata, ¿verdad?

—Por favor, dinos lo que sabes de sus estrellas —pidió Passia, en tono animado.

Al oír esas palabras me di cuenta de que una parte de mí no quería saberlo.

—Sus estrellas están enredadas. Se oscurecen y ensombrecen los planetas. Tendrá hijos, pero temo que no vivirán para ver la vejez de su abuelo Apicio.

—¿Qué quieres decir? ¿Que nacerán muertos? —preguntó Passia y apoyó una mano en su vientre con gesto protector.

—No, señora. Crecerán, pero por desgracia no veo que sus caminos se alarguen a medida que ella envejece.

Mi paciencia se acabó.

—Deja de ser tan críptico, viejo. Sé sincero. Puede que quieras dorarle la

píldora a Apicio, pero no a mí.

Glycon me miró fijamente acariciándose su maldita barba. Le sostuve la mirada hasta que asintió con la cabeza.

—La vida de Apicata es problemática. Veo un matrimonio difícil para ella; tendrá dos hijos, pero soy incapaz de ver sus estrellas en el futuro de Apicata. Esto puede significar diversas cosas. Que morirán, que los enviarán lejos o serán insignificantes. Las estrellas no son precisas.

¡Ay, Júpiter! Rogué que mi primera impresión —y la de Balsamea— fuera correcta y que el astrólogo fuera un farsante, pero convencerme de ello no resultaba fácil. Él sabía que tendríamos un hijo y también algo que había perturbado a Sotas.

La inquietud se apoderó de mí y sospeché que no se desvanecería con rapidez.

A lo largo de las próximas semanas, Glycon empezó a almorzar con Apicio todos los días, y de noche a veces era invitado a cenar en nuestro diván. Acepté más alumnos para incrementar las ganancias y mantener a flote la escuela, así que cuando no estaba ayudando a Apicio a atender a sus clientes o trabajando con Timón en la planificación de un banquete, estaba en la escuela dictando clases. Tenía dos motivos para mantenerme lejos de Glycon y para reunir dinero para comprar a Passia.

Una mañana, tras la *salutatio*, Sotas —que disfrutaba de un raro día libre— me acompañó al mercado... aunque su destino final era el burdel.

—¿Qué quiso decir Glycon cuando mencionó que estabas marcado por una diosa dorada? —pregunté. La cuestión me había preocupado desde el primer día, cuando el astrólogo se instaló en la villa. Sotas me miró y no vio la rama

que se interponía en su camino. Tropezó y lo cogí del brazo para sostenerlo —. Los más grandes son los que sufren las caídas más duras.

Ese comentario cosechó una carcajada burlona, pero después Sotas se puso serio.

—Me pillaste por sorpresa, nada más.

Muy pocos pillaban por sorpresa al hombretón.

—¿Estaba en lo cierto? —pregunté.

—Es astrólogo, se refería a algo de lo que nadie sabe nada —dijo en un tono apagado inusual en él.

—¿Algo de tu infancia? —insistí, pues la curiosidad superaba mi decoro.

Sotas vaciló y eso me avergonzó: si nunca lo había comentado con anterioridad, ¿por qué habría de suponer que lo haría conmigo?

—Tenía catorce años —dijo, y pateó un guijarro con su sandalia, lanzándolo hacia delante—. Marco Gavo Rutilio acababa de comprarme para Apicio. El segundo día de mi nuevo servicio, Rutilio me llevó al templo de Fides en el Monte Capitolino. Cuando llegamos, lo primero que hicimos fue ofrecer un sacrificio, pero mientras estábamos arrodillados ante el altar un sacerdote me tocó el hombro y dijo que la diosa quería hablar conmigo.

Casi reí, pero Sotas estaba muy serio y me mordí la lengua.

—Lo seguí, me condujo hasta el aposento de la diosa y me dijo que aguardara. Me arrodillé en la esterilla en el centro de la habitación; nunca he sentido tanto temor como aquel día.

—Puedo imaginármelo —dije, confiando en sonar sincero.

Sotas caminó más lentamente; nos acercábamos a las escaleras que conducían al Foro Boario, a los pies del Monte Palatino. Oía el mugido del ganado y los gritos de los subastadores voceando los precios del ganado. Sotas siguió hablando sin mirarme, contemplando el mercado allá abajo.

—Esperé mucho tiempo. Cuando creí que ya no podía seguir esperando,

una luz brillante apareció en el extremo de la escalera detrás del trono de la diosa, al otro lado de la habitación. Se abrió una puerta y el sol penetró, cegándome unos instantes. Cuando recuperé la visión, una figura femenina descendía las escaleras y se me acercaba. Era la mujer más hermosa que jamás había visto, incluso más hermosa que mi madre. Parecía resplandecer como el oro a la luz del sol que penetraba por la puerta y los ventanucos.

Sabía lo que sucedería después. Semejantes historias eran corrientes, pero Sotas estaba tan sumido en su recuerdo, tan imbuido de reverencia, que no osé desilusionarlo.

—Se acercó a mí y me bendijo con un beso en los labios. Creí que me desmayaría. Me dijo que tenía una única tarea en la vida, pues ella había regalado mi vida al servicio del amo Apicio y si lo servía bien sería ricamente recompensado cuando llegara al Elíseo.

Suspiré para mis adentros. No era un timo habitual, así que no me sorprendió que Sotas no hubiese descubierto el engaño. Estaba tan serio que fui incapaz de decirle que probablemente aquel encuentro con Fides había sido un engaño, un resultado del contrato entre Gavo Rutilio, el padre de Apicio, y el templo. De vez en cuando, si el dueño de un esclavo quería incrustar una profunda lealtad o temor en un joven impresionable, pagaba para que un sacerdote apareciera como si fuera un dios y comunicara un mensaje. Cuando yo pertenecía a Máximo, en cierta ocasión oí como un sacerdote de Juno narraba la manera en que realizaban ese servicio (por un precio muy elevado) para los patronos dispuestos a pagarlo.

Ello hizo que comprendiera mejor a Sotas, sobre todo por qué rara vez manifestaba una opinión negativa sobre Apicio. Ya se lo había preguntado antes, pero él siempre esquivaba la conversación. Antes no lo comprendía; otros esclavos personales que conocía no estaban tan satisfechos sirviendo a

sus amos. Rutilio era un hombre astuto y le había regalado a Apicio un esclavo que le sería fiel hasta la muerte.

—¿Cómo lo supo Glycon? —pregunté en voz alta.

—Tal vez hay más en las estrellas de lo que creemos.

Sotas empezó a bajar hacia el mercado; lo seguí, rumiando la idea de que era probable que Glycon supiera lo del ritual.

Por primera vez en semanas no había invitados para la cena. Eso me complació: las tranquilas comidas en familia eran las que me producían el mayor placer. Timón preparó nuestros platos predilectos, que siempre eran los más sencillos. Esa noche consistían en tartas de higo, bizcochos de vino dulce, pollo de Partia, albóndigas de cordero y almendras, y pan blando y trenzado elaborado con aceite de oliva y leche de cabra. Aelia estaba inusualmente animada, era evidente que le encantaba tenernos para ella sola. Al único que yo echaba de menos era a Sotas, pues otro guardaespaldas de Apicio ocupaba su puesto mientras él disfrutaba de su noche libre.

Cuando se llevaban el primer plato, Glycon entró en la sala con aire displicente, como si siempre hubiese vivido en la villa y no estuviera obligado a asistir a la cena si no quería. Se tendió en el diván a mi lado y cogió un racimo de uvas.

—Por favor, no dejéis que interrumpa la conversación —dijo, agitando una mano.

El ambiente en torno a la mesa se agrió en el acto.

Apicio estaba aún más irritado que Aelia y yo.

—¿Es que debo recordarte, Glycon, que eres mi empleado, que te encuentras bajo mi techo, que comes mi comida y estás sujeto a mis reglas e invitaciones? Y no recuerdo haberte invitado a cenar esta noche, anoche o

anteanoche. Así que, si eres lo bastante descarado como para irrumpir en mi cena, no llegues tarde.

Glycon se quedó boquiabierto, pues creía tener la sartén por el mango. Dejó las uvas en la mesa.

—Lo siento, Apicio. No tenía intención de llegar tarde.

—Empiezo a cansarme de su ligereza, esposo —dijo Aelia en tono gélido.

Apicio cogió su copa de ajeno preparado por mí el fin de semana anterior.

—Dime, Glycon, ¿qué te dicen las estrellas hoy? Si piensas estar aquí esta noche, tendrás que hacer algo útil.

Aelia y yo intercambiamos una mirada; sospeché que estaba tan furiosa como yo: Apicio nunca se mostraba tan indulgente con sus esclavos, sus clientes o libertos. Si yo hubiese llegado tarde a cenar me habría echado en el acto... y yo era una de las personas más cercanas a él.

—Me alegro de que lo preguntes, Apicio. De hecho, es el motivo de mi retraso. —Y volvió a coger las uvas, recuperando su confianza.

Desde luego, sabía muy bien cómo sobreponerse.

—Explícate —exigió Apicio en voz alta, para hacerse oír por encima del ruido del segundo plato mientras lo servían.

—Esta noche las estrellas se ven especialmente claras. La luna está en Géminis y eso es bueno para tu ambición. Deberás tener más paciencia, pues veo que las cosas cambian para ti. Como sabes, el César está enfermo (comprobé sus estrellas y no veo que su salud dure más de un par de años) y puede que Tiberio no tarde en ocupar su lugar. Entonces se presentará una oportunidad para ti. Y dado que la estrella Cinosura controlará tu suerte durante los próximos cinco años...

—¿Cinco? —exclamó Apicio, horrorizado.

—Sí, pero no te preocupes. Es positivo. Significa que tendrás la oportunidad de alcanzar un gran éxito a lo largo de los próximos cinco años,

a medida que Cinosura atraviesa esta parte del firmamento. Si el César no dura más allá del próximo año, tendrás la oportunidad de realizar tu jugada cuando cambie el personal de su hogar.

—Excelente. —Apicio vació su copa de vino de un trago—. Gracias. Mañana enviaré por ti.

Glycon dejó de masticar el trozo de cordero que se había llevado a la boca, tragó, recogió su vestido y se puso de pie.

—Muy bien, Apicio.

Antes de que se alejara, lo detuve tocándole el brazo.

—Me resultas familiar, Glycon, y acabo de darme cuenta por qué. Me recuerdas a alguien que solía ver cuando visitaba el templo de Fides todos los años, durante la festividad de la diosa, en octubre.

A pesar de su abrupto despido, Glycon sonrió.

—Ah, sí, durante muchos años fui un sacerdote del templo. Tienes buena memoria. —Se volvió hacia Apicio—. Buenas noches.

Sí, una buena noche, desde luego.

Mi hijo Junio nació en los idus de junio tras un breve parto de Passia, sin complicaciones. Había elevado intensas oraciones a Juno Lucina, la diosa del alumbramiento, rogando que protegiera a mi amada; alabé a la diosa por haber respondido a mis súplicas y pagué mi deuda poniéndole su nombre a mi hijo. Junio era perfecto en todos los aspectos, tenía los dedos de manos y pies intactos, sus ojos oscuros brillaban y su llanto era fuerte y saludable. No podría haber estado más orgulloso, excepto si mi hijo hubiese nacido libre.

Apicio me colmó de regalos. El niño despertó su afecto de inmediato y parecía encantado de jugar con él, procurando hacerlo sonreír. Nos sorprendió a todos: nunca imaginé que se mostrara afectuoso con ningún niño o bebé, salvo Apicata. En cierta ocasión, Aelia me dijo en tono nostálgico que, a esa edad, ni siquiera se había mostrado tan afectuoso con Apicata.

Junio parecía muy locuaz, desde el principio no dejaba de borbotear y hacer gorgoritos. Para cuando cumplió dos meses de edad trataba de imitar nuestras palabras, aunque Passia me aseguró que solo eran imaginaciones mías.

—A lo mejor será un célebre orador o un poeta, como Virgilio —le dije una mañana en la cama, haciéndonos arrumacos mientras ella amamantaba al bebé.

—¡Confío en que no se convertirá en un actor! —bromeó ella.

—¡No! —La idea me espantaba. Los actores eran viles y viciosos—. Lo criaremos bien, para que no lo sea. —Froté los dedos de los pies de mi



pequeño, maravillándome ante su perfección—. ¿Te has enterado de la última predicción de Glycon?

Passia acarició la cabeza de Junio, ya cubierta de un grueso cabello negro.

—No. ¿Qué dijo?

—¿Recuerdas que César Augusto vio el águila durante la ceremonia en el Partenón la semana pasada?

—Sí, la vio posarse en la «A» del nombre de Agrippa.

—Eso es. El significado lo aterró y Tiberio acabó el ritual en su lugar. Bueno, al parecer, Glycon también lo consideró una señal. Anoche, en la cena, predijo que el César moriría antes de un mes.

Passia resopló.

—¡Pues vaya predicción! Todos saben que el César no vivirá mucho más. Antes de que naciera Junio, cuando asistimos a los juegos en honor de Apolo, recuerdo pensar que era un milagro de los dioses que lograra mantenerse en pie.

Ambos reímos y Junio también sonrió.

Unos meses después del nacimiento de Junio, inicié la mañana dirigiéndome al Foro Piscario para ver qué pescado podía presentar para el banquete de esa noche. Apicio había invitado a Sejano y Apicata, y todo debía ser lo más impresionante posible. Como siempre, Apicio pensaba soltarle una arenga a Sejano acerca del establecimiento de contactos favorables en el palacio imperial. Esa velada me incomodaba, pero también la aguardaba con impaciencia por ver a Apicata. Pese a que vivía muy cerca, la veíamos rara vez. Aelia la visitaba con frecuencia, pero que yo lo hiciera no sería decoroso. Comprobar que gozaba de buena salud me tranquilizaría.

El mercado estaba más ajetreado que de costumbre; varias naves habían

atracado al mismo tiempo y sus velas hacían que el Tíber pareciera invadido por un enjambre de mariposas. El pestazo a pescado flotaba en el aire y el bullicio del mercado aumentaba con los gritos de los hombres vociferando el precio de su mercancía. Lonas multicolores evitaban que el sol cayera sobre las mesas de mármol donde exhibían los pescados. Algunos peces aún estaban vivos en grandes recipientes llenos de agua de mar y dispuestos junto a las mesas. De vez en cuando, un pez saltaba del agua o caía a un lado sobre el empedrado, donde se agitaba hasta que el pescadero lo recogía y lo devolvía al recipiente.

En el otro extremo del mercado, dos docenas de soldados se habían reunido en torno al tenderete de un mercader donde vendían los peces más grandes. Cuando me acerqué, vi que eran los guardaespaldas del hombre alto que examinaba los peces dispuestos en la mesa. Tardé un momento en reconocer a Tiberio; hacía casi diez años que no lo veía, desde la boda de Druso y Livila. Había estado ausente durante mucho tiempo y cuando estaba en casa prefería mantenerse alejado de la vista del público.

El heredero de César era más alto que casi todos los demás. Tenía hombros anchos, rasgos apuestos y cortos cabellos negros que empezaban a volverse grises en algunas zonas. Llevaba el atuendo tradicional de un general romano y su espada colgaba junto a su muslo. Uno de sus hombres sostenía su yelmo rematado de plumas rojas. ¿Por qué estaba en el mercado?

Lo comprendí cuando me acerqué y pude escuchar la conversación: Tiberio parecía estar comprobando los permisos. La corrupción proliferaba entre los dueños de los tenderetes, que a menudo alquilaban sus mesas pero dejaban de pagar los impuestos al imperio. Cada pocos meses, el César enviaba a sus hombres para obligarlos a pagar. Quizá Tiberio había acudido para meterles el miedo en el cuerpo.

Me acerqué hasta ver al pescadero y los peces dispuestos en la mesa ante

él. Era un hombre menudo y delgado de ojos oscuros. Llevaba un grueso delantal y un sombrero de ala ancha para protegerse del sol.

—Me alegra comprobar que todo está en orden.

Reconocí la voz: era Sejano. Y en efecto, cuando me abrí paso para ver mejor, lo vi. Estrechó la mano del pescadero y recorrió el tenderete junto con Tiberio.

—La pesca de esta mañana es muy buena —comentó este, y se detuvo para echar un vistazo a los peces—. ¡Y mira ese salmonete rojo! Alguien estará contento esta noche. ¡Apuesto a que Apicio o Publio Octavio comprarán ese salmonete!

—Es un salmonete excelente. —El pescador lo levantó para que lo vieran mejor—. Es el más grande que encontraréis, pesa cuatro libras y media.

Tiberio asintió con la cabeza.

Cuando Sejano se volvió para contemplar el salmonete, nuestras miradas se cruzaron.

—¡Mira, ahí está el hombre de Apicio! —exclamó y me indicó que me acercara.

Obedecí con el corazón palpitante. Nunca había estado rodeado de tantos soldados y jamás había estado tan cerca de Tiberio, el hombre destinado a ser el próximo César.

—¡Supongo que Apicio se alegrará de comer ese pescado en la cena! —dijo Tiberio, sonriendo y saludándome con la cabeza.

—La verdad es que esta noche me alegraré de comer ese salmonete. —Sejano rio—. ¡Ya que cenaré en su diván!

—Pues en ese caso —dijo Tiberio y agitó el dedo bajo las narices del pescadero—, ¡véndele tu salmonete a este hombre!

Era el más grande que jamás había visto, rojo y brillante, y sus escamas

reflejaban la luz. Su ojo gris estaba abierto y apagado, pero de algún modo parecía mirarme.

—¿Cuánto pides? —pregunté, esperando que mi nerviosismo pasara desapercibido.

—Quince sestercios. —El pescadero sonrió.

Cuando me disponía a decir «de acuerdo», una voz me interrumpió.

—Te daré veinticinco sestercios. —Era una voz severa y profunda a mis espaldas.

Miré por encima del hombro; un hombre se abría paso entre los guardias y se situó a mi lado: era Buccio. ¿Por qué tenía que aparecer en ese momento?

—¡Y he aquí el hombre de Octavio! —exclamó Sejano.

—¡Ja! ¿Cuánto ofreces? —preguntó Tiberio en tono burlón.

No podía dejar que Buccio superara mi oferta, de lo contrario me las vería con Apicio.

—Cien sestercios.

Normalmente, era lo que hubiera pagado por un pescado de ese tamaño.

—Doscientos cincuenta —dijo Buccio con aire pagado de sí mismo.

Mi nerviosismo estaba dando paso al enfado. ¡No podía justificar gastar tanto por un maldito pescado!

—Cuatrocientos cincuenta —pujé a regañadientes.

—Ochocientos.

Empezó a congregarse una multitud, tanto para mirar boquiabierta a Tiberio como para observar la alocada puja.

Confié en que si aumentaba mucho, Buccio dejaría de pujar.

—Dos mil.

La multitud enloqueció. Se me retorció el estómago: la semana pasada había pagado esa suma por dos asnos... Pero no funcionó: Buccio me lanzó una sonrisa dulce, como la que un hombre le lanzaría a un niño.

—Cinco mil.

Estupefacto, miré a Tiberio y Sejano. A menudo se vendían esclavos por menos dinero. Ambos parecían estar esperando a ver qué haría yo. Si me marchaba, ¿cuál sería el resultado? ¿Tiberio apreciaría mi sensatez o se disgustaría? ¿Qué le diría Sejano durante la cena si yo no regresaba a casa con el pescado?

Sus escamas eran grandes y rojas. Había estado al aire libre durante mucho tiempo.

—Me rindo. No soy tan necio como para pagar tanto por un pescado. —Lo dije en tono amargo, no me gustaba que me humillaran.

Buccio me sonrió.

—Te aseguro que el César no considerará que Publio Octavio es un necio esta noche, cuando coma este pescado —dijo, y le tendió un saquito de dinero al pescadero.

Este sonrió de oreja a oreja, parecía un niño abriendo regalos en la mañana de las Saturnales. Cinco mil sestercios era lo que quizá ganaba en un año entero.

—Que Roma os bendiga —les dije a Tiberio y Sejano en tono formal y, tras una profunda inclinación de la cabeza, me dispuse a marchar.

—No cenar ese pescado esta noche será una pena —dijo Sejano.

Me volví y, sobre todo en beneficio de Tiberio, repliqué:

—Te prometo una comida muy superior, señor.

Tiberio y Sejano rieron al tiempo que me alejaba, y juré que esa noche no habría ninguna clase de pescado. Me encaminé al Foro Suarium: el mejor cerdo llenaría nuestros estómagos.

De camino a mi habitación me topé con Glycon.

—¿Has tenido buen día? —Me miró como si ya supiera la respuesta.

—No, pero mi intención es convertirlo en bueno.

Si era tan críptico como él quizá me dejara en paz.

—Tal como dijeron las estrellas —repuso, lanzándome una leve y sabia sonrisa, y siguió caminando.

No abandoné mi cubículo hasta el último momento; detestaba estar en la misma habitación con Sejano, y enfrentarme tanto a él como a Apicio era todavía peor. Cuando Sejano venía de visita, Apicio se mostraba cruel y decía cosas mordaces a los esclavos, incluso a Aelia. Era como un Jano de dos caras: le mostraba una a Sejano y la otra, más desagradable, a los demás.

Cuando oí que los esclavos anunciaban la llegada de Sejano no pude seguir perdiendo el tiempo. Corrí a lo largo de los pasillos hasta el atrio y llegué en el mismo momento que Apicio, seguido de Sotas.

—Me complace que tú y Apicata podáis reuniros con nosotros esta noche —dijo Apicio.

Sejano lo agarró del hombro como si fuese un viejo amigo. Me pareció ver que Apicio se ponía tenso, pero el momento pasó sin que el otro lo notara.

—Sospecho que mi esposa está aún más complacida; hace días que insiste en que vengamos de visita.

—Supongo que estás muy ocupado —tercié para que notaran mi presencia.

—Es verdad, sobre todo últimamente. ¡Hombre, Tracio, me alegro de verte por segunda vez en este día!

Ladeé la cabeza y sonreí, confiando que no percibiera mi odio.

—¿Por segunda vez? —preguntó Apicio, y nos indicó que camináramos junto a él hasta el triclinio.

—Esta mañana nos encontramos en el mercado —contesté, esperando que Sejano no hiciera más comentarios. Pero la diosa Fortuna no me sonreía.

—He de decir que ese salmonete rojo hubiera supuesto un plato excelente

esta noche. Dime que has preparado otro manjar para nosotros...

Carraspeé, consciente de que más tarde me enfrentaría a la ira de Apicio.

—Así es. Te complacerá.

Apicio me lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué pasaba con el salmonete?

—Pedían más dinero del que estaba dispuesto a gastar. —Sabía que era la respuesta equivocada; debería haber mencionado el tiempo que el pescado llevaba al sol, pero ya no tenía arreglo.

—Esta mañana Tiberio y yo estábamos inspeccionando el Foro Piscario y vimos el mejor salmonete rojo que quepa imaginar —contó Sejano—. Tiberio bromeó, diciendo que tú u Octavio lo compraríais. ¡Entonces vimos a Tracio entre la multitud! ¡Imagina nuestro deleite! Y justo cuando se disponía a pagar por el salmonete apareció un esclavo de Octavio y ofreció más dinero. ¡Los dioses estaban escuchando a Tiberio!

La historia no le hizo gracia a Apicio; no podía ver su cara pues caminaba por delante de nosotros, pero habló en tono sombrío.

—¿No hiciste una contraoferta?

—Ay, sí —interrumpió Sejano—. ¡Fue una auténtica guerra de pujas! —exclamó, y me golpeó el hombro como si yo fuese otro soldado.

—¿Y por qué no te lo quedaste?

Sejano me lanzó una sonrisa burlona. ¡Cabrón! ¡La situación le parecía divertida! Si todavía fuese un esclavo, el látigo ya estaría dejando cicatrices en mi espalda.

—Podría haber comprado tres cabras por el precio de ese pescado —dije, procurando hablar en tono firme y no defensivo.

—Sí, pero sabes que el coste no es un problema.

Aelia, Apicata y Passia ya estaban tendidas en el triclinio al aire libre y

unos niños servidores las abanicaban. Sotas se apostó cerca, entre los árboles situados detrás del diván.

—Tracio estuvo genial —dijo Sejano cuando cruzamos el umbral—. Hizo subir el precio para fastidiar a Buccio.

Casi me detuve. ¿De verdad creía eso? Me había limitado a dejar de pujar cuando, honradamente, consideré que no podía pagar tanto por unas libras de pescado.

Apicio no dijo nada más, pero su mirada de advertencia fue suficiente.

Nos unimos a las damas en los divanes. Apicio se sentó y Aelia le susurró al oído; él le lanzó una mirada a Passia y dio su consentimiento de mala gana. En general, dado que era una esclava, que cenara en el diván en presencia de los invitados era algo inaceptable, pero Aelia sabía que él no montaría un escándalo ante Sejano. Su bondad me conmovió: sabía lo mucho que significaba para Apicata pasar tiempo con Passia.

Los servidores aparecieron en cuanto tomamos asiento. Llevaban halos de oro en honor a Sol, cuya fiesta se celebraba al día siguiente. Los platos eran del mejor oro de Apicio, lustrados hasta que brillaran. Los cojines del diván eran blancos y amarillos. Yo había descubierto unas bellas farolas en forma de soles en el mercado, y colgaban de palos clavados en la tierra.

Las primeras bandejas llevadas por los niños servidores estaban repletas de los mejores productos estivales: melones con pimienta, dátiles rellenos de excelentes almendras de Iberia, dulces bulbos de flores y ciruelas con miel.

—Te has superado, padre —dijo Apicata y me miró.

Le guiñé un ojo.

—Realmente magnífico —comentó Sejano, pinchando un bulbo con la punta afilada de su cuchara—. Una despedida adecuada antes de mi larga ausencia de una semana.

—¿Adónde vas?



Aelia parecía cansada. Helena había dicho que dormía hasta bien entrada la mañana y que a menudo volvía a descansar por la tarde.

Sejano terminó de masticar el bulbo.

—Mañana Tiberio viaja a Ilírico para declarar la provincia como romana de manera formal. El César cabalgará con él hasta Benventum y puede que se detenga en Nola.

—¿Cabalarás todo el trayecto? —pregunté.

—Solo una parte. Sospecho que Tiberio o el César querrán que cabalque con ellos al menos unas millas. En caso contrario, sí, me espera una larga cabalgata.

A mi lado, Passia se removió. De momento había callado sabiamente y quizá no hablaría salvo que le hicieran una pregunta directa, pues hacerlo significaba enfrentarse a la cólera de Apicio más tarde. Incluso cuando yo era su esclavo favorito, solo cenaba en el diván como una sombra y nunca me tendía como la nobleza. Él toleraba la presencia de Passia únicamente por Apicata.

Apicio se inclinó hacia delante.

—¿Cómo está la salud del César?

Sejano inclinó la cabeza hacia atrás y rio.

—Eres demasiado transparente, querido suegro.

—Ignoro lo que quieres decir, hijo. —Apicio se las arregló para parecer ofendido, pero yo sabía que la ira bullía en su pecho a causa del insulto.

Sejano se puso serio.

—No temas, mi buen Apicio. No lo he olvidado. ¡Tendrás tu oportunidad! Pero tiempo, amigo mío... cada cosa a su tiempo. Incluso si el César muere mañana, todavía debo enfrentarme a Livia.

—No quise decir que...

Sejano lo interrumpió.

—No me has ofendido, padre, pero has de saber que es un asunto que me afecta mucho. Publio Octavio es un cabrón pomposo y, a diferencia de ti, no lo considero un amigo.

Apicio sonrió, pero no logró engañarme: estaba furioso y luchaba por controlarse. No estaba acostumbrado a soportar semejante grosería por parte de nadie.

Apicata, que era una hija sabia, evitó que su padre dijera algo embarazoso cambiando de tema.

—Dinos en qué consiste el resto de la comida, Tracio. Seguro que has planeado algo delicioso.

Apicio me dirigió su atención.

—Sí, Tracio, ¿qué comeremos esta noche en vez del salmonete rojo? —Su tono no confundió a nadie, pero hice caso omiso de lo que implicaba.

—En vez del salmonete compré una cerda que acababa de parir. Creo que os complacerá. Primero saborearéis la vulva, la cima de la perfección, sazonada con pimienta, garo y vino especiado.

—¡Suenan divino! —exclamó Aelia.

—Estoy impresionado. —Sejano asintió con la cabeza, aprobando—. Comí ese manjar una vez, hace muchos años.

Noté que la expresión de Apicio se volvía más aprobatoria.

—Después tomaremos la ubre, primero rellena de erizos de mar salados con pimienta y alcaravea, luego hervida y servida con salsa de mostaza. Para rematar el primer plato, su estómago, relleno con la carne y los sesos de la propia cerda, picada y mezclada con huevos, piñones, pimienta, anís, jengibre y una pizca de silfio antes de hervirlo. Le pedí a Timón que lo sirviera acompañado de aceite de oliva, garo y espolvoreado de levístico.

—¡Mucho mejor que cualquier viejo salmonete rojo! —La sonrisa de Apicio me quitó un peso de encima.

Sejano soltó una risita.

—Apicata me dijo que el salmonete es uno de tus peces predilectos. ¿Es verdad?

—Sí. El salmonete hervido en su propio jugo tiene algo de divino. La próxima vez que cenes con nosotros Tracio se asegurará de disponer de un salmonete.

Apicio me guiñó un ojo y di las gracias a los dioses: mis transgresiones parecían haber sido perdonadas.

En gran parte.

—Hoy obtuviste el favor de los dioses —me dijo después de que acompañáramos a Apicata y Sejano hasta su litera—. Esta noche preparaste una comida excelente. Pero, Tracio...

Lo miré. Su expresión era severa.

—¿Sí?

—Nunca vuelvas a ponerme en esa situación, ¿comprendes?

—Perfectamente.

—Bien.

Cogió a Aelia del brazo y se marchó, seguido de Sotas. Clavé la mirada en su espalda hasta que el pasillo se los tragó.

La predicción de Glycon se cumplió. Una semana y media después, el César murió en la villa familiar de Nola, donde su padre había muerto mucho años atrás.

Augusto tenía setenta y seis años y murió un mes antes de su cumpleaños. Había reinado sobre el imperio durante cuarenta y uno años. Su cuerpo fue

transportado a Roma a hombros de senadores y soldados de la región, Tiberio fue nombrado su heredero y los negocios cerraron el día de su funeral.

Asistimos al funeral junto con casi toda Roma. La procesión fue magnífica. Estaba encabezada por los trompetistas interpretando cánticos fúnebres, seguidos de los esclavos liberados en el testamento del César que llevaban sus nuevos gorros de libertos.

El cuerpo estaba tendido en un ataúd dorado sobre unas andas de oro y marfil, y cubierto por el profundo púrpura imperial. Varios esclavos cargaban con estatuas de oro del César y sus ancestros. La familia caminaba por detrás, encabezada por Livia, envuelta en una larga estola negra, un pañuelo y una faja de color púrpura, seguida por todos los senadores y la guardia pretoriana, encabezada por Sejano a lomos de un caballo negro.

Tiberio y su hijo Druso pronunciaron el elogio, un discurso emocionante que proclamaba el lugar de Augusto entre el panteón de los dioses romanos. Sus palabras conmovieron a Aelia hasta las lágrimas. Helena tuvo que secárselas, de lo contrario el maquillaje hubiera manchado sus pálidas mejillas.

La procesión recorrió las calles hasta el Campo de Marte, donde años atrás el César había hecho construir un magnífico mausoleo para el descanso de sus cenizas. Encendieron la pira funeraria en el campo, ante la entrada. La pira, al igual que el mausoleo y adecuada al deificado Augusto, era la más grande que jamás había visto o imaginado. Las llamas se elevaron al cielo y los presentes arrojaron perfumes a la pira. Cuando las llamas alcanzaron su máxima altura, un águila levantó el vuelo y la multitud creyó ver que la seguía el espíritu de nuestro difunto líder.

Unos gladiadores luchaban junto a las llamas; su sangre alimentaría los fantasmas hambrientos de tributo.

—Es bello y terrible —dijo Aelia a través del pañuelo que le cubría la nariz

para protegerse del hedor de las llamas y la carne.

Apicio le rodeó los hombros con un brazo.

—Creo que es mucho más bello que terrible —dijo. Parecía refulgir al resplandor de la hoguera y las llamas se reflejaban en sus ojos—. Su muerte supone un nuevo comienzo.

—Me parece triste que Apicio se regocije de la muerte de alguien que se convertirá en un dios —susurró Passia.

—A mí también, pero es que no sabrá si se convierte en un dios. —Incluso yo sabía que enfadar a los dioses por deleitarme como Apicio por la muerte del César era una pésima idea.

—Lo que hace daño a Apicio puede hacernos daño a nosotros —dijo Passia, y me rodeó la cintura con el brazo.

—Lo sé, querida, lo sé.

El viento empezó a soplar y las cenizas me rozaron la piel. Esa noche, en casa, las eliminaríamos lavándonos los cabellos.

## OCTAVA PARTE

18 d.C. a 20 d.C.

### LIRONES

Rellena los lirones con carne de cerdo y también con la carne de todas las partes del lirón, picadas y mezcladas con pimienta, piñones, silfio y garo. Cóselos, disponlos en una baldosa y mételos en el horno o cuécelos, rellenos, en una olla cubierta.

Libro 8.9, «Cuadrúpedos»  
*Acerca de la cocina*, APICIO

—Glycon dice que es hora de que Sejano cumpla con lo prometido. Menos mal, porque estoy cansado de esperar —me dijo Apicio al montar en su litera.

En los años transcurridos tras la predicción de Glycon sobre la muerte del César, y para mi gran disgusto, Apicio se obsesionó cada vez más con las señales y profecías. Me había convertido en su consejero de mayor confianza y, de resultas, pasaba mucho menos tiempo en la cocina y dictando clases. Echaba de menos la sensación de sostener un cuchillo y de la masa pegada a mis uñas. En cambio, me había convertido en el confidente y en el saco de arena verbal de mi antiguo amo. Apicio pretendía que lo siguiera a todas partes, por si necesitaba un consejo.

Ese día debía acompañarlo a la villa de Sejano, al otro lado del Palatino, a escasa distancia del *domus* imperial de Tiberio.

La «promesa» a la que se refería era la de convertirse en el consejero gastronómico del César. Cuando Augusto murió, Apicio siguió pidiéndole a Sejano que echara mano de sus artimañas con Tiberio César e incluso que esquivara todos los asuntos de Livia. Sejano se congraciaba cada vez más con Tiberio y que no lo aprovechara en beneficio de Apicio enfurecía a mi antiguo amo.

Apicio no me invitó a montar en la litera como solía hacer. Me alegré; era un trayecto corto y Sotas siempre era mejor compañía.

—Temo que cometa una imprudencia —le dije a Sotas.

—¿Acaso eso sería raro? —contestó el hombretón, riendo.

—Lo sé, pero si enfada a Sejano puede que sea malo para Apicata.

—¿Qué recurso le quedaría a *dominus* si Sejano no logra convertirlo en consejero gastronómico?

Me encogí de hombros.

—Supongo que Apicio dejará de proporcionarle dinero. Quizá la dote de Apicata se reduzca.

—¿Sería prudente enfadar al prefecto?

Había llegado mi turno de reír, pero fue una risa amarga.

—Creí que ya habíamos dado por sentado que Apicio tiende a cometer imprudencias.

Había enviado un mensajero para avisar de nuestra llegada. Cuando alcanzamos la villa de Sejano, Apicata, flanqueada por una esclava personal tracia, nos aguardaba ante la puerta. Sostenía de la mano a su hijo Elio Estrabón, de casi tres años; volvía a estar embarazada y su vientre abultaba su estola.

Apicata dejó a su hijo en manos de la esclava, abrazó a su padre, después a mí y, pese a lo que dictaba el decoro, también a Sotas.

—Estoy encantada de veros. Pasad, por favor.

Hacía meses que no hablábamos. Estaba ojerosa y parecía mayor de sus veintiún años, casi no quedaban rastros de la niña que antaño yo veía en los rasgos de su semblante.

—Sejano os espera en la biblioteca. Os advierto que está de muy mal humor.

La sonrisa de su padre se ensanchó.

—Puede que lo que he de decirle dulcifique su actitud.

Apicata entornó los ojos, me miró y se encogió de hombros. ¡Su padre era un imprudente, desde luego!



Dejó al niño con la esclava y nos condujo por los pasillos de la villa. Casi no intercambiamos palabra, Apicata parecía nerviosa y hablar de trivialidades nunca se le había dado bien. La casa era más pequeña que la morada de Apicio, pero la decoración era igual de suntuosa: frescos de vivos colores aparecían en todas las paredes. Ante las puertas de la biblioteca dos guardias impedían que alguien molestara al señor de la casa.

—Anúnciale a Sejano que su huésped ha llegado —dijo Apicata al guardia más alto.

Este llamó y se deslizó al interior.

—Debo irme. Os esperaré en el atrio para veros antes de que os marchéis.  
—La joven besó a su padre en la mejilla y se alejó.

Un momento después, el guardia salió y nos hizo pasar. La biblioteca de Sejano parecía una sala de guerra: mapas desplegados cubrían las mesas, algunos repletos de soldaditos de madera, y estandartes imperiales colgaban de las paredes. Los únicos pergaminos a la vista parecían cartas, no libros. El esclavo personal de Sejano estaba sentado en un taburete cerca de la puerta; era un hombre delgado y calvo, su placa de bronce de esclavo brillaba en torno a su cuello. Sotas y yo nos apostamos a ambos lados de él.

Sejano se reclinaba en su silla en un rincón de la habitación, en una mesa a su lado reposaba un pequeño jarro de vino; llevaba una túnica roja y un cordel blanco finamente tejido le rodeaba la cintura; en comparación, sus sandalias parecían andrajosas. Era la primera vez que no lo veía vestido con su uniforme militar; todos nuestros encuentros anteriores habían sido en reuniones donde se hablaba de asuntos de Estado o en fiestas formales.

—Me sorprende tu visita, Apicio —dijo, sin levantarse de la silla ni ofrecerle un asiento—. Deja que lo adivine: crees que he olvidado nuestro trato.

—No. Solo quería...

Sejano lo interrumpió con un gesto.

—¡Paciencia! ¡Debes ser paciente! —repuso, poniéndose en pie y golpeando la mesa con la mano.

Apicio se mantuvo firme.

—Ya he sido lo bastante paciente.

El silencio subsiguiente fue incómodo.

—¿Has olvidado que puedo causarte más daños que beneficios, suegro?

Apicio hizo caso omiso de la amenaza. Atravesó la habitación y se sentó en una ornada silla frente a Sejano.

—Hace siete años que estás casado con mi hija. Te la entregué en virtud de un acuerdo atestiguado por los dioses. He venido para obligarte a cumplir con ese acuerdo.

—¡Malditos sean los dioses!

Mi pulso se aceleró y me esforcé por mantener una expresión impasible. Yo no podía despachar a los dioses como él y elevé una plegaria rogando su protección. En ese momento, mi único deseo consistía en abandonar esa habitación con vida.

—He acudido para hablar del acuerdo.

Sejano cruzó la biblioteca y miró por la ventana.

—¿Qué pretendes? ¿Reconsiderar la dote de tu hija? Te advierto, Apicio, puede que esa no sea una decisión inteligente —gruñó.

—Al contrario, hijo mío, pienso aumentarla. Y no solo eso, tú has de llevar nueva vida a los divanes del César. Lo que te ofrezco será muy beneficioso para tus negocios. Sabes que Octavio no goza de la misma imaginación culinaria que yo.

—¿De veras? —dijo Sejano y se apartó de la ventana.

—Sí. Pero tú sabes lo que necesito.

Sejano cruzó los brazos.

—¿A cuánto sube el aumento del que hablas?

—Dieciséis mil sestercios anuales.

La palabra «imprudencia» no era la adecuada, «estupidez» era más precisa. Era probable que dieciséis mil sestercios fueran más de lo que Apicio recibiría del César como salario, en caso de obtener el puesto.

Sejano dirigió la mirada a su esclavo personal.

—Lleva a estos hombres al atrio, donde aguardarán a su amo —dijo, señalándonos a Sotas y a mí.

—No creo que eso sea sabio, *dominus* —murmuró Sotas en tono vacilante.

—Ve, Sotas —dijo Apicio en tono inexpresivo.

El esclavo nos franqueó la puerta. Apicata nos esperaba en el atrio; nos condujo hasta un rincón confortable donde había bancos cubiertos de cojines de color rubí. Sotas aguardó cerca de la puerta; dejar solo a su amo lo ponía nervioso.

—No puedo decirte cuánto te he echado de menos —dijo Apicata con mirada emocionada.

—Por favor, dime que te trata bien —dije, cogiéndole las manos.

Ella cerró los ojos un instante y me di cuenta de que trataba de cobrar valor.

—En general me ignora, excepto cuando decide que tiene la obligación de engendrar un hijo, cuando se cansa de yacer con las esclavas o cuando se siente cruel. Entonces a menudo soy el blanco de su ira.

—¿Te golpea? —preguntó Sotas.

Nunca había oído tanta cólera en su voz. Caminaba de un lado a otro por el atrio, sin mirarnos.

—A veces.

Le froté la mano, no sabía qué decir para consolarla, la ira me invadía. ¿Por qué no había surtido efecto la maldición que le echamos a Sejano?

—No me deja visitar a mis amigas. Solo tengo una esclava en la que confío: Níobe. —Señaló la esclava que jugaba con Estrabón en un rincón del atrio—. Creo que se encuentra con otras mujeres, y no me refiero a las esclavas, aunque se ha acostado con todas las que nos pertenecen.

—¿Qué quieres decir con «otras mujeres»?

—De vez en cuando llegan mensajes a la casa, un sobre perfumado o una escritura que parece femenina. Las esclavas recibieron instrucciones de ocultármelos, pero Níobe me ha mostrado algunos.

—¿Quiénes son esas mujeres?

—Hay varias, pero la que más me preocupa es Livila.

—¡Por todos los dioses! —Eso solo podía salir mal. ¡Livila era la sobrina de Tiberio, casada con su hijo Druso! ¡Yo asistí a su boda, por Júpiter!—. ¿Crees que se encuentra con Livila?

—Sí —dijo Apicata, secándose una lágrima.

Solté una maldición. Si Sejano tenía una aventura con la nuera del César, estaba jugando a un juego muy peligroso.

—¿Te permite recibir visitas de amigos? —preguntó Sotas.

—No, ni siquiera le gusta que abandone la casa. Incluso las visitas de mi madre lo sacan de quicio. Solo las tolera porque quiere evitar el cotilleo.

—No comprendo...

Pero Sotas sí.

—Se trata del control —dijo.

—Ay mi queridaavecilla. —Me incliné hacia ella y le besé la frente—. Ojalá pudiera sacarte de aquí.

—¡Avecilla! —Su rostro se iluminó—. ¡Hace años que no oigo eso!

—Sejano se acerca —siseó Sotas.

—Debo irme, será mejor que no me vea contigo.

Me abrazó. No quería soltarla, pero ella escapó justo antes de que Sejano y

Apicio llegaron al atrio.

Apicio se despidió y luego todos regresamos rápidamente a la villa. Al igual que durante la ida, optó por montar en la litera a solas, sin decirme qué había ocurrido en la biblioteca. En los días siguientes Apicio no me dijo cómo había acabado la visita, pero me ordenó que le dijera a su secretario que aumentara el estipendio enviado a Apicata todos los meses. Aunque me pregunté por qué solo era la mitad de lo prometido a Sejano, me abstuve de mencionarlo.

Tres semanas después de visitar a Sejano estábamos en la cocina, trabajando en una receta para un nuevo libro de cocina dedicado a las exquisiteces. Yo había rellenado unos dátiles con una mezcla de piñones picados y pimienta, y Apicio me ayudaba a cubrirlos con sal. Nos disponíamos a freírlos en miel cuando irrumpió un esclavo portando un pergamino.

Apicio lo cogió y lo desenrolló. Lo leyó en silencio, sonrió y luego lo depositó en el fuego bajo la sartén llena de miel.

—Está hecho —dijo, y cogió un dátil para dejarlo caer en la sal.

—¿Cómo dices?

Retiré la sartén con miel del fuego antes de que absorbiera el sabor del pergamino quemado y la dejé en una plancha de piedra que conservaba en la mesa para apoyar ollas calientes.

Apicio recogió unos dátiles y los arrojó a la sartén; chisporrotearon y ambos nos inclinamos hacia atrás para evitar las salpicaduras.

—Pronto habrá un nuevo consejero gastronómico de Tiberio.

Guardé silencio. Él no dijo nada más, dejó que yo acabara de preparar los dátiles y me hiciera preguntas acerca de sus palabras.

Esa noche, después de la cena, Rúan apareció en el jardín. Yo estaba sentado bebiendo una copa de vino. Hacía varias semanas que no me visitaba y me alegré de verlo. Tomó asiento en el banco frente a mí.

—Publio Octavio ha muerto.

Me quedé estupefacto, pero al punto lo comprendí todo.

—Por supuesto.

—¿Ya lo sabías? —preguntó Rúan, entornando los ojos.

—No. Dime cómo murió —pedí. Bebí un sorbo de vino y le pasé la copa a Rúan.

—Cayó enfermo hace más de dos semanas —contestó, y tomó un trago—. Esta mañana sucumbió a la enfermedad.

—¿Enfermo?

—Sospecho que lo envenenaron. Una noche antes de cenar sufrió una indigestión. Le serví la sopa de apio y puerro con pimienta y miel que me enseñaste a preparar, pero no mejoró.

—¿Quién lo atendió, además de ti?

—No lo sé. Solo permitía que lo atendiera Silio, su esclavo personal. Si no supiera que es en vano, darías las gracias a los dioses, pues significa que no puedo ser un sospechoso. —Me tendió la copa y, al ver que estaba vacía, sonreí.

—¿Interrogaron al esclavo personal?

—No pueden. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí, desde anoche. Nadie sabe dónde está.

Dejé la copa vacía en el banco, deseando haber traído una frasca de vino de la cocina.

—Pero es extraño —comentó Rúan, contemplando el oscuro jardín.

Creí oír el ululato de un búho a lo lejos.

—¿Qué es extraño?

Rúan resopló.

—A nadie parece importarle el esclavo desaparecido. Livia quería una nueva investigación, pero el médico dictaminó que no hubo nada raro. Sejano le dijo a Livia que no pensaba malgastar tiempo investigando un asesinato inexistente. Y punto.

Y punto, efectivamente.

Unas semanas después, estaba revisando una lista de peticiones de los clientes con Apicio cuando un esclavo entró precipitadamente en la biblioteca sin llamar. Apicio y yo alzamos la vista y vimos que Sotas había agarrado al muchacho de la túnica.

—¡El César está aquí! ¡El César está ante la puerta! —chilló el muchacho.

Nos quedamos pasmados. ¿El César estaba ante la casa?

Apicio reaccionó.

—¡No te quedes ahí parado! ¡Hazlo pasar! ¡Iremos allí en el acto!

Sotas soltó al muchacho, que echó a correr por el pasillo. Apicio me miró.

—Gracias a los dioses, ambos tenemos un aspecto decente. Vamos, no podemos dejarlo esperando.

—¿Por qué ha venido? —pregunté mientras recorriamos la casa presurosos.

Él no contestó. El corazón me latía con violencia. ¿Cómo podía Apicio estar tan tranquilo? Yo estaba aterrado. Publio Octavio había muerto y Livia sospechaba que hubo juego sucio. ¿Y si el rastro conducía hasta Apicio? Sejano era muy capaz de incriminarlo; sería una manera sencilla de quitárselo de encima, y los dioses sabían que también Livia lo detestaba.

En el atrio, Tiberio estaba sentado en un diván traído por los esclavos. Lo

acompañaban varios guardias pretorianos, incluso Sejano, sentado en una silla a su lado.

Sotas nos dejó en la puerta y se apostó a un lado del atrio. Apicio atravesó el recinto, se detuvo ante el César y le tendió la mano. Yo esperé detrás de él.

—¿A qué debemos el placer de tu visita a esta humilde morada? — preguntó al tiempo que Tiberio le estrechaba la mano.

Sejano soltó una carcajada, acentuando las arrugas que le rodeaban los ojos.

—¿Humilde? ¡Tu villa es más extravagante que antaño la del divino Augusto!

Apicio no dejó de sonreír. El corazón me palpitaba. «Por favor, Apicio — pensé—, no digas una estupidez.»

Tiberio no le dio la oportunidad.

—Ese es precisamente el motivo de mi presencia. Tú sabes cómo recibir a dignatarios, príncipes y reyes. Sin duda has oído que necesito un nuevo consejero gastronómico.

—Sí, lo he oído.

Tiberio nos indicó a Apicio y a mí que nos sentáramos en las sillas que nos trajeron los esclavos.

—Sejano me ha dicho que eres el hombre más indicado para el puesto. Livia me dijo que la enfadaría muchísimo que te contratara. Dos buenos motivos para que aceptes el puesto. —Tiberio le tendió un pergamino y observó mientras él lo desenrollaba y leía—. ¿Te interesa?

Apicio alzó la vista del pergamino. Estaba eufórico, como cuando probaba una nueva receta exitosa.

—¡Sí, claro, me interesa!

Tiberio posó la mirada en mí.

—Y tú, cocinero, aplaudo tu actuación en el mercado unos meses atrás. Un



hombre inteligente sabe cuándo el precio es demasiado elevado. Al final del día es mejor conservar intacta tu dignidad y tu monedero.

—Gracias —contesté, henchido de orgullo.

Miré a Apicio, pero él seguía examinando el pergamino.

—Tú también necesitarás un salario. Me encargaré de ello. —Tiberio se puso de pie y nosotros también—. Pretendo que te encargues de recibir a mis visitas. No tengo interés en complacer a quienes me vienen con exigencias. Pero no hay más remedio, así que tú lo harás por mí.

—Soy la persona que estás buscando —aseguró Apicio.

—Perfecto. Mañana enviaré una escolta que te acompañará a la villa.

Tiberio se marchó seguido de sus guardias, pero Sejano permaneció allí.

—He cumplido con mi parte del acuerdo, suegro —dijo en voz muy baja—. Ahora te toca a ti.

—Sí, tal como acordamos.

Apicio le hizo un pequeño gesto a Sotas, que hizo salir a Sejano por la puerta.

Entonces comprendí. ¡Ay, qué ironía! Tras todos esos años las tornas habían cambiado y era Sejano quien se había convertido en el asesino a sueldo.

Apicio acababa de recibir todo lo que siempre había deseado. A costa de la vida de un hombre y de la deuda correspondiente con el hombre que Apicio aborrecía más que a ningún otro. Recordé las predicciones del arúspice y me estremecí: «Por cada éxito obtenido habrá dos fracasos mayores adheridos al costado.»

Apicio estaba feliz y excitado.

—¡Ven, Tracio! Contémosle la noticia a Aelia. ¡Esta noche lo celebraremos! —exclamó, y echó a correr por el pasillo sin esperar a que lo siguiéramos.

Me quedé allí, boquiabierto y sin saber qué decir.

Sotas me palmeó la espalda.

—Cierra la boca, podría entrarte una mosca.

Clavé la mirada en el pasillo desierto, invadido por la confusión y la cólera.

—¿Es que...?

—¿Es que Apicio acaba de venderle su alma a Sejano? —preguntó Sotas y contestó—: Pues sí, acaba de hacerlo.

Meneé la cabeza

—¿Qué estoy haciendo aquí, Sotas? ¿Por qué me quedo observando cómo juega a estos juegos? No le debo nada.

—¿No? —dijo, y me lanzó una sonrisa torcida antes de alejarse también por el pasillo.

Pensé en Passia y en mi pequeño Junio, y detesté que mi amigo tuviera tanta razón.

A la mañana siguiente, Apicio aumentó el estipendio de Apicata en otros ocho mil sestercios mensuales: la otra mitad del dinero prometido a Sejano.

Estábamos poniendo fin a una *salutatio* soñolienta cuando llegó el hombre enviado por Tiberio, que resultó ser Rúan. Cuando pasó a manos de Octavio, Apicio se volvió mordaz con su antiguo esclavo, convencido de que espiaba para su rival, pero en esta ocasión lo saludó como si fuera un viejo amigo.

Rúan nos llevó a la villa que Tiberio estaba reformando a escasa distancia, al otro lado del Palatino. Tiberio residía sobre todo en una lujosa villa del Esquilino, pero como la mayoría de sus clientes vivía en el Palatino, también

quería ampliar la villa de esa colina. Muchos esclavos, más de los que yo podía contar, pululaban por el exterior, realizando reparaciones y ampliando lo que antaño era una morada modesta.

—Tened cuidado.

Rúan nos indicó que esquiváramos las tablas y los cubos de cemento fresco. Yo había pasado por delante de esa villa muchas veces, de camino al templo de Apolo. Antaño, la entrada solo consistía en un único arco de mármol, pero ahora diversos arcos daban a un amplio atrio que también había sido ampliado.

Rúan nos condujo a través de un sinuoso laberinto de pasillos, algunos decorados con frescos, otros no. Las paredes estaban desnudas, y las habitaciones, desiertas y sin puertas. Nos mostró tres triclinios y un despacho que Apicio podría ocupar. La cocina era mucho más pequeña que la de la villa de Apicio y solo disponía de la mitad de esclavos.

—¿Esto es todo?

—Todo —dijo Rúan, asintiendo—. Pero no te preocupes. No esperan que recibas muchas visitas aquí, solo cuando el César desea cenar en casa con sus huéspedes, algo poco frecuente. Mañana te mostraré la cocina del Esquilino, que es mucho más amplia. Sin embargo, tendrás que recibir visitas en tu propio hogar o en los hogares de otros. Tiberio te enviará dignatarios y embajadores extranjeros para que te encargues de ellos. Descubrirás que él no asistirá a muchas comidas, a menos que se trate de una cena oficial o de algo de lo cual no pueda excusar su ausencia. La política no le agrada.

—Eso he oído. —Apicio parecía decepcionado. Por lo visto, ser el consejero gastronómico de Tiberio suponía más trabajo y menos gloria de lo esperado.

—Puede que de vez en cuando tengas que acompañar a Tiberio a una de sus villas de Rodas o Capri, pero no será muy a menudo.

—¿Qué hay de sus gustos? ¿Qué clase de platos aprecia? —pregunté—. ¿Es quisquilloso con la comida?

—No. Comerá lo que sea, a condición de que haya vino. Lo que él adora es el vino. ¿Sabes que lo llaman Biberio Caldo Mero?

No pude reprimir una risa, el nombre significaba «bebedor de vino sin agua», una frase que describía a alguien grosero y que se comportaba como un plebeyo.

—No, pero me aseguraré de que haya vino en abundancia, suficiente para saciarlo.

Rúan volvió a conducirnos hasta el atrio, donde varios jardineros se afanaban plantando árboles y flores.

—Ah —añadió Rúan—, se supone que debes celebrar una *cena publica* para anunciar tu nuevo puesto y demostrar la sabiduría del César al concedértelo.

—Por supuesto.

Sabíamos que esperaban que celebrásemos semejante banquete y habíamos hablado de ello esa mañana durante el desayuno.

—Conseguiré la lista de invitados para ti, Tracio. Envíame las instrucciones que quieras, las listas de la comida que haya que comprar. Estoy aquí para servirte.

—Me alegra volver a trabajar contigo, viejo amigo. Eché de menos tu cómico deje.

La idea de volver a bromear con él mientras preparábamos una comida me llenó de júbilo. Aunque Timón era un maestro de su oficio, yo extrañaba la camaradería que compartía con Rúan.

—¡Sí, y yo eché de menos tus cómicas chácharas sobre esos locos dioses! Pero sospecho que me harás trabajar más duro de lo que hacía Publio Octavio.

Al oír ese nombre, Apicio pareció salir de su ensueño y carraspeó.

—Ven, Tracio, tenemos mucho que hacer.

Emprendió camino hacia nuestro hogar. Me despedí de Rúan y lo seguí, sabiendo que estaría de un humor de perros.

Decidimos celebrar el banquete en la escuela, en los jardines que diseñamos con ese fin. En la cocina de la escuela resultaría más sencillo preparar la comida y más fácil disponer divanes y mesas para las quinientas personas invitadas.

Esa noche Fannia, Trio y Celera cenaron con nosotros. La conversación de la velada versaba sobre el posible tema de la *cena publica*.

—Celebra un concurso —dijo Fannia.

Estaba achispada, encantada de que César Augusto hubiera muerto y de que Tiberio hubiese abandonado el antiguo decoro: que uno solo podía beber vino después de la cena y que las mujeres únicamente podían hacerlo cuando lo exigían las ceremonias religiosas.

—¿Un concurso? ¿Con espadas? —Trio se mostró escéptico—. ¿Es que no hay suficientes juegos de gladiadores sin organizar otro?

Apicio le indicó a Fannia que prosiguiera.

—Los gladiadores son tan divertidos... Pero no una lucha de gladiadores, sino un concurso.

Todos la miramos, sin comprender.

—¿Una carrera? —aventuró Celera.

—¿Un concurso de bebedores? Todos sabemos lo mal que eso puede acabar —aportó Aelia, lanzándole una sonrisa irónica a su esposo.

—No, no. ¡Un concurso entre los dioses! —aclaró Fannia.

—Continúa. —Apicio arrojó los huesos de su alita de pollo detrás del

diván, para apaciguar a los fantasmas de sus ancestros.

—Imagínatelo, Neptuno y Diana compitiendo para demostrar quién posee el botín más delicioso: el mar o el bosque. La comida puede consistir en animales del mar y la tierra.

—¡Tiberio podría ser el juez! —propuse. Era una idea excelente.

—¡Sí, exactamente! —exclamó Fannia.

La llamarada de esa idea se arremolinó en mi cabeza. Estaba tan excitado que casi no podía pronunciar las palabras.

—Cada plato podría estar dedicado a un dios. Primero serviremos los mariscos, luego los animales, luego alternamos unos y otros en cada plato...

—¡Sí! ¡Y el último plato supondrá el plato cumbre de cada dios! —Apicio también se había contagiado del entusiasmo.

Todos estaban de acuerdo y surgió un clamor al tiempo que ofrecían sugerencias para el banquete.

—¡Excelente! —gritó Apicio, presa del júbilo como los demás.

Era una sensación maravillosa, pero una sensación que no duraría mucho tiempo.

Planear el banquete nos llevó ocho meses, de los más atareados y excitantes de mi vida. Pasaba horas en el mercado en busca de ideas, comprando de todo: desde nuevas servilletas hasta cojines de bordados intrincados para los divanes. Envié mensajeros a lo largo y ancho de Italia: a nuestras granjas por palomas torcazas, lirones, capones y cestas rebosantes de uvas, manzanas y remolachas; a los campos más allá de Roma por peras frescas; a Nomentano por ánforas de vino, algunas de más de cuarenta años de antigüedad; a Palestrina por avellanas, y a las llanuras entre Ostia y Lavinio por jabalíes y ciervos. Envié hombres a Ostia por caballas frescas y saladas, y mejillones; y al monte Himeto por la mejor miel para diluir el vino de Falernia que teníamos en casa, destinado a los príncipes y los senadores. Compré jengibre, nuez moscada, clavos de olor y otras especias de India y Taprobane, no solo para sazonar la comida sino también para presentar como obsequios. Hasta envié un hombre a Sicilia por olivas verdes y negras y salsa de oliva, una especialidad de la región. Disfruté planeando un banquete tan enorme.

Sin embargo, tanta planificación hizo que Apicio se volviera insoportable. Nada de lo que yo hacía parecía complacerlo y todos los días agradecía a los dioses que ya no fuera mi amo y no pudiera hacerme azotar, como a los esclavos lo bastante desafortunados como para exponerse a sus caprichos y ataques de ira. Incluso Sotas parecía nervioso. Por entonces llegaron noticias del espantoso trato que daba a sus esclavos P. Vedio Pollio, antaño un amigo del divino Augusto y un conocido de Apicio. Un copero rompió una valiosa

copa durante uno de sus banquetes y, presa de la ira, Pollio le cortó las manos y se las colgó alrededor del cuello. El esclavo fue obligado a desfilarse entre los invitados antes de que Pollio lo arrojara cruelmente a un estanque lleno de lampreas, donde se ahogó.

—*Dominus* nunca nos haría eso a Junio o a mí, ¿verdad? —me susurró Passia una noche mientras me desvestía para meterme en la cama.

Nuestro hijo, que ya tenía cuatro años, dormía en su camita en un rincón de la habitación.

—No, amor mío. Pese a todos sus defectos, no es tan cruel. Y adora al pequeño Junio, lo sabes.

Apicio realmente amaba al niño y ese día incluso le había regalado un caballo de madera con ruedas para que lo arrastrara por la villa.

—¿Y qué pasa con los demás esclavos? ¡Este banquete es para el César! Puede que *dominus* quiera guardar las apariencias.

—No te preocupes. Pollio no adquirió la notoriedad que tal vez buscaba al matar a ese pobre muchacho. Además, a Apicio le preocupa demasiado su imagen como para querer que hablen de él por otra cosa que no sea su comida. Y depende demasiado de mí como para hacerles daño a mis seres queridos.

Passia no pareció satisfecha con la respuesta, pero se acurrucó contra mí y pronto respiraba profundamente apoyada en mi hombro. Permanecí despierto unos momentos, pensando en su pregunta. Lo que me inquietaba no era lo que Apicio podría hacer si algo fallaba durante el banquete, sino lo que César podría hacer.

El día del banquete abandoné la cama antes del amanecer y ayudé al



personal a dar el toque final a las decoraciones, y a Rúan y Timón a iniciar la tarea monumental de preparar los platos principales.

Cuando el reloj de agua indicó las diez, Sotas vino a recogerme para la interpretación astrológica. Rúan se burló de mí.

—¡Ay, cuánto adoráis vuestras adivinaciones vosotros los romanos!

Me limité a sonreírle. Antaño había intentado convencerlo de que los dioses eran poderosos y que la adivinación no eran meras bobadas, pero al final nos pusimos de acuerdo en no estar de acuerdo. Eso no impidió que siguiera tomándome el pelo por algo que él consideraba una insensatez.

Nos reunimos con Apicio y Glycon y nos dirigimos al palacio de Tiberio en el Esquilino. Cuando nos recibió en el jardín, Tiberio aún llevaba su vestido matutino. Lo acompañaba un puñado de guardias y también un hombre calvo y afeitado al que Glycon parecía conocer.

—Ah, Trasilo —oí que el astrólogo murmuraba para sus adentros.

—¡Buenos días, César! —Apicio sonrió—. Es un día estupendo para honrarte.

Tiberio parecía incómodo.

—Primero honremos a Roma.

Noté que Apicio parpadeaba y apretaba los labios, como si se esforzara por no replicar. Sejano tomó la palabra antes de que Apicio pudiera decir algo de lo cual se arrepentiría.

—Al honrarte a ti, César, honramos a Roma, ¿no es así?

Apicio siguió intercambiando frivolidades con Sejano y Tiberio, dejando que Glycon se escabullera para hablar con Trasilo. Un colgante de oro en forma de luna y estrellas brillaba en torno al cuello del hombre. Era el astrólogo de Tiberio. Ambos hablaban en voz baja. Oí algunas palabras de su conversación, ninguna de las cuales me tranquilizó:

—... estrellas... la consecuencia... actos... amigo... nefasto... se lo diremos...

sí, sí... lo creerá...

—Venga ya, acabemos con este asunto —dijo Tiberio, alzando la voz.

Sejano le indicó a Trasilo que se acercara y Glycon lo siguió.

—Las estrellas son muy favorables, señor. Mi colega Glycon acertó al escoger esta fecha para el banquete. La luna está llena y nos proporcionará luz, además de las velas. Marte está en el templo de Venus y Venus en el templo de Saturno, y ello los alinea para que te contemplan desde lo alto en diversas fases a lo largo de la noche. Hoy es un día especialmente propicio para un banquete, querido César.

—¡Excelente! Ahora es la hora de mi baño —dijo. Chasqueó los dedos y su guardia se puso firme—. Por cierto, Apicio, quiero que quienes me sirven estén desnudos, desnudos como el día que nacieron, ¿comprendes?

No le dio oportunidad de contestar y se marchó abruptamente. Nos quedamos siguiéndolo con la mirada.

—Al parecer, ahora gozas de las simpatías de todos —dijo Sejano con una sonrisa burlona. Su cordialidad anterior con Apicio había dado paso a una tolerancia sarcástica—. Confiemos que siga siendo así cuando el banquete llegue a su fin —añadió, e inclinó la cabeza hacia uno de sus guardias—. Acompáñalos a la puerta, Paulo.

Apicio chascó los dedos y Sotas se acercó a Glycon, le dijo unas palabras en voz baja y aguardó mientras el anciano astrólogo se despedía del otro hombre.

—Una buena interpretación, amo Apicio —dijo Glycon, caminando a su lado. Una escena que se había vuelto demasiado habitual en nuestro hogar.

—¿Estás seguro de que será una buena noche?

—¡Sí, sí, una noche estupenda! —La voz de Glycon era untuosa, como el aceite recién prensado.

No le creí.

Las preparaciones del día pasaron volando y de pronto los primeros invitados comenzaron a entrar en el jardín, algunos una hora antes de lo esperado.

—Quieren asegurarse de ocupar los mejores divanes —comentó Fannia, acercándose a mí por detrás.

Ella también había llegado temprano, demasiado arreglada, como de costumbre: collares y anillos de oro y una estola azul chillón, a un paso del púrpura imperial, una elección peligrosa teniendo en cuenta el posible insulto que podría significar.

Permanecí a su lado, observando, mientras nuestros esclavos acompañaban a los huéspedes hasta los divanes. Ordené al primer grupo de esclavos que escanciara el vino. Fannia detuvo a uno de ellos, cogió una copa pintada de colores brillantes de la bandeja y me guiñó un ojo.

—¡Este César es mucho más civilizado! ¡Permite beber antes de la cena! ¡Que las mujeres beban sin avergonzarse! —exclamó, y alzó su copa brindando por mí.

Aunque la actitud de Tiberio respecto al vino era menos estricta, la mayoría no compartía su opinión. A Fannia le daba igual y había adoptado la costumbre de beber en público sin preocuparse.

—Algunos huéspedes no saben muy bien qué hacer. —Señalé un grupo de équitos y sus esposas. Una pareja cogió una copa y otros invitados fruncieron el ceño—. A mí no me gusta. No deberías beber vino antes de la cena, nubla los sentidos y apaga los sabores de la comida.

Fannia rio.

—Eres un tonto. ¡Eso sencillamente no es verdad! Un buen vino realzará los sabores de tu comida. ¡Eres demasiado purista!

Solté un gruñido y contemplé la multitud. Tuvimos que retirar las plantas de gran parte del jardín e instalar más de sesenta divanes para acomodar a

quinientos cuarenta huéspedes. En la cabecera del banquete había un gran triclinio con cojines tapizados de suntuosa seda roja y morada, dispuesto para el emperador y sus invitados más importantes. Dos enormes estatuas doradas flanqueaban los divanes imperiales, una de Neptuno y la otra de Diana.

Cuando me disponía a regresar a la cocina vi que Sotas aparecía por detrás de la resplandeciente falda de Diana. Alzó un brazo y lo agitó para que lo viera.

—Apicio me ha enviado para avisarte que han llegado Tiberio y Livia —dijo—. Sejano envió un mensaje.

—Fue muy amable de su parte, ¿verdad? —dijo Fannia con una sonrisa irónica—. No suelen advertirte a tiempo antes del ataque de la Hidra.

Meneé la cabeza y me volví hacia Sotas. El hombretón señaló los divanes con la cabeza.

—Apicio quiere que esperemos junto al estrado cuando lleguen Tiberio y Livia.

—¡Adelante!

Fannia gesticuló, indicando el camino. No estaba seguro de querer que nos siguiera, pues mezclar a Livia con Fannia era como mezclar agua con aceite. De resultas, Apicio había intentado poner cada vez más distancia entre él y su antigua mentora. Además, yo sospechaba que Fannia estaba un poco bebida.

Mi antiguo amo y su esposa nos esperaban junto al triclinio imperial. Aelia llevaba una estola de seda blanca ribeteada de dorado y sujeta en el hombro mediante un broche de oro incrustado de rubíes. Su *palla*, también ribeteada de oro, le cubría la cabeza y los hombros, ocultando lo que parecía un elaborado peinado de rizos fijados en la coronilla. Apicio llevaba una toga nueva y anillos de oro en los dedos, cada uno con una gran gema en el centro. Me maravilló cuánto más joven de sus cuarenta y nueve años parecía: mucho más que yo, que había nacido diez años después que él. Sospeché que se

debía a las capas de grasa que le cubrían el cuerpo, proporcionándole redondez a su semblante carente de arrugas.

—Me sorprende que hayan llegado tan temprano —dije, y ocupé mi lugar junto a Aelia en la fila dispuesta a recibir a Tiberio y sus acompañantes.

—A nosotros también.

Aelia me saludó apretándome el brazo.

Fannia se situó a mi lado con expresión desafiante. Apicio le lanzó una mirada horrorizada y me hizo un gesto, como si yo fuese capaz de convencerla de que se alejara. Me encogí de hombros: no podía controlar a su amiga.

El pánico asomó a la mirada de Apicio al tiempo que los cuernos anunciaban la entrada del César.

—¡Tracio! —siseó Apicio en voz baja y airada.

La multitud empezó a vitorear y se alineó en el centro del jardín para ver pasar al César. Desvié la mirada de Apicio y la dirigí a la procesión. Fannia no notó la inquietud de Apicio, mantenía la vista clavada en la familia imperial.

Apicio le dijo a Aelia que me susurrara unas palabras al oído.

—Ella sabe que no puede sentarse con nosotros, ¿verdad?

—Hablamos de ello antes —susurré a mi vez—. La sentaremos en la parte delantera pero a un lado, con amigos escogidos por ella.

Aelia le trasladó la información a Apicio, que parecía a punto de decirle a Fannia que abandonara la línea de recepción, pero titubeó y ya fue demasiado tarde. Tiberio avanzó hacia nosotros, su madre lo cogía del brazo, seguidos de Druso y su esposa Livila. Detrás de ellos avanzaban Sejano y Apicata, seguidos de varios guardias pretorianos.

Tiberio pasó junto a nosotros y saludó a Apicio cogiéndolo del brazo. Parecía mucho más animado que antes.

—¡Mi buen Apicio! ¡Soy un hombre hambriento dispuesto a disfrutar de un banquete! ¿Qué nos has preparado?

Apicio empezó a describir los platos que se servirían, pero la que llamó mi atención fue Livia, que saludaba a todos los de la línea, tal como mandaba el protocolo, pero no besó ni abrazó a Fannia, solo la saludó con la cabeza al pasar. No obstante, Druso le cogió la mano y le depositó un beso en el dorso, provocando el sonrojo de la vieja matrona. Livia me ofreció la mano, la besé y noté las venas azules bajo su piel pálida. Besó a Aelia en la mejilla y dio un paso atrás, esperando que Tiberio pusiera fin a su conversación con Apicio. Apicata estaba radiante y nos saludó a todos afectuosamente.

Sejano estrechó la mano de Apicio y se inclinó para abrazar a Aelia, que se puso rígida cuando él la tocó. Como era su primo, un abrazo no parecía impropio, pero noté que, al apartarse, le acarició el pecho con una mano. Aelia permaneció impassible y se volvió para hablar con Apicata. Sejano sonrió y se giró para dar órdenes a su guardia y a los esclavos imperiales. Empecé a pensar en todos los alimentos que podía servirle para que enfermara, tal vez mortalmente. Entonces vi a Apicio hablando con Tiberio y comprendí que no podía hacer nada que empañara este evento. Así pues, apreté los puños y me hincé las uñas en la palma de las manos. Ojalá pudiera pegar un puñetazo...

Druso recorrió la línea de recepción y se unió a la conversación de su padre con Apicio.

—Espero que estés hirviendo algunas coles para mí, Apicio. Me gustaría tomar un buen cuenco de coles.

Apicio meneó la cabeza con suavidad.

—No, Druso, no hay coles en este banquete. ¡No sería apropiado que la masa te viera comiendo un plato tan vulgar! Pero si lo deseas, le diré a Tracio que mañana te lleve algunas, ¿de acuerdo?

Druso rio.

—¿Comida vulgar? Vaya, no lo sabía.

—Más que con los senadores, has estado comiendo en los establos — bromeó Tiberio.

Livia soltó un sonoro estornudo.

—*Salve* —dije instintivamente.

—*Salve* —repitieron Aelia, Apicata, Druso, Livila y Tiberio.

Fannia se limitó a sonreírle a Livia. Apicio tampoco pronunció la palabra y, distraído, siguió hablándole a Druso sobre las maneras más elegantes de comer col. Aelia no parecía consciente del error de su esposo.

Livia frunció el ceño y miró a Fannia, esperando la reacción normal. Contuve el aliento y deseé que Fannia hiciera lo correcto: negarse a pronunciar la palabra con que le deseas salud al que estornuda significa desearle muy mala suerte.

Fannia le lanzó una sonrisa dulce a su prima. Era obvio que no cedería. Livia miró a Apicio, que no reaccionó; Tiberio y Druso no lo notaron. Aelia parecía darse cuenta del error, pero no estaba lo bastante cerca de su esposo como para darle un codazo.

Livia dio unos pasos y se detuvo ante Fannia, se inclinó y pareció a punto de darle un beso de bienvenida, pero pude oír las palabras que le dijo. Su susurro fue tan seco como su piel cuando la besé.

—Te prometo que tú y tu querido Apicio me habéis insultado por última vez.

—Estoy segura de que habrá más oportunidades. —Fannia susurró a su vez en tono desafiante. Entonces empezó a soltar risitas, un sonido que yo había oído demasiado a menudo cuando ella bebía con Apicio.

Livia pareció meditar sus palabras. Luego solo dijo:

—No lo creo. Tus oportunidades acaban de agotarse.

Aelia me presionó el codo. No osé mirarla.

Livia se volvió y cogió a su hijo del brazo.

—Ven, Tiberio, tengo hambre. Reclinémonos en el diván.

Mientras ellos ascendían los peldaños hasta los divanes, arrastré a Fannia a un lado con mayor brusquedad de la debida.

—Quítame las manos de encima —siseó cuando nos alejamos.

—¿Qué te pasa, Fannia? ¿Estás borracha o solamente eres estúpida?

Ella se zafó.

—Desde que Apicio te liberó te has convertido en un individuo aburrido, Tracio. ¡Y muy mandón! —Rio y me despidió con un gesto—. Ah, ¿crees que ella mató a Marcelo? ¿O a Lucio? ¿O acaso das crédito a los rumores que afirman que Livia asfixió al tan divino Augusto? ¡Por favor! Esa vieja perra ladra pero no muerde. No me tocaría.

Puede que Livia hubiese tenido algo que ver con la muerte de esos hombres, pues ninguno de ellos encajaba en sus planes de convertir a Tiberio en César. Hice otro intento.

—Por favor, Fannia, no te metas con ella.

—No te preocupes. Ve y haz lo que tengas que hacer. Yo beberé mi vino alegremente allí, en ese diván... lejos de Livia. —Me lanzó la misma dulce sonrisa e hipó.

Suspiré y me dirigí a la cocina, decidido a decirle al copero que aguara su vino antes de escanciárselo.

Una vez que casi todas las mesas estuvieron ocupadas, Tiberio se puso en pie y batió palmas sonoramente; su toga y su diadema de laureles de oro resplandecían a la luz del atardecer. En las mesas delanteras reinó un silencio



inmediato que se extendió hacia atrás hasta que todas las miradas se posaron en el César.

—¡Bienvenidos, conciudadanos romanos y compatriotas! Hoy nos reunimos para presenciar una batalla que jamás habéis imaginado. Para que os hable de esta magnífica batalla, os presento a mi nuevo consejero gastronómico, un hombre a quien todos conocéis: Marco Gavo Apicio.

La multitud empezó a aplaudir y vitorear. Apicio se puso a un lado de Tiberio con una amplia sonrisa en su rostro bronceado. Alzó los brazos, satisfecho por los vítores de las personas reclinadas en los divanes. Su voz resonó por encima de la multitud.

—¡Amigos míos! El César os ha dicho la verdad: hoy habrá una gran batalla. Neptuno, soberano de los mares —señaló la gran estatua a su derecha—, ha retado a Diana, señora del bosque, a un duelo —señaló la diosa a su izquierda—. ¡Participaréis en esta gran batalla: una batalla de los sentidos, de los más deliciosos sabores, aromas y visiones que jamás han llenado el plato de un mortal!

Era un alarde arrogante y su bravata me asombró. Estaba en su elemento y ese era su momento cumbre.

—Esta noche saborearéis diversos platos de la tierra y el mar. Dada la munificencia de estos dioses, ¿qué alimentos nos causarán mayor placer, como mortales? ¿A quién reconoceréis como victorioso, al dios o a la diosa?

Tiberio le tocó el hombro, indicando que quería hablar. Apicio dio un paso atrás.

—¡Concedo el honor de juzgar estos platos —gritó a la multitud— al nuevo gobernador de Iliria, Druso Julio César! —E indicó a su hijo que diera un paso al frente.

Druso era un hombre al que, en cierta ocasión, Passia había descrito como «demasiado apuesto para su propio bien», de rizados y cortos cabellos rubio

oscuros y brillantes ojos verdes. La multitud soltó un rugido más sonoro que los vítores brindados al César.

Mientras Druso saludaba a los comensales con la mano, miré a Sejano. Estaba muy ceñudo y me pregunté a qué se debía su animosidad. Quizás Apicata estaba en lo cierto con respecto a Sejano y Livila, la esposa de Druso. Mientras todos aplaudían a Druso. Apicio me hizo una señal y yo trasladé la orden a mis esclavos.

Resonaron las trompetas anunciando la llegada del primer plato. Una fila de rutilantes esclavos apareció trotando, algunos cargando con decoraciones marinas, estatuas hechas de caracolas, lazos azules y plateados o llevando trajes que los convertían en peces o sirenas. Luego deambularon entre los comensales mientras estos comían, entreteniéndolos con música o danzas reminiscentes del mar. En medio de ese espectáculo se encontraban los esclavos que llevaban la comida en enormes bandejas cubiertas de nieve de las montañas, coronadas de mejillones rellenos, langostas picadas envueltas en hojas de parra y erizos de mar, hervidos en miel y servidos abiertos en sus pinchudas cáscaras. Se oían los gemidos de deleite de la multitud a medida que los platos llegaban a las mesas. Solté un hondo suspiro de alivio.

Tal como había exigido, las esclavas que servían a Tiberio iban desnudas a excepción de las cintas que adornaban sus cabellos. Tiberio jugueteaba con ellas, para gran disgusto de su madre y las demás mujeres de su mesa.

A la munificencia de Neptuno le siguió la de Diana. Yo había montado una «cacería» que tendría lugar mientras los comensales comían. Varios esclavos fornidos iban vestidos de osos y algunos cazadores con arco y flechas los perseguían juguetonamente en torno a los divanes mientras las ninfas trataban de impedirlo. Corrían con cuidado alrededor de los esclavos que servían chicharrones de cerdo, setas marinadas en vino, lirones rellenos e higos empapados en leche y miel.

Los dos platos siguientes alternaban entre el mar y la tierra, y un espectáculo más elaborado entretenía a los comensales. No todo se desarrolló sin incidentes, pero estos —tales como platos rotos, escasez de aceite para las lámparas del jardín, que se agotaran las uvas y tener que escanciar un vino de menor calidad cuando el mejor empezó a acabarse— no fueron notados por los invitados ni por Apicio, quien, a juzgar por lo que yo veía, lo pasaba en grande cenando en el diván imperial. Hasta Livia parecía estar disfrutando de la velada.

La que parecía más desdichada era Apicata. Sonreía y se mostraba cordial con sus compañeros de mesa, pero me di cuenta de que pensaba en Livila, sentada al otro lado de Sejano. Este y Livila no dejaban de conversar y me sorprendió que Druso no lo notara. Deseé poder sacar a Apicata de allí, pasear por los jardines con ella como cuando era una niña, buscando aves y mariposas, y sin ninguna preocupación.

Por desgracia, esa noche había numerosas cosas que me preocupaban. Después del segundo plato observé que Fannia se había desmayado en su diván. Ordené a mis esclavos que la transportaran a la villa de Apicio procurando no llamar la atención. Y deseé que sufriera un tremendo dolor de cabeza cuando despertara.

Al final del banquete Tiberio y Druso se pusieron de pie para anunciar el «ganador» de la batalla. Me acerqué con la enorme corona de flores confeccionada para la ocasión.

—¡Y ahora ofreceré esta corona al ganador! —exclamó Tiberio al tiempo que la multitud aplaudía y silbaba demostrando su aprobación.

Aguardó unos instantes, dejando que aumentara la tensión, y luego le indicó a Druso que depositara la corona a los pies dorados de Diana. La luz de las lámparas se reflejó en su piel dorada, haciendo que pareciera resplandecer de placer.

—¡Una cena perfecta! —proclamó Tiberio antes de abandonar el jardín.

Le indicó a su esclavo personal que nos entregara saquitos de áureos de oro. Su peso me sorprendió.

—Ahora sé lo que me he estado perdiendo —me dijo Livia en tono amable antes de partir, y se inclinó con una expresión de complicidad—. Apicio fue muy listo al negarse a venderte hace años. Y por mi parte fue un error muy caro no haberlo obligado.

—Me alegra que hayas disfrutado del banquete... —No supe qué más decir.

Ella no respondió y se alejó, dejándome en compañía de mi queridaavecilla. Apicata me dio un beso en la mejilla y me hizo prometer que le enviaría algunos de los dulces sobrantes para sus hijos. Mientras se marchaba la observé con pesar.

Dejé esclavos al mando de Rúan para que limpiaran después del banquete y monté en la litera con Apicio y Aelia. Había confiado en poder hablarle a Apicio de Fannia y también contarle lo que me había dicho Livia, pero no tuve el valor. Apicio estaba eufórico, no recordaba haberlo visto tan dichoso y no quise estropear su estado de ánimo.

—¡Qué noche! Mañana iremos a los templos de Neptuno y Diana para rendirles tributo.

—Sospecho que esta noche dormiremos como lirones. —Aelia le pegó una palmadita en la rodilla.

Él sonrió y la besó en la mejilla, una rara muestra de afecto.

—Sí, como lirones. ¡Mañana comenzaremos a planear otro banquete, Tracio!

—¿Ah, sí? —dije, tosiendo.

Lo último que quería era volver a pasar por esos preparativos.

—¡Sí! Dentro de quince días recibiremos al rey Herodes de Galilea — exclamó, batiendo palmas jubilosamente.

—Ah, Herodes. Volvemos a encontrarnos —mascullé. Confié en que el siguiente banquete en su honor resultara mejor que el primero, aquel horrendo que celebramos en la escuela muchos años atrás.

—Ya. Tiberio me informó de ello esta noche. ¡Nada de cerdo ni de mariscos para este banquete! ¡Supondrá un desafío, Tracio!

Sonreí, pero idear otro banquete era lo último que tenía en la cabeza.

## NOVENA PARTE

21 d.C. a 26 d.C

### SALSA DE BAYAS

Pon ostras, mejillones y erizos de mar, todos picados, en un cazo. Añade piñones asados y picados, ruda, apio, cilantro, comino, vino de pasas de uva, garo y aceite.

Libro 9. 11, «El mar»  
*Acerca de la cocina*, APICIO

En el transcurso de los siguientes tres años vimos a Livia solo rara vez, pero su advertencia aún resonaba en mi cabeza. No dudaba que el rencor que albergaba era profundo e intenso, y que duraría más que las lápidas de la Via Appia. Apicio y yo descubrimos que los banquetes que celebrábamos, más que bajo el mando de Tiberio estaban bajo el de Sejano.

—Ya te he dicho que no. No te casarás con esa esclava, Tracio, y punto. ¡No vuelvas a pedírmelo!

Hacía quince años que trabajaba para Apicio como liberto pero, pese a todas mis promesas, él aún se negaba a creer que me quedaría si Passia alcanzaba la libertad. Ya tenía treinta y nueve años, así que, legalmente, tenía la edad suficiente y su peculio bastaba y sobraba para comprar su libertad, pero el permiso de Apicio era imprescindible. Había liberado a muchos esclavos, pero seguía negándose a liberar a Passia.

—¡He dicho que no!

Furibundo, atravesó la cocina y al pasar derribó un jarro apoyado en una encimera. Un mínimo gesto de Timón bastó para que uno de los esclavos se apresurara a recoger los trozos; el resto del personal no tardó en retirar los demás objetos frágiles del camino de Apicio.

—Sé razonable, Marco —dijo Aelia, entrando en la cocina.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Apicio—. ¡Deberías haber enviado a Helena!

Sus palabras fueron duras y eso me dolió.

—Helena está enferma, esposo. Por eso estoy aquí: he venido por un

remedio.

—Te compraré otra esclava personal. ¿Es eso lo que quieres?

Aelia alzó la vista, boquiabierta de espanto.

—¡No! Solo tiene un resfriado. ¿Para qué querría otra esclava? ¡No pienso reemplazar a Helena!

—Entonces deja de quejarte de ella.

Aelia vaciló, pero enderezó los hombros.

—¿Por qué eres tan malvado? Y no solo conmigo, sino también con Tracio. Es tu amigo. ¿Por qué sigues denegando su petición de casarse con Passia?

—Sabes que te estás pasando, esposa —la advirtió él, y se presionó la boca con el puño. Tenía los nudillos blancos.

—Por favor, escúchalo, esposo mío. Y escúchame a mí. Passia y Tracio se aman, he visto ese amor en todos sus actos, y muy pocos sienten así el flechazo de Cupido... La dama Venus los ha escogido para que estén juntos. ¿Por qué frustras a los dioses y los mantienes separados?

—¡No están separados! —rugió él, y Aelia dio un paso atrás—. Si quisiera separarlos esa mujer estaría en una caravana de esclavos de camino a Egipto. De hecho, creo que he sido muy generoso.

Me quedé sin respiración: la mera idea de que Apicio vendiera a Passia me resultaba inconcebible.

Aelia volvió a intentarlo y la adoré por ello.

—Hazlo por mí, Apicio. Te lo pido como un favor personal. Si me amas, te ruego que tengas en cuenta esta petición. Hazlo como un regalo para mí.

Apicio le lanzó una mirada airada. La tensión era elevada. Por fin, señaló la puerta con la mano.

—¡Vete, esposa! ¿Cómo osas pedirme un favor? Esto no tiene nada que



ver con el amor. Ahora vete antes de que te golpee y te recuerde el lugar que ocupas en esta casa.

Palideciendo, Aelia recogió su estola y se marchó de la cocina.

—Eso ha sido muy cruel —le dije a mi antiguo amo.

—No; fue bondadoso. Ella debe saber qué lugar ocupa.

La ira se adueñó de mí.

—Has de comprenderlo, Tracio —dijo, volviéndose a mí—. Ya tengo bastantes preocupaciones, así que no me vengas con exigencias triviales.

Cerré la boca y guardé mis cuchillos en la cesta del estante bajo la encimera. Apicio parecía capaz de cualquier cosa.

Golpeó mi mesa con los puños y gritó:

—¡Como Sejano, por ejemplo! Que Plutón se lo lleve pronto. Mi intención era trabajar para el César, no para el maldito jefe de la guardia pretoriana.

El modo en que cambió de tema no se me escapó, pero lo conocía: insistir en el asunto solo lo volvería más tozudo, así que contesté a regañadientes.

—Si el César estuviese involucrado, los banquetes seguirían siendo los mismos. Los mismos reyes, gobernadores y senadores. Podría ser peor. Conoces la crueldad y el libertinaje de Tiberio, alégrate de que se ausente de tus banquetes.

—Sejano no es mejor.

No había nada que pudiera replicar; me miré las manos, embadurnadas de grasa y sangre de cerdo. Aguardé que siguiera hablando, pero él me miró fijamente y se marchó. Lo observé, invadido por la tristeza.

Dos días después, di un paseo matutino a través del Palatino con Passia y Junio, disfrutando del frescor otoñal tras una lluvia prolongada. No disponíamos de mucho tiempo juntos debido a los elaborados banquetes que

Apicio y yo planeábamos, además del papel cada vez mayor jugado por Passia como esclava personal de Aelia. Junio pasaba mucho tiempo en compañía de los demás niños esclavos y, a los diez años, crecía con mayor rapidez que los espárragos en primavera. Ese día Passia estaba muy bella; entrelazamos las manos al caminar y procuré no pensar que su mano aún carecía del anillo que ansiaba darle.

Junio caminaba por delante, pateando la pelota que le había confeccionado con una vejiga de cerdo hinchada. Apicio había dedicado tiempo al niño, ayudándole a pintarla de vistosos colores.

Passia saludó con la mano a una de las esclavas de la villa, que regresaba del mercado con una cesta de frutas en la cabeza.

—Glycon le ha estado haciendo predicciones funestas a Aelia —dijo.

—Últimamente, todas sus predicciones han sido funestas. Rara vez dice que las estrellas están alineadas, y me parece que en realidad no nos dice lo peor.

Ella me miró con expresión sombría.

—¿Tú también sientes lo mismo?

—Sí. Y sabes que no me gusta creer en las historias que hila. ¿Qué dijo sobre Aelia?

—Que el fin de su matrimonio está próximo —contestó, caminando más despacio.

—¿Por los dioses! ¿Le dijo que eso estaba escrito en las estrellas? ¿Por qué infiernos le diría eso?

Ella caminó más despacio para que Junio no oyera sus palabras.

—Aelia está consternada. Glycon no pudo decirle nada más, dice que las estrellas no proporcionan...

—Detalles. Sí, lo sé. ¿Cuándo ocurrió eso? ¿Lo sabe Apicio?

—Ayer. Ella no quiere decírselo a Apicio, quiere cambiar las cosas. Hoy

irá al templo de Juno Viriplaca, con la esperanza de que la diosa de los conflictos matrimoniales se muestre misericordiosa.

—Soy consciente de que estos días él no la trata bien, pero Apicio no se divorciará de ella. No tiene a nadie más, ya ni siquiera se acerca a las esclavas, solo le interesa la comida y el poder. ¿Con qué clase de tonterías le está llenando la cabeza Glycon?

—No puedes decírselo a Apicio —dijo Passia, deteniéndome.

—¿Por qué no? Apicio merece saber que su astrólogo le está mintiendo a su esposa.

Passia avanzó más rápidamente y no dijo nada, de momento. Caminé junto a ella, acostumbrado a esos silencios y sabiendo lo que estaba pensando.

—¿Y si estuviera en lo cierto? —preguntó.

—Eso es ridículo —dije y una gota de lluvia me cayó en la nariz.

—Pero acertó respecto a Junio. Y el año pasado predijo un buen banquete para Tiberio. Y que este verano las cosechas de las granjas serían buenas. Ha acertado en muchas cosas. ¿Y si sabe que algo está a punto de ocurrir?

—No lo creo.

Empezó a llover, empapando nuestras túnicas y salpicando de barro nuestros tobillos. Junio reía cuando pasó corriendo por nuestro lado, de regreso al *domus*. Lo seguimos, cogidos de la mano como niños.

Una semana después, estaba haciendo conservas con las últimas manzanas para el futuro invierno cuando oí sonido de cuernos —cuernos de incendio— a lo lejos. No le presté mucha atención hasta más tarde, cuando oí los alaridos de Passia resonando por la casa.

—¡Están muertas! ¡Muertas!

Tardé un momento en asimilar sus palabras y comprender su significado.

La angustia me atenazó: ese día Passia había acompañado a Fannia y Aelia al mercado.

Corrí por los pasillos sin importarme a quién derribaba o contra quién chocaba. Llegué al atrio, donde encontré a Passia de rodillas, lamentándose, los cabellos sueltos cubriéndole los hombros y la cara, y algunos mechones en la boca.

Caí de rodillas en las baldosas y la abracé. Ella sollozaba y yo le acaricié el pelo.

—Chitón, mi dulce Passia, tú estás a salvo.

Entonces llegaron Apicio, Sotas y los demás esclavos de la casa. Apicio se arrodilló a mi lado y agarró a Passia de los hombros.

—¿Quién? ¿Quién está muerta? ¡Dímelo, mujer, dímelo!

Passia miró a Apicio a través del velo de cabellos y lágrimas. Casi pude ver las palabras transformándose en sollozos en su garganta. Apicio la abofeteó.

—¡Dímelo, esclava! ¿Dónde está Aelia? ¿Dónde está Fannia?

—¡Muertas! —contestó ella y volvió a sollozar.

—¿Qué quieres decir? —Apicio la zarandeó—. ¿Cómo?

—Fuego... encerradas en una tienda... ¡no pude alcanzarlas!

Passia cerró los ojos y elevó sus lamentos al cielo. Apicio la soltó y ella cayó contra mí. La rodeé con los brazos.

Sotas ordenó a los guardias que fueran a averiguar qué ocurría con el incendio. Apicio se había hecho un ovillo en el suelo; tenía la mirada perdida, pero sus lágrimas se derramaban y caían en las baldosas. Sotas se acercó, recogió a Passia del suelo y la llevó hasta una silla, la sentó y le apartó el cabello de la cara.

—¡Debes decirme qué ha ocurrido!

Me acerqué a Apicio y lo ayudé a incorporarse. Lo sostuve como si fuera

un niño y lo estreché entre mis brazos. Él hundió su rostro en mi hombro.

—No quiero oírlo.

Sollozaba en voz tan baja que solo yo lo oí. Su pena se mezcló con la mía y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Un esclavo le alcanzó una copa de vino a Passia, que bebió a grandes tragos. Sotas estaba sentado a su lado y le acarició la mano hasta que ella logró dejar de llorar.

—Por favor, dinos qué ha ocurrido, mi pequeña amiga.

—Fuimos a la Colina Celia... —empezó ella.

—¿Por qué fuisteis allí? ¡El mercado no está en la Colina Celia! —solté.

Passia volvió a llorar y Sotas me lanzó una mirada enfadada. Asentí con la cabeza, escarmentado. Él volvió a acariciarle la mano y ella se tranquilizó un poco.

—Dínoslo.

—Esta mañana Fannia vino de visita y *domina* Aelia salió a saludarla cuando se estaba apeando de su litera. Un niño corrió hacia ellas diciendo que tenía un mensaje para *dominus* Apicio. Fannia lo cogió (sabéis cuán entrometida es), lo leyó y descubrió que era una nota acerca de cierta cantidad de silfio que vendía un hombre al pie de la Colina Celia, cerca de la escuela de cocina. A Fannia se le ocurrió sorprender a *dominus* y le dijo a Aelia que sería un regalo que lograría que él la amara aún más. Me pidió que las acompañara. —Se sorbió los mocos y se restregó la nariz con la mano—. Cuando llegamos a la casa, un hombre abrió la puerta y las hizo pasar. Dijo que tenía sacos llenos de silfio. Yo iba a seguir las al interior, pero Aelia me dijo que volviera al mercado y comprara unos jarros bonitos para guardar el silfio.

Sotas siguió acariciándole la mano.

—¿Parecía peligroso?

—No... parecía simpático. —Titubeó y volvió a sorberse los mocos—. Recuerdo que pensé que iba demasiado bien vestido para vivir donde vivía.

—¿Qué pasó después?

Se le atragantaron las palabras y bebió otro sorbo de vino antes de continuar.

—Compré los jarros y regresé a la casa del hombre. Y cuando llegué... ¡Ay, Hera! El hombre estaba cerrando la puerta con llave y después echó a correr. Entonces olí el humo.

Mientras ella hablaba reparé en que olía el humo a lo lejos. Apicio ocultó el rostro contra mi hombro.

—Dioses, las encerró...

—Sigue hablando, Passia —pidió Sotas, tan paciente como siempre.

—Le grité, pero él escapó. Traté de abrir la puerta pero no pude. Oía los gritos de ellas, el humo surgía por debajo de la puerta. Corrí al lateral de la casa para ver si podía entrar por una ventana, pero todas estaban tapiadas. —Volvió a sollozar—. ¡No podía alcanzarlas! ¡Ay, dioses! Las llamas eran enormes. ¡No dejé de gritar pero nadie me ayudó!

—¿No había *vigiles*?

—No llegaron hasta que todo el edificio y el adyacente eran pasto de las llamas. No podían hacer nada. ¡Nada! ¡Ay, Hera, no disponían del agua suficiente para apagar nada! Incluso cuando usaron unos ganchos para derribar la puerta solo lograron extender el incendio. ¡Ay, dioses, Aelia! ¡Fannia! Han muerto... —susurró, hundió la cabeza en las manos y los sollozos agitaron su cuerpo.

Agradecí a los dioses la presencia de Sotas ese día. Conservaba la calma en medio de la tempestad. Envié guardias de inmediato para determinar quién era el propietario de la casa y descubrir quién era el mensajero que había

entregado aquel mensaje. Pero yo lo sabía: solo podía haber sido obra de Livia.

Entonces vi a Glycon entre la multitud de esclavos de pie al borde del atrio. La cólera me invadió y el ardor de mi ira me enrojeció la cara.

—¡Tú! —grité y lo señalé. Apicio alzó la vista para ver a quién señalaba. Todas las miradas se volvieron hacia el anciano—. ¡Sí, tú! ¡Esto es culpa tuya!

Glycon me miró, boquiabierto y desconcertado, y retrocedió un paso.

—¿Qué pasa? ¡No te comprendo!

—¡Tú le dijiste a Aelia que su matrimonio había llegado a su fin! ¡Tú la enviaste a la muerte!

—¿Qué quieres decir? —graznó Apicio con los ojos enrojecidos.

—Sí, ¿qué quieres decir? —repitió Glycon con voz trémula.

Passia se levantó de la silla, se lanzó hacia el astrólogo y le clavó el índice en el pecho.

—Aelia fue a comprar silfio para complacer a Apicio porque creía que su matrimonio tocaba a su fin. —Las lágrimas dejaban surcos en su rostro tiznado—. ¡Tú le dijiste que su matrimonio estaba muerto! ¡Esto es culpa tuya! ¡Eres tú quien debiera haber perecido en el incendio!

Las puertas delanteras se abrieron de golpe y entró un guardia, envuelto en un penetrante y ominoso olor a humo.

—¡La Colina Celia, amo Apicio! Gran parte se está quemando. Están enviando *vigiles* de todas las colinas para controlarlo.

Sotas le dio las gracias y regresó a su puesto. Cuando volví a dirigir la mirada a Glycon, este había desaparecido.

Apicio también lo notó.

—Sotas, envía guardias en busca del astrólogo. Si todavía está en la casa, tienen permiso de matarlo.

Y se desplomó en el diván.

Apicio nos ordenó ir a la Colina Celia. No fuimos en la litera ya que, debido al incendio, resultaría difícil y peligroso abrirse paso entre la multitud. En vez de eso, flanqueados por varios guardias, Apicio, Sotas, Passia y yo caminamos, los rostros anegados en lágrimas. No logramos acercarnos a la casa donde Passia dijo que aconteció la tragedia; nos detuvimos a una manzana de nuestra escuela y vimos que también ardía, las llamas lamían la planta superior. Observé presa del horror. Di gracias a los dioses por mi costumbre de llevarme a casa las notas del libro de cocina y mis cuchillos todas las noches.

Me embargaban sentimientos encontrados; hacía tiempo que me había cansado de enseñar, pero ¡ay, la escuela había supuesto cambios tan grandes en mi vida...! Una parte de mí murió al ver que el techo se derrumbaba y media escuela era pasto de las llamas. Más adelante sacrificaría una cerda blanca a Júpiter por perdonar la vida de los veinte esclavos que vivían allí.

Unos *vigiles* cubiertos de hollín impidieron que remontáramos la colina; Sotas trató de conducirnos de regreso a casa, pero Apicio no dejaba de repetir:

—Por favor, llevadme hasta un lugar desde el que pueda ver.

Lo condujimos hasta unos salientes del Palatino que ofrecían buenas vistas a la Colina Celia, casi invisible por la oscuridad y la densa humareda. Apicio cayó de rodillas, apoyó los brazos en un murete de piedra y lloró. Sotas, Passia y yo lo rodeamos y abrazamos. El dolor que reverberaba en mi pecho resonaba en esos brazos y miembros, en las lágrimas que derramábamos y en las cenizas que nos cubrían los cabellos.

El incendio tardó dos días en apagarse y destruyó la parte inferior de la



Colina Celia. De la escuela solo quedaron escombros. El jefe de la guardia de Apicio logró recuperar unas cenizas de la tienda donde murieron Fannia y Aelia, y las trajo en pequeños tarros de terracota envueltos en paños negros. Dudé que fuesen otra cosa que restos de escombros, pero no dije nada. Los tarros parecieron consolar a Apicio, aunque tuvimos que arrancárselos de las manos tras otro prolongado ataque de llanto.

Unas horas después de recuperar las cenizas di un paseo con Sotas hasta el extremo del jardín, donde nadie podía oírnos.

—Los *vigiles* han informado que la tienda pertenecía a un liberto de Livia —dijo en tono grave.

—¡Lo sabía! —exclamé alzando las manos al cielo—. ¡Apolo! Dirige tus flechas al pecho de esa mujer y hazla pagar por todas las lágrimas que hemos derramado.

—Homero —dijo Sotas, reconociendo la cita—. Es apropiado.

Yo quería llorar de frustración.

—No podemos contarle esto a nadie, ¿verdad?

—Así es. —Sotas negó con la cabeza—. Incluso los *vigiles* me dijeron que no presentarían un informe. No podemos acusar a la madre del César.

—Pero ha matado a docenas de personas.

—Lo sé. Pero si montamos un escándalo solo provocaremos más muertes. Quizá las nuestras —dijo, y me apoyó una mano en el hombro para tranquilizarme.

Le pegué un puntapié a la cerca.

—Durante el primer banquete que organizamos para el César, Livia le dijo a Fannia que su tiempo se agotaba. Y que ella y Apicio la habían insultado por última vez.

—Fannia siempre corría riesgos con su prima. Y cuando se negó a venderte y más adelante te liberó, Apicio hizo algo inaceptable —dijo Sotas.

Pensé en todas las maneras en que podía envenenar a aquella bruja: en la sopa, en el vino, en una delicada salsa vertida sobre el pescado. ¡Malditos fueran todos sus catadores!

—Sé lo que estás pensando —me advirtió él—. La venganza no es una solución. Has de pensar en tu mujer y tu hijo. Deja el destino de Livia en manos de los dioses y no se lo digas a Apicio; cometería una estupidez que tal vez suponga la muerte de todos nosotros. Y tampoco a Apicata: solo aumentarías su congoja.

No pude replicar, Sotas tenía razón. Ya no pude contenerme y rompí a llorar. El hombretón me abrazó y consoló como un hermano.

El funeral fue breve. Como no había cuerpos, tampoco podíamos confeccionar máscaras de cera ni celebrar un elaborado funeral acorde a la posición social de Fannia y Aelia. No habría una procesión que transportara los cadáveres hasta el Foro Romano, no habría un elogio. El padre de Aelia acababa de ser nombrado nuevo gobernador de Panonia y tal vez tardaría semanas en enterarse de su muerte.

Claudio Pulcro, el esposo de Fannia, envió un mensaje lamentando su incapacidad para asistir al funeral y tampoco tenía intención de enterrarla en la tumba de la familia. Así pues, celebramos una reunión en casa, tanto para Aelia como para Fannia, con un reducido grupo de parientes que, por desgracia, incluían a Sejano y Livia.

—No sé si soportaré verla —le dije a Passia y Sotas antes del inicio de la ceremonia y la llegada de los invitados—, y aún menos mantener la boca cerrada o las manos quietas. Quiero matarla ahí mismo.

Sotas me lanzó una mirada severa.

—Es sencillo.

Passia y yo soltamos una exclamación. ¿Sencillo? Sotas se explicó.

—Sí, es muy sencillo. No le dirás nada. Inclinarás la cabeza o le besarás la mejilla si te la ofrece, pero con cada toque, con cada mirada, con cualquier palabra, solo pensarás en una cosa.

—¿Y cuál es?

Sotas señaló a Junio, a quien podíamos ver más allá, en la cocina, jugando con un esclavo.

—En que tu hijo necesita que formes parte de su vida. En que necesita que seas fuerte, estés sano y seas aún más importante, que no estés en una mazmorra o, todavía peor, muerto.

Mi amigo Sotas; siempre era el hombre sabio.

—Aelia te hubiera dicho lo mismo.

Tenía razón. Ella hubiera dicho lo mismo.

No fue una gran ceremonia, solo estaban presentes las plañideras contratadas, entonando cánticos, y el sacerdote de Hera, que pronunció unas palabras ante las urnas apoyadas en una mesa en el atrio. No miré a los invitados, no soportaba ver las caras de nuestros enemigos regocijándose de nuestra desgracia. Clavé la vista en el suelo, de vez en cuando en el oscuro velo de Apicata o en Apicio, que permanecía impasible y con los ojos secos. Contemplaba a los presentes y, cuando dirigí la mirada en la misma dirección que la suya, vi que la clavaba en Sejano, el cual bajaba la cabeza. Entonces recordé lo que Sotas me había dicho acerca de la primera vez que Apicio vio a Sejano tras su fatídica aventura, junto al ataúd de la madre de Aelia. Imaginé lo que pasaba por la cabeza de Apicio.

Por suerte, Livia no se quedó mucho tiempo. Se mostró cortés y reservada, dio el pésame y se marchó en cuanto la ceremonia hubo acabado. Dudo que

hubiese lugar para la emoción en su oscuro corazón. Sejano se marchó con Livia para atender al César.

Una vez que los demás invitados se marcharon, Apicio, Apicata, Sotas, Passia, Helena y yo nos dirigimos a la tumba de la familia Gavo. Recorrimos la ciudad formando un grupo adusto, vestido de negro y solo seguido por nuestros guardias como precaución ya que estaba oscureciendo. Apicio sostenía la urna de Fannia, y Apicata, la de su madre. Dos guardias arrastraban un carro cargado con las pesadas lápidas de la *laudatio*, inscritas con las historias de sus respectivas vidas. Helena, Passia y yo llevábamos vino, incienso y frutas para la inhumación. Al ver nuestros atuendos fúnebres, los ciudadanos se apresuraban a apartarse y dejarnos paso. No querían contagiarse de nuestra mala suerte.

La tumba de los Gavo se encontraba cerca de las puertas de la Via Appia, un lugar típico de las adineradas familias patricias. Era un enorme sepulcro ornado de estatuas de los dioses y tallas de los actos de la familia Gavo. Apicio abrió la cerradura del sepulcro y ordenó a los guardias que empujaran la pesada puerta de piedra. Permanecimos en el exterior mientras Apicio y Apicata entraban en la tumba para depositar nuestras ofrendas en los oscuros estantes con los demás ancestros. Sotas y Helena los siguieron con los objetos del sacrificio y regresaron inmediatamente después. Yo solo veía la luz titilante de las velas reflejada en las paredes de la entrada, pero podía oler el incienso y oír sus llantos en el interior. Abracé a Passia y ella sollozó sobre mi hombro.

Mucho después, cuando ambos emergieron, los guardias nos ayudaron a cerrar el sepulcro y la puerta con llave. Cogieron sus palas y colocaron las *laudatio*. La lápida de Fannia era sencilla, apropiada para una mujer que no pertenecía a nuestra familia, pero que recibió el honor de un entierro. Noté que Apicio no había incluido el nombre de Pulcro.

—¿Leerás las lápidas para nosotros, Tracio? Sé que debería hacerlo yo, pero... no puedo —dijo con voz trémula.

Inspiré profundamente y comencé por la de Fannia.

—«A los espíritus de los difuntos, Fannia Drusilla, de setenta y cuatro años de edad, tú que has muerto a manos de otro. El destino solo ha legado aflicción por tu partida a tus amigos. Fuiste una amiga querida de la familia Gavo y de otras, Fannia, y una confidente y matrona de estatus elevado, amada por todos. Que los *dimanes* te concedan descanso y protección.»

Apicio soltó un sonido gutural, cayó de rodillas y se cubrió la cabeza con las manos.

—Por favor, Fannia, perdóname... ¡Te traté muy mal estos últimos años, querida Fannia! ¡Ay, dioses, por favor, tratadla con bondad, ay, por favor! —Entonces me tocó el brazo—. Leeré la de Aelia. ¡Ceres! ¿Me has oído? ¡Ten piedad!

A continuación leyó, ahogado por el llanto.

—«Nos encontramos por primera vez en Minturno. Eras tímida y bella e hiciste que mi corazón trinara como un ave. Dijiste que mis palabras eran como la miel: dulces y nutritivas. El día que nos casamos fue uno de los mejores de mi vida. Cuando te llevé en brazos a través del umbral me dijiste que siempre me amarías y que siempre me serías leal. Y lo fuiste.»

Hizo una pausa, las lágrimas le impedían continuar. Luego prosiguió en tono vacilante.

—«Fuiste una auténtica matrona romana, Aelia. Cuidaste de mi hogar, me diste consejos y me atendiste cuando estaba enfermo. Me diste hijos, pero el destino nos los quitó. Me diste una hija, Apicata, que aprendió de ti y ahora es fuerte y obediente, tal como tú en la vida. Fuiste una buena esposa hasta el final, muriendo entre las llamas en busca de algo que creíste que me complacería. Yo debería de haber sido el primero en irme a la tumba, no tú,

que nos eclipsabas a todos. La tristeza acaba con mi autocontrol y la aflicción me abruma. Dos emociones me atormentan: la pena y el temor... y no las enfrento con entereza. Me espera un largo duelo. Siempre rondarás mis pensamientos, Aelia mía. Ruego que los *dimanes* te concedan descanso y protección.»

»¡Aelia! ¡Ay, Aelia! Perdóname, perdóname.

El lamento de Apicio se elevó al cielo.

Apicata abrazó a su padre y sollozó.

Esa semana no era la primera vez que deseé abrir los ojos y descubrir que todo era un sueño.

Sotas disponía de medios suficientes para contratar la litera que nos esperaba para trasladarnos a la villa. Todos montamos y cerramos las cortinas, incapaces de hablar. Los que no lloraban, tenían la vista perdida, agotados tras los acontecimientos de los últimos días. Dejamos a Apicata ante las puertas de su hogar.

Cuando llegamos a la villa, Apicio nos detuvo antes de entrar en la casa.

—Helena, Passia, esperad —dijo y se acercó a ellas; cogió las manos de la primera—. Aelia os dijo hace muchos años que, si queríais, podríais marcharos. Pero os quedasteis y demostrasteis vuestra lealtad a vuestra *domina*. Os lo agradezco. Quiero daros la villa de Bayas si lo deseáis, y todos los esclavos. Aelia me dijo cuánto echabais de menos ese lugar. Ella siempre os cuidó y sé que querría que fuese vuestra.

Helena entreabrió los labios y derramó unas lágrimas.

—No puedo agradeceréte lo suficiente.

Entonces él se volvió hacia Passia y también le cogió las manos.

—Debería haber escuchado a Aelia, debería haberte liberado hace tiempo,

en todas las ocasiones en que tú y Tracio vinisteis a verme con vuestro peculio duramente ganado. Tenía demasiado miedo. Pero hoy os doy la libertad a ti y a tu hijo, e iremos al lictor para confirmarlo. Has sido una querida amiga para Aelia y Apicata, y no puedo expresar cuánto te agradezco tu lealtad para con ellas. Espero que tú y Tracio os caséis y permanezcáis conmigo. Puedo daros dinero o villas, pero espero que consideréis... — Titubeó y me miró—. Quiero que me permitáis adoptar a Junio. Solo en nombre, desde luego. Yo jamás podría ser el padre que tú eres para él.

Me quedé boquiabierto. Su ofrecimiento era colosal. No era raro que los patricios sin herederos adoptaran, puesto que el único que podía heredar el nombre de la familia era un heredero directo varón. Significaría que mi hijo sería el heredero de Apicio, que todo el mundo patricio se abriría ante él. ¡Incluso podría presentarse como candidato al Senado si lo deseara! Passia me miró y ambos asentimos con la cabeza.

—Bien. La semana que viene redactaremos los contratos.

Besó a Passia y Helena en la mejilla, y me dio un fuerte abrazo. Cuando se apartó, me dejó el cuello húmedo.

Passia y yo no nos casamos inmediatamente. No soportábamos la idea de unir nuestros corazones en matrimonio cuando estaban tan rotos por la tragedia. Apicio cumplió con su palabra y liberó a Passia. Cuando Helena emprendió el viaje a Bayas, nosotros dos y todos los esclavos de la casa acudimos para despedirnos de ella, pero Apicio permaneció en el interior, encerrado en su aposento, incapaz de contemplar a la mujer que había estado tan próxima a su esposa.

Nos casamos por fin meses después. Fue una ceremonia muy sencilla, solo estaban presentes Passia, Sotas, Junio y yo ante el hogar familiar. Ese día supuso un momento luminoso en lo que había sido un año nublado. Cuando cogí las manos de Passia y nos declaramos nuestro amor, fue como si todos los dioses me sonrieran. Habían transcurrido casi veintiséis años desde que nos conocimos.

No le pedí a Apicio que asistiera a la ceremonia; estaba demasiado apesadumbrado como para contemplar nuestra dicha. Aunque jamás lo mencionamos, sé que después notó el anillo de oro en el dedo de Passia.

El carácter de Apicio se volvió cada vez más inestable. Fluctuaba entre ataques de profunda tristeza y de cólera, a veces solo separados por unos minutos. A veces pasaban semanas y yo creía que comenzaba a olvidar sus recuerdos, y entonces algo o alguien le recordaba su pérdida y todo volvía a comenzar.



Casi siempre lograba poner buena cara ante sus clientes y ante quienes asistían a los banquetes del César y de Sejano, pero yo sabía que en su interior estaba destrozado: solía regresar a casa y montar en cólera con los esclavos, o se encerraba en su alcoba y bebía hasta perder el sentido. Cada día resultaba difícil adivinar de qué humor estaría.

He reflexionado con frecuencia acerca de por qué no me marché, una vez obtenido lo que más ansiaba: mi amada. Se trataba de algo más que el hecho de que Junio se hubiese convertido en su heredero; es que cada vez que veía a Apicio se me rompía el corazón. Yo tenía a mi esposa y mi hijo, pero sus únicos amigos éramos Sotas y yo, los únicos que siempre lo apoyábamos, al principio por obligación y después... después por elección. Se había convertido en mi amigo, de ese modo extraño y forzado en que uno puede llamar amigo a otro.

Un año después del incendio, Tiberio le preguntó a Apicio por qué se consideraba exento de cumplir con las leyes del matrimonio. Apicio se vio obligado a obedecer, pero solo lo hizo sometido a una gran presión y fui yo quien se llevó lo peor de su ira.

—¡No la quiero aquí! ¡Empaca sus cosas y llévala a mi villa de Cumas! ¡Quítala de mi vista!

Apicio arrojó su copa de vino a través de la biblioteca, haciéndola añicos contra el fresco recién pintado en la pared. Me apresuré a secar la mancha antes de que estropeará el caro mural.

—¡Deja que se corra la pintura! —bramó—. ¡Le dije a ese cabrón que era horrendo!

Hice caso omiso y seguí enjugando el líquido. El pintor había regresado tres veces en el último mes para arreglar partes del fresco que Apicio

consideraba insatisfactorias. Era una pequeña escena de la época en que él y Aelia vivían en Minturno; en el centro del fresco aparecían dos personas paseando por la playa a los pies de una amplia villa posada en un risco. Había mantenido interminables discusiones con Apicio, instándolo a no encargarse del fresco, pero él insistió.

—¿Va todo bien? —preguntó Sotas, asomándose a la puerta.

—¿Te he mandado llamar? —chilló Apicio, y sus mofletes temblaron.

Sotas retrocedió y cerró la puerta.

Intenté razonar con él.

—Verás, Apicio, arrojar cosas no cambia la situación.

Él le pegó una patada al escritorio y varios pergaminos cayeron al suelo.

—¡Maldito sea el divino Augusto y sus ridículas leyes!

—De acuerdo —dije—, pero la alternativa es peor. La ley dice que debes tomar una esposa y tú no puedes desobedecer; si desobedeces, otros hombres querrán permanecer solteros y Sejano no lo consentirá. No querrás que te agobie aún más, ¿verdad?

—¡Que lo intente! —gritó, desplomándose en una silla cerca de la ventana.

—Ni siquiera has hablado con la mujer, excepto por las escasas palabras que intercambiasteis durante la ceremonia. Puede que sea la persona ideal para encargarse de tu hogar, de que todo funcione correctamente.

—¡Para eso te tengo a ti, Tracio! —dijo, agitando un dedo bajo mis narices.

—Una esposa te confiere cierto estatus que yo no puedo brindarte.

—¡Mi esposa está muerta! —exclamó de pronto y derribó la silla, furioso.

Meneé la cabeza y abandoné la habitación.

—Creo que tiene razón, será mejor enviarla a Cumas. Dudo que cambie de idea —dijo Sotas.

Oí a Apicio soltar maldiciones.

—Yo también lo creo. Me parece que le haríamos un favor a ella.

Solté una risita melancólica y me dirigí a los aposentos de los invitados, donde supuse que Flora, la nueva esposa de Apicio, deambulaba de un lado a otro preguntándose si algún día su esposo se dignaría intercambiar una palabra con ella. Acababa de cumplir los diecisiete y era bella como una fresca rosa de junio. La había escogido para Apicio debido al estatus de su padre y porque confié en que su belleza bastaría para arrancarlo de su deprimente estado de ánimo.

—Me detesta —dijo ella cuando entré en la habitación. No era una pregunta.

—No; detesta la idea de estar casado con cualquier mujer que no sea su difunta esposa.

Me senté en el diván cerca de la ventana y pedí a un esclavo que nos sirviera vino. Ella tomó asiento frente a mí en el borde de la silla; parecía dispuesta a escapar en cualquier momento.

—Dime, ¿estaba muy enamorado de ella?

Recordé todas las veces en que Apicio había desatendido y maltratado a Aelia, luego recordé todos los regalos que le compraba en los puertos que visitábamos y que cada vez que regresaba de un viaje corría en busca de ella apenas pisaba la villa.

—Sí, lo estaba. Y cuando ella falleció, se dio cuenta de cuán enamorado estaba.

Ella asintió y la incertidumbre ensombreció la mirada de sus ojos verdes.

—¿Qué sucederá ahora?

Bebí un sorbo de vino.

—Quiere que te envíe a su villa de Cumas.

—¿Quiere exiliarme? —preguntó Flora, meneando la cabeza.

—No, no pienses eso. Dispondrás de todos los lujos imaginables. Recibirás

un estipendio mensual y, si eres sagaz, podrás obtener aún más dinero a través de la flota de pesqueros y de las granjas de la campiña. Enviaré a un secretario contigo para que te aconseje en dichos asuntos. Es probable que jamás vuelvas a ver a Apicio.

Ella cogió la copa de vino y bebió más de lo que consideré adecuado para una joven, pero no dije nada; no podía culparla.

—Así que permaneceré sola toda la vida.

—Solo si optas por hacerlo.

Ella ladeó la cabeza y me lanzó una mirada perpleja.

—Sé discreta. Si te quedas embarazada, aborta. Apicio no se preocupa por aquello de lo que no se entera.

Ella suspiró, aliviada.

—Hay cosas más urgentes de las que preocuparnos —dijo Rúan unos días después de la partida de Flora—. Ella no hubiese sido feliz con Apicio.

Aunque era verdad que Apicio nunca volvió a ver a Flora, yo la vi de vez en cuando en los años siguientes, cuando ella acudía a Roma para visitar a su familia y también ocasionalmente cuando necesitaba algo. En general, administraba la casa de Cumas con éxito y no manchaba la reputación de Apicio, tal como yo había esperado. A través de algunos miembros del personal de la villa de Cumas en quienes confiaba supe que tenía amantes, pero nunca permitió que ello comprometiera su posición.

En cuanto a la ley que exigía que Apicio estuviera casado, estoy seguro de que, si Augusto hubiera seguido con vida, no habría consentido que enviara lejos a Flora: era un fraude de ley a una norma que buscaba detener el descenso de la población romana. Afortunadamente, había otros asuntos que

preocupaban a Sejano. A condición de que Apicio cumpliera con el requisito matrimonial formalmente, no parecía darle importancia al resto, por suerte.

A lo largo de los meses siguientes resultó evidente que Sejano tenía grandes planes. Su poder aumentaba, y a menudo, cuando alguien pronunciaba su nombre, la palabra siguiente era «tirano». Empezó a decretar leyes en nombre del César que resultaban muy ventajosas para él.

Estábamos en la cocina de la villa imperial preparando un banquete del que Sejano sería el anfitrión esa noche. Era probable que Tiberio no asistiera; ya no veíamos al César casi nunca, no desde que Germánico, su hijo adoptivo, murió seis años atrás, envenenado por un antiguo gobernador de Siria. Toda Roma lo lloró, pero nadie tanto como su padre, que se retiró a una villa de Campania sumido en la pena. Evitaba pisar Roma y solo aparecía para las ceremonias estatales más importantes.

Rúan me tendió el cuenco de sardinas que le pedí.

—Olvidé decirte que ayer vino Apicata preguntando por ti. Dijo que espera verte pronto.

Lamenté no haberla visto. Sejano no le permitía salir de casa a menudo, pero de vez en cuando Livia la invitaba a la villa imperial y Apicata pasaba por la cocina a hurtadillas con la esperanza de verme.

Vertí aceite sobre los pequeños pescados.

—¿La acompañaban los niños? —Su prole crecía con rapidez, Estrabón ya tenía nueve años, Capito siete y Junila cuatro.

—No —dijo Rúan, negando con la cabeza—, pero dijo que Tiberio la sometió a un largo interrogatorio.

Eso me llamó la atención y dejé la frasca de aceite en la mesa.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué la interrogaría Tiberio?

—Le preguntó por el viejo astrólogo de Apicio.

—¿Glycon?

—Sí. Le hizo preguntas sobre Glycon y sus predicciones correctas. Apicata dijo que insistió en saber con cuánta precisión interpretaba las estrellas.

Esparcí un puñado de hierbas sobre las sardinas.

—Qué extraño. Me pregunto para qué quería saberlo.

Rúan se encogió de hombros y arrojó a una olla el resto de las chirivías que había picado.

—Apicata dijo que ella tampoco lo sabía.

Glycon nos había brindado varias predicciones veraces. Había predicho el nacimiento de mi hijo, el nombramiento de Apicio como consejero del César y, todavía peor, la muerte de Aelia. Procuré no pensar en lo que había dicho, algo que aún no se había cumplido: que las estrellas de los hijos de Apicata no aparecían en los años posteriores de su vida.

Resultó que las predicciones que no podía comprender también ponían nervioso a Tiberio. Al día siguiente promulgó un edicto prohibiendo ritos extranjeros de cualquier tipo, incluso los de los cultos egipcios y también los de los judíos. Todos los adeptos de lo que él denominaba «supersticiones» debían quemar sus atuendos y objetos religiosos, so pena de ser expulsados de la ciudad o vendidos como esclavos.

Apicio y yo nos enteramos del edicto en los baños, rodeados del cotilleo de patricios y senadores. Tycho y Sotas ya nos habían atendido y sus manos expertas masajearon nuestro cansado cuello y espalda.

Trio también se había unido a nosotros.

—No sé cómo piensa hacerlo cumplir. —Un joven esclavo le frotaba la espalda, golpeando y pellizcando la piel—. ¿Piensa incluir el culto de Isis?

—No, no —respondió un anciano senador—. Ahora el culto de Isis es romano, no egipcio. Muy distinto de los cultos de Horus y Bast. Esos son dioses horrendos.

—¿Y qué pasa con todos los judíos del ejército? Incluso tiene unos cuantos capitanes judíos, por Júpiter. Es imposible que quiera reducir el tamaño de su ejército más de lo necesario, no antes de derrotar a los bárbaros del norte —dijo Apicio.

—¡Planea enviarlos a Germania! —dijo el anciano senador, riendo—. O a otras regiones menos deseables, si es que tal cosa existe. ¿Por qué los judíos habrían de estar acuartelados en las mejores tierras?

—Lo que no comprendo es por qué expulsó a los astrólogos —dijo otro hombre, oculto por el vapor.

—Ah, eso es interesante —murmuré.

De pronto comprendí por qué Tiberio había interrogado a Apicata sobre Glycon. La idea de que Glycon se viese obligado a huir de Roma me llenó de una amarga alegría y noté que Sotas, que había estado masajeando la espalda de Apicio, también se detuvo al oír esas palabras. Apicio le indicó que continuara.

El anciano senador volvía a tener la respuesta.

—A todos menos a su sombra, Tracilo. Confía en él. A quienes teme es a los demás astrólogos. ¿Y si uno de ellos predijera su muerte? ¿O una rebelión en Roma? ¿Y ello se cumpliera? Irónico, ¿verdad?

—¿Por qué es irónico? —preguntó Apicio.

—Prohíbe otras religiones por sus supersticiones y, sin embargo, él es el más supersticioso de todos.

—No obstante, algunos astrólogos son tremendamente precisos y comprendo por qué Tiberio les teme —observó Trio—. Quiero decir, mira

cuán preciso fue tu astrólogo, Apicio. ¿Cuántas cosas que te dijo se cumplieron?

Apicio guardó silencio un momento y se levantó abruptamente, empujando a Sotas hacia atrás y sobresaltando a los presentes.

—¿Y tú qué sabes? —espetó y su voz reverberó en los amplios baños y alcanzó los oídos de cientos de bañistas—. ¡No sabes nada! ¡Nada en absoluto! Lo único que conoces son los juegos del César y lo único que sabes hacer es atiborrarte de comida reclinado en los divanes de tus amigos. No sabes nada de mí ni de mi vida.

Todos lo observamos boquiabiertos cuando abandonó los baños, desnudo y con el pene arrugado bajo su gran panza. Sotas logró recuperar el equilibrio y fue en pos de su amo, pero resbaló en las baldosas mojadas, se golpeó la cabeza y quedó inconsciente. Maldije en voz baja. Aún oía los gritos de Apicio.

—¡Nada! ¡No sabes nada!

Me apresuré a acercarme a Sotas.

—¡Tycho, recoge nuestras ropas, date prisa!

Trio acudió para ayudarme y levantó la cabeza del fornido esclavo para comprobar si se había fracturado el cráneo. Solté un suspiro de alivio al ver que no sangraba.

—¿De qué iba eso? —me preguntó Trio, y su voz no expresaba enfado, solo inquietud.

—Glycon predijo la muerte de Aelia.

Trio tomó aire.

—No lo sabía. Estaba recordando que predijo la llegada de tu hijo.

—¿Has visto a Apicio? —pregunté cuando Tycho regresó con nuestras ropas.

—No, pero la gente hablaba de un hombre desnudo abandonando los



baños.

—Por favor, Tycho, ayuda a Sotas y asegúrate de que vea a un médico. Iré en busca de Apicio.

—Sí, amo.

—No, tú ve con Tracio —le dijo Trio a Tycho—. Yo llevaré a Sotas a la villa en mi litera —añadió y nos indicó que nos marcháramos.

Salí de los baños sin molestarme en calzarme las sandalias. Tycho me siguió y agradecí la amabilidad de Trio tras el terrible arrebató de Apicio.

Decidí emprender el camino a casa, confiando en que Apicio podría haberse dirigido allí. No tuvimos que avanzar demasiado antes de oír las burlas de la multitud y, cuando alcanzamos el alboroto, mis peores temores se cumplieron.

Apicio se abría paso a través de la muchedumbre, atontado y con el cuerpo aún sonrosado tras el baño y el efecto del estrígilo, pero no estaba limpio, sino cubierto del polvo de las calles y de los trozos de verduras que le arrojaban. Una hoja de lechuga se había adherido a la parte posterior de su cabeza. Los niños le arrojaban puñados de guijarros y paja, riendo y girando en torno a él. Las mujeres hacían la señal contra el mal de ojo y apartaban la cabeza y los hombres le gritaban obscenidades.

Nada parecía afectarlo, al menos exteriormente. Corrí hacia él y Tycho me ayudó a apartar a la gente. Había traído un par de toallas y envolví a mi antiguo amo en ellas, procurando protegerlo de las verduras que le llovían. Él no parecía consciente de mi presencia.

—¡Es el viejo Apicio! —gritó el dueño de una taberna, y agitó una pata de pollo por encima de las cabezas de los clientes sentados en los taburetes de su mostrador al borde de la calle.

Entonces se elevó un nuevo cántico.

—¡Cerdo, tragón y glotón! ¡Cerdo, tragón y glotón!

—¡Hemos de sacarlo de aquí! —exclamé, y traté de conducir a Apicio fuera de la enloquecida multitud, pero sus movimientos eran lentos y se negaba a avanzar.

—Aelia...

Oí que susurraba su nombre cuando una andanada de higos me golpeó la espalda y el sonido de un cuerno superó el griterío de la multitud. Me puse nervioso, pensando que podía tratarse de un guardia del César, y me volví.

La litera de Trio y un puñado de sus guardias armados se abrieron paso a través de las personas que nos rodeaban. Burlarse de un hombre desnudo era una cosa, pero enfrentarse a la ira de un patricio era otra muy diferente. Aunque los cánticos continuaron, dejaron de arrojar verduras y la multitud se apartó para dejar paso a la litera.

—Vamos, montad —nos urgió Trio, abriendo las cortinas.

Sus esclavos me ayudaron a cargar a Apicio en la litera hasta que quedó sentado junto a Sotas, que iba tendido en los cojines. Se limitó a clavar la mirada más allá.

—Gracias, Trio —dije cuando la litera volvió a avanzar y recuperé el aliento.

—No me lo agradezcas. Solo puedo esperar que si caigo presa de semejante infortunio alguien como tú cuide de mí. Era lo mínimo que podía hacer.

Sotas despertó poco después.

—¿*Dominus* Apicio? —preguntó, incluso antes de abrir los ojos. Su lealtad me asombró. Cuando se incorporó, le explicamos lo ocurrido y él se sentó junto a su amo—. ¿*Dominus*? Estoy aquí si me necesitas.

Apicio no dijo nada y durante todo el trayecto a casa siguió con la mirada perdida, al parecer inconsciente de su entorno.

Trio se quedó con nosotros hasta que llegó el médico; después se marchó,

prometiéndome que pasaría al día siguiente. El médico dijo que se trataba de un caso de melancolía aguda, nos aconsejó que le administráramos opio y lo alimentáramos con una dieta estricta de setas y puerros, y nada de carne.

Apicio comía, pero no hablaba. Cuando le administrábamos opio parecía contento y de vez en cuando decía algo, pero casi siempre se limitaba a pronunciar el nombre de su esposa muerta.

—Han pasado casi dos años. ¿Por qué ahora? —le pregunté a Sotas la primera noche de su enfermedad.

—Lo han maldecido —contestó Sotas en tono pragmático.

—¿Quién?

—Tiene muchos enemigos.

Eso no se podía negar.

La enfermedad de Apicio hizo que rememorara la reacción de Apicata cuando le dijimos que no podía casarse con Casca. Recordé que quien había logrado atravesar su coraza fue Apicio y confié en que ahora su hija pudiera hacer lo mismo por él.

Apicata acudió en cuanto recibió la noticia.

—Yo lo ayudaré —dijo, una vez que los esclavos porteros le franquearon la entrada.

Pasó por mi lado y se dirigió a la alcoba de su padre, donde despidió a Sotas y los demás esclavos y cerró la puerta.

Permaneció con él durante una hora antes de salir. Sotas, Passia y yo aguardábamos en el atrio, casi en silencio. Sotas recorría el pasillo y nosotros observábamos, cogidos de las manos y esperando.

Apicio apareció con ella, vistiendo una sencilla túnica azul y un par de sus elegantes zapatos rojos.

—Mi padre tiene hambre —anunció Apicata, y se volvió hacia él—. ¿Qué te gustaría comer, padre?

—Cualquier cosa que no sea un plato de malditas setas. —Esbozó una ancha sonrisa—. Creo que tengo antojo de pollo, Tracio. ¿Qué te parece si esta noche preparas uno de tus pollos de Partia?

Me quedé pasmado, incapaz de dar crédito a la transformación operada en su mirada.

—Sí, claro —logré decir por fin—. Pollo. ¡Prepararé pollo!

—¡Bien! Creo que esta noche te ayudaré. Hace mucho que no piso la cocina.

Y se marchó por el pasillo. Sotas y Passia se apresuraron a seguirlo. Detuve a Apicata.

—¿Qué le has dicho?

Ella esbozó una sonrisa triste y nostálgica.

—Le mentí. Le dije que madre me había visitado en un sueño y que aún estaba con nosotros, cuidándolo y deseando que siguiera adelante.

La abracé. Luego fuimos a la cocina para ayudar a Apicio a preparar un plato de pollo de Partia.

# DÉCIMA PARTE

## 28 d.C. a 29 d.C.

### SALSA PARA SALMONETE A LA PARRILLA

Pimienta, levístico, ruda, miel, piñones, vinagre, vino, garo y un poco de aceite. Calentar y verter sobre el salmonete.

Libro 10.1.11, «El pescado»  
*Acerca de la cocina*, APICIO

—¡Apicio ha vuelto! ¡Apicio ha vuelto!

La voz de Junio, de catorce años, resonó por los pasillos de la villa. Miré a Passia, le cogí la mano y ambos seguimos a nuestro hijo hasta la puerta principal, donde ayudaban a Apicio a apearse de la litera.

Durante los dos últimos años había viajado a diversos templos de todo el imperio, rogando a los dioses que le llevaran hasta Aelia en un sueño, tal como se le había «aparecido» a su hija.

Ni Apicata ni yo teníamos el valor de decirle que ella le había mentado sobre ese sueño. De vez en cuando, un correo nos entregaba una carta donde nos hablaba de las ciudades que visitaba, y también nos envió muchas recetas, caras exquisiteces e ideas para ornar la mesa del César durante su ausencia, que yo llevé a cabo para gran deleite de los comensales reclinados en los divanes romanos del César.

Apicio estaba un poco más rollizo que antes de partir y su piel se veía muy bronceada, acentuando las arrugas en torno a ojos y boca.

A diferencia de su amo, Sotas se había vuelto todavía más musculoso, tal vez por el ejercicio adicional durante el viaje. Además, si había tenido que cargar con la litera de Apicio, eso lo habría fortalecido. Como Apicio, ya tenía cincuenta y tantos años, pero nadie lo hubiese dicho por su aspecto.

Apicio estaba de un humor jovial y contento de haber regresado. Su mirada volvía a ser brillante, un brillo que hacía años que no le veía. Nos abrazó a todos con una amplia sonrisa, pero reservó la más amplia para Junio.

—¡Por Júpiter! ¿Quién este apuesto joven? ¡No lo reconozco! —exclamó y

le guiñó un ojo a mi hijo, evidentemente complacido de verlo.

—Sí, he crecido un poco —dijo Junio, sonriendo.

—¿Un poco? ¡Es como si hubiera criado un estadista en mi propia casa! Pronto irás al Senado a votar o al Foro, para argumentar un caso. Ya puedo oírlos: «¡Junio Tracio Gavo Apicio, el gran orador, está dispuesto a presentar su versión de los hechos!»

Tanto Junio como yo nos sentimos muy orgullosos. Apicio le rodeó los hombros con el brazo y se dirigieron a la casa, al tiempo que le hacía toda suerte de preguntas sobre sus estudios.

—Prepara el triclinio para el banquete de esta noche, Tracio. Creo que me gustará ver a algunos viejos amigos.

—Me alegro de que vuelvas a ser el anfitrión de los banquetes. ¡Te echamos de menos y también a tu ingenio!

Trio alzó su copa para brindar por Apicio; era una tibia noche de mayo y cenábamos al aire libre en el jardín, bajo las estrellas de Roma.

—Has viajado hasta sitios remotos, Apicio. Debes de haber visto lugares asombrosos —dijo Celera.

—Así es —contestó él con una ancha sonrisa.

—¿Cuál fue tu predilecto?

—¡Difícil de decir! El templo de Hera en Paestum es magnífico, pero resulta difícil superar el hogar de Venus en Heliópolis.

Él me había hablado de su experiencia en Heliópolis, cuando durante un sueño la diosa le dijo que regresara a su hogar y «no malgastara lágrimas nuevas por viejas penas». Creo que su experiencia más bien se debía a una pipa de opio que a otra cosa; el primero en pronunciar esas palabras había

sido Eurípides cien años atrás. Sin embargo, fueron esas palabras las que lo devolvieron al hogar a él y a Sotas, y yo estaba agradecido por ello.

Apicio sonrió mientras cogía unas uvas de la bandeja depositada en la mesa.

—También me alegro de compartir esta mesa con vosotros. Ha pasado demasiado tiempo y Tracio se ha vuelto presumido —dijo, guiñándome un ojo.

—¡Ay, Apicio, ni siquiera hemos hablado de la gran noticia! ¡Debes de estar muy complacido!

—¿Complacido por qué?

—¡Por Junila, por supuesto! —exclamó Trio.

Apicio me miró, buscando una respuesta, pero solo pude encogerme de hombros. Hacía más de una semana que no hablaba con Apicata. Junila tenía siete años. ¿Cuál podía ser la noticia?

—Aún no he tenido oportunidad de verla. Nos avisó que esta noche no podría asistir, pero que nos veríamos pronto.

—Sejano logró convencer al pobre y aturullado Claudio de que comprometiera a su hijo con Junila.

La noticia me sorprendió. Claudio era el sobrino de Tiberio y no era apreciado. Era enfermizo y tenía un pie zopo que lo convertía en blanco de muchas chanzas romanas.

Trio le indicó a su esclavo que se acercara y se limpió los dedos engrasados en los largos cabellos del muchacho.

—Tráele una servilleta —ordené a Tycho, que aguardaba entre las sombras.

—No; para eso está Héctor —dijo Trio y despidió a su esclavo, que volvió a ocupar su puesto junto a la pared del triclinio.

—Debes de estar orgulloso —comentó Celera—. El hijo de Claudio podría



convertirse en César algún día.

—En efecto —dijo Apicio.

El muchacho, Claudio Druso, tenía trece años. Dado que ya había varios hombres de la nobleza imperial llamados Druso, a él lo llamaban por el apodo de Albo debido a la extrema palidez de su piel. Me sorprendió que Sejano estuviera tan ansioso por adquirir poder en Roma que buscara una oportunidad tan a largo plazo como la de casar a Junila con ese muchacho. ¿Qué estaba planeando? Por otra parte, si Albo se convertía en César siendo todavía muy joven, Sejano se volvería muy poderoso.

—Reconozco que la niña me da pena, pues se criará sabiendo que Claudio será su suegro —dijo Trio.

Yo estaba pensando lo mismo. Claudio, el sobrino de César, siempre parecía un tanto lerdo y deforme.

—He oído que pasa gran parte del tiempo encerrado en su biblioteca, escribiendo historias.

—Sí, cuando no se arrastra por el palacio haciendo el tonto ante el joven Calígula —añadió Celera—. Deja que ese muchacho lo atormente.

—¡Y su esposa! —Apicio se inclinó hacia delante con expresión cómplice—. ¡Parece un monstruo salido directamente de algún relato de Virgilio!

Apicio rio junto con los presentes, pero vislumbré la oscuridad en su mirada.

Por la mañana, Apicio le dijo a Sotas que me despertara temprano. No tuve que preguntarle el motivo.

—¿Por qué Apicata no nos contó la noticia en el mensaje que me envió? —preguntó Apicio una vez que nos instalamos en la litera.

Tycho y Sotas caminaban a nuestro lado más allá de las cortinas cerradas.

La noche anterior me había retirado temprano y me perdí cualquier diatriba anterior.

—Quizá fue Sejano quien envió en mensaje, rara vez la pierde de vista. Es ambicioso y nosotros no somos importantes. Casi nunca me dirige la palabra a menos que requiera mi presencia en una cena. También te ha mantenido alejado del César durante años.

—Apenas soy un perro para él —masculló Apicio.

Avanzamos en silencio hasta llegar a nuestro destino. Los esclavos porteros nos hicieron pasar al atrio, donde nos recibió Sejano. Llevaba una toga de una blancura cegadora, tan fresca y blanca que pude oler la creta que impregnaba las fibras a unos pasos de distancia.

—¿A qué debo el placer de vuestra visita?

Me pareció percibir desdén en su voz, pero su sonrisa no revelaba nada.

—Oímos noticias del compromiso —dijo Apicio en tono cordial—. Queríamos presentar nuestros respetos y traer un obsequio.

Le hizo un gesto a Sotas y este le tendió un saquito a Sejano, lleno de lo que supuse eran varias pesadas monedas destinadas a incrementar la dote de Junila.

—¡Muy amable de tu parte! La unión nos complace, por supuesto.

—Nos encantaría ver a Apicata —empecé, pero me detuve cuando Livia y Apicata aparecieron por la puerta situada en el otro extremo del atrio. Livia se apoyaba en uno de sus esclavos al caminar.

Me quedé helado, pero me obligué a relajarme: disimular lo que pensaba de Livia siempre suponía un esfuerzo.

—¡Padre! —Apicata atravesó la habitación, le rodeó el cuello y lo abrazó

—. ¡No sabía que regresabas a casa! ¡Cuánto me alegro de verte! —añadió y le besó la mejilla.

Tal como había supuesto, ella ni siquiera sabía que su padre había regresado.

—Hemos venido para darte la enhorabuena por Junila —dijo él en tono malhumorado.

Suspiré para mis adentros, deseando que fuera más capaz de ocultar sus sentimientos.

Mientras se desarrollaba esa pequeña escena Livia hablaba con uno de sus guardaespaldas, unas palabras que sonaban como «la muchacha o el muchacho, uno de los dos». Observé al guardia alejarse por el pasillo y desvié la mirada cuando Livia me miró.

—Envié un mensaje hace días —dijo Sejano—. No recibí respuesta.

Mentía. Lo supe porque fruncía la nariz al hablar, un truco que yo aprendí de Fannia, que las sombras la trataran bien.

—No vino ningún mensajero. —Apicio dirigió la atención a Livia—. Como siempre, es un placer verte, Livia.

Le lanzó una amplia sonrisa e inclinó la cabeza respetuosamente. Yo también incliné la mía, pero no sonreí. Apicio ignoraba el papel jugado por Livia en la muerte de su esposa, pero yo no, y nada podía obligarme a sonreírle a semejante arpía.

—Estoy segura de que te alegra que tu nieta se una en matrimonio con mi bisnieto. Al parecer, te convertirás en parte de mi familia.

Parecía tan complacida como un empleado de los baños sentado tras el mostrador, obligado a cobrar monedas durante todo el día.

—Espero que ambos sean compatibles —dijo Apicio en tono cortés.

—¿Vamos a ver a Albo y Junila? —sugirió Apicata para reducir la tensión—. Están en el jardín jugando al escondite con Estrabón y Capito.

—Me encantaría verlos —dije. Sabía que lo que más feliz la hacía era observar a sus hijos.

—Sí, vamos al jardín —dijo Sejano—. Dentro de unos momentos Claudio también se reunirá con nosotros.

Recorrimos la villa comentando cuán bella se estaba volviendo Junila y cuán buena esposa sería para el joven Albo.

De repente oímos los gritos de un niño en el jardín. Todos echamos a correr, dejamos atrás el oscuro pasillo y salimos al soleado jardín. En el otro extremo vi que el guardaespaldas de Livia desaparecía a través de la verja.

Junila y Capito estaban de pie junto a un cuerpo inmóvil tendido en las baldosas a un lado del estanque central. Al acercarnos vimos que se trataba de Albo. Su cara tenía un aterrador tono morado rojizo, los ojos abiertos, recorridos por venillas rotas y la boca muy abierta, como si se hubiera asfixiado. En la mano sostenía una pera a la que le faltaba un mordisco.

Apicata fue la primera en alcanzar al muchacho, Livia le pisaba los talones.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y cogió al muchacho en brazos.

Junila se echó a llorar.

—Estábamos escondidos, esperando que nos encontrara —dijo, sollozando—. ¡Como él no vino, salí del escondite y lo encontré muerto! —Se volvió, las lágrimas manchaban la pechera de su túnica.

Una joven esclava morena de largo cabello trenzado y ojos verdes apareció con Estrabón.

—¿Dónde estabas? —exclamó Apicata, desesperada—. ¿Por qué no estabas cuidando de los niños?

—Estaba escondida con Estrabón... —empezó la joven.

—¡Saca a los niños de aquí! —le espetó Sejano.

Ella pegó un respingo y se apresuró a alejarse con Junila, Capito y Estrabón.

—¡Dámelo a mí! —rugió, arrancándolo de los brazos de Apicata—. ¡Se está asfixiando!

Sejano le presionó el pecho una y otra vez hasta que un trozo de pera manchado de sangre salió despedido de la boca del muchacho. Pero él no se movía ni jadeaba.

—¡Respira! —gritó Sejano—. ¡Respira, por Júpiter! —rugió, golpeándole el pecho.

Creí oír el crujido de una costilla rota.

—Detente, Sejano —dijo Livia en tono calmo y sin derramar una lágrima por su bisnieto. Le apoyó una mano en el hombro y añadió—: Está muerto.

—¡No! —chilló Sejano, sin dejar de pegarle al muchacho—. ¡No puede morir! ¡No puede!

Apicio estaba a mi lado, Sotas y Tycho detrás. Observábamos la escena horrorizados. Ya no se trataba de la muerte de un muchacho, se trataba de Sejano: ¿qué clase de locura se había apoderado de él?

—¡Detente, Sejano! ¡Te lo ordeno! —La voz de Livia penetró a través de su confusión y entonces dejó caer las manos. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Yo nunca había creído que fuese capaz de derramarlas—. Recógelo —ordenó Livia en tono firme y carente de emoción.

Sejano no recogió al muchacho, solo se puso de pie y retrocedió unos pasos sin dejar de mascullar.

—No, no, esto no puede ocurrir —murmuraba con voz apenas audible.

Livia le indicó a su esclavo personal que recogiera al muchacho y se lo llevara. Entonces le cerró los ojos con los dedos, se quitó el pañuelo de los hombros y le dijo al esclavo que envolviera el cuerpo y cubriera su rostro morado.

—¿Qu... qué ocurre?

La voz débil de un hombre interrumpió nuestro silencio. Era Claudio,

flanqueado por un esclavo portero que tal vez pretendía anunciar su llegada. Claudio cojeó hasta nosotros tan rápido como se lo permitía su pie zopo.

Esperé que Sejano reaccionara como era debido, puesto que era el hombre de la casa, pero cuando lo busqué con la mirada había desaparecido. Apicata recuperó el control y se puso de pie. Se dirigió hacia Claudio, que se acercaba a ella tratando de correr. Apicio se interpuso entre ambos.

—Déjame a mí —dijo.

Ella se apartó y Claudio se detuvo. Apicio le apoyó una mano en el hombro.

—Ha habido un terrible accidente.

Vi como Claudio trataba de encontrar las palabras.

—¿Qu... qué ess... está ocurriendo?

Todos sabían que Claudio tartamudeaba, pero hasta ese momento yo nunca había estado lo bastante cerca de él como para oírlo hablar. No era extraño que fuese el hazmerreír del palacio.

—Se trata de tu hijo... —empezó Apicio.

Claudio lo apartó de un empujón.

—¿Albo? —graznó.

Se desplomó junto a Livia y su pie deforme sobresalió por debajo de su toga.

—¡Ay, m... mi... hijo! —exclamó, arrancando el cuerpo de su hijo de los brazos de Livia—. ¿Qu... qué... ha pasado? —le preguntó a la bisabuela de Albo.

—Se atragantó con un trozo de pera, Claudio. Lo siento mucho.

No parecía sentirlo en absoluto.

Sejano se recuperó de su arrebato con rapidez e insistió en hacerse cargo

del coste del pequeño funeral que se celebraría. Yo era el único que había visto salir al guardaespaldas del atrio. Y nadie vio a Albo comiendo la pera: todos estaban escondidos. El esclavo personal estaba observando cómo se escondían los otros niños y tampoco vio nada. Cuando le pregunté a Livia por el guardaespaldas, me dijo que estaba equivocado en tono cortés pero firme. No dejé de percibir la amenaza subyacente. Tres años atrás Tiberio había aprobado una ley según la cual hablar en contra de Livia era traición. No tenía duda de que estaría encantada si yo lo hiciera.

Ese año, Albo fue el primer noble llamado Druso en morir.

Solo habíamos visto al otro Druso, el hijo de Tiberio y su único heredero, unas pocas veces desde aquel banquete en la escuela. Había estado ausente, de campaña en tierras remotas como uno de los jefes del ejército del César. Quizá Druso era uno de los pocos que detestaban a Sejano más que Apicio y yo.

Entre la élite de Roma el odio que Druso profesaba a Sejano era muy conocido, pero yo aún no había presenciado sus sentimientos de manera directa. Al menos no hasta la víspera calurosa de las Vestalias, celebradas en junio en honor a la diosa Vesta y la llama eterna de Roma. Sejano había decidido que sería el anfitrión de un elaborado banquete para celebrarlo.

Durante la comida Apicio me pidió que fuera en busca de Apicata en el jardín, donde había ido para tomar aire. La encontré sentada en un banco, admirando el panorama de Roma que se extendía a los pies del Monte Palatino.

Al regresar nos topamos con Sejano y Druso; sostenían una acalorada conversación en el pasillo más allá del triclinio. Apicata y yo nos detuvimos cuando alcanzamos el grupo de pretorianos apostados detrás de Sejano. Llegamos a tiempo de ver que Druso le asestaba un puñetazo en la mandíbula a Sejano, que se tambaleó hacia atrás y chocó contra sus guardias, que

parecieron dudar sobre qué debían hacer. Habían jurado proteger a la familia imperial, pero eran leales a Sejano.

—Mereces más que eso, so asqueroso canalla. ¡Que Júpiter y los demás dioses te maldigan! No sé qué trucos estás usando con mi padre para que opte por invitar a un extraño a asistirlo en el gobierno mientras su hijo aún está vivo, pero te prometo que lo averiguaré, Sejano.

Este recuperó el equilibrio y encajó la diatriba de Druso sin decir nada.

—Y una cosa más, Sejano. Si descubro que te acuestas con mi esposa —gruñó—, me aseguraré de que mi padre te haga crucificar.

Druso escupió delante de Sejano, un salivazo húmedo que salpicó los pies del pretoriano. Después se volvió y se alejó.

Sejano señaló su pie y uno de los esclavos se apresuró a limpiarle el salivazo con el borde de su túnica.

—Se arrepentirá de este día. Yo gozaré de la simpatía de los dioses, no él —masculló Sejano.

Se volvió y pasó junto a sus guardias, deteniéndose al ver a Apicata detrás de sus hombres.

—¡Esposo! —exclamó ella.

Como siempre, actuaba como la perfecta esposa romana y, como siempre, intentaba congraciarse con su esposo. Corrió hacia él y alzó la mano para tocarle la cara amoratada.

—¡No me toques! —Él apartó su mano con gesto brusco y ella se tambaleó—. ¿Qué estás haciendo aquí, por Tártaro?

Su expresión era sombría y creí que la golpearía, pero entonces me vio y su expresión se distendió.

—¿No te están esperando en el banquete? Me disponía a comprobar que te encuentras bien —le dijo a Apicata, sonriendo.

Sentí una opresión en el pecho y luché por dominar mi cólera. ¿Qué le



habría hecho si yo no hubiese estado allí?

Apicata pareció darse cuenta del peligro y me cogió del brazo.

—Nos dirigíamos al banquete, esposo. Mi padre envió a Tracio en mi busca. ¿Regresas con nosotros?

—Debo ocuparme de otros asuntos.

Pasó por nuestro lado seguido por los guardias. Cuando desaparecieron, me volví hacia ella.

—¿Siempre se comporta así? ¡Estaba dispuesto a pegarte!

Ella se echó a llorar. La abracé.

—Ay, mi avecilla —dije, acariciándole el pelo.

—Temo que pronto se divorcie de mí —dijo, entre sollozos.

—¿Por qué lo piensas?

—Lo pienso y punto. —Apicata se apartó—. Me gustaría, pero...

—Él se quedaría con los niños —dije, acabando la frase. Sabía que sus hijos eran su auténtica dicha.

Se llevó la mano a los ojos, tratando de detener las lágrimas. Yo le rocé la cara para quitarle el maquillaje que le manchaba las mejillas.

Sejano se había casado con Apicata para fastidiar a Apicio y por la gran riqueza que acompañaba su dote, pero ya tenía poder y gozaba del favor del César, ya no la necesitaba. Comprendía la inquietud de ella por los niños, pero sabía que en el fondo sentiría un alivio inmenso cuando ya no estuviera bajo su techo.

—Sé fuerte, avecilla. Es lo único que puedes hacer. Mantén la cabeza alta y nunca permitas que Sejano sepa cuánto daño te hace.

Ella asintió y juntos regresamos a la fiesta, apesadumbrados.

Aquel verano, Apicio y yo empezamos a trabajar en un nuevo libro, esta

vez acerca de panes y buñuelos. Durante sus viajes, Apicio se había enamorado de algunos manjares dulces de tierras lejanas y quería compartir esas nuevas posibilidades con los cocineros de las mejores familias romanas. Uno de mis postres predilectos era el pan empapado en leche y huevo, frito y cubierto de miel antes de servirlo.

Preparé una hornada de ese pan dulce con huevo para Apicata y Junila durante una de sus infrecuentes visitas matutinas a la cocina del César. Junio también se encontraba allí; había heredado mi amor y el de Apicio por la comida y me estaba ayudando a probar algunas nuevas recetas.

—¡Esto es lo que más me gusta, Tracio! —declaró Junila.

—¡Creí que lo que más te gustaba eran los dátiles fritos! —dijo Junio, tomándole el pelo.

—¡No, no; es este pan! Cuando sea lo bastante vieja para tener mi propio cocinero le diré que me prepare esto todos los días. —Apoyó las manos en las caderas y alzó el mentón. La mirada de sus ojos verdes era decidida.

—Creo que quizá te canses de comer este pan todos los días —comentó Apicata mientras les servía otra tanda.

—¿Cuándo podré casarme? Y no con alguien que muera antes de la boda.

Me había llevado un trozo de pan dulce a la boca y casi me atraganté al oír sus palabras. Los niños podían ser tan directos... Apicata cerró los ojos, al parecer para no perder la compostura.

—Lo de Albo fue un accidente, Junila —le aseguró Junio—. No te preocupes. Te casarás a su debido tiempo y con alguien lo bastante rico como para comprarte un cocinero que te prepare pan dulce todos los días.

—Serás una novia preciosa, Junila, pero no es necesario que te vuelvas adulta tan rápidamente. Prepararé pan dulce para ti siempre que vengas de visita. ¿Te conformas con eso por ahora? —dije.

Apicata me dirigió un silencioso agradecimiento.

—Pues tendré que conformarme —refunfuñó Junila con enfado infantil. Junio rio y le revolvió el pelo.

En septiembre ocurrieron dos cosas cruciales. Tal como Apicata había predicho, Sejano se divorció.

El día que Apicata regresó a casa fue agridulce; llegó en plena noche, sola y sin los niños. Le insistió al esclavo portero que me despertara a mí, no a su padre. Passia y yo salimos a su encuentro en el atrio y la acompañamos a la habitación que todavía conservábamos para ella.

—Me arrancaron al niño de los brazos —dijo sollozando—. Junila no dejaba de gritar «madre». ¡Ay, dioses! ¿Por qué? ¡He sido una buena esposa! ¿Por qué me quitó a mis hijos? —Desgarró su estola con las manos y su pecho estaba húmedo de lágrimas. Passia le trajo un vestido para cubrirse pero ella lo arrojó a un lado—. ¡Es esa puta de Livila! ¡Lo hechizó y me maldijo!

—Chitón. —Passia le acarició el cabello—. Despertarás a tu padre.

Apicata se calmó y lloró apoyada en el hombro de mi esposa durante mucho rato, hasta que por fin se durmió en sus brazos.

—Esta noche me quedaré con ella —dijo Passia.

Luego me indicó que me marchara y lo hice, pero no dormí mucho, estaba demasiado preocupado por las consecuencias del divorcio.

Las consecuencias quedaron bastante claras por la mañana. En cuanto despuntó el día, un mensajero llegó con una carta de Sejano dirigida a Apicio. Este, que aún ignoraba que su hija estaba en casa, la cogió cuando llegó al atrio para recibir a sus clientes en la *salutatio*. Me reuní con él cuando terminó de leer la carta.

—¿Qué has hecho? —gritó y me arrojó el pergamino.

Lo recogí del suelo, confundido. Lo desenrollé y leí el decreto oficial. Apicio ya no era consejero gastronómico. No había ninguna explicación, solo las gracias por su servicio y una declaración diciendo que ya no sería necesario que atendiera a Sejano ni a Tiberio en futuros banquetes y cenas.

—¿Qué has hecho? —volvió a gritar Apicio a voz en cuello, y se abalanzó sobre mí y me arrojó al suelo. Me pegó puñetazos antes de que pudiera detenerlo.

—¡Nada! —exclamé, alzando los brazos para protegerme—. ¡Quítamelo de encima, Sotas!

—¡No te atrevas! —le chilló Apicio a Sotas cuando el hombretón se acercó—. ¡Si me desobedeces te haré azotar!

Entre un puñetazo y otro vi que Sotas vacilaba y me incorporé, procurando quitarme de encima a Apicio, pero su peso lo hacía difícil.

—¡Padre! —La voz de Apicata resonó en la habitación—. Sotas, sepáralo de Tracio, esto no tiene nada que ver con él.

Sotas arrastró a Apicio a un lado y sujetó a su amo con los brazos extendidos.

—Te haré azotar por esto —barbotó este.

—¡No, no lo harás! —Apicata le indicó a Sotas que lo soltara.

—Un momento, Apicata, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Apicio, que de pronto se dio cuenta de que su hija estaba ante él vestida con su túnica matutina.

—Sejano se ha divorciado de mí.

—¿Que ha hecho qué?

—Se ha divorciado —dije, y dejé que Passia me ayudara a levantarme. Tenía sangre en los labios—. Por eso tus servicios ya no son necesarios.

Boquiabierto, Apicio miró fijamente a su hija con cara de incredulidad.

—¿Se ha divorciado? —logró decir al cabo.

—Lo lamento, padre —dijo ella.

Él me miró, su rostro expresaba sentimientos contradictorios.

—Lo siento, Tracio.

—Lo sé.

Apicio inspiró profundamente.

—De todos modos, odiaba a ese cabrón. —Sus palabras no disimularon sus auténticos sentimientos; todo su cuerpo parecía irradiar derrota—. Hoy no habrá *salutatio*. Mañana la reanudaremos.

Lo observamos mientras abandonaba el atrio. Apicata cayó de rodillas y empezó a sollozar.

Habían pasado dos semanas desde el divorcio y estábamos escuchando al nuevo intérprete del arpa en el jardín cuando Tycho nos trajo noticias sobre Druso. Había muerto la noche anterior, borracho. A pocos sorprendió; era conocido por ser un gran bebedor. Su muerte despojó a Tiberio de un heredero y muchos supusieron que Sejano sería elegido para sucederlo.

—Ahora podrá tener a Livila —dijo Apicata—. ¡Cuán conveniente!

—Tú has visto cuánto era capaz de beber Druso. Solo bebió más de la cuenta —dije, tratando de apaciguar las emociones.

—No, no es así. Sejano hizo que alguien lo envenenara.

—No puedes estar segura de eso —dije, no muy convencido.

—Sí que puedo.

—Es demasiada coincidencia —afirmó Apicio—. Empiezo a creer que será bueno que ya no estemos en su punto de mira. Enfadarlo lo convierte en un hombre muy peligroso.

Apicata jugueteó con el borde de su pañuelo. Yo sabía que nadie comprendía ese hecho mejor que ella.

—Tienes razón, padre, así es.

Apicio dijo lo que yo había estado pensando desde el divorcio.

—Creo que si no fuera por tus hijos, Apicata, haría que me mataran.

Ella clavó la mirada en un grupo de árboles que bordeaban los muros del jardín, su rostro una máscara inexpresiva, pero alzaba y bajaba la cabeza, un movimiento casi imperceptible que manifestaba todo lo que no podía decir con palabras.

Dirigí la vista al otro lado del jardín, hacia donde miraba ella. Había un cuervo posado en el muro, destrozando un ratón. Picoteó el cadáver una última vez y luego lo dejó caer. Se limpió el pico en un ala y echó a volar, durante un instante sus plumas negras se destacaron contra el cielo.

La paranoia que Sejano provocaba a Apicio era aguda. Sin nada que contuviera al prefecto pretoriano, Apicio temía por su vida. Durante el año siguiente, con el fin de mantenerse fuera de la vista de Sejano, Apicio evitaba Roma y permanecía en sus diversos hogares del campo; yo viajaba con él, a veces con Passia y Junio. Seguí escribiendo y publicamos otro libro de cocina; el último había cosechado tanto éxito que alquilé una pequeña tienda en el Aventino y contraté a tres escribas a tiempo completo para que realizaran copias. Era una amplia recopilación de recetas que supondría un complemento para cualquier cocina. Escribirlo había llevado dos años y, aunque muchas recetas procedían de nuestros otros libros, también incluía muchos nuevos platos destinados a ser probados por los cocineros experimentados.

Sin embargo, no ganamos mucho dinero con este libro porque Apicio adoraba regalárselo a sus amigos y a las personas con que se encontraba. En numerosas ocasiones intenté aconsejarlo acerca de su dinero —la herencia de mi hijo—, que él gastaba con rapidez alarmante, pero se negaba a escucharme. Me consolaba el hecho de que celebraba menos banquetes, pero también me preocupaba el dinero que gastábamos trasladándonos de una villa a otra. Su último proyecto consistía en reformar una nueva villa en Herculano.

Resultó que la villa requería suministros y Apicio quería comprar más esclavos, así que regresamos a Roma. Apicata nos recibió ante la puerta; había permanecido en Roma durante el último año para estar cerca de sus

hijos, incluso si no podían vivir con ella. Sejano nunca la obligó a volver a contraer matrimonio y creo que eso la alegraba. Por otra parte, él había intentado casarse con Livila una vez transcurrido el tiempo suficiente tras su divorcio y la muerte de Druso. Decían que Tiberio le había arrojado una copa a Sejano y advertido que ni se le ocurriera casarse, y que Sejano se había pasado de la raya. Aunque sentía escaso respeto por César Tiberio, tras oír esa historia lo aprecié un poco más.

Junila, que ya había cumplido los nueve, abrió la cortina y bajó de la litera de un salto, corrió hacia Apicio y lo abrazó. Después me rodeó la cintura con los brazos, al parecer sin darse cuenta del polvo y la suciedad del viaje que cubría mis ropas. Le palmeé la cabeza y la estreché entre mis brazos.

—Me alegro de verte, Junila. ¿Has traído a tus hermanos?

Ella negó con la cabeza, lo que era de esperar. De vez en cuando, Sejano le permitía vivir con su madre, pero rara vez perdía de vista a sus hijos varones, excepto durante sus breves y ocasionales visitas supervisadas a Apicata.

—No; están con padre. ¡Pero mira lo que me regaló Estrabón!

Sostenía una muñeca de paja vestida con una diminuta túnica y una flor fijada en su pelo de paja. Junila ya era casi demasiado grande para jugar con muñecas, pero era evidente que el regalo de su hermano la complacía.

—Sospecho que Estrabón te quiere mucho —dije sonriendo.

—Sí —dijo Apicata, acercándose.

El corazón me dio un vuelco: podría haber estado contemplando el fantasma de su madre.

Apicio la abrazó y elogió su belleza. Yo le besé la mejilla pero no lo abracé, temía ensuciarle la estola.

—Vinimos a recoger unos suministros, además echaba de menos a Passia y Junio —dije.

—Solo estaremos aquí unos días —dijo Apicio.



Recorrimos el sendero hasta la villa, Junila se adelantó en busca de Junio, a quien admiraba. La observé correr colina arriba.

—Cuando regreses, creo que debiéramos acompañarte a Herculano. Podría ser una buena idea —dijo Apicata.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Ella me miró con expresión incrédula.

—¿Es que no habéis oído la noticia, por los dioses?

—¿Qué noticia? —preguntó Apicio.

—Livia ha muerto.

Me detuve abruptamente.

—¿Muerto?

—¿Por fin? ¿Estás segura? —Apicio también estaba incrédulo; Livia había estado enferma más de una vez a lo largo de la última década y a punto de morir en varias ocasiones.

—Sí, murió en los idus. He visto su cadáver. Cuando me marché, el Senado todavía aguardaba que Tiberio asistiera al funeral, pero dice que no puede, que está ocupado en otra cosa.

Habían pasado seis días desde el idus. No podía imaginarme el estado en que se encontraría su cuerpo cuando Tiberio regresara.

—No comprendo. ¿Por qué la muerte de Livia te impulsó a partir?... —Entonces lo comprendí: sin Livia, no había nadie que contuviera a Sejano.

—Gobierna Roma aterrando a todo el mundo. Le temo, y ahora que los niños son mayores me deja verlos cada vez menos.

La tensión me atenazó.

—Sí, sí, hija, debes venir con nosotros a Herculano —dijo Apicio—. Recogeremos los suministros mañana y partiremos pasado mañana.

—Vamos a buscar a Passia —dije y la cogí del brazo.

Apicio avanzó junto a ambos. Apicata me apretó el brazo.

—¡Háblame del libro de cocina! ¡He oído que todos los senadores compraron una copia!

—Envié tres copias a la biblioteca de Alejandría y dos más a la de Atenas. —Me enorgullecía de ello, pues significaba que nuestro libro formaría parte de las colecciones históricas.

Ella rio.

—¡Se rumorea que después de comprar tus libros, tres senadores jóvenes contrataron tutores para que les enseñen a leer a sus cocineros!

—¡Eso es una buena noticia! —dijo Apicio—. ¡Ahora solo falta que convenzamos a los demás senadores de que hagan lo mismo!

Junila y Junio estaban jugando a la pelota en el atrio, en torno a la burbujeante fuente. Cuando me vio, Junio se abalanzó sobre mí y Apicata y Junila soltaron sendas carcajadas. Apicio y yo jugamos con ellos mientras un esclavo fue en busca de Passia. Apicio arrojó la pelota con escasa destreza y los demás nos burlamos de él por tener que ir a buscarla.

Cuando Passia emergió del interior de la casa creí que mi corazón estallaría de felicidad. ¡Ay, cuánto detestaba no estar junto a mi amada esposa! Tras abrazarla, alzarla en brazos y hacerla girar cubriéndola de besos, ella se zafó para abrazar a Apicata.

—Sé que vives cerca, pero me gustaría que nos viésemos más a menudo —le dijo.

—Ahora la verás más a menudo.

—¿Qué quieres decir? ¿Va todo bien? —preguntó Passia, mirándome a mí y después a Apicata.

Esta le palmeó la mano para tranquilizarla.

—Sí, pero ahora que Livia ha muerto creo que me llevaré a Junila y me iré

con mi padre a Herculano.

—Contigo y con Junio —afirmé, acercándome a mi esposa para rodearle el hombro con el brazo.

Ella se puso tensa. Sabía que si yo quería que abandonara Roma era porque temía por mi familia, pues, por más que odiáramos a Livia, nos constaba que ella era el único motivo por el cual Sejano no se había convertido en un auténtico tirano romano.

—Me deja en paz debido a los niños, pero temo lo que podría hacerlos a vosotros y a padre. Ojos que no ven, corazón que no siente, sería lo mejor para todos nosotros —nos instó Apicata.

—Puedo cuidar de mí mismo, hija —dijo Apicio, aunque su tono desmentía sus palabras.

Nunca creí que tendría que trasladar a mi familia fuera de Roma, pero Apicata tenía razón. Para Sejano supondría una gran ventaja si acusaba a Apicio de traición y exigía que su fortuna fuese entregada a Roma... o cautelarmente depositada en cofres a los que solo él tendría acceso. Y si Apicata tenía miedo, significaba que nosotros debíamos ser muy cautelosos.

—¿Te quedarás a cenar? —preguntó Passia.

Apicata sonrió y negó con la cabeza.

—Mi vecino Grato Stolo celebra el onomástico de su hijo mayor. Su esposa me invitó, pensé que podrías acompañarme.

—¿Es el hijo que está haciendo campaña para un puesto en el Senado? —preguntó Apicio.

—Sí.

—Entonces ve y diviértete —dijo, agitando una mano—. Llévate un par de guardias para que te acompañen de regreso a casa. Junila puede quedarse a cenar aquí y contarle historias a su abuelo.

Sonreí.

—¡Adora contar historias! Y cuando ella y Junio cuentan historias juntos, el mismísimo Comus moriría de risa —dije, refiriéndome al dios de la comedia.

Apicata me abrazó.

—¡Gracias, Tracio! ¡Ven, Passia, veamos qué deberías ponerte!

Besé a mi esposa y Apicio y yo observamos cómo se marchaban, soltando risitas como dos niñas. Ver sonreír a Apicata me alegraba; sus sonrisas eran escasas e infrecuentes.

Esa noche, bastante más tarde, tras comprar una veintena de nuevos esclavos para la villa de Herculano, negociar el envío de muebles de pino negro, contratar varios guardias nuevos y compartir una comida ligera con Apicio, me desplomé en un diván del jardín y empecé a leer un pergamino de la Eneida que Passia había dejado en una mesa, mas no tardé en quedarme dormido. Horas después, desperté cuando una esclava me zarandeaba.

—Date prisa, *dominus* Tracio —dijo.

Era una de las doncellas de Passia.

Me incorporé bruscamente, arrojé el pergamino a un lado y la seguí a través de la casa hasta el baño, donde encontré a Passia y Apicata; esta estaba sentada al borde del baño, envuelta en una toalla y llorando. Passia le peinaba los largos cabellos y procuraba consolarla. Habían despedido a las demás esclavas.

—¿Qué ha pasado? —exclamé.

Entonces apareció Apicio, envuelto en un vestido suelto, seguido de Sotas, que se apostó junto a la puerta. Al ver a su padre, Apicata se cubrió la cara con las manos y volvió a llorar, abrazada por Passia.

—No pasa nada. Diles lo que sucedió.

Apicata sollozó. Vi que tenía los brazos cubiertos de moratones.

—¿Quién te ha hecho eso? —pregunté.

Apicata no podía contestar e hipaba entre sollozo y sollozo. Passia nos miró, la emoción le humedecía los ojos.

—Fue Sejano.

—¿Qué? ¿Cómo?

Apicio se acercó a su hija y la rodeó con el brazo. Apicata era incapaz de hablar, así que Passia nos dijo lo que sabía.

—Acudí a la fiesta; no creo que estuviera invitado, pero Grato Stolo no se atrevió a decirle que se marchara. Lo acompañaba Livila, había fumado mucho opio y estaba borracho. Ordenó a sus pretorianos que arrestaran al único hombre que osó hacer un comentario sobre su estado. Yo estaba hablando con una de las hijas de Stolo cuando entró por la puerta. Lo vi primero, pero para cuando encontré a Apicata, Sejano también la había descubierto.

Apicio soltó una maldición. Me invadió la sensación de que la sangre se me espesaba.

—Me oculté en la habitación más próxima. Livila no estaba con él, debía de haber ido a saludar a Stolo. Oí que Sejano hablaba con Apicata en el pasillo y le decía cuánto echaba de menos yacer con ella. Justo antes de que la arrastrara dentro de la habitación, me escondí bajo la cama y me acurruqué contra la pared para que no me vieran.

—Me alegré al descubrir que Passia estaba allí —dijo Apicata, que parecía ir recuperándose—. Ahora tengo un testigo.

—¿Te violó? —preguntó Apicio en voz baja.

Ella asintió y las lágrimas resbalaron por su tez dorada.

—Como solía hacerlo durante nuestro matrimonio.

Apreté los puños, deseando que hubiera algo —no, alguien— a quien

pegarle un puñetazo.

—Pero eso no fue lo peor.

—¡Por Apolo! ¿Cómo podía ser peor?

Apicio aferró su vestido con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

Apicata se secó las lágrimas con la toalla.

—Díselo, Passia.

—Cuando Sejano entró en la habitación les dijo a los esclavos que se marcharan y que atrancaran la puerta. Lo acompañaban al menos diez guardias. Sabía que si trataba de ayudar a Apicata nos matarían a ambas. Así que me quedé bajo la cama. Fue espantoso.

Apoyé una mano en su hombro. Hubiese echado a correr al río Leteo si sus aguas fuesen capaces de borrar ese recuerdo de la mente de mi esposa.

—Apicata fue valiente. No se resistió y no lloró. Después, cuando él permaneció tendido, exhausto, actuó con mucha osadía y le pidió que le dijera la verdad sobre Livila.

Apicata agitó las aguas con el pie.

—Cuando está muy bebido se vuelve jactancioso y entonces hizo lo mismo que durante nuestro matrimonio. Y en efecto, el cabrón me lo contó todo: que se acostaba con ella con frecuencia, que se divorció por ella y que vería muerto a Tiberio por prohibirle que se casara con ella.

Apicata casi nunca maldecía, y me sorprendió pese a las circunstancias.

—Le dijo a Apicata que se anduviese con cuidado, que él había matado a Druso y que también podía matarla a ella —dijo Passia.

No daba crédito a mis oídos.

—¡Por los dioses! ¿Cómo lo mató? ¿Lo envenenó?

—Sí —dijo Apicata, y se restregó los ojos con los dedos—. Le dije que no le creía...

—Temí que Sejano la estrangularía en ese mismo momento —añadió Passia.

—Yo también lo temí, pero en cambio me contó cómo lo habían hecho él y Livila —prosiguió Apicata—. Una noche hicieron que su copero vertiera algo en su copa y le pagaron al médico para que declarara que Druso murió a causa de la bebida. Durante un minuto se jactaba de cuán brillante había sido su plan y un minuto después se enfadaba porque Tiberio aún frustraba su matrimonio con Livila.

—¿Por qué no te mató después de contártelo?

Apicio preguntó lo que yo estaba pensando. No comprendía por qué la había dejado con vida tras revelar semejante secreto.

—Perdió el conocimiento. Recuperé el control y Passia y yo nos marchamos lo más rápidamente posible. Al salir, para mi horror, Livila me detuvo. Por suerte no tenía ni idea de lo ocurrido.

—Dijo cosas atroces —añadió Passia—. Le dijo a Apicata que jamás reconquistaría a Sejano, que solo la amaba a ella.

—¡Como si yo quisiera volver a vivir con ese monstruo! Quise espetarle que Sejano acababa de violarme y que yo sabía la verdad sobre Druso, pero Passia me arrastró antes de que pudiera decir una estupidez.

Eran noticias espantosas. Y aún más porque Apicata sabía la verdad acerca de la muerte del hijo de Tiberio César. Si Sejano recordaba que se lo había dicho, no había duda que la haría matar.

Apicata notó nuestro espanto.

—¡Ay padre, ¿qué debo hacer?!

Yo ya había reflexionado sobre la respuesta a eso.

—Tengo una idea. Vístete y reúnete con nosotros en la biblioteca. Ven conmigo, Apicio. Creo que sé qué hacer.

La besé en la frente y ayudé a Apicio a ponerse en pie. Nos detuvimos ante

el cubículo de Tycho para despertarlo; mi esclavo era un excelente escriba y necesitaríamos su ayuda.

Cuando alcanzamos la biblioteca le conté el plan a Apicio, que se limitó a asentir con la cabeza y puso manos a la obra. No sé cuánto tiempo pasó antes de que aparecieran Apicata y Passia, pero Apicio estaba dictando la última frase de la sexta carta cuando ellas llegaron. Él les indicó que tomaran asiento.

—¿Qué estás planeando? —Los ojos de Apicata estaban enrojecidos pero secos. Llevaba una delgada estola gris y las sandalias predilectas de su madre, tan viejas y andrajosas que Aelia solo las había usado en casa.

—Es muy sencillo. —Apicio depositó las cartas en la mesa y las desplegó.

—¿Y si sale mal? —exclamó Apicata con voz entrecortada.

—Confío en cada uno de estos hombres. No saldrá mal.

Tycho rio y yo sonreí: sabía lo que pensaba. Había estado garabateando las cartas y conocía el contenido y a quién iban dirigidas.

—Claro que resulta útil que conozcamos un secreto acerca de cada uno de ellos que ellos preferirían que nadie conozca —expliqué—. Todos estos años transcurridos en los divanes de Apicio merecieron la pena.

Passia me lanzó una mirada aprobatoria.

—Chantaje dentro del chantaje. ¡Por Júpiter, querido esposo, sabía que eras genial, pero ignoraba hasta qué punto!

Apicio recogió las cartas.

—Cuando despunte el alba, Apicata, enviaremos a un muchacho con una nota para Sejano diciendo que se reúna contigo aquí. Sospecho que llegará antes de que cante un gallo. Si no viene será porque no recuerda nada.

—¿Y si viene para matarme?

—Primero tendrá que vérselas conmigo. Y con Sotas. Ahora vete, intenta



dormir. Si fuera necesario, dile a Timón que te prepare zumo de semillas de amapola. Debo enviar unos cuantos mensajeros.

Por la mañana, le dije a Apicata que redactara una nota para Sejano que incluyera una vaga insinuación sobre sus palabras de la noche anterior, en caso de que su memoria no fuera muy buena, y envié al más veloz de mis mensajeros a su casa.

Sejano llegó antes de media hora: tenía buena memoria.

Apicio y yo lo esperábamos en el atrio. Irrumpió a través de la puerta principal, sin aguardar que los porteros lo anunciaran.

—¿Dónde está ella? —gruñó cuando se detuvo ante nosotros.

—Está descansando. Parece que pasó mala noche —dijo Apicio.

A sus espaldas, Sotas soltó un gruñido. Apicata y Passia estaban en el cubículo cercano, desde donde podían oír la conversación.

—¿Qué más te dijo?

—Lo bastante como para que tengas cuidado con el tono en que me hablas.

Apicio hablaba con audacia, pero yo sabía que estaba aterrado. ¿Y si mi plan no bastaba para detener a Sejano?

Sejano soltó una carcajada y su armadura dorada rechinó cuando inclinó la cabeza hacia atrás. Últimamente, acostumbraba llevar la armadura imperial más a menudo, desde que Tiberio se había instalado en Capri. Es probable que Tiberio no hubiese aprobado semejante ostentación.

—¡Quien debe tener cuidado con el tono en que se dirige a mí, eres tú! ¡Guardias!

Era una orden fatal, una que no dejaba duda acerca de sus intenciones. Seis fornidos pretorianos desenvainaron sus espadas y avanzaron.

—Eso no sería sabio —dijo Apicio y su voz no denotaba temor. Los

guardias siguieron avanzando—. ¡Adelante! —exclamó—. ¡Mátame y averigua lo que te pasará! ¡Mátame! ¡Mátame y toda Roma se enterará de tu traición!

Alzó los brazos como si les diera la bienvenida a las espadas. Lo imité y también Sotas, ambos situados a un lado de Apicio. Me pregunté cuánto tardaría en morir cuando me clavaran la primera espada.

Esas palabras hicieron vacilar a Sejano.

—¡Alto! —ordenó.

Los guardias se detuvieron, pero no bajaron las armas. Oí que algunos esclavos se acercaban al atrio para averiguar la causa del alboroto. Varios pretorianos rompieron filas para enfrentarlos, blandiendo sus espadas. Los esclavos se retiraron apresuradamente.

Sejano avanzó hasta situarse a centímetros de Apicio, extrajo un puñal enjoyado de la vaina de cuero fijada a su brazo y la apoyó contra la garganta de su ex suegro.

—¿Qué podrías decir para que yo reconsidere la idea de matarte?

—Si me matas a mí o a Apicata, o le haces daño a un miembro de mi familia o de mi hogar, seis cartas que contienen la verdad sobre Druso serán enviadas a diversas partes del imperio.

—¿Cartas? Mientes. No hay tales cartas.

El puñal rasgó la piel y brotó una gota de sangre.

—Pero resulta que sí las hay. Dirigidas a Tiberio. Al Senado...

Sejano rio, pero no fue una risa muy convincente.

—Cartas que jamás llegarán a destino.

—¿Cómo puedes estar seguro? No sabes de dónde llegarán esas cartas ni cómo llegarán.

El puñal se clavó un centímetro más.

—Nada entra ni sale de Capri sin que yo lo sepa.

—Ah, pero precisamente tú deberías saber que cualquiera puede ser comprado por un precio. No estás en Capri. ¿Cómo puedes estar seguro?

Por Júpiter, cuánta osadía mostraba. Parecía suficiente como para que Sejano se volviera un poco cauteloso. Retiró el puñal y dio un paso atrás.

—¿Y si no le hago nada a ninguno de vosotros no ocurrirá nada?

—Exacto. Déjanos en paz. Si tú no haces nada, nosotros tampoco haremos nada.

Sejano volvió a avanzar, agitando el puñal.

—No puedo confiar en ti. A veces tus ideas no son claras.

—He oído los rumores —dijo Apicio con rostro inexpresivo—. Pero te aseguro que esto lo tengo muy claro.

—¿Cómo sé que ellos no compartirán el contenido de esas cartas?

—No lo harán. A diferencia de ti, sé que mis amigos son leales. Esta decisión es tuya, Sejano. Tú estás al mando, como siempre.

Aunque ambos sabíamos que era Apicio quien dirigía esta obra.

Gruesos tendones se marcaron en el cuello de Sejano y su cara adoptó un tono morado. Nunca había visto a nadie tan furibundo. Durante unos instantes miró fijamente a Apicio, luego se dio la vuelta. Los guardias envainaron sus espadas y lo siguieron. Cuando alcanzó la puerta, Sejano se volvió.

—Si una de esas cartas cayera en manos de quien no debiera, os juro a ambos que ocurrirá lo siguiente —dijo mirando a Apicio—: mataré a tu hija y después me apoderaré de tus tierras y de todo tu dinero, mataré a tus esclavos, te cortaré la lengua y las manos y te dejaré en la miseria en las calles de Roma. —Después se dirigió a mí—. Daré caza a tu esposa y la violaré hasta hacerla sangrar. Haré lo mismo con tu hijo. Te obligaré a verlo todo, y después les cortaré la cabeza, los brazos y las piernas, que arrojaré a mis perros. Después te haré crucificar.

Entonces se marchó, seguido de sus hombres. Cuando la puerta se cerró

casi caí en el banco a mis espaldas. Tycho corrió hacia nosotros.

—Traeré vino.

—Gracias, Tycho —dijo Apicio, asintiendo—. Una botella de mi mejor vino, me parece. Después de esto, lo merecemos.

Apicata y Passia salieron de su escondite y me abrazaron, pero el resultado del encuentro no disminuyó su temor.

Apicio se retiró inmediatamente al baño.

—Necesito pensar —dijo.

Yo sabía que en realidad quería decir que no tenía intención de pensar, sino de tomar una gran dosis de opio.

—Sejano encontrará una manera de matarnos —dijo Apicata, caminando de un lado a otro y retorciéndose las manos.

—No creo que se arriesgue a hacerlo —repuse, de algún modo convencido de que eso era verdad.

—Ruego a los dioses que tengas razón —suspiró Passia, y se desplomó a mi lado en el banco.

—Jamás dejaré que te ponga una mano encima. Morirías por las mías antes que por las tuyas.

Ella se apretó contra mí.

Al día siguiente partimos a Herculano. Tardamos dos días, con una parada en un mesón del camino. Aposté guardias por si los hombres de Sejano nos seguían; de camino no vimos a nadie y tampoco recibimos noticias de posibles problemas.

En cuanto llegamos, Apicio envió a Sotas a todos sus clientes de la zona,

invitándolos a cenar. Al enterarme, solté una maldición: aunque había adquirido un cocinero experimentado para la cocina, siempre consideré que quien debía supervisar tales eventos era yo. Decidimos convertirlo en una velada que destacara la munificencia de los mares, mediante una gran abundancia de ostras, mejillones, erizos de mar, langostinos, langostas y pequeños pescados. Envié a un par de galopillos a la costa para recoger caracolas, con el fin de adornar las coronas de flores y, si eran del tamaño adecuado, servir de pequeños platos.

Tras una larga y cansadora mañana de viaje y una tarde dedicada a la preparación, finalmente fui en busca de Passia para cenar. Estaba radiante, como siempre, con una estola verde pálido adornada con un elegante broche de oro en forma de delfín que Apicata le había regalado para las Saturnales del año anterior.

—El mar te sienta bien —murmuré, abrazándola y besándole el cuello.

—He echado de menos el mar —dijo ella—. Aquí todo es más libre. Roma es un nido de víboras.

Durante la cena, el nido de víboras fue el principal tema de conversación. Todos se habían enterado de la muerte de Livia y todos tenían una opinión al respecto.

—¿Qué clase de hombre no regresa para asistir al funeral de su madre? —dijo un patricio en tono indignado.

—Uno que odiaba a su madre —dijo otro.

Otro invitado, un acaudalado mercader del lugar, se llevó un gordo mejillón a la boca.

—¿Habéis oído lo de Agripina? Lo primero que hizo Tiberio cuando Livia murió fue enviar guardias a que la arrestaran a ella y sus hijos por traición.

Agripina era la sobrina de Tiberio y la viuda de Germánico, el gran general. Últimamente había alzado la voz contra Sejano y parecía estar en desacuerdo con gran parte de la política de Tiberio.

—Livia detestaba a esa mujer. Arrestarla parece el regalo de despedida del César a su madre. Dicen que la desterrarán —comentó el mercader.

—Dudo que destierren a sus hijos. —Apicio mojó un langostino en la espesa salsa de un plato en forma de caracola—. Lo más probable es que se limiten a matarlos. Al parecer Tiberio siente cierto aprecio por Calígula, quizá logre evitar la prisión.

—Quien está detrás de todo esto es Sejano. Al descubrir que Agripina se había unido a los senadores que se oponen a él, empezó a asustarse. Ella se ha vuelto popular desde la muerte de Germánico y Sejano teme su influencia. Estoy seguro de que le pidió a Tiberio que la arrestara.

El mercader pronunció las palabras que los demás pensaban, pero que dudaban si debían manifestarlas en voz alta. Sejano se había convertido en un hombre poderoso y Tiberio le había dado una gran libertad de acción para gobernar gran parte del imperio. Se consideraba que tenía espías en todas partes.

—Hay nuevas estatuas doradas de Sejano diseminadas por todo el Foro Romano —dijo Apicata, y se limpió la boca con la servilleta.

Esa noche había hablado muy poco. Me constaba que la conversación le resultaba desagradable, pero era una hija obediente y Apicio quiso que estuviera presente.

Hice la pregunta que me había inquietado durante muchos meses.

—¿Crees que Tiberio por fin lo nombrará su heredero? —No podía imaginarme el mundo con un hombre tan malvado gobernando el imperio.

—Quizá —gruñó el mercader—. O tal vez recuperará la sensatez y se dará cuenta de que Sejano está sobrepasando los límites.

Apicata se puso en pie y observó a los comensales.

—Se vuelve más poderoso cada día. No se detendrá hasta convertirse en César —dijo, y apoyó una mano en el hombro de Apicio—. El viaje me ha cansado, padre. Ruego que me disculpes.

Él le palmeó la mano y sonrió.

—Sí, sí, descansa. Creo que mañana compraré una barca. Podremos salir a navegar.

Apicata se limitó a suspirar.

## UNDÉCIMA PARTE

31 d.C. a 38 d.C.

### LECHÓN EN SALSA DE SILFIO

Moler pimienta, levístico y alcaravea en un mortero. Mezclar con un poco de comino, silfio fresco y raíz de silfio. Verter vinagre, añadir piñones, dátiles, miel, vinagre, garo y mostaza preparada. Mezclar todo con aceite y verter en la carne.

*De los *Extractos de Apicio* de Vindario,  
30 recetas reunidas por un hombre al servicio  
del imperio, separadas del libro *Apicio*,  
pero con recetas que aún llevan su nombre,  
*Acerca de la cocina, APICIO**



Sejano cumplió con su palabra. Mientras se mostró implacable y cruel con los senadores, los patricios y cualquiera que se interpusiera en su camino o hablara en contra de él, dejó en paz a Apicio y Apicata. Unos meses antes, Tiberio lo había nombrado cónsul conjunto, otorgándole aún más poder para hacer lo que le diera la gana en Roma. La mayoría vivía con el temor de averiguar qué podría ser eso.

Passia y Junio permanecieron en la costa, alojados en la villa de Herculano de Apicio. Yo los visitaba lo más a menudo posible, pero, dado que Apicio era el padre adoptivo de mi hijo —y mi amigo—, no quería dejarlo solo, sobre todo porque sus estados de ánimo y sus actitudes cambiaban debido a la melancolía, la edad y el tiempo transcurrido. Se volvió terco y se negó a abandonar Roma del todo, así que me quedé con él. Apicata evitaba pisar Roma y solo regresaba cuando algún evento requería su presencia. Rara vez veía a sus propios hijos.

La fatídica noche en que todo empezó a desmoronarse se centró en torno a un elaborado banquete. Apicio, envalentonado por el aparente desinterés de Sejano por él, había comenzado a gastar cada vez más dinero en organizar fiestas, y esta vez no supuso una excepción. Empezó por los regalos, elaborados broches de oro incrustado de rubíes para las togas y cajas de madera taraceadas llenas de pimienta u orejones de albaricoque, un fruto aún nuevo en Roma. Los regalos más preciosos eran unas servilletas de amianto intrincadamente hiladas y autolimpiables. Uno se limitaba a arrojarlas al fuego y las llamas consumían los restos de comida, dejando la superficie

blanca y limpia. Apicio adoraba mostrarles a los invitados cómo funcionaban, pero yo no adoraba su precio: cada servilleta costaba lo mismo que un cabrito.

La propia comida también era elaborada y cara. Los primeros platos consistían en erizos de mar, ostras frescas, mejillones y espárragos con salsa de mostaza, seguidos de aves de corral: pato asado, faisán relleno, bistecs de flamenco, cercetas hervidas, albóndigas de avestruz, aves canoras fritas y pavo real asado presentado con sus plumas en forma de abanico. Apicio también había dispuesto otro obsequio: esclavas solo envueltas en tiras de tela, lujosas cadenas doradas y tocados de plumas blancas en la cabeza. Su única tarea durante la cena consistía en introducir bocados en la boca de aquellos que desearan disfrutar de tan íntima atención.

Esa noche ocupé el puesto de la sombra de Apicio, sentado a sus pies, una posición con la que estaba conforme. El grupo de invitados era monolítico y no osé manifestar mi inquietud ante semejantes miembros de la élite, cuyos puntos de vista eran controvertidos. Todos pertenecían a una facción que mayoritariamente se oponía a Sejano, pero consideré que manifestar mi odio por ese hombre en esa compañía no era de sabios. Curiosamente, esa noche asistía Antio Piso, el padre de Casca. Hacía tiempo que él y Apicio habían hecho las paces y la antipatía que ambos sentían por Sejano parecía haberlos unido.

—¡Nunca he estado tan bien alimentado! —exclamó Piso, indicándole a su esclava que le diera otro bocado de medusa frita—. Te has superado, Apicio. —Había entablado una larga conversación con su anfitrión, sin hacer caso de los demás comensales—. Debería haberme instalado en tu diván hace mucho tiempo.

Apicio le lanzó una sonrisa untuosa.

—Te prometo que tu próxima visita será igual de memorable.

Sus palabras supusieron un gran peso. No sabía cómo podríamos seguir celebrando esas fiestas; me fatigaban y, a pesar del pacto de chantaje que teníamos con Sejano, nos situaba cada vez más en su punto de mira, un punto de mira que había resultado mortífero para muchos personajes importantes de Roma. Y lo peor era que veía cómo se reducía la fortuna de mi hijo. Durante los dos últimos años, Apicio había gastado más dinero que en los cinco anteriores.

—Tiberio nunca debiera haberte despedido como consejero gastronómico —opinó Piso.

—Es un necio. —La ponzoña tiñó las palabras de Apicio—. El populacho no tardará en volverse contra él, o todavía peor: acabará como el divino Julio, ensangrentado en el suelo del Senado.

La esclava introdujo otro bocado en la boca de Piso, que lo masticó sonoramente.

—Creo que eso ocurrirá más pronto que tarde. ¿Recuerdas a Satrio Segundo?

—¿El hombre de Sejano? ¿El que denunció a ese historiador por traición? —pregunté.

Piso asintió e indicó que seguiría hablando cuando tragara el bocado.

—Eso ocurrió hace seis años, ¿no? —preguntó Apicio, bizqueando como si tratara de recordar.

Piso tragó.

—Sí, creo que fue uno de los primeros que Sejano mandó ejecutar. En todo caso, mantuve una relación amistosa con Segundo durante años, no porque ese gordo cabrón me cayera bien sino porque prefiero mantener cerca a mis enemigos. Ayer me topé con él en una *popina*. Tras beber un par de copas mencionó que sabía que Sejano estaba conspirando contra el emperador.

—¡Ja! —Apicio resopló—. Por supuesto que lo está. Todos lo saben.

Piso negó con la cabeza.

—No; quiero decir que parecía poseer ciertas pruebas. Documentos.

—¿Le creíste? —pregunté.

—Sí. Creo que dice la verdad.

Mi excitación se disparó. ¿Documentos que probaban que Sejano era un traidor?

—¿Por qué no va a ver al César? —preguntó Apicio, mojando una albóndiga en el plato de salsa sostenido por su esclava.

Piso rio, escupiendo un trozo de comida en el brazo de su esclava, que hizo una mueca de asco y se lo quitó.

—¡No logra obtener audiencia con el César! Incluso yo soy incapaz de pensar en alguien que pudiera ayudarle. No oso involucrarme.

Apicio meneó la cabeza con aire pensativo.

—Burlar la mirada vigilante de Sejano es imposible. Puedes contar con los dedos de una mano el número de personas capaces de penetrar con un mensaje más allá de los guardias apostados por Sejano para vigilar al César en Capri.

Mi alborozo desapareció. Él tenía razón. Muy pocos serían capaces de penetrar el servicio de seguridad de Sejano, y Tiberio parecía confiar en él tácitamente. Como fuere, ya no podía concentrarme en la conversación y me retiré, para gran disgusto de Apicio. Después me echaría una bronca, pero me daba igual.

Las ideas se arremolinaban en mi cabeza y decidí dar un paseo. Había sido un otoño excepcionalmente caluroso y me alegré de no necesitar una capa. Abandoné la villa y deambulé por las tranquilas calles del Palatino, devanándome los sesos para idear el modo de hacer llegar un mensaje a

Capri. No conocía a nadie dispuesto a traicionar a Sejano. Detestaba la sensación que me invadía: la respuesta estaba próxima y sin embargo era tremendamente remota...

Casi había alcanzado la villa cuando alguien me llamó y una figura surgió de la oscuridad. Conocía esa voz.

—¿Qué haces, deambulando en medio de la noche? —preguntó Rúan cuando se acercó.

—Podría preguntarte lo mismo. ¿Has venido a beber mi vino?

—Trabajo para el César. ¿De verdad crees que tu vino peleón puede compararse?

Sus palabras me hicieron reír. Sabía que nuestro vino era mucho mejor que el del César, pero decirlo era innecesario.

Un ruido en el sendero nos alertó: un hombretón caminaba hacia nosotros desde la villa. Reconocería esa sombra en todas partes: era Sotas.

—¿Qué te trae por aquí, grandullón? —dijo Rúan.

Sotas se detuvo ante nosotros. Apenas distinguía su rostro en la oscuridad.

—Apicio se sentía generoso y me dio la noche libre. Me dirijo al burdel. ¿Me acompañas? A juzgar por tu aspecto, te vendría bien echar un polvo.

—¡Ja! No soy un esclavo personal. No tengo que observar a mi amo follando. Mis noches son mías y apuesto a que son más ajetreadas de lo que puedas imaginar.

Sotas soltó una carcajada burlona.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté a Rúan. Agradecía su compañía a pesar de todo.

—Necesitaba salir. Tus insultos son preferibles a los de Sejano y sus guardias.

Reímos, pero estaba obligado a compartir mis noticias. Bajé la voz por si

había otras personas invisibles merodeando en los jardines y les conté lo que había dicho Segundo.

—Podríamos estar a punto de poner fin a su poder.

—Leen todo el correo que llega a Capri —dijo Sotas.

—No todo —precisó Rúan.

—¿Qué quieres decir?

Rúan se inclinó hacia mí y Sotas se acercó unos pasos.

—Antonia. Su cuñada, la madre de Claudio.

—¡Y la madre de Livila! ¿Por qué crees que Antonia diría una palabra en contra de ella?

—¿Recuerdas todas esas mujeres con las que me he acostado?

—¿Aquellas con las que deseas haberte acostado, quieres decir? —replicó Sotas y le dio un puñetazo juguetón en el hombro.

—Bien, una de ellas es la escriba de Antonia. Escribe todas sus cartas y puedo decirte dos cosas. Una: dado que ella es la madre de Livila, Sejano confía en Antonia y no hace leer sus cartas a Tiberio, y dos: está disgustada con su hija y con los rumores sobre sus vínculos con Sejano, y también con los rumores de que el padre de los hijos de Livila no es Druso. Al parecer, han discutido al respecto. En cierta ocasión, Antonia incluso la amenazó y le dijo que si un día descubre que esos rumores son ciertos, delatará a Livila y se lo dirá a César.

—¿Estás seguro?

—La encantadora muchacha que me contó esos secretos estaba segura.

—¿Y confías en esa muchacha? —preguntó Sotas. Parecía tan escéptico como yo.

—Sí, confío en ella. Durante el último año se ha acostado conmigo todas las noches.

Sonreí; me alegraba de que Cupido hubiera vuelto a perforar el corazón de

Rúan.

—Debo conseguirle una audiencia con Antonia —dije. Ya estaba pensando en cómo hacerlo sin que ella rechazara mi petición.

—¿Quién es ese hombre? —quiso saber Sotas.

—Satrio Segundo.

Rúan tosió.

—¿Es que no es un hombre de Sejano y completamente leal a él?

—No, a juzgar por lo que oí esta noche.

—Antonia no le creerá a Segundo, incluso aunque tenga pruebas. Era una firme partidaria de ese historiador que Segundo denunció por traición ante Sejano hace años. ¿Cómo se llamaba? ¿Cordo? En todo caso, dudo que Antonia aceptara recibir a Segundo en audiencia; fue él quien causó la muerte de su amigo. Necesitas otra cosa (mejor dicho, otra persona) que lo respalde.

Entonces caí en la cuenta.

—Creo que sé quién.

Y se lo dije.

Cuando se lo comenté, Apicio se mostró receloso, pero lo aprobó. Aprovecharía cualquier oportunidad para poner fin al poder de Sejano. Al día siguiente le dije a Tycho que siguiera a Segundo y me avisara cuando este se dirigiera a los baños, para que yo pudiera «toparme» con él. Tras manifestar cierto escepticismo (y enfado porque Piso lo había traicionado), dejó que lo invitara a una copa de vino. Le expliqué mi plan y el robusto hombre mostró su acuerdo.

Entonces Apicio y yo nos reunimos con Apicata, la pieza clave de mi plan, que había venido a Roma para asistir a la boda de una amiga. Consintió sin titubear y Apicio le envió un mensaje a Antonia.

Y así fue como Apicio, Sotas, Apicata, Segundo y yo nos encontramos ante la puerta de Antonia en la última mañana de septiembre. Antonia, hija del famoso Marco Antonio, era una de las matronas más respetadas de Roma, aún más desde la muerte de Livia. El corazón me latía aceleradamente cuando la puerta se abrió con un crujido y los esclavos nos hicieron pasar. Sotas ocupó su puesto junto a la puerta.

Aunque veía a Antonia con frecuencia en ceremonias estatales o en la villa imperial, solo había hablado con la venerada matrona una única vez y de un modo breve, en el funeral de Aelia. Había sido muy amiga de la madre de Aelia y la conocía de niña. Recordaba que Antonia había sido muy gentil: me besó en las mejillas y me dijo que Aelia le había contado cuánto adoraba los buñuelos de miel que le preparaba para el desayuno. Me había hecho llorar.

Habían pasado siete años desde aquel día y la edad no había estropeado su semblante. Tenía los cabellos un poco más grises y los llevaba recogidos en un moño, un peinado discreto apropiado a su posición. Tenía la piel muy tersa y solo unas pocas arrugas enmarcaban sus llamativos ojos verdes. Su estola azul proporcionaba luminosidad a su rostro y parecía mucho menor que los sesenta y siete veranos que había visto. Me pregunté a qué suerte de magia habría recurrido para conservar ese aspecto tan juvenil.

Se había mostrado cordial conmigo en el funeral, pero esta vez su saludo no fue amable.

—¿Qué está haciendo él aquí? —dijo tras besar a Apicata en las mejillas y ver a Segundo a espaldas de ella—. Mató a mi amigo y no es bienvenido en mi hogar.

—Señora —dijo Apicata, y le apoyó una mano en el hombro—, tiene información que tú también deberías tener.

—Bienvenidos, Apicata, Tracio. Y tú, Segundo —añadió, señalándolo con



el dedo—, será mejor que tengas un buen motivo para estar aquí, de lo contrario mis guardias te echarán y soltarán a los perros.

—Creo que sus noticias te resultarán muy importantes —dije cuando nos sentamos en los bancos que ella nos indicó.

El decorado de la casa de Antonia era más austero que el habitual, con pocas plantas bordeando el estanque *impluvium* del centro. Las pinturas de las paredes eran de un estilo que se remontaba a cuarenta años atrás: tonos oscuros y pequeñas escenas de la vida campestre enmarcadas por delgadas columnas pintadas.

—Por favor, Antonia, has de saber que no haría esta pregunta si no fuese de suma importancia, pero ¿confías en tus esclavos?

Apicataladeó la cabeza hacia la hilera de esclavos a lo largo de la pared que aguardaban las órdenes de Antonia.

—Repito: espero que esta información merezca la pena. —Antonia hizo una pausa, reflexionando—. Quédate, Irene. Los demás podéis marcharos. — Los esclavos, a excepción de una joven de cabello moreno, abandonaron la habitación—. Y ahora dime por qué habéis traído a este hombre malvado a mi casa.

Noté que Segundo se ponía tenso.

—Está aquí para corregir sus actos del pasado —dijo Apicio, y le dio un codazo.

Segundo no parecía el tipo de hombre que se pone nervioso, pero sus manos gruesas temblaban y solo alzó la vista un momento para mirar a Antonia, antes de volver a clavarla en las baldosas del atrio.

—No puedo devolverle la vida a Cordo, aunque ojalá pudiera —dijo.

Ya se había desviado del guion que habíamos acordado. Miré a Apicata:

estaba tan tensa como un corredor a punto de iniciar la carrera. Segundo prosiguió.

—Dudo que todas las muertes de los años recientes... que algunos de los hombres que Sejano ajustició fueran traidores. O si lo eran, ahora sé que solo querían lo mejor para Roma. Sejano es un veneno para todos y yo soy la prueba palpable de semejante podredumbre.

Para mi sorpresa, Segundo parecía realmente contrito. ¡Y había lágrimas en sus ojos, por los dioses! Antonia entreabrió los labios dispuesta a replicarle, pero no pudo.

—Livila se trasladó del Palatino a la Colina de Celio, a una nueva villa, ¿verdad? —preguntó Segundo.

Antonia hizo un gesto afirmativo y él extrajo unos pergaminos del saco.

—Sejano les pidió a varios de sus hombres que la ayudaran mudarse. Yo era uno de ellos. Ya era casi de noche y nos atrapó un chaparrón, el carro golpeó contra una piedra y uno de los arcones salió volando. Aterrizó en un charco, se abrió y algunas ropas de Livila se estropearon y perdimos varias joyas en el fango. Este paquete de cartas también cayó al suelo; logré recogerlo antes de que la lluvia lo arruinara.

Le tendió el paquete a Antonia, que lo cogió con cautela, como si temiera que las páginas estuviesen envenenadas.

—Cuando alcanzamos la villa y descargamos los muebles —prosiguió Segundo con voz trémula—, recordé el paquete. No debí hacerlo, pero no logré refrenar mi curiosidad. Leí las cartas y entonces supe que no podía devolverlas. Cuando le entregamos sus ropas y el contenido embarrado del arcón, le dije a Livila que la lluvia había estropeado las cartas. Embarré unas cuantas y dejé que la tinta se borroneara para que ella me creyera.

Antonia hojeó las cartas apoyadas en su regazo. Se quedó boquiabierta y se

llevó una mano al pecho, presionando los dedos como si así pudiese contener el horror.

—¡Ay, Juno, mi querida señora Juno! —susurró. Leyó unas cuantas páginas más y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Mi hija, mi muy malvada hija...

Apicata se sentó a su lado y le rodeó los hombros.

—Me temo que aún hay más.

Antonia sollozó.

—¿Qué puede ser peor que saber que mis nietos podrían ser ilegítimos y que mi hija es una puta traicionera?

Apicata también se echó a llorar.

—Sejano... una noche, durante una fiesta él... él se embriagó con opio y ajeno. Me... me violó y me dijo, ay dioses... —Tragó saliva, procurando pronunciar las palabras.

—Confesó un asesinato —la ayudó Apicio. Se inclinó hacia Antonia y le tocó la mano, tratando de consolarla—. Sejano y Livila mataron a Druso. Lo planearon y obligaron al eunuco de Livila a cometer el asesinato.

—¡Ay, Juno! —Antonio ocultó el rostro en la estola de Apicata—. ¡Druso! ¡Ese hombre maravilloso no merecía morir a manos de ellos!

Antonia siguió sollozando y nosotros permanecemos sentados, incómodos, mientras Apicata la consolaba. Las lágrimas de Antonia dejaron marcas en su espeso maquillaje, borrando la ilusión de juventud. Por fin se incorporó y se secó las lágrimas.

—¿Qué debo hacer? —preguntó y nos miró.

Aproveché el momento y agradecí a los dioses que ella se hubiera dejado influenciar.

—Escríbele a Tiberio, envíale algunas de estas cartas. Sabemos que tus

cartas son casi las únicas que César puede leer sin que hayan pasado por la censura.

—Creo que es así, pero si no lo es...

—Debemos intentarlo —la animó Apicata, y le secó las lágrimas con su pañuelo—. Sejano está destruyendo la estructura de Roma. Humilla a la familia Elio y a los Antonio con cada uno de sus actos. Ha acusado a cincuenta y dos personas de traición, Antonia. ¡Cincuenta y dos! ¡Debe ser detenido!

Al ser una de las mujeres mayores de la estirpe de los Antonio, estaría muy dispuesta a proteger su reputación. Sonreí para mis adentros, orgulloso de miavecilla por pronunciar las palabras correctas.

—Tienes razón. No puedo permitir que mi hija nos arrastre a todos por el lodo —dijo y dirigió la atención a la esclava apoyada contra la pared. Al notar que Antonia la miraba, la muchacha se enderezó—. Ve en busca de mi escriba, Irene. No hables con nadie, ni a la ida ni a la vuelta. ¡Ni una palabra, muchacha, o te cortaré la lengua!

Irene inclinó la cabeza y sus largos rizos le cubrieron los ojos. Se volvió y desapareció en el oscuro pasillo.

Antonia se masajeó la cara, alisando el maquillaje.

—Informaré a Tiberio de la traición contenida en esas cartas. No puedo informarlo sobre Druso. —Miró a Apicata—. Eres tú quien debe decírselo. ¿Estabas sola cuando Sejano te lo confesó?

—No. Passia, la esposa de Tracio, estaba oculta en la habitación. Ella prestará declaración —intervino Apicio.

Antonia suspiró.

—¿Es una esclava? Tendrá que ser torturada para obtener las pruebas. Me ofrezco a hacerlo... seré suave.

Un estremecimiento de alivio me recorrió y se me puso la carne de gallina.

—No, gracias a los dioses ha sido manumisa.

Por ley, la única manera de que el testimonio de un esclavo tuviese validez ante un tribunal era si se obtenía mediante tortura. La idea de que Passia fuese sometida a la tortura del fuego, al arrancado de uñas o de dedos, me resultaba intolerable.

—Es una suerte. Tú te encargarás de informar a Tiberio de la versión de Passia. Recomiendo que esperes hasta que averigüemos la reacción a mis cartas... en caso de que necesitemos más leña para este fuego.

Apicata suspiró. No le gustaba tener que comunicarle la noticia del asesinato de Druso a Tiberio personalmente. Albergábamos una pequeña esperanza: si la carta de Antonia bastaba para condenar a Sejano, quizá no se vería obligada a hacerlo.

Irene regresó con la escriba, una mujer de aspecto llamativo de piel pálida y cabello castaño que parecía una íbera. Reprimí una sonrisa: hubiese sido inapropiada, dada la gravedad de la situación. Si la esclava era la compañera de cama de Rúan, él era un hombre afortunado.

—Escribiré esta carta —dijo Antonia—, pero debo exigir una cosa —añadió mirando a Segundo, que se removió en el diván, inquieto—. Tú te quedas aquí. Que Roma crea que has desaparecido. No puedo confiar que no cambies de parecer. Y créeme, me complace tan poco como a ti.

—¿Es que me quedaré sentado en tu mazmorra?

—No, por más que te lo merezcas. Te quedarás en mi casa de huéspedes. Dispondrás de dos esclavos para atenderte y de todos los libros que quieras, pero no te marcharás. Mis guardias se encargarán de ello. Una vez que Tiberio haya contestado a mi carta, podrás irte. Eso nos protegerá a ambos, a ti y a mí. Sejano no se mostraría magnánimo si descubriera que lo has traicionado.

—Me quedaré —repuso, en el mismo tono de un niño al que le ordenan

irse a dormir temprano: triste pero resignado.

—Bien. Te enviaré un mensaje en cuanto reciba noticias.

Se despidió de nosotros con un beso y nos marchamos con el corazón lleno de esperanza.

Pasaron veinticuatro interminables días de espera. El resultado de la misiva de Antonia a Tiberio nos llegó un día, de madrugada, cuando estábamos preparando tartas para la *salutatio*. Uno de los niños esclavos entró precipitadamente en la cocina con labios trémulos.

—¡Soldados! ¡Hay soldados rodeando el Senado! —exclamó y se detuvo ante mí, jadeando.

Era uno de los niños prodigio de Timón, un muchacho delgado de cabellos tan rubios que parecían blancos. Supuse que era un bárbaro de Germania.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Timón, enfadado.

El muchacho bajó la vista, temeroso. Al parecer, lo habían pillado perdiendo el tiempo en vez de cumplir con un encargo. ¡Y gracias a los dioses que lo había perdido!

—¡Habla! —dije agarrándolo de los hombros—. ¿Qué sabes? ¡Dímelo! Te juro que no te castigaré si me dices la verdad.

De hecho, ya había cogido un áureo de oro del monedero colgado de mi cinturón. Deslicé la moneda —más dinero de lo que el muchacho jamás había soñado poseer— en su mano mugrienta.

—¡Habla!

—¡Hay soldados en el Foro! ¡Han venido a llevarse a Sejano! Dicen que le están leyendo una carta redactada por Tiberio a él y al Senado, ¡pero los soldados aguardan en el exterior para llevárselo!

Lo aparté y eché a correr hacia la puerta.

—¡Tycho! —grité mientras recorría la casa.

No tardé en oír el ruido de sus sandalias a mis espaldas. De camino al atrio pasamos junto a Apicio, donde la *salutatio* estaba a punto de comenzar.

—¿Qué...? —empezó Apicio.

No me detuve.

—¡Sejano! ¡Creo que están arrestando a Sejano!

Mientras me alejaba a la carrera oí que Apicio le decía a Sotas que informara a los guardias que la *salutatio* quedaba anulada y que fuera en busca de Apicata.

Minutos después, Tycho y yo descendíamos por el sendero a través del Palatino, en dirección al Foro. Llegamos hasta el templo de Cástor y Pólux y corrimos entre las piedras hasta el Foro, abriéndonos paso entre comerciantes, mendigos y niños. No nos detuvimos hasta alcanzar la muchedumbre reunida en torno a la Curia Julia, el lugar donde se reunía el Senado y donde yo había obtenido mi libertad veinte años atrás.

La multitud se arremolinaba hablando en voz baja, como si no quisiera estropear la sorpresa que aguardaba a Sejano cuando saliera. Un anillo de guardias pretorianos rodeaba la Curia, mezclados con docenas de *vigiles*. El jefe de estos, un hombre duro llamado Gracinio Laco que en cierta ocasión había cenado en el diván de Apicio, esperaba al pie de la escalinata.

—¿Qué está pasando? —le pregunté a un anciano équite mientras trataba de recuperar el aliento.

Él entornó los ojos y contempló el sol, cuyos rayos rebotaban contra las enormes puertas de bronce de la Curia.

—Están leyendo una carta de Tiberio. Sejano creyó que se trataría de más elogios. Alardeaba cuando entró, pero si la carta contenía elogios, ¿por qué habría soldados esperándolo?

—¿Cuánto hace que leen esa carta?

—Casi veinte minutos...

Lo interrumpieron gritos en el interior de la Curia. Las puertas se abrieron y un grupo de soldados condujo a Sejano escaleras abajo. Reconocí al soldado que los encabezaba, un hombre que antes siempre había estado al lado de Tiberio, un general llamado Macro, más alto y fornido que Sotas. Su figura destacaba por encima de Sejano y los demás guardias.

Pronto la multitud vociferante los ocultó. Toda clase de objetos fue arrojada contra el traidor. La guardia pretoriana levantó sus escudos para protegerse de las piedras y la fruta podrida, y los *vigiles* empujaron la multitud hacia atrás para dejar paso a los soldados.

—¡Atrás! —gritó uno de estos—. Vuestro turno no tardará en llegar. ¡Dejadlos pasar!

Raudos, los soldados pasaron por nuestro lado, empujando a Sejano a través del Foro, seguidos por los senadores que salían de la Curia. Descubrí a Trio entre la multitud. Hacía poco había sido elegido senador y habría visto todos los acontecimientos. Arrastré a Tycho a través de la multitud.

—¡Trio! —grité, esperando que me oyera.

—¡Tracio! Me alegro de verte.

Me palmeó la espalda, tan cordial como siempre, casi como si no nos encontráramos en medio de una muchedumbre.

—¿Adónde lo llevan?

—Al templo de la Concordia. Lo juzgaremos al atardecer. Dada la carta que nos acaban de leer, creo que será un juicio corto.

—¿Qué ponía esa carta?

Trio me cogió del codo y me arrastró a un lado para zafarnos de la multitud.

—Era una carta extraña, que empezaba por elogiar a Sejano y comentaba algunas de las leyes que estábamos intentando decretar. Después cambió de



rumbo y Tiberio anunció que nombraba a Macro prefecto pretoriano. Acusó a Sejano de traición, afirmando que poseía pruebas de que tramaba derrocar al César. ¡Fue magnífico! No podríamos haber deseado un final mejor para ese cabrón.

—Sí, es verdad —dije, eufórico.

—Hemos de celebrarlo. ¡Dile a Apicio que mañana, una vez que el cuerpo de Sejano yazca roto en las escaleras de Gemonías, espero un gran banquete!

—¡Así lo haré!

De camino a la villa nos detuvimos en el templo de Hécate para disponer el sacrificio de un toro en agradecimiento por la ayuda de la diosa en derribar a Sejano. Más adelante, haría lo mismo con Némesis, Averno y Mercurio por cumplir con la maldición, aunque hubiesen transcurrido años desde habérsela echado.

La verdad, eran sacrificios que jamás llevaría a cabo.

Cuando alcancé la villa, Apicio estaba sentado en el peristilo con Apicata. Apicio parecía sufrir una conmoción; cuando me acerqué lo único que dijo fue lo siguiente:

—No me lo puedo creer, por fin me habré librado de ese cabrón.

Después volvió a bajar la mirada, retorciendo los bordes de su toga con las manos. Apicata estaba sentada junto a él, rodeándole los hombros con el brazo; tenía los ojos hinchados de llorar.

—¿Te encuentras bien, Apicata? —Creí que estaría eufórica al saber que Sejano había recibido su merecido.

—Tienen a Capito y Estrabón.

El horror se apoderó de mí y me dejó sin aliento. ¿Cómo no lo había previsto? Por supuesto: si mataban a Sejano, también matarían a sus hijos

para eliminar su estirpe. ¡Ay, dioses! ¿Qué habíamos hecho? Me quedé sin palabras. Después de permanecer allí unos momentos, vacío, observando a Apicata sollozar sobre el hombro de su padre, me marché, incapaz de soportar su dolor.

Un rato después, cuando volví tras reunirme con los galopillos y despedirlos, Apicata todavía lloraba. Apicio la abrazaba con una ternura que hacía muchos años que no veía...

—¿Por qué recurrimos a Antonia? ¿Por qué, por qué? —dijo, sollozando. El maquillaje negro en torno a sus ojos se había borroneado—. ¡Mis niños! ¿Qué les harán a mis niños? ¡Los matarán! ¡Sé que los matarán!

—No temas, hija, estoy seguro de que todo irá bien. —Apicio le acarició el cabello, pero eso no la tranquilizó.

—Envía otro mensajero —me dijo tras notar mi presencia.

Ya lo había intentado. Le toqué el hombro.

—Macro ha ordenado que nadie abandone o entre en la villa. Pero no te preocupes: una vez acabado el juicio, los niños serán puestos en libertad. Para mañana a estas horas los tendrás entre tus brazos.

—¿Lo crees? —preguntó ella, alzando la vista.

—Sí, lo creo —mentí.

Apicio me lanzó una mirada elocuente. Solo estábamos prolongando lo inevitable, pero ¿qué más podíamos hacer?

Ella se incorporó y se secó las lágrimas.

—Espero que tengas razón.

Apicio la ayudó a acomodarse el pañuelo.

—Llorar es inútil, hija. No sabremos nada hasta mañana. Estoy seguro de que están a salvo. Han cerrado las puertas con llave para asegurar que no haya traidores en la casa de Sejano.

Apicata pareció aceptarlo y la mirada de sus ojos, ya secos, se endureció.

—Quiero observar.

—Creo que todos queremos observar —dijo Apicio, mirándome.

Vi que Sotas, apostado junto a la puerta, inclinaba la cabeza. Tantos años después, nuestra maldición había surtido efecto. ¡Ay, Minerva! Y con consecuencias que no podíamos haber previsto.

Tycho entró sosteniendo un pequeño pergamino.

—Amo —dijo, y se lo tendió a Apicio.

Este lo desenrolló.

—Es de Trio. Suponen que Sejano será declarado culpable, la gente ya se ha reunido para oír el veredicto. Ha reservado un lugar para nosotros en el extremo superior de la escalinata. —Su mirada recorrió el escrito y sonrió—. ¡Qué buena noticia!

Lo conocía demasiado bien; ponía algo más en el pergamino, su repentina alegría no era natural. En el pergamino debía de poner algo sobre los hijos de Apicata, pero no pregunté: no quería saberlo.

A media tarde nos dirigimos a las escaleras de Gemonías, una enorme escalinata de mármol que se elevaba desde las calles del Foro hasta el Arx — el punto más elevado de la Colina Capitolina—, el templo de la Concordia y el Tabulario situado por detrás. Los traidores a Roma eran estrangulados y luego arrojados por esas escaleras, donde permanecían tendidos durante días, en general hasta que el hedor se volvía insoportable en los templos próximos. Después arrojaban el cadáver a las profundidades del Tíber. Si lo declaraban culpable, Sejano sería arrojado escaleras abajo, y nadie dudaba de su culpabilidad.

Recorrimos el borde de la Colina Capitolina en vez de abrirnos paso a través de la muchedumbre del Foro, después enviamos a los esclavos y los

palanquines a casa, mientras nuestros guardias nos conducían andando a través de la multitud. Apicio les mostró el sello del pergamino a los *vigiles* que vigilaban los muy solicitados espacios en el extremo de las escaleras. Nos franquearon el paso y un guardia joven nos condujo hasta los peldaños superiores, donde nos dijo que podíamos esperar.

Cuando llegamos ya había cientos de personas bordeando los lados de las escaleras. Los peldaños superiores estaban reservados para los senadores y sus familias, los centrales y los inferiores para los patricios ricos y los *équites*. Los plebeyos no tenían permiso de ocupar las escaleras y se reunían al pie de estas y ocupaban las calles del Foro. Vendedores de fruta y frascas de vino circulaban entre la multitud; el bullicio era notable: perros ladrando y aguardando que el cuerpo fuera arrojado, hombres debatiendo cómo Tiberio había descubierto la traición de Sejano, y niños gritando mientras jugaban al *pilla-pilla* corriendo escaleras arriba y abajo.

Al atardecer, la multitud soltó un rugido cuando la guardia pretoriana —los hombres de Sejano hasta el día anterior— condujo al prisionero escaleras arriba hasta el templo de la Concordia, donde se celebraría el juicio. La gente le lanzaba insultos y el grito más común era «¡Traidor! ¡Traidor!».

Cuando Sejano se acercó a la parte superior de las escaleras, descubrió a Apicio y tiró de sus cadenas.

—¿Me llamáis traidor a mí? —vociferó a la multitud. Nadie lo escuchaba, pero él continuó gritando—. ¡Marco Gavo Apicio es el traidor! ¡Y un asesino! ¡Asesinó a un amigo de Tiberio! ¡Deberíais enjuiciarlo a él, no a mí! ¡Tengo pruebas! ¡Tengo pruebas de que Apicio es un asesino!

Sejano tironeó de las cadenas y con las manos maniatadas señaló a Apicio, que permaneció inmóvil; irradiaba oleadas de terror y percibí su temblor cuando me cogió del brazo.

Un guardia pateó las corvas a Sejano, que cayó y se golpeó el mentón

contra los peldaños de mármol. Otro guardia lo levantó y lo arrastró a lo largo del último trecho. Cuando doblaron la esquina del templo, Sejano seguía gritando el nombre de Apicio.

Este aún me aferraba el brazo con fuerza. Nadie parecía haber prestado atención a las palabras de Sejano, incluso Apicata no parecía haber registrado la trascendencia de lo que había dicho su ex esposo. Quizá la multitud creía que los alaridos de Sejano solo eran los gritos desesperados de un hombre a punto de morir y que por eso no tenían importancia. Al menos eso fue lo que esperé.

La muchedumbre se calmó cuando Sejano desapareció. Nos sentamos en el mármol y aguardamos, algo que normalmente Apicio nunca hubiera hecho, pero concurrían circunstancias atenuantes, desde luego. A lo largo de todos los peldaños los patricios estaban sentados como plebeyos, aguardando que comenzara el espectáculo de la muerte. Apicio casi no dijo nada, su palidez lo decía todo.

Pronto oscureció y encendieron lámparas a lo largo de las escaleras. Cientos de antorchas y farolas brillaban en las calles del Foro como chispas en la noche.

Oí el traqueteo de la guardia pretoriana antes de ver a Macro y sus soldados conduciendo al condenado. Sejano se desplomaba entre ellos, que lo empujaban como si apenas pudiera caminar. Entonces desfilaron trescientos senadores, una amplia franja de togas con bandas rojas, y ocuparon sus puestos en las escaleras junto a sus familias.

Cuando volvimos a ver la parte superior de las escaleras, a apenas cincuenta pasos de distancia, Sejano estaba sentado en un tosco taburete. Dos de los hombres más fornidos que jamás había visto estaban de pie a su espalda, flanqueados por Macro y sus pretorianos.

Trio se acercó a nosotros.

—Apuesto a que no lo creeréis —dijo, inclinándose para que lo oyéramos—, pero durante el juicio trató de convencer al Senado de que tú habías asesinado a un amigo de Tiberio.

Apicio soltó un gritito ahogado y lo miró con grandes ojos.

Trio rio.

—Fue como asistir a una mala obra de teatro. Desvariaba como un demente, acusando a todos sus conocidos de ser traidores, asesinos y adúlteros. Dijo que todos nuestros amigos conspiraban contra el César, lo que hizo que condenarlo fuera más fácil: sus mentiras le ayudaron a alcanzar el poder y ahora nos alegramos de que sus mentiras supusieran su fin.

Apicio soltó un profundo suspiro de alivio. Trio sonrió.

—Sí, será bueno poner fin a este monstruo, ¿verdad?

El senador Poncio Casto se situó en lo alto de las escaleras, a unos pasos de Sejano. Era un hombre alegre de vientre abultado y barba moteada que había contado con obtener el puesto de cónsul hasta que el Senado, sometido a una gran presión por Tiberio, en cambio nombró a Sejano. Me pregunté qué estaría pensando mientras se disponía a leer las palabras del pergamino que sostenía.

Apicata con una mano me cogió la mía y, con la otra, la de Apicio. Miré a Sotas y Tycho, y durante un instante descubrí una solidaridad antes nunca experimentada. Pese a todo lo demás, había algo que nos igualaba: nuestro odio por Sejano.

Casto empezó a hablar y su voz resonó como un trueno, dura y cortante.

—¡Romanos! ¡Hoy estoy ante vosotros para leer la sentencia del condenado Lucio Elio Sejano!

La multitud enloqueció y elevó una petición unánime.

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

El senador dejó que el vocerío continuara unos minutos. Sejano alzó la

cabeza; incluso ante la muerte su expresión era arrogante. A medida que el griterío empezó a amainar para que Casto pudiese leer la sentencia, Sejano comenzó a vociferar a voz en cuello.

—¡Hubiera sido vuestro dios! ¡Hubiera salvado Roma! ¿Decís que era un tirano? ¡Escúchame, Roma, te maldigo! ¡El próximo César que Roma conozca os mostrará lo que realmente es un tirano! ¡Te maldigo, Roma!

El ruido apagó sus palabras y gran parte de la muchedumbre no las oyó, pero yo jamás las olvidaría. Al contrario, las recordaría a menudo cuando reinara Calígula.

Casto les hizo un gesto a los pretorianos que sujetaban a Sejano en el taburete. Uno de ellos le metió un trapo en la boca para silenciarlo.

Casto alzó la voz y pronunció la sentencia, aunque probablemente sabía que nadie oiría sus palabras, al igual que las de Sejano, apagadas por el bullicio de la muchedumbre.

—El Senado y el pueblo de Roma declaran que Sejano es culpable de traición contra el César y contra toda Roma. Ha sido condenado a muerte por estrangulación y su cuerpo será arrojado escaleras abajo ante nosotros.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —vociferaba la multitud.

Casto prosiguió.

—En los próximos días, todos aquellos cuya sangre fluye del mismo tronco que el de Sejano morirán también, ya sean sus hijos, sus esclavos o sus leales amigos.

—¡No! —aulló Apicata.

Apicio la detuvo antes de que pudiera correr escaleras arriba y atacara a puñetazos a Casto.

—¡Contrólate, hija! —exclamó y la retuvo por los hombros. Ella se debatió, intentó zafarse y gritó los nombres de sus hijos. Apicio echó un

vistazo a la multitud; muchos dirigían la mirada hacia nosotros. Entonces la abofeteó—. ¡Hija! ¡Cállate!

Ella se desplomó sobre él, sollozando. Él la abrazó con ternura, pero no había sorpresa en su mirada y las cosas eran como yo las había imaginado: en el pergamino debía de poner que los hijos de Apicata serían sentenciados a la par que Sejano. No permitirían que la estirpe del traidor continuara. Se me encogió el estómago.

Los guardias empujaron a Sejano y el taburete hacia delante. Él mantenía la vista clavada en un punto por encima de la multitud, al otro lado del Foro, y no había rastro de temor en su rostro. La multitud calló cuando el pretoriano más fornido le quitó la mordaza, le enrolló una cuerda alrededor del cuello y tiró de ambas puntas, estrangulándolo lentamente. Su rostro enrojció, luego se volvió morado, después sus ojos se desorbitaron y su lengua asomó como si quisiera alcanzar el aire. Un guardia le tendió un gancho de metal de punta aguda al otro *vigile*, que lo clavó en el pecho de Sejano con gran violencia. Brotó un chorro de sangre y los patricios situados en el extremo de las escaleras retrocedieron. La multitud soltó un rugido de aprobación.

Cuando el condenado dejó de agitarse, los guardias le quitaron la cuerda del cuello y la sujetaron al gancho. Los guardias apostados en el extremo de las escaleras se acercaron con un burro, le ataron la cuerda al pescuezo y, soltando un sonoro grito, el pretoriano le pegó una palmada en el anca. El burro echó a correr escaleras abajo, arrastrando a Sejano. El ruido de la multitud era ensordecedor. Entonces soltaron los perros sujetos al pie de las escaleras, que se lanzaron sobre el cuerpo. Los reconocí: eran los propios perros de Sejano con los cuales a menudo había hecho matar hombres.

El cuerpo se desprendió del gancho a mitad de camino. Los perros hincaron los dientes en las carnes de Sejano y algunos hombres se



apresuraron a pegarle puntapiés al cuerpo. Yo no sentía nada, solo un profundo entumecimiento a medida que la sangre se derramaba por los peldaños de mármol, tan pringosos que los perros y los hombres resbalaron en los charcos.

Estaba hecho. Sejano había muerto. Sin embargo, no sentía ninguna satisfacción. Observé el cuerpo cayendo por las escaleras, del que se desprendían trozos de carne.

Estrabón, de quince años de edad, fue arrojado por las escaleras la tarde del día siguiente, y Capito, de trece años de edad, fue estrangulado al subsiguiente. La próxima fue Junila, la bella Junila que jamás conocería el verdadero amor, nunca vería la coronilla de su primogénito, jamás se convertiría en una joven. Primero la violaron —condenar vírgenes a muerte era ilegal— y después la arrojaron por las escaleras para reunirse con los restos de su padre y sus hermanos.

Apicio le prohibió a Apicata asistir a las ejecuciones; sabía que no la dejarían acercarse a sus hijos ni a sus cuerpos destrozados una vez muertos. Ella clamó contra su padre, le dio puñetazos en el pecho, le desgarró la ropa dando rienda suelta a su cólera, hasta que Sotas y yo tuvimos que apartarla. Recurrí a poner opio en su vino, y Apicio le ordenó a Sotas que la vigilara y no la perdiera de vista.

Tras la ejecución de su hija, Apicata se quedó sentada en un banco del atrio en silencio, balanceándose adelante y atrás con la mirada clavada en el suelo. Hizo caso omiso de cuantos se sentaron a su lado o trataron de hablarle. Permaneció sentada durante horas, hasta que Apicio acercó una silla y se sentó frente a ella. No dijo nada, solo le cogió las manos y las besó; después se quedó ahí sentado, sosteniéndole las manos durante casi un cuarto de hora.

Finalmente, ella se puso en pie, depositó un beso en la cabeza de su padre y se retiró a su alcoba, indicándome que la siguiera.

Me pidió que me sentara a su lado mientras le escribía una carta a Tiberio. No me dijo una palabra más y yo tampoco tenía nada que decirle. Observé como formaba cada letra con su caligrafía intrincada y cuidadosa, pero con gestos que me llenaron de pena. Su nota al César era mordaz y triste: afirmaba que su único consuelo tras la muerte de sus hijos era que Druso, el propio hijo del César, también había muerto a manos de otros: Livila y Sejano, su amante. Maldijo al César y le deseó que sufriera la misma muerte que sus hijos y su hija, que lo estrangularan violentamente cuando menos se lo esperara.

Me tendió la carta para que la leyera, la sellara y se la enviara al César. Me besó en ambas mejillas, me abrazó y me dio la espalda, indicando que me marchara.

Cuando cerré la puerta detrás de mí, me deslicé al suelo y clavé la mirada en la puerta. Era como si el mundo girara en torno a mí. Nunca había imaginado que nos encontraríamos de esa guisa: vacíos, descendiendo a la oscuridad en espiral.

La encontramos a la mañana siguiente. Se había envenenado y aún aferraba la diminuta botella rosa en la mano. Apicio se encerró en su habitación, lloró inclinado sobre el cuerpo de su hija y se negó a salir durante una noche y un día.

Cuando por fin lo hizo, tenía los ojos enrojecidos pero secos. Yo había esperado toda la noche junto a Sotas en el pasillo. Apicio me miró un momento, casi como si no me reconociera. Finalmente habló en tono duro.

—Llévatela. No quiero un funeral, no quiero volver a oír los nombres de

mi hija, mis nietos o mi esposa nunca más. Has de informar a mis clientes y amigos de mi decisión —dijo, y pasó por mi lado en dirección a los baños.

Solo hablamos de su familia una única vez, justo antes de que muriera.

Me ocupé de todo completamente aturdido. Todo lo que me rodeaba era gris y vacío. Echaba de menos a mi esposa y mi hijo, instalados a salvo en Herculano, lejos de los horrores que acabábamos de vivir. Y me sentí agradecido por ello.

Cuando Tiberio recibió la carta de Apicata, condenó a muerte a Livila. Antonia solicitó el derecho de ser quien castigara a su hija y, curiosamente, el César se lo concedió. Antonia encerró a Livila en una habitación de su casa y la dejó morir de hambre. Recordé el día de la boda de Livila, cuando Apicio le obsequió buñuelos de calabaza y ella dijo que era la última comida que jamás desearía tomar. No le concedí esa gracia.

En las semanas siguientes, Tiberio ordenó a Macro que diera caza a los leales a Sejano. Muchos hombres acaudalados se apresuraron a acusarse los unos a los otros y muchos cadáveres más se amontonaron en las escaleras.

Nuestra maldición contra Sejano tardó veinticinco años en surtir efecto. Esa maldición resultó ser aquello de lo que más me arrepentí en la vida. ¿De cuánta de esa sangre derramada era culpable? Era un peso con el que nunca he dejado de cargar.

Si había algo que toda Roma había llegado a saber durante las últimas tres décadas, era que Marco Gavo Apicio sabía celebrar un banquete. Un mes después de la caída de Sejano, las fiestas empezaron a sucederse todas las noches. A diferencia de su actitud tras la muerte de Aelia, Apicio no parecía estar de duelo. La mayoría consideraba que su corazón se había endurecido, o que tal vez la alegría causada por la muerte de Sejano superaba la aflicción por la muerte de su hija. Puede que muchos supusieran que se avergonzaba del vínculo de Apicata con el mayor tirano de Roma y que aprobaba su suicidio.

Yo sabía que no era así. Apicio canalizaba su dolor recibiendo a toda Roma, y yo canalizaba el mío tratando de ayudarlo.

Se volvió temerario, bebiendo más que nunca, diciendo cosas que antes la discreción le impedía manifestar y haciéndoles regalos cada vez más lujosos a sus invitados. También empezó a rechazar mis consejos cuando traté de reducir sus gastos o contrariar sus sugerencias sobre cosas tan nimias como el color de las servilletas o el número de clientes a invitar para equilibrar sus cenas.

Curiosamente, fue un niño pequeño quien hizo que se preocupara por su dinero, o más bien su reputación con respecto al dinero.

Ocurrió una noche, cuando Cayo Plinio Céler, uno de sus amigos patricios, su esposa Marcela y su hijo de doce años vinieron a cenar con nosotros.

—Mi hijo será historiador —dijo Céler, señalando al pequeño Cayo Plinio Segundo, a quien llamaban Plinio. El niño había acudido como sombra a su

primera comida de adultos fuera de casa—. Está registrando acontecimientos en bien de la posteridad.

—Estoy escribiendo una historia del mundo y de todo lo importante —dijo el niño en tono solemne. Era nervudo y delgado como un junco.

—¡Apicio es uno de los hombres más importantes de Roma! —soltó Marcela—. ¡Ha escrito docenas de libros de cocina! Tendrás que incluirlo en tu historia.

El niño se limitó a asentir con expresión pensativa. Me sorprendí al ver que Apicio fruncía el ceño, como si le preocupara la opinión de un niño.

—Debes probar las lenguas de flamenco, Plinio, ¡su sabor es soberbio! —le dijo al niño, señalando la fuente de exquisiteces fritas—. Una vez que las hayas probado, será como si Venus te sonriera desde su trono de estrellas.

Un niño de casi la misma edad vestido como un efebo les tendió la fuente a Céler y Plinio. El padre cerró los ojos al saborear el bocado ofrecido.

—Delicioso —dijo, reclinándose en el diván—. Por favor, sírveme unas cuantas más —añadió, y le indicó al esclavo que depositara las crujientes lenguas en su plato.

—Asegúrate de dejar espacio en tu estómago —le dije a Plinio—. Después habrá más.

Él no me escuchó. Había extraído una tablilla de cera de un saco colgado de su túnica y estaba escribiendo. Vi que ponía: «Apicio dice que el sabor de las lenguas de flamenco es soberbio.» Tuve que sonreír: era una buena manera de comenzar a registrar los acontecimientos. Cuando solo quedaban migas y cáscaras en los platos de los comensales, indiqué a los esclavos que retiraran los entrantes y trajeran las fuentes de carnes y verduras. El primer plato era de salmonetes cocidos en su propio jugo, seguido de codornices hervidas, pollo en salsa de hinojo, setas con miel, palomas torcazas asadas,

pastel de lechón y hasta una maravillosa liebre rellena adornada con las alas de una paloma, un tributo al magnífico Pegaso.

Plinio siguió escribiendo en su tablilla a medida que llegaba la comida. Mientras el esclavo trinchador cortaba la carne, el niño alzó la voz, aguda como la de una niña:

—Gastas mucho dinero.

Se dirigía a Apicio, y no era una pregunta, sino una afirmación astuta. El padre de Plinio se ruborizó y se dispuso a decir algo, pero Apicio se le adelantó. Sonreía, pero me di cuenta de que estaba irritado. Se dirigió a Plinio en el mismo tono que a menudo utilizaba con sus clientes más pobres: cortés pero un tanto desdeñoso.

—Has podido disfrutar de esas lenguas de flamenco porque gasto mucho dinero. Te han gustado, ¿verdad?

—Pues en realidad no.

Apenas logré reprimir una carcajada: solo un niño podía ser tan directo.

—Un día podrías quedarte sin dinero —añadió.

Un par de otros invitados soltaron un gritito entrecortado y Céler le pateó la pierna a su hijo.

—Ahora calla. Has sido irrespetuoso y hablaremos de ello después.

Una voz cantarina se elevó por encima del grupo, distrayendo nuestra atención.

—¡Apicio! —Claudia, una de las otras invitadas, estaba reclinada a un lado de Marcela. Apicio dejó de prestar atención al niño y se volvió hacia las mujeres—. ¡Debo preguntarte dónde encontraste estas copas tan exquisitas! Seguro que no en un mercado romano. Jamás he visto esta piedra.

—Desde luego que no —dijo Apicio. Conseguir las copas había sido difícil y él adoraba contar la historia—. A principios del año pasado viajé a Sicilia, donde había oído hablar de un cantero talentoso para crear objetos exquisitos

de piedra opaca. Compré todas las piezas de las que disponía, incluidas estas copas y el cuenco que has visto en la entrada. ¡El cantero tardó diez años en elaborarlas!

Tuve que hacer un gran esfuerzo por no poner los ojos en blanco. El cantero solo había tardado diez semanas en elaborar el juego de copas y el cuenco, pero Apicio siempre adornaba sus historias. Esa manía se había agudizado en los últimos meses.

Claudia le hizo una caída de ojos.

—¡Qué pena! Había confiado en halagarte con una copia en mi propia mesa.

—¡Me halagas solo con preguntar, Claudia!

La conversación giró en torno a otros temas. Apicio se inclinó hacia mí.

—Por favor, haz que mañana envíen el cuenco a Claudia como regalo.

Le lancé una mirada desconcertada, pero él ya se volvía hacia los demás comensales. Bastante divertido, noté que Plinio había oído nuestras palabras y que Apicio observaba al niño mientras este escribía afanosamente en su tablilla.

Cuando los comensales se marcharon Apicio me llevó a la biblioteca.

—¿Has visto los libros últimamente? ¿De cuánto dinero disponemos?

Me quedé boquiabierto. Durante años había intentado que mi antiguo amo prestara atención al dinero que gastaba, ¿y ahora me lo preguntaba porque le preocupaba lo que un niño estaba escribiendo en su tablilla de cera?

—¿Por qué de pronto te preocupas por el dinero, Apicio? Antes nunca le diste importancia.

—Sí, lo sé, pero debo mantener mi reputación. ¿Y si el joven Plinio tuviera razón? ¿Y si me quedo sin dinero?

Me senté en una silla junto al largo escritorio, aún incapaz de dar crédito a mis oídos.

—¿Por qué te importa lo que escribe un niño?

Apicio alzó las manos con aire exasperado.

—¡Es una historia! —exclamó, acentuando la última palabra y mirándome como si yo fuese estúpido.

—Ah, sí, una historia.

Me pregunté qué estaría pensando Sotas en el pasillo, al otro lado de la puerta; debía de estar partiéndose de risa. Había revisado los libros con el secretario el día anterior. Extraje el pergamino del montón en el escritorio y lo desenrollé.

—Disponemos de diez millones de sestercios. La comida de esta noche costó unos diez mil sestercios, una suma considerable, sin duda, pero insignificante en comparación con los banquetes que solías organizar para Tiberio.

—¿Solo diez millones? —Apicio palideció.

—¿Solo? Esa suma aún te sitúa entre los hombres más ricos de Roma.

Pero él no lo veía así.

—¡Dioses! ¿Así que casi no queda nada de mi herencia? ¡Era de cien millones! ¿Me estás diciendo que mi fortuna se ha reducido prácticamente a nada?

—Mil sestercios bastarían para alimentar a toda una familia plebeya durante un año —dije, y me alisé los cabellos con la mano—. Supongo que te das cuenta de que, aunque antes formabas parte de los ricos vulgares, ahora sencillamente te encuentras entre los muy ricos.

No captó la ironía y empezó a recorrer la biblioteca mascullando.

—¿Y qué hay de las granjas? ¿De la escuela? ¿De la paga del César?

Suspiré.



—Las granjas no arrojan muchas ganancias porque las usamos para alimentar a tus invitados. La escuela jamás arrojó ganancias: funcionamos con pérdidas y todavía debemos dinero después del incendio. Hace tiempo que no queda nada del dinero que te pagaba el César: lo gastaste casi todo comprando nuevas villas, muebles y regalos para tus amigos.

—Eso es inaceptable —dijo, sin dejar de pasearse de un lado a otro.

—Podemos reducir diversos gastos —sugerí.

Apicio se detuvo y casi arrojó al suelo una pila de pergaminos apoyados en un estante.

—¿Reducir cómo?

—Algunas cosas sencillas serían de gran ayuda. —Enrollé el pergamino y lo sujeté con un cordel—. Por ejemplo, todas esas ocas y cerdos que estás engordando en las granjas. Deja de alimentarlos con esos higos caros y vuelve a darles bazofia. Solo eso ya te supondría un ahorro de casi cinco mil sestercios anuales.

Apicio se sentó en la silla frente a mí y se sujetó el estómago, arrugando su toga.

—No puedo. No, de ninguna manera. ¡Mis comensales se vuelven locos por esos hígados!

Intenté otra táctica.

—Encuentra un modo de restarles importancia... haz que ya no estén de moda. El *gourmand* eres tú, no tus comensales.

—Se darán cuenta. ¡Sabrán que mi dinero está desapareciendo!

—Bien. Olvida los hígados. Incluso si sirves menos platos reducirías tus gastos. Nadie lo notaría: siempre sobra muchísimo en todas las cenas. Es imposible que coman todos los platos si sirves tanta comida...

Apicio se obstinó.

—No, no, eso es inaceptable —dijo, y volvió a ponerse de pie—. No puedo

permitir que Roma se entere de mi situación actual. De ninguna manera. No deben sospechar nada, encontraré otro camino. Ese niño nunca podrá describirme como un fracasado.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté, sirviéndome una copa de vino de una frasca que había en la mesa. Lo agüé mezclándolo con agua de un jarro.

Apicio hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Diez millones de sestercios? ¿Cuánto crees que durará mi fortuna?

—Quizá cinco años, si eres mínimamente cuidadoso. Mucho más si empiezas a considerar lo que deberías hacer para ganar dinero en vez de gastarlo.

—¿Eso es todo?

Volvió a recorrer la biblioteca, mascullando en voz baja. Por fin se acercó al escritorio una vez más; parecía haber alcanzado alguna clase de decisión. Su mirada me sorprendió: era de determinación, un sentimiento que Apicio nunca exhibía cuando se trataba de dinero. Lo llamé por su nombre de familia, algo que jamás había hecho antes, confiando en que le trasladara mi inquietud.

—¿Qué estás pensando hacer, Marco?

Él se sirvió una copa de vino sin molestarse en aguarlo, sonrió y alzó la copa en un brindis.

—Ya lo verás, amigo mío. Creo que he encontrado la respuesta. Dentro de unos meses todo será muy diferente. Nos aseguraremos de que ese niño solo escriba sobre los aspectos más gloriosos de mi historia.

Alcé la copa, pero en mi brindis no había júbilo, solo inquietud.

Tras la caída de Sejano y la muerte de Apicata, decidí que Passia y Junio regresaran a Roma. Quería aliviar mi apesadumbrado corazón, pero en parte

también albergaba la esperanza de que su compañía supondría un consuelo para Apicio, sobre todo la de Junio, su hijo adoptivo y único heredero vivo.

Por desgracia, Apicio apenas notó su presencia y cuando la notaba se mostraba brusco, casi grosero.

—Me da igual —me dijo Passia una noche cuando nos disponíamos a dormir—. Se ha vuelto tan malo... No sé cómo soportas su presencia.

—Le duele el alma —contesté, aunque no eran las palabras adecuadas.

—También las nuestras. Nuestra relación con Aelia y Apicata era mucho más íntima que la suya, pero nosotros no les soltamos maldades a todos cuantos se cruzan en nuestro camino.

Me quité la túnica y la colgué del respaldo de una silla cerca de la pared.

—Creo que le pasa algo muy malo —dije, manifestando mi inquietud por primera vez—. Se ha vuelto imprevisible. Me amenaza y un minuto después me elogia, al parecer olvidando que acaba de decirme que me convertirá en un eunuco. También ha empezado a abandonar la casa sin guardias, incluso sin Sotas.

Passia dejó a un lado el peine con que se alisaba los cabellos.

—¿Sin Sotas? Pero ¿por qué haría eso? ¿Podría sucederle cualquier cosa! Tiene más de un enemigo en Roma.

—No lo sé. Ayer Sotas lo siguió y, por lo visto, fue a ver a un armero, pero abandonó la tienda sin nada.

Passia frunció la nariz.

—¡Qué extraño! Pero últimamente ha estado muy sociable, más que en los últimos tiempos.

—Exacto. Y eso es una cosa más de la lista de las que no comprendo. Ahora quiere empezar a preparar un *convivium* muy elaborado para el mes que viene, el mayor que se haya celebrado en la casa. Se niega a reparar en gastos, en ninguno. Quiere platos de oro, servilletas enjovadas y rubíes en el

fondo de cada copa de vino. Se supone que debo comprar todo el silfio que logre encontrar. Quiere que adquiera solo la mejor miel, los mejores higos, el mejor vino y las mejores carnes. Quiere que compre nuevos niños servidores y servidoras, solo los más bonitos.

—Pero creí que estaba preocupado por el dinero...

—Creí que lo estaba, pero ya ves —suspiré—. Quiere que yo me encargue de este banquete. No deja de decir que será la comida más asombrosa jamás vista en Roma, lo que significa que el mejor cocinero de Roma debe estar al mando de la cocina. Supongo que debería sentirme halagado.

—Bueno, eres el mejor cocinero de Roma.

Passia se deslizó en la cama a mi lado y me pareció maravilloso que, tras todos estos años, su cuerpo aún fuera tan delgado. Se inclinó y me besó la mejilla.

La cogí del brazo y la atraje hacia mí.

—En ese caso, menos mal que estás casada conmigo, ¿verdad?

Ella rio y sus cabellos me hicieron cosquillas.

—No me casé contigo por tu comida, pedazo de tonto —dijo.

Noté su mano entre mis piernas, sonreí y me olvidé de Apicio y de todo lo demás.

El próximo día no resultó agradable. Timón murió durante la noche, sucumbiendo a una fiebre que lo había consumido intermitentemente en las dos últimas semanas. Siempre me había preguntado cuánto tiempo nos serviría, pues al fin y al cabo era viejo cuando lo encontré. Sin embargo el disgusto era doble, pues su muerte significaba que debía cumplir con la proeza del nuevo banquete en un tiempo muy escaso.

Apicio no se mostró nada comprensivo. Cuando le pregunté si podíamos

postergar el banquete hasta que yo encontrara un nuevo cocinero, dijo:

—No, no podemos. Esta será la fiesta definitiva, Tracio, y sé que no quieres perdértela. Esta vez hazlo por mí y te prometo que no tendrás que volver a cocinar en mi casa excepto si lo deseas. Puedes esperar hasta después de la fiesta para encontrar un nuevo cocinero.

Refunfuñé, pero no pude negarme. Quería dejar de cocinar, empezaba a cansarme de pasar tanto tiempo en la cocina, y a mi edad la idea de hacerlo sin Timón era abrumadora.

—¿Me das tu palabra? —pregunté, aún receloso.

—Lo juro solemnemente —contestó con una sonrisa—. Después de este *convivium* podrás decidir si quieres volver a cocinar o no.

No le creí.

No obstante, comencé con los preparativos. Mi intención inicial era reducir gastos, pero Apicio controlaba todos mis planes y me impedía ahorrar el precioso dinero. Envié mensajeros a caballo hasta los confines más remotos de Italia a por las provisiones que se podían transportar hasta Roma en alforjas; pasé un tiempo excesivo en los mercados, con Apicio pisándome los talones, comprando las especias más costosas, rollos de opulentas sedas para forrar los cojines, ornamentadas lámparas de aceite y vinos de cien años de antigüedad, tan espesos que solo la mejor miel, el plomo y las especias podían devolverles la vida. Enterré pescados en sal, encurtí ciruelas en alcohol y dejé que añejaran en la oscuridad. Elaboré ajeno romano y vino de manzanas. Compré los mejores lechones y empecé a engordarlos con los higos más caros. Alimenté nuestras cabras con una mezcla especial de manzanas, heno y trébol para darle sabor a su leche.

La lista de invitados suponía el mayor desafío. Solo podíamos acoger a

unas doscientas personas en la casa, incluso si transformábamos algunas habitaciones en más triclinios, y eso significaba que debíamos reducir la lista en más de setenta personas.

—No es necesario que todos dispongan de un asiento —insistió Apicio—. Que deambulen.

Era a media tarde y él había vuelto de los baños, donde al parecer había invitado a varios amigos al azar, unos que no figuraban en la lista de invitados inicial.

—No hay bastante lugar en la casa, Apicio. No disponemos del espacio que había en la escuela o en la villa del César. A lo mejor podríamos ampliar la lista hasta doscientos, pero no más.

Apicio miró por la ventana y contempló el Foro a sus pies.

—Haz lo que puedas. De momento, invita a doscientos, pero quizá se presenten más.

Me pareció que hablaba en tono nostálgico, como si creyera que nadie asistiría.

—¿Confías en mí para confeccionar la lista?

Se volvió y me miró.

—De manera tácita, pero tal vez invite a algunos que no figuren en tu lista.

—¡Apicio! —exclamé, exasperado—. Si confías en mí para invitar a doscientas personas, no deberías invitar a nadie más. ¿Es que no acabamos de comentar que no disponemos de lugar?

—Está bien. Estoy seguro de que todas las personas adecuadas que deben asistir a la fiesta estarán presentes —dijo, y volvió a mirar por la ventana.

Entonces se sumió en uno de sus estados de ánimo sombríos y dejó de contestar mis preguntas, así que me marché, haciéndome la misma pregunta que me había hecho Passia: ¿cómo hacía para aguantarlo?

A lo largo de las semanas siguientes no dejé de reflexionar sobre eso al

tiempo que preparaba la comida para el banquete. Apicio agotaba mi paciencia todo el tiempo. Así pues, ¿por qué soportaba sus cambios de humor y sus irracionalidades? Una persona cuerda se hubiera marchado hacía tiempo. ¿Acaso estaba loco?

No; debía admitir que lo hacía porque Apicio era mi amigo, mi familia, y porque sin mí no era nada, no tenía nada. Pensé qué sentiría si estuviera en su situación: querría tener un amigo a mi lado, así que continué con los preparativos pese a todas mis dudas.

No estaba seguro de saber qué esperaba obtener de aquella fiesta. Desde luego, no reduciría su pena y su dolor, y tampoco cambiaría la opinión de Roma sobre él. Quizás haría que la gente creyera que era más rico de lo que era, pero eso solo empeoraría el dilema al que se enfrentaba: cómo seguir aparentando poseer semejante riqueza cuando en realidad se estaba reduciendo.

Por supuesto, lo último que yo preveía fue lo que realmente ocurrió.

La mañana del *convivium*, Apicio entró en la cocina con una delgada caja bajo el brazo. Alcé la vista de la masa que había estirado en la encimera, sorprendido de verlo despierto.

—¡Una mañana estupenda! —dijo con una amplia sonrisa. Contempló el soleado jardín a través de la ventana. Estaban sacrificando los cerdos y se oían sus chillidos.

—Sí, lo es —dije. Habría preferido pasear al sol en vez de estar atrapado en la cocina, confeccionando animales de hojaldre.

—Te he traído algo para celebrar.

—¿Para celebrar qué?

Apicio rio y sus mofletes se agitaron.

—¡Todas esas asombrosas comidas que has preparado para mí! ¡Para celebrarte a ti, por supuesto! —Deslizó la caja hacia mí por encima de la mesa con cuidado, evitando los montones de harina.

Me limpié las manos con la toalla que me rodeaba la cintura; sentía curiosidad y estaba un tanto desconcertado por sus gentiles palabras. La caja era preciosa, hecha de un bello trozo de madera de ciprés de Cartagena; me recordaba a una mesa comprada por Cicerón, hecha de esa madera y de un precio exorbitante. Escribió que las vetas estaban «dispuestas en líneas onduladas que forman espirales semejantes a pequeños remolinos». Era una descripción tan vívida que nunca la olvidé y ahora, al contemplar esa caja, comprendí cuán certera era su afirmación. No podía imaginar cuánto habría costado... y me pregunté qué demonios podría contener.

—¡Adelante, ábrela! —me instó Apicio, señalando la caja con un gesto. Una sonrisa torcida le cruzaba la cara.

Inspiré hondo y la abrí. Contenía dos hermosos cuchillos de mango de marfil, mangos que habían sido diseñados por mí: Apicio y yo habíamos hablado varias veces sobre la manera de mejorar los cuchillos de cocina. Nunca imaginé que los diseños irían más allá de nuestras breves conversaciones y, sin embargo, allí estaban: mis propios inventos habían cobrado vida.

Uno de los cuchillos era más largo, destinado a trinchar, y el otro más corto, destinado a tareas culinarias menos importantes. En la hoja de cada cuchillo aparecía un bello y delicado motivo similar al agua que fluye. Toqué la hoja del cuchillo más grande con el dedo, suponiendo que rozaría un relieve, pero comprobé que era lisa. Y, ¡ay!, la hoja estaba muy afilada y me hice un corte en el dedo.

Cuando miré a mi antiguo amo tenía un nudo en la garganta. Apicio me palmeó el hombro.



—Son de Damasco. Los hice confeccionar para ti. Deberían durar siglos, son verdaderamente únicos, no hay otros iguales en el mundo y quizá nunca los habrá. Al igual que tú, amigo mío, que eres único y excepcional. Has sido un gran motivo de orgullo en mi vida. Gracias.

—No sé qué decir —balbuceé.

—¡Entonces no digas nada! Utilízalos para cocinar hoy. Prepárame la mejor comida que jamás haya probado. ¡No: la mejor comida que Roma jamás haya probado!

Y así lo hice. Le preparé la mejor comida de su vida. Y también fue la mejor comida que Roma nunca probó.

Sus conciudadanos romanos nunca disfrutaron de esa comida porque un momento antes de que el *convivium* comenzara, Apicio ordenó a Sotas que les dijera a los guardias que atrancaran las puertas y dijeran a los invitados que se marcharan. Passia vino a la cocina con la noticia.

—¡Apicio ha prohibido la entrada a todos! ¡Los invitados están aporreando las puertas! —Estaba sin aliento tras recorrer toda la casa. Había estado en el atrio con las esclavas aguardando a los invitados, cuando Apicio lo anunció.

—No comprendo. ¿Has anulado la fiesta? ¿Sin decírmelo? —No esperé que me respondiera y eché a correr hacia el triclinio.

Sotas se encontraba en el exterior de la estancia, con expresión sombría. Las puertas del triclinio estaban inusitadamente cerradas.

—Supongo que te has enterado.

—¡Por las botas de Mercurio! ¿Qué está sucediendo? Mis esclavos se disponían a servir el *gustatio*.

—No te preocupes. Servirán la comida.

Noté que Sotas tenía su espada a mano, apoyada contra la pared, brillando

a la luz de la antorcha del pasillo. Me disponía a hacerle una pregunta, pero la voz de Apicio resonó desde detrás de las puertas.

—¿Es Tracio? ¡Dile que entre!

A continuación oímos el grito. Me volví hacia Sotas, confiando en que me insinuara con qué me encontraría. Lo que vi me conmocionó: aquel hombretón parecía a punto de echarse a llorar.

Desconcertado, abrí las puertas. Apicio estaba reclinado en el diván más alejado, bebiendo una copa de hidromiel. Su ancha sonrisa solo aumentó mi confusión. ¿Qué estaba pasando?

—¿Por qué has atrancado las puertas? ¡Tus invitados las están aporreando, quieren entrar! —exclamé y me acerqué a él.

—¡Ah, Tracio! Ven y siéntate conmigo un momento.

Lo hice frente a él pero no me recliné. No sabía qué pensar. Hacía años que no parecía tan dichoso, sus mejillas redondas presentaban un aspecto saludable y sonrosado, sus ojos brillaban. Aguardé una explicación.

—He decidido que hoy es el día. He rechazado a mis invitados porque no deberían soportar lo que está a punto de ocurrir.

Era como si me hubiese tragado una piedra.

—¿Y qué ocurrirá? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Quiero que sirvas la comida exactamente como la habrías servido si todos los invitados se encontraran aquí. Quiero observar el espectáculo, acariciar a las niñas y los niños que me sirven. Quiero sentir la lisura de una uva en la lengua, disfrutar del sabor del hígado hinchado del cerdo que sacrificaste esta mañana, el sabor de los higos a medida que sus semillas me rozan los dientes —enumeró, y extrajo un fajo de pergaminos de debajo de un cojín—. Coge esto. —Me tendió el paquete—. Es mi testamento. Os lo doy todo a ti y a Junio. Has de liberar a Sotas y a quinientos de mis esclavos

que tú escojas. El resto de esclavos y de mi insignificante fortuna son para ti y tu hijo.

—No comprendo, Apicio. —Las palabras se me atragantaron—. ¿Por qué... por qué quieres hacer esto?

—Vaya, no te acongojes. ¡Debo mantener mi dignidad! Es hora de irse, antes de que no me quede nada. Quiero que todo el mundo me conozca por los banquetes que celebramos: por su esplendor, por la experiencia que tú y yo les proporcionamos, algo que nadie más podía proporcionarles. Plinio, ese niño, tenía razón. Estoy quedándome sin dinero y que tal cosa figure en mi historia es inadmisibile. ¡No quiero que nadie diga que el viejo y gordo Apicio murió de hambre!

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Aún eres muy rico, Apicio! ¡No hay ni un solo équite que no envidiaría tu fortuna!

Él rio, un sonido alegre que me chirrió en los oídos. ¿Cómo podía reír?

—¡Ay, Tracio, un équite! Durante toda mi vida hubieses dicho «un patricio», pero me he hundido y lo único que me espera es el mundo de los plebeyos.

Me puse de pie, arrojando varios cojines de seda al suelo.

—¡Esto es ridículo! —grité—. ¡Patricio, équite, no tiene importancia! No necesitas hacer esto. Tus arcas aún están llenas y podemos hacer cosas para ganar más dinero. Podemos convertir una de tus granjas en una fábrica de garo. No es necesario que les regales caras togas a tus huéspedes. ¡Hay tantas cosas que podemos hacer...! —Pero sabía que mis palabras caían en oídos sordos.

—No, no. No quiero ocuparme de semejantes cosas. —Se incorporó y me indicó que me acercara con un gesto de su mano regordeta—. Ven aquí, Tracio.

Temblando, me acerqué unos pasos.

—No comprendo.

Él se puso de pie, se llevó las manos al cuello y se quitó el amuleto que llevaba. Era mi amuleto tallado de silfio. Lo había olvidado, había olvidado que me lo robó hacía muchos años.

—Creo que esto te pertenece —dijo, y me lo colgó del cuello.

—¡No; es tuyo!

Él me cogió la cara con ambas manos, se inclinó y me besó en las mejillas. Sin soltar mis hombros, se inclinó hacia atrás y me miró.

—Mi querido muchacho, cuánto has cambiado desde aquel día en el mercado. Recuerdo lo mucho queapestabas, cuánto me inquietabas. Y aquel condenado arúspice... —añadió, y me soltó con expresión nostálgica.

Había conservado en la memoria las palabras del sacerdote durante décadas, siempre reprimiéndolas y aborreciendo el inmenso vaticinio de aquel hombre. «Sentirás la sangre de la vida mezclada con la punzada de la muerte, tu buena suerte será como una enfermedad a lo largo de toda tu vida; cuanto más te esfuerces por alcanzar el éxito, tanto más oscuro se volverá tu firmamento.»

—Por favor, Apicio, no hagas esto.

Caí de rodillas y, como en un sueño, le rodeé las piernas con los brazos como haría un niño.

Él me alborotó el pelo e hizo que me sintiera aún más como un niño.

—Debo hacerlo, Tracio. No te preocupes, por favor. Tienes tanto amor en tu vida, y yo tengo tan poco... Deja que me marche con dignidad.

Seguí abrazándolo unos momentos más, casi incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo. Por fin, lo solté y me puse de pie, aunque las rodillas me flaqueaban. Me sequé las lágrimas, intentando recuperar mi propia dignidad para poder brindarle la suya.

—Servirán el primer plato dentro de un momento, *dominus* Apicio —dije, tratando de hablar en tono firme—. Intuyo que estarás muy complacido.

Él batió las palmas.

—¡Excelente! ¡Que vengan las niñas y los niños! ¡Que sirvan los caracoles, las manzanas, los mejillones, los albaricoques y los lirones!

Cuando abandoné el triclinio, Sotas seguía apostado junto a la puerta, pero se apartó de mí cuando salí. No quería que viera sus lágrimas.

Cumplí con todos los detalles del banquete, ordené a los esclavos que sirvieran los platos en los momentos correspondientes y organicé el espectáculo: los flautistas, los intérpretes del arpa y los cantantes. También hice pasar a las niñas y los niños, todos con sus asombrosos atavíos, algunos vestidos de aves y animales, otros disfrazados de monstruos, algunos vestidos de héroes y algunas de ninfas.

¡Y cuán magnífica era la comida! Había recreado las viejas historias de los dioses: la figura de Venus tallada de una calabaza surgiendo de su caracola, fantásticos trirremes romanos hechos de pepinos ahuecados donde diminutos hombres-zanahoria libraban batallas en un océano de sopa fría de remolacha. Una fuente de quesos e higos en forma del Cancerbero y su doble cabeza. ¡Y los platos! Solo se servían las mayores exquisiteces y el culmen de cada uno era un aderezo consistente en unas ramitas secas de silfio que había atesorado durante un año: no había silfio fresco disponible. Un plato tras otro de setas marinadas, alubias de Bayas en salsa de mostaza, albóndigas de carne de cerdo, melones rociados de miel, huevos duros rellenos, lonchas fritas de ternera, crujientes lenguas de pato y flamenco, pasteles de cerdo rellenos de higos, *patina* de peras, cordero al vapor, suflés de pescaditos... incluso hoy se me hace la boca agua al recordar ese banquete. Espero que esos platos le causaran un gran placer a Apicio.

No soportaba sentarme con él mientras comía, así que me quedé en la

cocina, tragándome mi amargura y derramando lágrimas.

Deseé que Rúan hubiera estado allí para ayudarme cuando flaqueaba, porque flaquear parecía ser lo único que hacía. Tuve que decirle a Passia que se marchara: no soportaba su llanto. Atemoricé a los esclavos y les dije que si esa noche no interpretaban sus papeles a la perfección para Apicio, los haría matar a todos. En cierto momento, Tycho me quitó mis nuevos cuchillos, temiendo que cumpliera con mis amenazas o me hiciera daño a mí mismo.

Cuando sirvieron el último plato, uno de los niños regresó con el mensaje de que Apicio requería mi presencia. Quería que trajera el mejor vino de la bodega.

Los pies nunca me habían pesado tanto como al recorrer el largo pasillo. Nunca había experimentado un pavor y una aflicción semejantes como durante esos doscientos pasos.

Cuando llegué, Sotas no estaba apostado ante la puerta. Cobré valor, empeñado en controlar mis sentimientos. Abrí la puerta y vi a Sotas de pie detrás de su amo. Tenía los ojos enrojecidos, pero las lágrimas no mojaban sus mejillas.

Apicio estaba repantigado en los cojines, frotándose el abultado vientre.

—¡Ah, aquí está Tracio, que llega con mi mejor vino!

Alcé un pequeño jarro, el último resto del vino de Falernia de la cosecha de hacía setenta y cinco años, el favorito de Apicio.

—Lo he mezclado para ti —dije. Que fuera capaz de hablar me sorprendió, pero las palabras se deslizaron de mis labios y me mantuve firme.

Él me indicó que tomara asiento y a Sotas que se sentara a su otro lado.

—Bebed una copa conmigo, tú y Sotas.

Con manos trémulas, vertí el vino en las copas que debían de haber usado otros invitados. Le tendí una a Apicio y otra a Sotas.

Apicio extrajo un pequeño frasquito de cristal de entre los pliegues de su

toga, lo destapó y vertió un líquido turbio en la copa.

—Es una dosis muy fuerte de opio y cicuta —dijo—. Como sabéis, el dolor no es lo mío.

Observé como mezclaba el líquido con el vino valiéndose del mango de la cuchara, y de pronto solté una risita, sorprendiéndome a mí mismo.

Apicio me miró con una ligera sonrisa.

—¿Qué resulta tan cómico, Tracio?

—¡Tienes razón: el dolor nunca fue lo tuyo! Recuerdo que una vez te golpeaste el dedo gordo del pie contra una roca, en Bayas. ¡Y nos obligaste a cargar contigo hasta la villa!

No podía dejar de reír y pronto Apicio y Sotas también rieron.

—¡Querrás decir que yo cargué con él hasta la villa! —exclamó Sotas, resoplando.

—¡Bueno, tú eres una bestia! ¿Para qué malgastarían energía los demás cuando tú prácticamente podías levantarme con una mano? —Apicio lloraba de risa.

—Ahora ya no puede —logré decir, resollando.

—Tú tienes la culpa, Tracio —dijo Apicio—. ¡Todos esos malditos caracoles alimentados con leche a los que lo aficionaste!

—Creo que no solo se debió a los caracoles —dijo Sotas, riendo.

Apicio no esperó a que nuestra risa se apagara y alzó la copa.

—Brindo por vosotros, amigos míos.

—No, Apicio, nosotros brindamos por ti —dijo Sotas con voz solemne.

Apicio volvió a reír; fue la última vez que oí ese sonido alegre.

—¡Brindemos por... nosotros!

Bebió un trago largo y nosotros lo imitamos. Sotas dejó su copa en la mesa a su lado.

—¡Ay, cuán maravillosa es esta cosecha! —Apicio volvió a alzar su copa y

la vació. Luego se dejó caer contra los cojines—. Sentaos conmigo, amigos míos, contadme historias de los mejores platos que jamás hayamos tomado —pidió, y nos tendió una mano a cada uno, las presionó y cerró los ojos.

Sotas inspiró profundamente y pareció que no sería capaz de hablar.

—Recuerdo la primera vez que me dejaste probar un lirón frito —dijo, y también cerró los ojos, recordando—. Tenía quince años y Fannia celebraba una fiesta. Te escabulliste de la cena y me trajiste un lirón, como recompensa por no decirle a tu padre que habías sido tú quien cubrió de pintadas la pared del granero. Recuerdo el crujido de los huesos y la piel, y los jugos que se derramaban por mis labios. Creo que sabía aún mejor porque no debía comerlo y porque te había complacido.

Apicio soltó un pequeño gruñido de placer, sin abrir los ojos.

La presión de su mano comenzaba a disminuir.

—Recuerdo los primeros albaricoques que comimos hace unos años —dije—. ¡Ay, supuso un sabor tan nuevo para ambos! Quién habría creído que los dioses pudieran darnos algo tan rico, tan lleno de miel y sol. Y tenías razón, Apicio: servían para preparar la más asombrosa de las *patinas*, ¿verdad? De hecho, creo que mañana prepararé una para ti.

Apicio permanecía en silencio, la presión de su mano se había aflojado mientras yo hablaba y pronto fui yo quien le presionaba su mano. Le toqué la muñeca y noté que su pulso se reducía. Las lágrimas llegaron de manera espontánea. Sotas y yo nos quedamos sentados junto a él, llorando hasta que su corazón dejó de latir.

Saqué tres monedas del saquito colgado de mi cinturón, coloqué una en cada ojo y entreabrí sus labios con suavidad para colocar otra en su lengua, lo cual aseguraba que Caronte lo trasladaría hasta la otra orilla del Estigio, al Inframundo.

No me di cuenta de que Sotas había recuperado su espada hasta que se



arrodilló ante Apicio con ella.

—Ay, amigo mío, no, tú no...

—Estaba destinado a ser así —dijo—. Mi señora Fides me prometió a Apicio en mi juventud. He cumplido con la promesa y ahora ella me llevará al Elíseo.

—No, no es así.

—Sí lo es —repuso, sonriendo un poco—. Adiós, Tracio. Has sido un verdadero amigo, tanto para mi amo como para mí. Estoy seguro de que los dioses te recompensarán abundantemente.

De pronto se lanzó hacia delante contra la punta de su espada, con tanta violencia que la punta surgió por su espalda junto con un chorro de sangre. No soltó ni un grito.

—¡No!

Me acerqué a él, sabiendo que nada de lo que hiciera tendría importancia. Cuando lo alcancé, cayó hacia delante, muerto.

Grité mi aflicción a los dioses hasta que todos los esclavos acudieron corriendo.

## EPÍLOGO

*Siete años después*

*Atenas, Grecia - Julio del 38 d.C.*

Passia, Junio, Tycho y yo llegamos a Atenas en marzo, temiendo que el brazo largo y codicioso del emperador Calígula nos alcanzara y exigiera nuestra fortuna. Dado que no éramos patricios —pero sí ricos gracias a la herencia de Apicio—, corríamos un grave peligro.

Con el tiempo, vendí todas las villas y granjas de Apicio, excepto el *domus* de Minturno, donde Passia y yo nos conocimos y donde tantas cosas habían comenzado. Guardé dinero para Junio, que a los veinticinco años se había convertido en uno de los mejores oradores de Atenas. Se había casado con una hermosa muchacha cuyos ojos evocaban a los de Apicata. Estaba esperando un hijo y yo sentía un gran orgullo y una gran esperanza por mi futuro nieto.

Cuando huimos a Atenas, Rúan nos acompañó, a su vez acompañado por la bella mujer que antaño era la escriba de Antonia. Les compré una casa costosa cerca de la nuestra, calle abajo de nuestra villa situada en una colina con vistas al mar. Rúan y yo todavía cocinábamos, pero solo para nuestros amigos y familias, compartiendo nuestro amor por la comida únicamente con aquellos a quienes más amábamos.

Aún conservaba mis cuchillos y los usaba todos los días. Ignoraba qué hechizo incluyó Apicio en sus hojas, pero todavía no he tenido que afilarlos; su brillo era el mismo que el de aquel fatídico día en que me los regaló.

Estaban lo bastante afilados como para cortar tanto un pergamino como un hueso, y el motivo ondulado no ha desaparecido de las hojas.

Mi recuerdo de Apicio era tan agudo como el filo de esos cuchillos, incluso en el presente, después de tantos años y desde una distancia tan grande...

## NOTA DE LA AUTORA

Aunque es probable que hubiese otros *gourmands* en la antigua Roma, Marco Gavo Apicio es el único que conocemos. Los historiadores creen que vivió en algún momento del siglo I, en la época de Tiberio César, y muchos de los acontecimientos descritos en *El banquete de los placeres* están documentados en fuentes que se remontan a esa época.

Apicio, conocido como uno de los hombres más acaudalados de Roma, alcanzó la fama como un amante del lujo y la comida excelente. *Acerca del lujo de Apicio*, obra escrita por su contemporáneo Apión, el gramático y orador griego, hoy está perdida, pero fuentes sobrevivientes critican a Apicio afirmando que era un derrochador. En sus *Consolaciones*, Séneca narra la historia de la muerte de Apicio: al parecer, realmente se envenenó porque temía morir de hambre cuando su fortuna se redujo a diez millones de sestercios, y pregunta: «¿Cuán grande ha de haber sido el lujo de ese hombre, para quien diez millones significaban penuria?» En referencias a su escuela de cocina, Séneca también censura a Apicio afirmando que «corrompió la época con sus enseñanzas», una crítica generalmente lanzada contra aquellos que hacían ostentación de su inmensa riqueza de un modo vulgar. Apicio se convirtió en uno de los ejemplos más icónicos de semejante flagrancia y, de hecho, el término «apicioso» acabó significando «glotón».

Muchos de los personajes de *El banquete de los placeres* —Sejano, Apicata, Livia, Livila, Tiberio, Druso, Claudio, Antonia, Plinio, por nombrar a algunos— también fueron personas reales cuyas vidas están documentadas en los anales de la historia romana y, en la medida de lo posible, he

procurado permanecer fiel al registro histórico. Por ejemplo, en sus *Anales*, Tácito nos dice que Sejano «había entregado su virtud por un precio a Apicio, un hombre rico y despilfarrador». La anécdota me resultó especialmente fascinante puesto que algunos eruditos creen que Apicata, la esposa de Sejano, debe de haber estado emparentada con Apicio, dadas las convenciones de esa época relacionadas con el nombre de las mujeres. Tuve que preguntarme qué impulsaría a Apicio a casar a su hija con un antiguo amante. Otros detalles, incluso la horrenda caída de Sejano, como también los destinos de Apicata y Livila, están bien documentados, y esas escenas son relatos imaginarios de lo documentado por sus contemporáneos. Otras fueron ideadas para añadir color y claridad al texto. Por ejemplo, Druso, el hijo de Claudio, no era apodado Albo; le conferí ese apodo para diferenciarlo de sus parientes de nombre similar, un hecho común entre los romanos.

El parricidio —o sea, el asesinato del padre—, considerado el delito más atroz que uno puede cometer, era un acto castigado con la muerte en la antigua Roma. De hecho, los romanos idearon una clase de pena capital especialmente cruel e inusual solo destinada a los culpables de ese delito. La *poena cullei*, o castigo del saco, documentada por primera vez en el año 100 a.C., suponía flagelar al culpable, coserlo dentro de un saco de cuero, a veces junto con animales vivos, y arrojarlo al mar. Sin embargo, no está claro con qué frecuencia se impuso dicho castigo, y algunas fuentes antiguas afirman que solo aquellos sorprendidos en el acto de asesinar al progenitor se enfrentaban a esa pena. Es más, los muy ricos a menudo escapaban del castigo, y esa es la solución por la que opté en *El banquete de los placeres*.

No existe un registro de los esclavos que pertenecían a Apicio, pero, dada su riqueza, es probable que poseyera muchos cientos. Ninguno de los esclavos de *El banquete de los placeres* son personas reales, aunque a menudo los esclavos se convertían en miembros apreciados del hogar, podían

ganarse su libertad, ser enterrados en el mausoleo familiar y, en algunos casos, heredar la fortuna de sus amos.

En cuanto a la comida y los banquetes, sabemos que Apicio cenó con Mecenas, el consejero de Augusto, con el poeta Marcial y con diversos cónsules romanos. En su *Historia Natural*, Plinio comenta que Apicio aconsejó a Druso, el hijo de Tiberio, que no comiera coles ni brotes de coles porque estaban destinadas a los plebeyos, y que afirmó que las lenguas de flamencos tenían «el más exquisito de los sabores». La escena en la que Tiberio apuesta que Apicio o Publio Octavio compraría el extraordinario salmonete rojo fue registrada por Séneca en sus *Cartas a Lucilio*. Y en su *Deipnosophistae*, el retórico Ateneo menciona la historia de Apicio navegando hasta la costa de África en busca de langostinos.

Se cree que Apicio fue el autor de diversos libros de cocina, incluso uno sobre salsas referenciado por diversos cronistas antiguos, pero ninguno ha sobrevivido. No obstante, sí ha sobrevivido un libro de cocina que lleva su nombre y, en última instancia, supone su legado más importante. Es la colección de recetas más antigua que conocemos, y se considera que recopilada en el siglo III o el IV, mucho tiempo después de la vida de Marco Gavo Apicio, aunque es probable que algunas de las recetas fueran desarrolladas en su cocina. Mientras que *Apicius* está repleto de antiguas exquisiteces, tales como pavo real asado, vulva hervida de cerda, testículos y otras comidas que hoy no tomaríamos, hay muchas otras que todavía gozan de popularidad, tales como la olivada, el ajenojo, el pan plano y las albóndigas. Hasta existe una receta del pan romano con leche y huevo idéntico a lo que denominamos torrijas. Y, al contrario de lo que muchos creen, originalmente el *foie gras* no fue una exquisitez francesa: el plato se remonta a dos mil quinientos años atrás y Plinio afirma que fue Apicio quien desarrolló una versión usando cerdos en vez de ocas, alimentándolos con higos secos y

proporcionándoles una sobredosis de *mulsum* (hidromiel) antes de sacrificarlos.

La mejor adaptación de este libro de cocina es *Apicius, A Critical Edition with an Introduction and English Translation*, traducido por Christopher Grocock y Sally Grainger (Prospect Books, Devon, Inglaterra, 2006). De hecho, las recetas que aparecen en las páginas de portada de cada parte de *El banquete de los placeres* (con cambios menores introducidos por la autora) proceden de este libro. El otro libro de Sally Grainger, *Cooking with Apicius* (Marion Boyars, Londres, 2006), brinda maravillosas interpretaciones modernas de las recetas originales. Mi predilecta es el Pollo de Partia. He incluido una versión modificada de esta receta, junto con diversas recetas de antiguos platos romanos en mi sitio web: *crystalking.com*, ¡y me encantaría que me escribierais si intentáis preparar una!

*Buon appetito!*

CRYSTAL KING

## AGRADECIMIENTOS

*El banquete de los placeres* no hubiera sido posible sin el apoyo que recibí de la comunidad de autores GrubStreet, de Boston. Fue allí, en sus talleres, donde escribí los primeros borradores, empecé a dar clases, encontré mi grupo de autores y conocí a mi agente. Hay tantos individuos maravillosos relacionados con ese excelente centro que resultaría difícil nombrarlos a todos, pero algunos merecen una mención especial: Christopher Castellani, Eve Bridburg, Lisa Borders, Sonya Larson, Whitney Scharer, Michelle Toth y Michelle Seaton.

En GrubStreet conocí a mis compañeros de Salt + Radish Writers, mujeres que han trabajado duro para mí durante los últimos diez años en todos los aspectos de este libro. Cada escena de *El banquete de los placeres* alberga una chispa de la magia de Anjali Mitter Duva, Jennifer Dupee y Kelly Robertson.

Estoy en deuda con el equipo de Touchstone Books, que defendió esta novela desde el primer instante en que formé parte del mismo: mi editora Trish Todd, y también Kaitlin Olson, Shida Carr, Leah Morse, Meredith Vilarello, Kelsey Manning, Beth Ireland y los demás entre bastidores. También tuve la suerte de haber trabajado con la editora de compras Etinosa Agbonlahor, que me brindó la oportunidad de contar la historia que yo quería contar. Su influencia y su aguda perspicacia están entretejidas en cada página. Trabajar con todas las personas de Touchstone ha sido un placer y no puedo imaginar una mejor entrada en el mundo como autora novata.

Disfruto de la inmensa suerte de ser representada por Amaryah Orenstein



en GO Literary. Ella creyó en la historia a partir de mi primera presentación y ha sido una socia y colaboradora increíble durante todo el proceso. Soy incapaz de describir con meras palabras la superestrella que ella supone para mí.

También quiero dar las gracias a mis entusiastas lectoras y queridas amigas Leanna Widgren, Melissa Ayres, Linette Gómez, Michelle Morgan, Laura Warrell, Shadra Bruce y Ryan La Sala.

Steven Bauer, de Hollow Tree Literary, colaboró con ciertas correcciones cruciales. La estudiante de Clásicas Emiliy Hauser me ayudó a clarificar muchas cosas del texto en latín y de las tradiciones romanas.

He sido extraordinariamente afortunada al compartir el trayecto hasta la publicación con mis compañeros autores de TheDebutanteBall.com: Amy Poeppel, Lynn Hall, Jenni L. Walsh y Tiffany D. Jackson.

Graziella Macchetta, mi amiga y profesora de italiano, ha alimentado mi amor por la historia y la lengua italiana. *Chi trova una amica, trova un tesoro.*

En Roma, Patrizia y Beniamino, de Casa Dei Coronari, me recibieron con los brazos abiertos, convirtiendo cada estadía en una más especial que la anterior. Me enseñaron que *Si sei venuto qui cor core 'nmano, tu de diritto diventi già romano.*

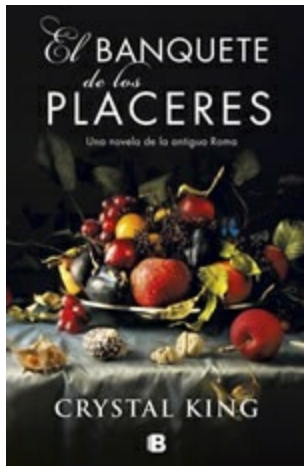
También quiero dar las gracias a mis padres, mi hermana y mi hermano por consentir mis cuentos infantiles y animarme en mis primeros años creativos.

También estoy agradecida a los historiadores Sally Grainger y Christopher Grocock por su traducción de *Apicius*. Además, durante los años de mis amplias investigaciones, descubrí que los siguientes textos resultaban muy importantes para mi obra: *Around the Roman Table*, de Patrick Faas, traducido por Shaun Whiteside; *Empire of Pleasures: Luxury and Indulgence*

*in the Roman World*, de Andrew Dalby; *The Classical Cookbook*, de Andrew Dalby y Sally Grainger; *Handbook to Life in Ancient Rome*, de Lesley Adkins y Roy Adkins; *The Houses of Roman Italy, 100 B. C.-A. D. 250: Ritual, Space, and Decoration*, de John R. Clarke; *An Introduction to Roman Religion*, de John Scheid, y *A Taste of Ancient Rome*, de Ilaria Gozzini Giacosa, traducido por Anna Herklotz.

Y a Joe, mi marido. Gracias por las innumerables horas (a lo largo de miles de deliciosas comidas) dedicadas a ayudarme con las partes más complicadas de este libro. De todo el tiempo dedicado a trabajar en esta novela, esa fue la parte que más me gustó. No podría haber pedido mayor apoyo y afecto en mi proceso creativo. *Ti amo.*

## «UNA SUCULENTA NOVELA BASADA EN LA VIDA DE APICIO, AUTOR DEL LIBRO DE COCINA MÁS ANTIGUO DEL MUNDO»



En la Roma del siglo I, Apicio, enormemente rico y obsesionado por descubrir los sabores más exóticos y deliciosos, tiene una singular ambición: llegar a ser consejero gastronómico del César, un honor que le proporcionaría una enorme influencia. Para ello compra por una fortuna al esclavo Tracio, a quien advierte que no debe comer nada que no haya preparado él mismo, y que se aleje de su madre, a quien odia tanto como ella a él.

Algo asustado, Tracio comienza a trabajar como jefe de cocina, y pronto asombra a su nuevo amo y a sus invitados con sus delicadas y maravillosas creaciones. Al tiempo que logra que todo Roma hable de sus fabulosos banquetes, deberá buscar su lugar en el *domus* de Apicio, donde las intrigas y traiciones son tan complejas y peligrosas como la propia política imperial.

**«En esta novela en la que las páginas vuelan, King ilumina el pasado con vívidas descripciones sobre la vida cotidiana en Roma, sus intrigas, su política y su comida. Un auténtico festín para los lectores»**

*RT Book Reviews*

**«Si buscas una lectura sabrosa, la novela de King encaja a la perfección. Amor, poder, política y comida que hace la boca agua»**

*The Huffington Post*

**«Un fascinante drama histórico con un apetitoso argumento»**

*Booklist*

**«Las descripciones de la comida son exquisitas, los personajes están maravillosamente trazados y los acontecimientos de la época entretejidos con habilidad. Deseamos leer más novelas de esta autora»**

*Library Journal*

**«Si la auténtica gastronomía se encuentra en la combinación de comida, arte y cultura, esta novela solo puede describirse como una delicia gastronómica. Los lectores quedarán con hambre de más»**

*Associated Press*

**«El conocimiento de King de los aspectos culinarios de la Roma imperial es sobresaliente. Al lector se le hará la boca agua. Al recrear las recetas de Apicio, el mundo de la Antigua Roma vuelve a la vida»**

*BookReporter*

**CRYSTAL KING**, experta en marketing y comunicación, ha sido profesora de Escritura Creativa en las más prestigiosas universidades de EEUU. Tiene un máster en Pensamiento Crítico y Creativo por la Universidad de Massachusetts Boston. Enamorada de Italia y su gastronomía, en la actualidad está escribiendo su segunda novela, en esta ocasión sobre la vida de un famoso cocinero renacentista.

Título original: *Feast of Sorrow*

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2017, Crystal King

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Irene Saslavsky, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Paulette Tavormina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6307-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

# Índice

El banquete de los placeres

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Segunda parte

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Tercera parte

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Cuarta parte

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Quinta parte

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Sexta parte

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Séptima parte

Capítulo 20

Capítulo 21

Octava parte

Capítulo 22

Capítulo 23

Novena parte

Capítulo 24

Capítulo 25

Décima parte

Capítulo 26

Capítulo 27



Undécima parte

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Crystal King

Créditos